JUÁREZ

SU OBRA Y SU TIEMPO

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

DON JUSTO SIERRA

CONTRIBUCIÓN AL CENTENARIO DEL GRAN ESTADISTA

PROSPECTO

ANTICIPÁNDONOS á la iniciativa oficial, muchos meses antes de constituirse la Junta encargada de promover y dirigir los homenajes que hayan de dedicarse al insigne estadista en el primer Centenario de su natalicio, habíamos alcanzado del conspicuo historiador Don Justo Sierra la promesa de que escribiría para esta casa una obra histórica sobre la vida de Juárez, destinada á perpetuar de manera digna la memoria de los hechos que inmortalizaron ese nombre.

¶ No es la que hoy nos complacemos en anunciar una obra más sumada al

catálogo ya copioso de las que llevamos publicadas sobre Historia mexicana :

JUÁREZ : SU OBRA Y SU TIEMPO,

es el primero, en nuestro concepto, entre los libros que hemos ofrecido á los mexicanos amantes de lecturas serias, á los patriotas celosos de las más legítimas glorias nacionales.

℄ Lanzamos á la publicidad ese libro nuevo, y abrigamos la idea de que al concluirlo habremos realizado algo digno de la consideración del público ilustrado, de ese público que siempre nos ha alentado con su favor y que ahora no nos abandonará ni dejará de creer que en nada hemos reparado con tal de presentarle un monumento literario y artístico tan grande y bello como ha sido posible construirle, destinado á fijar los hechos de la vida de Juárez, de los hombres que al colaborar en su obra colosal conquistaron con él la gratitud del país, y de los tiempos en que se libraron los tremendos combates á cuyo término resultó afianzada la Independencia de México.

℄ No sería posible historiar la vida de Juárez sin relacionarla íntimamente con el medio en que nació y se desarrolló esa figura; con los grandes acontecimientos en que fué actor principal y con los hombres que con él ó contra él lucharon; con las ideas que coadyuvaron ó se opusieron al logro de sus ideales. Así, pues, esta obra debía ser lo que será, lo que su título

JUÁREZ : SU OBRA Y SU TIEMPO

indica claramente.

℄ ¿Qué hemos de decir nosotros acerca de la obra científica y literaria del sabio á quien quisimos, y á nadie más, confiar la realización del deseo nuestro de erigir ese monumento á la memoria de Juárez? Las primeras páginas de las Consideraciones previas, que nosotros llamaríamos, quizá sin impropiedad, Gran discurso preliminar, á no temer el enojo del autor, bastarán para dar alguna idea de cómo están tratados los múltiples aspectos que ofrecen al lector estudioso los tiempos y los hombres que la magia del estilo del Sr. Sierra nos presenta redivivos en las páginas de esta obra. Pensador profundo, no se detiene en la superficie de los acontecimientos para deducir conclusiones falsas ó de escasa consistencia; historiador honrado, no brota de su pluma una frase que no sea expresión de un sentimiento hondamente arraigado por el conocimiento de hechos incontrovertibles; escritor de altos vuelos y enamorado sincero de su patria, luce en esa obra galas de dicción que, llevando al lector de encanto en encanto, acaban pronto por elevarle á las cimas del arte más puro.

℄ Muestras de todo esto hallará donde quiera quien leyere las páginas que forman la primera entrega y en las siguientes, en donde abundan períodos como éste refe-

rente á las épocas en que se iniciaban las luchas por la Reforma : «¡Pobres abuelos nuestros! ¡Con qué terribles problemas, con qué ANANKÉS, como decía por aquellos tiempos M. Víctor Hugo, tenían que luchar! La República se debatía bajo una fatalidad siniestra é implacable como la Némesis antigua. ¡Y cuán imbéciles somos sus nietos insultándolos con nuestra ironía irreverente cuando, por lo que se palpa, hubiéramos sido incapaces de la centésima parte del esfuerzo que ellos necesitaron para vivir siquiera, para tratar (nunca dejaron de intentarlo) de hacer el orden en el caos, de mantener un imperfecto y angustioso pero positivo CONTROL del parlamento sobre la administración, de apretar contra su pecho, enlodada, ensangrentada y desgarrada, pero nuestra, la bandera de la Patria! ¡Pobres abuelos!»

* * *

¶ Hemos hecho cuanto es posible alcanzar para que en su parte artística resulte esta obra á la altura de su mérito literario y del objeto de su publicación. Teníamos que presentar un libro muy serio, una edición verdaderamente suntuosa y clásica y afirmamos, sin querer alardear de falsa modestia, que lo hemos logrado. Para que ese libro perdure como los bronces, puesto que aspiramos á erigir con él un monumento á Juárez y á los hombres de la Reforma, hemos empleado riquísimo papel catalán, de puro hilo, verjurado é inalterable perpetuamente, encargado para la obra á la fábrica más antigua de Cataluña (Guarro; fundada y privilegiada en 1773). La marca de agua que al trasluz se ve en cada hoja no deja dudar de que se trata de papel fabricado única y exclusivamente para esta obra.

¶ Hemos logrado la rara fortuna de que el genial artista catalán Ramón Casas haya dibujado para nuestra edición una galería de retratos de inestimable valor. Cada uno de ellos es una obra de arte, y la colección constituirá para los inteligentes una verdadera maravilla. Las reproducciones en fototipia, no en fotograbado, y con ligeros toques de tricromía, hechas con amor por la gran casa Samsot y Misé, de Barcelona, conservan intactas las bellezas propias de los originales del eminente Casas. Don Juan Oliva y Milá, de Vilanova y Geltrú (Barcelona), el tipógrafo-artista de más renombre entre todos los que han dado justa fama á las artes gráficas catalanas, es quien imprime el libro con gran primor y empleando tipos, frisos, cabeceras, iniciales y demás elementos enteramente nuevos y fundidos exprofeso para la obra.

¶ Apeles Mestres, el dibujante clásico, es autor del proyecto de tapa para la encuadernación, cuyas planchas ha grabado J. Roca, artista de fama universal en su género.

¶ Si con tales elementos no lográsemos satisfacer los gustos más exigentes, sería preciso desistir de la publicación de obras monumentales.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

℄ JUÁREZ : SU OBRA Y SU TIEMPO se publicará por cuadernos semanales de 20 páginas, folio mayor, que costarán

50 centavos en México y 62 en los Estados.

℄ Cada lámina suelta (probablemente no publicaremos más que retratos, y en todo caso algún facsímile de documento de primera importancia), impresa sobre papel superior aún al del texto, equivaldrá solamente á 8 páginas, á pesar de su gran valor artístico y de su costo extraordinario.

℄ Toda la obra formará UN SOLO TOMO de regulares proporciones y no excederá de unas 600 páginas. Resultará así un libro que, reuniendo condiciones de fondo y forma muy superiores á cuantos hasta el día se han publicado, vendrá importando mucho menos que cualquiera de ellos (de los monumentales se entiende), ya que su costo será solamente de unos 20 pesos.

℄ Las tapas para la encuadernación se anunciarán oportunamente y á precio muy económico.

℄ SE RUEGA EL EXAMEN DEL PRIMER CUADERNO Y DEL ÁLBUM ENCUADERNADO CON TAPA IGUAL Á LA QUE SERVIRÁ PARA LA OBRA.

℄ Ambas cosas pueden verse en las principales librerías y en las agencias de los editores en toda la República.

Se garantiza la conclusión de esta obra.

℄ Las personas que deseen subscribirse sin tener cuenta con la casa y que residan en poblaciones en donde no haya agencia, deberán dirigir sus pedidos, acompañados del valor por lo menos de cuatro cuadernos, á los editores

J. Ballescá y Compañía, Sucesores:

Apartado de Correos, 13:

MÉXICO.

JUÁREZ : SU OBRA Y SU TIEMPO


1806-1906
EX LIBRIS



OLIVA, IMPRESOR : VILLANUEVA Y GELTRÚ : BARCELONA

A la generación que llega:

¶ A nuestros jueces de mañana, á la posteridad que toca á nuestra puerta, á los que llegan en el último barco cargado de flores á la juventud y al amor, pero que, hombres muy pronto, y desde hoy testigos de nuestras luchas, de nuestros triunfos discutidos y de nuestros desmayos, nos pedirán cuenta de nuestra obra de historiadores y de mejicanos, consagro este libro escrito con profundo respeto á la verdad que alcanzo y con profunda devoción á la Patria. ¶ La personalidad en torno de la cual esta obra ha cristalizado, como un día cristalizó la disuelta República, ha guardado el don de exhumar pasiones que parecen espectros de rencores muertos; acaso por su imperturbable actitud moral tan consonante con su fisonomía, tienta aún la irreverencia de los iconoclastas que aspiran sólo á la actitud de los apóstoles que derrumbaban idolos, atribuyendo el carácter de idolatría á toda gran creencia popular. ¶ Haga cada cual aquello que lo ponga de acuerdo con su conciencia. La mía me ha inspirado el afán de «limpiar del negror del humo», como decía Horacio, al gran representante de nuestro derecho en una época en que la República luchó para vivir y agonizó vencida, al gran indígena á cuya memoria la gratitud del pais ha erigido un ara inconmovible. ¶ Y dedico esta labor á la Juventud, porque la vida de Juárez es una lección, una suprema lección de moral cívica. ¶ Puedo engañarme, pero no sé engañar. Si este libro no fuese nacido de una sinceridad inmensa, no osaría consagrarlo á la generación que llega: sería como si presentase una frente manchada á los besos de mis hijos.

J. S.

REFLEXIONES PREVIAS

I

EL PROFUNDO interés de estudios históricos del género de este que con gran temor abordo hoy y que probablemente tendré que rehacer en lo que de vida me quede, para acercarlo sin cesar á la verdad, consiste en su carácter psicológico. El desenvolvimiento de un alma primitiva que tiene por núcleo un carácter, que recibe color de los acontecimientos y tiende á reobrar sobre ellos, y con ellos se complica y transforma á su vez en acontecimiento determinante de series de sucesos cuya vibración se propaga indefinidamente en el tiempo, es un supremo espectáculo; no sé si hay otro igual para el espíritu; equivale al de la creación de un mundo, al del descubrimiento de una verdad fundamental. Es más interesante porque encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida.

¶ Pues si este drama toma las proporciones de una revolución histórica, si llega á servir de medida á la cantidad de influencia que puede la historia de un grupo humano tener en la de la humanidad, entonces resulta para el contemplador algo sorprendente y único.

¶ Tal es, lo digo ingenuamente, sin intención ni de formar ninguna convicción, ni de exaltar ningún entusiasmo, ni de anatematizar ningún odio, la impresión que me ha producido siempre la vida de Juárez.

¶ Ignacio Altamirano, el maestro de la generación á que pertenezco y que declina ya, refería cómo, durante la revolución de Ayutla, había aparecido, en el séquito del viejo general Don Juan Álvarez, un personaje insignificante, una especie de Cura de indios, decía Altamirano, cabalgando sin un solo movimiento de impaciencia ó cansancio, en una mula habituada á las asperezas y dobleces de la

montaña interminable que separa la costa, de Chilpancingo y Cuernavaca. Aquel señor, que frecuentemente hablaba con el general y á quien éste guardaba muchas consideraciones, era «el Licenciado Juárez,»—decía el anciano cacique respondiendo á las preguntas de su secretario—«un excelente liberal desterrado por Santa Anna á los Estados Unidos, y que ha sido el mejor gobernador que los oajaqueños han tenido; lo aprecio y lo respeto mucho». Altamirano, indio también, pero ni impasible, ni sereno, ni mudo como el licenciado zapoteca, sino todo lo contrario, veía desde entonces con veneración é interés, aunque sin simpatía (nunca se la tuvo), á aquel hombre de tanto mérito y de tan pocas palabras para él, el exuberante; muy poco tiempo después, el licenciado se encargaba, en Cuernavaca, del Ministerio de Justicia de la revolución triunfante. La Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, bastante anodina hasta entonces, tornóse en manos de Juárez en el más importante de los Ministerios, fué el Ministerio político por excelencia, fué el de la supresión de los privilegios de las clases eclesiástica y militar; fué, bajo una fórmula sencilla, el encargado de definir La Revolución, el que la convirtió en La Reforma.

* * *

Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y ése podía parecer el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica; en ella y bajo la forma de superstición, propia de su raza sometida y callada, había nacido; en esa forma había podido la religión conquistadora penetrar en cada alma indígena y arrojar de ella la creencia vieja, como arrojaban los misioneros al ídolo de la cima del teocalli, manteniendo el prestigio del santuario derruído con sólo reemplazar por otro símbolo la deidad hecha pedazos y, en apariencia, muerta. Su educación acabó de cerrar su horizonte con la eterna decoración de todo despertar de alma en aquella época : contornos de iglesias vetustas, de macizos conventos, de pirámides de libros de teología, de siluetas de santos, de perfiles de doctores; todo lo que interceptaba la luz directa y aglomeraba en los intelectos masas frías de sombra y de noche.

Esto no es pura retórica, es la impresión traducida en idioma plástico de una realidad positiva; los libros que se ponían en manos de los seminaristas no contenían más que proposiciones probadas por la autoridad de los Padres de la Iglesia ó comprobadas por las sutilezas de la lógica escolástica; el mundo real, las leyes del mundo real, en la enseñanza de entonces, estaban subordinadas á verdades puramente subjetivas, que se transmitían por infinitos ejercicios de memoria al espíritu y se resolvían, á la primera dificultad seria, por medio de inobjetables proposiciones de fe. Todo esto convertía la educación en un mecanismo comprimente que atrofiaba las energías psíquicas intelectuales y sólo dejaba campo á la emoción, al sentimiento. El miedo al infierno, ó la aspiración al paraíso,

ó la admiración por los santos, ó el temor de los males de la vida, distribuídos á su arbitrio por la Providencia, llevaban de la mano al joven á las prácticas piadosas, á los ritos solemnes y pomposos, que pronto el hábito y la repetición inexpresiva y fría volvían monótonos, insignificantes, somnolentes, sólo propicios al escape del alma por las regiones imprecisas del ensueño.

***

℄ Mas todo esto sólo es verdad á medias. Aunque no había acto de la vida, ni movimiento del espíritu, ni aspecto de la naturaleza, ni fenómeno de la conciencia que la religión no penetrase y explicase ó imantase orientándolo hacia ella, tiempo hacía que esta misma difusión que envolvía en una nébula tenue é impalpable todo lo creado, por su misma sutileza y tenuidad se había hecho más frágil, más fácilmente evaporable. En verdad que la Religión en la Nueva España estaba compuesta de un número infinito de religiones locales en apariencia unidas por creencias comunes, por dogmas primeros, en realidad reducidas á creencias en favores especiales de la divinidad á la localidad, y esto para la masa de la población era toda la moral, toda la religión, todo el dogma; así vivían las poblaciones precortesianas, así continuaron viviendo después de la independencia las poblaciones mejicanas, así hoy manteniendo cerrada lucha con la claridad resolvente que penetra por la ventana de la escuela. Los dogmas fundamentales, desde el de la unidad divina de las tres personas hasta el de la transubstanciación eucarística, no preocupaban á nadie; eran misterios; eran incomprensibles y sacratísimos; de ellos sólo se encargaba el sacerdote; mas las devociones á la Virgen aparecida ó á la Virgen favorecedora, ésas sí eran la forma casi total de la fe, generalmente exclusivista, celosa enemiga de las otras.

℄ Bañados en esta atmósfera, aspirándola por todos los poros, saturados de ella, porque las moléculas que la componían eran unidades de almas de antepasados, los hombres que durante la formidable vibración producida por la Independencia entraron en la órbita del libro y de las ideas nuevas, tuvieron que hacer un esfuerzo, cuya energía apenas podemos concebir, para desligarse de las vendillas de momia que envolvían sus almas, ponerse frente á la vida del espíritu y no renegar ni apostatar, pero siquiera comprender.

℄ Afortunadamente, las mallas tenían muchos nudos rotos y por las aberturas se escapaban las almas hacia los libres mares del pensamiento. La inmensa producción filosófica y anticristiana, predecesora de la Revolución que conflagró las postrimerías del siglo XVIII, apenas había penetrado en la monótona y sandia fortaleza escolástica en que se enclaustraba el intelecto mejicano que había dado pruebas brillantes (de emancipación no, pero sí de aptitud investigadora) en los planteles pedagógicos de la Compañía de Jesús; por regla general esta filtración de ideas radicalmente opuestas á las tenidas por incontrovertibles, en las bibliotecas y las aulas coloniales, fué al través de los libros flojos y sosos que las refutaban. Porque

montaña interminable que separa la costa, de Chilpancingo y Cuernavaca. Aquel señor, que frecuentemente hablaba con el general y á quien éste guardaba muchas consideraciones, era «el LICENCIADO JUÁREZ,»—decía el anciano cacique respondiendo á las preguntas de su secretario—«un excelente liberal desterrado por Santa Anna á los Estados Unidos, y que ha sido el mejor gobernador que los oajaqueños han tenido; lo aprecio y lo respeto mucho». Altamirano, indio también, pero ni impasible, ni sereno, ni mudo como el LICENCIADO ZAPOTECA, sino todo lo contrario, veía desde entonces con veneración é interés, aunque sin simpatía (nunca se la tuvo), á aquel hombre de tanto mérito y de tan pocas palabras para él, el exuberante; muy poco tiempo después, el LICENCIADO se encargaba, en Cuernavaca, del Ministerio de Justicia de la revolución triunfante. La Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, bastante anodina hasta entonces, tornóse en manos de Juárez en el más importante de los Ministerios, fué el Ministerio político por excelencia, fué el de la supresión de los privilegios de las clases eclesiástica y militar; fué, bajo una fórmula sencilla, el encargado de definir LA REVOLUCIÓN, el que la convirtió en LA REFORMA.

***

℄ Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y ése podía parecer el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica; en ella y bajo la forma de superstición, propia de su raza sometida y callada, había nacido; en esa forma había podido la religión conquistadora penetrar en cada alma indígena y arrojar de ella la creencia vieja, como arrojaban los misioneros al ídolo de la cima del TEOCALLI, manteniendo el prestigio del santuario derruído con sólo reemplazar por otro símbolo la deidad hecha pedazos y, en apariencia, muerta. Su educación acabó de cerrar su horizonte con la eterna decoración de todo despertar de alma en aquella época : contornos de iglesias vetustas, de macizos conventos, de pirámides de libros de teología, de siluetas de santos, de perfiles de doctores; todo lo que interceptaba la luz directa y aglomeraba en los intelectos masas frías de sombra y de noche.

℄ Esto no es pura retórica, es la impresión traducida en idioma plástico de una realidad positiva; los libros que se ponían en manos de los seminaristas no contenían más que proposiciones probadas por la autoridad de los Padres de la Iglesia ó comprobadas por las sutilezas de la lógica escolástica: el mundo real, las leyes del mundo real, en la enseñanza de entonces, estaban subordinadas á verdades puramente subjetivas, que se transmitían por infinitos ejercicios de memoria al espíritu y se resolvían, á la primera dificultad seria, por medio de inobjetables proposiciones de fe. Todo esto convertía la educación en un mecanismo comprimente que atrofiaba las energías psíquicas intelectuales y sólo dejaba campo á la emoción, al sentimiento. El miedo al infierno, ó la aspiración al paraíso,

ó la admiración por los santos, ó el temor de los males de la vida, distribuídos á su arbitrio por la Providencia, llevaban de la mano al joven á las prácticas piadosas, á los ritos solemnes y pomposos, que pronto el hábito y la repetición inexpresiva y fría volvían monótonos, insignificantes, somnolentes, sólo propicios al escape del alma por las regiones imprecisas del ensueño.

❧❧❧

℄ Mas todo esto sólo es verdad á medias. Aunque no había acto de la vida, ni movimiento del espíritu, ni aspecto de la naturaleza, ni fenómeno de la conciencia que la religión no penetrase y explicase ó imantase orientándolo hacia ella, tiempo hacía que esta misma difusión que envolvía en una nébula tenue é impalpable todo lo creado, por su misma sutileza y tenuidad se había hecho más frágil, más fácilmente evaporable. En verdad que la Religión en la Nueva España estaba compuesta de un número infinito de religiones locales en apariencia unidas por creencias comunes, por dogmas primeros, en realidad reducidas á creencias en favores especiales de la divinidad á la localidad, y esto para la masa de la población era toda la moral, toda la religión, todo el dogma; así vivían las poblaciones precortesianas, así continuaron viviendo después de la independencia las poblaciones mejicanas, así hoy manteniendo cerrada lucha con la claridad resolvente que penetra por la ventana de la escuela. Los dogmas fundamentales, desde el de la unidad divina de las tres personas hasta el de la transubstanciación eucarística, no preocupaban á nadie; eran misterios; eran incomprensibles y sacratísimos; de ellos sólo se encargaba el sacerdote; mas las devociones á la Virgen aparecida ó á la Virgen favorecedora, ésas sí eran la forma casi total de la fe, generalmente exclusivista, celosa enemiga de las otras.

℄ Bañados en esta atmósfera, aspirándola por todos los poros, saturados de ella, porque las moléculas que la componían eran unidades de almas de antepasados, los hombres que durante la formidable vibración producida por la Independencia entraron en la órbita del libro y de las ideas nuevas, tuvieron que hacer un esfuerzo, cuya energía apenas podemos concebir, para desligarse de las vendillas de momia que envolvían sus almas, ponerse frente á la vida del espíritu y no renegar ni apostatar, pero siquiera comprender.

℄ Afortunadamente, las mallas tenían muchos nudos rotos y por las aberturas se escapaban las almas hacia los libres mares del pensamiento. La inmensa producción filosófica y anticristiana, predecesora de la Revolución que conflagró las postrimerías del siglo XVIII, apenas había penetrado en la monótona y sandia fortaleza escolástica en que se enclaustraba el intelecto mejicano que había dado pruebas brillantes (de emancipación no, pero sí de aptitud investigadora) en los planteles pedagógicos de la Compañía de Jesús; por regla general esta filtración de ideas radicalmente opuestas á las tenidas por incontrovertibles, en las bibliotecas y las aulas coloniales, fué al través de los libros flojos y sosos que las refutaban. Porque

hay que pensar en que contra el furioso ataque de los enciclopedistas, la Iglesia no se defendió, casi no se defendió, no respondió al llamado que sus terribles adversarios le hacían AL TRIBUNAL DE LA RAZÓN, según uno de los clisés más socorridos de la época. Después, en el período postnapoleónico, sobre todo, ha sido cuando la Iglesia ha acudido á todas las citas de sus enemigos y, con mejor ó peor suceso, aceptado todos los retos y bregado virilmente en todos los combates; hoy más que nunca. Esa efervescencia intelectual y científica en el campo eclesiástico, ha precedido siempre y preparado el momento de las transacciones definitivas con la ciencia humana.

⁂

Consumada la Independencia y aun poco antes, desde la aclimatación de la franc-masonería en Méjico, los libros llegaron, y si no se leyó la Enciclopedia, sí, de seguro, el Diccionario Filosófico de Voltaire, un buen disolvente, mas no un reconstituyente. Una SELECCIÓN de emancipados flotó, pero vergonzante y tímida, en el haz de nuestra sociedad: la masa ignara la ocultaba, la tragaba. Porque hay que pensar en que el triunfo del PLAN DE IGUALA y el fin de la dominación española tuvieron por aleluya una exacerbación del sentimiento religioso, una inmensa efusión mística, un coro de bendiciones á la Providencia divina, y todos los discursos, todos los grandes documentos oficiales, todos los manifiestos del poder, de las asambleas, comenzaban por una tierna antífona, eran el TEDEUM de un pueblo que se sentía, que se creía libre.

Cierto, el supremo jerarca de la Iglesia se había puesto del lado de España resueltamente y el Papa anatematizaba; la Patria mejicana nació excomulgada; después modificaron los pontífices su actitud, pero siempre fué desdeñosa, hasta que la necesidad los hizo inclinarse hacia nosotros y tender su mano á la joven nación para recoger el PATRONATO que hacía de los reyes de España los verdaderos jefes de la Iglesia hispano-americana y que nosotros pretendíamos heredar.

Descansábamos en nuestras efusiones de amor; sin embargo, chocaba por extremo á los hombres ilustrados, á los hombres que leían, y ya leían muchos, que de un lado se nos negase el Patronato (y precisa confesar que la Iglesia estaba en su derecho) y por otro, que el FUERO eclesiástico, que constituía al clero en clase privilegiada, se mantuviese explícitamente por nuestras constituciones.

Y se puede seguir paso á paso el laborioso proceso de la emancipación de los espíritus: ¡cuán trabajosa, cuán angustiosa, qué lenta! Romper con la fe, nunca; pero, ¿la tutela de la Iglesia era de fe? Se fundaron, al lado primero, y luego frente á los SEMINARIOS (en donde se habían aclimatado las primeras ideas de libertad filosófica, pero que en vista del peligro se habían recogido á la más negra é insípida rutina), ciertos centros ó institutos de enseñanza en donde el amor á la religión era la bandera, pero el amor á la Patria, á la total emancipación de la Patria, era el criterio más ó menos consciente. En esos INSTITUTOS solían darse enseñanzas, como las jurídicas, que no se acomodaban fácilmente en los seminarios,

y como la libertad de leer y discutir era la regla intelectual de la casa, con ó sin licencia de la autoridad doméstica, resultó que el espíritu rompió ahí sus ligas, que la idea reformista ahí se abrió paso rápidamente.

❧❧❧

℃ Cuando sonó el año de 1833, la necesidad de la Reforma estaba en la conciencia de todos los laicos ilustrados y de no pocos sacerdotes; éstos por lo general se mostraron ardientes y más radicales; de ello el preclaro Dr. Mora es ejemplo. No llegaban á incluir en su programa LA LIBERTAD DE CULTOS, LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y EL ESTADO; pero se ve, se adivina que ése era el pensamiento recóndito de aquellos valientes, inexpertos si se quiere, que se agruparon en torno del vicepresidente Gómez Farías y que quisieron en rápida y revuelta brega suprimir el fuero eclesiástico, desamortizar la propiedad territorial yacente en manos del clero y sacudir el árbol secular de nuestras tradiciones políticas y sociales para hacer caer todas las ramas secas y sin vida, todos los frutos podridos. Era difícil, no pudo ser; el clero, para defenderse, no tuvo más que tocar en el hombro al ejército y éste comprendió que, á pesar de las frases halagadoras de los manifiestos de Gómez Farías, él era también una vieja institución de servidumbre y muerte, que quedaría sepultado, en su forma pretoriana, bajo los escombros de los conventos; y surgió el DEUS EX MACHINA de la tragedia lenta de nuestra historia, surgió Santa Anna, y la Reforma cayó.

℃ Pero se vió cuán serio y resuelto era el grupo de los emancipados, se vió la inmensa evolución verificada ya en el espíritu de una porción selecta. Y el partido liberal tuvo conciencia neta de su programa : era anti-católico, no había que forjarse ilusiones; bien claro lo significaba Zavala en su libro sobre nuestras revoluciones, pero Zavala estaba profundamente desacreditado y era, desde el asunto de Tejas, un excomulgado de la Patria. Los radicales querían y se esforzaban en disimular esta consecuencia inevitable de sus doctrinas : disidencia absoluta de las doctrinas del Pontífice. Por eso se formó bajo el partido radical el partido moderado, es decir, un partido liberal de gobierno que creía en la necesidad de realizar lentamente la Reforma haciendo entrar al tiempo en su obra, arrancando á Roma una serie de pequeñas concesiones que sumaran al cabo de un siglo una grande. Todos los hombres ilustrados pertenecían á esta comunión : los Couto, los Pesado, los Atristain, los Baranda, los de la Rosa, todos fueron liberales; este último ascendió al golpe de nuestras revueltas; los otros, amedrentados, se pusieron pronto al arrimo del campanario, tornáronse reaccionarios y formaron con Alamán, el gran LEADER conservador, el núcleo de la resistencia al espíritu reformista.

℃ Sí, todo ello era una cuestión religiosa y por ser una cuestión religiosa el partido liberal fué siempre una minoría, lo fué aun en la guerra definitiva de la Reforma; sólo la Intervención y el Imperio, dando al partido reactor la conciencia

absoluta de su impotencia irreparable, y agrupando, por instinto, la masa social en torno de la bandera republicana, pudieron transformar al partido liberal en partido nacional. Entre la gente, ya de pensamiento, ya de acción, puede decirse que no hay ahora un solo disidente, y la Iglesia, para readquirir en las almas el terreno perdido, abandona el viejo credo político que prohijó, definió y sostuvo en gigantesca lucha.

No son los hombres de pensamiento puro, por elevado, por trascendental que sea, los llamados á personificar estos momentos vertiginosamente acelerados de la evolución social (que son los únicos que merecen legítimamente el nombre de REVOLUCIONES): son los hombres que tienen como cualidad suprema el carácter, la inquebrantable voluntad; sin los Lerdo, sin los Ocampo, sin los Ramírez, las revoluciones no son posibles; sin los Juárez, no se hacen.

II

Juárez entró en la vida pública en la época de la primera conmoción reformista que llegó al período álgido por los años de 32 y 33 del pasado siglo; los hombres de pensamiento ó de acción tenían que afiliarse en uno de los bandos contendientes; se trataba de una tentativa seria de transformación social; se emprendía asegurar definitivamente la supremacía de la autoridad civil en la República, condición precisa de la reorganización nacional. Los abogados, en su mayoría, se agruparon en torno de la bandera LAICA, sobre todo los jóvenes, los que se formaban ó acababan de formarse en los Institutos de los Estados, ó sorda ó resueltamente rivales de los Seminarios conciliares que, establecidos conforme á las prescripciones tridentinas (por eso se llamaban conciliares), habían entrado en auge desde la expulsión de los jesuitas. Así era en Oajaca.

Cuando nosotros, los hombres de las transacciones políticas infinitas y no siempre confesables y nunca gloriosas, nos volvemos frecuentemente llenos de pedantesca suficiencia contra nuestros antepasados y, convirtiendo en armas nuestra ciencia libresca y lo que, gracias á ellos, nos enseña la historia, pronunciamos sentencias de muerte y anatemas contra su obra (procedimiento que la verdadera ciencia histórica rechaza hoy con todos sus conatos), haríamos bien en meditar sobre el estado social en que estos hombres encontraron al país, en lo que, siendo una pequeña minoría, tuvieron que derrumbar de creencias, de preocupaciones, de hábitos, de supersticiones, de falsas doctrinas que parecían verdades incontrovertibles porque en determinado momento lo habían sido; haríamos bien en aquilatar el doble trabajo titánico de abrir paso dentro de su propio espíritu al propósito de rechazar toda tutela que no fuese la de la razón y de escombrar y volver llano en la sociedad el camino agrio y escabroso que hoy recorremos sin esfuerzo; entonces nos parecerían todas nuestras gárrulas frases vestidos arlequinescos con armazones de carrizo; todas nuestras enfáticas sentencias, cómicamente graves.

De todo ello la posteridad no recogerá sino un poco de papel y un poco de tristeza, porque nos comparará y nos hallará pequeños al lado de los fundadores, de los iniciadores, de los batalladores, de los realizadores de la transformación social de Méjico.

¶ Lo que nunca querrá decir que, convencidos de que es injusto y necio empinarnos sobre nuestra ventaja de ser posteriores á ellos para imputarles los errores como faltas y sindicarlos de criminales, prescindamos de examinar, de analizar, de depurar sus actos, para explicárnoslos mejor, para darnos cuenta de nuestro respeto y admirar los caracteres y los intelectos : ó prodigios del genio ó milagros de la voluntad pocas veces unidos en dosis equivalentes.

¶ Ni idólatras, ni iconoclastas. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria. Éste debe ser nuestro programa, éste es.

¶ Cuando la Nación Mejicana dejó de ser la Nueva España, no dejó de ser colonial; el vínculo roto se retrajo, se contrajo y el gobierno dejó de sernos exterior, pero la organización fué la misma, tenía que ser la misma. Y como los virreyes, en contacto con la Audiencia que podía limitar su acción política y con la Iglesia que podía nulificar su acción social, gozaban de un poder negligente y habitualmente arbitrario y omnímodo, del tipo patriarcal siempre usado por los monarcas españoles con sus colonias, este tipo fué el que tendió constantemente á rehacerse en la nueva nación, y era el genuino; todo lo demás parecía facticio, forzado.

¶ Elementos perdurables contribuían á esta tendencia : la masa de la población (si hoy, en su mayoría mezclada, indígena entonces) yacía como antaño en el fondo de su pantano de superstición, de alcoholismo (mucho menos intoxicada que ahora, sin embargo), de servidumbre industrial y doméstica. Estaba, como siempre, como ahora en buena parte todavía, explotada por el cura y el amo rural, sin tasa y sin más cortapisa que el miedo al leguleyo promotor de litigios y procesos que apasionaban á los rústicos y pasaban alguna vez de generación en generación; estos leguleyos pululaban desde la Independencia, y con su ignorancia, su mala fe, su espíritu de CHANTAGE, como hoy diríamos, mortificaban al SEÑOR de las masas serviles, le movían la mesa en que durante tres siglos (y más allá y más acá) se había regalado con el opíparo banquete del trabajo ajeno, y creaban instintos de emancipación fomentados por el amor á la tierra, pasión instintiva, pero indómita, de los labriegos aborígenes.

¶ De esta masa humana, gracias á la interrupción de la absoluta paz colonial y luego á la aclimatación de la guerra civil, los despotismos nacionales y los cacicazgos sacaron sus ejércitos, poniendo así en circulación y desamortizando por medio de la sangre, la faena bélica y la muerte, á una porción no corta de esa masa; selección artificial, sangrienta y cruel, la selección de la LEVA. Pero el grupo SELECCIONADO de esta guisa no podía apoyar á nadie, porque estaba á merced de todos;

sólo deseaba en sus íntimos anhelos su paz, su terruño, su santuario, el cirio para su santo y el pulque de todos los días y la borrachera de todos los lunes. Equivale á decir que el gobierno paterno y sin trabas, como el de Dios, es decir, como el de la Iglesia, era su inconsciente ideal.

℄ Como observó bien uno de nuestros más conspicuos publicistas setenta años ha, la revolución de independencia fué social porque destruyó completamente los privilegios y funciones meramente decorativos en verdad que en la Nueva España tenía la nobleza colonial: uno que otro título conservó la costumbre; luego aun ésta se olvidó y pronto la aristocracia criolla se fundió en la burguesía de donde salió y en la que ni sobraba ni hacía falta. Pero, sigue observando el Dr. Mora, extinguida sin esfuerzo la nobleza, sobrevivióle y se organizó mejor la CLASE, las clases, queremos decir, IN CAPITE el clero y á seguida la milicia y la burocracia. Estas clases no aspiran á la RENOVACIÓN; odian, por tanto, la INNOVACIÓN, y pues que son privilegiadas, desean ser inconmovibles y pesan con un peso de montaña de plomo sobre todo latido de reforma, sobre todo anhelo de cambio.

℄ Estas clases, me refiero sobre todo al clero y al ejército, formaban islas de fierro en medio de la embrionaria unidad nacional, cuyo desenvolvimiento estorbaban é impedían. Todo cuanto hemos dicho en los comienzos de este preliminar explica la dominación social del clero: el alma mejicana estaba hecha de sentimiento religioso, de superstición, de temor infantil á la intervención incesante de la Providencia mezclada á todos nuestros actos, y al diablo y las penas eternas; sobre todo, era un hábito indestructible, era un pliegue, como se dice, el pliegue más profundo de nuestro espíritu. Toda la jerarquía clerical erguida sobre esta base dominaba á la sociedad, como á las ciudades y las aldeas los campanarios de las iglesias. La ley posterior á la Independencia, la constitución misma del país, confirmó los privilegios, los FUEROS, que eran la defensa exterior, digámoslo así, de la clase; al clérigo sólo la Iglesia podía juzgarlo; defensa formidable, verdadera solución de continuidad en el organismo nacional incolmable.

℄ La otra clase, la militar, tenía igual privilegio, era otra excepción. La clase militar no existía, en realidad, antes de la Independencia; once años de lucha crearon y revelaron las aptitudes militares de los mejicanos; pacientes hasta lo infinito, sin apego colectivo á LOS PRINCIPIOS, como decía la retórica de entonces, sin ideales, adoradores del valor personal, capaces de tenerlo en grado heroico si sus jefes les daban el ejemplo, con un coeficiente de sumisión á las privaciones verdaderamente pasmoso, aptos para contraer hábitos de disciplina á la larga, pero insensibles al influjo de este sentimiento subjetivo, de esa misteriosa y constante sugestión de la conciencia militar que se impone aun contra la seguridad de quedar impune; eran, en cambio, por extremo accesibles al miedo del reglamento exteriorizado en el consejo de guerra, en el calabozo del presidio, en el maltrato generalmente brutal y cruel del oficial, en la ordenanza siempre aplicada sin equidad. Y acontecía que el noventa por ciento de los oficiales que se pronunciaban lograba el ascenso, y el noventa por ciento de los soldados que desertaban iba al presidio, á la muerte á veces.

℄ Lo repetimos, este soldado se disciplinaba difícilmente, aun cuando lo contra-

rio afirmen en sus apologías saturadas de adulación descaradamente interesada los jefes del poder, cuando como solía eran generales. Y era natural, el soldado mejicano era espontáneamente guerrillero, lo era por el instinto atávico de su abuelo el azteca, el mixteca y el chichimeca combatiente y nómada en su horda, en su errante tribu; esto cuando era indígena. Si era mestizo, entonces la herencia del perpetuo guerrillero de los siglos de la reconquista se conjugaba con las propensiones del aborigen; de todo ello resultó el repentino y ó feroz ó caballeresco guerrillero que pululó en nuestras tierras durante la lucha de independencia y que hombres como Morelos, como el guerrillero español Mina, como Guerrero, al fin, lograron avenir, precariamente, es cierto, con el orden severo y fuerte de un ejército organizado.

℄ El ejército organizado, PERMANENTE, se formó también en la lucha de Independencia; lo formaron los españoles con elementos de la Colonia y de la Metrópoli; combatió á los insurgentes muy frecuentemente á las órdenes de oficiales mejicanos como Iturbide, Bustamante, Santa Anna, Herrera, Arista, todos jefes de la nueva nación luego. El ejército libertador, EL TRIGARANTE, cuyos laureles, más empolvados que cruentos, entretejió con flores el entusiasmo del pueblo el 27 de Septiembre de 1821, fué el núcleo y fundamento de la clase militar. Se le fueron adhiriendo con viejos elementos españoles, que ya poseía, los que se habían definitivamente militarizado en la lucha intermitente pero crónica en que el país había vivido desde 1821.

***

℄ La lucha con el clero era principalmente social; privarlo de la situación privilegiada en que había vivido, no era más que el prólogo de las grandes medidas económicas por cuya virtud al volver á la vida la inmensa propiedad territorial amortizada en sus manos, transformarían la fortuna pública é influirían pronto ó tarde en la suerte del país. Y claro es que la Iglesia para defenderse habría de vestirse de pontifical y esgrimir la cruz y menear el anatema, pretendiendo que todo se hacía para derribar LA RELIGIÓN DE CRISTO. El grito de RELIGIÓN Y FUEROS contestó á las primeras empresas reformistas de los hombres del 33; y una causa fué desde entonces inseparable de la otra.

℄ Por eso nos hemos parado en hacer comprensible el esfuerzo interior que los mayores de Juárez tenían que hacer para aprestarse á la lucha; ellos, todo eran sentimiento religioso, y su empresa, toda de muerte para la Iglesia, según sus jerarcas proclamaban. «Estos hombres», decía un presidente del Congreso por los años de 1834 ó 35, «han querido arrancar la unidad á la Iglesia, la Iglesia á la Nación, y á los mejicanos el sacerdocio, la religión y el cielo.»

℄ La lucha con el ejército era principalmente política; un poder en el centro disponiendo del ejército permanente acabaría de seguro por imponerse á los Estados, débiles en su mayor parte, ó necesitados del auxilio federal para ayudarlos contra las depredaciones de los salvajes de las fronteras, ó desgarrados por bandos

que se disputaban ó el poder ó las arcas públicas y uno de los cuales buscaba siempre el arrimo de la fuerza federal. Ahora bien, la Federación, facticia como era y nacida á la sombra no de necesidades, sino de ambiciones y codicias locales, había echado raíces en los intereses, en los presupuestos de los Estados; había creado una burocracia provincial, celosa, ávida y exclusivista como suelen serlo las de este jaez; todo esto se había complicado con el odio de los liberales al ejército, á quien culpaban de la perenne bancarrota del Erario, del perpetuo DÉFICIT, de las gabelas opresoras (Dr. Mora), de las asonadas, de los cuartelazos y pronunciamientos bautizados con el título pomposo de REVOLUCIONES. La consecuencia era clara como el día: había que armar á los Estados, que convertir las guardias nacionales en una suerte de ejército cívico que pudiera sobreponerse al permanente, había que despojar á éste de sus fueros, había que reducirlo al orden sometiéndolo á los tribunales ordinarios. De este programa iba á resultar fatalmente la alianza de las clases privilegiadas; harían causa común.

III

Y así fué; por eso LIBERALISMO Y FEDERALISMO fueron sinónimos, por eso todo EL PARTIDO DEL PROGRESO, como se apellidaba en el 33, fué acérrimo federalista. El estado de la República era por intermitencias una paz armada; lo que era crónico era la guerra civil.

Los escritores liberales han abominado del ejército; él era el autor de todos los males: egoísmo brutal, ambición de los jefes, avidez de los subalternos, sumisión sin alma de los hijos de la leva, entrecortada por sobresaltos de indisciplina homicida; vicios infinitos, porque la educación para eso era, para el vicio, para la prostitución descompuesta en todos los colores del espectro. Y los liberales tenían razón.

Los reaccionarios decían: «sí, pero ese ejército devorador ha sido necesario; si se hubiera suprimido... se habría formado otro igual á los diez años; porque era necesario, porque los pequeños ejércitos locales (guardias cívicas nacionales) habrían formado el ejército obligado de las coaliciones hechas y deshechas sin cesar entre los Estados grandes para subalternarse á los pequeños, entre muchos para acorralar y desbaratar el Centro; tal habría sido esa anarquía permanentemente renovada, como el Fénix; tornaría á nacer de sus cenizas».

Además, nacimos y crecimos con la espada de Damocles colgada sobre nuestra cabeza. La guerra de Independencia se tornó, al día siguiente del triunfo, en guerra con España, y no una guerra platónica, sino siempre amenazadora, alguna vez algo más, alguna vez invasora; ni la caída de San Juan de Ulúa en nuestro poder, ni la capitulación de Barradas terminaron, sino que por el contrario exacerbaron los rencores, los prolongaron hasta hacerlos parte, digámoslo así, de la sensibilidad nacional; los tornaron odios. Y todavía se ven trazas intensas de ese

mal en discursos, folletos y hasta libros, que sólo son síntomas de atavismo, pero excesivamente curiosos. Las expulsiones de españoles marcaban bien el carácter semiferoz que pretendíamos dar á la lucha, de la que, estábamos seguros, saldríamos vencedores, porque al odio uníamos el desprecio.

¶ Pero para cualquier emergencia necesitábamos un ejército, y listo para el combate; á compás de las guerras civiles, único modo de vivir para un grupo armado que no combatía con el extranjero, sino virtualmente, el ejército se hacía y se deshacía; cada gran oleada de REVOLUCIÓN formaba un gran penacho de espuma de generales, de oficiales, que ó despojaban á los otros que pasaban á la perenne conspiración de LOS DEPÓSITOS, ó se sumaban á ellos y se prorrateaban como botín de combate un gran trozo del presupuesto moribundo.

¶ Pasado el peligro de la guerra con España, cuando esta monarquía nos reconoció y nos trató como si fuésemos hijos pródigos volviendo al abandonado solar, surgió la grave complicación de Tejas. Un ejército allá; luego el Presidente en persona (Santa Anna) y el desastre tras una calaverada militar del General en jefe que solía unir al magín de Don Quijote el corazón de Sancho.

¶ A seguida, la complicación con los franceses de Luis Felipe. La burguesía que entonces mandaba en Francia nos disparó sus buques y un ULTIMÁTUM que por singularísimo modo resultó el capítulo primero de larga negociación, seca y sin generosidad y sin justicia. Aquí cosechamos una humillación, y la resurrección moral (¿moral?) de Santa Anna. Luego nuestro ejército hizo un cambio de frente y siguió mirando hacia el Norte, nuestra obsesión, nuestra pesadilla. Rumbo hacia allá, á reducir la provincia rebelde (que en realidad no perteneció nunca á la patria mejicana con el alma y que, roto por Méjico el pacto federal, estaba en su derecho de separarse), rumbo hacia allá iban los ejércitos. Y ó retrocedían á la guerra de Yucatán, que había proclamado también su autonomía, para tener aranceles propios y no dar sus contingentes, guerra que fué otro desastre; ó á derrocar á Bustamante, á derrocar á Santa Anna, á derrocar á Herrera, á derrocar á Paredes, á derrocar á cualquiera. Epílogo trágico, la guerra con los invasores norte-americanos.

¶ Así es que nunca pudo dejar de haber un ejército; era una plaga indispensable. Plaga, no porque fuera un ejército, sino porque era ESE ejército. ¡Pobres abuelos nuestros! ¡Con qué terribles problemas, con qué ANANKÉS, como decía por aquellos tiempos M. Víctor Hugo, tenían que luchar! La República se debatía bajo una fatalidad siniestra é implacable como la Némesis antigua. ¡Y cuán imbéciles somos sus nietos insultándolos con nuestra ironía irreverente cuando, por lo que se palpa, hubiéramos sido incapaces quizás de la centésima parte del esfuerzo que ellos necesitaron para vivir siquiera, para tratar (nunca dejaron de intentarlo) de hacer el orden en el caos, de mantener un imperfecto y angustioso, pero positivo CONTROL del parlamento sobre la administración, de apretar contra su pecho, enlodada, ensangrentada y desgarrada, pero nuestra, la bandera de la Patria. ¡Pobres abuelos!

¶ El estribillo era incesante, era casi la fórmula oficial de toda comunicación con lo que se llamaba pomposamente EL PUEBLO MEJICANO; ese estribillo se componía de tres frases, sin contar la piadosa deprecación á la Providencia reguladora de las sociedades : la primera se dirigía á preconizar la necesidad de reorganizar la hacienda (todos se olvidaban del «dadme buena política y os daré buenas finanzas» del barón Louis); la segunda proclamaba la reorganización del ejército; la tercera, la guerra á los tejanos.

¶ ¡Disciplinar el ejército! ¡Qué empresa! De romanos propiamente. Era indisciplinable. El comandante general que quería ser Presidente sobornaba al general que quería ser un Valencia, un Tornel, un Paredes, un Salas; el general seducía al coronel, que conquistaba á la oficialidad del batallón, y el oficial se ponía de acuerdo con los sargentos, que, esos, si no contaban con el batallón, lo mandaban. Y esto era el pan de cada día. El comandante general aspiraba á los sueldos, el general á fundar un cacicazgo, el coronel que jugaba los haberes del soldado á borrar sus dilapidaciones con la esponja sanguinolenta del pronunciamiento; los oficiales querían ser coroneles; los sargentos eran los amos verdaderos en el batallón. El batallón cada vez que podía desertaba por grupos, ó asaltaba y robaba y asesinaba y violaba en las poblaciones, en las que lo mismo hacían el apache en las fronteras del Norte y el salteador en las poblaciones indefensas que acababan por aceptar el terrible patrocinio de los bandidos, que, al cabo, lo mismo eran los representantes del orden.

¶ Formar ejércitos de cívicos, destruir con ellos el ejército histórico, rehacer sus condiciones morales, pagarlo, sofrenarlo, levantar un ideal ante él, forjarlo en una gran guerra de principios, no de Santannas, no de Paredes, eso era lo que había que hacer, eso se hizo, eso hizo casi Juárez. Lejano estaba el día.

¶ Se llegó á la noción clara de esta situación. Después del singularísimo levantamiento del 6 de Diciembre de 1844 (porque fué un verdadero esfuerzo de la parte sensata de las masas para sobreponerse á la fuerza armada y restablecer el gobierno representativo), Don Luis de la Rosa, un liberal de gran moderación, de gran ilustración y de gran conciencia, decía respondiendo al Presidente Herrera: «Tan profunda llegó á ser la división introducida por la tiranía entre el ejército y el pueblo, que la existencia de uno y otro llegó á hacerse incompatible con la libertad del país y la estabilidad de las instituciones».

IV

¶ Para los pensadores, en los años que sucedieron á la Independencia, nuestro porvenir, á pesar de las perturbaciones consecutivas á la inexperiencia política, á la INFANCIA DE LA NACIÓN, como se declamaba, aparecía color de rosa. Pero (hablo de los pensadores) no INCONDICIONALMENTE color de rosa. Un libro que pinta á maravilla este estado de ánimo es el «Méjico Independiente» de Don Tadeo Or-

tiz; este libro era el VADE MECUM de Juárez; muy racional, muy liberal (no hacemos hoy libros de esa importancia), muy fiado en la naturaleza pródiga y en las energías vitales de su Patria, la obra de Ortiz era optimista, pero sin poner en duda la necesidad de un esfuerzo gigantesco para poder explotar y aprovechar LOS DONES DE LA NATURALEZA; sus consejos, sus proyectos, sus planes de organización de la República en todos los ramos administrativos; su programa de desazolve de las fuentes de la riqueza pública, apelando á comparaciones con otros países, es verdaderamente cuerdo y profundamente liberal y previsor. Y, por lo demás, todos los documentos oficiales cantan á porfía el himno de la confianza, de la esperanza y de la bienandanza. Un idilio era este, el idilio de las bodas de Méjico con el porvenir.

℄ Pronto cambió la perspectiva; pronto cambió el tono de los panegíricos; pronto se palpó la realidad, y cuando la guerra civil señoreó definitivamente las comarcas mejicanas, cada vez que alzaba la voz el gobierno era para cantar un salmo de muerte, un MISERERE : «Tenga piedad de nosotros el Dios de la infinita misericordia». La paz no puede restablecerse, la hacienda no puede organizarse, la administración no puede funcionar; ésta es la substancia de los documentos oficiales y periodísticos de todo el segundo tercio del siglo XIX en Méjico.

℄ Lo que asombra es que aquellos hombres no hayan perdido toda fe, toda esperanza, toda voluntad; aquello no era un combate con los sucesos humanos, era una brega con lo imposible, era el desfiladero del Hacha que diseña Polibio, que Flaubert inmortalmente pintó. Todos en el fondo de un abismo, sin hacienda posible, sin progreso posible, sin libertad, sin vida; cuando intentábamos escapar por la brecha de la guerra extranjera, llevábamos como estandarte de unión de nuestras huestes hambrientas y desnudas, no la enseña de la Patria, sino un silencio inmenso y trágico que decía : «Justicia». Mas justicia pedida á los hombres era inútil; las naciones creían que la obra norte-americana era obra de civilización. ¿Justicia pedida al cielo? El silencio del cielo fué inmenso y trágico como el nuestro; no hubo remedio, los elefantes de Hamílcar nos aplastaron, nos trituraron; mutilados y ensangrentados, sobrevivimos.

℄ ¿Para qué? Quienes nos codiciaban con monstruoso apetito crecían y crecían; sus mandíbulas de acero eran formidables; nada inquebrantable había para ellas. Y nosotros nos debilitábamos cada día más; ó la inexplicable tiranía de uno, ó la guerra civil en permanencia; entre los cuernos de este siniestro dilema agonizábamos despacio, no muy despacio.

V

℄ La gran excusa de la sangre derramada en nuestras guerras civiles para la minoría que buscó y quiso y realizó la Reforma, consiste en que vió claro que no habría progreso ya definitivo, ni orden ya orgánico, sino cuando la suprema cues-

tión económica estuviese resuelta. Planes revolucionarios saturados de promesas de felicidad, de protestas de honradez, de seguridades de orden; constituciones exornadas de fórmulas que consagraban los derechos del pueblo, las garantías de los ciudadanos y los deberes de los gobernantes en relación con la libertad de los gobernados, eran clamores vanos. Lo que se imponía con la elocuencia amarga de la realidad era la situación de nuestras finanzas, precaria, cada día más precaria; era la bancarrota erigida en sistema, la insoportable tiranía del fisco como recurso normal, no para nivelar presupuestos que, frecuentemente, y aunque los congresos funcionasen, no existían, sino para subvenir á los gastos sin los que hasta la miseria habría sido imposible. Las convulsiones políticas se desenlazaban siempre con préstamos forzosos, hasta que llegaba la LIQUIDACIÓN obligada del pronunciamiento, de la REVOLUCIÓN triunfante y el DA CAPO de aquella lúgubre y mezquina tragedia. Y, cierto, los documentos oficiales decían todo esto y con expresiones á veces que, todavía, producen una sensación dolorosa, y hablaban vagamente de los remedios; los remedios eran frases, teorías, nada; no había remedio.

* * *

¿Qué remedio podía haber? El mejicano estaba habituado desde el tiempo colonial á trabajar como siervo para el señor en los campos y en las minas ó en la domesticidad urbana, ó en otra especie de domesticidad constituída por el clero inferior que inundaba las parroquias pobres, los seminarios, los conventos, y por los seglares que poblaban los bajos escalones de la burocracia infinitamente rutinaria del gobierno virreinal. No era todo ciertamente; había los ricos que explotaban todo esto y que á su vez eran explotados por el gobierno; había las clases educadas, los profesionales, los abogados, sobre todo, que á todo aspiraban. La industria, la agricultura, el comercio tenían casi siempre las riendas en manos de españoles.

Después de la Independencia, cortada nuestra única comunicación comercial con el mundo, sin tiempo para abrir vías nuevas, escondidos los capitales ó deshechos, no había más que un negocio aleatorio y que atraía como el juego, la verdadera pasión del criollo : ese negocio era LA MINERÍA, la gran lotería del subsuelo rico en bonanzas imprevistas, en premios que eran fortunas, en desengaños que eran desastres. Y el PRESUPUESTO.

Al presupuesto acudieron todos; fué ésa la industria por excelencia de los mejicanos, la sola, puede decirse, que estaba al alcance de cuantos componían el país vivo; el Estado era el empresario; el contribuyente, la materia explotable; la contribución era el rendimiento; el sueldo, el dividendo. Y para tomar parte en esta empresa no se necesitaba ni aptitud ni competencia; bastaban LAS RECOMENDACIONES.

Reorganizóse, no con forma diversa, aunque con distintos elementos, la burocracia colonial; creció infinitamente; la Federación la hizo popular. Y donde

quiera se creaban focos burocráticos al arrimo de todos los gobiernos, á la sombra de todos los cacicazgos; había aparecido más fuerte y vigoroso que antes para chupar la savia del nuevo retoño del viejo árbol el empleado hongo que, venenoso ó no, lo invadió todo. Pronto el mejicano dejó caer de las manos negligentes la dirección de la industria, del comercio, de la agricultura, de la minería; si algo conservó, lo conservó para disminuirlo ó mantenerlo dormido y casi muerto. La expulsión de los españoles parecía que iba á dejar campo y capitales para los mejicanos; nada de eso. Los valores muebles huyeron y los inmuebles no realizados quedaron yacentes ó tragados por LA MANO MUERTA. No había más que el Presupuesto, que quería decir empleo, pensión ó gratificación para unos; agio, lucro usurario, explotación implacable para los menos. Y entre el hambre de los unos y la codicia de los otros, el erario quedaba distribuído y el déficit crecía y se multiplicaba. Los acreedores extranjeros no permitían este DESORDEN NORMAL de cosas; la deuda inglesa, nacida de un programa político que censura Mora, pero que era muy justo y necesario (el de ligar á los ingleses con nosotros, con nuestra independencia y nuestro progreso por medio del interés); la deuda inglesa crecía sin cesar, por la capitalización de intereses, por la imposibilidad de amortizar el capital. Y este inmenso monolito de amenaza erigido en nuestro horizonte marino proyectaba una gran sombra sobre el cuadrante en que se marcaban las horas tristes de nuestra vida nacional, tristes desde un lustro después de la Independencia. Y, sin embargo, no iban á ser los ingleses, nuestros legítimos acreedores, los que pondrían la mano armada sobre nosotros; fueron quienes apenas lo eran, fueron los franceses, quienes perpetraron la violencia; fueron los que sólo dudosa ó dolosamente lo eran, los españoles, quienes habían de erigir el amago en sistema diplomático para tratar con nosotros. ¡Y los americanos! Esos venían, se escuchaban sus pisadas en Tejas.

℄ El presupuesto fué, pues, el RANCHO del famélico ejército civil. Pero había otra terrible institución de presa que lo quería para sí, que lo iba á disputar á la burocracia en todos los rincones de nuestra historia, que puede llamarse un armisticio permanente entre el empleado y el soldado; esa institución era el otro ejército, el armado, cuya substancia era una porción de la clase que ha servido de carne de cañón en nuestras revueltas, forzada á la guerra por el abuso y armada del abuso á su vez. Era el abuso, la expoliación, la fuerza reglamentados... Sin embargo, se le ha calumniado bastante; partiendo del hecho que acabamos de apuntar (un ejército formado por la leva, armado de la facultad ilimitada de oprimir y dirigido por hombres de favor casi siempre y casi nunca de conciencia), partiendo de allí, se ha inferido un anatema absoluto, pontifical, digámoslo así, por un procedimiento que consiste en hacer cabalgar unas metáforas sobre otras en interminables series hasta llegar, á fuerza de hinchar la verdad, á su deformación trágica.

℄ Justo es repensar que si el ejército fué un instrumento, era una necesidad suprema aquí, ya lo dijimos, y que, instrumento casi inconsciente, lo ha sido en todas partes. El ejército inmediatamente que tenía un cuerpo de oficiales escogidos y probos (los hubo) en alguna de sus secciones, quedaba, por la disciplina y la

docilidad y el valor del soldado, súbitamente moralizado; de esto hubo no pocos ejemplos. Cuando sus jefes promovían las asonadas y revueltas, el ejército seguía á sus jefes; cuando era preciso aplastar á los revoltosos, el ejército los aplastaba. Tantas veces perturbó el orden público como lo restableció. Los jefes, dominados por la idea de que todo mejoraría con un cambio, y MEJORARÍA significaba tanto como HABRÁ QUE COMER, EL PRESUPUESTO DARÁ DE SÍ, no se fijaban, ó casi no, en que el pretexto del pronunciamiento fuese LA LIBERTAD Ó LOS FUEROS; el asunto era cambiar para comer mejor; á veces, para comer nada más. Entonces se cambiaba LA CONSTITUCIÓN : la del 24 en 1835 por la centralista de «Las Siete Leyes»; en 1842 para substituirla con «Las Bases Orgánicas»; ésta en 46 para restablecer la Constitución federal, y ésta en 52 para dar el triunfo á una anarquía preñada de dictadura. Después, un gran levantamiento del país trajo la Constitución actual; de ella, protesta ardiente contra el ejército privilegiado, nació el ejército nuevo.
¶ El ejército no sólo hacía y deshacía constituciones, sino presidentes, y para lograr esto promovía esotro. Todo ejército permanente estará en manos de su jefe, mientras el prestigio de un gran sentimiento no neutralice el prestigio de un gran renombre. El oficial Davout, el futuro duque de Auerstaedt, encarándose con su compañía á Dumouriez que la invitaba á marchar contra París y diciéndole «Mi general, es Ud. un traidor», es ejemplo de estas transformaciones súbitas. Pero son raras. La verdad es que todo cesarismo se apoya en la incondicionalidad de la devoción al jefe. Durante seis ó siete lustros, Santa Anna fué dueño del ejército nacional; los partidos, la nación le fueron infieles y más lo fué él; pero no el ejército; tenía que amar á su caudillo; en zig-zag, digámoslo así, mas siempre iba hacia él, siempre caía en sus brazos, en sus lujos ostentosos, en sus batallones de parada, en sus proclamas de un romanticismo churrigueresco que cantaban al oído del soldado su absurda y deliciosa fanfarria y, valga la frase, en sus plumeros, sus alamares de oro, sus condecoraciones de Guadalupe y sus grandes revistas y sus campañas casi siempre terminadas en vergüenzas y derrotas, pero de las que renacía como el Fénix, porque tenía un magnetismo personal, el don de mandar, de hacerse de amigos con una frase, de crearse devociones hasta la muerte con la mitad de un favor, con el bosquejo de una preferencia.

¶ Esta situación era, pues, un inexorable FATUM para nuestra cultura; no había gobierno civil posible, porque el ejército quería para sus labios, siempre sedientos, toda la leche de las ubres fiscales. Y de hecho no hubo más que soldados en la presidencia, hasta Juárez. Vice-presidentes como Gómez Farías, que apenas tuvo tiempo de romper uno que otro dique para abrir camino al torrente fecundante de la Reforma; como Peña y Peña y Ceballos, que pasaron rápidamente por el poder, ó algunos otros accidentales, Corro, Alamán, Vélez... No hemos tenido, antes de Juárez, presidentes civiles; medio civiles, algunos militares probos : Victoria, Bustamante, Herrera (un Cincinato), Arista, Comonfort... El ejército no los

toleró; sólo quería Santannas; creía que este hombre podía hacer con el presupuesto el milagro de los cinco panes. Para eso necesitaba quitar el pan á todos; lo hacía, y un movimiento pasivo, pero incontrastable, de la opinión, arrojaba al mar á aquel César de nuestras incurables decadencias.

⁂

℄ Los buenos, los prudentes no eran los moderados, no eran los que esperaban que, palmo á palmo y lustro á lustro ó siglo á siglo, las cosas llegaran á punto de reforma, no; los moderados, al formular las leyes cuando los principios se habían conquistado, eran necesarios y eran muy generalmente acertados, y como agentes de gobierno eran inestimables; pero para salvar grandes distancias entre un estado social y un estado ideal, tenían atada al pie la bala de fierro del miedo y la desconfianza. Eran los radicales, LOS JACOBINOS, que ahora llamamos, plaga de los tiempos normales y en las épocas críticas indispensables elementos de impulso, los que hacían, bien ó mal, tamaños milagros.

℄ Ellos vieron, lo mismo que todos los liberales, que la transformación económica y social era el remedio único de un mal que parecía sin remedio y que nos entregaba maniatados (como nos entregó) á la codicia de nuestros vecinos y á las humillaciones diplomáticas que cocían nuestro amargo pan de cada día. Y formularon su receta; era la única : supresión de las clases privilegiadas por la ley (clero y ejército); desamortización de la propiedad territorial; educación laica del pueblo mejicano. Y la receta era buena, y no hubo, ni podía haber, otra mejor, como que era la única.

℄ Estos varones beneméritos (no los conocemos ni los veneramos como lo merecen) no se forjaron ilusiones un solo instante; sabían que aquella precipitación del movimiento evolutivo de nuestra sociedad iba á encontrar resistencias formidables, que estas resistencias determinarían una gran guerra civil cruenta y prolongada y que los resultados de estas contiendas, que transformarían en valores sociales á la justicia, al suelo y al ciudadano, sólo se cosecharían cuando vencido el partido reactor sintiese que su interés supremo era la paz y se transformase á su vez en elemento de actividad nacional, para lo que medio siglo ó más les parecía un plazo prudentemente calculado.

℄ Éstos fueron los que osaron, los que emprendieron en el libro, en el discurso y en el gobierno la obra que estaban seguros de no ver triunfante, pero que estaban seguros que triunfaría. Juárez dió sus primeros pasos á la sombra de esa gran generación. Pero perteneció á la siguiente, á la que triunfó. Y vió levantarse desde el borde de su tumba, entre el vapor sangriento del último lustro de la lucha fratricida, la generación que afianzaría ese triunfo para siempre.

℄ Y como lo preparó con su perseverancia inconmovible y su inquebrantable fe, existe en ella, existe ahora. Al volver los ojos á lo pasado la nación nueva, lo encuentra redivivo y lo deja pasar piadosamente como un espectro augusto, sino como el símbolo y el alma de una obra imperecedera.



LA CUNA DE JUÁREZ

SU PRIMER maestro fué la Naturaleza; es el que todos los pedagogos ambicionan para los niños. La Naturaleza en que el mar se complica como un detalle perenne del paisaje y un elemento necesario de la vida, enseña á los hombres, junto con el valor y la audacia y el anhelo de hacer algo grande, ó con el abandono, la voluptuosidad y la pereza (porque todo esto suele venir de la instrucción obligatoria en la escuela del océano), un modo especial de soñar, de ENSOÑAR, de tejer y destejer ensueños sin cesar. Suelen las almas marinas existir en hombres eminentemente prácticos, pero ninguno de ellos está contento si no ve al través de la prosa de la vida, como en un telescopio, una imprecisa constelación en su cielo, una quimera, un ideal. Cuando la naturaleza es la montaña, encuentro que la gran educadora crea otro tipo psicológico. Los saltos, el esfuerzo constante, las carreras costeando abismos en que el hombre se atiene á sí mismo instintivamente, á la confianza en su aliento, en sus ojos, en sus pies, resultan una enseñanza admirable para el gobierno, y aunque los escapes hacia lontananzas infinitas en que se complica el cielo, siembren en el alma montañesa un grano de ideal, siempre es de un ideal realizable, tangible, que se puede alcanzar de una carrera en la vida, de dos ó tres grandes saltos en la existencia. Suelen conjugarse el montañés y el marino; resultan entonces los reyes del mar ó los reyes de las alturas. Ó águilas ó albatros.

¶ Juárez nació en el corazón de la montaña; la cumbre excelsa del Zempoaltepetl, de cuyo torso salen los dos brazos infinitos que encierran á la República entera, domina aquellas comarcas como un vigía, como un titánico ancestro de las razas. Juárez fué, como todos sus conterráneos, un pastorzuelo, un zagal casi

desnudo y sin poesía bucólica ni en la fisonomía, porque ni sus ojos ni sus labios reían con la perpetuamente renovada risa de los niños; ni en la vida, porque, muertos temprano sus padres, quedó el mísero zapotequilla entregado á la mano casi hostil de sus parientes, que lo explotaron, lo maltrataron, lo obligaron acaso á huir.

℄ No, no hay que buscar en esa vida indígena los pródromos de un hombre de genio; nunca lo fué Juárez. Fué un hombre de fe y voluntad. La naturaleza montañesa no lo hizo ni un soñador ni un poeta : EL GRAN PLEBEYO DE LA AZUL MONTAÑA, como, en un verso de esos que una vez se oyen y nunca se olvidan, dijo un poeta oajaqueño, no se perdía en indefinibles ensueños contemplando las crestas de las sierras lejanas, ni oía en su interior la música imprecisa de las cosas, á orillas de la laguna encantada de Guelatao, su pobre pueblecillo de los contornos de Ixtlán; ese Guelatao que tenía su templo en ruinas, sus casucas de paja y sus naranjos en oro ó en flor. No, sus anhelos eran otros; la vida muy prosaica, muy estrecha, muy dura, cruel, á veces, tenía para él escapes, como los vericuetos de la montaña, hacia un mundo que era un paraíso para el muchacho indígena, porque era otra cosa que lo que le rodeaba; ¿porque era la libertad? Quizás; quién sabe; él no podía darse cuenta de este sentimiento. Pero era la emancipación.

℄ Por allí, á la vera de su casa pasaban cuantos iban y venían de Oajaca, una ciudad encantada donde había una catedral, un obispo, conventos magníficos, grandes casas; todo esto debió traducírselo en su idioma el indizuelo y se formaba en él una aspiración. ¡Oh! cuán dignos de envidia los muchachos que habían ido del pueblo á servir á las CASAS GRANDES de Oajaca! Precisamente una hermana de Benito Pablo, después de la muerte de sus padres, había marchado á la capital, en donde las familias ricas estimaban mucho los servicios de las gentes de la Sierra, por laboriosas, por saludables, por fieles.

℄ Aquel niño serio, tranquilo, callado y reflexivo llegaba á los doce años, acantonado en su roca indígena, sin poder hablar la lengua de Castilla, es decir, encerrado en su idioma como en un calabozo, sin más medio de contacto con el mundo de lo intelectual que la doctrina cristiana explicada en zapoteca y que le revelaba todo el mundo moral, sin que se diera cuenta exacta de ello. Debajo de su impenetrable fisonomía tomaba líneas precisas una decisión : Irse á la vida, irse al mundo, irse al idioma que lo pusiera en medio de las ideas, en medio de una corriente que pensara; eso determinó y ejecutó un día de 1818 cuando tenía doce años. Fué su HÉGIRA. Por temor al castigo que le pudiera acarrear un descuido con sus ovejas, que habían hecho algún daño en una heredad, ó porque incitado por sus compañeros cometiese un pequeño hurto de ELOTES (esta versión la tengo de un alto personaje muy conocedor de la Sierra de Ixtlán y de las tradiciones relativas á Juárez), el caso es que desapareció súbitamente de Guelatao y reapareció en Oajaca al lado de su hermana sirviente de una casa acomodada.

℄ ¡Cosa singular! Aquel indito feo y ceñudo debía casarse años después con una de LAS NIÑAS de la casa que entonces abrigaba su desnudez, su hambre y su protesta muda contra la suerte. Y debió ser una encantadora muchacha, como fué luego una mujer encantadora, toda dulce simpatía y porte y dignidad señoril.

¶ La cuna de Juárez fué Oajaca, fué Antequera, como se decía en tiempo de la Nueva España; hacia ella se orientó su espíritu desde que se dió cuenta de la vida, y en ella nació, de su callada alma zapoteca, su espíritu, que creció con las circunstancias y se cernió sobre ellas.

¶ Oajaca era una ciudad que vivía á la sombra del monasterio; allí todos eran frailes ó querían serlo, lo mismo los célibes que los casados; el alma de Oajaca vivía en éxtasis ante el altar de María. Era razón. Aquella intrincada comarca, cuyas selvas sin término, cuyos laberintos orográficos, cuyos ásperos montes no se cansan de subir y bajar, de trepar unos sobre otros, sino para formar cañadas y abrirse en larguísimos pasos estrechos por donde corren atropelladamente los torrentes convertidos en ríos al vencer los declives que caen hacia las costas de los dos mares; aquel país, sin los grandes valles y las amplias LLANADAS de la Mesa Central, parecía esconder todas las riquezas, ser apto en sus varios climas para todos los productos y tramar en el corazón de sus montañas, resurrección de los Andes, una vasta red de oro, el metal que nos atrajo la conquista española, tanto como la fe cristiana y ese espíritu de aventura castellano condenado por Cervantes en el QUIJOTE y al cual debió España el imperio de un mundo, casi el imperio del mundo.

¶ Los pueblos que allí vivían, allí nacidos unos (los autóctonos, los que no tenían recuerdo de haber venido de fuera, ni tradición ni leyenda ni mito que lo indicara) y llegados los otros del Norte ó del Sur, inmigraciones que se repitieron hasta en vísperas de la conquista (los mejicanos salidos del Anáhuac y los chiapanecas de Guatemala); los pueblos que allí vivían, decimos, no habían casi nunca cesado de combatir; la lucha los había educado, y su espíritu guerrero, escondido en un largo paso subterráneo bajo el suelo dominado por los frailes de Santo Domingo, resurgió intacto en su viril bravura en los días de la Independencia y á compás de nuestras guerras civiles.

¶ Los mixtecas, los zapotecas, los indómitos mijes (entre cuyos recuerdos, siglos después recogidos por el fraile Burgoa, estaba el del incendio del Zempoaltepetl, provocado sistemáticamente por implacables enemigos y que hizo arder la excelsa montaña como una inmensa pira sobre cuya cima habría quedado incinerada una raza, sin un esfuerzo heroico de audacia y valor), los chontales que se batieron casi siempre ó entre sí ó con los toltecas en el primer crepúsculo de la historia, ó ya en vísperas de la conquista con los MESHICAS de Ilhuicamina, de Ashayacatl, de Ahuízotl que sostenían con sus columnas de guerreros á los enjambres de comerciantes aztecas que visitaban las regiones del GUATEMALLAN, é iban y venían, con el botín de su industria, de su avidez y su osadía, desde los países ístmicos hasta el valle en que Ahuízotl había organizado definitivamente una colonia militar Á LA SOMBRA DE LOS HUAJES : Oajaca.

¶ ¡Qué leyendas, qué fábulas, qué ciclos de cantares y rapsodias semejantes á las homéridas, han quedado apagados en aquellas serranías épicas, siempre en pie y bullentes de coraje y de pasión, y luego dormidas con un dormir secular al pie de la Cruz! ¡Todo perdido, parte por la ignorancia de la verdadera escritura y parte por el fanatismo iconoclasta de los frailes! Con lo que ellos destruyeron y que-

maron en la Nueva España podía haberse levantado una pira del tamaño del Zempoaltepetl, la montaña que ardió.

⁂

℄ Los conquistadores hallaron en aquellos montañeses mucho que codiciar, mucho que explotar por medio de la máquina-hombre, mucho que pedir á la tierra, que arrancarle, por medio de una utilización desenfrenada del doloroso esfuerzo de los vencidos. Venían en pos del oro.

> «Ils allaient conquérir le fabuleux métal
> que Cipango mûrit dans ses mines lointaines...
> . . . . . . Routiers et capitaines
> partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.»

℄ Era Moctezuma, el emperador que se presentó á Cortés con el corazón de antemano vencido, quien había señalado el país donde había ríos de oro. Las muestras de la orfebrería zapoteca asombraban á los españoles, como nos asombran ahora, y con la fiebre de los sueños heroicos y brutales de que Heredia habla, penetraron en el país de las montañas y se obsequiaron con magníficas Encomiendas (la mayor de todas obtúvola Cortés, el Marqués del Valle); si encontraban oro, bien, y si no, ahí estaba el oro rojo, el oro-sangre, el indio, perseguido y destrozado en los montes cuando resistía, ó si no, reducido á la esclavitud por los feroces encomenderos.

℄ Cuando los correligionarios del varón santo que alzó la voz ante el mundo por los indios reducidos á servidumbre penetraron en Oajaca, la conquista peligraba, la rebelión se erizaba en todas las sierras, y aquel pueblo que en odio á los implacables dominadores aztecas se había abierto á los españoles, ahora mordía furioso la mano que trataba de asirlo y encadenarlo.

℄ Los frailes dominicos salvaron el poder de España en todas partes; allí como en algunas otras realizaron la conquista. Encendíanse en ira aquellos hijos ardientes de Guzmán contra los ídolos que buscaban por doquiera y atacaban con un valor sobrehumano para destruirlos, y contra los encomenderos que maltrataban á los indígenas. Y fué el país cubriéndose de esa gran flora blanca y soberbia de iglesias y conventos, en derredor de la cual los grupos indígenas amansados agrupaban sus casas y aprendían á cultivar la tierra, á juntar ganados, á explotar los frutos del suelo, importados frecuentemente de Europa y aclimatados en aquellos climas fecundos.

℄ Y así, mutilados y exangües pero capaces de una energía ilimitada de fatiga, de trabajo y de fe, los montaraces oajaqueños, apacentados por los dominicos fueron abandonando el culto de sus ídolos, que se refugió en las sierras más agrias, en el fondo más obscuro de las grutas durante un período de tiempo más

largo del que se cree, pero que al fin desapareció. Un siglo después de la Conquista los indios habían fabricado, casi gratis, santuarios suntuosos y monasterios que en nuestras guerras civiles han podido servir de ciudadelas. Convertidos en siervos de la Iglesia, por su consentimiento y su agradecimiento, fueron bajando hacia la civilización en su forma más hierática y más retrasada, pero más dulce quizás, rezando perpetuamente el ROSARIO, la monótona guirnalda de rosas con que la religión de Santo Domingo envolvía al mundo en loor de María.

¶ Y María fué la verdadera conquistadora de Méjico, y la raza salvada se arrodilló ante ella, llenos los labios de tiernas y humildes confidencias y los ojos de lágrimas. Pero tras esta poesía del dolor humano y del consuelo, se escondía una sombra perpetua de superstición que envolvía en sus telarañas aquellas almas que no podían abrir las alas, y la infinita y suave explotación de aquel pobre ser arrodillado que ya nadie podría sacar de su esclavitud moral, representada por la perpetua faena, por la perpetua embriaguez y por la CERA perpetua encendida en el altar.

* * *

¶ Y siempre un gran dormir moral, un eterno sueño... Entraron para siempre aquellos pobres pueblos, pobres á pesar del cultivo de la grana que llegó á ser tan pingüe, y de la floja explotación de las minas, en un absoluto silencio político, en una eterna sombra social. Sólo considerando esto se puede medir la infinita cantidad de energía acumulada en el espíritu de los iniciadores de la Independencia, para lograr sacar la cabeza del océano que cubría á la colonia entera y rompiendo con la tradición, ilimitada potencia, y con la religión, fuerza que pesaba sobre los espíritus con toda la presión de una atmósfera que se midiese por la distancia infinita que hay entre la tierra y el cielo, apoderarse del barco que pasaba, la prisión de Fernando VII por Napoleón, lograr subirse á él y enarbolar en el mástil más alto la bandera de la Patria Nueva.

¶ Frecuentemente movidos por los curas, que en la insurrección veían ó la emancipación del despotismo del alto clero ó de los conatos de reforma anticlerical de las cortes revolucionarias españolas, los grupos indígenas entraban á saltos salvajes en la insurrección, delirantes de deseo de libertad, de destrucción y de goce, ó se mantenían fieles con sombría é inquebrantable fidelidad á sus señores.

¶ Pero lo que dejó entre los oajaqueños una huella profunda fué el paso de Morelos. Si el pueblo indígena cantara, si la profunda melancolía que forma el fondo de su alma, que es su alma misma, y que se expresa en la vida real por la resignación y la pasividad y por largos sollozos rítmicos con que modula los cantos de iglesia que hace siglos le enseñaron los frailes (sólo el mestizo canta en las Costas y en el Bajío); si cantara, habría de seguro un ciclo de cantares en honor del Gran Cura, y estos romances épicos serían la joya de nuestro FOLK LORE. Pero no, el pueblo indígena se contentó con asombrarse de Morelos y venerarlo. Había que oir á Juárez decir «El Señor Morelos», para comprender la tradición

extraordinaria de devoción, de supernaturalismo, digámoslo así, que los hombres de la generación que siguió á la de los insurgentes habían recogido de sus padres.

℄ Morelos era la forma estupenda de la revolución; en Oajaca, acompañado de Trujano, que había sido el héroe de la hazaña épica de Huajuapam, se había mostrado hombre de gobierno y de administración, como no estaban acostumbrados á ver los oajaqueños ni en los delegados de los virreyes, ni en los obispos, ni en nadie; era dueño de todo el Sur de la República desde el corazón de Michoacán hasta las costas del Pacífico y del Golfo, especie de inmensa fortaleza natural, de entradas casi inaccesibles, que se apoyaba en los brazos divergentes de la Cordillera y formaba una curva en la Mesa Central, desde donde amagaba á un tiempo á las Villas en el Oriente y á Puebla, Toluca y Méjico sobre el Centro (V. Alamán). Evidentemente el terrible cura se preparaba á una empresa suprema, y tomaba sus medidas para ello con profunda sagacidad. Cruel, impasible, viendo desde muy alto, poniéndose al nivel de todos los detalles, Morelos se despojó ante los oajaqueños de sus arreos de guerrillero y vistió, con una pompa un poco improvisada y chabacana, su traje de capitán general; así asistió á los TEDEUMS en que se le sometió el clero, y á las grandes ceremonias cívicas en que se le sometieron todos. Luego se metió por las montañas del Sur para tomar la vera del Océano en dirección de Acapulco, con objeto de no dejar enemigos á retaguardia. Pasó el tiempo, y los oajaqueños volvieron como manada de corderos á entregarse á las fuerzas virreinales, con un fervor en que había gran dosis de arrepentimiento; pero la sombra del gigante se proyectó siempre en las almas de los montañeses. ¿Era un enviado de Dios? ¿Lo era de Satanás? ¡Quién sabe! Pero era inolvidable.

***

℄ Esta sugestión producida por el insurgente de intensa y magnética mirada bajo el fruncido entrecejo, determinó muchas vocaciones, creó anhelos recónditos. Juárez tenía siete años. Sería preciso disponer de documentos que nos faltan, que siempre habían faltado, para sentir moverse el alma del pastor de Guelatao en sus primeros conatos de vuelo bajo aquellas impresiones confusas de la lucha de independencia que, indefinible é inexplicable para él, lo envolvían y penetraban como una atmósfera cargada de misteriosa electricidad; que así son las que rodean á los pueblos en gestación dolorosa, en pleno trabajo creador de una nación nueva.

℄ Ya lo hemos indicado, no está de más repetirlo : el alma indígena ES COLECTIVA; buenos observadores lo han notado; la escuela, que sólo puede individualizarla, aun no tiene influjo eficaz sobre ella, porque la escuela, nuestra escuela, es un mecanismo para aprender libros, no es un organismo para formar espíritus; instruye, no educa. El alma indígena sólo muestra voluntad, sólo denota sensibilidad, sólo revela intelectualidad en grupo; por excepción en el indio aislado,

solo. Es una entidad anónima moralmente; esto es en él idiosincrásico; vino al país en que creció, de lejanas comarcas, siempre en forma de grupo que tenía á un dios por alma, á un sacerdocio por conciencia; el dios lo guió, lo estableció; el sacerdocio lo cuidó y le arrancó el corazón en la piedra de los sacrificios y lo hizo pasivo, absolutamente pasivo como individuo; de aquí que muchos de los dominadores españoles dudaran tanto, hasta en la hora misma de la Independencia, del valor del indígena como ser racional; los indios no eran gentes de razón. Este concepto fué el que los dominicos españoles combatieron sin cesar siguiendo la santa tradición de Las Casas.

¶ ¿Por qué los obispos hispano-americanos no han pedido la canonización de este apóstol?

¶ Sí, los frailes defendieron la racionalidad de los indios, pero manteniéndolos en la sumisión perenne, ciega hasta el grado de no atribuir otro valor á la vida y al dolor que el que podían tener como ofrendas propiciatorias; la sumisión á los TEOPIXQUES primero, á los frailes después, que los redimieron de la piedra del sacrificio y de la fusta del encomendero, mantuvo á los indios en una aglutinación incurable; fueron bautizados en masa; la promiscuidad, el matrimonio colectivo, digámoslo así, era su instinto y su hábito á pesar de las prédicas de los curas; se embriagaban en conjunto, poseían la tierra en conjunto, en conjunto la reivindicaban ardientemente llegado el caso, y paciente y perseverante de generación en generación el grupo, el CLAN agregaba fojas y fojas hasta lo infinito á litigios seculares por un pedazo de gleba, por un hilo de agua.

¶ La primera señal de individualización consistía en diversificarse de la comunidad por el idioma. Diversificarse, ser otro que su pueblo y que su raza no debió ser nunca la aspiración del pequeño Benito Juárez; no entraba eso espontáneamente en el espíritu de un indígena; pero sí lo fué buscar con afán la vía que debía conducirlo fatalmente á separarse de su grupo, á ser una persona dueña de sí misma, un ciudadano, un hombre : ir á Oajaca, saber el idioma que lo pondría en comunicación con el mundo. ¡Cuán apremiante deseo! ¡Con qué ardor inmenso logró rápidamente realizarlo!

* * *

¶ A la sombra del convento, creció mentalmente Juárez; no dentro de él, no dentro de una máquina también destructora de individualidades, sino fuera de él, aunque manteniéndosele unido por el hábito de fraile exterior, digámoslo así, del lego Salanueva, el maestro, el protector, el redentor de Juárez.

¶ Hasta hace poco todavía ([1]) existían en Oajaca testigos de esta adolescencia; habíase grabado con fuerza en algunas memorias infantiles la imagen de aquel

¶ (1) A nuestro amigo Don Ángel Pola se debe la publicación de algunas particularidades muy interesantes respecto de los primeros años de Juárez. El Señor Pola, con sus publicaciones reformistas, ha contribuído con inestimables datos á dar á conocer á los hombres que desempeñaron los primeros papeles en la gran época que precedió á la actual.

niño serio, vestido de camisilla y calzones de manta, que había llegado de la montaña HUÍDO y sin hablar español, y á quien su hermana (humilde sirvienta por cuyo recuerdo tuvo siempre Juárez un culto hondísimo) había entregado al excelente encuadernador beato y un poco fraile, á Salanueva.

¶ El niño no iba á la escuela. Su escuela era el taller del encuadernador; y servido de su buena memoria (la tuvo siempre admirable) y de ese ilimitado poder de perseverar que se revelaba en él en cualquier momento importante de su vida, á un mismo tiempo aprendió á hablar, á leer, á escribir. Ocupado en su convento, en sus procesiones diarias, en las que su pupilo lo acompañaba con edificante unción, y en empastar sus libros (¿qué libros?; sin duda devocionarios, años cristianos, libros de teología, LEYENDAS DORADAS y uno que otro TEXTO, en reparación, de colegiales pobres), Salanueva daba, sin embargo, un poco de tiempo á la misión de maestro que se había impuesto. Pero el niño aprendió pronto entre uno y otro VÍA CRUCIS; precisamente en el año en que se consumó la Independencia pudo abordar el indispensable aprendizaje del latín, según su biógrafo Zerecero.

¶ Todos cuantos tuvimos ocasión de hablar alguna vez detenidamente con el Señor Juárez pudimos notar que no era un hombre de talento, si por talento se entiende esa especie de espuma brillante de la inteligencia que presenta la idea en forma de moléculas luminosas y efímeras que se encienden en el oxígeno de una conversación, de un discurso, de un escrito... Lo que tenía el gran estadista era un entendimiento perfectamente ponderado como todos los de cuantos han silabeado largamente el libro de la vida y han tenido á los acontecimientos por maestros. Esta educación incomparable la recibió Juárez al través de los hechos, poco al través de los pensamientos estereotipados de los libros. Los libros que frecuentó y trató con intimidad deben de haber sido pocos; todos los hombres de su época, cuando fueron estudiantes famosos, se aprendieron los libros de texto de memoria; ése era el modo de aprender de entonces. «Siempre, desde que empezó su vida con el lego Salanueva, se le veía con el libro en la mano», dice una anciana que lo conoció entonces. Así debía ser siempre; se clavaba en su cerebro la noción de un deber y en derredor de esa noción se cristalizaba toda su vida.

* * *

¶ Al compás de esa vida marchaba la de toda la sociedad oajaqueña. Marchaba, es mucho decir; aquella sociedad removida un momento, como la piscina milagrosa, por la espada de Morelos, un arcángel exterminador, había vuelto á su quietud y á su asiento bajo el látigo sultánico de Don Melchor Álvarez, agente del gobierno virreinal. Luego la separación definitiva en 1821 se había hecho sin esfuerzo; entonces lo que había de hondamente removido en el fondo de aquella sociedad eminentemente frailesca, subió al haz del estanque y se abrió en la flora venenosa de la guerra civil. Pero la masa social permaneció lo mismo : el primer papel social, el obispo ó el jefe del clero; los canónigos eran sus lugartenien-

tes; por donde quiera extendían la mancha negra de sus caudas cubriéndolo todo, indulgentes para todo, para las corruptelas, para los abusos, para el pecado... La familia postiza que brota del concubinato pululaba allí en la ciudad, en los curatos... El celibato eclesiástico era casi un mito. Las cosas estaban en el mismo puesto que en la Edad Media, cuando Hildebrando fulminó sus reformas. Esta intervención del clero en la familia adulteraba á ésta en su origen, pero daba á aquella población un tinte especial. Las casas trascendían á incienso sino á salubridad moral; los hogares eran adoratorios de imágenes, los frailes dominicos oficiaban por todas partes. Perpetuas fiestas de iglesia, resignación de todos á ganar poco, con tal de gastar poco y de llevar la vida con más ó menos comodidad, pegada á la pared del convento como una parásita. ¿A qué salir de ese estado? ¿No había aspiración á eso? El indígena vivía, vegetaba como su padre; un poco de agricultura, un poco de cochinilla, industrias insignificantes conservadas sin una sola variación de padres á hijos y mucha borrachera todos los días de fiesta (la mitad del año) y todos los lunes; esto indefectiblemente. He aquí la trama de aquella vida local.

℄ Unos cuantos pensaban; en algunas familias se conversaba de política, ¡oh! nada de emancipación, nada de acabar con lo existente, nada de protestar contra el abuso que olía á incienso. Pero sí la necesidad en el elemento civil de tener vida propia; del abogado, el eterno enemigo, consciente ó no, del poder del clero, desde que se fundaron las universidades; la necesidad, decimos, de formar su criterio, es decir, la orientación de su espíritu dentro del radio de acción de la ley y no en torno del canon y la teología. Y en la violenta conmoción de las bases políticas de aquel gobierno que repentinamente era dueño de sí mismo, lo singular era que muchos clérigos apechugaban con esas ideas, entreveían reformas, concebían una sociedad civil autonómica...

℄ ¿Algo de esto alcanzaba Juárez? Acaso no; pegado á sus librillos de clase, á su aritmética, á su gramática, á su Ripalda, no sabía, no podía levantar los ojos sino para ver el rostro exangüe y angustiado del Jesús Nazareno que todos los días iba y venía al ritmo monótono de los viacrucis mecánicamente repetidos, desde la casa de su maestro y protector Salanueva, siempre vestido del sayal pardo de los carmelitas, hasta la iglesia de enfrente, cuyo portón parecería al pobre indio, que había encontrado abrigo, amparo y libros en casa del devoto lego, algo así como la entrada del paraíso; de allí salían con frecuencia rumor de cantos, perfumes de flores, ráfagas de incienso...

ALMA PARENS

YA ERA un muchacho grande (tenía diez y ocho años), atiborrada la memoria con los incomprendidos latines de los rezos perpetuos del semi-clérigo Salanueva, cuando Benito Pablo Juárez entró en el Seminario á estudiar latín y emprender así la carrera magna, aquella á que su protector lo destinaba, la carrera eclesiástica, la que día á día pone al hombre ungido del crisma santo por encima de los ángeles cuando en la misa se verifica el admirable y perpetuamente renovado milagro de la transubstanciación. Juárez tenía en aquella época el tipo hierático, sacerdotal, en su fisonomía hecha á líneas enteras, á planos fuertes y netos de bronce mate. En el esmalte negro de sus ojos casi siempre fijos, pero de cuando en cuando llameantes ó risueños, se notaba un afán hondo de conocer, de investigar, de inquirir de la esfinge el secreto de su destino. Cuentan algunos coleccionadores de anécdotas del BUEN TIEMPO VIEJO, que un amigo suyo decía á sus camaradas hablando del flamante seminarista : «¿Ven ustedes á este reservado y grave, que parece inferior á nosotros?... pues éste será un gran político».

℄ Yo no creo en la exactitud ni de ésta ni de ninguna anécdota; pero, inventada después, guarda el eco de una impresión, la de que aquel sometido erguiría la cabeza, la de que aquel lacónico hablaría. Juárez habló; su elocuencia nunca estuvo en las palabras, estuvo en los actos y fué formidable. «Vous AVEZ FAIT LA GUERRE À COUPS DE MONTAGNE», le decía Víctor Hugo; así efectivamente expresó sus propósitos y los hizo triunfar, con actos inmensos : á montañazos.

℄ Pero no era fácil, ni posible siquiera, prever en el humilde estudiante del Seminario de Santa Cruz de Oajaca, el año mismo en que la Federación recibía su

forma definitiva en el Pacto fundamental de 1824, al gran revolucionario civil de la década que comienza en 57 y acaba en 67. Desde entonces se condujo con el orden y perseverancia que caracterizaron la parte que su voluntad tomó en la dirección de su vida y luego la que su vida tomó en la evolución de la República hacia un estado mejor.

℄ Al través de la gramática latina, que apuró pronto, porque de casa de su protector Salanueva había llegado al Seminario armado de la MUSA MUSÆ y de un bagaje no pequeño de latín de sacristía, ya lo dijimos; al través del latín y la filosofía (el CURSO DE ARTES, como seguía llamándose, según la tradición escolástica) y de las clases de teología en que obtuvo, lo mismo que en todos sus estudios, las primeras calificaciones, aquel seminarista iba incubando en su alma una idea; de esa idea nació el ideal de su vida entera.

* * *

℄ La generación que surgió al triunfo de la Independencia y se unió con los autores de ésta y luego coadyuvó á la erección del trono de Iturbide, considerada como un acto supremo de desvinculación de los compromisos contraídos en Iguala con España y los Borbones, es decir, como la verdadera consumación de la Independencia, esa generación, frente á la necesidad de constituir á la aclamada República, se halló sumergida en una temerosa anarquía de ideas y doctrinas. Como suele acaecer, los intereses decidieron de los actos; la opinión de las burguesías políticas de los departamentos en donde se habían formado núcleos burocráticos importantes hizo predominar, en la Nación capaz de hacer valer sus derechos, una corriente federalista especiosamente apoyada en el ejemplo admirable de la Federación Norte Americana, y en realidad propugnada por todos cuantos, no viviendo en el Centro, temían que el presupuesto central absorbiese los presupuestos particulares. Un grupo de doctrinarios abogó en la Constituyente por este programa, y este grupo cuya bandera llevaba Ramos Arizpe se impuso á la Asamblea; de aquí nació la Carta fundamental del 24.

℄ Éste fué el credo de la joven democracia liberal que en los Estados crecía, que dió la mano á la generación que le precedió y recibió de ella la antorcha de la Reforma que por tanto tiempo tuvo fulguraciones de tea. Ella nos la transmitió á nosotros, que la pasaremos clara y fija ya á nuestros hijos.

℄ En los Estados el Federalismo era una suerte de patriotismo local, y precisamente eso comprueba el terrible peligro que llevaba recóndito : la disolución de la unidad nacional. Pero ese peligro estuvo compensado en todos los Estados del interior con la formación de núcleos liberales diseminados en el país entero y que, ó por una especie de sorda rivalidad con la capital ó por el deseo de no parecer inferiores á los corifeos reformistas que afluían rápidamente á Méjico, ó por disciplina y obediencia á determinaciones tomadas en el Centro por los Jefes del partido, solían con mayor violencia y decisión apechugar con las ideas nuevas é intentar reducirlas á la práctica antes que lo fueran en la residencia de los

poderes supremos; así pasaron ó estuvieron á punto de pasar las cosas en Oajaca, en Yucatán, en Zacatecas y Veracruz, por ejemplo...

℄ Núcleos liberales y reformistas hemos dicho, grupos resueltos por tanto á bregar en pro de la supremacía del poder civil, grupos en que dominaban forzosamente los abogados y en segundo término los clérigos, más decididos que los abogados á veces. El partido liberal en Méjico cuenta entre sus progenitores una pléyade de sacerdotes que sabían concluir valientemente de la responsabilidad moral á la libertad de conciencia, base de las otras.

***

℄ Sin embargo, el alto clero que gobernaba los seminarios, desconcertado en el período de efervescencia que siguió al año de 21, pronto recobró su SELF-WILL y el viento de reacción que sopló sobre el mundo latino al fin del primer tercio del siglo pasado, lo excitaba á dar energía creciente á la resistencia; los seminarios poco ó nada, NADA debemos decir, servían para la enseñanza de las ciencias jurídicas; el derecho romano sólo podía enseñarse en ellos muy floja, muy rutinariamente, y eso el derecho civil tan sólo porque el público estaba basado entero sobre la idea de la supremacía absoluta del soberano aun sobre la Iglesia misma. Toda la Edad Media había reñido en este campo de batalla; con diferentes apellidos, todas las luchas interiores fueron campañas entre güelfos y gibelinos, entre el Papa y el Emperador, entre la potestad eclesiástica y la civil. Pero pasada la Edad Media y multiplicándose los servicios de la casa de Austria al Catolicismo en la terrible lucha secular emprendida contra la Reforma, las regalías de la corona de España, fiera y tenazmente disputadas por los Reyes que como Felipe II se creían más delegados de Dios y más vicarios de Cristo que los Papas mismos, tomaron un carácter que pudiéramos llamar privilegiado. En América el Real Patronato era una regalía suprema, era la jefatura de la Iglesia hispano-americana de hecho transferida á los Reyes castellanos; y si hubo veleidades de independencia y conflictos entre los poderes laicos y los sacerdotales, tales conflictos eran dirimidos por el Rey y su Consejo de Indias, más bien que por la Curia romana.

℄ Tal estado de cosas se reflejaba en el derecho canónico que era regalista, exceptuando probablemente el profesado por los jesuítas que sostenían la absoluta autoridad del Pontífice y no admitían sino como un mal necesario la subordinación de la autoridad eclesiástica á la política en Nueva España; este ultramontanismo, por más que fuera cautelosísimamente disimulado, tenía que conducirlos á su ruina. Pero cuando con la Independencia naufragó el regio patronato, tenazmente reclamado por los gobiernos mejicanos y justamente negado por Roma (lo que preparó la idea de la separación de la Iglesia y el Estado laico y la nacionalización de la propiedad raíz del clero), entonces el derecho canónico fué ultramontano, el espíritu jesuíta se infiltró en los seminarios, y este espíritu en realidad excluía la enseñanza jurídica genuina de aquellas casas que

mantuvieron su carácter de escuelas de enseñanza teológica. Entonces entre los teólogos y los filósofos se formó en el seminario mismo un grupo disidente que aspiró á la emancipación; no se podía formar abogados en el seminario, urgía formarlos fuera de él, y los abogados (algunos eran clérigos) se creyeron en el deber de atender en lo posible á esta aspiración y recibieron alumnos en sus casas: luego el gobierno liberal, hasta donde podía y pues que emanaba de la Constitución de 1824, intervino por causa de utilidad pública, y el Instituto de Ciencias y Artes fué creado en virtud de una ley expedida por la legislatura del Estado en 1826.

La raza indígena, que suele ser considerada como refractaria á toda aspiración á la cultura, desmiente, en aquellas de sus grandes fracciones que hace siglos abandonaron la vida nómade, esa pesimista y superficial aseveración. Siempre el indio, en cuanto tuvo conciencia de sí mismo, quiso ascender á un estado mejor; somos los hombres derivados de la familia conquistadora quienes hemos sido indiferentes á este estado de ánimo. Cuando el indígena Benito Pablo se presentó en Oajaca pidiendo doctrina y castilla (no podía decir cartilla) era el eco de un inmenso grito mudo (permítaseme la expresión) de toda su raza. Hoy mismo en Oajaca la servidumbre en su mayoría no recibe retribución en dinero; sirve por la casa y el pan, para poder aprender alguna cosa. Las familias de los sirvientes hacen el gasto del pobre vestido, y del fondo de las montañas les viene este subsidio de su casa, á la que se mantienen así casi siempre perdurablemente unidos. Pero hoy esa aspiración al catecismo y la cartilla se ha complicado; el indio desea más, y será eterno honor del partido liberal mejicano haber despertado en las poblaciones indígenas el amor á la escuela, y á pesar de los esfuerzos perseverantes del clero (sobre todo del clero español que lo va invadiendo todo y que pretende hacer retroceder á su fuente el río de la idea moderna), en cualquier población indígena en que se inicia la fundación de la escuela laica, los habitantes facilitan todo; frecuentemente los gobiernos aprovechan nada.

Un buen golpe de estudiantes indígenas se pasó del Seminario al Instituto y entonces, puede decirse, se organizó en el Estado la lucha entre el partido reformista y la inmensa mayoría conservadora.

Era natural; en el cerebro lento pero sólido de Benito Pablo, entró, al contacto del ambiente de emancipación y de espíritu laico que envolvía al mundo intelectual en Oajaca, una idea que fué pronto una obsesión : ser abogado. Y cuentan los recuerdos de los contemporáneos que en este cambio tuvo parte principalísima la influencia de Miguel Méndez.

Indígena de raza pura como Juárez, Méndez era muy inteligente; abrazó con exaltación las ideas nuevas, las propaló, las predicó, formó sociedades estudiantiles, buscó prosélitos, adivinó las aptitudes de sus compañeros : uno de ellos era Juárez; supo vislumbrar en su silencioso conterráneo un carácter formado de perseverancia y de desprecio al obstáculo, formado de voluntad. Se trataba de dar un buen golpe de barra en el timón de aquella nave intelectual que hasta ese momento navegaba en el mar de la teología escolástica y de la fe religiosa intransigente aprendida de su primer maestro Salanueva y reforzada por toda la en-

señanza seminarista, y desviar de su rumbo al joven aprendiz de sacerdote; no se trataba de modificar un credo religioso que era inmutable, ni un programa político que era impreciso, no; se trataba de que por conveniencia, por afición, por amistad, el clérigo en ciernes prescindiese de la sotana y aspirase á la toga. Méndez logró esto.

***

℄ El Instituto de Ciencias y Artes de Oajaca, lo hemos dicho ya, es benemérito; en él, como en los otros análogos de algunos Estados, el grupo intelectual emancipado que había de tener tamaña influencia en los destinos de Méjico, encontró su envoltura primitiva y la protección de su período de crecimiento; fué crisálida en ellos el partido liberal. No se fundó el Instituto en odio al clero, dice en una reseña el abogado Dublán, que fué uno de sus Directores; la prueba es que su primer Jefe y varios de sus profesores fueron clérigos; pero la diferencia de funciones entre las dos clases de estudios fué primero divergencia, disidencia luego y al fin conflicto atenuado ó sofocado, pero siempre latente en los días de auge de la reacción.

℄ Dejemos un momento la palabra al firme y perseverante liberal Don Félix Romero, que también dirigió esta noble institución y que conoció íntimamente á Juárez antes de ocupar uno de los más conspicuos puestos en la Magistratura Federal:

℄ «Un Gobernador que si no era de muchos vuelos, el licenciado Don Ignacio Morales, sí tenía mucha entereza y cultivaba grandes virtudes cívicas, respirando en la atmósfera que la Constitución del año de 24 había extendido por todos los ámbitos del Estado de Oajaca, autorizó primero y abrió después (9 de Enero de 1827) una Casa de Estudios, que á poco (27 de Junio) llamó INSTITUTO DE CIENCIAS Y ARTES, para educar é instruir á la juventud en la doctrina liberal y progresista. Fué su primer director el fraile dominicano Fray Francisco Aparicio, y formaba su cuerpo docente una distinguida agrupación compuesta de lo más brillante de los talentos de entonces, en que figuraban los abogados Embides, Moreda, Arteaga y Banuet, el sacerdote Miura, Don Mariano González y los doctores Pontón, Blaquier y Juan Bolaños. Con este personal y bajo auspicios tan modestos, pues eran sólo diez las aulas abiertas al estudio, se exhibió aquel Instituto.

℄ «Tal establecimiento estuvo expuesto á todas las fluctuaciones de la política en la República, desde el día de su fundación hasta el año de 1857, en que el plan de Ayutla y la Constitución nacional devolvieron al pueblo mejicano todos sus derechos y libertades, siendo notable su actitud contra el gobierno conservador de 1830 á 1832, en que el general Bustamante ocupó el poder; en 1836, al proclamarse bajo la presidencia del licenciado José Justo Corro, con la expedición de las Siete Leyes, llamadas constitucionales, el sistema central, y sobre todo, en 1853, cuando al volver el general Santa Anna al ejercicio del mando supre-

mo por los convenios de Arroyo Zarco, parecía haber decretado el exterminio del partido liberal. Puede asegurarse que ya en este año quedaba establecida y predominando esa Escuela en el Estado, teniendo al Instituto, de donde era Jefe el licenciado Benito Juárez, como el Prometeo que esparcía su fuego tanto hacia los clubs secretos como á las columnas de algún valiente periódico, ó sobre los desfiladeros y encrucijadas donde la mano del despotismo no podía alcanzar á los guerrilleros. Podía decirse que se batía en todos los terrenos en que silbaba el látigo del tirano.

℄ «Tiempo es ya, dados los anteriores antecedentes y las circunstancias por que atravesamos, de poder apreciar la influencia que el Instituto de Oajaca, formando una escuela liberal, ha tenido en la marcha política del país.

℄ «De esta escuela salieron luego para sostener las libertades públicas contra la dictadura de Santa Anna, y después la Reforma y la autonomía nacional contra el obscurantismo, el retroceso y la traición, armando y conduciendo al pueblo á la defensa de sus derechos y dictando providencias de salvación de todo género, dos Presidentes : Benito Juárez y Porfirio Díaz; seis Ministros de Estado : Ignacio Mejía, Manuel Ruiz, Ignacio Mariscal, Manuel Dublán, Matías Romero, Justo Benítez y Manuel José Toro; ocho Diputados al Congreso Constituyente de 57, los cuales sostuvieron, ya en la tribuna ó en los campamentos militares, la obra que salió de sus manos; debiendo llamar la atención que desde la primera restauración constitucional verificada bajo el gobierno de Juárez contra Miramón y Zuloaga y continuada por el general Díaz desde la caída de Lerdo hasta la fecha, han corrido ya muchos años, en cuyo período nadie puede poner en duda la influencia ejercida por el elemento oajaqueño en la cosa pública. A propósito : sus afiliados ó representantes han ocupado y ocupan actualmente lugar distinguido en las Cámaras de la Unión, en las esferas judiciales, en las gubernaturas de los Estados, ó desempeñan otros puestos ó comisiones tanto civiles como militares en que se advierte ó se siente desde luego su acción.»

℄ En el ambiente político del Instituto, Juárez, no podemos decir que transformó, sino que creó su criterio político. Y fué liberal. Su primer profesor el dominico Aparicio, Rector del Instituto, se hizo célebre en el público culto de la ciudad por un acto de valor. He aquí la anécdota; la tenemos de bonísima fuente : presidía Aparicio un acto escolar en su convento de Santo Domingo, y un novicio sufría el interrogatorio atormentador de un teólogo que logró desarmar y abrumar á su víctima con doctrinas aristotélicas parafraseadas nada menos que por el ángel de las Escuelas, por Tomás de Aquino; sin poderse contener, Aparicio tomó con vehemencia la defensa del novicio y en su lucha con el teólogo llegó á decir ante el estupefacto auditorio : «Santo Tomás me ganaría en santo, pero en saber no me gana». Pocos años antes, en las postrimerías del período colonial, un discípulo del gran emancipador yucateco Don Pablo Moreno, contestaba tam-

bién al obispo que lo atacaba : «Santo Tomás era tan hombre como usted y yo, y podía equivocarse». El que formulaba esta racionalísima proposición, con grave escándalo de los maestros seminaristas de Mérida, se llamaba Lorenzo de Zavala.

⁂

℄ Pocos años después de su aparición en el Instituto, grave y mudo y arrimado á Méndez, á quien debía de oir con encanto porque probablemente desde entonces era muy sensible á la belleza literaria, facultad que conservó toda su vida, Juárez comenzó, por su singular aplicación, á obtener puestos en el grupo docente de la casa. Y ya en la clase de derecho público que regentaba el abogado Manero Embides sostenía, en el año de 29, tesis completas de derecho constitucional como ésta : «Los poderes constitucionales no deben mezclarse en sus funciones. Debe haber una fuerza que mantenga la independencia y el equilibrio de estos poderes. Esta fuerza debe residir en el tribunal de la opinión pública». Y luego otra sobre la conveniencia del sufragio directo. El estudiante, como tenía que ser, como sucedía entonces y ahora sucede, movía su espíritu en la región de la teoría pura; la confrontación con la realidad produciría no el despego de las ideas aprendidas en los libros sino el deseo ardiente de convertirlas en realidades, para lo cual urgía hacer UN PUEBLO. Ahora bien, por magna que la urgencia sea, UN PUEBLO no se hace, se va haciendo...

℄ El abogado en ciernes era ya un liberal, no sólo intelectual, sino cordial, apasionadamente. Porque todo era pasión en aquellos días. Las pasiones que en Juárez se conglomeraron para producir la pasión reformista densa y glacial como el bronce, fueron entonces las de muchos : el apego á la Federación; el odio á los españoles.

℄ La ascensión de Guerrero al poder, torcida y violentamente, fué la señal de una exacerbación de esas pasiones; eran dos modos de ser patriota : ser federalista y ser antiespañol eran el anverso y el reverso de una misma medalla : ser mejicano. No podemos juzgar bien de tal estado de ánimo; no es un estado de ánimo individual, es colectivo, y las colectividades caldeadas por aquel fuego se han deshecho, han desaparecido. Pero podemos analizar idealmente sus elementos. El federalismo fué una viva pasión, porque fué un celo; el influjo del Centro, en muchas partes, en Oajaca sobre todo, escondida tras de múltiples murallas de montañas, era nulo, era intermitente cuando más, y fuera de tono y arbitrario casi siempre; lo que provocaba, sorda ú ostensiblemente, una constante resistencia. Además, el indígena zapoteca ó mixteca tiene en la sangre el odio á todo lo que de la capital del imperio le iba, porque sólo le habían ido el despojo y la opresión. Si á esto se añade, ya lo indicamos, el miedo de las burocracias á compartir con cuantos de fuera viniesen la magra pitanza de los presupuestos locales, se comprenderá con qué ahinco el grupo político defendía la independencia provincial. Todos los actos de la vida pública de Juárez, hasta que la gran

revolución reformista subvirtió las doctrinas en que se fundaban nuestros hábitos políticos, denuncian su ardiente federalismo.

℄ Y era aquélla la época en que el temor de una segunda gran tentativa de España para reapoderarse de sus colonias enardecía las pasiones. No se podía ver claro y escudriñar los móviles de la política europea desde aquí; se sabía bien la existencia de una Santa Alianza, LA TRÍPLICE de entonces, resuelta á ayudar todo intento absolutista en los países cristianos; se entreveía el papel interesadamente favorable de Inglaterra hacia los países americanos con quienes se podían celebrar tratados de comercio bien favorables á la industria británica, lo que habría sido imposible con las colonias españolas; y se sabía que los Estados Unidos siempre procurarían impedir el reestablecimiento de gobiernos europeos en el suelo americano (doctrina Monroe). Pero todo ello se sentía lejano, vago, no era una coraza sino hasta nuestra línea de flotación; debajo estaba nuestra fragilidad frente al enorme poder de agresión de los europeos coligados.

℄ La hazaña de Tampico no probó la seguridad de nuestra final victoria, sino la persistencia de España en atacarnos y nuestro brío en defendernos. Quedaba el problema en pie cubriendo de sombra nuestro porvenir. La expulsión de los españoles intentada, realizada á medias y reiterada luego, correspondía á esta exasperación nerviosa de nuestra nacionalidad, de la que apenas íbamos adquiriendo el sentimiento íntimo, y que sólo después de la Intervención francesa fué un estado de conciencia adecuado á la realidad. Pero, además, era un medio cruelmente práctico de defensa; todo el mundo tenía la convicción de que debiendo desear los españoles aquí residentes la vuelta del estado colonial, era indeclinable que todos fuesen cómplices, espías, colaboradores futuros de NUESTRA ESCLAVITUD, como decían los periódicos; eran en suma el enemigo dentro de la plaza. De aquí, de este temor (el miedo es el peor de los alucinadores) fluía el odio ardiente de los unos, odio recalentado pero implacable, y la necesidad de fingir este odio en los más á riesgo de pasar por patriotas fríos, por malos mejicanos. Además, era seguro que siendo ellos, los españoles, quienes retenían la mayor parte de nuestra propiedad territorial, arrebatársela por medio de la confiscación era la mejor medida de defensa nacional. Y sería inútil figurarse que Juárez no participaba de este sentimiento, porque estaba, digámoslo así, sumergido en él; porque la sangre de la raza conquistada debió reencender hasta la incandescencia el rencor guardado en el rescoldo de los tiempos coloniales, el rencor hacia el español.

℄ Dicen que nunca se ha podido comprender á un oajaqueño sin un español á su lado; este dicho revela bien el concepto de sumisión mitad servil, mitad filial, doméstica en conjunto, que representaba las relaciones entre protegidos y protectores en aquella región antes dominada que conquistada. Pero si esto era cierto, y en la mayor parte de la Nueva España era cierto, no lo era menos que la sumisión del indígena rural, del indígena de la montaña era aparente. Sólo al cura, sólo al monje eran adictos los indios, por sacerdotes, no por españoles. En el fondo del alma de aquella raza fermentaba un odio incoercible por sus dominadores, por sus explotadores. Ese odio se manifestó cuando Morelos reco-

rrió la provincia de Antequera trazando un surco gigantesco propicio á la simiente nueva, con su férreo arado de victoria y de muerte. Entonces los indios que habitaban cerca de aquel surco se levantaron y siguieron al Cura terrible, con el mismo delirante y sanguinario alborozo con que siguieron los meshicas al Cura Hidalgo. Entonces se vió que se daban cuenta clara de la opresión en que vivían, opresión patriarcal y SUI GÉNERIS abundante en expoliación y en látigo, neutralizada por la compasión y el interés cristiano del amo á veces, y que se había tornado de tal modo hábito y manera de ser, que todos, oprimidos y opresores, no se daban cuenta de ello y tenían aquella iniquidad como un estado natural jamás remediable. Juárez debe de haber sido así; amigo individual de muchos españoles, odiador EN MASA DE LOS TIRANOS, como entonces se clamaba, que amenazaban de muerte á la Patria.

* * *

Y de estos dos sentimientos resultó una convicción política, que se ve despuntar claramente en su primer certamen ó ACTO escolar de derecho público sustentado en el Instituto. Puede la tesis condensarse así : el Tribunal de la Opinión pública debe constituir una fuerza moral bastante á impedir que los poderes constitucionales rompan el equilibrio y la independencia que debe haber entre ellos, invadiendo uno las atribuciones ó las funciones de otro. La tesis, como se ve, era netamente liberal; un año después presentaba ante el profesorado de su escuela un estudio netamente democrático : la elección directa es la más conveniente en un sistema republicano; tal era la proposición, aunque la cortapisa dictada por la prudencia y la intuición de la realidad no dejaba de ser significativa : mientras mayor sea la ilustración del pueblo, decía, la elección directa será más necesaria, y con esto solo convertía, como lo es en puridad, el problema político en un problema pedagógico, de educación popular.

Pero nótese la cadena entre el sentimiento federal (ningún poder invadirá á otro); vale decir : el Centro jamás atacará á los Estados sin gravísima transgresión del deber constitucional; y el sentimiento democrático : la opinión es el juez supremo.

Por esta época los libros liberales de derecho abundaban; se comenzaba á leer en francés, y las obras francesas de Constant y otros publicistas liberales eran el pan cotidiano de los amigos de Méndez. Un anciano oajaqueño, gran admirador de Juárez y algo discípulo suyo, aunque médico, me ha referido las recomendaciones expresivísimas, que le hizo el rector del Instituto, del entonces célebre libro de Don Tadeo Ortiz. Inferior como estilo y observación y pasión á los de Zavala, de Mora, de Alamán, la obra de Don Tadeo predica un liberalismo tolerante y sano, y trata generalmente con tino y cordura problemas que, aun ahora, no están resueltos del todo. No es un libro de historia como los otros, pero de ella echa mano cuando le viene en mientes; es un libro sobre la situación del país en nuestra primera década de pueblo independiente, y debió de ser una

fuente viva para cuantos querían aprender cómo podrían aplicarse en nuestro país las doctrinas que recomendaban sus autores favoritos. Ortiz indicaba, no sé si con tanto acierto como cordial voluntad, las recetas de esta aplicación.

¶ El año de 30, Juárez era ya un liberal consciente; jamás dejó de serlo.

EL DISCÍPULO DE LOS EMANCIPADORES

DESDE aquí, desde nuestro tiempo se ve clara en la perspectiva histórica la escala de las tres grandes generaciones que HAN HECHO á Méjico, en el sentido, no sólo político, sino moral de la palabra, en el sentido de la conciencia. Es la primera generación la de los Insurgentes: comienza con el GRITO DE DOLORES y termina con la fundación de la República sobre el trono efímero de Iturbide, hecho pronto pedazos. La segunda es la generación de los Emancipadores, de los que tendieron á la emancipación de las almas, de aquellos que no sólo veían en la dominación española un régimen de dominación política, sino de compresión y opresión de las conciencias; que no creían que para ser libres bastaba no depender de los extraños, sino que precisaba depender solamente de sí mismo en materia de ideas y creencias; que no creían que la independencia estuviese consumada, mientras los espíritus, las conciencias no estuviesen también manumitidas. Éstos deseaban ardentísimamente la Reforma, porque era la Iglesia, con su poder inmenso sobre las almas, la que se oponía por la fuerza misma de su constitución á cuanto tendiera á disminuir su poder, no sólo moral, sino intelectual también; á cuanto mermara su imperio, que pretendía abarcar no sólo la conducta entera, sino la ciencia misma. Buscar los medios de reducir y debilitar la omnipotencia de la Iglesia era el programa fundamental de los emancipadores; no lo disimulaban; afrontaron las consecuencias de su actitud con inmenso valor civil. Desde el paso de la generación de Gómez Farías por el poder, el temblor de

tierra comenzó en los cimientos mismos del poder eclesiástico y sólo terminó con la separación de la Iglesia y el Estado al fin de la Guerra de Reforma é Intervención (en el fondo son ambas la misma cosa), en 1867.

¶ Juárez se afilió en este ejército. Entre los dos candidatos que se disputaron la elección para la Presidencia constitucional de la República en 1828, los oajaqueños liberales no podían vacilar, y menos que nadie el joven profesor del Instituto. Guerrero era para la juventud oajaqueña un ídolo, era el gran sucesor de Morelos, había peleado por la libertad en las montañas de Oajaca, se había conservado, hasta el fin de la lucha suprema, inquebrantable, inexpugnable hasta servir de causa eficiente de la revuelta de Iturbide que consumó la emancipación de la Patria. Era un indio suriano, un poco teñida de negro la ardiente sangre; había salido de once años de epopeya cívica y guerrera con un inmenso prestigio que fluía de las sierras natales como río caudaloso, que llegaba á las grandes ciudades, á los centros considerables de la cultura nacional y los refrescaba un poco con el ambiente de sencillez, de sinceridad, de honradez inmaculada que rodeaba al héroe. Para la exaltada juventud federalista de Oajaca, aquel hombre era un santo, un símbolo, una bandera...

¶ Los oajaqueños habían hecho desde antes votos fervientes por él. Quien primero les había hablado del General Guerrero como el solo presidente posible, había sido Santa Anna, al compás de una apasionada aventura. Cierto día, cuando se comentaba en los corrillos del Instituto, en las casas de algunos profesores y en uno que otro centro de reunión (boticas ó tiendas en el perímetro ó cerca del perímetro de la plaza) el asunto del día, la elección del Ministro de la Guerra Don Manuel Gómez Pedraza, que había logrado sobreponerse á Guerrero, el verdadero candidato popular, según decían, á fuerza de armar contra su rival los elementos oficiales, se recibió la estupenda noticia de que el Gobernador de Veracruz que, habiendo intentado en vano arrastrar á la legislatura en su protesta en favor de Guerrero, se había PRONUNCIADO al fin, estaba á las puertas de Oajaca é intentaba producir una conflagración en el Estado. Era Santa Anna, que había hecho desde Perote hasta Oajaca una marcha atrevida, seguida lentamente por el General gobiernista Rincón. La ciudad se convirtió en un campo de batalla; al fin el audaz CONDOTIERO se encerró en el fortísimo convento de Santo Domingo y desde allí se puso en acecho; las tropas gobiernistas lo asediaban, el cerco era cada día más apretado y Oajaca no se movía. Pero eso era en apariencia; en el fondo la agitación era terrible, y los estudiantes, que en esa época aprendieron á ser políticos, acaudillaban los conatos sediciosos, como lo habían hecho poco tiempo antes en las elecciones presidenciales.

¶ Es fácil figurarse el efecto que la presencia del gran rebelde causaría en el brillante entusiasmo de aquella juventud, que no era sólo soñadora y contempladora de ideales, sino que gustaba de la acción y del combate en la calle y de la brega sangrienta, de que sacaba á veces tremendas heridas. Todos conspiraban con él, todos le ayudaban virtualmente. Cuantos conocimos al Licenciado Don Guillermo Valle, uno de los hombres más amados en la sociedad liberal, en nuestras asambleas legislativas oímos esta anécdota : el pequeño escolar Valle estaba dentro del

convento; de no sé dónde, de cerca ó de dentro, partía una vena de agua que corría por cierta parte de la ciudad; el muchacho, con las comunicaciones y proclamas de Santa Anna hacía flotillas de papel que abandonaba á la corriente y que, ya fuera del recinto defendido, bajaban tranquilamente al través de las fuerzas sitiadoras, y cuantas escapaban del naufragio caían en poder de los guerreristas, de los YORKINOS, de los del VINAGRE; el ACEITE eran los contrarios.

℄ Santa Anna se había encerrado en Santo Domingo, ya lo dijimos, para estar en acecho; desde las torres interrogaba sin cesar el horizonte. ¿Oajaca permanecería quieta? ¿No vendrían de Méjico noticias salvadoras? Su situación no podía prolongarse; su fértil ingenio de revoltoso le sugería ideas peregrinas: en cierta ocasión pidió á su contrario que se le dejase ir á combatir á los españoles que estaban á punto de invadir nuestras costas; él sabía, quizás por noticias privadas que el comercio de Veracruz recibía, que la expedición estaba lista, y la proposición de Santa Anna respondía de tal modo al rencor profundo de que estaba saturada en todo el país la parte de la opinión que podía ú osaba hablar, que se tenía por un rasgo de abnegación heroica lo que era una escapatoria. El general sitiador rechazó la propuesta del caudillo de Santo Domingo que, desesperado, esperó.

℄ Un día, después de celebrado un armisticio entre el General Calderón, sitiador, y el soldado que por decreto del Congreso de la Unión estaba fuera de la ley, Santa Anna salió de Oajaca casi triunfante, ileso por lo menos, y se dirigió á Tehuacán, en donde celebró una entrevista con el Presidente Guerrero. ¿Qué había pasado?

℄ Había pasado el motín de la Acordada, convertido en rebelión triunfante por la impericia del gobierno constitucional de Victoria y por el supremo desaliento de Gómez Pedraza, á un tiempo Presidente electo y Ministro de la Guerra, que, en el momento del peligro, desertó su causa, su puesto y su honra. El grupo de hombres que había asaltado el poder, dándose por jefe al más conspicuo de los caudillos insurgentes, es decir, envolviendo sus apetitos y sus impulsos en una bandera bordada de historia heroica y de glorias legendarias, ese grupo, que era el de los liberales de acción y de pasión que llevaban la libertad en la voz y la tiranía en los propósitos, listos para los golpes de mano, aliados de la demagogia militar, mucho más capaces de crímenes que de cobardías, ese grupo que reproducía en pequeño y aunque con ideales menos altos, con vuelos menos bajos, al famoso que no hacía medio siglo había subrayado con amplia línea de sangre las horas premiosas de la Revolución Francesa, merece bien la denominación de JACOBINO. Su programa era el bueno; donde la resistencia es un muro de roca, no hay posibilidad de abrir paso al río (comparemos la evolución á un río) sino con la dinamita revolucionaria; el programa era el bueno, era buena hasta la tiranía que han gustado de imponer siempre los jacobinos para preparar el reinado seguro de la LIBERTAD que es para ellos sinónimo de IGUALDAD. Algunos de sus procedimientos fueron atroces; lo fué la expulsión de los españoles, acto de espantoso despotismo que nada salvaba, ni mejoraba; al contrario. Pero nadie, á no ser los reyes absolutos, los Luiscatorces, los Felipesegundos, los Napoleones (hablo de los geniales), ha empleado con más rudeza la persecución en nombre

de la razón de Estado, de la SALUD PÚBLICA, que los jacobinos de ambos mundos. Piénsese, sin embargo, que esa medida era la única popular y que si los jacobinos lograban unimismar el odio á los GACHUPINES y el amor á la Reforma, habían logrado dar un paso gigantesco. Los Guerreros y Santannas, los Farías, Zavalas, Gómez Pedrazas, Rejones y otros del mismo gremio no tenían de seguro otro intento que ese... Hombres no sólo de doctrina, sino de acción; no sólo de ideales, sino de ansiosas y ambiciosas impaciencias; no se conformaban con aplazar, como los MODERADOS, para un porvenir lejano las grandes modificaciones que la sociedad necesitaba; querían verlas ellos, querían palparlas, querían gobernarlas ellos, y gracias á esos anhelos y urgencias que fracasaron antaño, podemos hogaño ver en parte realizados sus ensueños y vivimos en medio de una sociedad laica, obligada á ser laica, obligada, como sociedad, no como pueblo, no políticamente, á disponer de sí misma.

Pero estos partidos anticlericales tienen la inmensa desventaja de florecer en recelo y desconfianza y sospecha; se constituye un gran grupo por ideas y pronto se divide mortalmente por personalidades; el grupo principal desaparece; quedan las agrupaciones de codicias y apetitos. Fué ésta, en veintiocho, la historia del magno grupo liberal (ó reformista, diremos mejor, porque la devoción á la libertad era declamada, mas no realizada) y federalista que había gobernado desde el veintitrés y que forjó la federación. Estaba, como los jacobinos precisamente, organizado en LOGIAS; era la masonería yorkina.

***

No podemos hoy entrar bien en el ánimo de los hombres que del veintiséis al treinta y tres lucharon en el pasado siglo contra la dominación de las logias; ser masón era ser político; era, para medrar, para tener un reparo que garantizase contra las arbitrariedades del poder ó asegurase la impunidad ante la justicia, un arbitrio magnífico; era, para algunos, para muchos, como sucede en las épocas de crisis, un puesto en que acuartelarse con el ejército que luchaba por las ideas. ¿Por qué el secreto? Porque pertenecer á una asociación misteriosa á la que se suponían ideas estupendas y fuerzas indefinidamente poderosas, y ligas y connivencias con otros órganos más ocultos que tendían su red subterránea por el mundo entero, halagaba profundamente el espíritu entre infantil y aventurero de nuestra raza mezclada, de nuestra CRIOLLERÍA educada en la sacristía, pero que en arrestos de valor, propios del espíritu que España le había infundido, saltaba á veces con delicia del cielo al infierno, y por curiosidad y por desafío (Don Juan tiene un heredero en cada español en libertad) se ponía en relaciones íntimas con el diablo, que era y que es todavía, según dicen algunos profetas católicos para uso de las beatas, el gran maestre de los masones.

Pero la extraordinaria singularidad de aquella época (y por este camino reen-

traremos en Juárez) era la RELIGIOSIDAD que envolvía y penetraba y saturaba casi todas las tentativas innovadoras.

⁂

℄ El cristianismo entró de tal modo en la medula de las sociedades que sucedieron al imperio romano, de tal modo el concepto de la existencia de la divinidad y el de la divinidad de Cristo se identificaron (hasta el grado de que, para la universalidad de los fieles, no ser cristiano era lo mismo que ser ateo), que cuando el grupo de intelectuales que renovó en el Renacimiento la devoción por las letras paganas creyó desquiciar el cristianismo en nombre de la razón libre, lo único que logró fué desmoronar la estupenda catedral humana que se llamaba el CATOLICISMO. Éste se retrajo dolorosa y convulsivamente á la familia latina, pero se hizo más fuerte al contraerse (Concilio de Trento). Mientras, el cristianismo, despojado de dogmas y ritos antitéticos al instinto individualista del mundo germánico, permaneció en éste, revivificándose y recobrando el vigor de los siglos primitivos.

℄ Y no fué posible descristianizar al mundo de la civilización, porque un mundo, un pueblo, una sociedad no pierden una religión jamás, sino que la cambian por otra que da mayor y mejor satisfacción al sentimiento religioso; porque los elementos irreductibles de tal sentimiento son la necesidad de explicar la noche que circunda nuestro espíritu y que no alcanza á iluminar la ciencia, como el sol no alcanza á iluminar el universo; la necesidad de realizar el ideal de justicia, irrealizable en la tierra, que se esconde en el fondo de toda conciencia; la de calmar la aspiración á la felicidad inalcanzable de la vida, que se cristaliza en derredor de toda esperanza.

℄ La revolución francesa principió casi como una revolución religiosa, y uno de sus grandes errores consistió en creer en la identidad fundamental de la idea moderna que tiende á asegurar la felicidad del mayor número aquí en la tierra y la idea cristiana que reserva toda felicidad para la vida de ultratumba. De aquí provino el deseo de fabricar una especie de cristianismo, ó mejor dicho de catolicismo filosófico basado en una iglesia nacional, de aquí la enorme falta de LA CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO. Sin embargo, las tendencias al socialismo fraternal del Evangelio y á la exaltación de los proletarios, de los pobres (los primitivos cristianos se llamaron «los pobres», EBIONIM) seducían á las masas y á sus tribunos dominados por el espíritu de Rousseau. La Enciclopedia, radicalmente anticristiana y, por ende, con tendencias aristócratas, había formado un grupo de intelectuales que, como los próceres de la Constituyente, v. g., pretendían descristianizar la revolución; éstos no tuvieron influencia sobre el pueblo. Éste, ó al menos las bandas de energúmenos que solían tomar el nombre de PUEBLO en los clubs de París, parecía en ciertos momentos adoptar con EL CULTO DE LA RAZÓN una especie de ateísmo sentimental; pero pronto la multitud volvía á su cristianismo disfrazado de deísmo, de que se declaró sumo pontífice Robespierre. Y lue-

go, por una porción de canales minúsculos, de pequeñas sectas estrambóticas y supersticiones, tornó á ese estado especial de ánimo que preparó el auge inmenso del Genio del Cristianismo de M. de Chateaubriand y el éxito de la restauración del culto, gran medida política de Bonaparte, que en el fondo profesaba el deísmo de Robespierre, su antiguo ídolo, con el aditamento de que se creía el vicario armado de Dios.

¶ En pocos años todos los liberales volvieron al cristianismo acaudillados por los metafísicos alemanes ó sus discípulos franceses. La metafísica, ó es una teología, y entonces transforma los dogmas (de que es autora) en sistemas trascendentes, ó conserva su autonomía y acaba por hacer de la religión la odre vieja del vino nuevo, de que Jesús habló. Y uno de los más singulares espectáculos que presenta la historia del espíritu humano es el de la corriente tumultuosa de las doctrinas filosóficas en las cátedras, en los libros, en los púlpitos quizás, afanada en envolver y arrastrar al cristianismo en su inacabable devenir... Entre los protestantes el conato era colosal, más exiguo y solapado entre los católicos. Y así fué hasta la gran conmoción política de mediados del siglo xix.

¶ Entonces las cuestiones sociales del orden económico flotaron en el haz del revuelto mar; las lucubraciones metafísicas cedieron el paso á los apóstoles del Evangelio nuevo, que era el viejo adecuado al sentimentalismo igualitario y humanitario de aquel tiempo de ensueños y palingenesias milagrosas por obra y gracia de la democracia de la idea republicana. Sólo algunos se mostraban escépticos y descreídos radicalmente; hijos de los grandes materialistas de la Enciclopedia y de los grandes ateos de la Revolución; progenie de los D'Holbach, de los Diderot, de los Laplace y de los Danton y los Babeuf, acompañaban el lirismo democrático de los que hacían descender la República del Gólgota con una protesta sarcástica y terrible; el representante más leído de este grupo era Proudhon.

¶ En las escuelas exegéticas alemanas tomaba, entretanto, mayor cuerpo el análisis microscópico, digamos, de los documentos fundamentales de los orígenes cristianos, y en la escuela de Tubinga se pulverizaban esos documentos hasta reducirlos casi á nada; pero estos trabajos sólo eran conocidos de unos cuantos iniciados, á pesar de su trascendencia, hasta que Strauss publicó su primera historia de Jesús. Traducida al francés, tuvo su resonancia aun en los países hispano-americanos, y algunos colegiales curiosos la leíamos en Méjico en el primer año de la Reforma triunfante; esta obra era en el fondo la negación de la personalidad misma de Cristo. Mas, en verdad, antes del libro de Ernesto Renan, conocido y leído con horror y delicia en América por los años de 63 ó 64, nada había pasado en el mundo intelectual capaz de determinar la organización de un núcleo de pensadores anti ó extra cristianos. Nuestros abuelos leyeron, y releyeron nuestros padres, el Diccionario filosófico de Voltaire, cierto; pero esta crítica feroz é irónica basada en lo racional, en el buen sentido, dejaba que desear, no satisfacía; siempre quedaba con la palabra la Ciencia, que solía ser la gran perturbadora del sentido común. La historia de las conchas encontradas en las cimas de los Alpes, muestra bien la diferencia entre un modo de ver y otro: esas conchas sólo pueden estar allí, decía Voltaire, porque los millones de pere-

grinos que por allí transitaron las han dejado caer; y ésa era una conjetura de puro sentido común; la Ciencia dijo luego : los montes han emergido con lentitud del fondo del océano, llevando en la frente su corona de despojos marinos; y el sentido común estaba desarmado.

***

¿Qué venía á Méjico de todo esto? La generación de legistas que hizo la República y la Federación, la que luchó por arrancar á Roma el patronato eclesiástico, la que propugnó por la supremacía del poder civil, fué cristiana, fué católica como lo fueron siempre los regalistas, como lo eran Ramos Arizpe y Santa María y el Padre Mier y Quintana Roo y Fagoaga, como lo fueron, aunque en menor escala, los que intentaron hacer LAICA la sociedad mejicana, desarmando á las comunidades religiosas y quitando á la Iglesia el monopolio de la educación pública. Gómez Farías, el Doctor Mora, Espinosa de los Monteros, Gómez Pedraza y tal vez Couto (Don Bernardo) y Pesado (Don José Joaquín) y otros, constituyeron este segundo tipo. Zavala, no; Zavala, bastante mal visto en todos los grupos, disimulaba muy poco su inquina contra el catolicismo; si hubiese sido declaradamente cristiano, habría preferido la forma protestante.

De todos ellos era discípulo el núcleo de hombres que se iba adueñando de la dirección intelectual del Instituto oajaqueño. Para Juárez, esos hombres fueron modelos en toda la primera parte de su vida pública; estaba clasificado entre los abogados que juraron odio á las clases privilegiadas en la tumba de Guerrero y que promovieron en Oajaca una especie de fiesta expiatoria organizada en honor del patricio mártir. Este asesinato había sido admirable para cortar los puentes entre el partido reactor y el que se apellidaba, no sé si con rigurosa justicia, partido liberal; el anatema á la administración conservadora, pero desde tantos puntos de vista bien encaminada, del General Bustamante, fué implacable, todavía vive, puede decirse. Y es que no sólo fué una falta la ejecución de Guerrero, sino un error. Se comprende que cuando un país esté amenazado de anarquía crónica, un gobernante, firme y que conozca su deber, desee dar un golpe de terror de esos que hacen entrar en sus quicios á una sociedad entera, y procure herir en lo más alto para que el castigo se note desde más lejos; y suele el valiente que tal hace ser excomulgado á seguida, pero después, á la larga, perdonado por una sociedad que se siente vuelta así á la seguridad y al orden. Pero es preciso saber escoger la víctima; es preciso que no se hiera un gran sentimiento nacional al herir un sentimiento humanitario. Si el sacrificado hubiera sido Santa Anna, que siempre se jactó de GUERRERISTA, nadie habría protestado al cabo de cinco años; pero fué el jefe del partido insurgente, fué el indómito luchador del Sur, fué el que facilitó, prohijándola, la obra de Iturbide, á quien jamás con justicia se arrancará el nombre de LIBERTADOR; fué Guerrero el escogido como hostia propiciatoria (á quien ni un Judas faltó siquiera), y esto hizo no sólo horrendo el asesinato, sino inexpiable. La herida la recibió en el pecho todo el partido li-

beral, lo mismo en su extremo radical que en su centro moderado... Uno de sus jefes intelectuales, digámoslo así, Gómez Pedraza, el rival, el adversario presidencial de Guerrero, decía trece años después, al terminar una frase de alto encomio del capitán suriano, con clásica y majestuosa elocuencia : «Entonces Guerrero ejecutó la acción más bella de su vida, poniendo á disposición del nuevo adalid sus recursos, su persona, su honor y su gloria... ¡Y este general ilustre terminó su carrera en un suplicio...! ¡Y á ese suplicio lo condenaron sus propios compatriotas...! ¡Conciudadanos : olvidaba que no debo en este día desenvolver delante de vosotros la ensangrentada túnica de César!»

℄ El culto á la memoria de Guerrero, por quien siendo estudiante había luchado en las calles ensangrentadas de Oajaca, la profesión de fe jurídica en favor de los grandes principios democráticos, su pasión por la soberanía del pueblo, el gran dogma liberal que los liberales metafísicos de entonces pretendían hacer pasar en bloque de la teoría á la realidad, sin tener en cuenta las condiciones peculiarísimas de nuestra constitución social, apenas hoy modificada en la superficie, esto formaba el elemento principal de la mentalidad de Juárez. Pero su carácter era de mucha mayor edad que su inteligencia, su carácter transmutador de su pasividad étnica en perseverancia individual, de su veneración por las tradiciones en amor reflexivo por las ideas nuevas y de su respeto incondicional por la autoridad en amor por el orden, es decir, por el imperio impersonal de la ley; su carácter, decimos, estaba ya hecho cuando su espíritu, sumergido en la atmósfera religiosa en que había nacido su alma á la vida del pensamiento, ni soñaba siquiera con la emancipación, ya que no con la rebelión.

℄ Cuando la grave tentativa de organizarnos en sociedad laica por la acción de un gobierno emancipador, fracasó en Méjico con resonante aplauso de la Iglesia en 34 (año en que Juárez se recibió de abogado), nuestro hombre, según todos los indicios, estuvo resueltamente de parte de los que bajo los auspicios de Gómez Farías acometieron tamaña empresa; pero, como lo estaban sus maestros, sin desprenderse de una sola partícula de su credo religioso. Todo su afán era y siguió siendo unimismar su fe política y su fe católica. Sentían, sin embargo, la resistencia de las clases privilegiadas á la realización de su fe política y sintieron la resistencia de la sociedad, temerosa de perder su fe como consecuencia de la implantación de la libertad de conciencia, y desbaratados y maltrechos al pie del muro infranqueable de tanto interés egoísta y sentimental amalgamado, los emancipadores se dispersaron, se retrajeron y conspiraron. Casi todos ellos, como Juárez, quedaron de rodillas ante el altar; pero allá en la sombra brillaban las aristas del hacha con que habían de romperlo y despojarlo de sus tisús y sus oros, para dejar de él lo que era en él eterno, el altar de espíritu y de verdad que profetizara el Cristo.

℄ Concluída la lucha entre la Federación y el Centralismo, expedida en Méjico la famosa Constitución de «Las Siete Leyes», organizada así una complicadísima

máquina centralista, que al mismo Alamán, el patriarca de la tribu conservadora, hacía sonreir con desconfianza, los liberales esperaron y siguieron preparándose sin descanso.

¶ Hay quienes reprochan á muchos de ellos haber admitido empleos de las administraciones centralistas. Esto es absurdo. Es absurdo en estos países de guerras civiles y revoluciones en que todos, todos, hemos hecho lo mismo, porque los mejicanos vivimos de empleos. Es absurdo porque no se trataba del servicio á gobiernos extranjeros, ni ilegales siquiera, sino á gobiernos nacionales en el sentido posible del vocablo NACIONAL en Méjico, país en formación, protoplasma de país más bien que país definitivamente orgánico. «Las Siete Leyes» habían venido como la República, como la Federación, de una asonada convertida en conflagración militar, sancionada por un Congreso de consigna nombrado en comicios formados de empleados, únicos electores posibles en Méjico. Así se formaban las Asambleas; éstas, con no poca libertad, lucubraban en pleno mundo subjetivo y resultaban sistemas de ideas, no de apropiaciones á la realidad que seguía incontrastablemente su obra, y la Constitución estallaba al fin. El día que Méjico encontró el modo de ir ajustando su constitución escrita á su constitución efectiva, las guerras civiles tenían que cesar y han cesado.

¶ Resultaba, pues, de una conmoción un gobierno; servirlo cuando no había otro, ni era un crimen, ni dejaba de ser en muchos casos un deber; así hicieron Juárez y gran número de federalistas. Lo malo habría sido prescindir de unas ideas políticas para adoptar, por interés, otras.

¶ Había además dos capítulos esenciales en el CREDO del partido liberal: el federalismo; esto era enteramente accidental, peculiar del partido liberal mejicano; en realidad la forma federativa nada tenía que hacer con los principios de libertad individual base del liberalismo, y éste era el segundo capítulo complicado con el de la soberanía popular. Precisamente las constituciones escritas se habían inventado para cohonestar uno y otro DOGMA, como se decía: la americana había hecho prevalecer el de la libertad individual base de una serie de derechos ó garantías que limitaban el gobierno absoluto del pueblo. A creer en este absolutismo tendía el núcleo ya organizado de la democracia mejicana, mejor dicho, creía en él y ajustaba sus actos á esta creencia, lo que dependía de que había sido educado ó por los publicistas franceses ó por los españoles traducidos del francés. Se podía servir bajo un régimen centralista si su constitución rezaba el doble dogma, y así era.

¶ Así fué en nuestras constituciones centralistas: en la de Las Siete Leyes (1836) la primera parte ó PRIMERA LEY, como se denominaba, contenía en su artículo 2.° una lista de derechos del hombre, y en sus artículos 8.° y 10.° los derechos y obligaciones de los ciudadanos mejicanos para votar y ser votados y concurrir á los actos electorales. Los mejicanos de más de cuarenta años que hemos tenido que pasar por tantas horcas caudinas políticas, deberíamos abstenernos, por un sentimiento rudimentario de pudor, de inventar pecados políticos insensatos para lapidar con ellos á nuestros mayores...

¶ Pero aquí entramos en un paréntesis un poco obscuro. Juárez era inquebrantable ciertamente, pero ¿era inflexible? No. Gran bronce humano, era como el

bronce en fusión en aquellos años en que circunstancias incontrastables y necesidades complexas moldeaban á los mejicanos.

¶ Hemos visto aparecer en él trabajosamente la aspiración á dejar de ser un colectivo como los hombres de su raza y como los primitivos todos, la aspiración á individualizarse, á tener una personalidad, á ser ÉL. Luego, dentro de su conciencia, hemos notado la aparición del deseo de contribuir á la transformación mejicana, y dentro de su voluntad armarse como un resorte de acero la resolución de consagrar á ese fin su vida y, por ende, convertirse en federalista y demócrata y liberal en la forma en que son esto los abogados, con reservas, trámites y fórmulas.

¶ Así armado hemos visto á Juárez asomarse á la vida pública, penetrar en ella y bajo administraciones nacionales, aunque no federalistas, seguir prestando el contingente de su religión de liberal, de letrado y de patriota á la marcha del orden público. La evolución parece terminada; el personaje queda listo para que en cualquier MEDIO produzca una suma proporcional de acciones y reacciones en relación con su tipo normal, que puede formularse así : un hombre de progreso y de deber.

¶ Pero llegó un momento en que algo parece velarse en esta fisonomía moral; pasa una nube sobre aquella frente de cobre serena y reluciente. ¿El liberal flaqueó? No lo creemos; pensamos más bien que, deseoso de procurar á sus correligionarios facilidades para la prosecución de su obra (como lo demuestra todo cuanto siguió en su vida), admitió el año de 44 un puesto en la administración del gobernador León, gran patriota y hombre enérgico, cuya vida quedó santificada por el heroísmo de su muerte, pero también reactor inflexible y santanista incondicional. Y León no lo llamó á su secretaría, como se supone, gracias á una transacción con los liberales, sino en el apogeo de la dictadura del HÉROE DE ZEMPOALA, como en verso y prosa llamaban á Santa Anna entonces sus turiferarios; no de la dictadura legal que emanaba de las facultades discrecionales que le confiara la famosa 7.ª base, sino de la de hecho de ascendiente y de sugestión que era más dura todavía. Al par de ella existía una embrollada anarquía y confusión gravísima de ideas y procederes en aquella época dominada ya completamente por el presagio ó mejor dicho la certeza del peligro YANKEE, que ponía miedo en todos los corazones y daba á todo un carácter precario y de expediente. El «VENDRÁN LOS YANKEES Y BARRERÁN CON TODO» era el fondo de todas las consideraciones secretas, el fondo negro en donde nada detallado y preciso podía dibujarse. Era un gran pavor, era para la pobre nación exangüe y endeble una pesadilla; el temblor, el calofrío gobernaba las inteligencias de todos los políticos ilustrados; el DESTINO MANIFIESTO era nuestra MOIRA, era la fatalidad de la gran tragedia mejicana. Sólo había un hombre que no tenía miedo, sólo había uno que creía en nuestra victoria indefectible, que creía poder sólo ser vencido por la intervención directa de la Providencia, pero que se jactaba de contar con ella para su uso particular : este hombre era Santa Anna. Singularísima personalidad, todavía no bastante bien estudiada por nuestros historiógrafos, que la han mutilado ó enmascarado á su gusto; malo, pésimo para Méjico, hidra policéfala genuina-

mente nacida en nuestro pantano social, admirable modelo para el estudiante y el artista psicólogo.

℄ En Junio de 44, cuando Santa Anna reocupó... el trono, íbamos á decir, después de una de esas abdicaciones temporales con que satisfacía los hondos accesos melancólicos de su sibaritismo crónico, el partido del dictador, apoyado en su innegable prestigio entre los hombres de agio, entre los hombres de sable y entre las plebes, se agitó como nunca. La cuestión de Tejas palpitaba; vengar las afrentas de Méjico en Tejas era el grito de guerra del caudillo cojo; soldados iban y venían, arcos triunfales, músicas y vítores llenaban las calles de la capital; el símbolo vivo de la Patria culminaba, infundía valor en las multitudes con su acento épico, y los vistosos penachos de los batallones nuevos ondulaban en celajes de colores en torno del carro del vencedor. ¿Del vencedor de quién? De los españoles, de los tejanos, de los franceses, de todo en el exterior y, en el interior, de la federación y del pudor público...

℄ Por lo demás, el agio aplicaba su boca como una ventosa á la vena por donde circulaba en lentos pero incesantes chorros la pobre sangre del pueblo; el Presidente complicaba en esta succión ávida toda su reputación, y en los días de miseria para soldados y empleados corrían en los palenques de gallos las onzas de oro del héroe ZEMPOALTECA.

℄ Hombres como León, fieros, despóticos, de temple férreo, conocían este barro del ídolo, pero cerraban los ojos y no veían en él más que al paladín de nuestra honra, al debelador de Tejas, al futuro humillador de la soberbia yankee... (?) Y por eso los honores regios tributados al Presidente hasta en efigie parecían actos patrióticos; eran actos serviles. Juárez se complicó en uno de ellos; esto ha sido irrefragablemente comprobado (V. Bulnes.—JUÁREZ Y LAS REVOLUCIONES DE AYUTLA Y DE REFORMA), y desde entonces (lo sabemos por un testigo mayor de toda excepción) sus amigos se lo reprocharon ó alguno de ellos por lo menos (el Lic. Pérez). Hombre y no semi-dios, pero completamente hombre, Juárez tuvo considerables defectos y entre ellos el que nos es común á todos los mortales, de no saber resistir siempre á la tendencia de confundir nuestros intereses personales con los intereses políticos. De este limo nunca estuvo exento el gran Presidente, porque en él la ambición fué poderosa; el deseo de sobreponerse primero á sí mismo, representante de una raza de humillados, y de encaramarse por encima de los otros, de los humilladores, bullía en el fondo de su sangre, de las reliquias atávicas que iban y venían en los rincones subconscientes de su naturaleza. La verdad es que el reproche al hombre es insignificante; casi todos hacían lo mismo: el reproche al liberal en grado heroico es grave; quisiéramos que no lo hubiera merecido.

℄ Pero lo mereció. Verdad es que su alianza con el General León duró poco (¿un año?) y acabó mal; llegó un día en que el perenne conflicto con el déspota tomó, frente á una arbitrariedad (cuenta la anécdota el señor Pola en su segundo tomo sobre Juárez), el carácter de un choque personal; en 45 dejó la secretaría del gobierno; tomó asiento en un tribunal de Justicia y volvió á su papel de profesor del Instituto.

Los cambios en Méjico eran entretanto serios; el nuevo centralismo establecido por las Bases Orgánicas que habían reemplazado á la Constitución del 36, no satisfacía tampoco á nadie. La nueva Constitución era bastante liberal, y el Congreso emanado de ella había resultado con tendencias radicales. El conflicto con el dictador y sus estafermos era tumultuoso; se hablaba á voz en cuello de volver á la federación; un día estalló la mina y Santa Anna huyó al cabo; fué una náusea terrible del buen sentido general; la dictadura había sido vomitada por la sociedad y por el mundo político. Y no se volvió á la federación, pero se volvió á la honradez, al aseo en los manejos administrativos: era presidente el general Herrera.

Entonces el papel de Juárez en el gobierno de León fué más expedito, más franco; la administración de Herrera resultaba un preámbulo de la resurrección de la Carta de Veinticuatro. Es difícil puntualizar el momento y el motivo de su ruptura con el férreo gobernador. ¿Fué motivada por alguna arbitrariedad furiosa, de esas que solía cometer aquel LEÓN sin que nadie pudiera contenerlo, según cuenta Pola? ¿Fué á causa del nefando pronunciamiento de Paredes, que se aprovechó de las fuerzas puestas en sus manos con el fin de combatir al enemigo extranjero, para derrocar á Herrera y establecer un pseudo-gobierno manifiestamente favorable al VIEJO proyecto de los viejos de traer á Méjico un monarca? Lo cierto es que cuando la ridícula presidencia de Paredes vino á tierra, el partido liberal se sobrepuso definitivamente en Oajaca é incontinenti llamó á Juárez á formar parte del triunvirato revolucionario con Fernández y con Arteaga. El partido liberal oajaqueño absolvía plenamente al Secretario del Gobernador León y lo rehabilitaba para realizar su destino. Entonces, por primera vez vino al Congreso General como diputado. Traía dos cosas muy firmes ya, como todas las que se consolidan con mucha lentitud, con mucha perseverancia: sus ambiciones, sus convicciones.



EL HOMBRE DE GOBIERNO

CUANDO Juárez llegó á Méjico, la situación era pavorosa. Dos grandes sombras entoldaban el cielo : las frases apocalípticas y sibilinas no vendrían mal para pintar aquella conjunción siniestra; era el día del juicio final de la Patria, el que trompeteaban desde los cuatro vientos los profetas de infortunio; todos, amigos y enemigos, salmodiaban nuestro DIES IRAE. Eran las dos sombras la invasión de los norteamericanos y la invasión de Santa Anna. Con esas dos obscuridades se cerraba de negro el horizonte. ¿Quién traía á ese hombre? ¿Venía á intentar como Iturbide una aventura? No; venía llamado «POR EL VOTO UNÁNIME DE MIS CONCIUDADANOS», como decía á boca llena; la nación política lo llamaba, el partido liberal lo había recordado, lo aclamaba; su vuelta, sin embargo, no era una reminiscencia, era una reincidencia, pero no suya, sino de los liberales. Todos, casi todos, sufrían el acceso de ceguedad cívica que algunos han dado en la flor de reprochar á Juárez.

¶ En 1844 escribía el gran repúblico Don Valentín Gómez Farías á uno de sus pares (el Dr. Mora) : «no es fácil imaginarse los males que ha causado la administración de Santa Anna; en tiempo de Bustamante todo iba mal; ahora todo ha empeorado. Los vicios del despotismo y los males de la corrupción aparecen por todas partes. Los agentes del tirano que para oprobio y confusión nuestra gobierna nuestra Patria, son por lo común hombres depravados y tan viles que no tienen valor ni aun para levantar la cabeza delante de su amo; mientras éste

come, seis ayudantes de alta graduación están de pie tras él esperando sus órdenes, y cuando se presenta en público lo hace con la ostentación de un monarca. Viniendo una vez de su hacienda para Veracruz salió á recibirlo el obispo Pardío que le besó la mano inclinando la rodilla. La aristocracia sacerdotal está degradada, la militar también y personas opulentas que podían vivir lejos de este malvado se le acercan, lo adulan y sirven como esclavos.» Tres años después Gómez Farías escribía á la misma persona : «El General Santa Anna desde su destierro me escribió manifestándome un deseo ardiente de salvar á nuestra Patria amenazada y tan de cerca por sus enemigos exteriores é interiores. Entablamos con este fin una correspondencia en la que cada vez me daba más pruebas de su lealtad y patriotismo. Unidos íntimamente á consecuencia de esto, me dirigí á mis numerosos amigos en los departamentos y el General Santa Anna hizo otro tanto con los militares previniéndoles que se pusieran enteramente á mis órdenes. Con estos elementos inicié la revolución en Jalisco y pronto fué secundado el grito dado ahí en otros puntos. Por último el día 4 del presente (Agosto de 46) se verificó el movimiento en esta capital poniéndose al frente el General Salas. Dos días bastaron para consumar la obra, y el General Santa Anna LLAMADO EXPRESAMENTE POR UN ARTÍCULO QUE PUSE EN EL PLAN, ha llegado ya á Veracruz...» (1)

¿Qué dosis de poder magnético tenía ese hombre para avasallar con una sonrisa á sus implacables enemigos de ayer? ¿Por qué á pesar de tanta mentira, de tanta traición, de tamañas perfidias, el General Santa Anna hacía el papel de esfinge, parecía que no había dicho todo lo que tenía que decir, parecía reservarse la palabra definitiva que lo revelase entero, parecía que esa palabra iba á ser el «ÁBRETE SÉSAMO» de lo porvenir?

Lo que sucedía era que aquel hombre exaltado y debelado á la vez por la suerte y que renacía más poderoso de sus caídas, por su vida, por la novela estupenda de su vida, por la leyenda de su heroísmo, por el tono y la forma de su palabra, hasta por sus vicios (los gallos, la baraja, las mujeres) estaba hecho AD HOC para imperar en el corazón de los soldados y de las plebes. Ese prestigio lo guardaba intacto; la multitud creía que había UNA ESTRELLA de Santa Anna; sus derrotas aparecían á los ojos de muchos como victorias... De todo esto, la inviolabilidad de su prestigio...

En aquellos años terribles de 46 y 47 todos sentían la necesidad de unión intensa, de concentración heroica de esfuerzos, y los liberales triunfantes recurrían, sin embargo, Á LA FEDERACIÓN. Era necesario; era la bandera, era la fatalidad del partido liberal; esto dispersaba recursos, pero ¿qué hacer? Aquéllos eran precisamente los momentos en que debía resonar el CAVEANT CONSULES y ser forjado un dictador; un dictador probo como es duro el hierro y enérgico é inquebrantable como el hierro. En lugar de eso se habían forjado legislaturas, gobernadores, guardias nacionales; aquí y allí los focos de patriotismo ardían espaciados como fogatas de campamento desamparado, pero la masa vibraba poco; el pánico aparecía en los extremos como Yucatán que, aterrado ante la necesidad suprema

(1) Estas cartas pertenecen á la preciosa colección de documentos que posee el Lic. Don Genaro García, quien, con una amabilidad que agradezco de veras, se sirvió facilitármelas.

de vivir defendiendo el cráneo del machete del maya y la imposibilidad de contribuir á la defensa de la Patria, abandonaba á ésta impíamente y poco después se sentía dejada por todos, excepto por esa Patria que había desconocido en un día de ofuscación y de muerte. No, la masa no se estremecía, ni el sentimiento religioso explotado contra los herejes YANKEES la hacía palpitar de odio; como en tiempo de la conquista, el sedimento indígena que formaba la base de nuestra geología social yacía inerte, hogaño como antaño, ENTREGADO AL DESTINO; en cuanto al elemento no indígena, también de abolengo fatalista, había querido hacer, pero nada hacía, nada ha hecho nunca.

℄ Por eso Santa Anna era una esperanza, era la única esperanza; él sí podía hacer ponerse de pie al pueblo á donde su acción llegara; él sí podía empujar al combate á los oficiales que tenían, con excepciones por supuesto, no la cobardía de los hombres que sienten miedo de otros hombres, porque esa no la tuvieron nunca, ni es defecto mejicano, sino la que proviene de la convicción de que el sacrificio era inútil, completamente inútil. Si Santa Anna lograba que el oficial se batiera, el soldado indefectiblemente se batiría. Y no era esto todo, casi esto era lo menos. Lo más era el problema financiero. ¿Dónde estaban los recursos para la guerra?

℄ Una voz unánime clamaba : un empréstito interior, un préstamo más ó menos forzoso en el interior; de fuera no vendría ni un solo centavo. Se habría podido vender Tejas, ¿por qué no? pero nunca á los americanos; nadie sino ellos la habrían comprado, sin embargo; de Europa no nos vendría un solo centavo. Mas, ¿cómo obtener ese empréstito negociado á FORTIORI con los terratenientes y los usureros aquí establecidos? Con una sola garantía efectiva : los bienes del clero.

℄ Gómez Farías y los Reformistas no habían hecho la revolución con otro objeto. Jugaban un gran albur, pero era el albur que les tocaba jugar. Desarmar al clero, desamortizar, no bajo el pretexto, sino por la necesidad de salvaguardar la vida de la Patria, era una formidablemente trascendental medida política; no habría habido otra ni más hábil, ni más patriótica, ni más progresista en nuestra historia; era la honra de la Patria asegurada y al par la Reforma tornada indirectamente en un hecho irreparable. Era el desarme de una clase para armar á la Nación.

℄ Los radicales no podían vacilar, hicieron bien; pero eran pocos : algunos liberales moderados, trémulos ante tamaña audacia, obstruían todo, se detenían ante todo; ellos eran, sin embargo, la crema social, los más cuerdos, los más sensatos del partido; ligados con la alta burguesía mejicana, de que muchos formaban parte, procuraban dar á su deseo de despojar á la Iglesia, todas las formas posibles del respeto, de la consideración, de la necesidad. Muchos de ellos eran tan descreídos y tan enciclopedistas como los exaltados; pero disfrazaban bajo mil formas su impiedad fundamental; otros no, otros eran católicos muy sinceros, pero deploraban los abusos de los servidores del altar y creían que el Estado debía interesarse en aplicar el cauterio. Cosa singular; el jefe del gabinete de Gómez Farías era un moderado : Don Fernando Ramírez. Esta mayoría del partido constituyó la derecha del grupo liberal : fué ya bien caracterizado, un partido de moderados; el partido moderado era un eufemismo.

ℭ El extremo izquierdo de esta agrupación era el revolucionario, compuesto de audaces, de revoltosos de oficio, de gente que tenía poco que perder, y también de patriotas, de ilusos (por tal tenían muchos á Gómez Farías), de deseadores anhelosos de la reforma, de la rápida transformación social del país. Este partido se llamaba de los PUROS; y la verdad es que á casi todos ellos los veía ó con odio, ó á los desconocidos, como Juárez, con desdén, la parte DECENTE de la sociedad aun sojuzgada por la Iglesia con férrea dominación.
ℭ Era seguro que toda tentativa de despojar á la Iglesia de sus bienes, aun cuando fuera para dar de comer á nuestros soldados hambrientos y desarmados frente á la invasión americana, iba á encontrar la resistencia de toda la sociedad, de todos los Estados, de todas las clases. Pero no había, lo repetimos, otro recurso y bien se vió después; el clero había contribuído pero gota á gota, exprimiendo siempre, protestando siempre, escatimando céntimo por céntimo. Lo que se necesitaba no era cubrir el expediente de hoy, para hallarse con una necesidad mayor mañana; era preciso tener asegurados los gastos de la campaña, y aunque no era perfectamente seguro poder reducir á numerario los bienes del clero, sí se podía sacar por lo menos diez millones tomando el doble, el triple, el cuádruplo en valores nominales, lo que habría equivalido á incautarse de todos los bienes de la Iglesia; la propiedad desamortizada habría desaparecido entonces y es incalculable la trascendencia que esto hubiera tenido en nuestra lucha nacional, en nuestro ser económico, en nuestra vida política; el tratado de Guadalupe habría sido menos cruel, la indemnización, mucho mayor; no habría habido guerra de Reforma, ni intervención, ni Imperio probablemente, y la paz de los ferrocarriles habría comenzado con el fin de la guerra de secesión americana.
ℭ Pero para llegar á tamaño resultado, para desenlazar el rápido drama que Gómez Farías y los PUROS habían concebido con un patriotismo igual á su audacia, se necesitaba de un DEUS EX MACHINA, de un hombre que significara la fuerza, el ejército : el hombre era Santa Anna. Buscar en otra causa que en ésta la explicación de la alianza de los liberales con los partidarios de Santa Anna, ó del santannismo de los PUROS, es insensato.
ℭ Y efectivamente, el plan apuntaba muy bien; impuesto de los proyectos de Gómez Farías, teniendo en el gabinete, en el ramo de Guerra, á su estafermo el General Canalizo, Santa Anna dejaba al vicepresidente toda la responsabilidad, toda la odiosidad de las medidas de exacción y despojo, como decían de consuno clericales y moderados y aun algunos PUROS pacatos; él lo aprovecharía todo. El olor de los millones atraía al desapoderado condotiero como al ogro el de la carne fresca, y además tenía la convicción, y así lo manifestó á todo el mundo, de que no había otro camino para obtener recursos. Gómez Farías, fuerte con este apoyo, se fué de frente con una cortísima mayoría que se esforzó hábilmente en esconderse toda bajo el nombre de Santa Anna, y dió el golpe en los primeros días del año de 47, EL AÑO TERRIBLE.
ℭ Las circunstancias eran cada vez más premiosas; los invasores amenazaban á un tiempo por el Oriente, donde ocupaban ya la zona marítima entre Veracruz y Tampico, y por el Norte, en donde después de una cacareada pseudovictoria

de Santa Anna sobre Taylor, el ejército, derrotado más bien que por el enemigo por la absoluta impericia de nuestros generales y por la espantosa falta de recursos, se replegaba, presa del pánico, á San Luis Potosí, mermado é incapaz de someterse de nuevo á la disciplina. El clero aprovechaba todo esto para oponer una resistencia que ya no era sorda ni disimulada sino ostensible y hasta majestuosa, á las medidas de salvación suprema que el Gobierno había creído necesario adoptar. En estos días llevó la voz de la Iglesia mejicana un hombre de gran talento é ilustración, el Señor Portugal, Obispo de Michoacán; su palabra resonó como la de los Gregorio y Bonifacio en la Edad Media, en su lucha contra los monarcas alemanes y franceses; la supremacía del poder espiritual sobre el poder temporal era aclamada con fórmulas que parecían resucitadas de tiempos muertos ya; pero esto produjo el resultado que era de esperarse : el grupo sensato, el partido liberal moderado conducido por Otero, compuesto de hombres celosos por la supremacía del poder civil y educados en las doctrinas regalistas, comprendiendo el peligro, después de haber combatido la ley, se unió al Gobierno para luchar contra la Iglesia armada con la espada de la guerra civil. Ésta era inminente; puede decirse que la sociedad entera, que el pueblo todo, que grandes grupos del mundo femenino mejicano ponían en manos de la burguesía organizada en batallones de guardias nacionales la bandera de la revuelta. Era esto un desastre espantoso, una vergüenza inexpiable ante el invasor que amenazaba arrollar nuestras débiles fuerzas; pero se trataba de asuntos del alma, de deberes superiores al hombre cristiano sobre el hombre mejicano, y aquellos á quienes se había confiado la defensa de la nación prefirieron salvar los bienes del clero á la integridad del territorio y á la honra de la Patria. Tal fué en su espíritu la rebelión de los batallones de las Milicias Nacionales, la conocida con el nombre de «Guerra de los Polkos». El triunfo del Gobierno, á pesar del admirable tesón que Gómez Farías había puesto en la aplicación de la ley, era dudoso; el único que habría podido inclinar del lado de los PUROS la balanza era Santa Anna poniendo su espada en uno de los platillos. No es enteramente justo culparle por haberse colocado del lado de los rebeldes; su instinto, la convicción de que su prestigio, su gloria de similor tenía por elementos principales la ciega devoción del soldado y la admiración inconsciente del populacho, le hacían temer, le hicieron temer siempre el divorcio entre él y la popularidad. No pudo desconocer que la ley de Enero, que rompía las arcas de la Iglesia para fundir cañones, era terriblemente impopular; se habría necesitado que su alma de sibarita hubiese tenido el temple de la de César para pasar por el Rubicón de este temor. Rápidamente se desdijo de todas sus manifestaciones en favor de la política de los puros, creyendo acaso que los millones que dejaba á la Iglesia, ésta se los devolvería en un arranque de gratitud; hizo á un lado el partido que hasta entonces se había deshonrado adoptando su nombre como razón social, é inauguró un gobierno puramente militar sobre la base de un concordato íntimo con la Iglesia que, naturalmente, no dió sino una ínfima parte de lo que de ella se esperaba.

¶ La diputación de Oajaca casi dispersa en aquellos momentos de conflicto, con-

tribuyó con dos de sus más conspicuos representantes á hacer presente á la Nación entera la justicia de la causa, sostenida por la mayoría, de la ley de Enero. Pocos días antes de que Santa Anna se declarase en favor de los sublevados, algunos diputados de esa mayoría, no queriendo aún repudiar al hombre á quien habían considerado como la encarnación de supremas esperanzas, decían así á la República entera : «No : firmes en el propósito que hemos formado de salvar á la República, cuya voluntad soberana estamos autorizados para creer que representamos, por corto que sea nuestro número, jamás consentiremos en concurrir á los funerales de su independencia y libertad, sin que pueda nunca separarnos de nuestro sagrado objeto, ni la grita fementida, ni las tramas insidiosas de sus solapados enemigos. Paso á paso los hemos seguido en sus manejos, hemos logrado desconcertarlos, y al último arbitrio que les ha quedado de acudir al llamamiento del benemérito de la Patria, Presidente actual de la República, Don Antonio López de Santa Anna, opondremos la lealtad con que hemos sostenido al soldado del pueblo, elevándolo á la alta dignidad de que se halla investido, salvándolo del artificio con que se trató de privarle de las inmunidades de Presidente, al darle el permiso para mandar en persona el ejército del Norte, y conservándole el puesto de que querían privarle los más de los que hoy invocan su nombre, cuando solicitaban la observancia de la Constitución del año 1824 en todas sus partes, dando con esto lugar á la rebelión que hoy aflige á la capital.»

℄ Entre los firmantes de este manifiesto á la Nación encontramos á Juárez. Pretender por esto que ejerció una especie de jefatura por la influencia de su consejo ó de su palabra en el grupo que seguía á Gómez Farías, sería una exageración evidente; como se ha probado, no hay rastro en las luchas tumultuosas de aquel Congreso, de la parte activa que hubiese tomado en las discusiones; mas tenemos por evidente también que mucho debe de haber contribuído la tranquila firmeza de su carácter, ya bien dibujado desde entonces, á mantener la cohesión de los sostenedores de la ley, cohesión que sólo podía desatar la espada del General Santa Anna. Todo demuestra en la historia de nuestro hombre que no puso en sus determinaciones más que una pasión : la patriótica. Juárez fué puro ocasionalmente entonces; lo fué porque creía firmemente que el único remedio para la angustiosa situación que el país atravesaba en aquellos momentos era tomar el dinero donde lo hubiese; no lo había más que en las manos de la Iglesia. Juárez en aquellos momentos que tanto semejaban á las convulsiones espasmódicas de la agonía de un pueblo, no perdió un átomo de su fe religiosa, de su respeto por las cosas que hasta entonces había tenido por santas.

℄ Fué siempre excesivamente tímido para hablar en público; esto probablemente provenía, no de que no supiera encontrar una expresión adecuada á sus profundas convicciones : cuantos tuvimos alguna vez el honor de hablar con él (y el antiguo rector del Instituto gustaba mucho de hacerlo con los estudiantes) sobre asuntos de alguna trascendencia política y social, recordamos bien, no olvidaremos nunca, la tranquila solidez de sus consejos fundados en la experiencia asentada en hechos incontrovertibles de nuestra Historia. Probablemente su temperamento nervioso en lucha con la singular impasibilidad de su espíritu, traía

como consecuencia un fenómeno neuropsíquico que casi neutralizaba en él las facultades de comunicación, de exteriorización de ideas; por eso nunca abordó la tribuna; por eso aun cuando algunas veces se veía obligado á pronunciar fórmulas trilladas de aclamación patriótica en las fiestas cívicas, acertaba á encontrar el modo de balbucear, de detenerse, de enmudecer á veces. Se necesitaba una tremenda excitación mental para que aquel mudo prorrumpiese en grandes frases cuya fuerza de expresión estaba más en el calor comunicado por la conciencia que en la forma esculpida por la elocuencia. Acaso la circunstancia de no haber conocido el habla castellana sino cuando era ya adolescente, era parte muy principal en la determinación de este fenómeno que comprendemos perfectamente todos cuantos conocemos por experiencia propia el esfuerzo doloroso que constituye la oratoria política.

℄ Pasados los días de la tempestad, Juárez volvió á Oajaca; ya iba, apóstol de su fe patriótica, á coadyuvar á la organización de nuevas fuerzas para que la República vencida pudiera conservarse viva. El Estado de Oajaca había enviado un valeroso contingente que contribuyó con heroicidad, que se ha hecho histórica, á la defensa de la capital en los días más terribles de la guerra. La bandera nacional desgarrada por los invasores había quedado salpicada con la sangre del General León y sus soldados oajaqueños; es probable que en esos días terribles Juárez permaneciese todavía en la capital, porque el partido político que le contaba entre sus adversarios predominaba en su Estado natal. Por fin, él y un grupo de sus amigos políticos lograron desbaratar la situación creada en Oajaca desde Febrero hasta Octubre, y Juárez salió de aquellas obscuras contiendas con un nombramiento irregular, pero consentido por el partido entero, de Gobernador del Estado. No es necesaria otra prueba que ésta para demostrar el ascendiente que Juárez había adquirido en el grupo liberal oajaqueño; y es singular que no hayan podido medir la importancia de ese fenómeno los que niegan al patricio todo valer en el orden moral y político durante aquella turbia y estertorosa época. Cierto, estaba rodeado de hombres de mayor inteligencia que la suya: los Marcos Pérez, los Cañas, los Ruiz, los Díaz Ordaz, no cabe duda, eran dueños y gozaban de una mentalidad mucho más alta que la del indígena zapoteca; si lo eligieron como jefe, si lo escogieron unánimes por centro, si lo siguieron todos entonces y por largos años como se sigue una bandera, es claro que su voluntad, que su carácter son los que explican este caso singular. Efectivamente, como lo veremos en el curso de esta historia, Juárez durante su vida estuvo intelectualmente subordinado, sugerido, diremos, por inteligencias de mayor alcance que la suya: en los comienzos de su vida, Méndez, ya lo vimos, determinó el camino de sus ideas; después, la influencia de Ruiz fué extraordinaria sobre él; todas sus determinaciones, todas las manifestaciones profusa y difusamente razonadas del Gobernador oajaqueño indican de una manera bien clara el ascendiente psicológico del Licenciado Ruiz, infatigable razonador, argumentador que jamás se declaraba vencido, fuerte con la fuerza de una verbosidad siempre animada y que jamás se combinaba con los razonamientos de sus interlocutores, porque éstos casi siempre le cedían la palabra y callaban. Más tarde y sin que el ascen-

diente del Licenciado Ruiz desapareciese por completo, el contacto con Ocampo no sólo determinó en el alma de Juárez una evolución completa, causa de su definitiva emancipación de las creencias viejas, sino que hasta cierto punto lo mantuvo en una especie de vasallaje psicológico que Juárez se complacía en reconocer de buen grado. El espíritu ardiente, dominante, las convicciones que en Ocampo tomaban el carácter de dogmas y de axiomas incontrovertibles, eran á propósito para hacerlo aparecer á los ojos de Juárez como el revelador de una religión nueva de libertad y de progreso indefinido; pocos fueron quienes en contacto íntimo con Ocampo no sufrieran esa penetración mental. ¿Por qué Ocampo reconoció siempre, no sólo la dirección política, sino una especie de superioridad que desde acá nos parece misteriosa, de aquel hombre pasivo sobre su naturaleza siempre en fervorosa actividad? En esto, como en lo que ya hemos apuntado, reconocemos la acción del carácter de Juárez sobre quienes á él se agrupaban; su pasividad no era más que aparente; en realidad, aun en el terreno intelectual, sabía intervenir con un elemento de sensatez y de espíritu práctico que determinaban instantáneamente el orden y la agrupación por series lógicas de las ideas de sus amigos. Pero en el terreno moral era en donde su pasividad se tornaba actividad SUI GÉNERIS, y todas las convicciones, todos los sentimientos que giraban dispersos en aquellos días de anarquía temerosa de los espíritus, tendían á cristalizarse y á cobrar vigor, unificándose gracias al carácter de Juárez. En el último período de su vida, cuando ya los tremendos reveses políticos que habían repujado y endurecido su carácter le hacían menos accesible á influencias absolutas, el talento extraordinariamente perspicaz del Señor Lerdo de Tejada (Don Sebastián) ejerció indudablemente un ascendiente vigoroso, y en ciertos momentos decisivo, sobre las determinaciones de Juárez en los grandes días de tribulación que transcurrieron desde mediados de 63 á 68. Esto es innegable, pero absurdo sería creer que el Señor Juárez dejase que talento ó voluntad de algún género se substituyesen á los suyos; estos elementos ajenos robustecían en él los propios, no los suprimieron jamás. Quienes pudimos oir á raíz de la Intervención y del Imperio los comentarios que el Señor Lerdo de Tejada hacía sobre la política del Presidente, sabemos qué género de comunicativo entusiasmo había infundido en su espíritu la circunstancia de haber sido testigo durante cuatro años, día por día, de la inquebrantable firmeza de su jefe. Queda, pues, bien definida en la historia individual de Juárez, la docilidad con que escuchaba, comprendía y se asimilaba los elementos de inteligencias cuya superioridad sentía, la energía poderosa con que el resorte de acero de su voluntad reobraba sobre los hombres que con él se ponían en contacto íntimo.

❧ ❧ ❧

¶ En Oajaca, después de desbaratar la coalición de elementos que pudieron llamarse reactores y que se habían adueñado de la dirección del Estado bajo los auspicios de Arteaga, el colega de Juárez en el triunvirato federalista, el personaje cuyo papel en la Cámara de Diputados hemos visto insignificante, aunque

nunca lo fué para sus compañeros de diputación, comenzó á mostrar las cualidades de gobierno que durante toda su vida crecieron hasta hacer de él el primero de nuestros gobernantes en el genuino sentido de la palabra; realmente Méjico no fué GOBERNADO hasta que lo gobernó Juárez en el período que siguió al Imperio. Su primer propósito, como él mismo lo decía al Gobierno Supremo reunido entonces en Querétaro, adonde no tocaban todavía las olas de la invasión americana, era el de contribuir á la defensa de la Patria y al mantenimiento, á todo trance, de la paz interior. Lo uno era condición de lo otro; para que Oajaca, mutilada en sus defensas vivas en la sangrienta jornada de Molino del Rey, pudiera, adquiriendo nuevas fuerzas, poner su brazo armado al servicio de la República moribunda, era preciso no desperdiciar ni uno solo de sus elementos vitales; para esto no había otra condición que la paz. Esto explica claramente la actitud de Juárez respecto á Santa Anna. Desde el momento en que este personaje había desertado de la causa reformista, no tenía valer alguno para los hombres de progreso; desde el momento en que su impericia había sido el elemento principal de los triunfos humillantes del invasor en el valle de Méjico, no tenía valer alguno como caudillo ni como general; desde el momento en que después de su renuncia el Gobierno Supremo establecido en Querétaro le había quitado de la mano, como él decía, la espada que había esgrimido tan torpemente contra el extranjero, es nulificada su condición presidencial y no quedaba más que el ambicioso henchido de despecho y el revoltoso que, no pudiendo nada contra el invasor triunfante, podía mucho, sin embargo, contra la paz tan necesaria para la guerra. Santa Anna se presentó en los límites de Oajaca, penetró en el Estado precisamente en los instantes en que las exigencias de los americanos por un lado y los conatos de desquite de los politicastros derrotados de la víspera convertían en profundamente precaria la situación política encomendada á Juárez. Los derechos individuales, las garantías que cubrían estos derechos, nada podían impedir en parangón con los supremos intereses sociales que periclitaban en aquella hora de negra angustia. Si Juárez creyó, y tenía razón en creer, que la presencia de Santa Anna en Oajaca podía ser causa de hondas perturbaciones, hizo bien, cumplió con su deber, nadie lo hubiera cumplido de otro modo, al rechazar con mano de hierro al peligroso huésped y, no expulsarlo porque nunca llegó á eso, sino fijarlo en un lugar lejano de la capital, mientras reiteraba su habitual peregrinación al extranjero, en donde iba á readquirir, por singular modo, sus prestigios, sus energías, sus posibilidades de intervenir de nuevo en los asuntos de la Patria. Santa Anna afirma en sus MEMORIAS que la actitud de Juárez, que, como es natural, califica con dura vehemencia, provenía de un odio añejo, odio que, á decir verdad, se compadece bien poco con el santannismo con que pretenden mancharle sus adversarios póstumos. Afirma el famoso General que Juárez no pudo perdonarle el haberle servido la mesa en Oajaca en la casa del Licenciado Embides el año de 1828. Parece singular que un seminarista teólogo, que precisamente por esos tiempos sostenía tesis intrincadas en relación con el dogma, sirviese como doméstico en casa de un magnate oajaqueño; pero atendiendo á las costumbres, no del todo olvidadas, que han hecho durante mu-

cho tiempo de los estudiantes servidores de casas acomodadas, precisamente con el fin de ayudarse en sus estudios, no parece improbable; antes bien nos inclinamos á tenerlo por cierto. Juárez efectivamente ascendió de todos los niveles sociales inferiores á los más altos, al lugar supremo. Ésta es su honra, esto es lo que constituye de él un símbolo de la sociedad democrática mejicana ascendiendo al predominio del país. Lo que es perfectamente injusto en la afirmación de Santa Anna es que el indio zapoteca guardase rencor á quien había sido testigo involuntario de su estado servil. En el Congreso ya hemos visto que mientras Santa Anna pudo ser una esperanza, aunque siempre enigmática, para el partido liberal, Juárez estuvo del lado de sus partidarios hasta el grado de haber podido ser furiosamente tildado de santannista; en aquella época alternativamente lo era la República toda; era una infección política el santannismo, que determinaba fiebres periódicas nacionales.

***

℄ Cuando la paz se celebró con los Estados Unidos; cuando la nación, después de un tremendo pero necesario sacrificio para evitar otro mayor (la pérdida total de la nacionalidad quizás), respiró un poco y, gracias á la pasajera bonanza que traía á sus finanzas la indemnización americana, pudo dedicarse á su restauración interior y á la consolidación de sus instituciones, Juárez, ya Gobernador constitucional de su Estado, consagró exclusivamente su labor á ahogar todo género de discordia y á sembrar la simiente fecunda del porvenir. Sus mensajes sinceros y honrados al Cuerpo Legislativo, abundante en patriotas inteligentes y que siguió al Gobernador con reverente adhesión inexplicable hacia el ser absolutamente pasivo de iniciativa y de idea, de sentimiento activo y de voluntad en marcha que sus adversarios nos pintan hoy; estos mensajes, decimos, nos hacen seguir paso á paso la solicitud con que aquel hombre comprendía sus deberes, la escrupulosidad con que cumplía con ellos y la firmeza con que se hacía obedecer. Juárez desplegó desde aquella época de un modo claro sus dotes administrativas, su celo por la independencia y soberanía de su Estado natal, perfectamente combinadas con sus obligaciones hacia los poderes federales; todo en su gestión hace palpables los deseos de implantar, en cuanto emanaba de sus facultades legales, un espíritu profundamente liberal y democrático, que inflamó definitivamente el alma de las nuevas generaciones. Su protección al Instituto que había sido su hogar intelectual, tenía precisamente ese alto fin; fué ese plantel, ya lo vimos, una especie de iglesia de liberalismo en que no se educaba á una secta sino á uno de los más interesantes fragmentos de la patria mejicana.

℄ Habrá que repetirlo : de nada de esto pudiera inferirse que las ideas religiosas de Juárez se habían transformado; la fe y la verdad esencial del credo religioso en que ha respirado nuestra alma durante su infancia, pueden transformarse y evolucionar, pero no se pierden nunca. De esta devoción perenne hacia los dogmas católicos nada puede inferirse en contra del sentimiento frecuentemente apasio-

nado con que Juárez se asimilaba las aspiraciones de su tiempo; pero, hombre de gobierno, no tenía, como todos los gobernantes, otra norma ni otro camino que la ley que había libremente aceptado; estando perfectamente convencido de que en el respeto á la ley generadora del derecho estaba la paz de la exánime nación que se trataba de resucitar, hacía de la obediencia á la ley una especie de dogma del que no admitía disidentes ni herejes. A esto debe atribuirse la firmeza con que puso la acción y la palabra del Gobierno del lado del cumplimiento estricto de la ley en lo que se refería á los tributos que estaban obligados los habitantes del Estado á pagar en los curatos para sostenerlos. Por regla general, los liberales, con muy buen consejo, se manifestaban siempre adictos al clero parroquial; los curas eran con cierta frecuencia, más bien que instrumentos de reacción en manos del alto clero, agentes de la ilustración del pueblo, en algunas partes, aunque muy contadas, y en todas elementos de resistencia á los obispos y á sus ministros inmediatos. El partido liberal mejicano no podía olvidar que el bajo clero había dado á la causa de la Independencia sus iniciadores, sus grandes soldados; de aquí provenía el empeño de convertirle, si era posible, en vehículo de propaganda de las ideas nuevas. Juárez sosteniendo en Oajaca la obligación estricta que la ley civil imponía á todos los habitantes del Estado de contribuir para las necesidades del curato, y Ocampo sosteniendo en Michoacán la necesidad de cortar los abusos de las obvenciones parroquiales, para hacerlas más firmes y organizarlas mejor, porque las consideraba perfectamente legítimas, son una muestra clara del criterio con que el partido liberal consideraba estos deberes sociales.

℄ Como era natural, esta nueva disposición hacia el bajo clero, en quien pretendía encontrar un verdadero aliado el partido reformista para despojar de sus privilegios á la aristocracia clerical que era en realidad la única á quien aprovechaban, era general en aquella época, era el modo de ver de todos; uno que otro aspiraba á la emancipación completa. Los más, aplazaban las grandes ideas de tolerancia y libertad de conciencia para una época en que, sancionadas ya por la costumbre, pudieran pasar sin peligro á la ley. Aquellos liberales, lo mismo Juárez que Ocampo, ponían sus propósitos bajo el amparo de la Divinidad Providente cuyas bendiciones pedían con más ó menos fe unos y otros; Juárez con fe sincera y profunda.

℄ Puntualicemos.

℄ En los años en que Juárez comenzó su período gubernamental en Oajaca, una sola porción del país conquistada para la paz y el orden era el único elemento estable de la República entera; ésta, antes del tratado de Guadalupe, se mantenía en equilibrio artificial, que sólo duró, puede decirse, gracias á la presencia del invasor americano en el corazón mismo del país; el Gobierno establecido en Querétaro, apenas lo era; quebrada en manos de Santa Anna la espada de la Nación,

el ejército no era más que nominal; en realidad un hacinamiento de fuerzas colectivas que aparecían y desaparecían entre las manos de jefes imperitos y desalentados, eso era el ejército. De todo carecía : de dirección, de reservas, porque las milicias nacionales ó eran un mito ó bien instrumento de granjerías políticas; de recursos, de esperanza de repararlos; de oficiales, de modo de improvisarlos; de armas, de medios de reponerlas... Lo envolvía un desprestigio inmenso; la aspiración profunda hacia la paz estaba expuesta á no poder llegar á realizarse, gracias á la anarquía en todas partes reinante y á la imposibilidad de allegar elementos de estabilidad y de orden. Una parte del país segregada; otra parte, y no la menor, en manos de los invasores; algunos de los Estados pretendiendo reasumir su soberanía, lo que en aquellos momentos era el signo precursor del desmembramiento seguro y definitivo de la Patria. Algunos patriotas, Juárez entre ellos, comprendieron la necesidad indeclinable, inaplazable de formar núcleos para restablecer el equilibrio de la Nación en un futuro próximo; y para poder secundar las miras del Gobierno de Querétaro, representante de la única esperanza de reorganización posible, no perdonaron medio alguno, ni labor por ímproba que fuese, para acercarse á este fin.

Después del tratado de Guadalupe, á punto de desaparecer Santa Anna del territorio nacional, vencidos Paredes y los elementos de discordia con que se había puesto en contacto, gracias al primer esfuerzo del ejército para volver á serlo, las cosas presentaron mejor aspecto; el general Herrera tomó en sus manos inmaculadas las riendas del Gobierno, y la Nación se puso dolorosa y lentamente en marcha; Juárez pudo entonces en Oajaca hacer una demostración práctica de sus dotes administrativas, basadas todas en un buen sentido cada vez mejor educado para escoger el consejo más acertado de entre los que sus inteligentes amigos le ofrecían y en el influjo de su voluntad tenaz que, mientras más se mostraba, revelaba más su temple. Los documentos oficiales que demuestran la acción de Juárez son incontrovertibles : refiérense á hechos que estaban al alcance de todos y que nadie ponía en duda. En esos documentos jamás el Gobernador de Oajaca pretendió disimular la verdad, ni era ni podía ser ése su interés de patriota y de político. Cuando Juárez habla de revueltas dominadas, de paz y de tranquilidad garantidas, de caminos y puentes construídos ó reconstruídos, del renacimiento de la agricultura, de esfuerzos en favor de la educación pública, dice, con toda evidencia, verdades que ni entonces ni después han encontrado un solo contradictor. Efectivamente, la paz interior y exterior, ya lo dijimos, es decir, la extinción de todos los focos de disturbio dentro del Estado y la conservación de la más perfecta armonía con el Centro fueron el capítulo primero, el más importante sin duda del programa del Gobernador. Logró su propósito, no sin obstáculos serios. Tomando directamente parte en una obra que consideró de primera importancia, apaciguó los terribles elementos de discordia que hervían en el Istmo de Tehuantepec. Tuvo para esto que reorganizar la guardia nacional, armarla con elementos que sólo del mismo Estado podía sacar y mantenerla cada vez más adicta á la soberanía local, sin dejar por eso de fomentar en ella la conciencia de que antes que todo se debía á la Patria entera. Federalista genuino, Juárez

no disimulaba su poca devoción hacia los representantes armados del poder central y en general hacia el ejército; participaba un tanto de ese espíritu profundamente hostil á la milicia permanente, que tan bien demostró y describió en algunos de sus discursos oficiales como característico de los montañeses oajaqueños. No tenía inconveniente en decir cuán favorable sería para el sostenimiento de la paz interior en los Estados y de su autonomía constitucional, la supresión de las comandancias militares, que eran el vehículo de que se valía generalmente el Ejecutivo Federal para nulificar los gobiernos locales. No obstante, jamás pasó por su imaginación el deseo de ponerse en pugna con los Supremos Poderes; antes al contrario, mensajes iban y venían de Méjico á Oajaca demostrando bien el deseo sincero del Gobernador para cooperar con todas sus fuerzas en la obra verdaderamente magna que se impusieron los gobiernos de Herrera y Arista. Cuando éste bamboleó, Juárez estuvo, como Ocampo en Michoacán, enteramente del lado del Gobierno amagado por la revuelta de pretorianos que comenzó en Jalisco y que acabó por determinar la conflagración general en que desapareció momentáneamente, para reaparecer con potencia definitiva, el partido liberal.

***

€ En la política de paz interior, hay necesidad de repetirlo, entraba en los designios del Gobernador de Oajaca no enajenarse, sino hacer venir á sus miras al clero, y todo oajaqueño acaba por obrar así. Cuando fué necesario, no le escaseó las amonestaciones; pero mientras éste se manifestó decidido partidario de la paz y poco hostil al progreso general, mantuvo sus buenas relaciones con los jefes de la Iglesia y apoyó cuanto en las leyes podía servir para mantener la dignidad social de los servidores del altar. Uno de los episodios de esa política de imponerse al clero sin constituirse en enemigo suyo, que era lo único posible en Oajaca, consistió no sólo en la franca adhesión consciente del Gobierno y del pueblo oajaqueño al credo liberal, sino en puntos más concretos : en el tesón, v. g., que mostró Juárez en obligar á la población á construir cementerios, abandonando el antihigiénico hábito supersticioso que consistía en enterrar dentro de las iglesias ó al pie de sus muros.

€ El estado económico de la fracción de la República que Juárez gobernaba, era un problema que aun no ha sido dado resolver del todo ni á sus actuales gobernantes. El carácter absolutamente montañoso del suelo oajaqueño, sus pocos valles, sus escasos y mal navegables ríos hacían gigantesca una empresa de comunicación fácil, no sólo del Estado con la República, sino de los diversos centros productores en el Estado mismo; contábase que en algunas de sus corrientes de agua se ocultaban yacimientos riquísimos de piedras preciosas; su feracidad era de las que podían producir rendimientos más pingües á la población agrícola, y de hecho, hasta muy poco tiempo antes de Juárez, la grana y el añil tenían colosal demanda en los mercados extranjeros. Pero todas estas riquezas yacían

amortizadas por la carencia de caminos, por el costo exagerado de los fletes, por la escasez de la población. Con todo esto tenía Juárez que luchar para hacer de su Estado una verdadera entidad progresiva y fecunda, consciente de sí misma, abierta al contacto de la civilización humana, y luchó incesantemente; promovió nuevos cultivos para crear elementos de riqueza agrícola que substituyeran á los ya depreciados; el tabaco, el algodón, el café comenzaron entonces, puede decirse, la historia lenta y llena de peripecias de sus progresos; se empeñó en interesar á todas las poblaciones de la zona que separa la capital de Oajaca de los límites de Puebla, en la construcción del camino de Tehuacán y logró con su influjo personal, con el prestigio que su honradez y su amor al progreso le daban, más de lo que ningún otro gobernante había podido lograr antes. La comunicación de Oajaca con un puerto del Pacífico era también de importancia vital para el Estado; era la facilidad de exportar, era el medio infalible de intensificar su vida económica; obtuvo del Gobierno Federal la habilitación de Huatulco como puerto de altura, y con incansable perseverancia trató de unir por un camino carretero el puerto con la capital. Agricultura y minería no podían moverse sin facilidades para ese movimiento mismo, y por eso la libertad interior del comercio, la supresión de las alcabalas y de las aduanas interiores, que eran ya un capítulo del desiderátum de los liberales, fué una perenne recomendación de Juárez á los legisladores. En su concepto, y tenía en eso absoluta razón, la única condición para hacer temporalmente aceptable el régimen protector de las industrias vernáculas, por medio de los aranceles altos, era la plena libertad del comercio interior. No culpemos al Gobernador de entonces y á la pléyade de hombres eminentes que le rodeó y le ayudó, si no lograron llevar á cabo lo que hasta hace muy poco pudo ser realizado para el país, á pesar de largos años de paz y prosperidad; pero en aquella época de vida precaria, de vida que no podía reducirse á la vida normal, por numerosos que fueran los triunfos de cuantos pretendían arrancar de cuajo el espíritu de revuelta, no hubo nunca margen disponible para poder verificar la transición entre los impuestos suprimidos y los sucedáneos.
¶ Pero en donde, como era natural, probó Juárez su amor profundo por su Estado natal, su fe en el porvenir de la República, su adhesión á los principios que informaban su religión política, fué en el afán que demostró siempre por la educación pública; durante su gobierno se crearon nuevas escuelas primarias, procuróse llevar la instrucción rudimentaria á todos los rincones de la sierra oajaqueña en que yacía en la ignorancia la raza misma del gran Gobernador; se establecieron escuelas normales para preparar maestros peritos en los métodos lancasterianos que, abandonados hoy, significaron en aquella época un progreso pedagógico al que se debió la educación liberal de una parte de la sociedad. Los colegios secundarios de algunas poblaciones del Estado que no eran la capital, fueron organizados con solicitud esmerada; se establecieron escuelas para mujeres, con objeto de asegurar para ellas un porvenir independiente de la miseria y el vicio, y de preparar madres educadas para los futuros oajaqueños; y, como coronamiento y remate de su obra, el engrandecimiento del Instituto, nido de su liberalismo y de su fe cívica, fué su preocupación constante. Sí, el Instituto

era su amor; cuando dejó el Gobierno, aclamado por sus amigos y colaboradores con beneplácito del Estado entero como el Gobernador modelo, Juárez se refugió en el Instituto, tomó las riendas del gobierno de aquella luminosa república de almas y allí lo sorprendió la mano apagadora de toda luz de la nueva dictadura del general Santa Anna.

JUÁREZ FUNDADOR

COMO dijo Ocampo un día (un día decisivo en la historia del partido liberal), no eran definibles las divisiones que las circunstancias hacían y deshacían en el famoso PARTIDO DEL PROGRESO, que decía Mora y que era propiamente el partido liberal. Considerando con serena filosofía el criterio de esta masa ilustrada que arrastraba en pos suya grupos más ó menos importantes del país capaz de pensar en materias políticas, nos hallamos en la necesidad de clasificar en una porción á los que pretendían dejar al tiempo, es decir, á la tendencia normal de todo lo organizado á transformarse, que es lo que hoy llamamos evolución, el cuidado de llevar á la realidad los DESIDERATA que eran comunes al grupo entero y que figuran en todas nuestras Constituciones con la denominación más ó menos varia de «Derechos del Hombre y del Ciudadano». Los impacientes, los que creían que aplazar era aplazar indefinidamente, fiaban la realización de sus deseos á una de esas evoluciones uniformemente aceleradas que se llaman revoluciones. Inútil es decir que estos grupos no tenían aledaños fijos, sino que frecuentemente se mezclaban y compenetraban; por eso hemos visto formar indistintamente bajo una ú otra bandera á hombres que parecían no poder figurar sino en las filas de determinado bando. Puede decirse que sobre un solo principio político se marcaba cierta substancial diferencia : los liberales revolucionarios eran intransigentes federalistas. Las condiciones en que la Federación nació, la contraposición entre los intereses del Centro y los de diversos centros provinciales, y la creencia, sobre todo,

de que la verdadera garantía de los principios liberales residía en la coalición de las fuerzas de los Estados contra el Centro, fueron poco á poco acentuando un modo de ver que consistía en hacer inseparables las doctrinas reformistas de la autonomía é independencia cada vez más positiva de las entidades federadas. Los moderados no; los moderados, federalistas en el sentido de la Constitución de 24 que retardaba la solución de todas las cuestiones ligadas con la magna cuestión de la libertad de conciencia, fácilmente sacrificaban ese capítulo de su credo político á la seguridad de afianzar mejor la unificación del país que, con razón, creyeron la condición suprema de existencia de nuestra nacionalidad. Así los vemos figurar en las situaciones creadas por el centralismo, y á ellos en buena parte se debe la disolución de gobiernos de este tipo cuando intentaban perpetuar tiranías militares desapoderadas; y ellos fueron en realidad los autores de Constituciones que, como las Bases Orgánicas, eran, por tantos motivos, plenamente liberales.

***

Desde que el conflicto con los Estados Unidos pareció inevitable consecuencia de la segregación de Tejas, el partido moderado mantuvo su creencia de que era preciso sacrificar lo que ya no podía conservarse, para salvar todo lo demás; persuadido, sin decirlo, de que los tejanos, en riguroso derecho, habían obrado legítimamente al declararse definitivamente segregados de una república que cesaba de ser federal, y convencido, por otro lado, de que en nuestro estado de debilidad fundamental estábamos expuestos á perderlo todo, aun el honor nacional, no tuvieron los moderados otra mira que evitar á todo trance la lucha armada, dejando á salvo, en lo humanamente posible, la dignidad nacional. Los consejeros del General Herrera así lo entendían, y pretendieron, con supremos esfuerzos, armonizar lo que consideraban, con toda razón, necesidades ineluctables, con el orgullo nacional que preveían muy fácil de transmutarse en depresiones del espíritu político y en pánicos universales. Y éstas eran las situaciones que aquellos liberales de gobierno querían sortear á todo trance, porque ellas sí los pondrían completamente á merced del invasor. Cuando la guerra, que habían querido evitar, se convirtió en un deber sagrado para los ciudadanos, pusieron cuanto estuvo de su parte para mantener, no en el puesto de la victoria, pero sí en el de la honra, la bandera de la Patria; por desgracia, si todo el partido liberal coincidió en esta resolución suprema, llegó un momento en que el grupo que parecía definitivamente unido ante el peligro común, se dividió en la cuestión de los medios de arbitrar recursos que apremiaba improvisar para hacer frente á las exigencias de la guerra. Entonces, precisa confesarlo, quienes estuvieron del lado del patriotismo y de la conveniencia nacional, fueron los puros; lo hemos visto ya.

Al siguiente día de la ocupación de Méjico, á la hora en que toda esperanza, no ya de victoria, sino de honor, se desvanecía en el ambiente en que la bandera

de las estrellas ondeaba sobre el Palacio Nacional, el partido PURO desapareció, ó uniéndose al ultra-conservador en una convulsión de resistencia á la paz (la paz era, sin embargo, la fórmula única de la conservación nacional), ó fundiéndose en el grupo liberal de gobierno que sacó avante á la República de una situación desesperada.

℄ El partido liberal de gobierno cuyo núcleo estaba formado por los grandes moderados que habían querido evitar la guerra, se encargó de formar un cuerpo capaz de reasumir la autoridad que Santa Anna, vencido y anonadado, había dejado caer al suelo en la cabalgata loca que había emprendido por los Estados de Oriente; el preclaro patricio Peña y Peña, con sus honrados ministros y un congreso que había acudido á Querétaro al escuchar su gran voz desolada y solemne, pudieron decir á la Invasión casi al día siguiente de nuestras supremas derrotas : «La Nación está vencida y desarmada, pero existe, está con nosotros, somos la Nación». Y los que habían dirigido aquella guerra, que había sido una mala acción, se inclinaron ante una legión de abogados sin espadas ni cañones; se inclinaron satisfechos de su conquista, pero ni sin respeto ni sin remordimiento acaso.

℄ Sublimes de patriotismo oratorio, los opositores á los tratados querían fieramente la prosecución de la guerra, sin sentirse amedrentados por la seguridad de que el resultado final fuese la pérdida de otra tercera parte de la República y acaso su ocupación indefinida; sin perder un momento el gobierno de sí mismos, los hombres que fueron á lo que algunos han llamado, con una ausencia estupenda de instinto histórico, «el OMINOSO tratado de Guadalupe-Hidalgo», y que así aseguraron la supervivencia de nuestra mutilada nacionalidad, organizaron (porque no había qué reorganizar), legalizaron, pusieron en pie, vivo aunque débil, un estado de cosas. Exánime el Centro y la Federación viviendo, como siempre vivió, de la debilidad central, surgieron los gobiernos de Herrera y Arista; la obra de rehacer una Patria, no con frases ni con discursos, sino con actos de economía administrativa, que tenía que empezar por aplicarse al ejército y que acabar por la desamortización de los bienes eclesiásticos, desde el momento que quedase patente, gracias á pacientísima labor, el monto de nuestra deuda, no podía tener más éxito que el que estuviese en relación con la moralidad de los burócratas, con la constitución de un ejército selecto pero fidelísimo, y con el concierto absoluto de los Estados y el Centro. De todo hubo algo, pero algo no más.

* * *

℄ En los Estados, Juárez y Ocampo, sin ceder un ápice de los derechos de las entidades que gobernaban, se mantuvieron adictos al Centro; Ocampo, temperamento mucho más revolucionario que Juárez, que aun en los períodos de mayor agitación política se mostró un hombre de gobierno, Ocampo, decimos, inició la lucha contra los abusos del clero en Michoacán y ligó así el programa del par-

tido liberal nuevo, que comenzaba á levantar por todas partes la cabeza juvenil resuelto á las luchas decisivas, con el de los precursores de la Reforma. Ocampo quedó sindicado de PELIGRO SOCIAL; Alamán, en el famoso MEMORÁNDUM que fué la norma gubernamental del partido conservador en la última administración santanista, lo señalaba como tal; era la encarnación del espíritu nuevo de revuelta, heterodoxo y anarquista, por ende, porque ser enemigo de la Iglesia era, según la creencia de entonces, procurar la subversión de todo orden social.

℄ Llegó ese estado singular de que, al estallar la revolución en Guadalajara en 1853, adolecía el país entero, que, con un gobierno liberal, sensato, probo, de orden y economía, sin grandes vuelos ni ideales altos, pero con propósitos firmes y realizables de mejora social, no opuso resistencia á una revuelta descosida y fantástica, que no contenía entre sus cláusulas más que una bien definida, la vuelta de Santa Anna. Un observador atento podía puntualizar la causa del mal: la República no se sentía gobernada; la acción de la autoridad suprema, no sólo no llegaba á las extremidades, sino que estaba imposibilitada de imponerse á los órganos primordiales del gobierno.

℄ Todo se disolvió en un caos de oposiciones insensatas de los legisladores, que tuvieron por resultado los avances de la rebelión cada vez más militarizada, la disolución de los gobiernos locales, la renuncia del Presidente Arista, el golpe de estado de Ceballos y, al fin, la vuelta del perenne Santa Anna embarcado en el programa conservador de Alamán, según él mismo creía; embarcado en su ambición de poder y de placer, según lo exigían su naturaleza y su historia.

℄ No había programa posible para un hombre así; había propósitos que llevaba á cabo con actividad febril cortada por intermitencias «de sibaritismo crónico», como dice Jorge Sand hablando precisamente de él. Sus propósitos eran dos: rehacer el ejército de que sólo quedaban fragmentos dispersos y convertirlo en la institución suprema del país, subordinándolo todo á su esplendor y á su fuerza; subordinárselo personalmente, interesándolo en ser sumiso y fiel al Presidente, es decir, constituyéndolo en guardia pretoriana: tal era el número uno del estatuto que Santa Anna daba al país desde el fondo de su voluntad y de sus ambiciones, que hacían veces de conciencia en él; y en ese número estribaba el subprograma de orden en los caminos y de desorden en la administración, de persecución feroz á los salteadores y de tolerancia con los prevaricadores. El segundo propósito consistía en fomentar las mejoras materiales; este propósito lo revelaba el ingreso de hombres como el Señor Lerdo de Tejada (Don Miguel) en la administración pública, próposito excelente y trascendental como pocos; realmente el porvenir económico del país dependía de su realización; pero el «dadme buena política y os daré buenas finanzas», del abate Louis, tenía aquí su aplicación plena; sin dinero, sin crédito no había posibilidad de mejoras, como tuvieran que pasar del papel á la realidad, y entre el ejército, el presidente y el agio, todo desaparecía súbitamente devorado: entradas aduanales, subsidios del clero y millones de la Mesilla. Estos millones provenían de un tratado racional en el fondo, si no hubiese contenido más que la venta forzada y forzosa de un territorio que era imposible ni ocupar, ni conquistar, ni explotar, lo que mantenía sobre nues-



tras cabezas una amenaza de guerra sin objeto y sin honor, porque habría acabado por ponernos en el más absoluto ridículo. Desgraciadamente, el tratado contenía una modificación del de Guadalupe, que nos fué bien perjudicial.

¶ La administración santanista, lujosamente despótica y derrochadora, machacando todos los derechos individuales, subordinando el tesoro y la justicia á los apetitos del Presidente, dándose ínfulas de monarquía dictatorial y de napoleonismo del segundo tipo (el de Napoleón III), corría á la ruina; todo exceso camina al suicidio en una forma ó en otra; el gobierno del dictador, sobre todo después de la muerte de Alamán, el jefe sagaz y prudente del partido reaccionario, sólo supo administrar por medio de excesos; evidentemente se suicidaba.

¶ Es claro que el temor es principalísimo resorte de gobierno; no es el único; es de efecto temporal, pronto precario, si no lleva aparejado un asentimiento general aunque tácito de que la fuerza está sirviendo para sostener un sistema racional de gobierno humano. Es indispensable, pues, que esa fuerza moral, el asentimiento, se halle complicada con la fuerza física : «la fuerza de las bayonetas», como en la jerga política se dice. Y en Méjico, país esencialmente ineducado entonces, ahora apenas educado en algunos de sus núcleos orgánicos importantes, ¿qué asentimiento podía haber, qué opinión pública podía regularizadamente manifestarse? Ninguna; ni por su órgano habitual, la prensa, que no existía en realidad, ni por las asociaciones, perseguidas hasta cuando tenían carácter literario, cuando se extremaban sus homenajes á algún prócer de las letras (como sucedió con el poeta español Zorrilla), promoviendo los celos del ÚNICO que se creía digno de ser exaltado. Esto, visto desde aquí, es ridículo; pero sentido allí, con sus odiosas minuciosidades, resultaba diabólicamente doloroso y depresivo. Las únicas asociaciones que podían haber limitado el desenfreno del dictador eran las indestructibles, las tradicionales, las seculares : el CLERO, que, acariciado y exprimido á la vez por Santa Anna, no acertaba á manifestar su inconformidad y murmuraba sin dañar; el EJÉRCITO, que estaba identificado con su jefe providencial (por tal se le tenía), y la BUROCRACIA; esta clase más inteligente, más egoísta y más miedosa que las otras, preveía los cambios futuros, porque comprendía, con la experiencia acumulada de generación en generación, que los regímenes excesivos no sólo no duran, sino que traen cambios violentos y remociones de las clases hasta en sus asientos. Y aunque los jefes eran adictos á S. A. S. y algunos siguieron siendo sus apasionados, la gran masa burocrática, sin sueldos frecuentemente, oponía esa inercia, que acaba por obstruirlo todo, á la marcha de nuestra ya destartalada máquina administrativa. Y como estaba ligada con la sociedad mejicana en toda la escala, FRONDEABA de lo lindo, murmuraba en los corrillos y tertulias, hacía profecías pesimistas y... veía venir.

¶ La opinión tomó la forma de un PRONUNCIAMIENTO. Era el pronunciamiento número nueve mil quinientos, y no había por qué preocuparse de ello. Era una

revolución. Muchos lo sintieron, lo previeron; desde luego, el número enorme de los descontentos, de los perseguidos; después, el gobierno mismo. Casi no era un pronunciamiento militar; el elemento militar permanente no tomaba parte alguna en el movimiento; el plan no contenía otra cosa que la resolución de ECHAR POR TIERRA AL TIRANO, la fórmula orgánica del gobierno que debía substituir provisionalmente al derrocado y la promesa de una asamblea nacional que decidiría cómo y por qué ley debería regirse la República. En suma, el país debería estar sometido á una ley y no á un hombre. Pero precisamente la ausencia de todo programa de ideas daba cabida á todas, y las reinantes, las que estaban en la atmósfera (y eso desde la invasión norte-americana) eran LAS REFORMISTAS : acabar con los privilegios, destruir las excepciones, realizar el programa de igualdad caro á los pueblos latinos, hasta el grado de que para ese fin no tienen inconveniente en someterse á césares que lo nivelan todo á sus pies. Pero para destruir las desigualdades, no en el terreno social porque esto era imposible, sino en el terreno legal, único modo de fundar la democracia, era preciso someter el ejército á la autoridad civil, y privar al clero de sus riquezas para fundirlo en el resto de la sociedad civil. En este programa de reformas todo el partido liberal estaba de acuerdo, todo; los que pretendían que no podía realizarse sino por partes, eran LOS MODERADOS, y PUROS los que creían que todo podía y debía hacerse de golpe. Los sucesos demostraron que el primer punto de vista prevaleció primero (leyes de fueros y de desamortización) y que el segundo, que le sucedió inmediatamente casi, provino de la desapoderada resistencia al primero del ejército y del sacerdocio en plena rebelión.

¶ El gobierno comprendió que tal programa, leído al trasluz del Plan de Ayutla, iba á producir una profunda conmoción y que, domiciliado el movimiento revolucionario en Guerrero, teniendo por centro y reparo á Acapulco desde el cual velaba la firme prudencia del coronel, del ya general Comonfort, perduraría; aquéllos eran inexpugnables baluartes naturales, y Acapulco no sería debelado mientras no tuviese perdido el mar.

¶ La resolución de aglomerar todos sus recursos sobre aquel foco para extinguirlo, era cuerda, fué la de Santa Anna; mas disponiendo de tamaños recursos no se concibe cómo no aseguró el asedio de Acapulco por mar, no deficientemente como se hizo, sino con todo rigor y todo vigor. De lo contrario, ya podían los paseos militares asumir un gran aspecto triunfal y verificarse la marcha de Méjico al Océano Pacífico sin mayores tropiezos (calificados los que hubo de GRANDES BATALLAS y VICTORIAS DECISIVAS); lo que la gente sensata iba á ver, lo que vió, fué que el núcleo principal quedaba incólume y que la rebelión tenía una fuente de vida que el gobierno había sido impotente para cegar.

¶ La revolución fué muy lenta en sus comienzos; el desasosiego del país era intenso, la alteración sorda de la vida nacional era innegable, y los síntomas de una exacerbación del estado patológico, característico de nuestra sociedad desde la independencia, se multiplicaban; ahogado por la presión física del ejército de S. A. S., el movimiento no estaba sofocado, pero sí coercido en su foco. Pasaba á Michoacán y ahí cundía; luego estallaba en Tamaulipas y allí tampoco

podía ser dominado; la frontera estaba también en equilibrio inestable, pero, en suma, nada indicaba una conflagración general, sino una trabajosísima lucha obscura que se desenlazaría gracias á algún imprevisible acontecimiento.

ℭ En verdad el dictador hizo uso de los recursos clásicos contra sus enemigos; el medio favorito, ya lo dijimos, fué el terror; destrucción de las propiedades de los rebeldes ó de los sospechosos, comenzando con una del viejo general Álvarez, que al ponerse al frente del levantamiento parecía ligarlo con la época de la independencia y hacerlo una consecuencia de ella; pillajes, saqueos, incendios, arrasamiento de poblaciones, con su séquito de lujuria y muerte. Los desmanes fueron tales, tales los crímenes, se extremó tanto la crueldad, preludio de los calamitosos episodios de la «guerra de tres años», que Don Santos Degollado, que era la verdad pura, la verdad humanada, pudo decir á raíz del triunfo de la revolución de Ayutla : «Los diocesanos de la República, los párrocos y los ministros todos del culto, presenciaron en silencio los asesinatos, los robos, las confiscaciones y el sacrificio de millares de víctimas inocentes que inundaron de sangre el suelo mejicano......... Muchas veces fueron testigos de que se llevara al patíbulo á los hijos de Jesucristo, sin permitirles la preparación de la confesión que se les negaba, y con frecuencia presenciaron que los cadáveres de los cristianos quedaron insepultos y destinados EXPROFESO á alimento de los animales carnívoros.» Inútil es afirmar que los guerrilleros y los PINTOS cometieron en nombre de la libertad y del HACHA, como ya solía decirse, idénticas atrocidades; esto era forzoso, y las guerras civiles siempre han tenido este feroz aspecto. Cuando el terror no surtió todo el efecto deseado, entonces se recurrió á una manifestación unánime de adhesión al déspota, y esta manifestación tuvo la forma de un PLEBISCITO, naturalmente; Napoleón III fué el tipo y el modelo de los césares de aventura que nos llovieron á todos los latinos en las medianías del pasado siglo con una fórmula antiparlamentaria y de SALVACIÓN SOCIAL en la mano. Y como el césar debía ser un elegido del pueblo, poseedor de LA VOZ DE DIOS, el plebiscito, amasijo de egoísmo de los burgueses, de carnerismo (acción de ir sin conciencia por donde el morueco va) de las masas y de servilismo de los burócratas y polizontes, es el medio más cómodo para obtener un inmenso Sí, V. A. S. ES EL HOMBRE NECESARIO, que al día siguiente de cualquier desastre se convierte en un No formidable, como sucedió con Santa Anna y con su tipo Napoleón III.

ℭ Pero ni campañas, ni fusilatas, ni plebiscitos servían para otra cosa que para foguear á los contrarios, poner en ridículo á la administración y exasperar terriblemente el ánimo público. La única razón de ser de los despotismos es la paz; cuando la paz no es el resultado normal sino la guerra, el déspota no tiene razón de ser: á otra cosa ó á otro déspota, ésa es la verdadera VOX POPULI.

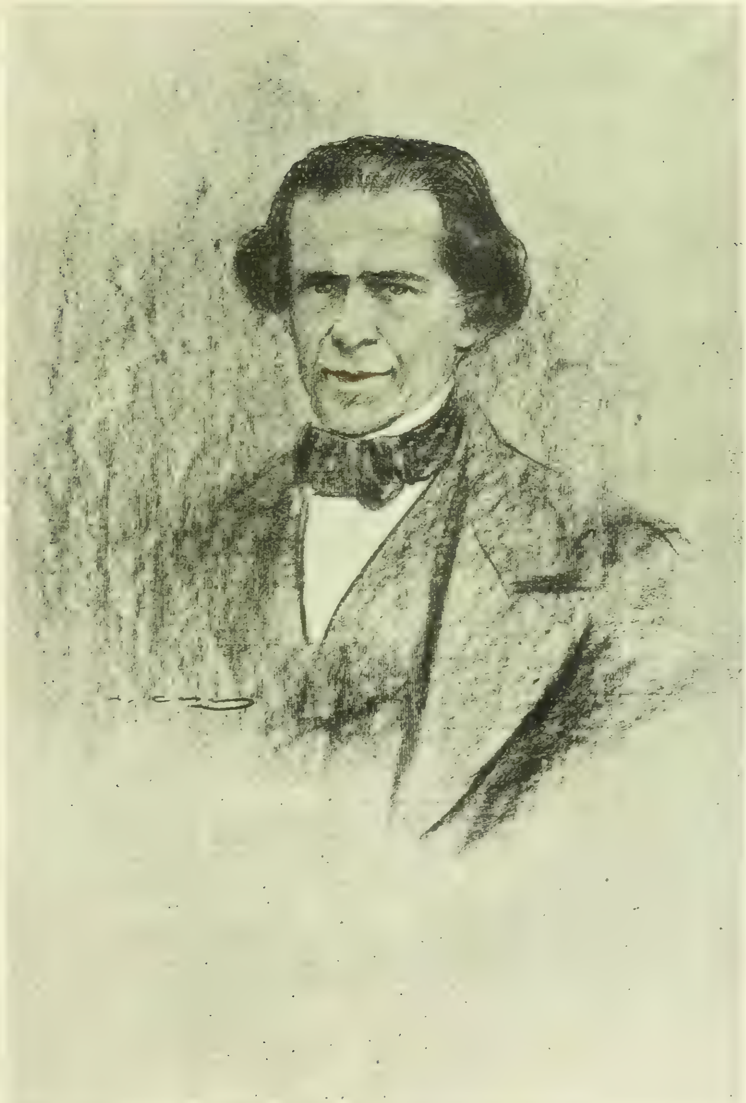
ℭ Comonfort había ido en busca de recursos á los Estados Unidos, y gracias á la intrépida confianza del banquero Ajuria los había encontrado; ya medianamente pagada y vestida, la revolución cundió como una mancha de aceite por la República. El dictador hizo una vana tentativa para sofocar el movimiento en Michoacán, en los primeros meses de 1855, caliente aún el pan del plebiscito, y había regresado á Méjico dejando una huella de fusilados y colgados, pero más vi-

goroso que nunca aquel verdadero levantamiento popular que sólo había tenido análogo en la lucha de independencia. Lleno de desaliento y comprendiendo que era imposible vencer aquella obstinada resistencia en que sentía al país entero complicado, Santa Anna sólo pensó en marcharse á tiempo para evitarse riesgos y tropelías. Y un día se fué (Agosto de 55).

⁂

℄ La colonia de proscritos establecida en New Orleans no había permanecido inactiva; Juárez, retirado á la vida privada al triunfar el malhadado plan de Jalisco, esperaba, desde el momento que Santa Anna se había declarado dueño de todas las garantías y dispensador de todos los derechos, una política de persecución y amordazamiento, en la que todos los liberales prominentes quedaban comprendidos. No fué, pues, una sorpresa para él ni su captura en Etla en Mayo de 53, ni su confinamiento á Jalapa, ni su extracción violenta de una casa amiga en Puebla, por la mano airada del famoso Pepe Santa Anna, que había encontrado honroso convertirse en esbirro de su padre y que llevaba en la ciudad santa del clericalismo una vida sultánica, ni su prisión de algunos días en las TINAJAS horrendas de San Juan de Ulúa, ni su destierro. No fué una sorpresa, pero sí un inmenso trastorno en sus intereses y en su vida doméstica. Tiempo hacía que estaba casado con la hija del antiguo patrón de su hermana y había conservado el contacto con aquella casa benéfica; cuando fué ya un abogado distinguido y un político importante, pudo pretender la mano de la joven hija del Sr. Maza, de origen italiano. La blanca y hermosa joven, que hasta su muerte conservó bien, con el porte señoril y la afabilidad constante, el atractivo de un aspecto por extremo simpático, no desdeñó unirse con el tzapoteca, y este rasgo bastaría para tenerla por mujer superior, si toda su vida de fidelidad, no sólo al deber, sino á la misión de su esposo, no autorizasen plenamente este concepto. (Los poetas comenzantes en 67, cuando la generación á que pertenezco entraba en el período triunfal de la juventud, guardamos un recuerdo cariñoso de aquella mujer que tenía palabras tan bondadosas y tan altas para aplaudirnos y animarnos.)

℄ A mediados de 53 Juárez estaba en New Orleans. Allí había un grupo de hombres conspicuos que esperaban con incontrastable fe el fin de la tiranía y que meditaban largamente en afianzar el porvenir de las ideas reformistas en Méjico. Juárez era respetado por todos; su reputación de gobernante integérrimo le había precedido en aquella colmena de ideas y de nobles ambiciones. Pero la personalidad saliente era la de Ocampo, hombre de pensamiento y de acción, agricultor, naturalista, economista, hombre público por amor al bien público, sin otra ambición que la de hacer algo por su país en el sentido que creía que debía hacerse. Para comprender la grandeza moral de este discípulo de Rousseau y alumno de Proudhon, precisa tener en cuenta su desinterés absoluto; no es ya un misterio para nadie el origen irregular pero encumbrado del Sr. Ocampo; la dueña de la hacienda de Pateo le legó sus bienes (v. Pola : MELCHOR OCAMPO; II), y la for-



tuna así adquirida fué empleada en buscar lo bueno y el bien, mejorando las condiciones del trabajo en las comarcas á donde podía extenderse su influencia, convirtiendo sus propiedades rústicas en estaciones de aclimatación de plantas útiles, de ensayo de cultivos nuevos, de producción de ejemplares botánicos exquisitos. En esto como en todo, Ocampo ponía todo el calor de su alma apasionada. Un amigo suyo me contaba que en cierta ocasión, en el jardín de la pequeña estación de «la Tejería», en el incipientísimo ferrocarril de Veracruz á Méjico (esto pasaba el año de 59), se encontró al ilustre reformista arrodillado y lloroso de emoción ante unas matas de espléndidos lirios yucatecos en flor.

℄ No era hombre de soberbia y rígida incredulidad, como Ignacio Ramírez; se hablaba de su ateísmo; en realidad creía en el bien, creía en la libertad, no acertaba á separar á Dios de la naturaleza; un Dios personal y trascendente escapaba á su lógica y á su razón; era lo que las escuelas metafísicas llaman «un panteísta»; pero eso era en él muy íntimo y muy personal. En sus relaciones oficiales, en sus escritos polémicos, en sus actos como gobernante, con menos precisión que Juárez, que fué siempre creyente y católico, lo que trascendía á sus actos gubernativos hasta poco antes de la Reforma, Ocampo se mostró siempre respetuoso de la religión popular, y hablaba como un buen católico de Dios, de la Providencia Divina, de Jesucristo y de su Iglesia. Los intransigentes de hoy (esto cuesta poco trabajo y poco riesgo) son capaces de tachar á Ocampo de hipocresía, como á Juárez de santurronería. Absurda cosa; quien no sea capaz de ponerse bien dentro del espíritu y las necesidades de una época, que no pretenda jamás ser historiador de ella; jamás lo será. Reemplazará la vida con abstracciones, principios y fórmulas; rellenará todo ello de concepciones optimistas ó pesimistas; levantará la temperatura de sus frases al rojo blanco de la diatriba, ó fulminará sentencias y anatemas, pero no hará historia; hará la historia de su intelecto, proporcionará datos para su propia psicología, y nada más. Por otros rumbos van los estudios históricos. La condición de vida de las ideas nuevas, desde el punto de vista sociológico, no filosófico, consistía en envolverlas en una corteza de respeto á las creencias fundamentales ambientes; el progreso, la marcha de la Reforma estribaba en evitar todos los rozamientos posibles con lo que formaba parte substancial del alma misma del pueblo. Precisamente mostrando que lejos de chocar con el dogma cristiano las fórmulas nuevas, en realidad se inferían del cristianismo primitivo, que proclamaba la pobreza como un bien supremo y el culto externo como asunto secundario, ya que no inútil, y el amor al pueblo, á los desheredados, como un ejemplo divino del Divino Maestro, era como podía lograrse ir transformando la mentalidad, mejor se diría, la sentimentalidad de las masas burguesas, que es lo que en toda revolución de ideas, como decía Ocampo, precisa conquistar. Y lo que hacía la fuerza de esta argumentación, que era principalmente contra la riqueza de la Iglesia y que nunca la Iglesia ha podido refutar sino á medias, era que así lo pensaban, que así lo creían los publicistas liberales.

℄ En el fondo Rousseau era un panteísta; así era Ocampo, y en su boca ó en su pluma las palabras Dios, Providencia Divina, Fe, Esperanza y Caridad tenían un sentido especial, bastante distinto del que la Iglesia les daba; la personalidad

consciente de la divinidad, á quien puede ir la plegaria y que mide las acciones humanas, no tenía explicación, sin duda, para él, y en su testamento estoico y fiero no tiene ni una palabra religiosa, ni una protesta ante el martirio, ni un estremecimiento ante la muerte. Por respeto á la dignidad humana, supremamente encarnada en aquel hombre, los fusiles homicidas de Márquez deberían haber enmudecido. ¡Márquez...!

℄ Ocampo no era egoísta, era lo contrario; su altruismo era espontáneo y fecundo; pero era UN INDIVIDUALISTA: todo debía encaminarse á hacer del hombre un señor de sí mismo y de la creación. «La raza nuestra, decía, se perfecciona gradualmente; el hombre vive con mayor comodidad enseñoreándose por el arte de la naturaleza que le hace conocer las ciencias, y llegará en una gran mayoría de individuos Á EMANCIPARSE de todos sus tutores y Á SER HOMBRE EN TODO». Por su extremado INDIVIDUALISMO, lo tenían muchos por anarquista, y la verdad es que instintivamente detestaba, aunque las soportaba, todas las trabas gubernamentales; su buen sentido le obligaba á amoldarse á ellas, como se amoldaba á las religiosas. Es que era un SOCIÓLOGO; observaba el fenómeno social con penetración y lucidez de clarividente y presentía, ya que no preveía los acontecimientos.

℄ Un hombre así armado, tenía muchas deficiencias en su armadura, pero esta era de fierro incrustada de oro; un hombre así armado, SUGESTIONABA, se imponía á todos. En New Orleans, mientras todos trabajaban como simples obreros para poder comer (Juárez hacía cigarros), Ocampo, cuyos bienes fueron confiscados, pensaba sin cesar en la Revolución y seguía paso á paso los movimientos del dictador encaminados á apagar el incendio del Sur; precisaba convertirlo en una conflagración general, y Ocampo contribuyó á incendiar el Norte y á atizar la llama por doquiera.

℄ La influencia, el ascendiente de Ocampo sobre el grupo de New Orleans era inmenso; sobre Juárez fué evidente, ni podía menos. Las convicciones liberales de ambos eran firmes; juntos habían sido gobernadores, uno en Oajaca y en Michoacán el otro; ambos habían propugnado la teoría de la paz y anatematizado las revoluciones para sostener el federalismo honrado, unido en derredor de las honradas y moderadas administraciones de Herrera y Arista; ambos anatematizaban ardientemente la revuelta híbrida y equívoca de Jalisco; pero mientras Juárez, á fuerza de condescendencias aparentes, se esforzaba en mantener quieto al clero, Ocampo le había arrojado el guante en la cuestión de Obvenciones. En New Orleans las cosas cambiaron de aspecto; allí con Mata, con Ponciano Arriaga quedó formulado el programa del partido sobre que había de informarse poco después la Constitución de 57. Emancipación completa del poder civil, y no sólo completa sino definida; para lo cual: destrucción radical del poder de la Iglesia, como no fuera el estrictamente espiritual, suprimiendo los fueros, las comunidades religiosas y nacionalizando los bienes del clero. El espectáculo norte-americano fortificaba y corroboraba las ideas libérrimas de los proscriptos; veían claramente, de bulto, la relación entre la libertad y la prosperidad. Cierta ocasión paseaban juntos por la LEVÉE de New Orleans Juárez y Mata: asombrábase el futuro presidente del inmenso movimiento mercantil que revelaba una hora pasada

junto al Mississipi en aquel paraje : «la explicación de todo ello, decía Mata, es una libertad solamente, la del comercio interior : suprimamos las alcabalas y nuestra prosperidad correrá parejas con ésta». Y así eran las lecciones directas de las cosas que aquel mundo anglo-sajón daba á los desterrados. Esto los mantenía firmes en sus convicciones; todo el odio á la tutela del clero tenía un anverso, la devoción á la libertad de conciencia, incompatible con la autoridad de la Iglesia. De aquí el vivo deseo, no sólo de renovar en la constitución futura el capítulo magno de los derechos individuales, que la dominación eclesiástica impedía realizar, sino de encontrar el modo de hacerlos efectivos sometiendo en un momento dado toda la acción administrativa al poder judicial. (Juicio de Amparo.)

℄ Las ideas, su expresión, variaron de tono en la boca de Juárez desde la revolución de Ayutla; la supresión del ejército permanente, que era un canon del credo liberal puro y que Comonfort tuvo cuidado, no sólo de no admitir, sino de neutralizar y nulificar (porque le parecía absurdo) en un artículo del Plan de Ayutla, en que se demostró plenamente que la revolución no era enemiga de los militares sino del militarismo, quedó para el grupo de New Orleans en estado de desiderátum. No era prudente, para no exasperar á los soldados permanentes, excomulgarlos desde luego. En cuanto al clero, había que desarmarlo y nulificarlo temporalmente por grados; inútil es decir que Ocampo no estaba por esta marcha, aunque fuera firme, aunque fuera rápida; él habría querido que antes de que la revolución cediera el paso á un estado normal, no sólo la supresión de los privilegios, sino de las clases privilegiadas fuese un hecho. Las mismas clases debían encargarse, por sus desapoderadas resistencias, de convertir el programa de Ocampo en un programa de gobierno : las leyes de Reforma. Entre tanto había necesidad de sortear los escollos, no de estrellarse contra ellos.

℄ La tiranía de Santa Anna había logrado unificar al inconexo partido liberal, que en compacta legión pedía la caída del déspota, y puede decirse que hubo un momento en que todos conspiraban, hasta los burócratas, hasta los soldados. Los conservadores sensatos, llenos de recelo, es cierto, pero perfectamente convencidos de que la dictadura aquélla no era un gobierno, no era una institución, sino un hombre, el vicio de un hombre, veían sin mal talante la desaparición del despotismo. Su esperanza era Comonfort, y era, en realidad, un hombre capaz de encarnar una esperanza quien había sido el caudillo real, el alma de la revolución de Ayutla.

℄ ¿Quién era, por qué era, cómo era Comonfort? El general Don Juan Álvarez, lo mismo que la mayoría de los viejos insurgentes, pasaba por favorable á las ideas radicales. (Bravo, que murió poco después de proclamado el Plan de Ayutla, constituía una visible excepción.) De hecho, cuando Comonfort se separó del anciano caudillo del Sur para marchar en busca de recursos á los Estados Uni-

dos, y á raíz de su vuelta para impulsar la revolución en Michoacán y Jalisco, el MEDIO que rodeaba al general Álvarez, y bajo cuya influencia permaneció hasta el fin de la lucha, no podía ser más resuelto en pro de la Reforma; en el grupo descollaban sus hijos, sobre todo el más inteligente de ellos, Don Encarnación, enteramente ganado al liberalismo más de vanguardia, de cuyas máximas se había saturado, por decirlo así, en Francia, y el joven Don Ignacio M. Altamirano, que llevaba á «La Providencia», hacienda y cuartel general de Álvarez, una imaginación indeciblemente calentada por el sensualismo de su temperamento y por el contacto familiar con los grandes clásicos paganos; una pasión ciega por los hombres de la Revolución francesa, que aceptaba, amaba y proclamaba, como dicen los neo-jacobinos, EN BLOQUE; pasión que se había encendido en él, escuchando á Ignacio Ramírez en su clase de literatura del Instituto de Toluca, y que no se extinguió jamás. La verdad es que, por su elocuencia y por su carácter, Altamirano era vivo trasunto de un CONVENCIONAL de la gran época. Después, al concluir la campaña, casi en vísperas de la partida de Santa Anna, llegó Juárez; cuando fué reconocido (según una anécdota que por allí corre), el general Álvarez lo trató con marcadas consideraciones y solió buscar su consejo; no lo encontró nunca ni más firme ni más discreto. Pero Juárez, que gracias á un auxilio eficaz de Ocampo, había podido hacer el viaje de New Orleans á Panamá y Acapulco, traía á aquel centro oficial, digámoslo así, de la revolución, el pensamiento de Ocampo; NECESIDAD DE LA REFORMA RADICAL; SUPRESIÓN, NO SÓLO DE LOS PRIVILEGIOS, sino de las clases privilegiadas; no sólo «abajo los fueros», sino «abajo el clero y el ejército». Poco tuvo que hacer, sin duda, para convencer al señor Álvarez; pero, con su sensatez y cordura genuinas, todo lo subordinaba al acuerdo entre los jefes de la revolución triunfante, entre Álvarez y Comonfort; esto explica su conducta posterior. Y efectivamente, una disidencia entre ellos habría retardado el triunfo del Plan de Ayutla, ó nulificado en la raíz los resultados.

¶ Comonfort se dió á luz, entrando en la revolución; su papel como soldado, como diputado, como empleado había sido honorable, sin ser de marca; era un hombre de segunda fila. El Plan de Ayutla le dió notoriedad, y sus reformas en la parte del Plan que sobreentendía la existencia de la Federación, fueron por él discretamente meditadas; mientras la Nación no hablase por medio de su Congreso constituyente, nada había que presuponer; derrocado el tirano, no quedaba en pie más que la República con su derecho de nombrar representantes para constituirla; á ellos tocaba decir si habría ó no FEDERACIÓN.

¶ Comonfort ha sido sindicado con justicia de HOMBRE DEL PARTIDO MODERADO; pero hay que entenderse sobre este concepto: del partido liberal moderado, debe decirse, no de los conservadores moderados, que eran los que no creían bueno llevar la resistencia á la Reforma hasta la guerra civil; de éstos eran los antiguos liberales D. Bernardo Couto, D. José Joaquín Pesado y algún viejo obispo quizás, un Garza, de Méjico, un Portugal, de Michoacán, un Guerra, de Yucatán. Comonfort pensaba que había que reformar, pero no entendía como los PUROS por reforma, TRANSFORMACIÓN, sino cambiar mejorando. Creía que el tiempo y las condiciones de Méjico sólo eso permitían, que sólo eso era viable: despojar á las

clases de lo que hubiese de más irritante en sus privilegios, pero colmándolas de compensaciones y de miramientos personales á sus jefes, para obligarlos á fuerza de condescendencia á que aceptasen los cambios. Por tanto, sólo en parte deberían suprimirse los fueros, mas á los militares precisaba dejarlos en el goce de sus honores y empleos; también era urgente, lo veía bien, y era un artículo del PROGRAMA moderado, desestancar los capitales de manos muertas, es decir, poner en circulación los bienes del clero. En cambio, la independencia entre la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos deberían ser sacrificados á una esperanza de armonía posible con los obispos y el Padre Santo.

℄ Cuando Ocampo reprochaba á Comonfort la adopción de su política de transacciones como objeto final de la revolución de Ayutla, el caudillo triunfante podía haberle contestado : lo único posible en política es transigir; si usted me diese un pueblo de Ocampos, comprendería la urgencia de las medidas radicales que se me señalan; pero el pueblo es todavía Juan Diego, y mientras así sea ¿en qué nos apoyamos para transformarlo? Y esta respuesta era la sensata y la justa. Y, sin embargo, Ocampo tenía razón. Los acontecimientos se encargarán de explicarnos la aparente paradoja.

℄ Comonfort eso era, un hombre de moderación y de ponderación; podía ser, y eso aspiró á ser, un restablecedor del orden, un mantenedor de la paz, nunca el jefe de una revolución. Se vió desde Ayutla : cierto que en teoría debía dejarse al futuro Congreso, representación de la mayoría del pueblo (una abstracción que se llamaba el pueblo mejicano), toda su libertad de acción para decidir si la República debería ser central ó federal; claro que en teoría había que centralizar la federación hasta donde fuera posible sin alterar profundamente su esencia. Y todo eso era debido tratarlo en un Congreso; mas lo que para nadie estaba en duda era que el partido liberal puro hacía la revolución, que el partido moderado deseaba su triunfo, pero apenas se movía; pues bien, era artículo primero del credo radical el FEDERALISMO; somos federalistas, había dicho Ocampo; sobre todo, somos federalistas. La reserva tan acentuada que envolvía la corrección del Plan de Ayutla en Acapulco, escribiendo departamentos (régimen central) donde decía estados (régimen federal), marcó AB ovo la división que debilitaría á los triunfadores. Los acontecimientos de la misma guerra, la captura de la brigada Zuloaga y su rehabilitación y predilección por ella al fin; los acontecimientos de Cuernavaca; la organización del Ministerio que, en plena discusión de la ley fundamental, expidió el Estatuto orgánico, programa del partido moderado; la actitud del Gobierno frente á las libertades primordiales como la de cultos, y la catástrofe final, el golpe de estado, formaron los eslabones de una cadena que pendía del carácter mismo del general Comonfort y que colgó en el abismo...

℄ Pero era un hombre indispensable; á él principalmente debía el ser la revolución; precisamente sus condescendencias, sus contemporizaciones, sus concesiones lo habían popularizado; cuantos se acercaban al caudillo quedaban prendados de su afabilidad seria, de la sinceridad de sus propósitos, de sus deseos de atraer á todos cuantos de buena fe quisieran el bien de la Patria, hacia un terreno de concordia y sacrificios mutuos; y el hombre de cuerpo espeso, de tez densa–

mente morena, subrayada por una barba completa, pero muy rala y muy negra, de dulce y profunda mirada, de amplia frente que parecía preñada de inquietudes y cuidados, llegó á ser una especie de ídolo social en los días en que Santa Anna, que tenía comprimido todo, se fugaba, dejando un gobierno de disolución y una gran marmita de ideas, pasiones, intereses en ebullición espantosa, que se escapó en vapor, en humo, en mugidos de huracán popular y en fiebre de exaltación y delirio en cuanto él levantó la mano y dejó en libertad la cubierta de la caldera que saltó en pedazos.

℄ Las ciudades principales de la República parecían campamentos; en unas partes se encontraban los fragmentos del ejército permanente á merced de sus jefes que vacilaban, que estaban pendientes de lo que pasaba en la capital, en donde á un presidente interino, pronto desahuciado por la revolución triunfante, había sucedido, á guisa de representante del ejército, que, por más esfuerzos que hacía Comonfort por halagarlo, se sentía deprimido y vencido, uno de los militares de mejores antecedentes en el escalafón; en otras, los caudillos revolucionarios, los Degollado, los Garza, los Doblado, los Huerta, los Vidaurri gobernaban, casi con autonomía completa, diversas fracciones del territorio, interpretando á su arbitrio el programa de la revolución, que, en realidad, ellos iban elaborando bajo sus tiendas de militares improvisados; los guerrilleros, nube de mosquitos que se levantaba del agua del torrente convertido en estancado charco de fango sanguinolento, llevaban por todas partes la infección y la muerte; ni negocios, ni cosechas, ni trabajo apenas; cada uno vivía como podía y todos esperaban. Esperaban porque, tras de la fatiga de la guerra y de la tiranía santanesca, se sentía una especie de viento fresco que removía por todas partes ideas de progreso y ansias de mejoría, oreando los campos de batalla con un soplo de resurrección y un aliento de perdón y de olvido. En los pliegues de estas brisas frescas del otoño de 55 iba envuelto el nombre de Comonfort, el Mesías atezado de la era nueva.

℄ En Cuernavaca se habían fijado los ojos de la Nación, de esa parte de la Nación que tenía los ojos abiertos; no era una parte magna, pero la guerra había sonado mucho, había despertado un bien doloroso interés en todos los ámbitos del país, y las cuerdas de voluntarios A FORTIORI (la leva), que cruzaban el suelo mejicano en todas direcciones, habían determinado una especie de remolino en la masa total, que producía una especie de obscura y dolorosa subconciencia formada de confusos anhelos de paz y bienestar, de libertad y de ilustración, que constituían el fondo mismo del alma de la Patria.

℄ En Cuernavaca se ventilaba el gran problema; el gran problema era éste : ¿con el triunfo sobre Santa Anna debía considerarse terminada la Revolución? ¿Allí debía concluir? Sí, decía el general Comonfort, y con él decía sí la mayoría; NO, decía Ocampo, y el joven y ardiente grupo radical lo seguía; NO, la revolución está en su primer capítulo, prosigamos su obra hasta transformarlo todo; pronun-

ciemos en la ley las palabras irreparables, suprimamos el ejército, despojemos al clero. Reunidos en Cuernavaca en torno de D. Juan Álvarez, la opinión de Comonfort se sobrepuso; Ocampo abandonó el ministerio, pero dejó en él á una persona encargada de procurar realizar los ideales del partido avanzado. Ocampo, que se declaraba ignorante de todo cuanto pudiera autorizar la escisión del partido liberal en moderados y puros, era en realidad UN JACOBINO; jacobino es aquel que cree que la evolución social sólo puede realizarse por los procedimientos revolucionarios y que hace del procedimiento revolucionario un sistema de gobierno; ese procedimiento se compone de golpes de autoridad á expensas de la ley, y de medidas de salud pública por encima de las constituciones y de las garantías individuales. Ahora bien, estos hombres son necesarios en tiempos determinados, son los encargados de precipitar la evolución cuando se ha retardado, y de hacer llegar al grupo social director al nivel de progreso que anhela. Cuando tiende á convertirse en procedimiento normal, no pudiendo ser ni un procedimiento de libertad porque no admite la libertad en los adversarios, ni un procedimiento de gobierno porque cree al poder emanado del pueblo superior á todo derecho, entonces se vuelve anárquico y naufraga en el despotismo de un dictador. Los jacobinos organizaron la revolución francesa; sin ellos la Europa coaligada habría ahogado la revolución y habríamos, los latinos, ó retrogradado ó detenídonos un siglo; por ellos no fué así. Pero cuando el método anormal tendió á ser normal, el paso al cesarismo se verificó por grados rápidos, casi sin convulsión; del despotismo de un club que operaba en nombre del pueblo, se pasó al de un soldado que también se llamó representante del pueblo, y era verdad. Y éste fué UN CESARISMO. Y todo jacobinismo que no sabe hacerse reemplazar por la ley, va fatalmente hacia Napoleón.

¶ La revolución de Ayutla que, convirtiéndose en guerra de Reforma y luego en lucha con una monarquía exótica apoyada en el extranjero, constituye la gran revolución mejicana después de la Independencia, fué obra del jacobinismo nacional, fué su obra magna, fué su obra buena. Pero comenzó lentamente gracias á la esperanza tenaz de Comonfort que creyó poder evitar la guerra. Ayudarlo en esta tentativa, pero manteniendo las promesas de la revolución, fué la obra de Juárez, nombrado por Álvarez secretario de Justicia y Negocios eclesiásticos en su gabinete de amalgama. Esta tentativa de marchar con algunos de los representantes más conspicuos del grupo que había hecho la revolución, se ha reprochado vivamente al viejo cacique suriano; ni podía, ni debía hacer otra cosa; no era necesario recurrir al ejemplo de Washington para autorizar esta medida de alta política; estaba en la naturaleza de las cosas. ¿Cómo descartar del gobierno á Comonfort, que había sido el brazo y era la popularidad de la Revolución? ¿Cómo á los que en concepto del general-presidente representaban el pensamiento mismo de esa revolución? ¿Por qué no hacerlos convenir en un empeño idéntico de reformas posibles mientras se reunía el Congreso Constituyente? No, no eran ni las ideas, ni los procedimientos los imposibles de amalgamar; eran los caracteres; era la benignidad incurablemente contemporizadora de Comonfort y la inflexibilidad de Ocampo, convencido de que aquélla era la oportunidad suprema

de ir rígidamente al fin radicalmente transformador de aquel movimiento nacional.

℄ Juárez prestó el gran servicio á los ideales del partido puro de obsequiar los ruegos del general Álvarez quedándose en el Ministerio cuando Ocampo se separó. Sin él, las medidas reformadoras habrían sido indefinidamente aplazadas, hasta que hubiese llegado el caso atisbado por Comonfort de que todos estuvieran conformes con ellas. Temor, fundadísimo por cierto, el suyo; temor de que el clero convirtiese en cuestión religiosa lo que era conflicto político y de que la contienda civil se convirtiese en religiosa. ¡Calamidad formidable que habría agotado definitivamente al país! Juárez comprendía bien, porque no era redactor de opúsculos ni engendrador de libelos preñados de proyectos de venganza y de desquiciamiento social, sino un formador responsable de leyes nacionales, comprendió bien que hacer convenir á Comonfort en la conveniencia de una gran medida reformista atenuada era mejor, y la hacía más viable, que formular un código completo de reformas trascendentales que, sin el apoyo de la espada vencedora, habrían de nacer muertas. Juárez prestó así un servicio soberano á la causa liberal.

℄ Esto no sucedió sino cuando el general Álvarez, nombrado presidente interino por la junta reunida en Cuernavaca, perdió la esperanza de que el Congreso se reuniese en Dolores, y habiendo decidido venir á Méjico se estableció con su Ministerio en la capital de la República. Juárez y Comonfort eran las dos figuras representativas en aquel Gobierno.

℄ La Ley-Juárez organizó la administración de Justicia y en ella puso la piedra fundamental de la Reforma. La exaltación de los ánimos era inmensa; los periódicos conservadores daban la voz de alarma á la sociedad contra toda tentativa innovadora; los periódicos liberales, á porfía, pedían un programa de lucha, no de paz (nadie pensaba en la paz como no fuera Comonfort, el ministro de la Guerra); el general Álvarez sólo pensaba en retirarse; urgía que la ascensión inevitable y, por mil títulos, necesaria, de Comonfort á la presidencia interina de la República, encontrase algo irreparable en materia de Reforma instaurado ya, aun antes de la reunión del Constituyente. En Noviembre de 55 apareció la Ley-Juárez : su artículo cuarenta y dos suprimía los tribunales especiales (eran muchos todavía, de comercio, de hacienda, &c.) y exceptuaba de esa supresión á los tribunales eclesiásticos y militares. Pero éstos sólo subsistían temporalmente, los primeros (mientras se expidiese una ley que reglamentase definitivamente el punto, es decir, el fuero) para los delitos comunes de individuos del fuero eclesiástico. Los negocios civiles pasaban á la competencia exclusiva de los tribunales comunes. Además se reconocía á los eclesiásticos el derecho de renunciar á ser juzgados por los tribunales eclesiásticos del orden penal. Respecto de los militares se estableció algo muy análogo; también se extrajo de la competencia de los tribunales del fuero de guerra el conocimiento de los negocios civiles, y sólo se mantuvo para los delitos puramente militares ó mixtos, con tal que fueran soldados los responsables.

℄ Hija genuina de la revolución de Ayutla, la Ley-Juárez era una ley revolucio-

naria; dada por una autoridad que tenía por sola fuente de poder la revolución, declaró que siendo aquélla una ley general, es decir, federal, los Estados no podían ni modificarla ni variarla. El escándalo fué máximo, pero esperado; Comonfort no se hizo atrás en la solidaridad ministerial, y las protestas de los obispos que pretendían que el punto se sometiese al arbitrio del Pontífice y del Supremo Tribunal de Justicia, que reclamó contra una ley orgánica de tribunales formada sin consultar su opinión, no detuvieron la acción del ministro, que inmediatamente puso en planta la ley que poco después había pasado en autoridad de cosa juzgada, como dicen los juristas, y así lo ha sido hasta nuestros días; porque las conquistas de la Reforma tuvieron la particularidad de que una vez establecidas en la ley se han convertido en hechos perdurables; se han ampliado, no se han alterado ni derogado.

℄ La igualdad ante la ley, ARTÍCULO DE FE DEL CREDO DEMOCRÁTICO latino, no había sido más que una frase de relumbrón, aunque respondía á un instinto profundo de la gran familia mezclada que aquí se iba sobreponiendo á los dos grupos de que tomaba origen. El latino, se ha dicho y se ha repetido mil veces, es igualitario; el germano, el sajón, sobre todo, y sobre todos el anglo-sajón, es libertario; entre éstos, todos respetan el derecho de cada cual, aunque ese derecho sea un privilegio, y por eso los sajones son radicalmente aristocráticos; los latinos niegan el derecho que tienda á sobreponerse al de todos; no hay más derecho que el de todos, no existe el derecho de cada uno, debe ser igual para todos el derecho, completamente igual, y por eso no tienen inconveniente los latinos en aceptar absolutismos; quien por elección del pueblo ó por su consentimiento representa el derecho de todos, emperador ó congreso, Convención ó Napoleón, ése asegura la igualdad; ésa es la democracia. En Méjico ese instinto latino transmitido, no por la sangre, sino por la educación profunda y definitiva que dieron los romanos á ciertas razas afines de la suya, había tenido que injertarse en grupos humanos acostumbrados á no tener derechos como no fuera el de sacrificarse por el dios ó por el señor, y de este injerto ha resultado un caso singularísimo de crecimiento de alma social, por extremo complejo, y en el fondo del cual se encuentra un doble terreno primitivo, intransmutable, el del indio dando su vida al ídolo y el del español infiriéndolo todo, culto, costumbres, historia, de su orgullo y de su fe. De aquí los conflictos, choques y contrarias electricidades que forman el SUBSTRATUM de nuestro ser social.

℄ Por primera vez, gracias á la entereza perseverante que ya caracterizaba ostensiblemente á Juárez, y pertenezca á quien pertenezca la redacción de la ley, la fórmula democrática recibía su cristalización legal; de allí partió, puede decirse, la reforma entera. Verdad que quedaba en poder de los tribunales eclesiásticos la masa íntegra de los delitos, pero esto no era más que medio de dominación y muchas veces estorbo y gasto, mientras que los juicios civiles constituían el capítulo más importante, en el que estaban comprendidos intereses más positivos del privilegio.

℄ El clero y el ejército sintieron el golpe del adversario formidable que se elevaba ante ellos, y se aprestaron al combate. Las protestas y las reclamaciones eran el torbellino encrespado de la superficie; debajo estaba el peligro, la conspiración en permanencia, la conspiración que ponía en contacto íntimo á soldados y clérigos, la que se extendía ya por momentos hasta hacerse internacional ó se retraía convulsivamente en torno de los curatos de las montañas, de las capitales de importancia, en donde estallaban casi sin interrupción las chispas présagas de la conflagración inminente. ¿Podría la inmensa popularidad de Comonfort apagar el incendio? Muchos lo creían, menos los obispos, menos los jefes de los cuerpos favoritos del dictador, menos los conservadores honrados pero fundamentalmente ilusos como Haro y Tamariz, menos los jóvenes jefes pletóricos de ambición y bravura como Osollos y Miramón, menos el Padre Miranda.

℄ En Diciembre de 55 el general Álvarez dejó el poder y nombró á Comonfort para substituirlo; por eso se llamó EL PRESIDENTE SUBSTITUTO. La gran doctrina de la contemporización iba á poder ponerse en práctica plenamente; Ocampo había sostenido que no daría resultado; pero si lo daba, la revolución quedaba substituída por una evolución normal, y la paz, EL ALMA PAZ sería un hecho, era el supremo derecho de un pobre país asendereado y moribundo. La guerra, sin embargo, se levantaba en todas partes amenazadora: en Guanajuato, donde Doblado, ingenio de muchos recursos y de pocos escrúpulos, había levantado la bandera comonfortista sin objeto ninguno plausible; este alzamiento quedó apagado con un pedazo de papel, una carta muy sensata, muy digna y muy mordaz de Don Juan Álvarez; Doblado dobló la testa; la Sierra de Querétaro ardía de religión y fueros; el infatigable Mejía estaba en campaña; Uraga pretendía aprovechar la indignación del VIEJO EJÉRCITO contra la ley de fueros, y Jalisco y el Norte todo estaba inquieto, y las guerrillas de forajidos con cualquier bandera hacían su agosto; todo se fué calmando por el Bajío. En cambio, en Puebla estalló un verdadero incendio, que hubo necesidad de aislar y sofocar en su cuna para que no cundiese al país entero.

℄ El obispo de Puebla (D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, futuro arzobispo de Méjico) había logrado por su prestancia, por su inteligencia fina y en alto grado social y simpática, adquirir un prestigio inmenso en la sociedad angelopolitana; esta sociedad vivía en la Iglesia y de la Iglesia desde lo encumbrado hasta lo humilde; las familias aristocráticas todas estaban petrificadas, embalsamadas de devoción y misticismo en derredor de este canónigo, de aquel cura, del otro fraile, y al pie de tal ó cual imagen de Cristo ó de Nuestra Señora; la vida allí se componía de ejercicios piadosos, de fiestas de los santos, de procesiones, de novenarios, y el pecado mortal, microbio que pululaba en el fondo de las más angélicas beatitudes, no se revelaba en la transparencia de aquella vida limpia como el agua; los microscopios de gran potencia no estaban en uso todavía. Y el pueblo vicioso y sucio, pero en mucho menor grado que el de la capital de la República, no vivía más que de lo que se hacía en el convento ó para el convento, de las migajas de la Iglesia, de la protección ó de la caridad de los sacerdotes.

℄ Y por eso cuanto á la Iglesia atañía les llegaba al mollar, á lo más íntimo de



su ser, de sus intereses, de sus amores y sus odios. Pues con ligeros matices diferenciales, lo mismo era en todas partes en la República, con excepción de algunas poblaciones de la costa, en donde la influencia del clero se diluía un tanto en el aire salado de la mar. Los obispos, como el Sr. Labastida, afirmaban públicamente que no se mezclaban en los asuntos políticos y que reprobaban las revueltas á mano armada y aconsejaban la obediencia al Gobierno mientras sus disposiciones no estuvieran en pugna con la conciencia católica, y eso que afirmaban lo creían y lo procuraban, sin duda, aunque en menor escala que ninguno el obispo de Puebla, que á poco de los acontecimientos que se desenvolvieron en su diócesi por los años de 56, mostró y demostró cuán ardiente político era y cómo sabía temer á los puros y ABORRECER Á LOS MODERADOS.

℄ Dada, empero, la idiosincrasia nacional, aun cuando los obispos no prohijaban ni deseaban la revuelta, ésta tenía que nacer de sus protestas. Las protestas demostraban que la Iglesia recibía ofensas graves, ataques injustos, que redundarían en irreparable daño del catolicismo nacional; la ley de fueros, con una asombrosa falta de previsión de parte del clero, que debió haberla aceptado para no oponerse á la incontrastable corriente de las ideas democráticas, incompatibles con la existencia de las clases privilegiadas, era considerada como un rudo despojo concebido por el Estado contra derechos evidentes de la sociedad eclesiástica; pues, ¿cómo podía resistirse el ataque sino defendiéndose, y qué mejor defensa que echar abajo al gobernante? Todo esto era claro, y el pueblo católico procedía con más lógica que sus prelados, aunque con menos intuición de la realidad.

℄ Aprovechando la situación febril de Puebla, grandes grupos del ejército permanente con que creyó contar Comonfort, tenazmente iluso, faltando á sus compromisos, á su honor, á sus juramentos, se apoderaron de la ciudad, en donde todos los corifeos de la reacción militarista y clericalista se habían dado cita. El Presidente quiso rescatar su candidez dando un golpe definitivo, precisamente en los días en que se reunía el Congreso Constituyente. La campaña, muy prudente y enérgicamente dirigida, puso una vez más de relieve las distinguidas cualidades de soldado que el corifeo de la revolución de Ayutla poseía : decisión de economizar la sangre del soldado, docilidad á los consejos de los peritos en toda la parte técnica de la guerra y una bravura por extremo serena, que dió á su prestigio una especie de aureola heroica; los soldados de aquellas legiones de guardias nacionales lo adoraban.

℄ Una vez dueño de Puebla, en donde el populacho, siempre admirador de los que ganan, no lo recibió mal, el Presidente pudo creerse en Méjico mejor armado para sostener dos grandes luchas. Contra el clero la primera, ordenando la confiscación de los bienes del obispo de Puebla, y contra el ejército permanente humillándolo, degradándolo é irritándolo. El Sr. Labastida, que se resistía á obedecer las órdenes del Gobierno, fué desterrado; era una buena medida política. Claro que en una ciudad como Puebla los fondos de la Iglesia, quisiera ó no su jefe, sólo servirían para fomentar conspiraciones; había que quitar el aceite al foco, y dar la deseada muestra de energía que reclamaba á gritos el partido liberal, poniendo la mano sobre el más levantado de los prelados. Á Europa, á

conspirar; el obispo de Puebla conspiró, furiosamente, incesantemente desde aquel momento. Así hemos logrado saber lo que tenía en el fondo del alma; Comonfort no se equivocaba.

℄ En cambio, la degradación de los oficiales produjo efectos contraproducentes; aquellos hombres no pensaban más que en la venganza, en el desquite, pero pensaban en eso alegremente. El general Sóstenes Rocha, que era entonces un oficialillo de Zapadores, y que fué de los DEGRADADOS y formó entre los distribuídos en las poblaciones del Sur de Puebla, cuenta en sus memorias (inéditas aún) llenas de color y de vida, las aventuras de todos aquellos delincuentes que, como era natural, se juzgaban héroes, para proveerse de lo necesario para la vida. Verdaderos gilblases, aquellos jóvenes acudían á todo, aceptaban todo, se aprovechaban de todo; los galanteos, por supuesto, desempeñaban en aquellas novelescas empresas tamaño papel. Poco á poco fueron escapando de sus confinamientos, atraídos por el centro conspirador de Méjico ó llamados con empleos militares en algunos Estados (como sucedió con Rocha), y claro es que las etapas de sus fugas eran de convento en convento y de curato en curato. Mejor habría sido para el país y para Comonfort haber fusilado á tres ó cuatro de los principales cabecillas y haber encerrado en una prisión á los demás por dos ó tres años; mucho se habría evitado con tal energía. El que esto escribe no puede olvidar que siendo estudiante, y en representación de la Escuela de Jurisprudencia, fué á pedir al presidente Juárez la vida de un gran revolucionario impenitente capturado casi en flagrante delito de asalto á una CONDUCTA de caudales; el prisionero tenía un nombre íntimamente ligado con una fecha gloriosa. «Está bien, contestó á mi petición el Sr. Juárez, ya de antemano se ha resuelto indultarlo; pero no olvide usted, y dígaselo á sus compañeros, que absolviendo á un hombre de estos que sólo entienden por política el desorden y el cuartelazo, se sentencia á muerte á muchos centenares de inocentes.» Estas palabras tal vez pudieran aplicarse á la clemencia perenne de Comonfort.

* * *

℄ Juárez, nombrado por el presidente substituto, gobernador de Oajaca, partió para su Estado natal, á donde no había vuelto desde que lo arrancara de su hogar Santa Anna hacía cerca de tres años. En Oajaca los elementos reaccionarios habían sido siempre poderosos, porque el prestigio del clero era inmenso todavía; recordemos que aquella sociedad había sido como arcilla modelada por las comunidades religiosas y que la Iglesia la había infundido el alma con su aliento; recordemos que la inteligencia de los pueblos suele ser innovadora, pero su instinto no, su instinto es tradicionalista y conservador; el instinto del pueblo es como la arena del Nilo, que conserva intactas momias de seis mil años. En Oajaca precisamente la Ley-Juárez, que restringió los fueros, había causado grande alarma en los eclesiásticos y sus familiares, y las protestas y anatemas consabidos. De ahí á la asonada, á la lucha civil, al fratricidio no había más que un paso. El gober-

nador mismo, que con toda seguridad huía de la obligación de entregar el gobierno á Juárez, el gobernador santanista García, dió la mano á la asonada y aceptó un plan anti-fuerista y reaccionario.

℄ Cuando en Enero de 56 Juárez se presentó en el Estado con su credencial de gobernador interino, llevando algunas fuerzas que había podido allegar, un esfuerzo poderoso del grupo liberal había hecho sucumbir y rendirse á García, y el Interino pudo ocupar su silla en paz. La generación de abogados y paisanos que comenzó á levantar ejércitos durante la revolución de Ayutla, secundada ya por la que venía inmediatamente en pos de ella y salía de los Institutos y á veces de los seminarios mismos, sentíase fuerte para arrebatar con sus ideas mostradas como flámulas rojas á las masas ignaras que abandonaban repentinamente los campos de la reacción y se alistaban en las guardias nacionales y se batían al mando de aquellos hombres jóvenes y de aquellos muchachos que de la clase, de la redacción del periódico, de la tribuna del Congreso ó del club salían al campo á combatir, á morir; al fin á triunfar; esa generación impuso al país las ideas reformistas, ella hizo la reforma. Siguió á Juárez; lo rodeó en su gobierno interino; se batió con los reaccionarios que después de las tremendas luchas en Puebla intentaban penetrar y medrar en el Estado, en fuertes grupos bien organizados militarmente, alguno de los cuales figuró la legión Tebana de los clericales, el célebre batallón de LOS CRUZADOS, cuya bandera negra cruzada de rojo decía: «Religión ó muerte». En una de estas luchas suena por primera vez con honor el nombre del capitán Porfirio Díaz. (Herido en Ixcapa : Agosto de 56.) Difícilmente podía entrar el Estado en su camino normal, la paz era imposible; la premisa de la guerra religiosa estaba formulada ya. El arzobispo Garza había declarado «que la Ley-Juárez era contraria á lo dispuesto por la Iglesia; que la renuncia que cualquiera individuo del clero hiciere del FUERO, ya fuese en lo civil, ya en lo criminal, era nula y de ningún valor, aun cuando lo jurase.» He aquí la consecuencia : «Considerando, decía uno de tantos planes revolucionarios en Oajaca, que la ley de justicia (la Ley-Juárez) ataca de una manera brusca é inmoral al venerable clero y á la Iglesia; que al llegar á tomar el mando del gobierno Don Benito Juárez, causaría incalculables desgracias á los habitantes de Oajaca, porque siendo el autor de la ley anti-eclesiástica la querrá hacer cumplir, etc.»

℄ Juárez ocupado á veces (en Tehuantepec) en sofocar la revuelta, no descuidaba ninguno de los ramos de la administración; al contrario, jamás habían sido tan bien atendidos. Uno de sus empeños era armar el Estado para la terrible guerra que preveía; siempre se empeñó con el Gobierno federal en obtener armas, artillería especialmente, y en tiempos posteriores, casi en vísperas de abandonar para siempre á Oajaca, diputó á su amigo el coronel D. Ignacio Mejía cerca de Comonfort, para obtener algo de lo que tanto ansiaba. Y con objeto de que las guardias nacionales, no sólo estuviesen bien instruídas y preparadas para el combate, sino que siempre se hallasen á disposición del partido liberal, organizó una enseñanza de ciencia militar y táctica en el mismo Instituto, tan perseguido por Santa Anna y que él levantó inmediatamente á gran altura con el propósito de que «la juventud—que ávida de saber se educaba allí—contribuya algún día al engran-

decimiento de su Patria, á su honor, ya que hoy sólo forma su esperanza.» Esa enseñanza militar tuvo excelentes resultados, y de ella salieron listos para mandar los Díaz, los Ballesteros, los Jiménez, los Loaeza, etc.

ℭ Siguiendo paso á paso el debate de la Constitución política de la República, puso todos sus conatos en que la Constitución particular del Estado se amoldase á los dogmas que el código fundamental proclamaba; pero fué más allá: creyente firme en la virtud del principio democrático (tenía la íntima persuasión de que cuando llegaba á obtenerse una expresión cierta de la voluntad popular, ésta era siempre justa y siempre acertada), procuró que para las elecciones de gobernador se aceptase el voto directo y que se diese un amplio ensanche á las atribuciones de los cuerpos municipales, asiento natural de toda democracia.

ℭ Entretanto, los sucesos se precipitaban en el centro de la República; por donde quiera se sentía la trepidación del suelo que precede á las grandes erupciones. Era para nadie un problema que todo iría á parar á un supremo conflicto; Comonfort y su Ministerio se habían propuesto conjurar la tormenta con un sistema de equilibrio y ponderación de esos que sólo surten buenos efectos cuando la paz civil está ya fuera de discusión. Lo que lograba el Presidente era crear dos grupos de descontentos de él, cada vez más irreconciliables.

ℭ La Ley-Juárez había sido el botafuego y su primer resultado la explosión de Puebla, tremenda asonada con su séquito de combates sangrientos, su costosa y tenaz campaña, la degradación militar del viejo ejército que había sido su consecuencia, la confiscación de los bienes del clero de la ciudad levítica y el destierro del obispo Labastida. Comonfort daba muestras constantes de su religiosidad privada que hacían juego con las protestas de obediencia del clero, cada vez que ponía en duda el derecho del Gobierno á someter á su jurisdicción todas las clases sociales. Las discusiones en el Congreso mostraban el ardiente temperamento reformista de la mayoría, liberal, siempre que se trataba de principios abstractos, pero al contrario, jacobina, siempre que se aplicaba uno de esos principios á los representantes de las clases privilegiadas. La actitud tomada por la Iglesia, su decisión de apelar para sostener sus privilegios á los sentimientos religiosos, no exaltándolos en contra del Gobierno, pero sí en favor de la Iglesia, dieron á las sesiones del Congreso cierto tono solemne y religioso. Cuando se escuchaba á Zarco, á Mata, á Arriaga, hablar de la conformidad fundamental entre la Constitución y el Evangelio, cuando se discutía la tolerancia religiosa, el Constituyente parecía una asamblea de puritanos en vísperas de las luchas confesionales inglesas; esto acababa por subir á los grados álgidos la fiebre del país político. Y la prensa con su inmenso clamoreo hacía eco á la tribuna y al púlpito; los tiempos de las guerras de religión iban á abrirse para Méjico. Comonfort meditaba, vacilaba por ende. Más tarde envió á Roma un agente de conciliación y avenimiento; como era de suponerse, el Papa no lo recibió. Pío IX, gran corazón lleno de todo el fuego del celo apostólico, carácter entero de batallador y mártir, y pequeña inteligencia, sobre todo, comparada con la de su sucesor, apartó al ministro mejicano del solio pontificio con la misma mano airada y trémula con que lanzó sobre la Reforma su anatema. Y muy lógico era esto quizás, pero de una impre-

visión, de una imprudencia infinita. Los ánimos se caldeaban en Méjico al recibir estas noticias, y cuando un vacilante se decidía, ya no era un simple amigo del poder civil, sino un enemigo resuelto de la Iglesia. Á esta actitud del Pontífice se debió el tono anticatólico de la prensa reformista y el carácter iconoclástico y DE ODIO AL FRAILE que tuvo la guerra de tres años.

☙ La empresa del Gobierno era imposible; los gérmenes reformistas que envolvía la revolución de Ayutla estallaban por doquiera, é inmediatamente la resistencia del MEDIO tendía á aniquilarlos y á neutralizarlos; de donde la conflagración intermitente imposible de sofocar. El error fundamental de Comonfort consistió en creer que podía sofrenar un movimiento que no había agotado su primitivo impulso, tratando de hacerlo desandar, á fuerza de medidas administrativas, la pendiente en que se desenvolvía; tarea jamás llevada á cabo ni por los hombres de genio. Nadie con mayor prestigio en su época tempestuosa que Mirabeau, nadie mejor dotado de condiciones de gobierno, de inteligencia y de fe que el grupo girondino, y ambos fueron impotentes para contener nada; Napoleón contuvo cuando la Revolución había perdido su fuerza destructora, cuando el torrente se había tornado río, turbio y con saltos, pero río. Cromwell se encargó de llevar la revolución inglesa, especialmente religiosa, á pesar de su apariencia política, hasta su último extremo, y allí fué donde la montó como á un corcel domado é irguió sobre ella su soberana figura torva de dictador arrullado por los salmos.

☙ Comonfort, ni Mirabeau, ni Napoleón, ni Cromwell, cedía aquí y cedía allá y creía avanzar en zig-zag; en realidad descendía en zig-zag al abismo. Con la espada de Damocles sobre la cabeza de la prensa (Ley-Lafragua), fué duro para la conservadora y excesivamente tímido con la revolucionaria, que haciendo volar la roca de la pendiente, abría paso á la vena torrencial de las nuevas ideas. Se incautó de los bienes del obispado de Puebla y desterró al obispo, y este rasgo de energía amedrentó al alto clero, aunque algunos meses después fué desvirtuado por la suspensión de las operaciones de intervención. La supresión de la Compañía de Jesús causó hondo escándalo, preparado por la exaltación febril con que los ánimos habían seguido las discusiones del Congreso, en que por primera vez marcó con fuerte y rígido guantelete un surco inicial de su vida pública el joven abogado jalisciense Vallarta. Como de costumbre, los opositores á la medida, que nada tenía de liberal por cierto, acudieron á los argumentos de estilo; uno irrefutable: si predicáis la libertad, ¿por qué no toleráis á estos hombres? Si han delinquido contra el Estado, castigadlos como delicuentes; pero no se castiga á las instituciones, se castiga á los individuos. Ahora bien, y éste era el segundo argumento : estos hombres no son delicuentes, hacen el bien, emplean sus energías en la caridad del alma que es la educación; son admirables educadores; tienen el testimonio universal en su favor. No era una medida de libertad, era una medida de represión y de preservación. Los jesuítas, efectivamente, son y serán siempre un peligro para las ideas modernas de emancipación y libertad de pensamiento, porque, infrangibles y flexibles como la seda, cumplen su misión y su deber, disciplinando con un sistema de educación, no admirable en sí, todo lo contrario, pero maravilloso para su objeto, á la sociedad entera, orientándola

dulcemente hacia la doctrina fundamentalmente contra-revolucionaria de la incompatibilidad entre la supremacía humana de la razón en que se funda el liberalismo y la supremacía divina de la Iglesia y su Sacerdote sumo. Á todo se someten, todo lo obedecen por necesidad; pero encienden un ideal delante de los espíritus, que está precisamente en el polo opuesto del ideal de emancipación intelectual. En ello gastan, derrochan una cantidad prodigiosa de sutil dialéctica, de mansa humildad evangélica, de sociabilidad encantadora, de adorables virtudes personales; pero la espada de D. Íñigo López, espada de fulgurante y homicida acero, está escondida bajo el manteo negro de San Ignacio de Loyola. En suma, nada hay más amable que los jesuítas (á algunos de ellos ha querido como padres y como hermanos quien escribe estas líneas), nada más temible que la Compañía de Jesús. Cuando el obispo de Puebla, que esperaba en la Habana la revocación posible de su destierro, conoció la supresión de la Compañía, comprendió que la lucha comenzaba apenas, y partió para Roma.

℄ Al llegar á España tuvo motivo de desesperanzarse más todavía; la Ley-Lerdo había sido promulgada en Junio (1856). Con un severo preámbulo en que se condensaban las razones económicas que justificaban la ley y que se reducían á la necesidad social de poner en circulación una masa de riqueza casi improductiva, el ministro de Hacienda detallaba en artículos claros, como eran su carácter y su intelecto, las condiciones en que la desamortización se haría, dejando en poder de los poseedores de hecho la propiedad de las fincas rústicas ó urbanas pertenecientes á corporaciones civiles (beneficencia, instrucción pública) ó eclesiásticas. Calculando el capital por las rentas ó censos al seis por ciento, el monto quedaba reportado como gravamen por la finca desamortizada, que pagaba á la corporación respectiva el seis por ciento de interés. Esta especie de hipoteca en ningún caso podía hacer volver la finca á la corporación, sino que en los casos que la ley enumeraba debía sacarse á remate. Fuera de la ventaja general que el Gobierno alcanzaría por la trascendencia social de la medida (ventaja que sólo ha sido positiva hasta nuestros días, puede decirse), había la de una alcabala ó contribución por traslación de dominio que se creía rendiría pingües frutos al Gobierno, aunque no debía pagarse sino una parte en efectivo, por la activa circulación en que entrarían los nuevos valores creados por la ley. El producto de esta alcabala debía en parte (un millón de pesos) destinarse á capitalizar montepíos y pensiones y á pagar alcances de empleados. La ley prohibía, además, á las corporaciones de cualquier género adquirir ó administrar bienes raíces, destinando las sumas que entrasen en poder de las corporaciones (redenciones, donaciones) al fomento de empresas ó industriales ó agrícolas, cuando no fuesen impuestas sobre bienes de particulares.

℄ La ley era simple, el derecho del Gobierno á procurar tamaño bien social era evidente y la ventaja para el clero inmensa, por tal modo que á haber habido una gran previsión y no un gran fanatismo bajo la tiara pontificia, á haber tenido un solo hombre de genial perspicacia en su alta jerarquía el clero mejicano, la Reforma resulta frustránea en buena parte y la Iglesia sale de la crisis más positivamente rica que nunca. Nada de esto hubo; la conciencia de los obispos se en-

redó en la enorme cauda negra de la tradición y de los cánones; vieron como hombres del pasado lo que habrían debido ver como ciudadanos del presente, y creyeron que la Iglesia militante y la triunfante, ambas á una, les marcaban con un dedo de hierro el camino del deber, aunque fuera el del martirio. ¡Ah! no, no era el camino del deber, tenía otro deber sagrado que respetar, su patria y su siglo, y era un deber tan grande como el otro, más que el otro, porque ese otro no era la fe religiosa, era el interés de la Iglesia, ni más ni menos. La prueba tangible, irrefragable, la ha dado la Iglesia misma aceptando, no sólo la desamortización, sino la nacionalización (que fué un despojo violento á guisa de castigo nacional) mediante un poco de dinero; si se trataba, no digo ya de un dogma, lo que jamás estuvo á discusión, sino de un interés supremo, de una condición vital para la Iglesia, ¿por qué han renunciado á él á tan bajo precio? Si no era así, ¿por qué no hablaron al oído del Papa cuando el plenipotenciario de Comonfort (al padre del que esto escribe le fué ofrecida esta misión en Roma por conducto del Sr. Escudero y Echanove), cuando el Licenciado Ezequiel Montes llamó respetuosamente á las puertas del Vaticano? ¡Diez años de guerra civil se habrían evitado! Gran empresa ésta para apóstoles cristianos. Pero no; donde los obispos hablaron fué al oído de la nación católica, y no como pastores, menos como sociólogos (ninguno de ellos lo era), sino como caudillos de un pueblo ultrajado, de la congregación de los fieles expoliada, robada, iba á decir el Sr. Labastida, que fué el más vehemente en su protesta. ¡Cómo debió de arrepentirse de ella andando los tiempos! Y no lo incitaban á la guerra, no; pero esgrimían el anatema contra quienes observaran la ley, y embocaban la trompeta del juicio final para amedrentar á los sumisos que la aplicaran. ¡Cuán absurdo y extraño nos parece todo desde aquí! ¡Qué tremenda batalla en la sociedad, en la familia, en las conciencias de los mejicanos de entonces! Tronaba con los truenos del Sinaí, como dice un clisé muy socorrido, el Constituyente, pero el púlpito relampagueaba sin cesar; el trueno aquí era sordo, pero segura la tormenta.

¶ En los días en que se discutió en el Congreso el artículo del proyecto de Constitución relativo, no á la libertad, sino á la tolerancia de cultos, se vivió en la capital y, á poco, en toda la República, en una atmósfera saturada de la electricidad precursora del combate. Todo el Méjico distinguido, las clases directoras en masa, puede decirse, se levantaron como un solo hombre y tendieron al Congreso unos memoriales elocuentes pidiendo que no votase el satánico artículo. Esta obra del abismo, que iba á ser para Méjico fuente de males al lado de los cuales el diluvio iba á resultar un susto cualquiera, decía así: «No se expedirá en la República ninguna ley ni orden de autoridad que prohiba ó impida el ejercicio de ningún culto religioso; pero habiendo sido la religión exclusiva del pueblo mejicano la católica, apostólica, romana, el Congreso de la Unión cuidará, por medio de leyes justas y prudentes, de protegerla, en cuanto no se perjudiquen los intereses del pueblo, ni los derechos de la soberanía nacional.» De lo que se podía tachar á los autores del proyecto era de que no se habían atrevido á ir hasta el fin de su pensamiento y declarar la plena libertad de los cultos, sin religión alguna privilegiada, como una consecuencia de la separación de la Iglesia y el

Estado. La estupenda efervescencia de la opinión los amedrentó sin duda, y no personalmente por cierto, porque Arriaga, Mata, Zarco, tenían el valor de sus creencias, sino como comisión del código fundamental; creyeron que la forma en que presentaban su idea, era la única que tenía probabilidades de buen suceso. Y se equivocaron; fué batida rudamente en brecha, y bajo la presión formidable del Gobierno y de la opinión popular (burguesía y clases analfabetas), el artículo desapareció del proyecto.

℄ El argumento en contra, el único puede decirse, era la trágica pandorga de la unidad religiosa; contra ella precisamente protestaban los primeros apologistas cristianos, y para hacer triunfar la unidad religiosa del Imperio en el culto de los Césares, se llenó el mundo romano de mártires de la creencia nueva; para hacer triunfar la unidad religiosa en España, se expulsaron y asesinaron muchos, muchos millares de judíos, y luego muchos millares de moriscos, disminuyendo para siempre la fuerza de la savia española; la Santa Inquisición no tuvo otro objeto, y el resultado de todo ello fué el paso de España del primer rango á otro inferior en la Historia. ¡Y la unidad religiosa del pueblo mejicano! Si se hubiera dicho UNIDAD EN LA ANALOGÍA DE SUPERSTICIONES, se habría estado en la verdad; en la religión del mejicano no entraba para nada el Evangelio; era una mixtura compuesta, desde los días de la conquista y del siglo que la sucedió, con devociones absolutamente idolátricas y fetichistas hacia las imágenes, que no eran más que la prolongación de los antiguos cultos lavados de la sangre por el agua lustral, y de una fe apretada é invencible en la Providencia, la consoladora de todos los dolores, la prometedora de todas las recompensas; en el templo, el mejicano no se sentía un hombre que piensa, razona y elige, sino un niño desvalido que pide amparo y misericordia... Pero esta unidad en el querer y en el sentir, ¿qué tenía que temer de la libertad de cultos? ¡Si era nuestra idiosincrasia, si es nuestro atavismo, si es la voz de los muertos perpetuamente resonando en el fondo de nuestras almas, si era la religión de Comonfort y de Zarco y de Arriaga y de Juárez, como era la de los obispos Garza y Munguía y Labastida! Después de medio siglo de república laica, bien podemos decir todo esto; lo sucedido constituye la más severa lección que de la Historia puede sacarse; la Iglesia mejicana, hoy en paz á la sombra de la Constitución que cubrió de anatemas, debe murmurar incesantemente un MISERERE por los TEDEUM cantados en los días siniestros de la guerra civil.

℄ Y la guerra civil palpitaba en todo; el partido reformista comprendía cada vez más que tenía que imponerse; que las ideas nuevas, por lo mismo que lo son, no pueden tener séquito, no pueden tener pueblo, no pueden ser las de la mayoría; que era preciso conquistar esa mayoría á compás de la lucha misma, á fuerza de mostrarse dispuesto á sacrificar bienestar y vida, á fuerza de fe y de tesón inflexible. Y eso precisamente iba á representar Juárez.

℄ La Constitución fué votada; la gran promesa de Ayutla, como dijeron los constituyentes, estaba cumplida. Trémula de horror, la sociedad que vivía á la sombra de los campanarios había visto al anciano Gómez Farías, el iniciador del movimiento reformista, jurar de rodillas la nueva ley, con la mano sobre los Evange-

lios; luego todo el país político y administrativo fué llamado á prestar el mismo juramento. La Iglesia, un poco vacilante (algunos obispos y dignatarios eclesiásticos juraron) porque comprendía que de su actitud iba á depender la paz ó la guerra, desenvolvió los pliegues de su manto talar y escogió la guerra como el senador romano en Cartago. La nación, en cierto modo puesta en entredicho, se sacudía nerviosa, casi epiléptica; unos se resistían á jurar, otros se retractaban, cuantos juraban caían bajo las excomuniones; en la base estaba la conmoción social, en la familia, en el hogar, en las terribles angustias del empleado vacilando entre su deber religioso y la miseria, en los sollozos, en los conjuros, en las deprecaciones de las madres y las esposas, en los hogares de los liberales mismos...

℄ Comonfort, terriblemente impresionado por esta actitud social, colocado todos los días frente á la súplica muda y lacrimosa de su madre, se había contentado al jurar el Código con pedir reformas inmediatas, lo que era realmente insensato. Su incertidumbre era inmensa; una idea se había clavado en su cerebro: NO SE PUEDE GOBERNAR CON LA CONSTITUCIÓN; de tal manera, pensaba, queda desarmado el Ejecutivo ante la acción del Congreso unitario y por la intervención, que puede ser incesante, del poder judicial, que sólo por medio de una cadena no interrumpida de facultades extraordinarias puede gobernar el Presidente, el elegido de la nación entera; y estas facultades, lo decía una experiencia dolorosa, suelen ser negadas para dejar al poder en manos de la revolución...

℄ Y eran indispensables. Todo el interior, puede decirse, estaba en armas; en Puebla una nueva sublevación, un nuevo sitio, un nuevo triunfo del Gobierno, un nuevo gasto de sangre y dinero que agotaba los recursos del erario en momentos en que aun el horizonte exterior aparecía negro; la cuestión de las reclamaciones españolas tomaba un carácter cada vez más agrio y alarmante; un poeta (Don Miguel de los Santos Álvarez) estuvo á punto de arreglarlo todo en su misión en Méjico, mezclando á la diplomacia una buena levadura de sentimentalidad, como hay que hacerlo en ciertos casos, y estos conflictos de la MATRIA y sus hijos coloniales era precisamente uno de ellos; pero esto disgustó á los diplomáticos serios y á los apetitos ásperos, siempre ocultos bajo esas seriedades, y las cosas tornaron á ponerse del cariz de una víspera de ULTIMATUM. Por lo demás, una escuadra española estaba lista en Sacrificios y otra á punto de alistarse en la Habana. Algunos asesinatos de españoles en el Sur, que el Gobierno trataba sinceramente de castigar, habían puesto su orla de sangre al recibo que nos presentaba España por cantidades que apenas debíamos, como lo vió muy bien el ministro-poeta. En suma, la intervención, pedida por Paredes, exigida por Santa Anna, estaba en el aire del Golfo Mejicano. Dinero y más dinero se habría necesitado para conjurar la tormenta. ¿De dónde tomarlo? La alcabala de desamortización resultaba insignificante, nula; el clero había detenido con sus entredichos un movimiento que lo habría salvado y con él al gobierno de Comonfort.

℄ Este hombre no acertaba con la solución del problema; meses antes de la promulgación del Pacto federal, había publicado su opinión, su ideal político, en forma de un ESTATUTO ORGÁNICO que estaba tan poco en consonancia con la preponderante corriente federalista y radical que, puede decirse que no existió, que

no fué. Fué, sin embargo, motivo para que algunos de los más adictos amigos del presidente, Juárez entre ellos, manifestasen su inconformidad en términos severos. Ahora se hallaba ante una Constitución con la que por un capítulo él no podía estar conforme, por el capítulo de la nulificación del poder ejecutivo; y por otro, por el que se refería á las reformas que atañían al clero, la nación no lo estaba; el Gobierno creía haber observado esto con toda exactitud desde que se discutió la tolerancia de cultos (el artículo 15 del proyecto de Constitución), que rodó, gracias á que el Ministerio, en nombre del Presidente, manifestó explícitamente su inconformidad.

Esta política, que le atraía la desconfianza profunda del jacobinismo, que entonces estaba en lo cierto, no le atraía al partido conservador y militar, contra el cual se veía precisado á ser duro, á riesgo de parecer que abdicaba, ya fusilando á los jefes de asonadas, ya persiguiendo á sus secuaces, ya prendiendo frailes conspiradores y perforando conventos (el de San Francisco), ya secuestrando al cabildo mismo de la Catedral de Méjico, durante algunas horas, por desacato á la autoridad (el Jueves Santo de 57), lo que daba lugar á ataques de toda especie, entre los que en primera línea figuraba el epigrama y la caricatura que hacían estallar de risa á la sociedad mejicana á expensas del Gobierno. Entonces aparecía, como el verdadero director de la política presidencial, el Lic. Juan José Baz, verdadero tipo del revolucionario de gobierno, temido por el populacho, azote de los bandidos urbanos, terror de las beatas, que veían en él y en sus ideas radicales verdaderos engendros del espíritu maligno, y que con una bravura temeraria había entablado una especie de cuestión personal con el partido MOCHO. Así se empezaron á llamar en tiempo de la revolución de Ayutla á los santanistas—Santa Anna era MOCHO de una pierna—y luego á los soldados reaccionarios, y al fin á todo el partido retrógrado.

Vinieron las elecciones, y los reaccionarios se abstuvieron en masa de votar; eso habría equivalido á aceptar LA MALDITA Constitución. En los Estados se hicieron las votaciones según la costumbre: una masa indiferente, casi inconsciente ó supuesta por regla general, de electores primarios y un grupo de electores secundarios compuestos en su inmensa mayoría de empleados locales ó federales, que votaban en favor de consignas de antemano concertadas entre el Gobierno y los Ayuntamientos ó la policía. En las elecciones de aquella época hubo una lucha entre intereses y cierta dificultad, por miedo á las excomuniones, de reunir los colegios electorales. Comonfort habría podido influir en la elección de diputados, por lo menos, y habría aumentado así el número de sus devotos en la Cámara, lo que habría sido de grande y favorable trascendencia para él; pero lo vió todo con flojera y timidez, y resultaron: electo presidente de la República, él, y un Congreso de un temperamento más radical quizás y más resuelto á gobernar directamente que el que había votado la Constitución. Reunirse el primer

Congreso constitucional y pedir Comonfort facultades extraordinarias fué todo uno. Lo particular fué que en una de las iniciativas, consistente en asignar como término de esas facultades semidictatoriales la expedición de las leyes orgánicas de la Constitución, manifestaba el Gobierno, sin ambajes, su pensamiento respecto de ella, condensado en este concepto: no se puede gobernar con la Constitución. El Congreso, pasando por alto este punto negro, que era el grano anunciador de la tormenta, se resistió á dar esas facultades, sin negar, dado el estado del país y del tesoro público, que fuesen necesarias. Comonfort encargó entonces al coronel D. Ignacio Mejía, que se encontraba en Méjico solicitando armamento de artillería para la guardia nacional de Oajaca, que convenciese al gobernador Juárez para que aceptase un puesto en el Ministerio, del que también formaría parte el abogado oajaqueño D. Manuel Ruiz, reciente secretario del Sr. Juárez, hombre de clarísima y fácil inteligencia y de verbosidad avasalladora. Juárez vino entonces á Méjico y tomó á su cargo el despacho de la Gobernación; tenía el nuevo gabinete un tinte muy en consonancia con el radical de la Cámara, y las facultades extraordinarias fueron posibles. La acción del Platanillo, en que pereció heroicamente el gobernador de Méjico D. Plutarco González, vencido por Moreno y el famoso Cobos, y la ocupación de Querétaro por Mejía, el infatigable indio valiente, fanático y generoso, el verdadero héroe moral del bando reactor, determinaron al Congreso, y las facultades fueron ampliamente concedidas.
¶ Mas las iniciativas concretas de reformas anunciadas por el Ejecutivo no llegaban al Congreso; el Ministerio, que seguía á Juárez, con excepción de Payno (Hacienda) y García Conde (Guerra), no las pediría nunca en el sentido reaccionario. La Cámara entretanto, funcionando como colegio electoral, declaró á Comonfort Presidente constitucional y escogió, conforme á sus facultades, á Don Benito Juárez para Presidente de la Suprema Corte de Justicia Federal; según la Constitución, era el Vicepresidente de la República. El Presidente y el Vicepresidente tomaron posesión de sus encargos el 1.º de Diciembre de 1857, y el Señor Juárez, previa licencia del Tribunal Supremo, volvió á desempeñar la Secretaría de Gobernación. El primer período constitucional de la nueva era comenzaba. El excelente hombre que presidía el Congreso cuando Comonfort juró (ya con la firme intención de ser perjuro—porque Napoleón III había puesto de moda el pejurio político), había dicho al Presidente: «La fórmula con que Vd. acaba de prestar el juramento que para esta solemnidad previene la Constitución, encierra, en compendio, las principales condiciones para la felicidad del pueblo mejicano. Si la anarquía, si la guerra civil y las desgracias á que conducen estas lamentables situaciones, se debieron en otras épocas á la conspiración del Ejecutivo contra las instituciones fundamentales, es, sin duda, una necesidad imperiosa la de que, en la nueva era que hoy comienza para la República, el supremo encargo de Presidente sea desempeñado conforme á la Constitución con lealtad y patriotismo; y si la nave del Estado encalló á veces, por el descuido con que la dirigiera ese mismo poder, y por el abandono en que tuvo los intereses públicos, es también otra exigencia no menos urgente la de que V. E. promueva el bien y prosperidad de la Nación, por medio de iniciativas que atenderá debidamente el Congreso y

por medio de una administración sabia y prudente. El cumplimiento del sagrado compromiso que V. E. acaba de contraer para con Dios y los hombres, será, por lo tanto, el principio del orden, de la paz y del progreso que el pueblo ardientemente desea.» Comonfort había prestado el juramento con voz desmayada, perceptible apenas; pero había dicho con voz clara, con la obscura cabeza inclinada sobre el hombro derecho, como de costumbre : «He invocado al supremo poder legislador del Universo como juez DE LAS INTENCIONES CON QUE ACEPTO LA INMENSA CONFIANZA QUE LA NACIÓN SE HA SERVIDO DISPENSARME.»

℄ Bien conocidas eran las intenciones; para nadie era un secreto, ya no que el Presidente se manifestaba inacorde con la Constitución, sino que prescindiendo de las vías legales, por miedo de que las iniciativas de reformas tuviesen dilatados trámites (la Constitución los exigía) y por la incertidumbre respecto de la suerte que correrían (si eran retrógradas, nunca serían aceptadas), había organizado una vasta conspiración MILITAR que tenía por base la adhesión de la guarnición de Méjico y sobre todo la de la brigada Zuloaga y GUBERNAMENTAL : ya se contaba con los gobernadores de Puebla, San Luis, Veracruz, y se creía contar con Doblado y otros devotísimos de Comonfort.

℄ Lo singular de esta conspiración es que unía á todos los elementos conservadores, lo mismo á los de gabinete que á los de acción, lo mismo al prudentísimo D. José M. Cuevas, que al ilustrísimo Garza y al ardentísimo coronel Osollo, porque todos ansiaban con ansias febriles un cambio, y á algunos puros exaltados como Baz, que no creía que un Congreso pudiera llevar á cabo la reforma deliberando en medio de la tempestad; y la verdad es que sólo un grupo liberal importante, pero que no estaba en mayoría en el mundo político, creía en la eficacia de la Constitución; por motivos contradictorios aspiraban las clases de trabajo á una dictadura, con tal que el dictador fuese el hombre honrado, valiente y bueno que se llamaba Comonfort. Para los liberales adictos de buena fe al Presidente (y éstos eran quienes estaban en lo justo), no se necesitaba más que esa especie de dictadura legal que dan las facultades extraordinarias para pacificar al país y realizar las reformas, y era inconcebible, monstruoso, que el Presidente cambiara sus títulos legales por los que le diera una aventura sin éxito posible.

℄ De este número era Juárez; la conspiración tramada entre Payno y Zuloaga, le parecía que no llegaría á adueñarse de Comonfort jamás. De aquí provenían las seguridades que dió al alarmadísimo Congreso dos días antes de EL GOLPE DE ESTADO. De sus conversaciones con el Presidente, que sabía que jamás contaría con él, fuera del camino del deber, había inferido su línea de conducta. Y esto pensaba y comunicaba á sus amigos, cuando estalló el pronunciamiento de la brigada Zuloaga en Tacubaya (17 de Diciembre de 57), y el mismo día quedó reducido á prisión. El Plan de Tacubaya derogaba la Constitución de 57 por poco análoga á los usos y costumbres del país, ponía la dictadura en manos de Comonfort y se refería á un futuro Congreso constituyente cuyas determinaciones deberían ser revisadas por el pueblo (AD REFERENDUM). Comonfort se adhirió al Plan dos días después. Jamás un César más modesto y con menos confianza en sí mismo y en lo



porvenir pronunció el ALEA JACTA EST; lo pronunció á media voz. ¡Aquel hombre, que ya no estaba en paz consigo mismo, iba á hacer la paz en la República!

℄ Zuloaga era un conservador neto; si militaba entre los liberales era por adhesión personal á Comonfort, y nada más. Pero inmediatamente que se puso en primer término, los contrarrevolucionarios lo cercaron, lo ciñeron, lo apremiaron. ¿Qué querían, pues? Ya no existía la Constitución. Se hablaba de un concierto ó coalición de algunos Estados del interior, de fuerzas que iban y venían, de Parrodi, de Degollado, de Arteaga, de Doblado; es verdad que el arzobispo se había declarado por el Plan de Tacubaya y que el presbítero Valdovinos lo bendecía. ¡La Iglesia se pronunciaba regocijadamente!, pero esto no bastaba; no bastaba el Consejo de conservadores, moderados y puros formado por Comonfort; era preciso que éste marchara á destruir la coalición, y sobre todo y antes que todo, que derogase la Ley-Juárez y sobre todo y en el acto la Ley-Lerdo, la Ley de desamortización; que devolviera todo al clero, pero todo, pero pronto. El pobre Comonfort decía: «¡Pero si esa ley ha creado intereses nuevos, derechos nuevos, posiciones nuevas, y todo bajo mi fe, bajo mi firma, bajo mi amparo! —¿Qué hacer en este caso?, decía el Presidente al prócer conservador D. José M. Cuevas. —Derogar la Ley-Lerdo y ponerse en manos de los conservadores, contestaba el abogado.—¿Y usted en mi lugar, con mis antecedentes, con mis ideas, lo haría? interrogaba ansioso Comonfort.—Yo no, contestó el caballero reaccionario.—Gracias, concluyó Comonfort, yo no lo haré jamás.» Al día siguiente la brigada Zuloaga se repronunciaba desconociendo á Comonfort como Presidente. Y Comonfort declaraba, juntando las pocas fuerzas de que podía disponer, que quedaba restablecida la Constitución de 57. Era aquélla una palinodia trágica. Veinte días después, en la popa de un vapor americano, que zarpaba de Veracruz rumbo al extranjero, veía alejarse las costas de la Patria, y sus ensueños políticos se confundían con las nubes, con la sombra.

℄ El mismo día del segundo pronunciamiento de Zuloaga (11 de Enero 1858), el Vicepresidente de la República fué puesto en libertad por orden de Comonfort. Probablemente no hablaron nada los dos antiguos amigos. Juárez no podía reconocerlo como Presidente, á pesar del arrepentimiento. Comonfort se había acusado, juzgado y sentenciado á sí mismo. No había Presidente constitucional; entraba á substituirlo, según la Constitución, Juárez, el Presidente de la Suprema Corte. Fué el último servicio que hizo Comonfort á la causa liberal, no diremos á la Patria, porque seis años después murió por ella obscuramente. La tentativa de hacer triunfar la Reforma á fuerza de persuasión y de clemencia había fracasado. La tremenda guerra civil DE LOS TRES AÑOS abría sus fauces sangrientas.

LA REFORMA MILITANTE

I. HASTA ABRIL DE 59.

CUANDO, por una mañana glacial de Enero del cincuenta y ocho, el general Comonfort, embozado en su capa militar, abandonaba la capital por las callejas malsanas y tristes del barrio de San Lázaro, el más impetuoso de los jóvenes caudillos reaccionarios (Miramón) deseaba vivamente capturarlo y lo habría hecho á no habérselo impedido con deprecaciones Zuloaga, EL COMPADRE, el predilecto del Presidente vencido, y el coronel Osollo que le debía una persistente y casi misteriosa deferencia personal. Lo que Miramón quería era guardarlo en rehenes, sin duda, para obligar á LA COALICIÓN y al partido constitucionalista á confesarse «sin bandera». Poco peritos en achaques de derecho constitucional y desconocedores á todo trance de la flamante Constitución, dieron poca importancia, si es que la dieron de alguna especie, á la personalidad de Juárez. Los que se informaron, y deben de haber sido muy pocos, supieron vagamente que un abogado indio, que había sido gobernador de Oajaca y que había dado la Ley que restringió los fueros (por donde era particularmente odioso al ejército), gracias á su estrecha unión con los PUROS, había logrado ser nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia, y gracias á su amistad con Comonfort había sido encargado de la cartera de Gobernación. ¿Quién era? Nadie. La ley de fueros la había redactado, ¿quién lo había de creer?, el abogado yucateco Escudero y Echanove, persona de excepcionales conocimientos jurídicos y que figuraba en las filas de los moderados; en cuanto á su inteligencia y carácter, bien sabido era que entre Payno, Baz

y el mismo Comonfort lo habían envuelto para que no supiese hallar la verdad del complot contra la Constitución. Era nadie, pues.

℄ Se supo, cuando Comonfort partió, que en Guanajuato se había reunido Juárez con un grupo de PUROS, ¿pero quiénes? Unos cuantos soñadores, no hombres de inacción, no, pero cuya acción por inexperiencia de la vida real y por sobra de conocimientos LIBRESCOS, como diríamos hoy á la francesa, tropezaba lastimosamente en cada piedra del camino; como enemigos directos nada valían; como propagadores de ideas malas, no como porta-antorchas, sí como porta-teas, convendría seguirlos y apagarlos. ¿Quiénes eran? ¡Ocampo en Guerra y Relaciones! Dar á Ocampo el Ministerio de la Guerra equivalía á suprimirlo, á no tomarlo por lo serio, á creer en las guardias nacionales, en los ejércitos populares, en los levantamientos en masa y otras grandes pamplinas; para barrer todo esto bastaban unas cuantas escobas en manos del ejército permanente. En lo que atañe á las relaciones exteriores, bien sabido es que las simpatías y esperanzas del señor Ocampo y de su yerno el Sr. Mata estaban en los Estados Unidos; eran yankófilos. Y seguían diciendo los triunfantes reactores : ¡Guillermo Prieto, ministro de Hacienda! Ya lo ha sido, cierto, pero ¿quién puede quitarle lo poeta? Y por consiguiente hay incompatibilidad fundamental entre su magín y el orden y la administración; todo lo derrochará; por ventura no tendrá nada que gastar. El otro ministro es el licenciado León Guzmán, uno de esos que sueñan en la realización de LA DEMOCRACIA en un país compuesto de masas de indios y mestizos condenados á vivir durante un siglo todavía en la servidumbre, pues no sólo no conocen sus derechos, sino que son incapaces de conocerlos, porque yacen en la más irreparable ignorancia; muchos de ellos no saben, no sólo que tienen patria, sino qué cosa es la patria. Sostener, pues, la religión de los derechos del hombre como lo hace este peligroso alucinado, que á pesar de sus protestas aborrece profundamente á los ministros del altar, como Zarco y Arriaga, es constituirse en loco de atar. El licenciado Ruiz, hechura de Juárez, es un abogado muy batallador, muy decidor, muy inteligente, EL VERBO de D. Benito, que es, por lo general, un mudo. Como buen abogado procurará enredarlo todo y lo logrará. Este Ministerio hace un contraste marcadísimo con el nuestro (ese NUESTRO puede ponerse en boca del presbítero Valdovinos, p. e.) :

℄ Tenemos en primer lugar al Sr. Zuloaga; no un gran militar, por cierto, pero sí un buen militar, un general de esos que han podido ser presidentes; mucho menor que Bustamante ó Paredes, pero mayor que Canalizo y Barragán. Tenemos á D. Luis G. Cuevas en Relaciones; éste es el gran batallador de los derechos de Méjico, y en la guerra con los franceses estuvo altivo, digno, severo, forzó un poco la nota rígida, estuvo bien; lo mismo en Querétaro, se opuso á la paz con los americanos con memorable elocuencia. Es un rectilíneo; es de esos que dicen PEREZCAN LAS COLONIAS, PERO SÁLVENSE LOS PRINCIPIOS; ahora diría «sálvese la Iglesia y perezca lo demás»; todo es perecedero por otra parte, y para gobernar vale más meditar la «Imitación de Cristo» que coquetear con Maquiavelo. Tenemos á D. Hilario Elguero, columna del partido conservador; columna esbelta y elegante, pero de fierro. Este señor es un perfecto GENTLEMAN y un jurista perfecto; no

parece que tenga fe, ni mucha ni poca, en el buen éxito de la causa, y creo que en el fondo desprecia un poco á las clases altas, de cuyos títulos no diremos que se ríe, pero sí que se sonríe y que HA ENTRADO por compromiso con muchos que no han querido entrar, como los Sres. Couto, Pesado y Carpio, radicales arrepentidos, y Arango, etc., etc. El Sr. Arzobispo ha puesto allí también su mano. Al Sr. Elguero, que tiene la seguridad de contar siempre con el respeto de todos, aun cuando sea un vencido, pertenece de seguro el párrafo del manifiesto del Gobierno conservador que dice: «el Gobierno apurará todas las medidas posibles para que cese el conflicto de las armas y se asegure la unidad nacional por medio del patriotismo y del convencimiento... Los actuales ministros protestan ante Dios y ante la Nación que han hecho el sacrificio más costoso al encargarse de las respectivas secretarías del despacho, y que la única recompensa á que aspiran es la unión de todos y volver á la vida privada.» Este manifiesto tan sincero, tan académico, tan moral, tan cándido, «el Gobierno, dice, opondrá á un plan que todo lo destruye OTRO QUE LO CONSERVA TODO»; este manifiesto es, sobre todo, un manifiesto católico; no está dirigido tanto á los ciudadanos como á los creyentes: «calmar los ánimos, añade, y presentar el Gobierno como una administración compuesta de hijos fieles de la Iglesia católica y deseosos de dejar á su patria y á su posteridad ejemplos dignos de sus mayores, es el deber más imperioso.» Y con un valor estupendo agrega: «Á la verdad y á la justicia apela el nuevo Gobierno y por ellas quiere que sean calificados todos sus actos. El día que engañe ó atropelle las leyes de la moral pública; el día que puedan decir los ciudadanos: esta administración oprime, es inicua, arbitraria, y no se dirige sino por las pasiones malignas y por el espíritu de partido, recaiga sobre el Gobierno el anatema nacional.» San Bernardo no hablaría de otro modo, y los puros deben recoger esa prenda y guardarla para el día de la liquidación final.

¶ Efectivamente, el partido conservador pensante, el educado por Alamán, había tomado la cabeza del movimiento; no era el santanismo, sino el que habría aceptado como Constitución las BASES ORGÁNICAS mediante la restricción de dos ó tres libertades en ellas consignadas; el santanismo era el conservatismo de los soldadones, de los que se proclamaban partidarios de la Iglesia para explotarla mejor, de los aventureros del cuartelazo y del sablazo (en ambos sentidos). No, el partido que había subido al poder (en virtud del cuartelazo de Tacubaya), era el de los abogados conservadores y de los obispos; podía poner sobre la cabeza del águila nacional, no un sombrero montado, sino una borla de doctor, y eso no habría sido un Gobierno sino un GREMIO Y CLAUSTRO si el elemento militar, casi todo santanista, por cierto, no hubiese clavado el manifiesto en la punta de las bayonetas, para difundirlo á fuego y sangre, con asombro de sus autores, que se fueron retirando á la vida privada de la que no tornaron á salir. Ese elemento militar no tenía por representante más conspicuo á Zuloaga, sino á Osollo y Miramón. Y la verdad es que una de las buenas fortunas de la reacción fué esta súbita inyección de savia aventurera, novelesca y joven, representada por aquellos dos muchachos, de treinta años el uno y de veintiséis el otro (Miramón), y por el grupo que los siguió.

¶ Osollo era un criollo (hijo de español) educado en el Colegio Militar, severo consigo mismo para poderlo ser con sus soldados, adorado de éstos, temido y respetado por los adversarios. Su valor era tranquilo, pero incansable; su audacia reflexiva, pero indomable; hijo del Colegio Militar, había seguido su carrera por grados rápidos, y cuando hubo llegado al puesto en que los oficiales mejicanos se pronunciaban para ser generales, el coronel Osollo sintió el derrumbe de Santa Anna sobre su cabeza. Tenía una religión el coronel de veinticinco años : el honor del ejército. Muy poco devoto del clero, al grado de que los liberales, y sobre todo D. Miguel Lerdo de Tejada, creyeron podérselo atraer, Osollo aceptó la alianza con la Iglesia como una fuerza más para la clase militar, que no podía concebir sino como clase privilegiada, y desde entonces conspiró sin tregua. Él sacó á la gran fracción del ejército que había traicionado á Comonfort, de la Sierra poblana y la hizo adueñarse de Puebla; él fué alma de la organización de la defensa, y en Ocotlán con el gallardo Aljovín y con Miguel Miramón y los jóvenes oficiales Revueltas, Sóstenes Rocha, Manuel González, José Montesinos y otros, que luego habían de marcar hondo surco en nuestras guerras civiles, estuvo á punto de adueñarse de la victoria que al fin se les escapó en los parapetos y trincheras de Puebla. Comonfort tenía una debilidad por este caballeresco oficial. ¿Algún dulce recuerdo de días juveniles? ¡Quién sabe! El Presidente fué siempre un gran amoroso; algo se murmuraba; lo cierto es que los esfuerzos que hizo para atraerse al joven adalid reaccionario fueron tan perseverantes como inútiles. Osollo, proscripto, volvió al país, y maniobrando con el ejército pronunciado en San Luis, contra las fuerzas de Parrodi y del digno y soberbio oficial Silverio Núñez, procuró salvarlo hasta que en la Magdalena cayó herido y vencido en poder de sus enemigos, que siempre lo vieron con simpatía. Mutilado y enfermo, esperó.

¶ Cuando se pronunció el general De la Parra contra Comonfort en los días ominosos que siguieron al golpe de estado, la ciudad de Méjico vió una tarde cruzar de Oriente á Poniente, caballeros en sendos corceles de campaña, á dos oficiales que iban seguidos hasta la Acordada por los VIVAS de las tropas sublevadas y por el asombro de los liberales, que los pudieron detener y no lo hicieron. El uno era un manco, recio, de mirada de águila y de fisonomía seria, bravía; era el otro un moreno de grandísimos ojos negros y airoso en su pequeño cuerpo, ágil y elegante, como era simpático su rostro risueño y decidido. Éste era Miramón, el otro Osollo, populares entrambos; sus hazañas temerarias se contaban en los salones y en las sacristías y en las porterías de Méjico y de Puebla, y tenían su leyenda romántica de bravura y de odio á los PUROS; eran esos mancebos los paladines del Altísimo, los soldados de Dios. Eran unos soldados de Dios, regocijados y de buen humor, sobre todo Miramón y sus íntimos, muchachos que habían llevado en Méjico LA GRAN VIDA, un poco tenoriesca, un mucho arriesgada en complots y travesuras peligrosas, á lo D'Artagnan, porque hay que advertir que aquellos intrépidos cruzados leían más á Dumas que al padre Croisset. Pero eran hijos de militares, se habían batido desde niños (Miramón en Chapultepec contra los americanos), habían vivido en una atmósfera de pronunciamientos y



revueltas, despreciando á los mercachifles y á los plumíferos y por consiguiente á los liberales, el partido de los abogados. Estos jóvenes entraron á servir al ejército cuando se llenó de gente decente, cuando era de moda para los elegantes ser oficial, en los tiempos de S. A. S.; vino después la unión forzosa del ejército con el clero, al aparecer la Reforma con Ayutla, y la suerte estaba echada; á batirse PRO ARIS ET FOCIS, como decía en «La Sociedad» D. José María Roa Bárcena, por el altar y por la patria. Miramón, mientras vivió Osollo, fué una figura de segundo orden. Al desaparecer éste, se dió cuenta de su ambición, de su poder y de su prestigio, ¡y quiso ser y fué! ¡Ay, fué flor de un día!

⁂

¶ ¡Tiempo ardiente y atroz, de sangre y desolación, de muerte, de vida, de gran empuje de savia, de lucha por altísimos ideales, que se expresaban condensados en los dos vocablos más grandes del lenguaje humano : Religión, Libertad; tiempo simpático de sollozos y cantares; sobre las ruinas humeantes clavaban sus banderas todas las añoranzas del pasado, todas las esperanzas del porvenir!

¶ Cuando partió Comonfort y EL INDIO JUÁREZ se perdió como una burbuja turbia en el viento del Este, la sociedad de Méjico respiró, se sintió feliz; los templos se llenaron de flores, las casas de fiestas, la burguesía aristocrática y la burguesía arrimada á los conventos era feliz. ¡Cuántas novenas y rosarios! ¡cómo resonaban serios y pedantes los sermones del obispo de Tanagra en la Profesa y las pláticas del Ilustrísimo Garza en el Sagrario y del Dr. Aguirre en San Miguel, y qué severa y melancólicamente rezaban los frailes grises de San Fernando á las puertas del cementerio, y qué bien rasgueaban las guitarras los frailes blancos de la Merced en los figones junto al canal y el PUENTE DE LA LEÑA! La Iglesia era feliz; pero estaba mohina. El Gobierno exigía millón y medio de pesos y el Cabildo de la Catedral se reunió, y se ofrecieron 150.000 pesos por lo pronto; pero ESO sí, decían aquellos trémulos subvenidores de la guerra civil, ni hipotecas, ni pagarés. Pues dinero, respondía el ministro agente del Gobierno, el devoto y honrado D. Juan Hierro, dinero contante... Sí, contestaba la Iglesia ¡y sí! De algún modo había que pagar las famosas CINCO LEYES, la que restableció los fueros, la que nulificó la desamortización, la que derogó la ley de obvenciones, etc., etc.

¶ Tiempo curioso. La polémica era de Gobierno á Gobierno; era un PROBO MAJOREM y NEGO MINOREM incesantes, de un ámbito al otro del país; una pelota de razonamientos volaba de los diputados á los obispos y de Cuevas á Ocampo, por encima del fragor de las armas. Unos cuantos diputados del Congreso por Comonfort disuelto, se reunieron en Querétaro y lanzaron á raíz del golpe de estado un primer manifiesto muy sobrio, muy digno, muy fuerte; el mejor de los de la época, no tan atildado como el del ministerio de Zuloaga, pero mucho más concreto, enérgico y llano; su retórica era perfectamente apropiada al estado de ánimo de los hombres de deber que lo firmaron. Entre tanto, la hombría de bien del general Parrodi, alarmado en su pundonor de juramentado, desde el día que tuvo

conocimiento de la conspiración cuyo exutorio fué EL PLAN DE TACUBAYA, había entrado en un período de energía asaz raro en él. Se puso al habla con otros gobernadores, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, y determinó formar UNA COALICIÓN; éste era un organismo perfectamente extra-constitucional, pero lo anormal de los tiempos le dió una especie de valor legal; esta liga de los Estados tuvo su pacto, su jefe (Parrodi), su convención, y esbozó un Gobierno por lo menos tan legítimo como el que en Méjico funcionaba, pero que se declaraba provisional, mientras el Vicepresidente recobraba su libertad. La recobró; perfectamente acogido por Arteaga (el futuro inmolado al terror imperial en Uruapan) pasó de Querétaro á Guanajuato, el cacicazgo de D. Manuel Doblado. Ahí se lanzó el primer manifiesto del nuevo Gobierno á la Nación; era un ADSUM solemne y firme; era el AQUÍ ESTOY del indio, y en consecuencia no habría manera de que DEJASE DE ESTAR mientras viviese, mientras fuese un derecho. «Obedeciendo, clamaba, al mandato de la Nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para hacerlo», y añadía : «Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera nieguen la obediencia á la ley, y si por alguna desgracia lamentable se obstinasen en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.»

* * *

Antes de salir de Guanajuato para dejar la palabra á los cañones de la coalición que organizaba la resistencia en la entrada del Bajío, y precisamente en la fecha en que Comonfort antes de abandonar las playas mejicanas lanzaba desde Jalapa sus melancólicas ÚLTIMA VERBA, que empezaban así : «El desenlace de los últimos sucesos ocurridos en la capital ha puesto fin al período de mi vida pública, en que me tocó figurar como primer magistrado de la Nación»; precisamente, decimos, en la fecha de esta especie de abdicación (2 de febrero de 1858) Ocampo, devolviendo golpe por golpe, analizaba, no sin elocuente sarcasmo, el pulcro y correcto manifiesto del gabinete de Zuloaga. «No comprende este Gobierno, escribía Ocampo, cómo los señores que en la capital han hecho el costoso sacrificio de declararse por sí y ante sí Gobierno, quieren que las nuevas desgracias que prevén y que protestan querer evitar, no hayan de ser de su responsabilidad. Ni basta, para eludirla, declamar contra los ataques que se califican de CONTRA LA IGLESIA, cuando no son sino contra los abusos que se cometen á su sombra. La Iglesia, dicen, ha sufrido una persecución que apenas parece creíble en Méjico; pero si la Iglesia es la reunión de los fieles, tal proposición carece completamente de verdad, porque nadie ha perseguido á los fieles, ni á los dogmas, ni á las creencias. Y si por la Iglesia se quiere entender el clero, tampoco es cierto que éste haya sido perseguido, ni que se haya perdido de repente la razón y la conciencia de los muchos que se han dolido de sus abusos y procurado ponerles término. Si ahora se quisiera decir que el clero ha sido el ministerio de paz y ca-

ridad que debiera, por sus obligaciones evangélicas, y que no ha mal empleado sus bienes en procurar nuestra mutua destrucción, se llevaría demasiado lejos el deseo de desfigurar hechos que, por desgracia, á todos constan.»

℄ Y esta fué la tesis constante del Gobierno constitucional : el clero, abusando de su poder sobre las almas, poder inmenso en un pueblo católico casi NEMINE DISCREPANTE, incita á los ciudadanos á la desobediencia y á la rebelión contra las autoridades legítimas : el obispo circunspectamente en sus pastorales y enérgicamente en sus homilías; el cura en sus pláticas doctrinales; el fraile y el simple clérigo, con fervor homicida, en el púlpito, en el confesonario, en las tertulias de confianza. Cuantos empezamos á vivir entonces, recordamos, efectivamente, casos concretos, comprobantes de la verdad de tamaño desacato. Pero había un hecho que lo dominaba, lo comprobaba todo : el clero en masa reconocía como Gobierno legítimo, como EL SOLO, al Gobierno nacido del plan de Tacubaya; lo bendijo en la cabeza de Zuloaga, y lo coronó de flores y lo encintó de salmos en la persona adorada de Miguel Miramón. ¿Era su deber? Nunca podrá serlo para el sacerdocio de Cristo predicar la guerra y menos la guerra civil; jamás las Cruzadas se compadecerán con el Evangelio; tendrán sus explicaciones y justificaciones humanas; pero la Iglesia es divina, tiene que ser SOBREHUMANA. Mas, supongamos que era su deber, que era SU IMPERATIVO CATEGÓRICO atacar un régimen de donde habían venido la Ley-Juárez (fueros), la Ley-Lerdo (desamortización), la Ley-Iglesias (obvenciones); si ése era un deber moral y religioso, tenía que ser absoluto; tenía que atravesar incólume el tiempo y las condiciones sociales: pues bien, hoy, ese mismo régimen anatematizado y maldito está involucrado en nuestras instituciones y más clara y precisa y más ampliamente que durante la «guerra de tres años». ¿Dónde están hoy las maldiciones y los anatemas? ¿Quién desconoce la Constitución como la ley suprema? ¡Verdad entonces y COMPONENDA hoy! ¿Quién pagará el precio de la sangre derramada?

* * *

℄ Juárez se estableció en Guadalajara, para colocarse detrás de la cortina formada por los ejércitos coaligados y á algunos días de una derrota posible. Es excesivamente singular, íbamos á decir insensato, que se haya reprochado al Presidente interino el afán de poner en salvo su personalidad; era su obligación primordial, lo fué en la guerra de tres años, como lo fué después durante el imperio. La desaparición temporal pero completa de los órganos superiores de la Constitución, lo convertían precisamente en la personificación de la Constitución misma; en él vivía; desapareciendo él, desaparecía todo cuanto de la Constitución quedaba, y mientras la reacción para SER un derecho necesitaba autorizarse con la religión y con una institución perdurable, la Iglesia, los defensores de la Constitución habrían perdido lo único que al símbolo religioso podían oponer : el prestigio misterioso de la Ley. Ése era el que encarnaba Juárez. Si hubiese él faltado, la resistencia, ó habría sido imposible, falta de clave, y la reacción triun-

fante habría retrotraído nuestra historia al año de 21, como querían los ministros de Zuloaga, ó, para triunfar, los partidarios de la Constitución habrían pasado por un espantoso período anárquico, antes de llegar á constituir un centro cuya legitimidad viniese del CONSENSUS de todos: tarea formidablemente difícil, que evidentemente habría acarreado las intervenciones contrapuestas de americanos y europeos y que por fortuna era inútil emprender por sólo el hecho de que Juárez existía. Juárez era un símbolo, era algo más concreto, era un título, era el título del partido reformista á la lucha, era el derecho á la victoria. Por lo demás, estas verdades simples no se ponían en duda entonces.

¶ Juárez llegó á Guadalajara el 14 de Febrero de 1858; cesó por ende el Gobierno CONVENCIONAL que la coalición se había dado, y el presidente interino de la República comenzó á funcionar en más vasta escala y convocó á los otros poderes de la Unión á Guadalajara (Congreso y Suprema Corte). Entretanto, el ejército constitucionalista, que pasaba de siete mil hombres, se concentraba en Celaya en posiciones de antemano escogidas y que el general en jefe, Parrodi, reputaba inexpugnables. Lo que se llamaba coalición, que no existía ya desde el momento que el Presidente apareció en la escena, se había visto obligada á recurrir á cuanto medio estaba á su alcance para hacerse de hombres y dinero; ¿hombres?; LA LEVA, que proporcionaba soldados bisoños y sometidos á todas las formas del pánico. Casi siempre los liberales daban sus batallas con reclutas más ó menos voluntarios, excepcionalmente voluntarios; cuando, á fuerza de derrotas, aprendieron á no huir del fuego, lograron la victoria; pero en LA COALICIÓN, menos tres ó cuatro cuerpos en parte fogueados, lo demás era bien deleznable; era el período inicial del ejército reformista; iba á recibir el bautizo de fuego: Osollo, Márquez, Miramón, Mejía, Cobos, fueron sus padrinos de pila. Lo que daba gran ventaja á los batallones reaccionarios era la tradición conservada por un grupo lentamente renovado desde la proclamación de la República en cada cuerpo y con el cual se conglutinaba EL RECLUTAJE, la gente proporcionada por la leva. Ese grupo veterano formado entre los reactores desde antes de la guerra, entre los liberales se formó en la guerra.

¶ Esto en cuanto á los hombres, de antemano vencidos; en cuanto á los recursos, aun se ponía tímidamente la mano sobre los tesoros de la Iglesia, por miedo de acabar de enajenarse las poblaciones, devotas en su inmensa mayoría; Doblado, hombre que siempre fué superior al escrúpulo, impuso un préstamo forzoso y violento, y extrajo de la casa de moneda de Guanajuato unos 50.000 pesos, propiedad de un tal Jecker, banquero suizo; supo poner de su lado al ministro británico, que saltó á la arena con una tremenda reclamación en la mano. Y fué el primer contacto del Gobierno de Juárez con las aspérrimas exigencias europeas. Y así empezó lo que llamaremos la vida pública de Jecker; el que esto escribe vió en París el muro junto al cual fué fusilado por los comunistas, que le achacaban LA MALDITA GUERRA DE MÉJICO.

¶ Parrodi era un honrado proveedor militar, no era un general; sus posiciones eran formidables; Osollo dibujó un movimiento envolvente, lo obligó á salir de ellas y buscar otras sin ventaja marcada en Salamanca, y allí lo venció en los

comienzos de Marzo. Su retirada fué muy correcta y más correcta todavía la conducta del joven vencedor Osollo, que hizo tributar honores al cadáver del coronel Calderón, muerto al conducir la carga heroica de los dragones reformistas, dentro de las filas de los soldados de la reacción. Una anécdota no desmentida contaba que, como se negara el cura de Salamanca á celebrar exequias religiosas por el alma valiente de Calderón, el general Osollo lo amenazó con fusilarlo si resistía á sus órdenes. Fusilar á un cura no era para el caudillo reactor cosa imposible. El desastre de Salamanca fué una tronante clarinada de dispersión; los del Norte, al Norte corrieron; los del Bajío, allí quedaron; Doblado capituló entregando todos sus recursos y tropas á Osollo, que las recibió noblemente, con un ademán caballeresco de su única mano. Parrodi seguía de prisa, pero procurando perder lo menos posible de sus recursos, en dirección de Guadalajara.

❧❧❧

¶ Tiempo era de que llegara; la vida del presidente Juárez había corrido gravísimo peligro; la ciudad no era segura para los próceres constitucionalistas; el clero y sus agentes conspiraban descaradamente y habían sobornado ya á un joven oficial, que, profundamente enemigo de los enemigos del ejército (esto eran, para todos los militares de entonces, los reformistas), tascaba el freno de la sumisión al Gobierno de Juárez: el oficial se llamaba Landa. Pero el elemento liberal, compuesto de unos cuantos abogados, de unos cuantos literatos, de una buena parte de la burguesía pobre y un grupo considerable de artesanos y empleados que militaban en los batallones de la Guardia nacional, se mantenía unido frente á la Iglesia, á la burguesía aristocrática y á la plebe que constituían, en todo EL INTERIOR, el ejército social de la reacción, de LA HERMOSA REACCIÓN, como en una proclama presidencial dijo Miramón más tarde.

¶ Primero un rumor, una penumbra, una sombra que venía, como si con doce horas de distancia se oyeran las pisadas de un caballo que viniese á todo correr; comenzó á circular la noticia de una rota terrible de los reformistas; todos estaban, puede decirse, en guardia, cuando llegó un papel de Degollado anunciando expresivamente el descalabro. El Presidente, con el propósito de no detener nada y de no precipitar nada, hizo llamar á sus ministros á consejo; en un salón del palacio de Gobierno leía Ocampo, ministro de la Guerra, una circular sobre el acontecimiento, mientras Guillermo Prieto redactaba en una pieza cercana un MANIFIESTO á la Nación, cuando se presentó el jefe político Contreras Medellín manifestando que el 5.° de línea con su jefe accidental Antonio Landa se había pronunciado contra el Gobierno, y que, siendo el piquete que custodiaba el Palacio del batallón pronunciado, pronto Juárez y sus ministros caerían en poder de los rebeldes. El general Silverio Núñez, hombre de una entereza tan grande como su cuerpo, salió á tratar de reducir al orden á los desertores; viéndolo solo, se apoderaron de él y marcharon sobre Palacio; la gritería, el estruendo de los primeros disparos, indicaron á los prisioneros que estaban á merced de aquellos des-

fante habría retrotraído nuestra historia al año de 21, como querían los ministros de Zuloaga, ó, para triunfar, los partidarios de la Constitución habrían pasado por un espantoso período anárquico, antes de llegar á constituir un centro cuya legitimidad viniese del CONSENSUS de todos; tarea formidablemente difícil, que evidentemente habría acarreado las intervenciones contrapuestas de americanos y europeos y que por fortuna era inútil emprender por sólo el hecho de que Juárez existía. Juárez era un símbolo, era algo más concreto, era un título, era el título del partido reformista á la lucha, era el derecho á la victoria. Por lo demás, estas verdades simples no se ponían en duda entonces.

℄ Juárez llegó á Guadalajara el 14 de Febrero de 1858; cesó por ende el Gobierno CONVENCIONAL que la coalición se había dado, y el presidente interino de la República comenzó á funcionar en más vasta escala y convocó á los otros poderes de la Unión á Guadalajara (Congreso y Suprema Corte). Entretanto, el ejército constitucionalista, que pasaba de siete mil hombres, se concentraba en Celaya en posiciones de antemano escogidas y que el general en jefe, Parrodi, reputaba inexpugnables. Lo que se llamaba coalición, que no existía ya desde el momento que el Presidente apareció en la escena, se había visto obligada á recurrir á cuanto medio estaba á su alcance para hacerse de hombres y dinero; ¿hombres?; LA LEVA, que proporcionaba soldados bisoños y sometidos á todas las formas del pánico. Casi siempre los liberales daban sus batallas con reclutas más ó menos voluntarios, excepcionalmente voluntarios; cuando, á fuerza de derrotas, aprendieron á no huir del fuego, lograron la victoria; pero en LA COALICIÓN, menos tres ó cuatro cuerpos en parte fogueados, lo demás era bien deleznable; era el período inicial del ejército reformista; iba á recibir el bautizo de fuego; Osollo, Márquez, Miramón, Mejía, Cobos, fueron sus padrinos de pila. Lo que daba gran ventaja á los batallones reaccionarios era la tradición conservada por un grupo lentamente renovado desde la proclamación de la República en cada cuerpo y con el cual se conglutinaba EL RECLUTAJE, la gente proporcionada por la leva. Ese grupo veterano formado entre los reactores desde antes de la guerra, entre los liberales se formó en la guerra.

℄ Esto en cuanto á los hombres, de antemano vencidos; en cuanto á los recursos, aun se ponía tímidamente la mano sobre los tesoros de la Iglesia, por miedo de acabar de enajenarse las poblaciones, devotas en su inmensa mayoría; Doblado, hombre que siempre fué superior al escrúpulo, impuso un préstamo forzoso y violento, y extrajo de la casa de moneda de Guanajuato unos 50.000 pesos, propiedad de un tal Jecker, banquero suizo; supo poner de su lado al ministro británico, que saltó á la arena con una tremenda reclamación en la mano. Y fué el primer contacto del Gobierno de Juárez con las aspérrimas exigencias europeas. Y así empezó lo que llamaremos la vida pública de Jecker; el que esto escribe vió en París el muro junto al cual fué fusilado por los comunistas, que le achacaban LA MALDITA GUERRA DE MÉJICO.

℄ Parrodi era un honrado proveedor militar, no era un general; sus posiciones eran formidables; Osollo dibujó un movimiento envolvente, lo obligó á salir de ellas y buscar otras sin ventaja marcada en Salamanca, y allí lo venció en los

comienzos de Marzo. Su retirada fué muy correcta y más correcta todavía la conducta del joven vencedor Osollo, que hizo tributar honores al cadáver del coronel Calderón, muerto al conducir la carga heroica de los dragones reformistas, dentro de las filas de los soldados de la reacción. Una anécdota no desmentida contaba que, como se negara el cura de Salamanca á celebrar exequias religiosas por el alma valiente de Calderón, el general Osollo lo amenazó con fusilarlo si resistía á sus órdenes. Fusilar á un cura no era para el caudillo reactor cosa imposible. El desastre de Salamanca fué una tronante clarinada de dispersión; los del Norte, al Norte corrieron; los del Bajío, allí quedaron; Doblado capituló entregando todos sus recursos y tropas á Osollo, que las recibió noblemente, con un ademán caballeresco de su única mano. Parrodi seguía de prisa, pero procurando perder lo menos posible de sus recursos, en dirección de Guadalajara.

⁂

¶ Tiempo era de que llegara; la vida del presidente Juárez había corrido gravísimo peligro; la ciudad no era segura para los próceres constitucionalistas; el clero y sus agentes conspiraban descaradamente y habían sobornado ya á un joven oficial, que, profundamente enemigo de los enemigos del ejército (esto eran, para todos los militares de entonces, los reformistas), tascaba el freno de la sumisión al Gobierno de Juárez: el oficial se llamaba Landa. Pero el elemento liberal, compuesto de unos cuantos abogados, de unos cuantos literatos, de una buena parte de la burguesía pobre y un grupo considerable de artesanos y empleados que militaban en los batallones de la Guardia nacional, se mantenía unido frente á la Iglesia, á la burguesía aristocrática y á la plebe que constituían, en todo EL INTERIOR, el ejército social de la reacción, de LA HERMOSA REACCIÓN, como en una proclama presidencial dijo Miramón más tarde.

¶ Primero un rumor, una penumbra, una sombra que venía, como si con doce horas de distancia se oyeran las pisadas de un caballo que viniese á todo correr; comenzó á circular la noticia de una rota terrible de los reformistas; todos estaban, puede decirse, en guardia, cuando llegó un papel de Degollado anunciando expresivamente el descalabro. El Presidente, con el propósito de no detener nada y de no precipitar nada, hizo llamar á sus ministros á consejo; en un salón del palacio de Gobierno leía Ocampo, ministro de la Guerra, una circular sobre el acontecimiento, mientras Guillermo Prieto redactaba en una pieza cercana un MANIFIESTO á la Nación, cuando se presentó el jefe político Contreras Medellín manifestando que el 5.° de línea con su jefe accidental Antonio Landa se había pronunciado contra el Gobierno, y que, siendo el piquete que custodiaba el Palacio del batallón pronunciado, pronto Juárez y sus ministros caerían en poder de los rebeldes. El general Silverio Núñez, hombre de una entereza tan grande como su cuerpo, salió á tratar de reducir al orden á los desertores; viéndolo solo, se apoderaron de él y marcharon sobre Palacio; la gritería, el estruendo de los primeros disparos, indicaron á los prisioneros que estaban á merced de aquellos des-

enfrenados, que clamaban á porfía: «¡Muera la Guardia nacional! ¡Muera la Constitución de 57! ¡Viva el ejército!» Esos gritos condensaban todo el programa positivo de la reacción militante.

℄ El primer cuidado de Landa fué despachar correos á Osollo participándole que Juárez estaba en su poder, y este jefe se apresuró á transmitir la noticia á Méjico. La verdad es que en la capital se le dió poca importancia; lo que interesó vivamente fué el triunfo de Salamanca; en cuanto AL INDIO ESE, muerto ó vivo, ¿qué más daba? Landa notificó á los prisioneros que iba á tomar sus disposiciones para pasarlos por las armas, y proveyó á la defensa del Palacio. Creía el rebelde que Parrodi andaba fugitivo y que pronto EL EJÉRCITO estaría en Guadalajara... El gobernador Camarena, el jefe político y los jefes de la Guardia nacional procuraron y lograron aislar el movimiento y batían sin cesar á los pronunciados. Pero en cuanto llegó á noticia de Landa que Parrodi con dos mil hombres se retiraba rápidamente hacia Guadalajara, comprendiendo que Osollo ya no podría darle alcance, se sintió perdido y, primero con amenazas que rechazó con tranquila serenidad Juárez, y luego sacando á relucir consideraciones humanitarias, logró que el Presidente y sus compañeros suplicasen al gobernador Camarena que tomase en cuenta la posibilidad de un armisticio. Aceptado éste, trataron los comisionados respectivos sobre las condiciones en que quedarían en libertad el Presidente y los ministros, y en lo más empeñado de las conversaciones, el estridor de la fusilería y los gritos en Palacio lo interrumpieron todo. ¿Qué pasaba? Un joven demagogo, lleno de corazón y de impulso, Cruz-Aedo, tan ardiente en la tribuna como temerario en el combate, sin conocer el armisticio, se propuso, con un puñado de nacionales, sorprender el Palacio y poner en libertad al Presidente. Esta terrible imprudencia estuvo á punto de acarrear el más trágico de los desenlaces; ciegos de ira al sentirse atacados con felonía, según pensaban, algunos oficiales subieron corriendo al lugar en que estaban los prisioneros, gritando MUERAS y penetraron en él con un pelotón de soldados. Muchos pretendieron ponerse en salvo y con ellos al Presidente; éste, de pie junto á una puerta, al ver á los soldados tender los fusiles, alzó tranquilo la cabeza para que la muerte lo hallase impasible como la vida lo había visto siempre. Detrás de él se agolpaban algunos ministros; otras personas quedaron clavadas, por la sorpresa, de espaldas á la pared. (Uno de éstos, el entonces teniente coronel D. Refugio González, me contó el suceso tal como lo refiero.) Todo fué instantáneo; la actitud de los soldados, los gritos del desaforado Peraza, las voces de mando de Filomeno Bravo y la gran voz de Guillermo Prieto, que, surgiendo de improviso, detuvo con el ademán imperativo de los tribunos de raza pura, el supremo gesto de muerte del oficial. Y con las manos tendidas hacia las bocas de los fusiles y cubriendo con el cuerpo al Presidente, dijo algunas palabras entrecortadas por la intensidad de la emoción; á medida que los fusiles cambiaban de dirección y que el silencio de todos crecía, los vocablos «sois unos valientes, los valientes no asesinan, sois mejicanos, éste es el representante de la ley y de la Patria», se tornaron en germen de magníficos y palpitantes períodos de una arenga que desarmó á los soldados, que subyugó á los oficiales, que animó á todos... Era el efecto, casi físico, de aquella voz mu-



sical, comunicadora como ninguna de emoción, que estaba hecha para penetrar en el corazón del pueblo, de donde salían aquellos hombres. Cuando Landa llegó, el peligro había pasado. No llegó á tiempo para asegurarlo, sí para asegurar que no se renovaría.

❧❧❧

℄ Ante una derrota que de seguro iba á poner temporalmente, no sólo el Bajío, sino todo el Estado de Jalisco en poder de la reacción, no había más que un camino racional : colocar fuera del alcance de las peripecias de la guerra, en cuanto fuere posible, la personalidad que era la única reliquia viva de la Constitución muerta y el único germen posible de la Constitución rediviva. Cuando en su artículo 128 el pacto federal decía que la Constitución no perdería su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpiese su observancia, se refería, sin duda, á una fuerza latente, á una especie de virtud en potencia difusa en el pueblo, pero de mayor trascendencia, si se personificaba en un hombre, porque entonces el paso entre dos estados de vida plena, al través del período de inobservancia, se verificaba sin solución de continuidad. Este hilo de unión era Juárez; romperlo equivaldría á la vuelta al estado caótico; si existiendo él y encontrándose en él todo el derecho emanado de la Constitución, ésta estuvo á pique de naufragar, no por los ataques de los adversarios, sino por las tremendas vacilaciones de los constitucionalistas mismos, ¿qué habría pasado si hubiese faltado el magistrado que contenía en sí mismo, por ser la única emanación superviviente de la ley, todos los derechos perdidos, todos los deberes desvanecidos? Así lo vieron muy bien, lo vieron muy claro los liberales en aquel momento; después han podido ofuscarse y empañarse estas verdades; entonces los únicos que acabaron por mostrar un despecho rabioso de que el Presidente se hubiese puesto en salvo y parapetado en Veracruz, fueron los reaccionarios; se llegó á reprochar á Juárez, á un civil, al Presidente civil por excelencia, el no haberse quedado á correr la suerte de las batallas y á formar LA IMPEDIMENTA del general Degollado: esta ocurrencia es estupenda; no debe ni contestarse, ni calificarse apenas.

℄ Juárez tuvo evidentemente instantes en que, no sólo no vió la muerte con miedo (el miedo á la muerte no es propio de su raza, ni en general de la familia indígena), sino que debió de sentir en aquella brega sin salida casi, todo lo que en la muerte había de libertad y descanso, y le presentó su rostro impávido y serio en Guadalajara é intentó dar dos pasos hacia ella en Santa Ana Acatlán, en donde Landa tornó á amagarlo, para capturarlo, ahora sí, definitivamente, y ganar con su presa la faja verde de general.

℄ Porque todo se precipitaba; Landa, en virtud de lo pactado con Camarena, salió de Guadalajara con los honores de la guerra, digamos así; esperaba, merodeando por el Sur, pero sin apartarse de la capital de Jalisco, el momento de unirse á sus correligionarios; cuando supo que una fuerza salía en su persecución para despejar el camino del Presidente, que se dirigía á Colima, la dejó pasar y cayó en Santa Ana Acatlán sobre Juárez y su escolta. Iniestra, que la mandaba, organizó

la defensa en unión de Leandro Valle, joven oficial que, de vuelta de un viaje á Europa, había abrazado con todo el ímpetu de su alma la causa democrática, á pesar de sus ligas de afecto creadas en el Colegio Militar con el ya general Miramón, y que, desde aquellos días hasta su heroica y trágica muerte, no desmintió un instante ni su devoción por los ideales reformistas ni la exaltación risueña y exuberante de su temperamento, compuesto de buen humor y de bravura. Landa renunció á apoderarse aquel día del Presidente; LA GUERRILLA DE LA PLUMA, como Valle llamaba á los pocos empleados que seguían á Juárez, había cumplido bizarramente con su deber, secundando los esfuerzos de los militares; jóvenes burócratas hubo, llenos de timidez y que tenían el aspecto de simples RATAS DE OFICINA (D. Matías Romero, que luego prestó, como ministro nuestro en Washington, tamaños servicios á la República, v. g.), que supieron batirse como si toda su vida hubieran sido soldados.

℄ Había en aquella tremenda crisis mucho fango removido de intereses mezquinos, de codicias brutales, de necesidades egoístas, de pasiones bajas; pero el esplendor puro de las ideas en lucha se reflejó en bastantes conciencias, y jamás ha presentado nuestra historia, desde el maravilloso quinquenio que se cerró con el cadalso de Ecatepec, tanto amor al sacrificio, tanto desinterés y noble idealidad, entrando como elemento de primer orden en el conflicto de almas que, dolorosamente salpicado de sangre y lágrimas, se llamó «la guerra de tres años». Bajo este aspecto moral le es bastante inferior el período de la Intervención francesa.

℄ Seguramente el ataque infructuoso de Landa iba á renovarse y esta vez con casi seguro buen éxito; así opinaba el general Iniestra, así se lo dijo á Juárez; resolvió éste no huir, aunque aconsejó á sus ministros que se pusieran en salvo; prefirieron todos correr la suerte del Presidente, que había decidido compartir la del pequeño grupo armado que lo rodeaba; por apego á aquellos bravos, ¡por cansancio y repugnancia á la fuga, por uno de esos paréntesis que hay en la vida de los hombres de acción, en que se abandonan al azar, al destino y esperan, inhibidos, la liberación suprema de la muerte! ¡La tarea era complexa y tan larga, tan difícil, tan vasta, no digo para un hombre, sino para dos generaciones de hombres, que abrumaba el peso de tamaña responsabilidad y más valía prescindir muriendo...! Landa no renovó el ataque y el Presidente y los suyos siguieron el camino de Colima.

℄ El día de Santa Ana Acatlán fué decisivo para la reacción; allí el destino le presentó la oportunidad de hacer suya nuestra historia por un largo período, y con soberana imprevisión desdeñó la oportunidad y el tumbo de dados que le dió el número más alto. Bastaba que Landa hubiese cortado la retirada á Juárez aquella noche, lo que no hizo porque no quiso; bastaba que Osollo hubiese destacado un regimiento de caballería, que en una sola etapa se habría reunido á Landa, y, con la captura de Juárez, meten en un cuartel de la capital, por tiempo indefinido, la bandera de la Constitución. ¡Se habría perdido una generación entera para el triunfo de la Reforma! ¿Por qué no lo hicieron? Porque daban muy poca importancia á Juárez; porque para los criollos Miramón y Osollo, Juárez era EL INDIO JUÁREZ, y un indio era un ente que siempre podría ser eliminado á

tiempo; porque no despreciarlo habría sido despreciarse á sí mismo. Y lo dejaron partir. ¡Felizmente!

⁂

℄ En Colima supo Juárez que Parrodi, desertando su deber, había entregado los restos del ejército de la coalición á Osollo y se había retirado á la vida privada. Este Parrodi, pacato, religioso y honrado, en el sentido vulgar de la palabra; que no era, como ya dijimos, una cantidad apreciable como militar, sino tan sólo un administrador militar, no era el hombre de aquel momento, ni de aquellas circunstancias; no era un hombre perceptible en aquella gigantesca tormenta; entonces los generales tenían que ser caudillos y los caudillos apóstoles y los apóstoles mártires. ¿Había un hombre así? Juárez hizo de D. Santos Degollado un dictador militar. Éste era el hombre.

℄ El gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, un momento ofuscado por su devoción á Comonfort, había aceptado el plan de Tacubaya; pronto los liberales veracruzanos, Emparan, La Llave, Díaz Mirón ejercieron gran presión sobre él para hacerlo volver de su error; el resultado fué que, en Abril de 58, ya Veracruz se había ofrecido á Juárez y la reacción había enviado sobre ella á un buen perito militar, al general D. Miguel Echagaray, que tomó lentamente medidas para conquistar aquella ciudad inconquistable para nuestros elementos de guerra entonces, sobre todo si no se lograba dominar el mar. Juárez se embarcó á mediados de Abril en el Manzanillo. Degollado quedaba investido con el ministerio de la Guerra y la suprema jefatura del ejército, CON FACULTADES OMNÍMODAS, como se decía, en Guerra y Hacienda, y amplísimas en los otros ramos; el proconsulado militar de Degollado abarcaba la República entera. D. Pedro Ogazón, un civil, pero que por su silenciosa, modesta y seca entereza parecía llamado á ocupar un puesto importante en los sucesos de Occidente, fué nombrado gobernador de Jalisco; los sucesos se encargaron de hacer buenos aquellos nombramientos de personas casi ajenas al ramo militar. Cierto, era esto audaz y era fuerte y tenía un imponente sello de grandiosa imprudencia, en los momentos en que la suerte del país, sin que en ello haya retórica de ningún género, iba á depender del duelo, cada vez más trágico y sangriento, entre el ejército veterano perfectamente homogéneo y superiormente mandado, y las tropas colecticias, guardias nacionales, más armadas de entusiasmo que de cañones, de que disponían los liberales, amén de los enjambres de guerrillas que ya pululaban en los surcos abiertos por la guerra civil y que deservían la causa liberal sembrando dondequiera el exterminio y el terror. Á los nombres de Rojas y Rochín, es fama que hasta los animales temblaban en las aldeas y rancherías como cuando los apaches se acercaban á los aguajes de la frontera. Mas la decisión de entregar á los civiles el mando del ejército, era obra natural de un presidente civil; otros habíamos tenido, pero ninguno tan neta, tan forzosamente civil como Juárez; Juárez había nacido de un movimiento político contra el ejército que Comonfort quiso enfrenar ponien-

do al ejército al servicio de las ideas nuevas ó viceversa; y el ejército le estalló en las manos como un proyectil. Acabar, pues, la obra genuina de Ayutla, la obra de la revolución, poniendo un ejército de civiles mandado por civiles frente á los profesionales de la guerra, era cumplir con un programa revolucionario.

℄ Y hay que pensar que este programa no podía llevarse rigurosamente á efecto, que no se improvisan ejércitos populares, sino haciéndolos fermentar con la levadura de los ejércitos permanentes. Tal es la historia de la Revolución francesa, que luego fué maravilloso instrumento de combate en manos del Capitán del Siglo. Algo así sucedió en «la guerra de tres años»; nada se desdeñó de cuanto, ó por convicción ó por interés, pudo venir del campo enemigo ó del grupo de los que se reputaban conocedores del nuevo arte de la guerra (Uraga, Ampudia, Álvarez, Valle...); mas la dirección, la organización, la palabra decisiva en los problemas de la campaña, ya estratégicos, ya tácticos, la tuvo Degollado y éste pudo ser un veterano, pero nunca un capitán. Conoció todas las privaciones, todas las necesidades del soldado, las vivió, las amó; fué como uno de esos jefes insurgentes que pasaban del altar, del despacho, de LA HACIENDA, á los campamentos, y á poco parecían haber nacido soldados, por lo bien que se connaturalizaban con los sufrimientos, con la crueldad de sus contrarios y con la suya misma, y con el valor, y con la muerte. Y fué verdaderamente singular que un jefe supremo del ejército, en virtud de la delegación expresa que de sus atribuciones hizo en él el Presidente Juárez, comenzase por declararse imperito é inhábil en los asuntos de la guerra en un manifiesto que circuló profusamente. En verdad, el partido liberal dejaba todos sus TRIUNFOS en las cartas del enemigo.

℄ Juárez tuvo en el nombramiento de Degollado un soberano acierto; su intuición fué infalible. Ya lo dijimos; se necesitaba, frente á las huestes disciplinadas y mandadas de la reacción, una sola cosa : voluntades. Frente al poder militar, la potencia moral. Una potencia moral capaz de hacer surgir por dondequiera el elemento de lucha arrancándolo por deseo de revuelta, por miedo, por fuerza, por apego á las ideas nuevas de las poblaciones rurales, de las pequeñas plebes urbanas, de las grandes, cuando alguna ciudad importante, San Luis, Guanajuato, Guadalajara, León, pudiera ser debelada. Y llevar estas masas al contacto resuelto, pronto, febril, con los ejércitos organizados para enseñarlas á combatir combatiendo, para hacer de la derrota una perpetua enseñanza, para determinar así una selección cuyo resultado fuese la formación del nuevo ejército bien armado, bien fogueado, bien golpeado, un ejército hecho á martillazos, bronce repujado.

℄ Mas la condición primera de este resultado era que el resorte moral no se aflojara, no se rompiera; que el jefe, es decir, el caudillo tuviese bastante confianza en el resultado final; que lo creyese fatal, indeclinable, obra de Dios, acto de la Providencia, necesario, en suma, en el Plan divino. Y que de esta convicción extrajese la fuerza de convertir los reveses en alientos nuevos, para las batallas perennes, hasta que surgiera de la derrota constante la victoria única, la que lo concluiría todo.

℄ Eso fué lo que vió Juárez en el SER MORAL de Degollado, y esa clarividencia fué la fortuna de la República; Degollado era invencible como hombre; como gene-

ral no sabía más que dejarse vencer. Sus palabras al ejército al tomar el mando parecen un SURSUM CORDA : «Las circunstancias difíciles que nos cercan y más que todo mi insuficiencia y mi falta de pericia militar, debieran hacerme rehusar el mando del ejército federal, si no fuese indecoroso para un hombre de honor volver la espalda al peligro y pensar en la prolongación de la vida cuando vivir en la esclavitud es morir y desmerecer la estimación pública, peor que todas las muertes. Aquellos de vosotros, compañeros de armas, que no tengáis fe en la santa causa de la democracia, aquellos que no sintáis latir un corazón patriota y desinteresado, aquellos que no podáis ver con indiferencia los horrores de la insurrección general que amenaza los intereses y las familias de todos los ciudadanos, aquellos de vosotros que no sintáis humillación ni vergüenza hincando la rodilla ante el poder tiránico de las preocupaciones y los abusos, apartaos, salid de entre los hombres libres y gozad la tranquilidad de los sepulcros. Mas los que tengáis convicciones, los que sintáis la conciencia del deber y la justicia..., afirmad esas armas que la Nación ha puesto en vuestras manos, acudid al sostenimiento del Gobierno legítimo, que es el depositario de las leyes... Seamos, compañeros, los guardianes fieles de las leyes, los defensores intransigentes de los derechos de la humanidad y el brazo fuerte de la civilización del siglo.»

❧❧❧

¶ El Presidente Juárez se embarcó en el Manzanillo (Abril de 58), no para ir al extranjero, sino para ir á otro puerto de la República, aun cuando fuese pasando por un país extranjero. Su legitimidad constitucional quedaba intacta por este viaje. El artículo que prohibe al Presidente dejar la residencia de los poderes federales y separarse del ejercicio de sus funciones, sin licencia previa del Congreso de la Unión, no podía tener aplicación al caso. En Juárez, en su título de Presidente, único que existía en el orden constitucional, estaban sumados y concentrados todos los poderes legítimos, y ni podía dejar la residencia de los poderes federales, porque él era LOS PODERES FEDERALES, ni abandonar sus funciones, porque no las abandonó, y porque no existiendo el Congreso á quien pedir licencia, él se la habría tenido que pedir á sí mismo.

¶ Después de haber atravesado el istmo de Panamá y de haber tocado en la Habana (sin desembarcar, por supuesto, dada la extrema desconfianza que las autoridades españolas le inspiraban) y en New Orleans luego, se presentó en Veracruz, en donde ni había ni podía haber duda sobre su legitimidad. Era el 4 de Mayo de 1858. Ese día quedó la reacción condenada á debatirse en sus triunfos militares de un día, en sus victorias sin salida; Veracruz le quitaba el contacto con el comercio del mundo. Mientras durase el dinero de los obispos estaba bien; pero por mil circunstancias éste tendría que agotarse; los bienes raíces, bajo la amenaza de no ser tenidas como buenas por el Gobierno constitucional las operaciones que con ellos se hicieran para subvenir á las necesidades del Gobierno de hecho, no podrían ser indefinidamente transmutables en metálico, y entonces la

reacción se asfixiaría; para ésta era necesario, indispensable, SINE QUA NON, adueñarse de Veracruz. Precisamente con el objeto de poder aglomerar sobre ella todas sus fuerzas, la reacción luchaba desesperadamente en Jalisco, en San Luis, en Zacatecas, en Oajaca; pero, ¿y el mar? No había más que una esperanza: España. Bien lo sabían los liberales y por eso no quitaban los ojos de los Estados Unidos; allí estaba tratando de hacerse recibir como plenipotenciario el hijo político de Ocampo, el Dr. Mata, hombre consagrado con ardor profundamente reflexivo y con una especie de devoción humanitaria al triunfo de los principios reformistas. Y ese ardor era completamente intelectual, su llama era cerebral, digámoslo así, no sentimental, porque su temperamento era frío, era polar. Conocía mucho á los americanos y en ellos había pensado mucho y los admiraba, lo que encontramos perfectamente lógico; pero el Sr. Mata no era dueño de hacer caber en su pecho, ante la insólita grandeza de aquella parte estrenua de la humanidad que se aloja entre el Bravo y el San Lorenzo, otro sentimiento que el de la admiración; era una incondicional admiración la suya.
€ El año de 58 trajo á las almas de todos la profunda convicción de que la lucha, así como la sostenida por los insurgentes, iba á ser sangrienta y larga; en realidad no era más que el último gigantesco episodio, aun no el epílogo, de la primera revolución; la primera deshizo el régimen político colonial, la segunda el régimen social; ambas, al deshacer tamaña construcción, llenaron el ambiente con el polvo de las ruinas; lo respiramos todavía.
€ Cuando Juárez se embarcó en el Manzanillo no dejaba ningún recurso valioso en poder de los reformistas de Jalisco y Michoacán, pero sí los había importantes en el Norte: las fuerzas de nuestra frontera nordoriental siempre se manifestaron adictas á la Reforma, á pesar de las terribles oscilaciones que imprimía al péndulo político la ambición de Vidaurri, que aspiraba á constituirse un cacicazgo autónomo en Nuevo León, Coahuila y parte de Tamaulipas; la relativamente corta importancia del elemento clerical en aquellos Estados semidesiertos, el contacto frecuente con los americanos, á quienes detestaban, pero á quienes imitaban, y la antipatía invencible al Centro, hacía de aquellos rancheros los partidarios obligados de todo el que alzase la bandera federal y anticonservadora. Las fuerzas fronterizas eran temibles por su valor, por su robustez, por la rapidez de sus correrías aprendidas en la persecución constante de los salvajes y por cierto desprecio hacia la cultura y el refinamiento que atribuían á la sociedad de los grandes centros urbanos; eran, como LOS BOEROS, todavía entonces desconocidos, admirables para toda guerra que no exigiese campañas demasiado largas y disciplina demasiado estricta. El jefe nominal de todos estos elementos militares era el gobernador Vidaurri; los verdaderos caudillos eran Juan Zuazua, que llegó á ser el capitán de guerra más popular entre los reformistas y el más odiado entre los reactores; Arámberri; el licenciado y luego general D. Miguel Blanco, hombre ponderado y tranquilo, ejecutor por extremo frío de combinaciones sumamente audaces, sin genialidad militar de ninguna especie, pero con tenacidad inflexible de partidario resuelto á todo. En menos escala estaban otros que luego marcaron, como Escobedo, un buen jefe de caballería entonces, Hino-

josa, etc. Y en escala superior Ignacio Zaragoza. En los días del pronunciamiento de Zuloaga contra Comonfort, en un mesón del Oriente de la capital se alojaban unos cuantos RANCHEROS del Norte con su comandante que ya había tomado parte en la revuelta antisantanista; MOTU PROPRIO se había batido en su punto con tal éxito que los reaccionarios no merodeaban por allí. «Dos mil de los míos en este instante, decía Zaragoza á un amigo que esto me relataba largos años después, y les quito la Acordada, la Ciudadela y LAS GANAS, y luego ahorco al arzobispo.»

℄ No habremos de ser nosotros quienes absolvamos á los matadores de los prisioneros de guerra en las contiendas civiles, sino cuando sea en cumplimiento necesario de una ley de antemano dictada por tremenda necesidad política; pero los juicios en historia no tienen por objeto condenar ó absolver á tales ó cuales actores en el temeroso drama; no son juicios penales, sino lógicos; los juicios históricos tienen por objeto explicarse mejor una situación ó comprender mejor á un hombre. El estado de ánimo de los liberales de combate no era, no podía ser, la serenidad; era una especie de exasperación febril provenida de los triunfos insolentes de un partido que parecía vencido ya y resurgía en los campos de batalla con ilimitados bríos. ¿Gracias á qué? Gracias á la lenidad, á la benignidad estúpida (éste era el irreverente calificativo usado) del general Comonfort. Si Comonfort hubiera fusilado á dos docenas de corifeos de la reacción, como pudo hacerlo, como estuvo en su pleno derecho de hacerlo, porque la mayor parte de ellos no sólo eran rebeldes sino desertores, el ejército no se habría movido y la reacción que en él se apoyaba habría quedado reducida al papel de aspirante, DE OJALATERA, como se decía en la jerga política de Méjico. Un propósito firme nació de aquí : descabezar al ejército privilegiado, matarle sus caudillos, fusilar á sus oficiales superiores. Cuando, en los meses que siguieron á la derrota de Parrodi y á la toma de Guadalajara, las huestes fronterizas bajaron á San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes, con objeto de adueñarse del Bajío en combinación con los grandes grupos reformistas que organizaba Degollado en el Sur de Jalisco y Michoacán, Zuazua logró apoderarse de Zacatecas, que Miramón había dejado bien guarnecida, marchando á San Luis, que estaba á punto de caer en manos de los que ya eran famosos en el interior con el nombre de TAGARNOS y con quienes se había medido, al forzar, después de gravísimas pérdidas, el Paso de Carretas para penetrar en San Luis. Zuazua en Zacatecas, tomada á viva fuerza, se encontró entre sus prisioneros con el coronel Landa, el rebelde que estuvo á punto de capturar y asesinar á Juárez; y entonces lo hizo fusilar lo mismo que á su jefe Manero y á otros compañeros suyos. La guerra sin cuartel entraba en escena con el acto feroz de Zuazua; para cambiar su bandera negra los liberales necesitaron comenzar la era de los triunfos definitivos.

℄ Mientras el Gobierno de Méjico se disponía á iniciar una gran campaña para aniquilar á los fronterizos, que tenían en jaque á Miramón en San Luis, el Sur de Jalisco en plena conflagración, gracias á la actividad de Degollado y Ogazón, daba nacimiento á la primera división del ejército federal que avanzaba hacia la capital del Estado, en donde gobernaban como dictadores los generales Casanova y Blancarte, el ídolo de la plebe de Guadalajara, á la que pertenecía. Unido

un grupo de la división del Norte con la de Jalisco, comenzó el primer sitio de Guadalajara tres meses después de haber sido destruído en Salamanca el ejército de la Coalición.

℄ No podía negarse la actividad á los reformistas; con más elementos militares, porque disponían del viejo ejército y de la capital, verdadero centro militar del país, y del clero que daba con doloroso entusiasmo (decimos DOLOROSO porque comprendía que había llegado el fin de su período de riqueza, ya sea porque se la quitasen los reformistas, ya porque se la pidiesen los reaccionarios), pero que siempre daba; con más elementos, decimos, el Gobierno reactor competía con su adversario en esfuerzos; la sangre mejicana parecía tener reservas enormes, sobrantes inagotables, cuando tanto empeño había en ver quién derramaba mayor cantidad sobre el suelo surcado más por el cañón que por el arado. ¡Estupenda impiedad!

℄ Osollo, que organizaba fuerzas en la capital, para acudir, ya al Interior, ya al camino de Veracruz en auxilio de Echeagaray encargado de apoderarse de la plaza, decidió unirse con Miramón para hacer allí algunas cosas definitivas; hízolo así, llegó á San Luis, lanzó á Miramón sobre Guadalajara, que corría riesgo de sucumbir y que el joven caudillo libertó con sólo su presencia, y se dispuso al gran duelo con Zuazua; un germen patógeno lo retuvo en tierra cuando daba el primer alazo, y el tifo lo mató. La reacción lo lloró en todos los campamentos, en todos los templos, en todos los salones, en todos los periódicos; los liberales callaron; ese adversario les era simpático. Recordaban que el Gobierno constitucional había sido incansablemente generoso con él, pero que él siempre había manifestado su decisión de luchar por los fueros de su clase hasta morir. ¡Lástima de oficial mejicano, de temple caballeresco como espada toledana! Quizás más tarde la voz de la República lo habría llevado á su verdadero puesto de honor durante la invasión francesa, para morir como merecía y en unión de muchos de sus compañeros de armas, envuelto, no en la bandera de una guerra de hermanos, sino en la de la Patria.

℄ Lo reemplazó el general Miramón; hombre de gran espíritu, de gran arrojo, de gran poder de fascinación sobre el soldado (el soldado suyo y el del enemigo) y de gran suerte. Tenía en la sangre la religión de los privilegios de las clases condenadas á la igualdad por Juárez, como una religión de honor; también tenía la religión de sus mayores, era un creyente; nunca fué un fanático.

℄ Pero el estado mayor de los ejércitos reactores estaba ya completo : los desterrados habían vuelto; Leonardo Márquez, Corona (no hay que confundirlo con el general republicano), Woll, Severo del Castillo, todos habían vuelto ya y todos estaban listos para combatir. En Julio resonó una proclama lúgubre en Acámbaro; el general en jefe de la división del Poniente decía á sus soldados : «¡Mis amigos, la sangre de Vega y Aljobín, de Orihuela y Manero, de Landa y otros clama venganza!» Odio recalentado, tumbas viejas removidas. ¡Aljobín, muerto com-



batiendo en Ocotlán, también clamaba venganza! En medio del concierto de rugidos ferales que llenaban los ámbitos de la República, la hiena parada en la noche, á las puertas de un cementerio, lanzaba su fúnebre aullido. ¡Ay de los inermes, ay de los que pensaran, ay de los que curaran! Un nombre al calce de la proclama: Leonardo Márquez.

℄ Contando con que Osollo, Márquez y Mejía reunidos podrían contener por lo menos á los fronterizos, Miramón creyó tener tiempo para aniquilar á Degollado y á Ogazón en el Sur del infatigablemente inquieto Estado de Jalisco, y se lanzó tras los sitiadores de Guadalajara rumbo á Sayula, á Colima, á las barrancas de Atenquique. La expedición fué rápida y terriblemente fatigosa; un combate muy serio librado en el fondo de las célebres barrancas tuvo éxito dudoso, y á pesar de los himnos triunfales y los cánticos de victoria entonados en las catedrales, el resultado de la campaña fué nulo.

℄ Muerto Osollo, y ésta era la gravísima aprensión del nuevo general en jefe, ó el ejército reaccionario probablemente mandado por Márquez era vencido por Vidaurri que se había apoderado á viva fuerza de San Luis después de la muerte de Osollo, y eso equivalía á la pérdida del Interior y al fin del Gobierno clérico-militar, ó Márquez vencía y era el fin del mando en jefe de Miramón. Para asegurar la victoria, para asegurar su puesto, Miramón necesitaba ir rápidamente sobre los fronterizos, y recogiendo á Márquez y su ejército, buscar á Vidaurri y aplastarlo. Hízolo así con el arrojo con que ponía en práctica sus resoluciones más atrevidas. Sería mucho decir que Miramón tenía genio militar; lo que tenía era, en sus veintiséis años, un conocimiento extraordinario de las cualidades y defectos del soldado mejicano, como que desde niño había vivido en contacto con él, y la impetuosidad que lo obligaba á seguir de instinto la táctica napoleónica, «atacar siempre, ser el primero en atacar» y aglomerar sobre el punto débil ó desorganizado del enemigo todo su empuje. En la batalla de Ahualulco de los Pinos (á corta distancia de San Luis Potosí), en donde había tomado posiciones el ejército constitucionalista, y eran muy buenas, todo dependió de la buena disciplina de las tropas reaccionarias que, ejecutando con precisión admirable el movimiento envolvente que dirigió Márquez, obligó á los fronterizos á debilitar su centro, sobre el que cerró con furia Miramón. La derrota fué completa, y toda la zona que habían ganado en su avance los jefes de Vidaurri, quedó perdida para ellos. Márquez se atribuyó la victoria después; todo el mundo se la otorgó á Miramón entonces y él fué quien la ganó; siempre hay un lugarteniente á quien el general en jefe ordena un movimiento decisivo: quien dispone, quien secunda, quien decide es el que gana. Miramón triunfó en Ahualulco, y el prestigio personal que adquirió con esta hazaña fué inmenso; pero, cosa singular, ni pudo perseguir al enemigo que huía á su terreno para rehacerse, ni pudo salir, como debería haber hecho instantáneamente, para Guadalajara que, precisamente en los días en que se cosechaba los laureles de Ahualulco y para amargar la copa del partido reaccionario, era embestida con redoblado brío por Degollado, Ogazón, Silverio Núñez (valiente y gallardo general que sucumbió en los combates) y al fin por Sánchez Román y Coronado.

℄ La inmovilidad forzada y forzosa de Miramón, que no tenía un peso para pagar las soldadas de los vencedores de Ahualulco, dió tiempo á Degollado para forzar las defensas de la capital de Jalisco y apoderarse de ella mediante tremendo asalto ejecutado con temeraria bravura y resistido con tenaz denuedo; y lo que fué más grave y nulificó por de pronto el efecto de Ahualulco, es que los liberales, atacando directamente á Méjico, lograron paralizar los movimientos del ejército estacionado en San Luis, que al fin, con las apremiantes noticias de Guadalajara, había entrado en campaña.

℄ En efecto, la marcha del jefe fronterizo Blanco había sido bien ejecutada desde Morelia hasta el valle de Toluca, sin que se percataran bien de ello los reactores; sólo se había sabido, y con profundo escándalo y con lamentaciones y trenos en templos y vicarías, que Huerta y Blanco se habían apoderado de la plata de la catedral de Morelia y la habían fundido y reducido á barras. ¡Robo, saqueo, sacrílego despojo! Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Desde el instante que el clero, abierta, ostensible, empeñosamente se había declarado enemigo á todo trance del Gobierno constituído, el procedimiento de confiscación y expoliación era lógico, era el desarme del enemigo. Los liberales sabían bien que las riquezas del clero de que ellos no se apoderaran, caerían indefectiblemente en poder de los rebeldes (como sucedió, y en formidable escala, por cierto); habría sido un acto de imprevisión, casi infantil, abstenerse y respetar lo que otros no respetarían nunca. Es por todo extremo curioso, como rasgo de psicología de los hombres de partido, el acto de reprochar al general Blanco, con justísimo derecho á las represalias, lo que no se encuentra malo en el general reaccionario Castillo, que saqueó literalmente los templos de Guadalajara para dar su prest al soldado durante el último sitio.

℄ Blanco era un soldado que acometía audazmente, pero que no sabía sostener su acción enérgicamente para afirmar el efecto de su impulso. En Méjico apareció de improviso, inició el asalto con una excelente maniobra (aconsejada por el general facultativo D. José Justo Álvarez) y lo abandonó todo en cuanto se convenció de que no era secundado en la plaza, como se lo habían prometido los grupos de conspiradores liberales que, fuera del olfato del jefe de policía Lagarde, pululaban en la capital. Su retirada hacia Michoacán fué ordenada; hizo en Méjico dos conquistas excelentes : D. Miguel Lerdo de Tejada, que desde entonces comenzó á tomar parte activa y directa en la revolución, y el general D. José J. Álvarez, que iba á prestar servicios señalados en las campañas sucesivas por sus conocimientos estratégicos y tácticos.

℄ Miramón vino á Méjico mientras Márquez marchaba lentamente á Guadalajara. «Vaya V. á mandar el ejército, dijo al Presidente Zuloaga; yo no puedo hacerlo sin dinero y sin soldados.» El joven general, que entonces ó poco antes dijo estas palabras, estaba en aquellos días henchido de ambición, de gloria y de dicha (se casó en esos días) : copar á los liberales en Guadalajara ó perseguirlos furiosamente hasta Colima, pero no dejarle á Márquez esa gloria, sino hacerlo todo él mismo, por sí mismo, era su propósito.

℄ El Ministerio nuevo lo secundaba bien, encontró dinero para él; el Ministerio no estaba ya formado por los conservadores moderados de los primeros meses; ahora estaban Castillo Lanzas en Relaciones, viejo bustamantista ducho y conocedor de los intríngulis diplomáticos, finísimo de porte y de modales, el tipo del MINISTRO DECENTE, hecho AD HOC para contrarrestar con la intervención europea la temida intervención norte-americana; en las otras carteras, algunos reaccionarios de pura cepa, y en Justicia y Negocios eclesiásticos, el padre Miranda. Éste era quien daba el tono al Ministerio; este Ministerio no buscaría ni aceptaría la paz, como el de los Sres. Cuevas y Elguero; era de combate, de guerra, de exterminio. El padre Miranda era un ángel exterminador por convicción profunda y honrada; no era ni un energúmeno, ni un fanático; tampoco un iluminado capaz de predicar por las plazas con la tea en una mano y el crucifijo en la otra; no lo exaltaban ni Vicente Ferrer ni Domingo de Guzmán, aunque tampoco era capaz de extasiarse ante los arrebatos de infinita caridad de Francisco de Asís. Era el prototipo del clérigo mejicano de condición superior: buen estudiante, sólidamente instruído en la doctrina y buen observador de la vida real; cumpliendo corrientemente con los deberes de su ministerio y dotado de temperamento batallador y aventurero, naturalmente inclinado á la intriga y al cabildeo; discreto y apasionado, pero sin ceguedad por su idea, que era la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil; con odio franco á las ideas modernas de emancipación; con deseo ardiente de procurar en Méjico el triunfo de su idea y su odio, que dan, sumados, una fe, una religión, un credo; el padre Miranda conspiró desde que tuvo modo de entrar en acción en los triunfos precursores de la última dictadura de Santa Anna, de quien siempre fué partidario. El Ilustrísimo Labastida lo defendió contra Comonfort; juró y perjuró que era una paloma inocente su cura del Sagrario (Puebla) y que lo calumniaban quienes decían lo contrario. Los ministros de Comonfort no se dejaron convencer y lo expulsaron del país; tenían razón; el padre Miranda conspiraba, siempre conspiraba el padre Miranda. Volvió con Márquez, con Woll, con Corona y otros EJUSDEM FARINÆ; Garza los capturó y no tuvo valor ó tiempo de fusilarlos, y el padre Miranda vino á Méjico con su ALTER EGO Rafael de Rafael, escritor español cultísimo, vehemente, de una exaltación furiosa de ideas retrógradas, que había sido expulsado por Arista y adoraba AL PADRE, á quien llamaba en sus cartas «HERMANO MÍO, AMIGO DE MI CORAZÓN».

℄ ¿Y qué iba á hacer el padre Miranda en el Ministerio? La verdad es que fuera de algunas leyes muy duras que dió el Gobierno tambaleante de Zuloaga, lo demás no valió la pena. El padre Miranda no había nacido para el Gobierno, sino para conspirar contra el Gobierno; su presencia en el Gabinete era una prenda de buena voluntad dada á la parte más exaltada del partido reactor y á los obispos intransigentes; mas el Padre vió claramente que aquel Gobierno sólo era un cuartel general de tropas organizadas para defender los bienes de la Iglesia con la condición de que la Iglesia se los diese á ellos; que al cabo la cuestión, por agotamiento del país, por falta de recursos de los que se llamaban GOBERNANTES en Méjico, se resolvería por el partido liberal, que tenía de su lado el inagotable de-

pósito humano de las masas populares, la confiscación de los bienes del clero y un programa muy neto y muy claro, mientras que los conservadores sólo tenían uno negativo (las cinco leyes de los zuloaguistas fueron solamente derogativas). El padre Miranda no encubría su verdadero pensamiento, su verdadero designio, su verdadera esperanza: una intervención de España ó de Francia, quizás; ésta en segundo término; en primero estaba el establecimiento de una monarquía española en Méjico. El ministro Almonte recibió instrucciones para todo esto (v. Hidalgo). En las instrucciones no se hablaba de monarquía, solamente de intervención, DE PROTECTORADO (SIC)...

℄ Pero lo singular y por extremo interesante en la historia de las aberraciones de los partidos políticos (y los nuestros han sido típicos), es que, al pedir el protectorado europeo, se pedía con el norte-americano. Lo asegura Hidalgo y ninguno podía estar más al cabo de esta intriga, que empezó en LOS BASTIDORES de una diplomacia mendicante y acabó con el epílogo trágico del Cerro de las Campanas. De modo que el capítulo primero de la necesidad de la intervención europea consistía en que, por virtud de que estaba probado que los mejicanos no saldrían jamás del pantano de las guerras civiles (provocadas por los reaccionarios desde el Plan de Jalisco hasta el Plan de Tacubaya) y para evitar que cayesen en poder de los norte-americanos, lo natural era que cayésemos en el de los europeos. ¡Y para esto se solicitaba el protectorado yankee, que, como habría sido natural, á la larga ó á la corta, habría excluído á los otros protectores! Eso sí, á boca llena, se proclamaba que los constitucionalistas, traidores á la patria, buscaban los auxilios del Gabinete de Washington.

* * *

℄ Los liberales de Guadalajara, asaltada y sometida, habían inaugurado un gobierno de represalias, de violencias, de medidas tomadas de prisa y ejecutadas fulminantemente para plantear la Reforma con actos tremendos, pero por lo mismo irreparables. Era el procedimiento de los revolucionarios franceses, con quienes tantos puntos de contacto tenían los partidarios de la revolución en Jalisco.

℄ Degollado se esforzaba en meter aquel huracán de ardiente y brava demagogia en cauces seguros, en grandes acumuladores de energía, con objeto de servirse de él para apretar ó desatar frenos en la marcha de la guerra, que tomaba día á día un aspecto más siniestro y cruel. Pero era imposible, no tenía tiempo.

℄ El discurso, la arenga revolucionaria funcionaba sin cesar. En medio de una sociedad hostil en su mayoría; á la vista de un clero que no podía disimular su odio y su rencor hacia los vencedores; entre las maldiciones y anatemas pronunciados sin cesar en voz baja, en cada templo, en cada casa en que se rezaba, resonaban los conceptos de acero duros, punzantes, fríos de Vallarta; las frases urentes de Cruz Ahedo, que tocaban de preferencia en la armadura de la Iglesia buscando la entrada del corazón al dardo de fuego, y las declamaciones incesantes de muchos otros, incitando á la venganza, demoliendo el prestigio de la Igle-

sia en la conciencia popular, tirando altares, rompiendo imágenes, violando claustros y negando espíritu de virtud, de abnegación, de sacrificio y de caridad á las comunidades religiosas, sacando á relucir sus trapos obscenos, sus historias impuras, sus maldades históricas, sin respeto ni á la verdad, ni al sentido común, ni al pudor de nadie, todo el espantable arsenal anticristiano del siglo XVIII era esgrimido frenéticamente por aquellos bregadores. ¡Y qué remedio! ¡Cómo desapasionar á nadie al día siguiente de las matanzas y de las excomuniones; cómo decir: en todo eso que decís hay mucha calumnia, mucha invención, mucho odio y una parte, y no la mayor parte, de verdad y de justicia. Aquellos hombres no eran estudiantes de historia ó de filosofía en el alto sentido de la palabra; eran iconoclastas, eran rompedores de ídolos, arrancadores de creencias en el alma popular para dar entrada amplia al tiempo nuevo. ¿Hacían mal? Degollado veía la montaña que había que volar y dejaba usar de aquellos tremendos explosivos.
¶ No nos vanagloriemos en el silencio y la paz de los gabinetes de tener mejor orientada la conciencia que aquel hombre á quien sacudía en sus olas la fiebre revolucionaria y que encontraba, en su amor á una patria y á una humanidad mejores, el salvavidas de sus perennes naufragios.
¶ Eso sí, en donde había un crimen ponía la mano vindicadora. Dos oficiales reaccionarios habían cometido un acto digno de Márquez: hicieron una excursión con sus tropas á un pueblo del Sur de Jalisco, se apoderaron de un médico que administraba una hacienda (Herrera y Cairo) y lo hicieron fría y atrozmente fusilar y colgar, por ser público y notorio que sus ideas eran liberales. Piélago y Monayo se llamaban estos verdugos. Cayeron en poder de los vencedores de Guadalajara y, con un lujo de crueldad igual al que ellos habían empleado con su víctima, los ahorcaron, á uno de ellos en las puertas del palacio episcopal, porque se quería mostrar que tenían por cierta la absurda especie de que la muerte de Herrera y Cairo había sido ordenada por el obispo Espinosa. Degollado no pudo someter la ejecución de aquellos hombres á procedimientos corrientes. Pero el general Blancarte, hombre malo, enemigo implacable de la revolución, rodeado de los amores de la plebe de Guadalajara y del rencor intenso de la burguesía liberal, había quedado, por una cláusula expresa de la capitulación, bajo la salvaguardia de la fe empeñada y del honor de los vencedores. Un bandido insignísimo, flor de sangre y de muerte del gran matadero en que había convertido la guerra civil al país, llamado Rojas, allanó la morada del capitulado y lo asesinó. Esto hirió vivamente á Degollado, que se empeñó en fusilar á Rojas, cuya fuga protegió alguno de los jefes liberales y que fué puesto fuera de la ley.
¶ La verdad es que todo andaba fuera de la ley; con el pretexto de apoderarse de los bienes del clero, lo que desde el punto de vista de los beligerantes no podía ser más justo, se cometían por donde quiera desmanes y saqueos y asaltos y robos, á que la bandera de la Constitución no daba amparo, pero sí sombra. Las derrotas constantes de Degollado no le permitían organizar un ejército moralizado que pudiera hacer en grande la policía de la República, y sin este ejército, en núcleo por lo menos, poco ó nada había intentable en este sentido; ya demasiado se hacía con extraer de las levas, de que abusaban horriblemente ambos

partidos, acabando con los hogares mejicanos, y de las guerrillas que pululaban en el Bajío y los Estados que lo encierran, las fuerzas que renovaban los batallones y escuadrones que Degollado hacía instruir de prisa y mal y que llevaba á las batallas campales y á los asaltos á que la reacción lo citaba; pero se veía en la imposibilidad completa de desechar elementos de combate. Le bastaba con esforzarse en disciplinarlos; tarea titánica de la que el generalísimo reformista no levantó la mano ni un día, ni una hora y que acabó por poner en manos del Gobierno de Juárez un ejército que dió al traste con el viejo ejército de la reacción, agotado, desmoralizado y sin bandera. Una cruz y unos ciriales no podían ser una bandera.

❦❦❦

℄ Miramón pensaba, y con perfecto acierto, que el general Echeagaray, con la fuerza que á sus órdenes tenía, no habría de adueñarse de Veracruz, objetivo capital de las miras de la reacción. En aquella época, la ciudad de Méjico no podía dominar al país sin Veracruz; estaba mutilada sin ese órgano indispensable de relación con el exterior. Era preciso completarse; era preciso reconquistarlo.

℄ La acción de Veracruz se hacía sentir por donde quiera; si pudieran reunirse las cartas de Juárez, las que revelaban su acción personal en aquella época, cartas á los gobernadores, á los jefes, á los partidarios, á los amigos, casi siempre de su puño y letra, vendría por tierra la leyenda de su pasividad casi inconsciente, que no hay que confundir con uno de los caracteres de su fisonomía psicológica, la desconfianza en su inteligencia. Se creía inferior á muchos de los hombres que entraron con él en contacto, desde el punto de vista intelectual, al grado de preferir, no sólo, sino de sentir una tendencia constante á preferir la opinión ajena, á la propia. Juárez sólo tenía confianza en su voluntad; era lo que necesitaba su partido, fué lo que necesitó su patria.

℄ Para tomar á Veracruz, el joven caudillo en quien tenía la reacción todas sus complacencias, decidió aniquilar á la revolución reformista de Jalisco para que, seguro absolutamente de su base de operaciones, pudiera concentrar sus elementos en Veracruz; allí era donde pensaba ganar la banda presidencial, sin duda. La suerte le mostró entonces una de sus más coquetas sonrisas.

℄ Con perfecta previsión, Degollado abandonó Guadalajara, en donde habría sido asediado y capturado irremisiblemente, y fué á buscar en el camino de Colima las posiciones de Atenquique, en donde Miramón no había podido vencerlo, sino maltratarlo apenas. La excelencia de la tropa reaccionaria y el ojo militar de su general que, con tal de herir en el punto débil del enemigo, á todo se exponía, trajeron por consecuencia el terrible desastre de San Joaquín, cerca de Colima, batalla ganada por una atrevida marcha estratégica que hizo inútiles las formidables posiciones en que Degollado esperaba. Esta batalla sólo puede compararse á la de Ahualulco; con ellas Vidaurri y Degollado quedaban fuera de combate. Ya se podía pensar en Veracruz.

❦❦❦

¶ En Méjico no se pensaba en eso; en Méjico, bajo la presión de la gente de dinero, aterrorizada con el porvenir de préstamos forzosos y de CONDUCTAS capturadas que tenía delante, y del clero alto, cuya barca, para escapar del naufragio, quizás tendría que tirar al agua su pesado lastre de bienes temporales; bajo esas y otras influencias, decimos, se intentaba realizar una combinación de moderados, mientras Miramón y Márquez se batían furiosamente en Jalisco. El general Echeagaray, muy lastimado porque los periódicos de Méjico le echaban en cara su impotencia para hacer algo importante contra Veracruz, y D. Manuel Robles Pezuela, que llegaba de los Estados Unidos impresionado por lo que allí había oído sobre la suerte futura de Méjico, país incapacitado para la paz y la cultura por ende, entraron en el complot y haciendo á un lado á Zuloaga, lo que no era difícil (se trataba de un mueble), reunieron á todo el elemento militar que tenían á mano y trataron de imponerse á la vez á Miramón y á Juárez. Juárez, encastillado en la Constitución (supongo que hoy no nos atreveremos á tomárselo á mal), ni siquiera tomó en cuenta el famoso PLAN DE NAVIDAD (con este nombre pasó á la historia), y Miramón, bullente de ambición y de sed de lucha y de triunfo, seguro de sus victorias futuras, rasgó EL PLAN con la punta de su espada, se presentó en Méjico con el inmenso prestigio del triunfo, anatematizó á Echeagaray, deshizo con un chasquido de su látigo los bríos de D. Manuel Robles, desbarató la cáfila de moderados que pululaban en Palacio, repuso á Zuloaga, y, como si fuera un mueble, una silla, se sentó en él, se hizo declarar por él Presidente, y proclamó URBI ET ORBI que iba á apoderarse de Veracruz.
¶ Así lo creía el flamante paladín DEL ALTAR Y DE LA SOCIEDAD; para su ambición juvenil, para su sed de renombre y su confianza absoluta en sí mismo no había imposibles. Sabía, sin embargo, que Veracruz se había preparado largo tiempo hacía para este caso, que había multiplicado sus fortificaciones, concentrado sus recursos y que para asaltarla se necesitaba un ejército, cuya mitad al menos estuviese lista á ser sacrificada, para dar paso á la otra mitad, sin una sola probabilidad de capturar al presidente Juárez, que tenía abiertos para su retirada Ulúa y el mar.
¶ Miramón había inaugurado un gobierno muy personal, muy suyo; era un reaccionario apasionado, declaraba santa y hermosa (SIC) la reacción, pero le gustaban poco los reaccionarios, excepción hecha de unos cuantos militares; era muy respetuoso y sumiso con los obispos y los canónigos y los guardianes, pero no le gustaba que le dijesen NO, ni siquiera SÍRVASE AGUARDAR V. E., cuando les pedía dinero : hace la impresión de un hombre que les gritaba al oído. Los conservadores retrógrados, los PUR SANG, veían este modo un poco dragón de llevar las cosas del Gobierno con recelo, y deslizando entre flor y flor una amonestación, quisieron demostrar Á AQUEL MUCHACHO ATRABANCADO que á ellos tocaba la tutela y que la ejercerían. Aguilar y Marocho, una especie de Veuillot dispéptico, se encargó de hacérselo presente; Miramón hizo como que no oía, habló con otros, y al fin se marchó á Veracruz con todos los corifeos militares de la reacción, llevando á Robles Pezuela de Jefe de Estado Mayor.
¶ La esperanza secreta de Miramón, el POR QUÉ de una expedición que se creía

de éxito seguro cuando no se contaba con un bloqueo posible, consistía sin duda en la actitud de las potencias ultramarinas. Los Estados Unidos no decían nada, vacilaban, daban tiempo por lo mismo. España casi había hecho una declaración de guerra á Juárez : un mes antes de la expedición á Veracruz, el Ministro de Estado de Isabel II había pronunciado ante el Senado un discurso que, al combatirlo, resumía así el general Prim, fiel é intrépido amigo de Méjico desde entonces : «España tiene razón de ir á Méjico con las armas en la mano, porque allí se derrama la sangre de nuestros conciudadanos y se cometen con ellos toda clase de iniquidades.» Esto era lo que Miramón esperaba, lo que anhelaba todo su partido.

℄ La labor de Juárez en Veracruz había consistido principalmente en impedir que con la guerra civil llegara á complicarse un conflicto internacional. Esto era por extremo difícil tratándose de naciones que reconocían expresamente al Gobierno reaccionario, como Inglaterra, Francia y España, ó que no reconocían á nadie, como los Estados Unidos. Lo más urgente era atenuar los efectos de la inquina de España, que aparentaba moverse por el deseo de vengar la sangre española derramada en algún rincón de la tierra-caliente meridional y por la resistencia de Méjico á consentir en convenciones manifiestamente basadas sobre créditos abusivamente cubiertos con el derecho de España. El Gobierno nacional desde los tiempos de Comonfort había demostrado que los asesinos y sus secuaces de tierra-caliente habían sido perseguidos y castigados, y que respecto de nuestra deuda estábamos dispuestos á reconocer cuanto fuera justo, para lo que habíamos acreditado en Madrid á un hombre de bastante inteligencia y prestigio literario (Lafragua). Pero todo era en vano; las exigencias del Gobierno de Doña Isabel crecían, porque de lo que se trataba era de meter la mano en los asuntos políticos de Méjico, de presentar á España como una mediadora y una protectora, y de obtener acaso un trono para un infante español. Estas miras, fomentadas por los agentes de los gobiernos conservadores en Madrid, las adivinaba Prim, y por eso ya en 58 proponía que el Senado dijera en la contestación al discurso de la Corona : «El Senado ha visto con pena que las diferencias habidas con Méjico subsisten todavía; estas diferencias hubieran podido tener una solución pacífica si el Gobierno de V. M. hubiera estado animado de un espíritu más conciliador y justiciero. El Senado entiende que el origen de esas desavenencias es poco decoroso para la nación española, y por lo mismo ve con sentimiento los aprestos de guerra que hace vuestro Gobierno, pues la fuerza de las armas no nos dará la razón que no tenemos.»

℄ La verdad profunda era que si España hubiese desembarcado en son de guerra en las playas del Golfo, aun cuando su tropa hubiese venido mejor preparada y mejor mandada que la torpe expedición de Barradas, se habría encontrado al país entero en pie y dispuesto á combatir como en los días de las epopeyas insurgentes. Porque habría aparecido aquí, no como una pacificadora entre hombres de ella nacidos, sino como la restauradora del muerto régimen colonial. La salvaje explosión de odio sanguinario que fué causa del crimen cometido en las haciendas de tierra-caliente, fué un exutorio por donde se dejó ver, como en los días

de la insurgencia, un infierno de rencor social en ebullición. El régimen de la esclavitud en las haciendas de tierra-caliente y de servidumbre pura en las demás tierras cultivadas del país, no había cambiado sino en los nombres y en las apariencias; en el fondo subsistía. Y el administrador de la hacienda de caña y sus empleados eran casi siempre españoles, é hijos de españoles los amos de las otras haciendas; el trabajador del campo en sus manos era un animal á quien se enseñaba á cantar EL ALABADO, se le obligaba á comprar en LA TIENDA en que dejaba mucho más del monto de sus jornales, con lo cual tenía un nexo terrible que lo encadenaba á la gleba, y se le trataba á palos, y se le dejaba sistemáticamente embrutecerse con la superstición, el pulque ó el aguardiente y la promiscuidad generalmente incestuosa en la familia, que apenas así podía llamarse. De este estado sacaba al indio y al mestizo LA LEVA que lo arreaba rumbo á todos los mataderos de la guerra civil.

¶ Pero en el fondo de este ser brutalmente mantenido en los límites de la animalidad por el alcohol y la fusta de los cómitres, había una llama de odio contra los amos, contra los capturadores, que fué precisamente la que sirvió á Hidalgo en Septiembre de 1810 para incendiar la Nueva España y darle conciencia de su ser propio en el feroz grito antisocial de «¡mueran los gachupines!», cuyo recuerdo hacía estremecer de frío al anciano D. Lucas Alamán, y recrudecía su afán de resistir á los innovadores. No se equivocaba : el grito de CONSTITUCIÓN Y REFORMA era nieto del de los insurgentes de 1810; era la misma protesta contra el antiguo régimen. ¡Y éste era el que España se sentía arrastrada á prohijar en Méjico! Juárez, en 59, haciéndose reconocer por los Estados Unidos, y Prim, en 62, desconociendo á los representantes de Napoleón III, la salvaron de caer en un abismo del que en un siglo no hubiera podido levantarse en el corazón de los hispanoamericanos.

¶ Un préstamo forzoso impuesto al comercio de Tampico (casi todo compuesto de súbditos españoles) por el gobernador constitucionalista Garza, dió motivo al capitán general de Cuba para lanzar una escuadrilla y exigir satisfacciones. Juárez, que ya había dispuesto que á los extranjeros se les eximiera de estos violentos impuestos, hizo dar todas las necesarias y el pretexto cayó al agua; las fragatas del capitán de navío Topete (un mejicano, por cierto) no pudieron bombardear á Veracruz. Algún tiempo después, los ingleses (muy mal animados contra Miramón, que había brutalizado en San Luis Potosí á los súbditos de la reina Victoria, pero poco dispuestos á tomar por lo serio al Gobierno de Veracruz, y los buques franceses, mandados por Peneaud), también protestaron, también exigieron, también obtuvieron. Insensatez mayúscula habría sido otra cosa; la dignidad y el orgullo nacional en estos casos en que se juega la vida, no de unos cuantos individuos, sino de un país entero, tiene que retraerse dolorosamente á lo substancial, á lo que identifica la dignidad y la existencia, y todo lo demás hay que abandonarlo, sacrificando mucho amor propio, es verdad, pero salvando la bandera un poco rota, pero sin manchas.

℄ Sin embargo, mientras no reconociesen los Estados Unidos á Juárez, todo era precario en el mar; con el más frívolo pretexto, podían las escuadras ancladas en los inseguros fondeadores de Ulúa y Sacrificios sacar las bocas de sus cañones por las escotillas, y fácil era que esto coincidiera con la aproximación del ejército reaccionario á Veracruz; así lo pronosticaban los norte-americanos por medio del New York Herald y esto, sin duda, precipitaba al presidente Buchanan á reconocer á Juárez. Pero cada hora de retardo podía complicar la situación de Veracruz con un conflicto internacional.

℄ Si la suerte del Gobierno constitucional era angustiosa por el lado exterior, precisaba, urgía buscar en el interior un medio de conjurar la tormenta, y Juárez pensó en Degollado. Para impedir esto había hecho Miramón la fulminante campaña de Jalisco. Pero Degollado podía ser derrotado, no vencido; sólo la muerte podía vencer á aquel endeble. Retirado á Michoacán después de la tremenda rota de San Joaquín, y mientras el victorioso recibía como laurel la banda presidencial, él recogía los restos dispersos de la campaña, apelaba á todos los recursos, llamaba á los fronterizos y se aprestaba á volver al combate con nuevos elementos. No hubo necesidad de que Juárez apelase á él; probablemente cuando esto sucedió, ya Degollado había pensado en el único auxilio posible á Veracruz; amagar seriamente á la capital.

℄ Los elementos crecían en sus manos, á todo comunicaba aliento, á todos ánimo su fe inquebrantable, casi mística, en el triunfo de la santa causa de la libertad, como en el clisé más socorrido de la época se decía. Y como á pesar de todas sus derrotas pululaban los hacheros, como llamaban en Guadalajara á los combatientes liberales los mochos (otro apodo contemporáneo de la rebelión de Ayutla contra el cojo, el mocho Santa Anna), porque decían que rompían con hachas las puertas de las iglesias y sacristías, y como estos hacheros ó chinacos traían y llevaban á Degollado noticias de todas partes, pronto estuvo al cabo de que la tentativa del general Miramón se formalizaba, que se preparaba, que iba á partir.

℄ Reunir en el Bajío cinco ó seis mil hombres, era punto menos que imposible, y allí encontraría á Calvo, á Mejía, pronto á Márquez que lo seguiría á retaguardia, sin dejar en peligro á Guadalajara, porque Ogazón, á pesar de su incansable y metódica actividad, no estaba, después del desastre de San Joaquín, en aptitud todavía de amagar seriamente la capital de Jalisco.

℄ Entonces se palpó el singular acierto de Juárez en haber establecido el proconsulado del Interior, sin cortapisa ninguna casi, y en haberlo confiado al hombre sui generis que era Degollado. Éste no era un hombre de guerra, lo repetimos, sí un creador sorprendente del espíritu de guerra. Sus autorizaciones eran casi iguales á las del Presidente, exceptuando en lo que atañía á las medidas equivalentes á leyes generales y á la política exterior. En todo lo demás, su acción era ilimitada : gobernadores, aduanas, milicias, todo estaba á sus órdenes, y aquel hombre, con sólo el prestigio moral á que debía su alta investidura, imponía de un extremo á otro del país; sin elementos de fuerza, sin ascendiente militar, adorado como caudillo, desconceptuado como general, sabía hacerse obedecer

por sólo el hecho de mandar con serenidad admirable; Degollado fué la fortuna de la Reforma. Esta sumisión de todos tuvo sus peripecias y sus incidentes graves, sobre todo á raíz de las grandes derrotas, pero por lo general se imponía al cabo. El resultado es de esos palmarios, que no están sujetos á conjeturas; en Diciembre de 58 perdía Degollado en San Joaquín todos sus elementos de combate; en Marzo se presentó con un ejército, del que cerca de cuatro mil hombres, por lo menos, eran utilizables en los suburbios de Méjico.

℄ Las peripecias políticas, la necesidad de allegar recursos ideando extorsiones más ó menos disfrazadas á los contribuyentes, y gritando al oído del clero que era preciso desatar, romper la bolsa del mermado tesoro de Cristo, devoraron el tiempo del dictador Miramón. La campaña contra Veracruz nacía muerta; toda campaña contra Veracruz que no se hiciese en Enero era esfuerzo perdido; el clima quebrantaba los bríos é impulsos de cualquier ejército. Pero era imposible, mientras Degollado viviese, cuando menos hacer en Enero una campaña en el Golfo, porque durante la estación de lluvias, en que el Bajío era un inmenso charco de agua (secreto de su fertilidad), no había posibilidad de organizar expediciones militares entre Méjico y Jalisco, ó Michoacán, ó San Luis Potosí, ó Zacatecas; entretanto el Sur de Jalisco hervía de guerrillas, tras de las cuales se enderezaban los batallones, y el amago á Guadalajara surgía con los últimos días del otoño; apenas empezaban á estar enjutos los caminos del Interior, emprendíase la expedición á Jalisco, para despejarlo de enemigos, para dejar la retaguardia cubierta, para asegurar la base de operaciones en la campaña decisiva, suprema, la campaña directa contra Juárez. Victoria segura del ejército permanente contra los mal armados milicianos, disolución de éstos en guerrillas, éxodo de los jefes liberales á Michoacán para rehacerse, vuelta triunfante á Méjico del ejército reaccionario, y el invierno había ya pasado casi y la cita era en Vecruz con la fiebre amarilla.

℄ Hacer la guerra en los médanos veracruzanos en el mes de Marzo con gente de las zonas templadas y frías era absurdo; habría sido necesario poner al ejército bajo un inmenso mosquitero y rodeado de un foso colmado de petróleo. Miramón, después de algunos escarceos inofensivos, seguro ya del reconocimiento de Juárez por los Estados Unidos, lo que paralizaba de pronto toda tentativa de intervención española, levantó el bosquejo de sitio al fin de Marzo y tomó la vuelta de la capital. Sabía que Degollado estaba ya en los alrededores de Méjico y ansiaba desquitarse en él del fracaso insípido de Veracruz; esta campaña lo disminuía; había hecho una COLEGIALADA solemne; esperaba que Méjico se mantendría á la defensiva mientras él llegaba; no creía que Márquez llegase antes que él, y, de todas maneras, sabiéndolo tan cerca, lo esperarían. Márquez no era hombre para eso, no quería regalarle una victoria á Miramón, y gracias á unas cuantas horas de adelanto se salió con la suya. Venciendo á Degollado, Márquez vencía á Miramón.

℄ D. Santos, éste era su nombre popular en toda la República, había logrado una primera concentración de fuerzas en el Bajío, en donde pudo ocupar á Guanajuato y Querétaro, desguarnecidos por Callejo y Mejía que, reunidos en San Mi-

guel de Allende, tomaban, casi paralelamente á Degollado, el camino de Méjico. Llegar á Méjico era su objetivo principal, AUN CUANDO FUESE DERROTADO; esto se contaba que le había escrito Juárez, y aunque no hay prueba alguna concluyente de semejante aserto, es posible y hasta probable que así fuese, dada la necesidad que el Gobierno de Veracruz tenía de alejar á todo trance el amago de Miramón.

¶ Pero si tal cosa no dijo Juárez, de seguro la pensó Degollado y la ejecutó con una abnegación estupenda, sentimiento que supo comunicar al ejército entero. En las cercanías de Querétaro, rumbo á Méjico, se encontró con Calvo y Mejía que, empeñados en tomar la delantera para reforzar la guarnición de la capital, creyeron que podían, dejando maltrechas á las fuerzas constitucionalistas, aunque no se podían jactar de aniquilarlas, retardar su avance. En la acción de Calamanda, el triunfo táctico no fué de ninguno de los combatientes; en suma, algo más disminuídas quedaron las fuerzas constitucionalistas, gracias á una de esas terribles cargas de los lanceros de Mejía que deshicieron casi la sección de Arteaga; pero esquivando el combate del día siguiente, los reaccionarios marcharon á grandes jornadas hacia la capital, dejando una especie de triunfo estratégico á Degollado, que pudo continuar sin estorbo su marcha.

¶ La segunda concentración debía verificarse en el Valle de Méjico, pero sólo fué á medias; algunos jefes de partidas importantes obedecieron; otros, ó no quisieron ó no pudieron cumplir las órdenes del general en jefe. Á fin de Marzo, la guarnición de Méjico y el ejército sitiador se equilibraban; pero Márquez se acercaba á gran prisa y el objeto estaba logrado; se había cumplido lo que llama el respetable secretario de Degollado «el COMPROMISO PACTADO con el Gobierno general», pues era seguro ya que el ejército de Miramón había levantado el sitio de Veracruz y había subido á la zona templada.

¶ Pero Degollado, y probablemente su jefe de estado mayor, pretendían asaltar á Méjico á pesar de su buena guarnición, que con el auxilio de Márquez (más de mil hombres) iba á poder superar á las fuerzas reformistas. Entre esta tentativa y la de simular un ataque á la ciudad y arrojarse con fuerza sobre Márquez, parece que esto último era lo indicado; pero no fué así, y no nos atrevemos á formular una censura sin datos bastantes. La tentativa de asalto fracasó, y ya era bien difícil deshacer á Márquez en su rápida marcha. Todos convienen, no digo ahora en que falta el dato psicológico, la percepción distinta del estado de ánimo de cuantos mezclaban su voluntad á la dirección de los acontecimientos, sino entonces, en aquel instante, todos convenían en que la retirada se imponía; Zaragoza llegó á anunciar que se retiraría él solo con su fuerza. Y todo ello era urgente: Veracruz estaba en salvo, la tropa liberal desnuda, sin prest, hambrienta y desmoralizada por el fracaso (lo prueba la actitud de Zaragoza); y la guarnición de la capital, que superaba en cantidad y calidad al ejército sitiador, estaba en manos del propio ángel de la muerte, de D. Leonardo Márquez.

¶ Degollado permaneció. ¿Por qué? Dos empeñosos detractores de Juárez lo han dicho: porque tenía orden de permanecer; por consiguiente, el sangriento descalabro de Tacubaya, con su fúnebre cortejo de asesinatos salvajes, debe caer entero sobre la conciencia del Presidente. Y aplicando al asunto un análisis corriente,

sin adelgazar ni sutilizar nada, cualquiera persona medianamente imparcial quedará literalmente pasmada de los fundamentos de esta imputación terrible.
℄ Pero no hay fundamentos, sólo hay un fundamento, uno solo : un certificado de una persona, muy respetable por cierto, el Sr. Gómez Farías, coronel en aquella época y secretario particular del general en jefe, que afirma, treinta y siete años después de pasados los hechos, lo que sigue (Copiamos íntegro el documento publicado por vez primera por el Sr. Diputado D. Francisco Bulnes en su libro «Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma» : 1905, y luego por su poseedor el Sr. D. Melchor Álvarez en su «Historia documentada de la vida pública del general José Justo Álvarez», 1905) :
℄ «El que subscribe, Secretario que fué del Sr. D. Santos Degollado, Ministro de la Guerra en Marzo de 1859 durante la época de la Reforma.=Certifica y le consta que el General José Justo Álvarez fué nombrado Jefe de la División del interior, recibiendo órdenes terminantes de vencer los obstáculos que se le presentaran para asediar la Capital de la República; que con motivo del triunfo obtenido por los Reformistas en Calamanda el 14 de Marzo del año referido de 1859, pudo llegarse hasta las goteras de Méjico, HABIÉNDOLO EJECUTADO ASÍ EN CUMPLIMIENTO DEL COMPROMISO PACTADO CON EL GOBIERNO GENERAL DE CONTINUAR LAS HOSTILIDADES SOBRE LA CAPITAL AUN CUANDO FUEREN DERROTADOS, á fin de lograr que Miramón levantara el sitio que tenía emprendido sobre Veracruz. Que en virtud de estas órdenes, el 2 de Abril de 1859 intentó con sus reducidas fuerzas un ataque sobre la garita de San Cosme, el cual no tuvo éxito por razones independientes de la voluntad del General en Jefe, POR CUYO MOTIVO ESTABA RESUELTA LA RETIRADA CUANDO EN EL CAMPAMENTO DE LA HACIENDA DE LA ASCENSIÓN RECIBIÓ NUEVA ORDEN DEL GOBIERNO GENERAL INSISTIENDO EN QUE SE CONTINUARAN LAS OPERACIONES, lo que exactamente se verificó, consiguiéndose que el 11 de Abril, después de la derrota de las fuerzas Reformistas llegara el General Miramón á las diez de la mañana á Tacubaya, campo de nuestras operaciones.=Y á pedimento del interesado, y en virtud de que los hechos anteriores me constan por el carácter de Secretario del C. General D. Santos Degollado, expido el presente en Méjico á siete de Diciembre de mil ochocientos noventa y seis.=B. Gómez Farías.»
℄ Creemos en la aseveración del Secretario del general Degollado; quienes no lo conozcan, podrán pasar por alto un testimonio singular expedido cerca de cuarenta años después del acontecimiento que testifica, y confesamos que poco probaría ante un tribunal, si algo probaba; no, nosotros tenemos la profunda convicción, por motivos puramente personales, de que el Sr. Gómez Farías cree decir la verdad. Pero en estas cuestiones históricas y cuando se trata de responsabilidades tan graves, hay que pesar todas las palabras y que valorizar las tildes y las comas. ¿Puede hacerse esto con la aserción del Secretario de Degollado? Imposible, porque sería necesario tener á la vista el documento en cuestión. ¿Qué decía ese documento y cómo lo decía? En general, insistía en que se continuaran las operaciones. ¿Pero dónde, pero cómo? En primer lugar, habría que conocer su fecha, porque, como dice muy bien uno de los más apasionados enemigos históricos de Juárez, sería inexplicable que la orden de permanecer en las goteras de Méjico,

hubiese sido expedida en Veracruz cuando ya Miramón había retirado todo su ejército; si la orden era retrasada, ¿por qué la acató Degollado, puesto que ya no era el caso; y si era posterior á la retirada de los reaccionarios, por qué la ejecutó, cuando él siempre tuvo y conservó su libertad, sus amplísimos poderes, su facultad de generalísimo y ministro de la Guerra, para disponer lo que creyera necesario á la dirección acertada de la guerra? Nada ni nadie habría sido obstáculo á su vuelta al Interior una vez libre Veracruz; él solo era juez de sus actos; y el Gobierno de Juárez probablemente no habría hecho ni observaciones siquiera á su salvadora desobediencia.

℄ Pero hay más; cuando ya el general Degollado tenía su campamento, no en la hacienda de la Ascensión, sino en Tacubaya y precisamente en víspera de la batalla que comenzó el 10 de Abril, escribió una carta al general Zaragoza (que había anunciado al general en jefe su resolución de retirarse), no sólo invocando el patriotismo del general fronterizo para que no insistiera en su decisión, sino exponiéndole las razones de conveniencia que existían para ello: «De nuestra permanencia en este lugar, le decía, depende el triunfo; si nosotros abandonamos este campo y más por fracciones, seremos alcanzados y destrozados por el enemigo, y libre éste del embarazo nuestro, desde luego socorrerá poderosamente á Miramón, sacándolo de su desastrosa posición y arrojando á las fuerzas constitucionalistas de aquel rumbo, que de otro modo acabarán con él.»

℄ Es verdaderamente incomprensible que el general en jefe no hiciera ni la más ligera alusión á las órdenes de que habla el Sr. Gómez Farías; darlas á conocer á Zaragoza habría sido el supremo argumento para obligarle á prescindir de su intento. Al contrario, la carta revela palmariamente que, aun cuando no hubiese recibido las órdenes tantas veces mencionadas, Degollado habría permanecido en Tacubaya, juzgando que en sus posiciones del 9 de Abril estaba más al abrigo de una derrota que en la retirada, en que, con sobra de razón, la tenía por indefectible; la carta supone que Miramón estaba á punto de ser aniquilado por las fuerzas constitucionalistas en su retirada, lo cual era falso.

℄ Demos por no hecha, pues, esta tremenda imputación á Juárez, mientras no se publique el documento á que se refiere el Secretario del general Degollado, mientras pueda explicarse el silencio de este personaje para con Zaragoza, y estemos seguros de que esto no será nunca.

℄ La batalla iniciada el diez se consumó el once de Abril. Ya lo dijimos, mayor en número, mejor en calidad, el ejército de Márquez obtuvo la victoria y, según confesión de un importante jefe superior facultativo, el ejército reformista habría triunfado si la unidad de mando hubiera sido efectiva en manos de un verdadero militar; pero Juárez pudo haber hecho de Degollado un caudillo, nunca un general.

℄ A seguida del triunfo, llenas de soldadesca en desorden y enfurecida las calles



de Tacubaya, Márquez ordenó que fuesen fusilados los prisioneros de categoría: jefes, oficiales, médicos y paisanos. Su parte oficial del combate, dado el mismo día once, no deja lugar á duda ninguna. El general Miramón, que llegó á presenciar el triunfo de su émulo, pudo ordenarle luego el sacrificio de los jefes y oficiales; esto entraba, por cierto, en su política de guerra sin cuartel exacerbada por el completo fracaso de Veracruz; ya Márquez, según él mismo, lo había hecho; pero Miramón seguramente no pensó ni en los médicos ni en los paisanos que, como el Sr. Jáuregui, ni estaban en el campo de batalla, ni tenían connivencia alguna con los liberales, aun cuando participaran de sus ideas; fué la misma atrocidad cometida en Jalisco con Herrera y Cairo. No, no hay necesidad de dividir con otros la responsabilidad del general Márquez en estos actos inhumanos que pusieron en la frente de la reacción la marca de los grupos que están fuera de la civilización. El general Márquez quiso luego arrojar de sí esa responsabilidad, pero en el momento mismo no pensó en eso; al contrario; sus decretos de Guadalajara sentenciando á muerte á todo el mundo, á poblaciones enteras, á burgueses y proletarios, por sospechas, por actos corrientes de la vida que pudieran ser interpretados como hostiles, aunque fuera en idea, al Gobierno de la reacción; decretos que fueron frecuentemente ejecutados con pavoroso celo, lo habían clasificado entre los tipos de presa que engendra el fanatismo, que, por lo hondamente que remueve el barro de las pasiones, saca á la superficie la fiera implacable escondida en el fondo del alma; era un Duque de Alba, un Mouravief, era de esa familia al menos. La Iglesia mejicana lo ensalzó con tedeums, lo embriagó con inciensos, lo cubrió de ósculos (no hacemos frases retóricas, reproducimos LITERALMENTE la verdad de los hechos); ¿qué más quería, qué más quiere? Convencido como debe estar, si es que vive, si es que materialmente vive, de que la ejecución de los médicos de Tacubaya fué un supremo esfuerzo en favor de su religión, morirá creyendo que todo lo sacrificó á sus compromisos con el cielo. Dejemos, pues, entera sobre su cabeza, sobre su tumba, sobre su memoria, la sangre derramada; toda le pertenece, es su patrimonio. No puede esperar, sin embargo, que creamos que es el patrimonio de Abel. Abel vivió poco, Caín fué un longevo.

℄ El partido reformista triunfó con la hecatombe de Tacubaya; hizo lo que los corifeos de las grandes conmociones urbanas: pasear los cadáveres por las calles clamando venganza. El terrible folleto de Zarco, el decreto de Degollado pensionando á los herederos directos de las víctimas en nombre de la República, las descripciones, escritas á sangre y fuego, del horrendo crimen, pusieron las lágrimas en todos los ojos, hicieron vibrar de indignación todos los corazones; pronto tuvieron los mártires una leyenda; las frentes de aquellos muchachos sacrificados irradiaban como los astros al través de la tumba. La reacción, impotente en Veracruz, acababa de ver colocar el reconocimiento de Juárez hecho por los Estados Unidos en los momentos en que Miramón renunciaba al sitio, como un escudo de hierro entre la Reforma y las intervenciones europeas, y, perdida la esperanza por ese lado, se encontraba con que un acto digno de las hordas cuaternarias, convertía la victoria militar de Tacubaya en una inexpiable derrota moral.

℄ Los ejércitos liberales se rehacían en Michoacán, en el Sur de Jalisco, en Zacatecas, en Sinaloa, en la Frontera septentrional. Casi todas las aduanas estaban en poder del Gobierno constitucional; en cambio, el Gobierno de Miramón poseía los centros urbanos de mayor importancia con excepción de Veracruz. La fuerza tornaba rápidamente á equilibrarse. ¿Quién triunfaría? Aquel que tuviera el poder de renovarse.

II. HASTA MAYO DE 1860

℄ Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional. Lo que con ímprobo esfuerzo y gracias á trescientos años de sumisión á un poder central, que representaba el poder absoluto de un monarca, se había mantenido unificado, ahora se desintegraba rápidamente.

℄ Falto de brazos, falto de seguridad, falto de intercambio, el trabajo nacional se había convertido casi en puramente local; apenas fecundizaba la circulación en el cuerpo de la República; ese cuerpo sin nutrición se consumía por agotamiento. El comercio lícito también apenas existía; el contrabando y el fraude lo dominaban; las fuentes normales de que tomaba el fisco sus elementos estaban cegadas: el deficiente, no de los gastos administrativos, que esos estaban abandonados á su suerte, sino de los gastos militares (la nación era un campamento), se cubría con los préstamos forzosos, con las contribuciones extraordinarias, ricas en expoliaciones y vejámenes, con las capturas de CONDUCTAS, con los préstamos al clero por los unos, con las confiscaciones de los bienes de la Iglesia por los otros. Todas estas entradas anormales y facticias formaban un campo de operaciones para el agio, el rey de los fiscos en bancarrota, de los países en desorganización, de las podredumbres sociales, el ave de las tumbas, el TECOLOTL de los supersticiosos aztecas.

℄ Y era un suicidio, porque nadie era capaz de prever el resorte que podría poner en juego la sociedad mejicana para recobrar un momento el imperio de sí misma, para alejar la pesadilla, para despertar, para romper su cadena y marchar; se sentía en el ambiente social una resignación entrecortada por las convulsiones espasmódicas de la guerra; pasadas éstas, todo volvía á la resignación fatalista, á la somnolencia hasta en el odio, á la pereza moral, elemento constitutivo de nuestro carácter.

℄ En todos los Estados de la República batallaban MOCHOS contra CHINACOS, exceptuando en Yucatán, uno de los Estados en que tuvieron su cuna las ideas reformistas y que entonces, ya dividido en dos entidades en combate, y á pesar

de que en él vivía el apego al progreso que le habían infundido en la sangre los Morenos y los Velázquez, se dedicaba más á espiar las correrías de los salvajes mayas que incendiaban las haciendas y maltrataban las poblaciones, manteniendo á la península entera bajo una impresión de terror indecible, que á procurar el triunfo de las ideas nuevas.

℄ El resto de la nación ó luchaba ó se preparaba á luchar; la lucha era social en el fondo, no sólo porque se trataba de una subversión total en el régimen de la propiedad, haciendo desaparecer LA MANO MUERTA y substituyendo á la propiedad en común de los terrígenas, la propiedad puramente individual (que es lo que se ha llamado «el error capital de la Reforma» sin justicia quizás), sino porque la acción, por extremo imprudente y rayana en insensata de los jefes de la Iglesia, se hincaba en el empeño de que la brega política y social tomase, á todo trance, el aspecto de una lucha religiosa; así es que, no sólo la escisión apasionada comenzaba entre grupos diversos de familias, sino en el seno de las familias mismas, en donde entre hermanos y entre hijos y padres tomaban las disidencias un tinte de sangre. Amenazaba, pues, las fuentes mismas de la vida nacional una guerra que se prolongaba sin perspectivas ni de fin ni de transacción. Y esto mismo indicaba el cambio inmenso que se había verificado en la orientación del sentimiento nacional : mientras lucharon Santa Anna contra Bustamante, Herrera contra Santa Anna y Paredes contra Herrera, el movimiento nacido en los cuarteles acababa con un pacto que daba cabida á todos en el Presupuesto y con unas cuantas ceremonias en la Catedral y el Palacio. Ahora no se veía transacción posible, ni la personalidad de Juárez entraba en la reyerta sino por lo que representaba, ni había ceremonias posibles en la Catedral. La lucha entre el federalismo y el centralismo entraba al segundo término; se trataba de una lid con más altos pendones, la lid entre el Estado y la Iglesia, la constitución de la sociedad laica.

℄ Mas todo ello era profundamente agotante : el trabajo nacional, es decir, la agricultura, la industria, el comercio, la minería, apenas bastaba á las necesidades de la vida nacional.

℄ Las HACIENDAS, perennemente saqueadas al principio por las tropas en marcha que vivían sobre el país para no morirse disueltas por el hambre, lo fueron luego por las guerrillas y las gavillas de bandoleros, que sabían confundirse con las primeras y con quienes había que hacer pactos y á quienes precisaba servir IGUALAS de ganados, maíz y otros por el estilo, sin contar los tributos de dinero. Algunos hacendados trataban de defenderse; no faltaron heroísmos obscuros en estas defensas contra los ladrones, pero sucumbían siempre; era mejor transigir. Eso sí, ¿se trataba de un reaccionario? La mayor parte de los propietarios lo eran; pues, ¡sus, á ellos! decían los chinacos, y la hacienda expoliada, saqueada, inutilizada, quedaba improductiva para todos, cuando el incendio no la destruía para siempre. ¿El dueño era un liberal? Pues á perseguirlo á muerte, decían los Márquez, los Vicarios, los Cobos, los Callejos, y así era. Resultado general : apenas se sembraba, se cosechaba apenas; las tierras casi siempre permanecían yermas; los peones se escondían, ó se los llevaba LA LEVA ó los arrastraba LA BOLA (tan gráfi-

camente descrita por Emilio Rabasa), la revuelta, lo que la insurgencia del año de 10 reveló á los mejicanos como propio de su sangre : el gusto por el desorden, por la aventura, por la protesta armada contra toda autoridad y toda ley.

☙ Y así, el propietario ausente, los labriegos ausentes, la producción restringida al MÍNIMUM, el país estaba á dieta, estaba en agonía; se conservaba en pedazos: en los intersticios de estos trozos de vida fragmentaria había soledades en que reinaban el abandono y los salteadores de camino.

☙ Esta falta estupenda de seguridad en los caminos, que convertía el asalto del foragido en peripecia obligada de todo viaje, al grado de que cuando se realizaba alguno sin el accidente consabido, era celebrado como milagro y por ello se colgaban EX-VOTOS en los altares; esta inseguridad, que, con la ALCABALA de la autoridad y el peaje del guerrillero, formaba un doble sistema de impuesto agotador del precio posible de la mercancía, que cuando llegaba el momento de la oferta su valor era tal, que la demanda se retraía hasta desaparecer casi por completo, esta inseguridad gobernaba todo el régimen circulatorio y nutritivo de la República, todo el movimiento mercantil. El movimiento interior, por ende, era cada vez más corto, más parcial, más local; no había fábricas : un poco de manta de algodón, algo de tejidos de lana y pequeñas industrias locales, á domicilio, puede decirse, los rebozos, los cueros; todo ello servía para cortos consumos. Los productos naturales, los azúcares, las panelas, los aguardientes, los mezcales, los pulques, el maíz, llegaban al centro trabajosa, lenta, pesadamente algunos, otros se detenían en los límites de los distritos productores; no circulaban. La exportación era de plata de las minas, moneda ó barras, porque la grana, el añil, el palo de tinte, puede decirse que habían muerto. La minería, fomentada por el capital extranjero y bajo su salvaguardia, vivía en poblaciones á guisa de reductos feudales, acorazada por el miedo á las reclamaciones diplomáticas, por el respeto al extranjero cuando no era español, se entiende. La plata salía en forma de CONDUCTAS, frecuentemente expuestas al secuestro de los jefes de los partidos en lucha.

☙ La importación, que no podía hacerse por contrabando y se hacía generalmente por fraude aduanal, venía castigada en los puertos (casi siempre en manos de los reformistas) por un primer gravamen, y en las ciudades centrales (casi siempre en manos de los reactores) soportaba un segundo impuesto, una nueva tarifa de un arancel arbitrario, y á pesar de eso pasaba sin sucumbir, gracias frecuentemente á que las conciencias de los aduaneros no eran compactas telas de honradez, sino flojas y usadas mallas.

☙ La penuria era inmensa; cada porción del país apelaba á sus propios recursos; se aferraban en las aduanas los reformistas, y depreciaban, para malbaratarlos y convertirlos en recursos prontos, los bienes de la Iglesia que estaban á su alcance; eso en cada Estado, en cada ciudad que entraba en su radio de acción. Los reaccionarios en cada Departamento (cada entidad era Estado y Departamento á la vez) se agarraban á las fortunas de los particulares y las sacudían hasta dejarlas sin frutos y sin hojas, y manifiesta y descaradamente trataban de matar, en su tutoreada la Iglesia, la gallina de los huevos de oro. Entonces asomaron las transacciones tremendas para no morirse de hambre, y se brindó Méjico á los prín-

cipes europeos y se sacrificaron nuestros derechos en el tratado Mon-Almonte, y para obtener una defensa contra las intrigas intervencionistas de los reactores, el Gobierno de Veracruz apeló al tratado Mac Lane, uno de cuyos objetos fué proporcionarse dinero en los Estados Unidos, dejando la nacionalidad expuesta á ser reducida á jirones. En Méjico la regalaban, en Veracruz la empeñaban. El siniestro contrato Jecker es el tipo del negocio de agio llegado al colmo; no se había ido más allá en ninguna parte.

¶ Los ejércitos organizados por los reactores en torno del núcleo del ejército permanente que les proporcionó el motín de Tacubaya, surcaban el Bajío, dominaban los valles de Puebla, de Toluca, de Oajaca, y por un extremo tocaban los límites de las tierras templadas en el camino de Veracruz y por otro se adelantaban á veces hasta Colima y Tepic, constantemente amagado por las hordas primitivas de Lozada, semejantes á los chichimecas precortesianos. En derredor de ellos, al margen, pululaban las guerrillas liberales en que la blusa roja se había generalizado y las gavillas vestidas de cuero. De estas grandes bandas, las más afamadas por su número y poder y por el siniestro prestigio que les daba el terror de las poblaciones, eran en el Occidente la de Rojas, que ya era una guerrilla suelta, capaz de golpes audacísimos, ya un escuadrón de lanceros en la división de Jalisco. En el Oriente el rey de las llanadas de la región del pulque era Carbajal. Se contaban de ellos cosas horrorosas; pero no había necesidad de exagerar nada; los hechos eran en buena parte ciertos; poblaciones incendiadas (como Mascota), haciendas desmanteladas y vaciadas, secuestros de personas á quienes se obligaba á rescates excesivos, familias sin cesar amagadas por la violencia, el estupro, el asesinato, que luchaban para irse abriendo paso entre los foragidos rumbo á las grandes capitales, hacia las cuales cada vez se acentuaba con más fiebre el éxodo de la población rural : éste era el cuadro. Y había la circunstancia de que Carbajal perseguía de preferencia á los españoles; GACHUPÍN que caía en sus manos, ó pagaba un fuerte rescate ó moría, y QUE REPRESENTE DESPUÉS, repetía el bandido riendo á mandíbula batiente. Rojas perseguía á los clérigos: los robaba, los mataba, los hacía rapar y marchar en las filas. Los clérigos eran LA BESTIA NEGRA de aquel gran diablo rojo, ajeno al miedo y á la piedad como pocos. Por supuesto que los guerrilleros y CABALLEROS reaccionarios no les iban en zaga, y desde Lozada en Tepic hasta Cobos en Oajaca había un flujo y reflujo de bandidaje que dejaba sin savia y sin valor para nada á la Patria expirante.

¶ De este pantano, en que entraba en descomposición pútrida el organismo nacional, surgía el germen de muerte que se apoderaba de las almas. El microbio mental de aquella época era LA INTERVENCIÓN; en una forma ó en otra se ocurría á todos que la guerra no podía tener fin sino por agotamiento de los combatientes y por disolución de la República. Sólo de fuera podía venir el remedio, sólo de fuera. «Una monarquía sostenida por Europa, decían los unos; D. José M. Gutiérrez Estrada tenía razón desde el año de 40. Ahora tiene razón el padre Miranda; la tiene el currutaco D. José Hidalgo; la tiene Bonilla; la tiene Monseñor (así se empezaba á decir) Labastida; la tiene el partido conservador.» Y los liberales : «Todos los liberales creíamos que sólo con el auxilio de los americanos

se podía concluir aquella situación; y si hubiesen venido, con tal de que se nacionalizasen mejicanos y se les diesen terrenos baldíos en pago, habrían sido bien venidos.» Así pensaban Zarco y Lerdo y casi todos los reformistas exaltados; y así se pensaba en Veracruz, que, después del fracaso de Miramón y con la presencia del ministro de los Estados Unidos Mac Lane, era el punto de cita de muchas notabilidades reformistas. Con evidencia entera, y éste es el infalible resultado de toda guerra civil que dura, el concepto de la Patria, de una abstracción superior, de una idea-fuerza á la que es preciso sacrificar los intereses más caros de los partidos, se velaba y alejaba en la mente de los luchadores de aquella época de tormentoso crecimiento. Pasaba al segundo término; vivían en el primero intensamente la religión y la reforma, las dos enemigas hereditarias.

¶ Y todo ello habría constituído un grupo de síntomas mortales por esencia, si al mismo tiempo el pantano no hubiese sido oreado de continuo por un soplo de fuego: el de las ideas en lucha convertidas en pasiones y purificando el inmenso campo de batalla con la electricidad de una deshecha tempestad que acercaba los corazones, que ponía en contacto las almas, y al grito de «combatimos por nuestras creencias» pronunciado sin cesar en el campo negro, respondía el de «combatimos por nuestros ideales» en el campo rojo.

* * *

Miguel Lerdo de Tejada, cuando se tocó á dispersión en el centro de la República á consecuencia de la rota de Tacubaya, dejó su puesto de agente de conspiraciones y se encaminó á Veracruz pasando por algunas ciudades del interior. Dondequiera dejaba la buena simiente, esta idea : «Ha llegado el tiempo de formular la Reforma como la ley suprema del país. La base de la Reforma tiene que ser la independencia de la Iglesia y el Estado y la confiscación de los bienes del clero.» Caía esa semilla en terreno admirablemente preparado. Y cuando poco menos de dos años después, en el cementerio de San Fernando, el ministro de la Guerra de Juárez triunfante clamaba con la voz aguda y cadenciosa, que recordaba un poco á los predicadores de provincia, ante el féretro del gran reformador muerto dos días antes: «¿Recuerdas, Lerdo, cuando en las calles de Zacatecas hablábamos de libertad y reforma?», indicaba la huella, el surco que la convincente manera de raciocinar del gran ministro dejaba dondequiera. Lerdo llevó á Juárez esta conclusión : Si Vd. no decreta la Reforma, la Reforma se decreta sola. En efecto, el país entero estaba ya precipitado en ese camino; era la indeclinable consecuencia de la guerra; Vidaurri, González Ortega, Ogazón, con la venia parcial de Degollado, y los otros por su cuenta y riesgo habían decretado la nacionalización de los bienes del clero, la supresión de las órdenes monásticas y la creación del registro civil (González Ortega en Zacatecas, días antes que se decretase en Veracruz al mediar el año de 59), y todos estos decretos se llevaban á la práctica; pero el programa en que se informaban era, por su importancia general, por la necesidad de uniformar en toda la República los procedimientos

de ejecución de tamañas medidas en el orden político (independencia de la Iglesia y el Estado), en el económico (nacionalización de los bienes del clero) y social (matrimonio civil, etc.) una materia federal, y así lo había reconocido el constituyente respecto de las leyes iniciadoras del movimiento (Ley-Juárez, Ley-Lerdo, Ley-Iglesias). La Constitución presentaba para la federalización de las leyes de Reforma esta dificultad: la reserva á los Estados, de cuanta facultad no esté puntualizada como federal en la Constitución. En virtud de su omnipotencia legislativa, pues que ni en los Estados ni en el Centro había legisladores, Juárez pudo pasar sobre esto como medida de alta política é hizo bien, puesto que era necesario; pero esta circunstancia quitaba á la legislación reformista su carácter normal; el único remedio consistía en incorporarla á la Constitución misma, y eso explica el supremo empeño de Juárez por llegar á este fin, que ya casi había alcanzado cuando le sorprendió la muerte.

¶ En Veracruz se habían dado cita cuantos creían que había llegado el momento de dejar flotando sobre el país únicamente el color rojo de la bandera nacional: Lerdo hablaba de la transformación económica suprimiendo para siempre los bienes de mano-muerta, pero ya no dejándoselos al clero en forma de riqueza circulante, como había hecho él mismo en su primera ley, sino privándolo de todos sus bienes, en castigo de su rebelión declarada y resuelta contra las instituciones fundamentales del país, y afirmaba que esta masa de riqueza nacionalizada podría servir de base para un empréstito negociado en los Estados Unidos, que proporcionase recursos con el fin de terminar la guerra; los adjudicatarios, no sólo cuantos habían hecho operaciones de desamortización por cuenta de la Ley-Lerdo (operaciones en que el clero había intervenido muchas veces clandestinamente), sino los nuevos, los aspirantes á hacer su agosto en Veracruz con la nueva Ley de nacionalización, que, dado lo incierto y precario del triunfo, reduciría sus exigencias en proporción del riesgo y cambiaría la mayor parte de la propiedad territorial de la nación, al secularizarla, por un plato de lentejas, y puede decirse que esto sucedió. Otros, los políticos, demostraban fácilmente que la nacionalización crearía intereses tan necesitados del triunfo de la Reforma, que forzosamente colaborarían en él, por el eficacísimo modo que suelen los intereses particulares cuando con los políticos se unimisman.

* * *

¶ Lo que se ha llamado el Código de Reforma, ó más usualmente LAS LEYES DE REFORMA, sin que, dada su importancia suprema en nuestra historia, á nadie se le haya venido en mientes darles, como á otras leyes parciales, nombre de persona alguna (que sería como si á la Constitución de cincuenta y siete se llamase Constitución León Guzmán, que la redactó definitivamente, ó Constitución Comonfort, que fué quien la promulgó); las leyes de Reforma, decimos, estaban desde el año de cincuenta y ocho, no sólo en la voluntad de Juárez y de sus compañeros de Gobierno, sino EN LOS PAPELES de Juárez, de Ocampo y de Ruiz (y aquí

se puede decir con toda seguridad: lo afirma Ocampo, luego es verdad). Los tres se habían comunicado sus opiniones y discutídolas; probablemente habían venido á un acuerdo poniendo Ocampo en ellas su espíritu social y humanitario, Ruiz sus excelentes dotes jurídicas y Juárez su gran prudencia, su deseo de que la obra resultase sólida, de no dar un paso en falso. Esas cualidades de carácter eran cualidades presidenciales en grado superlativo. Un jefe de partido puede ser de actos primos, de arranques, de impulsos. Un jefe de nación ni puede, ni debe ser así; para gobernar á los otros es preciso gobernarse á sí mismo.

℄ Juárez y Ocampo creían que el momento en que la revolución reformista se acercase al triunfo cierto, era el que convenía para la expedición de las leyes nuevas. Se ve claro el motivo, ni podía ser más justo ni más políticamente acertado. La reacción y la masa general del clero, apellidaban la guerra UNA GUERRA DE RELIGIÓN; sostenían á porfía que puesto que todo el ataque se dirigía á la Iglesia, era el catolicismo el combatido; en defensa del catolicismo había que luchar, pues, PRO ARIS ET FOCIS, como decía en su divisa el periódico LA SOCIEDAD, el más templado, el mejor escrito, el menos dañoso de los órganos conservadores, dirigido por D. José M. Roa Bárcena, un sectario, ciertamente, pero hombre de gran inteligencia y de alto y sereno patriotismo. El temor gravísimo de Juárez consistía en que el clero y la población católica, en una inmensa mayoría, asintieran plenamente en la necesidad de una guerra santa, de una contienda religiosa. Realizar la Reforma que desarmaba á la Iglesia, que la privaba de sus bienes y de su tutela moral sobre el Estado, sin herir á fondo el sentimiento religioso, era una gran preocupación para el Presidente. Y basta que así haya pensado para clasificarlo entre los verdaderos hombres de Estado.

℄ Ninguno que merezca este nombre ha provocado la reacción del sentimiento religioso, sin haberse arrepentido de ello; pueden entrar en riña dos fases del sentimiento religioso, como sucedió en el siglo XVI en los países germánicos y en Francia, y al fin sobreponerse el de la mayoría después de desastrosas lides; pero querer someter una creencia religiosa á una necesidad política ó económica, por ingente que sea, es locura; ni al cabo lo lograron los Césares, ni Luis XIV, ni Napoleón, ni Bismarck; todos han acabado por una transacción, por edictos de tolerancia, por meaculpas, por concordatos, por coqueterías con el Papa. Los constituyentes nuestros, convencidos, en el fondo de su conciencia, de que la Reforma y el catolicismo se animaban por principios irreconciliables, quisieron mostrar que se atenían, á pesar de todo, al supremo fundamento de la religión, y comenzaron su obra invocando á Dios para dar al credo político y social que promulgaban un tinte dogmático que pudiera colocar en el combate que presentían, porque todo lo presagiaba, no una bandera frente á otra, sino lábaro contra lábaro, de un lado una cruz, del otro un alfabeto.

℄ Las prédicas de Ignacio Ramírez, la atmósfera satánica que lo rodeaba, lo inflexible de su dialéctica que, unida á su áspero sarcasmo, parecía hierro y carbón unidos para producir la piqueta de acero con que lo despostillaba todo y tendía á demolerlo todo, enardeciéndose en su obra hasta llegar á las cimas excelsas de la elocuencia; la clarividencia de Ocampo, que se empeñaba en trazar el derro-



tero social de la revolución reformista, porque sin ese carácter ni la comprendía ni la amaba (un socialista un poco lírico, un poco inconsecuente, como eran casi todos los engendrados por la revolución de 48, eso era Ocampo); la pasión de Ocampo, que decía á Juárez en un documento célebre : «El becerro de oro es el último Dios que le falta á la humanidad que combatir y que desacreditar. Por fortuna se encuentran ya muchísimos que piensan que el dinero no es Dios y que, si es útil para muchas cosas, nada tiene de respetable»; palabras de apóstol, sin duda, no de hombre avezado á la realidad, como lo era Lerdo, porque el dinero cuando es de veras útil es de veras respetable; los discursos de Cruz Ahedo, de Mendoza y Baz en Michoacán, las inflamadas y un poco absurdas arengas de González Ortega y, en torno de ellos, una nube cargada de todas las fulminaciones, de todas las amenazas, de todas las blasfemias, de todos los estímulos y de todas las marsellesas; todo esto, apóstoles, filósofos, oradores, poetas, todo no había sido bastante á mermar el catolicismo nacional. Había sido parte, eso sí, y magna, en la formación de un grupo de pluma y armas á la vez, que había llevado al paroxismo de la pasión la defensa de las ideas nuevas, que se sentía capaz de sacrificarse por ellas, y dejando á los negociantes, á los publicanos del liberalismo, á los que veían en la revolución un medio de llegar á LA ADJUDICACIÓN, afrontaban las persecuciones, los calabozos y los cadalsos, y entraban en los campos de batalla con un gran calor de hoguera en el corazón y un gran fulgor de ideal en el alma.

€ Esos núcleos son admirables en las revoluciones; después trastabillan y caen y arrastran en su caída á muchos, porque creen en la posibilidad de realizar instantáneamente sus ideales; los gobierna la lógica inflexible pero IRREAL del sentimiento. Pero en la hora sombría de las batallas decisivas, ellos son los que arman á las revoluciones con el arma incontrastable del triunfo, con las ideas transformadas en pasiones.

€ Para Juárez, y sabiamente lo acordó así, la legislación reformista era inevitable cuando suficientemente quebrantado el poder militar de los reactores, la predicación de la guerra santa, que inevitablemente seguiría á la promulgación de lo que llamaban los reaccionarios EL CÓDIGO DE SANGRE, no pudiera tener un suceso tal que multiplicase la fuerza de resistencia del reparo tras el cual la reacción se debatía furiosa; fácil era pensar que la Iglesia al sentirse confiscada, expoliada, reducida á la miseria (así lo creía el clero) sacrificase el todo por el todo, y entre dejarse robar, como decían los periódicos de Méjico y Guadalajara, por los adjudicatarios, y robarse á sí misma para entregarlo todo á Miramón, ni podía vacilar, ni vacilaría. En todo esto había que pensar, y Juárez pensaba, no en aplazar indefinidamente la Reforma, sino en esperar el momento oportuno de definirla legalmente : nadie ha negado á un gobernante el derecho de escoger el momento oportuno para tomar una determinación; sólo los implacables censores póstumos de Juárez, resueltos á encontrar todo pésimo en el adversario que han engendrado y documentado al margen de la Historia, han podido hallar en esto tela para bordar un furibundo cargo.

€ No sólo Juárez, sino Ocampo; este reformista, radical como era, enemigo por

temperamento de las resoluciones á medias, que deseaba con infinita vehemencia el triunfo de sus ideas hasta el grado de confundir la noción del deber patriótico y la del deber político, Ocampo también opinaba por no precipitar nada. Ocampo era el sociólogo de la Reforma; lo que concebía era perfectamente justo y bueno; la Reforma reducida á legislación aplicable antes del triunfo, pensaba, es la riqueza nacionalizada puesta en manos de LOS ACAPARADORES, equivale á hacerla para unos cuantos; el pueblo mejicano se habrá desangrado para enriquecer á una cuadrilla de pillos (decía y redecía este vocablo fustigante), mientras que al día siguiente de establecido el Gobierno en Méjico, las cosas pueden tomar otro camino : la Reforma puede enderezarse al beneficio de muchos, y repartirse entre un gran número de agricultores los bienes del clero, que era un simple administrador y usufructuario de riquezas que rigurosamente no eran de nadie, pues que eran de las almas.

℄ Ocampo habría querido que la nacionalización hubiese producido en Méjico los mismos efectos que en Francia : la creación, ó por lo menos la consumación del movimiento que llevó la riqueza rural francesa á una clase numerosa de pequeños propietarios; esta dislocación de la propiedad territorial fué la magna obra social de la Revolución; ella formó otra clase burguesa adicta á las ideas nuevas, porque con ellas estaban vinculados sus intereses. Y esto era lo que Ocampo quería y por esto deseaba aplazar la promulgación de las leyes. De aquí, el choque sordo con Lerdo de Tejada. Para Lerdo, hombre acostumbrado á basar lucubraciones sobre datos, sobre guarismos, con mayor ó menor acierto manejados, las ideas de Ocampo eran apenas realizables; Ocampo era un poco visionario.

℄ Lo preciso, lo urgente era precipitar la promulgación de la Reforma, entre otras cosas, porque así las operaciones que hacían todos los jefes revolucionarios con los bienes del clero mermando el tesoro de la nación entera, se contendrían, y el gigantesco despilfarro autorizado en todos los ámbitos del país, no seguiría produciendo los males que ya había producido, muchos de ellos irreparables.

℄ Pero Lerdo no daba á este modo de considerar las cosas una importancia principalísima; su mira consistía en negociar con la garantía de los bienes nacionalizados un empréstito en los Estados Unidos; con el dinero que así se obtuviera se podrían dar los golpes de gracia á la reacción, porque se podría armar un gran ejército liberal. Ocampo no tenía confianza alguna en el buen éxito de esta tentativa; comprendía que reducida la garantía á PAGARÉS castigados forzosamente en un tanto por ciento que sumaría una crecidísima cantidad, valdría poco, sin tener en cuenta que el valor de la riqueza de manos-muertas había sido inconsideradamente exagerado. En todo lo cual no se equivocaba EL VISIONARIO, como los hechos lo comprobaron luego. Mas para EL ESTADISTA que, poco después de su llegada á Veracruz, ocupó el Ministerio de Hacienda (lo que era indicio de que el Presidente adoptaba su modo de ver), la operación financiera con nuestros vecinos debería ir aparejada con una muestra absolutamente clara de la buena voluntad del Gobierno mejicano hacia los Estados Unidos, cuyo temporal protectorado no era asunto excluído de las consideraciones á que se prestaba una

cuestión que parecía sin salida, en muchos de los círculos liberales. De aquí nació el pseudo-tratado Mac Lane.

⁂

℄ Entre Ocampo y Lerdo surgió desde entonces una aversión no siempre latente y que después del triunfo reformista estalló en violenta polémica, emprendida por ambos cuando no podían imaginar que se hallaban á la orilla de sus sendas sepulturas. Pero, sin que sea nuestro propósito exagerar nada, ni exaltar á nadie, conviene mostrar la llaneza con que, tanto Juárez como Ocampo, no sólo no crearon obstáculos al programa de Lerdo, sino que pusieron toda su buena voluntad en colaborar con él y coadyuvar en sus designios, y en aquellos tiempos anárquicos en que parecían haberse desatado todas las pasiones y evolucionaban en libertad, ¿no fué ésta una prueba de que en las grandes crisis religiosas ó políticas se llega, casi sin esfuerzo, á la cima de los más encumbrados sentimientos morales de que nadie se hace un pedestal, y que por más que son de primer orden, porque importan sacrificios de convicciones, de amor propio, que pueden reputarse inmensos, se realizan, los realizaron Juárez y Ocampo, noble y simplemente? Ni alusión hicieron á ellos.

℄ Fué D. Santos Degollado quien resolvió el problema imponiendo su convencimiento apostólico á Juárez, á Ocampo, á quien entrañablemente amaba. Degollado traía, digámoslo así, el ambiente mismo de las luchas sin resultado, de las batallas sin tregua, de la desesperación de las víctimas, de la exasperación de los combatientes. Cuando Mac Lane decía á Juárez, en su discurso de presentación oficial, que el Gobierno de los Estados Unidos había llegado á comprender que la mayor parte de la nación estaba con el Gobierno liberal, los periódicos reaccionarios se entretuvieron en enumerar las poblaciones de importancia en que dominaba el ejército de Miramón; pero, á pesar de eso, tenía el plenipotenciario razón, gracias á los milagros de Degollado : quien encuentra en cada derrota el modo de rehacerse, de reorganizarse, de mejorarse, indica que el país es para él una especie de inagotable RESERVA, en donde se podían tomar á manos llenas soldados y recursos; que había en la nación una materia prima de donde surgían sin cesar los elementos de renovación que permitirían á los reformistas durar más que sus adversarios.

℄ Degollado dirigió, en el siguiente mes del desastre de Tacubaya, una circular á los gobernadores en que expresaba precisamente esa necesidad de renovación que permitiría acabar con los reactores, para lo cual necesitaba elementos que sólo podrían encontrarse en LA FUENTE DEL PODER CONSTITUCIONAL y, CON SU AUTORIZACIÓN, EN EL EXTERIOR. El documento cuidaba de puntualizar los dos manantiales de fuerza para la reacción : los bienes del clero y los de los grandes propietarios (lo que sólo era cierto GROSSO MODO, porque estos recursos, mermados á porfía por entrambos partidos, eran cada vez más exiguos). Al mismo tiempo mostraba la situación pecuniaria de los ejércitos reformistas, á quienes, una vez agotados los productos de los préstamos forzosos y del tráfico interior, de suyo

escasos, nada quedaba y marchaban á la guerra con generales que, para buscar el pan del soldado al día siguiente, tenían que mezclar las preocupaciones tácticas á las financieras, lo cual les quitaba el dominio de sí mismos, indispensable para asegurar la victoria. La explicación de los reveses de Ahualulco, San Joaquín y Tacubaya estriba en el hecho apuntado. Los reaccionarios pagados y nutridos, los liberales famélicos y sin esperanza de prest. Demasiado era, agregaba, que en estas condiciones los liberales hubiesen podido dominar los puertos, ganar batallas y mantenerse en posesión de las tres quintas partes del territorio nacional que de buen grado aceptaban el régimen legítimo, que por fortuna reconocía ya el representante de los Estados Unidos. La guerra se prolonga, entre tanto, y el país se agota; precisaba, pues, á Degollado, «ensanchar su esfera de acción y levantar su espíritu á la altura de las circunstancias y de las necesidades públicas» para cumplir su misión, que sintetizaba así con noble osadía: «pacificar la República de modo que no se aniquile con los esfuerzos que hace el pueblo para recobrar su libertad y sus derechos conculcados.»

❡ Hay en este documento, por tantos títulos interesante, la afirmación de un hecho á que hemos aludido ya y que hoy puede, por legítimas inferencias, considerarse como cierto: el Gobierno de Miramón solicitaba un príncipe extranjero, como lo comprobaba una correspondencia, interceptada, entre Gutiérrez Estrada, el patriarca del monarquismo, y el padre Miranda. No había, pues, tiempo que perder; necesitaba Degollado proveerse de recursos para las campañas supremas; sería corta su ausencia, tuviera ó no buen éxito; entretanto los gobernadores podrían concertarse entre ellos y con los jefes militares, eligiendo para el mando superior al más digno.

❡ La verdad era que, como lo revela de un modo gráfico la recomendación de Degollado, el predominio de los reaccionarios en el Bajío y la ampliación del radio de sus operaciones en torno de Puebla, Méjico, Querétaro, San Luis, León y Guadalajara, había dividido en fracciones incoherentes á las fuerzas reformistas; de lejos, y aunque de muy buena voluntad, sin serles posible atenerse á órdenes continuas de su parte, reconocían la autoridad de Degollado, y, por encima de todo, la de Juárez; pero la falta material de contacto hacía nominal esta unidad de obediencia, y en la ausencia de Degollado el riesgo iba á ser mayor: ó que ningún gobernador ó jefe de fuerzas importantes consintiera en someterse á otro, ó que se rehiciera la COALICIÓN del día siguiente del Golpe de Estado, y el país liberal tuviese dos centros de gobierno. La necesidad que Degollado tenía de ponerse en acuerdo íntimo con el Jefe del Estado y la de obtener medidas decisivas era tal, que no vaciló. Y, para honra del partido reformista armado, debemos decir que estos peligros no aparecieron; bastó la pasión por los ideales reformistas, el patriotismo y el buen sentido de aquellos exaltados para conjurarlos en germen. Cuando volvió Degollado se encontró con que los fragmentos del ejército en todas partes crecidos podían reunirse ya.

℄ Degollado se puso en camino por Manzanillo al istmo de Tehuantepec; logró desembarcar en La Ventosa, en donde se encontró con un joven oficial á quien se había confiado el gobierno de Tehuantepec y en quien tenía singular confianza el Presidente Juárez; el nombre del oficial era Porfirio Díaz. Á él se confió Degollado, con él se instaló en Tehuantepec y, acompañado por él hasta cerca de Coatzacoalcos, se embarcó en este puerto para Veracruz en compañía del general D. José Justo Álvarez y del coronel D. Benito Gómez Farías.
℄ Hervía Veracruz en opiniones, en exigencias, en consejos, en proyectos, en amenazas, en codicias, ambiciones é intrigas; el calor sofocaba, la fiebre amarilla hacía estragos; pero esto á nadie atemorizaba, todos esperaban la palabra definitiva de Juárez; los periódicos subían día á día el tono de sus interpelaciones, de sus DESIDERATA; se hablaba de que Lerdo y Ocampo no podían entenderse, de que el primero urgía y, ayudado por Gutiérrez Zamora, el gobernador de Veracruz, árbitro, hasta cierto punto, de la situación (era el dueño de la casa), ponía plazos perentorios, é impaciente con lo que ellos llamaban LA INDECISIÓN DE D. BENITO, querían forzarle la mano y tratarlo como si fuera CANTIDAD DESCUIDABLE. ¿Qué había en el fondo de todos estos rumores y murmuraciones que han asomado la nariz por las cocinas de la Historia? La verdad es que lo exiguo de la ciudad, la vida de reunión hecha perpetuamente en la calle esperando un poco de brisa, en los cafés tomando refrescos, la libre locuacidad de los veracruzanos, generalmente espiritual y regocijada, invitaba al cuento, á la charla, al comentario; aquello era una GACETILLA perpetua que rodaba por las plazas, los zaguanes de las casas de comercio y los paseos, en el muelle ó en los suburbios, menos calientes y más cargados de vegetación y de aromas, de olas y flores, que en sus moléculas llevaban la inspiración á los ardientes copleros de los bailes populares, perennemente rimados por el monótono y voluptuoso balanceo de las jarochas de Medellín, la de las alegres fiestas.
℄ Los políticos no cejaban : Guillermo Prieto, enfermo, salpicaba de poesía y humorismo los corrillos de los recién llegados; Romero Rubio hablaba en nombre de los liberales de la capital, que eran adictos fervientes del modo de ver de Lerdo; Juan José de la Garza, que había llegado en una mala canoa de Tampico para unir sus ruegos á los de Romero Rubio; Ramírez, que personificaba el pensamiento más alto de la Revolución. Y con ellos el clan terrible de los negociantes muy ávidos, pero sin los cuales es probable que los franceses de la Intervención hubiesen encontrado buena parte de los bienes nacionalizados en poder de la Iglesia todavía.
℄ Llegó Degollado; él sí no era interesado ni interesable; su avidez era otra; consistía en poner en manos de la Revolución el arma de que se iba á despojar al clero. Él traía la voz del ejército, la voz de los que se sacrificaban de veras, de los que andaban descalzos y hambrientos por los inmensos lodazales del Bajío, y entraban en campaña sin pan y á las batallas sin municiones; los jefes de estos hombres pedían que se les dejara hacer la Reforma : «déjeme Ud. hacerla, decía Degollado á Juárez, publicar las leyes nuevas, y si no dan resultado mándeme Ud. procesar.» Ogazón, González Ortega, Vidaurri, Garza, Huerta, todos han de-

cretado la secularización de los bienes de la Iglesia ó de hecho los han secularizado; corre la Nación el riesgo de no aprovechar nada de este cambio de centro de gravedad de la riqueza pública. Los jefes y los partidarios reflexivos se desconciertan pensando en que á otro día de la victoria, en que todos creen firmemente, quedaría vigente la primitiva ley de desamortización que en realidad, como Ocampo había dicho muy bien, hacía al clero rico legalmente de una fortuna que legalmente no le pertenecía, aumentándola por extremo (lo que habría creado una situación sin salida para la Reforma, si hubiese habido en el clero mejicano una sola inteligencia política en el alto sentido de la palabra). Y á esto nadie se resignaba; esto traería el desaliento y quizás la rebelión. Y ésta era la verdad; de seguir el plan de Ocampo, muy humanitario y lógico por cierto, pero que no tenía en cuenta la realidad circunstante, el plan de aplazamiento hasta que pudiera hacerse normalmente la distribución de la riqueza confiscada á la Iglesia, entre la clase desheredada (la rural principalmente, la predilecta de Ocampo) y constituir una clase media de raíz agrícola, que habría sido el mejor apoyo de las instituciones nuevas; de seguir, decimos, este propósito digno de los Graccos, pero impracticable en las condiciones del país, que sentía una infinita necesidad de paz inmediata, el ejército habría asumido un carácter de resistencia invencible á la ley; á la negativa de Juárez de promulgar la Reforma, habría respondido González Ortega con un grito de revuelta en Zacatecas, secundado instantáneamente por Vidaurri, Ogazón y Huerta quizás. Tal vez el jefe civil de esta revolución de radicales habría llegado á ser Lerdo de Tejada, porque Degollado permanecería fiel á la bandera legal. La perspectiva de una rebelión y el nombre de Lerdo, que causaba naturalmente á Juárez el sentimiento de recelo y desconfianza con que veía todo lo que amenazaba su poder y que se ocultaba en la astucia innata del gran indígena, pero era perfectamente positiva (dejando á un lado lo que tenía de humana en general, de india en particular y de tzapoteca en especial), arrancó al fin su consentimiento para precipitar la promulgación de las leyes nuevas.

⁂

℄ Fué el anuncio un gran manifiesto de Juárez á la Nación. El mismo día (7 de Julio de 59), según unos, cinco días después, según otros, el dictador militar de Méjico lanzaba otro; éste fué, probablemente, obra de un joven flamante ministro de Miramón, del licenciado Isidro Díaz, conservador ilustrado que no desconocía las necesidades del mundo moderno, aunque sus principios religiosos eran muy firmes, y que, á pesar de sus estrechas relaciones con muchos liberales, se vió obligado á su pesar á entrar en la política activa, por amistad hacia Miramón. El manifiesto de Miramón se colocó en una situación personalísima; los conservadores netos no le perdonaban la especie de desdén juvenil con que había sacudido su tutela (el presidente de los conservadores era el general Zuloaga, una especie de Bustamante de tercer orden); los obispos, á pesar de sus declaraciones

de fe, de sus protestas fríamente apasionadas de amor por la Iglesia y de acatamiento á sus preceptos, veían por encima del hombro á aquel político y militar precoz, que no tenía inconveniente en afirmar que la Nación entera atravesaba una crisis, una revolución (era ésta su palabra), que ni era posible desconocer, ni dejar de satisfacer las necesidades que la habían originado, en cuanto fuera justo; el joven Macabeo (como había llamado á Miramón un obispo de chabacana elocuencia, con regocijo de los PUROS que habían hecho de la designación un mote burlesco) también hablaba de que era imposible desconocer que la ley de desamortización había creado una nueva situación social : «un elemento poderoso enardece la lucha desoladora que sacrifica la República, decía Miramón; hablo de los intereses cuantiosos creados como consecuencia de la funesta ley de 25 de Junio de 1856; reconozco la nulidad de esa ley; protesto por mi honor el más alto respeto y la más segura garantía á los intereses de la Iglesia; protesto por mi honor que no seré yo quien mengüe en un solo centavo sus riquezas; protesto sostener vigorosamente sus prerrogativas y su independencia; pero estoy resuelto á adoptar el camino más conforme con nuestras creencias y con los estatutos canónicos, para aniquilar ese germen de discordia que alimentará siempre la guerra civil en la República, y cuento con ser secundado en mi propósito por el sentido recto é ilustrado del venerable clero mejicano.»

℄ Éste era el anuncio de un concordato, pero era también la confesión de que la Reforma había hecho ya algo irreparable, y esta confesión daba, por cierto, un apoyo formidable, si indirecto, al modo de ver de Lerdo. Si los intereses creados por la primera ley de desamortización habían creado tamaños intereses, elementos tan poderosos que serían capaces de perpetuar la lucha civil, según Miramón confesaba, ¿qué no haría en este camino una ley de nacionalización, pasando toda la masa de la fortuna eclesiástica, libre de gravámenes, á las manos de verdaderos y absolutos propietarios? Decididamente, como decimos á la francesa, la suerte de la Revolución dependía de que la ley de nacionalización de la fortuna eclesiástica fuese promulgada.

℄ Lo que en el manifiesto reaccionario llamó más la atención, con todo, fué la pintura exacta del estado de profunda miseria en que el ejército reaccionario se encontraba y que corría parejas con el que sostenía á los liberales; fué la pintura de la cruel desolación del territorio á consecuencia de la guerra y el anuncio de que ésta no tenía término previsible, porque, decía Miramón, el Gobierno obtiene victoria tras victoria, pero nadie se somete, nadie lo reconoce. Un plan de economías administrativas, de esas que todos los Gobiernos prometen y que nacía muerto (porque proyectaba que todos los empleados y militares que quedasen sin empleo serían pensionados), tal era la reforma que, con algunos otros tópicos, verdaderos clisés gastados ya en las prensas de todos los planes revolucionarios, infería Miramón de sus pomposas premisas.

℄ Eran suficientes estos anuncios para alarmar á burócratas y á militares en receso, eran impotentes para remediar nada. Lo que había de cierto en aquel célebre documento era la afirmación de que una dictadura brava y resuelta, verdadero gobierno ansiado por la Nación, subsistiría en manos del joven caudillo

hasta que la guerra terminara, que probablemente terminaría con un conflicto con los Estados Unidos.

❡ Desde este momento, la facción conservadora y eclesiástica quedaba unida á Miramón por necesidad suprema, no por confianza. Éste había definido su gobierno como un hecho puramente militar y personal; dependía, pues, de los azares de la guerra; una gran victoria liberal, y vendría por tierra. Nadie puede evadirse de su destino.

***

❡ La verdad es que, como indicio de la fragilidad de una situación que todo el mundo sabía eminentemente facticia, el manifiesto de Miramón no podía ser indiferente á nadie; pero si se le compara con el que en las mismas fechas expidieron en Veracruz Juárez y su Gobierno, resulta insignificante; era un dato, no un acontecimiento.

❡ Y sí lo fué, y en alto grado, el que contenía el programa reformista de Juárez refrendado por sus ministros Ocampo, Lerdo de Tejada y Ruiz; este último, sin duda, urdió el CANEVAS; es su estilo. Sobre esa urdimbre va tramado el pensamiento entero del partido reformista; allí, para que el mundo viera cuán absurdos fundamentos tenían las declamaciones de los reactores contra las tendencias antisociales de los partidarios de la Constitución, acusados de anarquistas, enemigos implacables de todo orden social, como solía decir con énfasis, que olía á sangre, D. Leonardo Márquez.

❡ En los comienzos del manifiesto campeaban ideas excelentes relativas á reorganización de la hacienda pública sobre bases justas, que, no en pequeña parte, sólo ha podido ser realizada en nuestros días; Lerdo de Tejada dejó allí la huella de sus propósitos. A Ocampo, sin duda, debe atribuirse lo que á la colonización se refiere y que era muy racional y por lo mismo muy lejano, porque hacía de la paz y de la seguridad las condiciones esenciales de su aclimatación en el suelo mejicano. Lo mismo que, claramente, pertenecía á Ocampo el designio de fomentar á todo trance la creación de la pequeña propiedad agrícola. Directamente pueden atribuirse á Juárez la parte que á instrucción popular se refiere, porque siempre fué esto para él objeto de singular predilección, todos nosotros lo sabemos, y lo que á los códigos atañía. (Séame permitido consignar aquí que el encargo de redactar el proyecto de Código civil fué confiado al Dr. D. Justo Sierra; en ese proyecto agotó sus últimas fuerzas y, concluída su tarea, murió).

❡ Mucho de todo esto era un resumen de cuanto el partido liberal había deseado siempre; rastreando su obra desde la Constitución del veinticuatro, se nota la marcha de las ideas que llegaron á la Constitución y á la Reforma; muchos puntos estaban implícitos ó explícitos en el Código Federal de cincuenta y siete. Pero los redactores del manifiesto quisieron inscribirlos de nuevo en él, como se inscriben en las banderas del ejército los nombres de las batallas ganadas.

❡ Mas todas esas consideraciones resultaban singularmente secundarias, ante la

opinión, en los momentos en que tomó el Gobierno constitucional la palabra ante la Nación.

€ Lo que concentró entero el interés de amigos y enemigos fué la proclamación de los grandes principios reformistas. El partido retrógrado quedó reducido moralmente, desde entonces, á una resistencia más ó menos enérgica, á una negación más ó menos altisonante. En esa resistencia tomaba conciencia de su ser, de su YO el partido liberal, de su potencia por ende. Sería irresistible porque CAPTABA, en las fórmulas de la ley, la fuerza toda del progreso moderno.

€ Esos principios quedaron así consignados:

« 1.° Adoptar, como regla general é invariable, la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.

« 2.° Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino, sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente hay en ellas.

« 3.° Extinguir actualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y en general todas las corporaciones ó congregaciones que existen de esta naturaleza.

« 4.° Cerrar los noviciados de los conventos de monjas, conservándose las que actualmente existen en ellos, con los capitales ó dotes que cada una haya introducido, y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en sus respectivos templos.

« 5.° Declarar que han sido y son propiedades de la Nación todos los bienes que hoy administran el clero secular y regular con diversos títulos, así como el excedente que tengan los conventos de monjas, deduciendo el monto de sus dotes, y enajenar dichos bienes, admitiendo en pago de una parte de su valor, títulos de la deuda pública y de capitalización de empleos.

« 6.° Declarar, por último, que la remuneración que dan los fieles á los sacerdotes, así por la administración de los sacramentos, como por todos los demás servicios eclesiásticos y cuyo producto anual bien distribuído basta para atender ampliamente al sostenimiento del culto y de sus ministros, es objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ellos la autoridad civil.

« Además de estas medidas que, en concepto del Gobierno, son las únicas que pueden dar por resultado la sumisión del clero á la potestad civil, en sus negocios temporales, dejándolo, sin embargo, con todos los medios necesarios para que pueda consagrarse exclusivamente, como es debido, al ejercicio de su sagrado ministerio, cree también indispensable proteger en la República, con toda su autoridad, la libertad religiosa, por ser ésta necesaria para su prosperidad y engrandecimiento, además que una exigencia de la civilización actual.»

€ Tal es el texto literal.

℄ Desde la declaración de Independencia en 1821, no se había presentado á la Nación un documento de mayor trascendencia. El régimen colonial se había disuelto entonces en su carácter político, ahora concluía legalmente bajo su aspecto social; desde este punto de vista la Independencia y la Reforma constituían dos fases de la misma revolución; ni la Constitución de 57 tenía tamaña trascendencia. La Constitución bosquejaba la Reforma; el gran acto político de 59 la formulaba en términos completos y la legalizaba toda.

℄ Méjico nació bajo un régimen constitucional de más ó menos buena gana aplicado. Cuando Méjico, después de la gestación dolorosa de los once años de la insurgencia, fué nación en 1821, nos regía la Constitución española del Año Doce, y los grandes principios de los derechos del pueblo y las libertades que los condicionaban, eran el credo de todo mejicano que aspiraba al ser político. Iturbide, comprometido con el clero y los conservadores á arrancar á Méjico de las garras del liberalismo, sólo pudo arrancarlo de las garras de España; pero nacimos creyendo en la soberanía popular, en la división de poderes, en las libertades políticas que ignorábamos cómo aplicar, mas, que así y todo, nos eran caras. Después, cuando fué necesario reemplazar toda la maquinaria monárquica por la de la Federación, elementos de la Constitución norte-americana entraron en amalgama con otros españoles que eran, en suma, arreglos del francés. De modo que no hubo propiamente conservadores y liberales; todos eran liberales, como todos eran católicos; lo que hubo fué federalistas y centralistas, y la Constitución centralista llamada «Las Bases Orgánicas» fué en suma una Constitución liberal sin federación. La evolución del grupo reformista, desde que apareció con Ramos Arizpe, Santa María, Zavala, hasta que tomó conciencia de sí mismo con Gómez Farías, García, Mora, Espinosa de los Monteros, fué la que obligó al grupo centralista, por resistencia á la invasión de ideas emancipadoras tildadas de anti-religiosas, á tomar más ó menos rápidamente el carácter de conservador á todo trance y á arrimarse á los regímenes dictatoriales propugnadores del orden y la religión. Luego, á la aparición de la revolución de Reforma iniciada en realidad en Ayutla, los conservadores se tornaron reactores, fueron LA REACCIÓN; ¡la hermosa reacción! como decía el más conspicuo de sus caudillos.

℄ Había en el manifiesto un gran principio, una regla fundamental, no formulada en Cincuenta y Siete; la perfecta independencia entre los negocios públicos (políticos, administrativos, en una palabra CIVILES) y los negocios eclesiásticos; el Estado adquiría un carácter plenamente laico en consonancia con la civilización moderna. Este principio era una consecuencia : como algunos tratadistas han demostrado plenamente (v. Bulnes), con haber suprimido los constituyentes el artículo, jamás omitido desde la Constitución de Apatzingán, que declaraba á la religión católica la única oficial en Méjico, la libertad de cultos había quedado implícitamente fundada; por no haberlo hecho explícitamente, gracias á la derrota que sufrió el famoso artículo que la establecía, la independencia entre la Iglesia (en rigor debía decirse Iglesias) y el Estado no pudo definirse. Y no de la tolerancia, sino de la libertad de cultos solamente podía haber fluído esta separación; por supuesto que no nos referimos á la libertad establecida en

la ley, sino en las costumbres; no sólo el derecho, basta en realidad el hecho, para que á la larga ó á la corta cese la interdependencia del Estado y el mundo eclesiástico. En los Estados Unidos no hay más fórmula constitucional de la separación entre las Iglesias y el Estado que la prohibición al Congreso de legislar en asuntos religiosos; el génesis de esta disposición está implicado en toda la historia de la reforma de Inglaterra, en que el parlamento y el rey heredaron del jerarca romano el derecho de legislar en asuntos religiosos y de la historia particular de las colonias fundamentales anglo-americanas en donde las cuestiones CONFESIONALES desempeñaron tamaño papel.

¶ Por la declaración hecha en la exposición de principios á la República, así como en el artículo de la ley de 12 de Julio que le sucedió inmediatamente, quedaron establecidas la separación y la libertad de cultos como formando un solo conjunto lógico de conceptos. He aquí el artículo que ha sido citado con fines polémicos, trunco y alterado en el texto:

¶ «Habrá perfecta independencia entre los negocios del Estado y los negocios puramente eclesiásticos. El Gobierno se limitará á proteger con su autoridad el culto público de la religión católica, así como el de cualquiera otra.»

¶ En términos secos y jurídicos quedan rotas las relaciones entre la Iglesia y el Estado considerados como entidades de igual importancia. No hay más que el Estado órgano del poder social, dueño exclusivo de sus asuntos y árbitro de sus necesidades, y la Iglesia, es decir, LOS NEGOCIOS ECLESIÁSTICOS, transformada, por el solo hecho de la independencia, en una de tantas asociaciones que viven sin privilegios de ningún género dentro del Estado al igual de las otras; pero como la Iglesia católica, por algunos de sus elementos, pudiera impedir al Estado llenar sus fines de progreso y bien social, la asociación denominada IGLESIA CATÓLICA quedaba definitivamente privada de ciertos órganos y recursos; lo que no era, en suma, más que restricciones á la libertad. Era una asociación condicional y limitadamente libre, frente al Estado plenamente libre. Quizás pudiera en rigor decirse que la asociación eclesiástica, en cuanto no se refería á su objeto esencial, la religión, quedaba bajo la dependencia del Estado.

¶ Éste no era ateo, esto es un NON SENSUS; sólo los individuos pueden ser ateos ó deístas. La religión es algo eminentemente individual; cuando se dice una nación católica, se significa que la gran mayoría de sus habitantes es católica; Méjico era una nación católica, sin duda alguna, y su Gobierno era y es LAICO y sin religión. Ha pódido haber gobiernos católicos y protestantes, es decir, gobiernos que protegen de preferencia ó exclusivamente al catolicismo ó al protestantismo en alguna de sus formas, compuestos de protestantes ó librepensadores. El Gobierno americano es un Gobierno de separación absoluta entre los negocios del orden civil ó laico y los negocios eclesiásticos, y está compuesto siempre en su mayoría de protestantes convencidos y practicantes; el Gobierno de Luis Felipe era un Gobierno constitucionalmente católico, y lo dirigieron muchos años un gran calvinista, Guizot, ó Thiers, un volteriano.

¶ Y es que hay confusión en todo esto: mayoría nacional de determinada religión, la nación, lo repetimos, puede designarse con el nombre de la religión de la ma-

yoría; protección gubernamental á determinado culto, el Gobierno puede designarse desde este punto de vista con el epíteto indicado por el culto mismo; protección por igual á todos, al Gobierno sólo puede atribuirse el epíteto de LAICO.
☾ Este es el hecho jurídico; estriba en las clasificaciones apuntadas: nosotros los latinos, que solemos ser gobernados más por la lógica que por la realidad concreta, que nos parece ilógica á veces, no concebimos que pueda un Estado declararse absolutamente independiente de la Iglesia, sin dejar de ser religioso; tiene que ser ateo. No es verdad; como representante supremo del poder social, el Gobierno que rige los Estados Unidos invita al pueblo á dirigirse á Dios en la forma que sepa, y á nadie se le ha ocurrido decir que no haya en la Unión Americana separación de las Iglesias y el Estado. Este papel jamás lo haría un Gobierno mejicano, pero tampoco podría hacer nunca esta declaración: NO HAY DIOS, que es lo que se llama ser ateo. La Nación contestaría con un infinito: «vaya usted á pasear; ¿qué sabe usted?»

☾ Dadas las condiciones de suprema excitación del país pensante, en plena fiebre civil, encontramos de la más acertada prudencia todo cuanto en los actos del gobierno de Juárez se encaminó á evitar que la Reforma perdiese su carácter puramente político, cambiándolo por otro religioso que habría puesto en contra suya, por debajo de los vociferadores y los delirantes, una incontenible, enorme corriente de sentimiento popular. La forma de la libertad de cultos aparejada con la independencia del Estado tenía ese fin. «Todo habitante de Méjico puede ejercer el culto que guste, con tal de respetar los bandos de policía», es una fórmula más explícita; «el Gobierno se limitará á proteger con su autoridad el culto público de la religión católica así como el de cualquiera otra», es mucho más hábil; marca una distinción respecto del catolicismo, que era debido homenaje de una autoridad democrática á la religión de la mayoría nacional y que probaba una vez más lo que con profundo instinto de bien habíanse empeñado en demostrar (no los filósofos como Ramírez, que tenían otra misión, sino los políticos de la revolución reformista, vale decir, LOS TRANSACTORES, porque no hay medida de importancia política que no sea una transacción), en demostrar, decimos: que el programa de la Reforma no era anti-religioso, no era anti-católico. Y eso lo hacían por convicción muchos, por conveniencia todos; y lo segundo, lo no anti-católico, era perfectamente indemostrable escudriñando bien las cosas, pero el pueblo no escudriña bien las cosas. No las sabemos escudriñar los que hacemos gala de historiadores más ó menos críticos, ¿qué harán los que no tienen tiempo de historiar la historia y se contentan con hacerla sin saberlo?
☾ Entrando en este terreno de convertir la nueva ley en la prestigiosa lanza que cicatrizaba las heridas que hacía, lo más característico fué: LA LEY SOBRE DÍAS FESTIVOS, profundamente ilógica dada la fundamental separación entre el Estado y la Iglesia católica, pero que marca una concesión, inevitable acaso, á las más caras y menos posibles de desarraigar entre las costumbres populares, que aun

subsisten y son de hecho respetadas por todos los gobiernos y por todos cuantos las censuramos; y el famoso comunicado al presbítero Díaz Martínez, de Octubre de 59, citado y comentado con insigne malicia en el libro en que, con calidísimo verbo y delectación epicúrea, se amontonan sobre Juárez montañas de acusaciones capitales, pidiendo para el gran Presidente la guillotina histórica, como Fouquier-Tainville pedía la de la plaza de la Revolución para los más conspicuos servidores de la República.

℄ Lo singular es que se hace responsable moralmente á Juárez de todo lo que tiene cariz de querer neutralizar la Reforma, lo que es absolutamente inexacto, y de la Reforma en sí se da todo el honor á sus ministros Lerdo, Ocampo, Ruiz. ¿Por qué? Nadie lo sabrá nunca, mientras se pretenda resolver el misterio de esta acusación en el terreno circunscrito de la verdad histórica; la explicación no es histórica, es subjetiva, es psicológica, está en los autores de esta asombrosa justicia distributiva.

℄ La comunicación al presbítero Díaz, caso de no ser apócrifa, es un dato precioso para juzgar del modo con que la evolución religiosa iba desatando los lazos dentro de las almas saturadas de catolicismo por siglos enteros de creencias indiscutibles é indiscutidas. En ella se intentaba provocar un movimiento cismático, poniendo al clero inferior del lado de la Reforma y contra el alto clero que nada había aprendido ciertamente desde la época de las célebres excomuniones contra los Insurgentes. El intento falló y tenía que ser así; la masa católica no abandonará en ningún país latino su culto para pasar á un protestantismo cualquiera, llámese iglesia nacional ó religión mejicana; tenemos esto por imposible; puede la mayoría llegar á ser anti-clerical, pero anti-católica jamás. Pero es indudable que la intención de los autores de la carta (Ocampo la firma) era perfectamente recta y buena; no quizás en la cuestión del cisma que envolvía, sino en la invitación á la porción democrática del clero á cooperar en la transformación del pueblo mejicano dentro de la Constitución y la Reforma. Todavía hoy, á pesar de la paz con la Iglesia por indiferencia, á pesar de la escuela laica y de las doctrinas excluídas de toda metafísica que se imponen á los espíritus quiéranlo ó no lo quieran, el bajo clero, es decir, EL CURA, pudiera coadyuvar supremamente á la reducción del país rural y fabril, si se decidiera á encender su lámpara en la antorcha de las ideas nuevas. Aceptar los grandes principios de la Constitución y la Reforma, saberlos amar por lo que de democrático tienen y mezclar á la educación y religiosa que ellos pueden dirigir como nadie, una educación cívica basada en el Evangelio y en la Ley Fundamental, sería todavía la MAGNA OPUS del siglo XX en Méjico, la más cristiana, la más patriótica. El haberlo pensado así, pues que así podemos pensar todavía, será un honor prócer para los autores de la Reforma cuando se les juzgue con menos pasión y MÁS SOCIOLOGÍA. Entonces se verán unimismados en el mismo propósito á Juárez, á Ocampo, á Lerdo y, con términos casi heroicos, á Degollado, tipo extraño y magnífico de creyente y revolucionario. Ahora vemos todo esto con superioridad desdeñosa y los juzgamos, á los padres, con protectora ironía... ¡Ya tenemos bien deslindada nuestra heredad intelectual, ya sabemos quiénes son los

bárbaros, nosotros los helenos de la decadencia! ¡Los bárbaros, nuestros padres! ¡Bah!, valemos menos que ellos. Repitámonoslo siempre.

⁂

℄ Una vez seguro de que la legislación reformista se publicaría, Degollado marchó á San Luis por Tampico, recibiendo ovaciones en Tamaulipas. La impresión en el país entero, entre los liberales, sobre todo, era muy singular: apenas adolescente, la escuchaba yo en boca de los próceres yucatecos y me llamaba la atención por tal modo, que no me ha sido dado olvidarla: Degollado debe ser derrotado, ésta es su misión; así, puestos á prueba la fuerza y el esfuerzo del partido liberal, acabará por formarse un ejército superior al de la reacción; á Degollado jamás le faltará un ejército; la reacción no encontrará otro el día en que sea completamente vencido el que tiene á su servicio. Algo así decían esos hombres; tenían razón; los martillazos de la derrota en el broquel de fe y valor cívico de aquel caudillo, no lo rompían, sino que lo repujaban y resultaba más fuerte; un día resaltó en ese broquel el relieve de la victoria.

℄ Juárez fué fiel á su compromiso con Degollado y á su deber político, bien claro ya á sus ojos; durante el mes de Julio de 59 la legislación reformista, basada en el manifiesto del 9, se expidió urgentemente, después de discusiones presurosas, según nos ha revelado Ocampo; de aquí sus deficiencias y sus errores, en parte corregidos por las circulares que dió éste, cuando marchó á los Estados Unidos el Sr. Lerdo.

℄ Toda la Reforma estaba implícita en una ley fundamental: la de nacionalización de bienes eclesiásticos. Las que se dieron en el mismo mes de Julio de 59, estableciendo el matrimonio civil, constituyendo en poder del Estado los órganos necesarios para definir el estado civil de las personas (nacimientos, matrimonios, defunciones), la que se refirió al gobierno laico de los cementerios, no son más que inferencias de la del doce de Julio: ésta fué la gran premisa. Todas las tentativas de reforma desde la Independencia la habían preparado; resultó un resumen de cuanto se había intentado en el país. No era, pues, un aerolito; era el fruto de un árbol plantado por la revolución francesa en suelo abonado por la sangre de nuestros abuelos; por eso lo llamaron LA LEY ROJA; tenía el color del terruño que le había dado savia.

℄ Era una ley curiosa, resultaba un mosaico vivo; curiosa y poderosa; en sus artículos heterogéneos se notaba el mismo pensamiento de emancipación definitiva y de lucha contra la Iglesia, convertida, por la insigne falta de instinto de conservación de sus prelados, en una fortaleza política que lanzaba por sus troneras excomuniones en vez de bombas, y se parapetaba con doctrinas teológicas y padres de la Iglesia y cánones; el Concilio de Trento desempeñó en todo ello tamaño papel. Entretanto, los militares de la reacción se encargaban de hacer saltar el oro de los cabildos eclesiásticos en las mesas de juego de los oficiales del Joven Macabeo.

℄ Era un soplo de innovación, de rebelión triunfante el que animaba la ley; un soplo satánico, como decía, con su elocuencia hecha adrede para lágrimas y moqueos de beata, el Ilmo. Madrid, obispo IN PARTIBUS. En esa ley se trataba de todo : de confiscación de todos los bienes del clero secular y regular; de la independencia de la Iglesia y del Estado; de la supresión de las órdenes monásticas y asociaciones poseedoras de bienes de mano muerta y de las consecuencias de este precepto; de la suerte de las religiosas (benévolamente tratadas); de la nulidad de las enajenaciones de los bienes de la Iglesia hechas sin anuencia del Gobierno legítimo; de las penas de los opositores á la ley. Hubo en ella inconsecuencias enormes, dado el principio de la independencia entre los negocios civiles y los eclesiásticos: el espíritu jacobino de Ocampo se traducía en prescripciones como la siguiente : «Quedando por esta ley los eclesiásticos regulares de las órdenes suprimidas reducidos al clero secular, quedarán sujetos como éste al ordinario eclesiástico respectivo en lo concerniente al ejercicio de su ministerio.» El legislador aquí desempeñaba el papel del Papa ó del Concilio. ¿Qué tenía que ver con el estado de los monjes dentro de la Iglesia después de la supresión de las órdenes monásticas?

℄ Hubo además de la separación, y desde el punto de vista de los intereses de la revolución, otra medida de imponderable trascendencia, tanta quizás como el tránsito al dominio del Estado de la propiedad territorial y derechos reales de la Iglesia mejicana, formulado en el artículo primero; nos referimos al famoso artículo 22, que declaraba nula toda operación hecha con los bienes del clero fuera de las disposiciones de la ley, conminando á los contraventores, no sólo con la nulidad de sus contratos, sino con penas severas á los contratantes, á los notarios, á los testigos... Todos temieron desde entonces comprar ó prestar á la Iglesia; todos los contratos con ella fueron desde ese instante precarios; el lucro usurario de los que cambiaban por dinero las obligaciones de los cabildos subió en proporción del riesgo, y el nivel del dinero santo en las cajas de la reacción comenzó á bajar aceleradamente. Degollado había obtenido en Veracruz una victoria sobre los reaccionarios mucho mayor que juntas todas las derrotas que éstos le habían infligido. Moralmente la reacción había muerto el 11 de Abril en Tacubaya; económicamente la mató la nacionalización; militarmente iba á vivir bastante tiempo todavía. Á raíz de la expedición de la ley del 12 de Julio salió Lerdo de Tejada rumbo á los Estados Unidos con objeto de negociar un empréstito, dando por garantía la parte de los bienes del clero que debía ingresar á las cajas públicas, garantida por los pagarés negociables que otorgarían los adjudicatarios; pero no había en el mercado americano confianza alguna en la pronta victoria del partido liberal y no se daba importancia á los valores que llevaba Lerdo en su cartera, digamos así. Sólo el Gobierno americano mismo, dando una prueba palmaria de su resolución de apoyar al de Juárez, traducida en dinero contante, podía empujar al público de los Estados Unidos á convertirse en asentista de los partidarios de la Reforma. Cierto, hacer á los norteamericanos dueños efectivos de una inmensa porción de la propiedad territorial en la República era poco previsor y, escribamos la palabra, poco patriótico. Mas, lo dijimos ya, la noción de

Patria se desvanecía ante los ojos de aquellos bregadores formidables, mejor dicho, se confundía con la de su pasión política. Sólo la Reforma podía salvar la Patria, luego sólo la Reforma era la Patria. Y éste es uno de los más tristes y de los más seguros resultados de las guerras civiles.

℄ Para llegar al resultado que Lerdo se proponía, para interesar al Gobierno del presidente Buchanan en una acción favorable á los reformistas, sin intentar disminuir nuestra integridad nacional, se necesitaba del Gobierno de Veracruz una demostración palmaria, irrefutable, no sólo de BON-VOULOIR, sino de adhesión y confianza en el pueblo norte-americano; precisamente Juárez y sus ministros estaban en el caso de celebrar y hacer pública una alianza estrecha con nuestros vecinos. Y no fué ésta la menor causa del convenio Mac Lane-Ocampo.

⁂

℄ El clero, el alto, sobre todo, había acogido el manifiesto de Juárez y la ley de nacionalización y las otras de la misma cepa con una protesta que fué la más completa justificación de la ley. Nada más venerable que aquellos varones; un Garza, un Espinosa, un Barajas, un Munguía eran dechado de virtudes cristianas: bondad, caridad, piedad, eran vocablos que resumían el significado de su vida moral. Menos buenos y más previsores, más capaces de acertar con las condiciones inmodificables que las necesidades de la evolución humana han impuesto á la Iglesia, y habrían hecho á ésta menos mal y habrían expuesto á su Patria á menos temerosos siniestros.

℄ El Arzobispo Garza, que llevaba la voz de la Iglesia mejicana, después de impender argumentos fríamente escolásticos para demostrar que la riqueza de la Iglesia, que sus bienes temporales, eran de institución divina, lo que canónicamente era cierto, pero evangélicamente no, se defendía del cargo de fomentar la guerra civil, calentando las pasiones de los fieles, exaltando el fanatismo de las masas y fomentando con su dinero la fratricida lucha. Y en verdad que hay para asombrarse de lo misérrimo de su razonamiento; viendo las cosas desde aquí, imparcialmente, fuera de aquella caliginosa atmósfera de miedo y odio que daba á la verdad misma el color de sangre que tiene el sol de ocaso visto tras las cenizas que suspenden en el cielo las grandes erupciones, no se concibe cómo podía defenderse en la forma en que lo defendió el Arzobispo de Méjico. Yo, decía en resumen, es decir, la Iglesia y su venerable clero, no fomentamos la guerra; ayudamos con nuestros recursos al Gobierno legítimo; el Gobierno legítimo es el reaccionario, porque lo han reconocido los ministros extranjeros.

℄ No estaba en lo cierto su Ilustrísima; el reconocimiento de los ministros extranjeros no da legitimidad á ningún Gobierno; los plenipotenciarios reconocen que un Gobierno existe, en un estado de cosas que haga probable su duración; la entidad así condicionada es la reconocida, sin inmiscuirse en la cuestión de derecho. Los mejicanos no estaban en idéntico caso; los mejicanos tenían obligación de discernir cuál era el Gobierno legítimo, y ayudarlo. Por primera vez

en la historia de la República una asonada que se había hecho dueña de la capital y establecido un aparato de Gobierno, se encontraba con un Gobierno (emanado de una elección que había reconocido como válida el alto clero) que sostenía su derecho y constituía una entidad que existía, duraba, luchaba y era obedecida en la mayor parte del país.

¶ ¿Cuál era la conducta racional del clero, en estas circunstancias, refiriéndonos, no á su conducta moral, que debió ser eminentemente pacificadora y cristiana, sino á su conducta cívica? Una sola, la neutralidad. No dar ni un peso, ni cantar un tedeum; ceder sólo á la fuerza y emplear el NON POSSUMUS de que hacía gala el Arzobispo, en resistir estoicamente á las exigencias de unos y otros; hasta morir, como los mártires. Pero no, el razonamiento del clero, el positivo, el que no decía, era este otro: el Gobierno reaccionario sostiene, defiende, acaricia á la Iglesia; el partido reaccionario va en procesión al Corpus y besa la mano de los ministros del Altísimo; luego ése es el Gobierno legítimo. Pero, entonces, el Gobierno de Veracruz hacía bien en considerarlo pronunciado en Tacubaya y echarle encima á los adjudicatarios, como echaba á las bandas de Rojas y Carbajal sobre las tropas de los secuaces de Miramón.

¶ Cuando se lee en la pastoral el tono profundamente desdeñoso con que habla del Presidente reformista: «es un simple particular, sus leyes no lo son, son simples escritos ó proyectos», se viene en conocimiento de que en opinión de los jefes de la Iglesia el bando reactor era invencible; era el ejército de Dios. Y este modo de ver era perfectamente justo desde el punto de vista (que nadie calificará de buena vista) de los Ilustrísimos y Reverendísimos. Pero era demasiado pedir á Juárez el que se considerase á sí mismo como un simple particular y sus leyes como papeles de escritorio de abogado trashumante.

¶ El clero no fomenta la guerra civil, ésta es una calumnia insigne, repetía el Sr. Garza; el clero ayuda, como es su obligación, al Gobierno legítimo, y como el Gobierno fundado en el plan de Tacubaya es el legítimo, lo ayuda, le da el dinero que puede. Y Juárez y su Gobierno decían á la vez, transformando la menor: y como el Gobierno de Tacubaya es una rebelión, luego el clero ayuda con todos sus conatos á los rebeldes; luego es cierto que fomenta la guerra civil. Y era cierto; también lo era que los obispos lamentaban la guerra en sus prédicas y pastorales; pero con el sistema de anatematizar y condenar cuantas disposiciones tendían á constituir el estado laico emancipado de la Iglesia, sembraba en las almas el germen del horror, de la repulsión, del odio hacia los herejes, y de aquí al deseo de que Dios los castigara no había más que un paso, y andado este paso se daba otro forzosamente, considerando obra pía la destrucción de los inicuos; y la prueba de que la Iglesia entera lo pensaba así, es que bendecía, incensaba, cubría de flores y recibía con palmas á los caudillos reactores que surgían goteando sangre mejicana de las batallas civiles.

¶ De donde resultaba que la base en que Juárez asentó la Reforma en 59 era un bloque granítico de lógica y verdad. Nadie entonces pensó en negarle esta responsabilidad, ni este honor. Los obispos en sus pastorales, á él se referían; el Gobierno reactor, con él se encaraba; los clérigos en los púlpitos, los periodistas en

sus virulentos ataques, lo nombraban á él, lo excomulgaban á él; el partido liberal NEMINE DISCREPANTE le atribuyó el mérito principal en esta magna empresa. ¿Por qué? Lerdo, Ocampo, Ruiz tuvieron la pluma; Lerdo, Zamora, Romero Rubio, y sobre todo Degollado, exigieron y lograron su resolución. ¿Por qué este insigne honor ante la Nación reformada y la posteridad emancipada y por eso redimida? Lerdo, Ocampo y Ruiz, que tuvieron la pluma, eran los secretarios de Juárez, su papel era ése; el del Presidente era profesar LA IDEA, ésta era el credo mismo de Juárez; escoger LA OPORTUNIDAD de darle forma, eso hizo Juárez y no se decidió sino cuando tuvo la demostración palmaria de que el momento había llegado; ése fué un acto de hombre de Estado, lo dijimos ya; DISCUTIR LA FORMA, así se hizo y con demasiada rapidez por cierto, á riesgo de autorizar deficiencias que ameritaron aclaraciones y remiendos. CONVERTIR EN LEY el resultado de todo esto, dándole así el sello indispensable para hacerlo vivir en lo presente y transmitirlo á lo porvenir. Por eso se le llama AUTOR de la Reforma; ninguno de los que pensaron en ella podía hacer por ella lo que Juárez hizo: inscribirla en el bronce de la ley, hacerla pasar, con sólo autorizarla con su nombre, del campo del pensamiento al del derecho; Juárez lo hizo. El pensamiento no era ni de Lerdo, ni de Ocampo, ni de Ruiz ó Degollado; la idea no era invención de nadie; desde la gran revolución religiosa del siglo XVI, el siglo magno de las secularizaciones, flotaba en la atmósfera de la civilización cristiana; los regalistas, los economistas la habían formulado en el siglo XVIII. En Méjico, desde antes de la Independencia tenía sus defensores; la secularización de los bienes de la Compañía de Jesús, en tiempo de Carlos III, mostró el procedimiento; los fundadores del partido liberal en Méjico tras eso iban; los legisladores del año 33 eso pensaban y querían. No, el pensamiento no era de nadie; el haber sabido llevarlo á la verdad legal, el no haber retrocedido ante un formidable terremoto social que abría el suelo bajo sus pies para realizarlo, el haber sabido tornar al jefe constitucional de la República en el jefe de la Reforma, ése fué el mérito de los Lerdos, los Ocampos, los Degollados y sus correligionarios; todos los esfuerzos se sumaron en la autoridad de Juárez; Juárez fué el autor de la Reforma.

⁂

Manifiesto era el empeño de los políticos reactores en acentuar el carácter religioso de la lucha y confundir con la causa de las clases privilegiadas la de la fe católica. Cierto, á este programa tan temido, y con tanta justicia, por el Gobierno de Veracruz, contribuían algunos actos violentos de los gobernantes reformistas, que no se podían explicar sino por una especie de odio á la Iglesia, que realmente existía en muchos de los jefes liberales, marcándose entre todos por su espíritu clerófobo el gobernador de Zacatecas, González Ortega. Sobre su conducta respecto de algunos sacerdotes y sobre sus atropellos al tesoro del templo mayor de la capital zacatecana, llovió una filípica santurrona del famoso Márquez, que abrió los brazos piadosos y misericordiosos á los proscriptos del terri-

ble jacobino. Era éste un hombre esencialmente bondadoso, pero saturado de revolución francesa y literatura, y que, en el ardor de una pelea sin tregua, sentía febril exaltación cada vez que resonaban los TEDEUMS con que la Iglesia celebraba las sangrientas victorias reaccionarias; como él muchos había.

¶ La segunda mitad del año 59 fué mortal. El resultado de las leyes de Reforma no era perceptible sino en contra, exacerbando la lucha. Seguían los combates obstinados que hacían difícil la formación de un gran ejército liberal : Woll derrotaba en León á Degollado, Hinojosa y Quiroga y con ellos á las tropas de la frontera, pero la victoria había sido obstinadamente disputada; el ejército permanente se encontraba enfrente otro ejército ya, no sólo chusmas momentáneamente en conexión. En cambio, Tepic, hacía poco señoreada por Márquez después de un paseo proconsular, caía en poder del fulminante Coronado; la división de Jalisco se crecía en el Sur bajo el admirablemente tenaz empeño de Ogazón y Vallarta; Márquez atisbando el Bajío no podía nada contra ella. Un día decidió el gran general cruzado apoderarse de una CONDUCTA, y las razones de su comportamiento revelaron el estado de incurable desamparo en que se hallaban las tropas reaccionarias : la ubre eclesiástica estaba ya seca; poco fácilmente realizable quedaba al clero. Buena falta hacían al ejército del clero los 600.000 pesos de que Márquez disponía; pero si se consentía y se aprovechaba esta violencia, los representantes extranjeros se verían obligados á volver la espalda á la reacción, y toda esperanza de ayuda de España concluiría indefectiblemente, y éste era un suicidio. El Gobierno de Méjico reprobó ruidosamente la conducta del procónsul de Jalisco y los dineros fueron devueltos; Muñoz Ledo, hombre inteligente que gobernaba las relaciones exteriores de la reacción, habría tenido que abandonar la partida diplomática que seguía en el exterior si hubiese habido señal alguna de condescendencia con Márquez.

¶ Por este tiempo recibió Degollado un golpe de mayores consecuencias que una derrota, si no hubiese desplegado la energía que le era habitual en las grandes ocasiones; Vidaurri, que penetrado de la importancia de su poder había convertido en un cacicazgo la frontera norte-oriental, mientras, aprovechando de la debilidad militar en que la guerra civil pondría á los contendientes, podía forjarse una república para su uso personal en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, dió un decreto ordenando á las tropas fronterizas que se reconcentrasen en Nuevo León abandonando al ejército liberal; manifiestamente temía que ese ejército, su principal INSTRUMENTUM REGNI, fuese mermado ó destrozado en las imperitas manos de Degollado. Éste atrapó el guante en el aire; destituyó á Vidaurri, nombró á Aramberri en su lugar, hizo que Blanco desconociese el decreto de secesión, al frente de buena parte de fronterizos, y promovió tan profunda perturbación en Nuevo León y Coahuila, que Vidaurri tuvo que abandonar Monterrey ocupado por Zaragoza, arrastrando desgraciadamente con él al heroico Zuazua, que valía un ejército y que poco después pereció obscura y tristemente.

¶ Nada podía tomarse, pues, como indicio de una solución del problema militar que hubiese podido orillar á una transacción á los contendientes; alguna vez se encontraron Miramón y Degollado y hablaron sin resultado alguno; todo parecía

indefinido, una generación entera iba á consumirse batallando. Cualquiera intervención exterior haría inclinar la balanza de un lado; tan equilibrada así parecía entre los contendientes bajo los cuales el país apenas producía, apenas vivía, no esperaba nada. Al apuntar las postrimerías del año, nuevos elementos entraron en juego, sin embargo; anunciaban gravísimos peligros, por lo menos los precisaban, porque la conciencia del peligro nacional era la de todos los mejicanos entonces.

Se supo en Veracruz y en Méjico que el general Almonte y el ministro de España en Francia habían concluído un arreglo, descartando por completo al Sr. Lafragua, ministro acreditado por el Gobierno constitucional en Madrid, desde la época de Comonfort. Había un tratado celebrado en 53 que parecía justo modificar desde el momento que España se convenciese honradamente, como honradamente se había convencido alguno de sus representantes en Méjico, de que buena parte de las cantidades que se nos reclamaban y que en mala hora había consentido en convencionalizar la debilidad del Gobierno mejicano, consistía en créditos falsos, notoriamente falsos. Eso había ido á pedir á España la buena fe del ministro Lafragua; eso, y que el Gobierno de la reina católica se declarase satisfecho con lo que la justicia mejicana había hecho para castigar ejemplarmente á los asesinos de algunos súbditos españoles en el Sur de Méjico y en Durango. España se resistía por fuerte, dada nuestra debilidad, no por justa. Encontró en los reactores el modo de zanjar esta dificultad humillándonos, y de aquí el tratado Mon-Almonte. Grave humillación, porque declaraba que el tratado de 53 perduraría en toda su firmeza, lo que nosotros no teníamos inconveniente en reconocer, con tal que se hiciese otro que no encubriese una tremenda estafa; grave humillación, porque á raíz de la confesión de que Méjico había hecho cuanto podía exigírsele para castigar á los asesinos de españoles, se pactaba la obligación nacional de indemnizar á las víctimas. Era una humillación; era un tratado con el Bey de Túnez; menos, era un tratado con Haití; bajábamos en él á potencia de octava clase.

El Gobierno liberal vió en ese tratado, contra el cual protestó valientemente, otra cosa: una alianza, una promesa de ayuda material, el prólogo de una intervención, y se acordó de la vecindad de Cuba y se planteó el problema desnudo, como era: un peligro mortal para la Reforma, para la República, para la Patria. España en Méjico era un clericalismo, una monarquía, un protectorado al estilo colonial. Éste era, pues, un elemento del problema: la intervención de España, en una forma incógnita, pero cierta. He aquí el otro elemento: la intervención norteamericana; esta amenaza era más grave. La de España podría traducirse, por lo pronto, en auxilios para la guerra; la de los Estados Unidos, en la ocupación del territorio, en su pérdida en breve.

El mensaje del 15 de Diciembre de 59, aunque estrechamente contemporáneo del tratado Mac Lane, resume admirablemente el modo de pensar del Presidente Buchanan y de su Gobierno sobre nuestros asuntos, é insertamos aquí la parte conducente:

«... El caso presentado no es, sin embargo, únicamente un caso de reclama-

ciones individuales, bien que nuestras justas reclamaciones contra Méjico han alcanzado un valor muy grande; ni tampoco es meramente el caso de la protección á las vidas y propiedad de los pocos americanos que todavía puedan quedar en Méjico, no obstante que la vida y la propiedad de todo ciudadano americano debe ser religiosamente protegida en cada una de las cuatro partes del mundo; sino que es una cuestión que se refiere al futuro, tanto como al presente y al pasado, y que complica, indirectamente á lo menos, todo cuanto se refiere á nuestro deber para con Méjico como Estado vecino. El ejercicio del poder de los Estados Unidos en aquel país para corregir los errores y proteger los derechos de nuestros conciudadanos es lo menos que debemos desear, por razón de que la ayuda eficiente y necesaria puede, de este modo, dar por resultado al mismo tiempo el restablecimiento de la paz y del orden en Méjico mismo. El pueblo de los Estados Unidos debe tener un interés profundo y ardiente en la realización de este resultado. Méjico debe ser una República rica, próspera y poderosa. Posee un territorio extenso, un suelo fértil y un depósito considerable de riqueza mineral. Ocupa una posición importante entre el Golfo y el Océano para rutas de tránsito y para el comercio. ¿Es posible que un país como éste pueda estar entregado á la anarquía y á la ruina sin un esfuerzo por parte de alguna vecindad por su libertad y seguridad? ¿Permanecerán las naciones comerciales del mundo, que tienen tantos intereses conectados con él, enteramente indiferentes á un resultado semejante? ¿Pueden especialmente los Estados Unidos, que deben participar más ampliamente de esa vida comercial, permitir á su vecino inmediato que de tal modo se destruya á sí mismo y los ofenda? ADEMÁS, SIN EL APOYO DE ALGUNA NACIÓN, ES IMPOSIBLE COMPRENDER CÓMO PUEDA MÉJICO RECUPERAR SU POSICIÓN ENTRE LAS NACIONES Y SEGUIR UNA CARRERA QUE LE PROMETA ALGUNOS BUENOS RESULTADOS. La ayuda que necesita, y que los intereses de todos los países comerciales exigen que tenga, le corresponde á este Gobierno dársela, no sólo en virtud de nuestra vecindad con Méjico, á lo largo de cuyo territorio tenemos una frontera ininterrumpida de cerca de mil millas, SINO TAMBIÉN EN VIRTUD DE NUESTRA POLÍTICA ESTABLECIDA, QUE ES INCOMPATIBLE CON LA INTERVENCIÓN DE CUALQUIER POTENCIA EUROPEA EN LOS ASUNTOS DOMÉSTICOS DE ESA REPÚBLICA...» «Los males que hemos sufrido de Méjico están ante el mundo y deben impresionar más hondamente á todo ciudadano americano. Un Gobierno que, por ineptitud ó mala voluntad, deja de corregir tales males, no puede ocuparse en sus deberes superiores. La dificultad consiste en seleccionar y reforzar el remedio. Es en vano que podamos recurrir al Gobierno constitucional en Veracruz, por más que esté bien dispuesto para hacernos justicia por medio de un desagravio conveniente; mientras su autoridad es reconocida en todos los puertos importantes y en todo el litoral de la República, no domina en la ciudad de Méjico y en todos los Estados vecinos á ella en donde se han cometido casi todos los ultrajes á ciudadanos americanos. Debemos penetrar al interior para alcanzar á los ofensores y esto únicamente puede hacerse pasando por el territorio ocupado por el Gobierno constitucional. El modo más aceptable y menos difícil para realizar el objeto, sería obrar de concierto con ese Gobierno. Su consentimiento y su ayuda creo que podrían

obtenerse; pero si no, nuestra obligación para proteger á nuestros conciudadanos en sus justos derechos por medio de un tratado no sería menos imperativa. Por estas razones recomiendo al Congreso que dicte una ley autorizando al Presidente, bajo las condiciones que parezcan más convenientes, para que emplee una fuerza militar suficiente para invadir Méjico con el propósito de obtener indemnización por lo pasado y seguridad para lo futuro. Intencionalmente evito toda sugestión respecto á la composición de esta fuerza, si deberá formarse de tropas regulares ó voluntarias ó de ambas. Esta cuestión debe dejarse más propiamente á la decisión del Congreso. Yo únicamente observaría que los voluntarios deberían elegirse reclutando una fuerza, lo que sería fácil en este país, de entre los que simpatizan con los sufrimientos de nuestros infortunados conciudadanos en Méjico y con la condición desdichada de esa República. Un acrecentamiento semejante á las fuerzas del Gobierno constitucional le permitirá llegar pronto á la ciudad de Méjico y extender su dominio sobre toda la República. En ese caso no hay razón para dudar de que las justas quejas de nuestros conciudadanos serían satisfechas y de que se obtendría un desagravio adecuado por las ofensas recibidas. El Gobierno constitucional siempre ha manifestado un gran deseo de hacer justicia, y esto debe asegurarse por medio de un tratado preliminar. Pudiera decirse que estas medidas, á lo menos indirectamente, son incompatibles con nuestra política prudente y firme de no intervenir en los asuntos domésticos de naciones extranjeras. Pero, ¿no constituye claramente el presente caso una excepción? Una República vecina está en un estado de anarquía y confusión de la que ha probado ser totalmente incapaz de salir por sí misma. Está enteramente destituída de poder para mantener la paz en sus fronteras ó para prevenir las incursiones de bandidos en nuestro territorio. Tenemos el mayor interés (mucho más que cualquiera otra nación), tanto social y comercial como político, en que, por sus destinos, por su fortuna y por su poder, logre establecer y mantener un Gobierno firme. Es ella, ahora, un buque náufrago en el Océano, arrastrado á dondequiera que es impelido por las diferentes facciones. Como buenos vecinos, ¿no debemos tenderle una mano que le ayude á salvarse? SI NO LO HACEMOS, NO SERÍA SORPRENDENTE QUE ALGUNA OTRA NACIÓN EMPRENDIESE LA TAREA Y NOS FORZARA Á INTERVENIR Á LO ÚLTIMO BAJO CIRCUNSTANCIAS QUE AUMENTARÍAN LAS DIFICULTADES PARA EL MANTENIMIENTO DE NUESTRA POLÍTICA ESTABLECIDA.»

¶ Este famoso tercer mensaje (v. «Messages and Papers of the Presidents», vol. V.: 1849 – 1861) no era la expresión única del pensamiento de Buchanan y de una buena parte del grupo democrático que lo había elevado á la Presidencia. Al contrario, puede decirse que era una cláusula saliente de su programa. ¿Su decisión de crear campo al elemento esclavista formando nuevas entidades que favoreciesen el restablecimiento del equilibrio entre el Sur y el Norte (equilibrio necesario para neutralizar ó superar el roto de los anti-esclavistas en el Senado) era el motivo principal de la decisión de apoderarse del territorio mejicano, sometiendo una parte y protegiendo otra? Puede ser, y un escritor mejicano que ha dilucidado con elegante precisión este punto lo cree así; pero Buchanan, aun antes del fracaso

de los esclavistas en Kansas, pensaba del mismo modo. Por simples escrúpulos constitucionales no había procedido así, á pesar de haber prometido á los interesados, al ministro de Francia entre ellos, apoderarse de las provincias del Norte de Méjico. Difícil habría sido convertir en esclavistas las regiones mejicanas que no estaban pobladas únicamente de colonos americanos como Tejas; el partido republicano naciente habría tratado con éxito de impedirlo, y el hecho de California y Kansas se habría repetido. La política de Buchanan no era esclavista; era, ante todo, norteamericana, YANKEE, diríamos. No respecto de Méjico, pero sí en general, lo mismo Buchanan pensaba que Roosevelt piensa; encargados de velar por el destino de las Américas, los Estados Unidos no tolerarán la intervención de Europa en los asuntos domésticos de los latino-americanos; pero, al mismo tiempo, cuidarán de la supresión de todo motivo ó pretexto para esa intervención, reduciendo al orden á los países en guerra civil perdurable y tomando posesión de todo aquello que pudiera considerarse como adecuado al sostenimiento de ese orden, pagando así de antemano á los Estados Unidos, por medio de anexiones parciales ó protectorados incompletos, el sacrificio de gendarme y pacificador que se impongan.

℄ Y ésta es, MUTATIS MUTANDIS, la extensión que el actual Presidente, muy superior moralmente á Buchanan, sin duda, y tan inteligente como él, da al monroísmo; es la famosa doctrina del BIG STICK y es lo que resume la teoría de Buchanan, cuyos escrúpulos constitucionales desaparecían muy pronto. No es, pues, extraño que así la viera Mata y que así la comprendiesen Juárez y sus ministros; de seguro ésa fué la impresión que trajo el Sr. Lerdo de los Estados Unidos : una intromisión á fondo en nuestros asuntos como medio de pacificación interior y de defensa exterior; no podían calcular lo que cincuenta años después de los sucesos vemos muy claro : la formación de una mayoría senatorial, parte republicana y parte demócrata, que impediría sistemáticamente por odio, no á la esclavitud, esto era lo menos, sino á la política de trabajo esclavo y comercio libre del Sur, toda medida propuesta por el Gobierno de Buchanan.

℄ En Veracruz se razonaba así : el propósito de intervención de Buchanan se acentúa en cada uno de sus mensajes; llegará á pedir facultades para intervenir con fuerza armada en los asuntos mejicanos; la cuestión de los Estados esclavistas les era perfectamente conocida : ¿cómo no? Todos ellos habían vivido en New Orleans. Pero no la veían con el detalle preciso que puede verse ahora, sobre todo en la composición del Senado, gracias sobre todo al libro de Mr. Blaine; para ellos, así en globo, el Sur quería ensancharse á costa de Méjico y el Norte estaba obligado á oponerse al ensanche. Buchanan pertenecía al partido dominante en el Sur. El miedo á una intervención europea, el deseo bien procaz de aprovechar nuestras horribles debilidades, para quitarnos algunos trozos del cuerpo, á la Shylock, hacía ver como inminente la invasión y no se podía conjeturar con precisión que el Senado, en donde el partido demócrata tenía ó parecía tener la mayoría, se opusiese á la tercera instancia del Presidente. Se daba, pues, como cosa cierta una gran tentativa de parte de los Estados Unidos para ponernos en paz á la fuerza y cobrarse en el acto una comisión territorial de primera magnitud.

Por otro lado, la amenaza europea (la española evidente) en contra del Gobierno constitucional.

¶ Había vuelto de los Estados Unidos el Sr. Lerdo, que veía con toda claridad y con toda frialdad esta situación: permanecer quietos y fatalistas, absurdo; acercarse á alguien que no fuera los Estados Unidos, imposible.

¶ El tratado Mac Lane era á los ojos de Juárez y su Gobierno un tratado obligatorio; ante el peligro presente, apremiante, mortal, y el peligro futuro, no había que vacilar; ellos vacilaron. Algo se ha percibido de las luchas íntimas libradas en la conciencia de Juárez y Ocampo, para cargar con una responsabilidad que les imponía el raciocinio de acero de D. Miguel Lerdo; los mismos censores reaccionarios lo han reconocido; de éstos, el que ha hecho un análisis más áspero, más implacable del tratado, lo confiesa. (Villaseñor: «Estudios históricos». I.)

¶ Y nosotros haremos una declaración previa: el tratado ó pseudo tratado Mac Lane-Ocampo, no es defendible; todos cuantos lo han refutado, lo han refutado bien; casi siempre han tenido razón y formidablemente contra él. Estudiándolo hace la impresión de un pacto, no entre dos potencias iguales, sino entre una potencia dominante y otra sirviente; es la constitución de una servidumbre interminable. De aquí han tomado, no los historiadores, sino los acusadores, pretexto para lapidar con verdadero frenesí á los signatarios mejicanos del infausto documento; de los dos principales acusadores, el uno, el reactor, toma esa actitud de zelota judío ante el chivo expiatorio, para sacar limpio como el armiño á su bando del reproche de TRAIDOR con que ha pasado á la historia; el otro, el emancipado, por la infinita voluptuosidad que experimenta en dar satisfacción á su pasión iconoclasta: romper ídolos, es su lema; es un Zumárraga libre-pensador. Ambos están en su perfecto derecho; yo los respeto y lo respeto.

¶ Yo busco para mí una explicación de este fenómeno del orden psicológico: ¿cómo es que hombres de una moral cívica excelsa, de un patriotismo tal que ha sobrevivido incólume y espléndido, no sólo á los ataques de estupenda violencia de que han sido víctimas en vida y muerte, sino al hecho mismo, al acto que constituyó su falta suprema, acto de irreductible gravedad para su memoria, cómo es, en suma, que repúblicos como Juárez, Ocampo, Lerdo, compaginaron esa obra de tan claro aspecto anti-nacional? ¿Cómo Degollado y los grandes caudillos liberales, casi sin excepción (las hubo), aceptaron esa señal de desesperación, de pérdida de fe de la Patria en sí misma, síntoma irrefragable de muerte? Éste es el problema que me he querido explicar. Me lo explico así:

* * *

Ya indicamos las causas determinantes: miedo grave, fundamental, á la intervención de España, que habría concluído con la guerra y aplastado la Reforma durante una generación; ese peligro sólo podía, únicamente podía conjurarse, interponiendo entre ella y nosotros á los Estados Unidos. Miedo grave, fundamental á los Estados Unidos; tal era la fatalidad satánica de nuestra situación



geográfica y de nuestro estado de agotamiento por las guerras civiles; nuestros enemigos naturales eran nuestros amigos necesarios, y Méjico era LA CAPERUCITA ROJA del cuento de Perrault. ¿Qué se podía hacer para conjurar tamaño peligro, catástrofe inminente de nuestra nacionalidad? Los próceres de Veracruz no encontraron más que un remedio, decir á los Estados Unidos : lo que queréis tomar por la fuerza, prendas de seguridad para vuestros conciudadanos y gajes de buena voluntad y alianza perpetua con Méjico, os lo vamos á ceder, por medios diplomáticos, para que nos ayudéis á defendernos contra el extranjero y contra nosotros mismos, porque á la sombra de ese tratado creceremos y haremos de nosotros mismos, aun cuando sea contra él, cuanto nos permita crecer y ser fuertes, y resistiros si pretendieseis abusar.

℄ Se había comenzado á hablar de todo esto; Mac Lane había regresado de los Estados Unidos con instrucciones terminantes, quizás con el proyecto completo de tratado, cuando en las postrimerías de Noviembre se recibió en Veracruz una noticia que lo decidió todo : Degollado había sido derrotado completamente en LA ESTANCIA DE LAS VACAS; Miramón, el invencible, era otra vez dueño del Interior. Salamanca, Ahualulco, San Joaquín, Tacubaya, tenían un coronamiento fatal.

℄ Gracias á excelentes medidas estratégicas tomadas de antemano por el general Alvarez, el Estado de Guanajuato había sido casi totalmente desocupado por las fuerzas reaccionarias, y después de una marcha feliz de D. Manuel Doblado, que volvía con energías nuevas á la brega civil, el general en jefe había logrado reunir los contingentes de San Luis, Aguascalientes, Zacatecas, Guanajuato, Querétaro y parte de las fuerzas del Norte; todo ello sumaba poco más ó menos 7000 hombres mandados por Doblado, Arteaga, Quiroga, Lemberg, Tapia, Blanco, etc. Importaba no dejar que Miramón aglomerase tropas suficientes en Querétaro; con Miramón estaban Mejía, Vélez, Díaz de la Vega, con tropas menores en número, pero mucho más compactas y fogueadas y mejor gobernadas que las reformistas. Sin embargo, las generosidades de Degollado permitieron á los reaccionarios crecer en número, gracias al tiempo ganado por Miramón en las conferencias que, promovidas por el caudillo liberal con el objeto de llegar á una solución pacífica, no tuvieron resultado alguno, lo que todo el mundo sabía de antemano. Sí, un resultado; lo indicamos ya : el retardo en el encuentro permitió á Miramón acudir á él mejor armado. Un comienzo de batalla bastante favorable á los reformistas; un segundo acto indeciso y sangriento que termina con la orden dada por Degollado de retroceder á posiciones de antemano escogidas y que se reputaban inexpugnables; avance de todo el ejército reactor en pos del general Miramón, que le comunica irresistible impulso; resistencia brava y tenaz de los reformistas (versión de Miramón), retirada de los reformistas en desorden primero, pánico y abandono de artillería, pertrechos, armas; fuga general; Degollado y un pequeño grupo cubren la retirada haciendo uso de sus armas hasta más allá de Celaya, en donde el populacho los ataca furioso. (Tal es la versión de Degollado.)

℄ En suma, una gran derrota de esas que no acaban la guerra (porque eso era

imposible, sino con el triunfo de los liberales, según lo reconoció Miramón explícitamente en su famosa conferencia con Degollado); pero que aplazaban, por un año lo menos, una nueva tentativa de dar el golpe de gracia militar á la reacción. Degollado, con la firmeza y perseverancia que tanto lo engrandecían en el infortunio, lanzó desde San Luis una proclama encendida en el amor á la libertad y en la fe profunda en los destinos de la Reforma; «ya estoy en la obra, decía, ya reorganizo, ya me preparo, ya reemprendo la lucha, ya venceremos; de seguro venceremos.» Y aquella confesión al mundo de una tremenda derrota, tenía notas épicas de marcha triunfal. Degollado era admirable para transformar la mala suerte, pero no sabía manejar la buena; los acontecimientos venturosos lo atrojaban y lo entorpecían, y no se encontraba plenamente dueño de sí mismo, sino cuando había logrado un fin desventurado y negro. Este hombre al morir, al morir su trágica muerte de redentor, debió haber sentido la claridad de una alborada de dicha en torno de su ensangrentada frente. Es la historia militar de Degollado como la victoria de Samotracia : sin cabeza, pero con alas.

℄ Noble era la proclama; pero entre tanto, San Luis, Guanajuato, Zacatecas eran reocupados por los generales de Miramón, que llegaba á Guadalajara, destituía á Márquez con el pretexto de que se había apoderado de LA CONDUCTA, en realidad para nulificar al único rival que lo metía en cuidados y le hacía sombra, y se preparaba con actividad vertiginosa para limpiar de reformistas el Sur de Jalisco.

℄ Y después de todo esto, lo seguro, ya se anunciaba, era el nuevo sitio de Veracruz descaradamente auxiliado por España. Esto pensaban, esto creían, esto sabían los hombres de Veracruz cuando Mac Lane puso en la carpeta del consejo de Juárez el proyecto de tratado. Tiene eso algo de siniestro y de infernal; parecía un pacto de venta de alma al diablo.

℄ ¿Tenía derecho Juárez para celebrar el tratado? Ya lo hemos dicho; no necesitaba atenerse á las facultades dadas por el Congreso constitucional á Comonfort en vísperas del golpe de Estado : sus facultades todas emanaban de su situación misma, eminentemente legal y totalmente anormal. Cuanto lógicamente era indispensable para hacer surgir de su investidura constitucional, la única cierta, la única viva, un orden normal y plenamente legal, lo podía, lo debía hacer Juárez; esa especie de resumen de facultades y atribuciones constitucionales y extraordinarias en su persona era una necesidad indeclinable de su modo de ser : sólo para eso era, para resucitar la Constitución; todo cesaba en él al presentarse en su lugar la ley fundamental. Y esto ya no tiene por qué discutirse; así fué; así lo reconocieron la República, los éjercitos constitucionalistas, los Estados Unidos y luego las otras naciones cuando reconocieron al Gobierno emanado del Gobierno establecido en Veracruz.

℄ ¿Tenía derecho Juárez para ratificar el tratado? Él lo creía, porque se juzgaba con todas las facultades inherentes á la función legislativa, y tenía razón; todo

cuanto la necesidad de la restauración del orden legal exigiera en el orden político, podía conglomerarse con su papel constitucional, y según la Constitución de 57, tocaba al poder legislativo la ratificación de los tratados concertados por los agentes del poder ejecutivo. Aquí el caso resulta muy dudoso, porque parece que el derecho de ratificación en el espíritu constitucional debería provenir de una autoridad distinta de la que acordase el pacto. Pero todo quedaba comprendido en lo que Ocampo llamaba las FACULTADES EJECUTIVAS. Las facultades ejecutivas equivalían á este vocablo que nadie pronunciaba, pero que todos subentendían : dictadura. Eso era precisamente, una dictadura de origen constitucional evolucionando al través de las circunstancias; una dictadura, tal como el origen romano de esta magistratura de carácter excepcional y efímero la definía. Nacida no de una revolución, sino de la ley misma en momentos de peligro supremo para las instituciones, para la Patria; temporal, puesto que no duraba más allá del peligro; omnímoda, porque hasta las leyes callaban ante ella, como decía la fórmula romana, porque todo le era permitido, no diremos en las tres esferas del poder, porque esa división, bastante facticia por cierto, era desconocida para los romanos, en los términos que la contienen la Constitución norte-americana y la nuestra, sino en todo aquello que podía considerarse como medio para llegar al fin de salvación pública que le estaba encomendado. Era, en suma, la monarquía, en toda su intensidad de potencia resucitada momentáneamente en las crisis excepcionales de la nacionalidad.

℄ Eso era exactamente la magistratura de Juárez; no era lo mismo el Gobierno puramente de hecho y exclusivamente militar que ejercía el general Miramón; el de éste era una aventura, el del primero una magistratura; venía de una elección, de una ley, era un derecho. Pero tenía una condición que podríamos llamar SUBSTANCIAL, por tal modo estaba incorporada con la noción misma de aquel poder excepcional, aunque legítimo : la dictadura era temporal, tenía un término forzoso; en el caso de Juárez, aquel en que, vencidos los obstáculos que se oponían á la vigencia de la Constitución, ésta, rediviva, hiciese entrar en el no ser LAS FACULTADES EJECUTIVAS. Pero había algo más diferencial entre la dictadura de Juárez y la de los romanos de la República : los actos dictatoriales en Roma no estaban sujetos á revisión, sino accidentalmente, como sucedió con los de la semi-dictadura de Marco Tulio en los días por siempre famosos de LA CONJURACIÓN; en nuestra República, en que todas las funciones públicas están constitucionalmente tramadas sobre la urdimbre de la responsabilidad, es otra cosa. Los actos de Juárez dictador debían ser revisados por las autoridades constitucionales que le sucedieran en el período normal. Y así fué efectivamente; cuando el Gobierno constitucional, debelada la reacción, ocupó á Méjico y en Mayo de 61 pudo reunirse el Congreso, Juárez dió cuenta de sus actos en un célebre mensaje y dijo : «Acepto ante esta Asamblea, ante mis conciudadanos todos y ante la posteridad, la responsabilidad de todas las medidas dictadas por mi Administración y que no estaban en la estricta órbita constitucional, cuando la Constitución derrocada y finalmente combatida había dejado de existir, y era, no el medio de combate, sino el fin que en él se proponía alcanzar la Repúbli-

ca.» El Presidente de la Cámara (el diputado Aguirre, precisamente el mismo que luego había de encresparse tanto contra Juárez imputándole á crimen el tratado Mac Lane) contestó á Juárez : «Los principios de Reforma que dejaron muy atrás á la Constitución, fueron desde entonces el estandarte á cuyo derredor se agruparon los defensores de la democracia para conquistarlos con su sangre y sancionarlos con el poder de la victoria; no será, pues, el Congreso Nacional el que deje de reconocerlos, poniendo luego en armonía con ellos las leyes fundamentales del país.»

℄ En suma, el Congreso ejercitaba un derecho indiscutible revisando los actos de la dictadura, para reparar los errores reparables y exigir las responsabilidades exigibles; si no lo hizo formalmente la legislatura que comenzó á funcionar en Mayo de 1861, fué porque no lo consintieron las circunstancias, cada vez más terribles, características de ese año que comenzó con el establecimiento del Gobierno constitucional en Méjico y acabó con el de la intervención tripartita en Veracruz. En realidad los actos legislativos del Gobierno de Juárez se suman en las leyes de Reforma y fueron aceptados; el tratado Mac Lane no llegó á serlo, nada tenía que revisar el Congreso; podía ser criticado y lo fué acerbamente como conducta, pero no como un acto jurídico origen de derecho. Si el Senado americano lo hubiese sancionado, si el Sr. Juárez lo hubiese ratificado, entonces el papel del Congreso habría sido reprobarlo en revisión, negándole á Juárez facultad alguna para aquello que no podía hacer el Congreso mismo, compartir con otra nación la soberanía en el territorio nacional; porque todo lo podía el Presidente para restaurar la Constitución, menos negarla, menos destruir su fundamento mismo. El Congreso no habría aprobado el tratado y habría exigido la responsabilidad á Juárez y sus ministros.

℄ Pero á nada de esto hubo lugar; el tratado Mac Lane jamás fué ratificado por Juárez. Como muestra de adhesión á los Estados Unidos, cuya alianza nos era con toda evidencia necesaria para conjurar el riesgo inminente de la intervención española que los próceres habían leído con razón entre los renglones del tratado Mon-Almonte; como facilidad para obtener dinero urgentísimo para las arcas exhaustas de la revolución reformista; como todo eso, el documento era precioso, y para ello, cuando llegó el caso, fué puesta en acción la liga en él esbozada; pero nunca hubo ratificación : hubo la afirmación del Gobierno de estar dispuesto á ratificar el tratado; hubo la afirmación de que esa ratificación dependía de la aprobación del tratado por el Senado americano; hubo la facultad CONDICIONAL dada al plenipotenciario mejicano en Washington para ratificarlo; hubo un poder formal para hacerlo así, también condicional, y si esto pudiere probar que estaba en el espíritu de Juárez la ratificación, jamás podría esta conjetura, muy lógica, substituirse al hecho de la ratificación, sobre el cual no podía haber ni aproximaciones ni distingos, que tenía que ser un acto claro, expreso, formal y calzado con la firma del Presidente de la República; ni existe, ni ha existido jamás semejante documento (v. Bulnes : «Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma»).

℄ Imposible que Juárez y sus ministros no percibiesen que sus actos dictatoriales podían ser revisados por el Congreso inmediatamente que se reuniera y que, en uso de una facultad expresa consignada en el artículo 72 de la Constitución, que resurgiría intacta del período dictatorial «en que enmudecen las leyes», el tratado, con ratificación y todo, sería revisado. Y para mí es claro que con la plena conciencia de ésta que no puede llamarse eventualidad, sino aplazamiento fatal y necesario, trataron con Mac Lane. Precisa convenir en que de aquel acto de casi desesperada audacia imaginado para desconcertar de antemano toda conjura de intervención europea y para servir de reparo contra la intentona de España que se dibujaba netamente en los arsenales de Cuba, todo lo que podía venir no era el compromiso para Méjico de acatarlo, sino una situación tremenda que habría terminado con una guerra con los Estados Unidos probablemente, si es que el Norte consentía en una invasión que sólo podía aprovechar al Sur; esto sí lo preveía fácilmente el Gobierno de Veracruz; no se puede decir que intentasen engañar á los Estados Unidos; era sencillamente imposible. Todos los elementos legales del caso podían ser examinados plenamente por el Gobierno americano; no eran ocultos, constaban en nuestra ley fundamental, que era igual, con pocas variantes, á la suya; y lo hicieron y se formuló la objeción, y la formuló también el Gobierno reaccionario, que negó á Juárez facultades para tratar y ratificar, conforme á la Constitución misma que sostenía. Los diplomáticos de Washington sabían, á su vez, que Méjico contraía por lo menos, con la firma del presidente Juárez, una obligación moral y que de allí harían brotar exigencias infinitas, y que no se contentarían con que Juárez y sus ministros fueran condenados en un juicio de responsabilidad; como los samnitas, no aceptarían la entrega (decretada por el Senado romano) de los cónsules que, para salvar la vida de las legiones, habían celebrado un pacto humillante para Roma al doblar el cuello bajo el yugo de las Horcas Caudinas; pedirían el cumplimiento del pacto y levantarían el brazo armado del hacha para castigar á los que faltaban á la fe prometida; ese brazo no habría sido el brazo de la nación norte-americana, porque cuando esto hubiera podido suceder, la guerra de SECESIÓN habría cambiado absolutamente las condiciones del problema.

* * *

℄ Y aquellos hombres de civismo insigne, después de una hondísima brega con su conciencia y á través de un conflicto moral y político gigantesco, convencidos de que así salvaban todo cuanto en la Patria podía salvarse para rehacer su destino, aceptaron impávidos toda la responsabilidad del acto (uno de ellos firmaba su sentencia de muerte) y fueron hacia el tratado Mac Lane, hacia el ascua ardiendo.

℄ El convenio se compone de cesiones y concesiones : éstas pueden haber sido mejores ó peores bajo el aspecto financiero y económico, pero ni envuelven favor ó privilegio, ni merman en rigor la soberanía, ni constituyen una interven-

ción, ni son en puridad anticonstitucionales; las cesiones sí limitan la soberanía, sí resultan en menoscabo de los derechos de la Nación : verdad es que ésta en cualquier tiempo podía recuperar su derecho íntegro; pero fuera de que esto no habría sido sin conflicto armado por la posición leonina de uno de los contratantes, los términos mismos del tratado hacían jurídicamente discutible la reivindicación que Méjico intentase.

℄ El tratado puede resumirse así : un condominio dentro del territorio mejicano, en el Istmo de Tehuantepec y en la zona vecina ó en relación directa con nuestra frontera del Norte. Un pacto de reciprocidad de auxilios en la misma frontera. Una serie de concesiones en el orden fiscal y mercantil.

℄ El condominio está formulado, no en la concesión perpetua del libre tránsito de personas, mercancías y malas postales por el Istmo; esta concesión, que sólo limita parcialmente la soberanía sin enajenarla, por la frase EN PERPETUIDAD, no hacía, en suma, sino consignar en el tratado, respecto de los ciudadanos de la Unión americana, los mismos derechos que á todos concedía un artículo de la Constitución, la libertad de tránsito : «La República Mejicana cede á los Estados Unidos y sus conciudadanos y bienes, en perpetuidad, el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, de uno á otro mar, por cualquier camino que actualmente exista ó que existiese en lo sucesivo, sirviéndose de él ambas repúblicas y sus ciudadanos.» Esto reza el artículo primero; la inconveniencia de ceder Á LOS ESTADOS UNIDOS y de ceder perpetuamente salta á la vista. Pero ésta y todas las concesiones del tratado están modificadas, neutralizadas pudiera decirse, por esta cláusula terminante y sin ambajes del artículo 7.° : «Se reserva siempre para sí la República Mejicana el derecho de soberanía que al presente tiene sobre todos los tránsitos mencionados en este tratado.» El derecho de soberanía no sólo es la libertad de hacer, es la libertad de hacer solo; no sólo es una acción, es una exclusión; y Méjico siempre que lo juzgara conveniente podría, en virtud de su soberanía, hacer temporal lo perpetuo y volver nulo lo pactado : tal es el rigor interpretativo de la cláusula.

℄ El condominio está formulado en el artículo 2.°, que mancomuna á Méjico y los Estados Unidos en la protección del tránsito por el Istmo y en la garantía de su neutralidad. Realmente, sólo dos naciones que tuviesen dominio sobre el mismo territorio podían solidarizarse así. El condominio resulta igualmente de las facultades concedidas al Gobierno de los Estados Unidos en el orden militar : las fuerzas de esta nación, según el artículo 5.°, podrían emplearse, aunque exclusivamente, en la protección y seguridad de los norte-americanos y sus bienes en Tehuantepec, ya sea llamadas por las autoridades federales, ya por las locales, si fuesen legítimas; y en casos de peligro inminente ó imprevisto para la vida ó propiedades designadas antes, tal protección la harían las autoridades americanas MOTU PROPRIO.

℄ Más aún : este derecho que, como se ve, no se diferenciaba en un ápice del que podía poseer un Gobierno en su propio territorio sobre una fracción de él, se hacía extensivo á otras líneas ó vías fronterizas : una, que pudiera llamarse imaginaria, que partía de las orillas del Bravo y no muy lejos de su desemboca-

dura (Matamoros) hasta Mazatlán, y otra que por Hermosillo unía á Guaymas con el entonces Rancho de Nogales.

℄ Juárez y sus ministros, encarándose con su azarosa situación (era la del país), pensaron que todo el motivo de estas exigencias y todo el secreto de una intervención ó invasión posibles (y en ello estaban de acuerdo esclavistas y antiesclavistas) era, en primer lugar, el Istmo de Tehuantepec, en segundo una amplia comunicación entre los dos golfos, el de Méjico y el de Cortés. Poseer de hecho ó de derecho el tránsito entre las costas norte-americanas orientales y occidentales, sin tener que perder el tiempo que exigía la vuelta por Panamá, vigilado por los europeos, era el supremo DESIDERATUM mercantil de los Estados Unidos; para lograr esto, sin lo que consideraban incompleta, pudiera decirse, su nacionalidad económica, no habría sacrificio que no se impusiesen, no habría aventura que no acometiesen sus hombres de Estado. Las cosas han cambiado luego; así eran entonces. Y los gobernantes encabezados por Juárez se dijeron : ¿tenemos algún medio de evitar que esta codicia se satisfaga por la fuerza? Ninguno; llegado el caso, el país entero se volvería para los americanos un inmenso Tehuantepec, protegido, sojuzgado, anexado, dada su potencia, dada nuestra debilidad. ¿No es preferible cederles en parte lo que desean, reservándose Méjico el derecho de soberanía en un documento que no será definitivo mientras la Nación no lo refrende con su sello soberano? Ellos creyeron que sí; no quisieron que los hechos los llevasen á perderlo todo; prefirieron ceder algo, aunque ese algo nos menoscabase temporalmente. Y así fué; ellos reclamaron la responsabilidad de sus actos ante la historia; se la dejamos entera.

* * *

℄ Las concesiones son graves, pero ni inicuas ni antieconómicas; como, por ejemplo, la que se refiere á la exención de todo derecho á cualquier efecto ó mercancía de tránsito por el Istmo, no destinada al consumo de la República; la que, con muy justo acuerdo, compromete al Gobierno nacional á no imponer á los extranjeros ni contribuciones ni derechos mayores que á las personas y bienes de los mejicanos; la que exime á los norte-americanos de los préstamos forzosos, en términos absolutos; la que se refiere al libre ejercicio público ó privado de cualquier culto profesado por ciudadanos de los Estados Unidos en nuestro territorio, lo que era y es inobjetable. De estas concesiones, dos eran particularmente censurables y por extremo peligrosas : la primera se refiere al permiso concedido á los Estados Unidos para hacer transitar, por el Istmo y por la línea que en nuestra frontera septentrional unía á Guaymas con Nogales, á sus tropas con equipos, impedimenta y todo, con obligación para las empresas transportadoras de hacer rebajas en las tarifas para conducir todo esto, á riesgo de perder la protección americana. La segunda consistía en el concierto de una especie de unión aduanal ó ZOLLVEREIN entre las dos naciones, pero dejando la hegemonía á los Estados Unidos, cuyo Gobierno debería, de una lista de productos naturales ó artefactos in-

cluída en el tratado, escoger cuáles entrarían libres de derechos ó con derechos muy bajos y recíprocamente compensados, en las naciones contratantes. No habría sido malo el resultado económico de esta estipulación para Méjico, pero le habría sido amargo. Era en realidad una fase de la tutela y amparo americanos consagrados por el convenio.

℄ Los compromisos relativos á almacenes de depósito en los dos puertos que construiría en breve plazo el Gobierno de Méjico en los extremos de la vía de Tehuantepec, eran perfectamente estipulables y de no poca conveniencia para todos.

℄ Con el título de «artículos convencionales», se pactaba una especie de alianza defensiva contra todo atentado al orden y seguridad, tanto en el interior como en la frontera; al llamado de cualquiera de entrambas naciones, debería acudir la otra para restaurar la paz, quedando los gastos de las expediciones á cargo de la nación auxiliada. Si este artículo hubiera estado en vigencia en la época de la tremenda lucha de SECESIÓN, no habrían sido los americanos solamente los llamados; ellos quizás habrían pedido la ayuda de nuestras tropas y cien mil mejicanos (puesto que ellos los pagaban) se habrían unido á las tropas federalistas para limpiar á Tejas de confederados.

℄ Tal es en sus lineamientos principales el tratado Mac Lane; era pésimo, pero era la condición de alianza con el fuerte; así serán siempre los de esta clase. El regalo de cuatro, mejor dicho, de dos millones, que á cambio de tanta peligrosa concesión se nos hacía, resultaba hasta irónico á fuerza de ser miserable. No se vende la libertad PRO TOTU AURO. Ellos, los mejicanos que firmaron ó se hicieron solidarios del tratado, no creyeron venderla, sino darla en prenda. En cambio de ella estaban seguros de adquirirla prácticamente después y de realizar la Reforma. Quiso nuestra buena suerte, nuestra bendita suerte, que el Senado americano hubiera rechazado, gracias á la peculiarísima situación política de los partidos en él, las estipulaciones patrocinadas por Buchanan, y del tratado sólo quedó una sombra, pero esa sombra anubla las figuras de los caudillos de la Reforma. Aceptaron ese sacrificio, creyeron en ese triste é ineludible deber. Así nos explicamos el tratado Mac Lane-Ocampo.

℄ Hubo protestas: en la frontera del Norte, Pesqueira, Vidaurri, otros, levantaron la voz muy alto y protestaron contra lo que consideraban un delito de lesa-patria, y de ello tenía todas las apariencias. El Gobierno reactor protestó también ante los gabinetes extranjeros con razones elocuentes y justas desde su punto de vista; la prensa europea, y sobre todo la inglesa, mostró los terribles peligros del tratado para la nacionalidad mejicana y para nuestras relaciones con los países de allende el Océano. Luego, abortado el proyecto, de cuando en cuando ha revivido la acusación contra los autores del tratado, y para fundarla se han hecho de él, con inquina típica, análisis profundos más ó menos acertados; al par de ellos se alza un ciclón de invectivas y denuestos contra Juárez (como si fuese el autor único del convenio); pero cae el polvo de la diatriba y se pueden ver claras las cosas, y se encuentra Á POSTERIORI, sumando, á las circunstancias propias de la época, el estado especial de ánimo producido en los autores de aquel acto grandioso y negro y la conciencia que éstos tenían de que no obligaban la fe de la

Nación sino de un modo transitorio, lo que Á PRIORI sabíamos, que hombres como Juárez, Ocampo y Lerdo no eran, no podían ser traidores.

⁂

¶ A nadie se había visto en el curso de nuestras eternas revueltas desempeñar un papel de primera importancia en una aventura á un tiempo seria y teatral con más intrepidez, con más audacia, con mayor gallardía que á D. Miguel Miramón. Lo que hizo con Márquez en Guadalajara fué más difícil que lo que acababa de hacer con la sublime impericia de Degollado. La sociedad alta de Guadalajara, en donde las tradiciones, los hábitos y las preocupaciones coloniales, por lo mismo que se habían recogido de un grupo menos numeroso, se habían hecho más fuertes, más hondas, abrazó con ardor la causa reaccionaria, jugando el todo por el todo, exponiendo sus haciendas á convertirse en yermos al paso de las guerrillas CHINACAS, y sus recursos pecuniarios á ser absorbidos por la implacable succión de los préstamos forzosos; eran entonces aquellas familias criollas, con apellidos que sonaban á hidalgos abolengos, lo propio que habían sido en los tiempos de la insurgencia; como conservaban las costumbres y las creencias, como se encastillaban en sus mansiones solariegas en que reía colmado de flores el patio andaluz, así se incrustaban en su devoción, en su aversión á las ideas nuevas, en su abominación por la impiedad de aquellos iconoclastas de Degollado que ponían la mano sacrílega en los altares para despojarlos, y como dicen que se estremecían las mulas en los aguajes de la frontera cuando el viento de las sabanas les traía el olor de la horda de apaches en marcha, así las viejas beatas temblaban en las sacristías, cuando creían percibir muy lejano, pero muy terrible, el grito de los feroces chinacos de Rojas : «Viva el hacha».

¶ Esta sociedad, saturada hasta en sus meollos, no de religión, sino de devoción, estaba unida con la plebe formada en buena parte de la clientela de las casas ricas, por medio del clero, depravado y sandunguero como solía en su trato con las clases inferiores y en su parte alta muy ignorante (puesto que ignoraba el tiempo en que vivía) y, aunque ostentando aquí y allí ejemplares virtudes, inhábil para el Gobierno espiritual de una sociedad á la que se obstinaba en mantener vuelta de cara á lo pasado.

¶ Guadalajara, la reactora, la devota, la supersticiosa, se enamoró del general Márquez; parecía la hembra de aquel leopardo en cuyas barbas había siempre sangre coagulada. Así fué; aquel hombre había hecho la seguridad para los ricos, la paz para los frailes, la libertad para las campanas y para los trisagios y las fiestas y los bureos de la plebe á cuyo ídolo había declarado un santo y un mártir (el general Blancarte infamemente asesinado por Rojas). Oliendo á arcilla aromática, á flores, á tequila, á fritangas y á moho de convento y de ruinas, la ciudad codiciada de los HACHEROS, mostraba por dondequiera las lacras de la guerra inexpiable : las torres despostilladas, los conventos abiertos en brecha, los santuarios rotos y desmantelados, las casas despanzurradas por la horadación

incesante, y en todo ese desvencijamiento se hacinaban las gentes venidas del sur del Estado, huyendo de la guerra exterminadora. Así, todo era rezos en Guadalajara y bandos de D. Leonardo sentenciando á muerte en masa al partido liberal; hasta los sentimientos creía adivinar aquel Alba sin penacho en la palidez de un rostro, en el fugitivo relampagueo de una mirada. Pero la paz y el orden, muy cimentado en víctimas inocentes y en sangre de criminales (de todo había), eran tan reales que parecían ser eternos. Las señoras y las no señoras de Guadalajara parecían añadir á la indecible satisfacción de la religión salvada, no sé qué dulce y efusiva ráfaga de amor que palpitaba en las ondulaciones de sus cuerpos rítmicos y en el encanto de sus miradas en que la sombra parece hecha de luz; por eso los bailes alternaban con las novenas, y sobre aquella población que se sentía pronta á erizarse de trincheras y barricadas, flotaba el arrullo de las palomas de la venus callejera; á los canturreos de las iglesias y los cenobios, que estallaban en salves y letanías, se mezclaba el rasguear de las vihuelas acompañando las monótonas y voluptuosas y melancólicas VALONAS TAPATÍAS.

¶ Miramón llegaba furioso á Guadalajara; Márquez se había apoderado de seiscientos mil pesos, es verdad; pero ya se habían mandado restituir, menos un centenar ó más de millares de pesos de que se había dispuesto, pero que se devolverían luego. Esto en el fondo era un pecado venial para los militares de guerra civil; no era eso lo que enojaba al vencedor de LA ESTANCIA, sino la pertinaz desobediencia del procónsul, que no había llevado sus tropas á deshacer la retaguardia de los reformistas antes de que se juntaran en Celaya. Pero vió la actitud de aquella sociedad que no quería que le arrebataran su talismán, y fingiendo una confianza plena en el hombre á quien en secreto aborrecía y de quien se sentía odiado, presenció tranquilo el FLIRT de la ciudad tapatía con Márquez, con la mano en el puño de la espada, pero risueño y galante, y dejando á su cautivo entre sus adoradores, se marchó á combatir en Colima á Ogazón, seguro de vencerlo y aniquilarlo, porque el ejército reformista estaba minado por la traición.

* * *

¶ Entre las figuras de segundo término que puso en enérgico relieve la revolución, hay pocas más dignas de veneración y simpatía que la del gobernador Ogazón. Hombre sin ningún interés personal, sin ambición alguna, fué lanzado por su convicción al través de la guerra de Reforma como un proyectil de acero; procedía de sus ideas, de su conciencia; él creía con una fe que no desviaba, que no ondulaba, rectilínea, que Méjico debía ser libre, que todo mejicano tenía el deber de sacrificarse para realizar este ideal, y toda su vida fué la conclusión de estas premisas : fué el silogismo de la libertad y el deber. Silencioso y de aspecto un poco huraño y bravío, muy tímido y muy intrépido á la vez, de una serenidad estoica al entrar en contacto con el peligro, se había criado en esa burguesía liberal de Guadalajara formada en los colegios, muy á menudo en los seminarios y que intensamente solidarizada en sus ideales de emancipación y

de lucha, se lanzó con entusiasmo efervescente del aula, de la tribuna, del periódico á la brega en los campos de batalla. Los otros decían y Ogazón hacía, con mucho seso y con indomable tesón. No había querido el mando militar que quedó en sus manos, bajo los auspicios de Degollado, por su impericia en achaques militares. Ahora bien, cuando UN CIVIL se ve obligado á ejercitar una jefatura accidental entre los soldados, sólo puede adquirir prestigio á fuerza de perseverancia, de sumisión á las privaciones, de solicitud por el soldado, de intensa energía en las formidables emergencias de la guerra; todo esto tenía Ogazón y un consejero, además, su amigo y pariente, ardoroso, apasionado, inteligente como pocos y devoto de las ideas reformistas casi hasta el fanatismo : he nombrado á Vallarta.

¶ Después del tremendo descalabro de San Joaquín, que arrebató á Degollado el Sur de Jalisco, Ogazón, con una infatigable obstinación, no había desperdiciado ni un día ni una hora; había rehecho un ejército bisoño, mal armado y deficiente, pero mandado por jefes de empuje, y extraordinariamente plástico; así eran estas pequeñas divisiones apenas organizadas en el fondo de los Estados; formadas, ya lo hemos dicho, por guerrillas combinadas y regimentadas como se podía, el golpe de las derrotas las desmembraba, las disolvía en grupos, pero nunca las aniquilaba. Lo malo fué que en el ejercitillo de Ogazón había un traidor, un general Rocha que había tramado con Márquez y luego directamente con Miramón el modo de entregar á sus compañeros; no lo logró, pero su inacción fué bastante en la batalla de la Albarrada, que siguió á la ocupación de Colima, para desorganizar la resistencia de los liberales y acarrear la derrota, que fué completa. El traidor murió asesinado pocos días después.

¶ Miramón volvió triunfante á Guadalajara, había pacificado el Estado; la Revolución no podría ya levantar cabeza; la hidra de la guerra civil había perdido la penúltima de sus horrendas testas; sólo quedaba Veracruz; sucumbiría bajo el tacón del joven Macabeo : los enemigos de la Patria, de la Sociedad y de la Familia, los adversarios satánicos de la Religión, como decía INDIGNADO el paladín de las virtudes cívicas é individuales, D. Leonardo Márquez, habían pasado. Segadas por el vencedor de la Estancia y la Albarrada, las esperanzas reformistas habían desaparecido al filo de la espada del ángel exterminador, como la flor de los campos. Y al son de los órganos resonaban las naves de la Catedral de Guadalajara con el ritmo triunfal de los salmos nuevos : «Salva, Señor, á nuestro Presidente. Que espera en ti, ¡oh, Dios mío! Envíale, Señor, auxilio desde lo Alto. Y desde Sión protégelo. En nada le ofenda el enemigo. Y el hijo de la iniquidad no le dañará. Escucha, Señor, mi oración», etc., etc. La guerra religiosa quedaba así proclamada en los altares. Y no sé si ante los ojos de Dios, pero ante los de los hombres, la Reforma quedaba así justificada de haber hecho de su ley substancial, la nacionalización, una ley penal.

¶ Radiante de orgullo y oliendo á incienso, el general Miramón lanzó desde Guadalajara un manifiesto-protesta contra el tratado Mac Lane-Ocampo; ni carecía de elocuencia, ni de sólidos y enérgicamente formulados argumentos. ¿Fué obra del Licenciado Díaz ó de alguna de las cabezas fuertes del partido reactor en

Guadalajara? Lo cierto del caso es que el manifiesto hizo gran impresión y que haciendo á un lado sus atroces imputaciones perfectamente explicables en boca «del joven elegido del Señor», en el fondo tenía todo el carácter de un acto de patriotismo, lo contrario del convenio anatematizado; y el partido liberal quedó perplejo, contestó con burlas, apenas contestó. Lo que sobraba de bríos patrióticos al manifiesto, le faltaba de autoridad moral; en esos mismos días, ya lo dijimos, los agentes del Gobierno reaccionario proponían en Europa, á España, sobre todo, una intervención que vino más tarde, dos años después, y se obtenía la complicidad en los preparativos de la toma de Veracruz. Y he aquí, poniendo á un lado papeles, dos hechos incontrovertibles: Juárez y los reformistas lograron que la intervención americana, momentáneamente efectiva, no llegara á organizarse nunca en Méjico; los reaccionarios lograron organizar con propósitos permanentes la intervención europea. Este libro demuestra claramente mi doble aseveración.

❧❧❧

℄ Eran las campañas de Miramón dobles círculos viciosos. Si aprovechaba el invierno para ir á Veracruz y no contar al VÓMITO entre los más temibles defensores de la plaza, tenía la seguridad de que, Jalisco y el Bajío incendiados, su base de operaciones sería amagable seriamente y tendría que levantar el sitio; si dejaba completamente segura esa base de operaciones, la campaña sobre Veracruz sería una campaña de primavera; la fiebre esperaba á su ejército en los médanos.

℄ Así era ahora (Febrero de 1860), y cuando al son de los repiques y llevándose las bendiciones de la GENTE DECENTE salió de Méjico con sus más conspicuos generales (exceptuando Márquez que, procesado PRO FÓRMULA confiaba en Dios en que se llevaría á Miramón el diablo y él quedaría con la zarpa libre para cebarse en los enemigos de la Iglesia) y sus mejores soldados y elementos de guerra, el GENERAL-PRESIDENTE acariciaba un pensamiento secreto. Contaba con la tolerancia, con la complicidad de España. Veracruz sin un riguroso bloqueo podía ser destruído, pero no tomado, por lo menos en el breve término que Miramón necesitaba para defender su ejército de la invasión plena de la fiebre. D. Tomás Marín, que desde la guerra separatista de Yucatán pasaba por el NON PLUS ULTRA de los marinos de guerra en el Golfo, santanista y reaccionario sin reservas, había sido encargado de organizar una flotilla en la Habana para bloquear y bombardear Veracruz si necesario fuese; y la verdad es que el Gobierno español estaba en todo su derecho, aunque no en toda su prudencia política, permitiendo las maniobras de Marín; España no había reconocido al Gobierno de Juárez, ni siquiera como beligerante, y en cambio no sólo había reconocido, sino que había celebrado una especie de alianza con el Gobierno de la capital (tratado Mon-Almonte).

℄ El Gobierno de Veracruz se había podido defender bien de la flotilla reaccionaria; disponía de uno ó dos buques armados en guerra y habría bastado probablemente la artillería de los fuertes para mantener fuera de bloqueo efectivo el puerto. Ningún temor inspiraba la fantástica escuadra, y la musa regocijada de

Guillermo Prieto estallaba de risa pensando en «la escuadra de Marín, almirante Papachín que nos traía por fin, dos guitarras y un violín, dos cazuelas y un.....»

Lo que preocupaba profundamente á Juárez era que detrás de Marín estaba la flota española anclada en Sacrificios frente á Veracruz; buques ingleses y franceses estaban allí también; los franceses forzosamente apoyarían; los ingleses no harían nada, mediarían acaso cuando vieran perdido al Gobierno de Veracruz; en el fondo, á los ingleses simpatizaban vivamente los principios proclamados por los constitucionalistas, y el Gobierno presidido por John Russell, protestante fanático y proselitista como todos los puritanos, había indicado siempre su deseo de ver establecida en Méjico una completa libertad de conciencia y de cultos; pero si los ingleses simpatizaban con los principios, no tenían fe ninguna en los hombres que dirigían la causa liberal, no los creían capaces de ser hombres de Gobierno; Juárez era, por indio, una entidad insignificante para ellos, tal vez Degollado... En suma, las escuadras eran una amenaza que daría ser á la tentativa de Marín, y el bloqueo podía ser perfectamente efectivo.

Sólo había una probabilidad en contra : los buques de guerra americanos que estacionaban también en el surgidero de Veracruz. Y aquí era donde creían los jefes del Gobierno reformista hacer brotar las consecuencias del tratado Mac Lane. En el fondo de ese tratado había una alianza, era claro, como había otra alianza en el fondo del tratado Mon-Almonte. El presidente Buchanan estaba de acuerdo con el tratado; no tenía que esperar más el comandante Turner : en caso de peligro para el Gobierno que había reconocido, peligro venido del exterior, no tenía que vacilar, ayudaría á Juárez.

* * *

Miramón había llegado no sin dificultad á Veracruz; los liberales le opusieron serias resistencias, que venció encargando sus tropas de vanguardia á la impulsiva y feroz energía de D. Miguel Negrete. Las tropas reformistas, quebrantadas seriamente, fueron bajando á Veracruz destruyéndolo todo á su paso; el plan era que los reaccionarios no encontraran recursos para subsistir en las comarcas que circundan el puerto. Por fin los veracruzanos sintieron, más bien que vieron, al ejército de Miramón entrar en el radio de acción de la plaza, del primero al dos de Marzo (1860). Necesitaban apresurarse los reaccionarios; los días eran por extremo cálidos ya. La fiebre amarilla, como el espectro de Banquo, tomaba parte en el banquete fratricida.

No habían pasado cuatro días desde que las tropas tacubayistas habían establecido sus operaciones desde frente de Veracruz hasta Alvarado, cuando un suceso singular atrajo toda la atención de los porteños hacia el mar. Presentáronse navegando de barlovento á sotavento dos barcos de vapor, que pasando muy cerca del fondeadero de las escuadras extranjeras en la isla de Sacrificios, continuaron en pleno día su marcha hacia la costa próxima. Todo el mundo lo sabía, iban á Antón Lizardo, un hermoso fondeadero desde donde podían po-

nerse al habla con el cuartel general de Miramón. Era la famosa escuadra del general de mar D. Tomás Marín. Con buena anticipación, el Gobierno había declarado que los buques que armaba Marín en la Habana, bajo los auspicios del Gobierno español, no podían usar la bandera nacional y que, por consiguiente, no teniendo nacionalidad, debían ser considerados como PIRATAS, y todo aquel que los apresara haría buena presa en ellos. Como si hubiese querido subrayar Marín la justicia de la declaración oficial, cuando, al pasar á la vista de la fortaleza de Ulúa, fué requerido para mostrar su pabellón, se hizo el ciego y pasó sin bandera. Luego dijo que no tenía obligación de izarla en plena mar; la verdad es que habría tenido que mostrar al tope del «General Miramón» (así apellidaba á uno de sus buques) la bandera mejicana y en el otro (el «Marqués de la Habana») la española, porque no se había abanderado mejicano todavía. Y esto habría causado tan profunda pena y extraña sensación en cuantos lo vieran, que prefirió no izar banderas : «Ellos mismos se confiesan piratas», dijeron en coro los veracruzanos. Turner, el comandante del vapor de guerra americano «Saratoga», convino en ello.

℄ Si Marín hubiera mostrado sus banderas y se hubiese detenido en Sacrificios y allí se hubiera mantenido dos días haciendo viajes á Antón Lizardo, claro es que los americanos no se habrían resuelto á atacarlo, ó que con este ó el otro pretexto los barcos españoles le habrían constituído un reparo. Pero, por fortuna para el Gobierno, no fué así : Marín ancló en Antón Lizardo, recibió allí la visita de los comisionados de Miramón; acordaron que al día siguiente comenzaría el desembarque de la considerable provisión de proyectiles de sitio que llevaba y de que se había surtido en las maestranzas españolas, porque los particulares no venden ni bombas ni granadas; se pactó que uno de los comisionados, excelente marino por cierto y conocedor como pocos del fondeadero de Veracruz, se pondría al frente de uno de los buques y, hecho todo esto, el general de mar, lleno de esperanza y de sueño, se descuidó y se durmió castamente en brazos de Morfeo, como en retórica se dice.

℄ En Veracruz nadie dormía; si esta vez no se sacaba un resultado positivo del tratado Mac Lane, todo había sido vano; era un gigantesco sacrificio de patriotismo y de honor sin objeto, estéril; para un momento como ése, como esa noche del seis de Mayo de sesenta, Juárez y sus compañeros se habían vestido ante sus conciudadanos de una responsabilidad sin par casi en nuestros anales; si no era una alianza, el tratado Mac Lane era un suicidio.

℄ El comandante Turner estaba convencido de que era llegado el caso de prestar auxilio al Gobierno reconocido por el suyo; si los españoles habían dejado armarse la expedición de Marín, con igual derecho debían los americanos desarmarla; si los buques eran piratas por anticipada declaración oficial, los americanos podían apresarlos. Y todo esto era discutible y realmente la policía del mar territorial tocaba á los mejicanos; pero en aquellos tiempos los ápices del derecho, tratándose de nosotros, quedaban fuera de consideración, no se tenían en cuenta : no éramos una nación. ¿Dónde estaba la unidad de este cuerpo que se consideraba á sí mismo dividido en dos mitades injuntables? Turner no sa-

bía, sin embargo, cómo y cuándo debía operar. Inmediatamente, le decían los ministros de Juárez y Zamora y el general La Llave, y él vacilaba.

℄ Había esa noche una tertulia en una casa alemana de las más visitadas de Veracruz; allí había cenado el oficial americano; estaba en la fuerza de las pasiones y de la energía de vivir entonces; allí lo asediaban las súplicas, las sugestiones, los planes rápidos de los jefes reformistas. Él convenía en todo, estaba á punto de decidirse: una campechana, de poderoso atractivo, de grandes ojos cargados de electricidad humana, de enloquecedora sonrisa, estaba allí, vivía allí; Turner vió la súplica de aquellos ojos, el VAYA USTED de aquella indefinible sonrisa, y ebrio de entusiasmo salió de aquella casa con el general La Llave. A la media noche estaba con su compañero mejicano á bordo de la corbeta «Saratoga»; remolcado por el vapor «Wave» y llevando á un costado al «Indianola» (buques mercantes que había adquirido el Gobierno de Juárez, gracias á la intervención de Goicuria, el gran patriota cubano que nos prestó tan buenos servicios en aquella época), se dirigió á Antón Lizardo. Los buques europeos anclados en Sacrificios vieron bien la silenciosa maniobra; al pasar la corbeta marcaron con sus luces su situación, pero el «Saratoga» permaneció apagado; parecía aquella una flota espectral; iba sigilosa y rápida hacia su fin; era una partida de caza.

℄ Llegados á Antón Lizardo y con objeto de hacer abortar toda resistencia, rompieron el fuego sobre el «Miramón»; Marín, descalzo, casi desnudo, ordenaba en la cubierta contestar el fuego y quiso huir; lo mismo el «Marqués de la Habana»; mas todo fué inútil; en cuanto el jefe reaccionario se convenció de que tenía que luchar con un barco americano, perdió la entereza; fué entrando poco á poco en silencio y al fin rindió sus dos buques. Considerados como buena presa, fueron trasladados á Veracruz; sus tripulantes y su general desembarcados en el puerto, quedando todo á disposición de los americanos.

℄ ¿Había sido una violación del derecho de gentes? En rigor sí, y así lo declararon los mismos tribunales americanos. ¿El Gobierno de Juárez se podía detener en ese obstáculo? No se realizan con esos escrúpulos las acciones decisivas; el Gobierno de Juárez no violó derecho alguno; seguro de encontrarse con buques españoles en frente, recurrió á su natural aliado; hizo perfectamente bien. Esa noche quedó militarmente vencida la reacción; ya no tenía ni á los ojos mismos de los reactores ninguna razón de ser.

℄ Lo que pasó después, más parecía sugestión de la cólera y el despecho, que la ejecución de un designio militar. Miramón hizo llover sobre Veracruz algunos centenares de bombas; quebrantó algunos edificios, causó la muerte de algunos infelices, y cuando hubo agotado su provisión de proyectiles de sitio, tomó la vuelta de Méjico á donde llegó en Abril. La prensa reactora renovó sus disparos contra el patriotismo de los gobernantes reformistas; ya no sólo el tratado Mac Lane era una prueba del delito de alta traición, sino el haber recurrido contra unos

buques (de los que uno era español) al auxilio efectivo de los yankees. Lo singular es que el reproche haya sobrevivido á aquella época de tempestad y que cada vez que se produce todavía uno de esos accesos de cólera esporádico contra Juárez, que causa cierta excitación momentánea y pasajera y queda en forma de libro ó de folleto destinado á las bibliotecas de obras curiosas, cada vez el cargo de traición fundado en el asalto nocturno á la flotilla de Marín sobrenada con su estela de injurias frenéticas. Es pueril el cargo; en aquellas condiciones y con aquellos temores, cualquiera habría procedido de idéntica manera; eso lo sienten todos en su conciencia; si no había más tabla de salvación que esa y Juárez y sus ministros se asieron de ella, hicieron bien; primero era salvar su causa; ellos volverían á hacer lo mismo y todos volveríamos á aprobarlos; la historia no se hace á golpes de lecciones de derecho internacional, sino á fuerza de actos. El de los americanos pudo ser censurable, admitamos que lo sea : ¿qué importaba eso á Juárez? Lo necesario era servirse de ellos y se sirvió en regla.

¶ Ya en Méjico, Miramón comprendió que su CUESTIÓN DE ORIENTE estaba resuelta; ni tenía recursos ni ánimo para renovar una campaña contra Veracruz, y sin Veracruz todo estaba perdido; quedaban las campañas en el Bajío, que tardarían lo que los reformistas tardasen en reunir sus fuerzas y renovar una batalla tras otra; el ejército reaccionario acabaría por ceder.

¶ Pensar en una transacción era ya imposible. Había un elemento que el joven corifeo podía explotar : la creciente angustia de Degollado, anhelante de paz para su patria. Hombre éste de una complexión psicológica maravillosamente exquisita y fina, las brutalidades forzosas de la guerra, á que tenía que recurrir sin cesar, producían en su espíritu el mismo efecto que el roce violento de las cuerdas de un arpa por una guadaña; sufría horriblemente, era un intenso dolor moral su vida. Esto le predisponía á trabajar incesantemente en su ánimo para encontrar la solución de la guerra civil. En Guadalajara, cuando dejó escapar al general Casanova para que llevase á Miramón facilidades de avenimiento; en LA ESTANCIA, cuando oyó, no sin simpatía, las protestas de amor á la paz del mismo jefe, que engañó su candor; en Veracruz, cuando no rechazó de golpe la combinación de una intervención diplomática y una asamblea constituyente propuesta por los reactores, combinación que deshizo Juárez con sólo sostenerse en toda la dignidad de su posición legal, Degollado mostró que en su conciencia, como en la del pueblo mejicano, un sentimiento, un grito que venía de lo más íntimo acabaría por sobreponerse á todo y acallarlo todo : paz. Pero Juárez decía LEY y dijo LEY y repitió LEY y no hubo paz entonces, pero gracias á su actitud la hay ahora. Este oro estaba amalgamado con ese hierro.

¶ En el mismo mes de Abril en que llegó Miramón á Méjico y cuando se ocupaba en reparar su desastre militar de Veracruz y en aglutinar primero para reorganizar luego los fragmentos de su ejército casi disueltos en la retirada hacia la Mesa Central, hubo síntomas claros de que la cuestión militar no sólo era cuestión de tiempo, sino de breve tiempo. Había habido, es cierto, una serie de pequeñas derrotas y victorias compensadas; pero en los Estados en que hasta entonces habían tenido casi sometidos los reactores, en Zacatecas, en San Luis

Potosí, en el Sur de Jalisco, en Oajaca, donde Rosas Landa combatía contra Marcelino Cobos, dueño de la capital, en Sinaloa, dominado por D. Plácido Vega que avanzaba sobre Tepic, la preponderancia de las armas liberales comenzaba á ser manifiesta. Sólo el Centro, Puebla, Méjico, el Distrito Federal, terriblemente inseguros por el ir y venir incesante de las guerrillas y de las gavillas de bandidos, todavía estaban bien sometidos á la reacción.

℄ Degollado, vuelto de Veracruz al Interior al mismo tiempo que Miramón levantaba el sitio, se multiplicaba y su cuartel general era centro de inusitada actividad. Había adquirido un buen colaborador, el general López Uraga. Éste era un soldado; no era un liberal, ni un conservador; su viaje á Europa lo había ilustrado un poco en materia de ideas generales; tenía el poco afecto que el soldado francés ha demostrado siempre por los clérigos, y como había figurado en primera línea en algunas de nuestras revoluciones, casi siempre en sentido conservador, no encontraba cabida, sino en segundo ó tercer término, en el viejo ejército, al que, sin embargo, pertenecía por toda su educación y todos sus antecedentes. Por eso, por la ambición de llegar á ser el primero en las filas liberales, por su ciencia, que era corta en realidad, por su prestigio (¡había asistido á alguna revista militar prusiana en Potsdam!) y por su conocimiento profundo del soldado mejicano, Uraga tomó un puesto en las filas reformistas. Degollado lo conocía bien, sabía cuán poco firme era su fe en las ideas nuevas, cuánta era su vanidad y presunción, indudablemente superiores á sus cualidades militares; pero al mismo tiempo su fama de estratégico y de táctico, que no tenía fundamento positivo, era muy grande entre ambos adversarios, y había que aprovechar esto y ceder además á las insinuaciones de Doblado, grande amigo de Uraga y cuya cooperación era muy importante.

℄ La verdad es que la gran selección practicada por el general Miramón para organizar el mejor cuerpo de ejército posible con objeto de operar sobre Veracruz, había dejado al Bajío y las ciudades que lo bordan en poder de reclutas casi, y esta circunstancia permitió á los reformistas moverse, avanzar, crecer. Ya no era fácil vencerlos, ya era imposible aniquilarlos.

LA REFORMA TRIUNFANTE

LA actitud intransigente de Juárez había terminado la cuestión política; nada que estuviese fuera de la Constitución sería solución posible; toda transacción se basaría sobre el acatamiento de la Constitución y la Reforma. Y nada menos. El origen del PLAN DE TACUBAYA había sido la necesidad de reformar la Constitución de 57; Juárez dejaba el juicio de esa necesidad á un Congreso que debería elegirse de conformidad con la ley electoral expedida por los constituyentes y que tendría los requisitos y caracteres de un Congreso constitucional. Eso era, en resumen, toda la concesión. Desde aquí vemos cuán acertado anduvo Juárez en todo ello y cuán bien aconsejado por su perseverancia. Los mismos jefes constitucionalistas, Degollado, González Ortega, y detrás de ellos Doblado, Uraga y otros, titubearon en aquellos momentos supremos; á haber triunfado sus miras, dictadas por la inmensa presión que en sus ánimos ejercía el anhelo infinito de paz dominante en la Nación, las complicaciones habrían surgido en serie interminable y toda la obra reformista habría quedado en tela de juicio y Méjico estaría aún empantanado en un sendero tenebroso. Nada de eso fué, gracias á la inflexible serenidad de Juárez; su carácter, su gran carácter fué la barca en que tomó pasaje para el porvenir la suerte de la República. Más aún; á medida que, en presencia de los sucesos, se medita más hondamente en los grandes factores entonces en activo juego, se adquiere la íntima convicción de que la fortuna para el programa reformista consistió en estar encarnado en un hombre que todos veían

como la expresión auténtica y única de la ley. En la tempestad revolucionaria los vaivenes fueron tan terribles; la orientación se perdía con tanta facilidad en aquella noche que durante dos años acrecentó sin cesar su tiniebla; la brújula constitucional era tan poco conocida, tan poco creída por aquellos hombres de combate que saltaron á defender el Código supremo cuando muchos de ellos ni lo habían leído siquiera, que á haber faltado una representación viva, palpable, material, habrían transigido cien veces sobre reformas á la ley fundamental, nulificándola para siempre. Que estas transacciones frecuentemente intentadas no llegaran á herir la Constitución en sus obras vivas, fué el servicio que Juárez hizo con sólo representarla, con sólo darla existencia humana en él mismo. Por eso cuando Degollado ó González Ortega no tenían empacho en sacrificar la personalidad del Presidente, el instinto de la revolución se rebelaba en una protesta unánime y la prensa clamaba : «No, no es posible prescindir de Juárez; el día que él desapareciese, la Constitución quedaría convertida en unas cuantas hojas de papel á merced de los huracanes.»

* * *

℄ Miramón, mejor que ninguno de sus partidarios, estaba convencido de que el fracaso del sitio de Veracruz marcaba el límite de crecimiento de la resistencia reaccionaria; desde aquella línea divisoria comenzó la pendiente rápida que al cabo debía confundirse con la pendiente de la tumba. Cegado por las manifestaciones siempre iguales del populacho de algunas ciudades, aplaudidor sempiterno de los triunfadores (si es que aplaude, que más bien silba), y por las de la clase acomodada y devota, era quizás sincero cuando decía : «La sociedad me sirve poco en los campos de batalla, y confieso que en la cuestión militar acabará la suerte por serme adversa.» Sólo por relámpagos entreveía en la densa masa social la organización poderosa que minaba para siempre á la reacción.

℄ La generación que nació con el siglo y que comenzó á tener conciencia de sí misma en los días de la Independencia y de la Constitución española de 1812 resucitada el año de veinte, llevaba á su cabeza un grupo selecto : Ramos Arizpe, Zavala, Esteva, Gómez Farías y otros; no muchos, no una legión; pocos, pero muy audaces, muy resueltos; voluntades, inteligencias, caracteres, no número. El número (hablamos sólo del mundo político) era el de los que, más ó menos creyentes en las instituciones libres, lo subordinaban todo al deber religioso: Iglesia y Patria era su lema, el lema moderado, el de Santa María, Bocanegra, Tornel y sus amigos; otro había : Iglesia antes que Patria, el lema conservador de Alamán. Debajo estaba la inmensa masa primitiva, el plasma social, vegetante, irresponsable, anónimo. Y, lo repetimos, en esta masa estaba, y en parte está todavía comprendida, no por la vida material y social, sino por la mental y moral, la plebe DECENTE de los ignaros, de los incapaces de emanciparse, de los no-valores. Esta generación, por medio del pacto de 1824 con los moderados, trató de compartir el poder, trató de adueñarse de él por la violencia (presidencia de

Guerrero). El partido moderado y sus fáciles alianzas con el conservador, marcaron el fin de esta tentativa con la presidencia de Bustamante, que fué una transacción. Pero esta transacción duró poco y entonces pudo hacer un nuevo ensayo la generación federalista y buscó la destrucción de los privilegios legales y sociales del clero en 1833 con Gómez Farías, Mora, Espinosa de los Monteros...

℄ Había calculado mal el partido reformista entonces; creyó que la resistencia estaría en relación inversa de su ardor y su impulso. No fué así y todo vino por tierra, hasta el federalismo, que parecía inconmovible. Pero á través del centralismo y la dictadura y las asonadas militares, la idea liberal seguía su camino; en la misma Constitución de LAS SIETE LEYES que organizó el centralismo, se la ve aparecer en la institución parlamentaria, en los derechos individuales, en la elección popular. Pero en las BASES ORGÁNICAS, la segunda Constitución centralista, su acción es todavía más marcada; sino que entonces se creía que no había liberalismo completo sin federalismo. La generación reformista, la que no creía que hubiese liberalismo completo sin libertad de conciencia y sin supresión de clases privilegiadas, educó á la que de 57 á 61 hizo la Reforma, cuyo prólogo fué la Constitución actual, cuyo epílogo fueron las leyes orgánicas de 74. Los abogados (y muchos indígenas entre ellos), la mayoría de los abogados de la República era reformista; su educación misma lo exigía; la unidad de la ley, la ley común, la ley para todos, la igualdad ante la ley, eran fórmulas que substancializaban la filosofía jurídica; todo estudiante de derecho pensaba así, no podía pensar de otro modo. Unos no sacaban consecuencias prácticas de sus ideas, sino que se dejaban llevar por la corriente y aceptaban EL HECHO-GOBIERNO, prescindiendo del derecho. Otros pretendían marchar por largas etapas hacia la realización de un ideal que no era el de la masa social, que apenas vivía en su crisálida de devoción y de miedo al diablo. Estos rodearon á Comonfort y se alzaron contra el artículo de libertad de cultos: Montes, Lafragua, Escudero y Echanove, Payno. Un grupo que eligió á Juárez con plena conciencia por jefe, ése quería ir á la Reforma, sin retardar más, aceptando la guerra civil con todas sus consecuencias; ni había otro camino.

℄ El año de 1860 había sucedido que en todas las ciudades el corto núcleo reformista se había enriquecido con nuevos adeptos: los que por odio instintivo á todo Gobierno esencial y fatalmente militar como era el Gobierno reactor, por aborrecimiento á las vejaciones sin cuento de la policía encargada de perseguir conspiradores y de llevar á cabo exacciones infinitas, deseaban el cambio y aspiraban á la victoria liberal; los moderados que, exentos de toda responsabilidad en la obra magna de creación de la sociedad laica, obra de Juárez, Degollado, Ocampo y Lerdo de Tejada, comprendían que estaban fatalmente contados los días del Gobierno conservador, que tenía que pasar, que esta vez pasaría para siempre. Y todos los moderados se pusieron en movimiento y eran bien acogidos, porque eran hombres de estudio, de experiencia; porque, impotentes para llevar á cabo las revoluciones, eran admirables para transformarlas en Gobierno. Todos conspiraron, con los deseos por lo menos, en contra del Gobierno de Miramón. Pero á estos elementos, y á veces íntimamente amalgamado con ellos, se mez-

claba el de los adjudicatarios de antaño y el de los nuevos adjudicatarios y los que querían serlo para hacer rápidas y fáciles fortunas; muchos extranjeros había entre ellos, muchos codiciosos; y por último los muchachos, los estudiantes, los que acababan sus estudios, médicos, abogados, ingenieros del día siguiente; era ésta la parte inquieta, bulliciosa, á veces heroica, risa fresca y sonora de la guerra civil, que anunciaba como un repique el advenir de las mañanas nuevas.

Con una burguesía formada así, era inútil luchar; todos los triunfos de la reacción iban á ser neutralizados, deshojados por infinitas manos que intentaban quebrar el sable y profanar el altar. ¡Los triunfos! El tiempo de los triunfos había pasado.

El general Uraga había organizado una fuerte columna, como sabemos ya, y se dirigió sobre San Luis. Toda su estrategia había consistido en dar tiempo á los constituyentes de Zacatecas y Aguascalientes á que se unieran al débil núcleo de fuerzas con que contaba y que Díaz de la Vega, operando con decisión y presteza, habría podido aniquilar. En vísperas del encuentro se pusieron á sus órdenes, con fuerzas de Guanajuato y Michoacán, Antillón y Régules. Desde ese momento, lo que llamó Degollado «el ejército del centro» estaba en aptitud de combatir con el tercer cuerpo de ejército reaccionario mandado por un viejo soldado muy perito y muy prudente, pero á quien le faltaba el ardor que poseía en grado sumo su rival y contemporáneo Uraga. La batalla de Loma Alta fué completamente favorable á los reformistas; puede decirse que el denominado tercer cuerpo de ejército quedó prisionero con casi todo su armamento y oficialidad. Y entonces se presentó un caso singular : el general Uraga, tomando sobre sí toda la responsabilidad de un acto generoso, no sólo perdonó la vida á los jefes, lo que era inusitado, sino que los puso en libertad absoluta; Degollado recibió con emoción la noticia; en Veracruz dudaron de la eficacia, no del perdón, sino de la libertad concedida á los prisioneros. ¡Estaban tan vivos los recuerdos del tiempo de Comonfort! Además, los actos de una grande y absoluta generosidad no estaban en el temperamento de Juárez, no lo están en el de su raza. En él la cultura y los vaivenes de la vida habían atenuado los ángulos de la crueldad étnica; pero nunca era espontáneo en él un acto de grandiosa clemencia; veía las consecuencias frecuentemente contrarias al fin buscado, y á fuerza de reflexión se limitaba y se reservaba.

Tenía razón quizás. Séame permitido intercalar aquí un recuerdo personalísimo : era el segundo año del restablecimiento de la República, si no recuerdo mal; el general Negrete se había pronunciado con objeto de apoderarse de una CONDUCTA que pasaba por Puebla, confiada al coronel Yepes : era difícil apoderarse de una conducta llevada por este oficial de hierro. Negrete fué fácilmente derrotado, capturado y conducido á Méjico muy poco después. Era claro que iba á ser fusilado, y en opinión de mucha gente seria debía serlo. Su vida no autorizaba, en efecto, para reconocerle principios ni concederle fines ajenos á su in-

terés propio y egoísta. Pero Negrete estaba inscrito en la tabla de bronce del 5 de Mayo; tenía derecho á la inmortalidad frente á los fusiles de la República. Así pensábamos los estudiantes de derecho: mientras Joaquín Villalobos y Alejandro Casarín organizaban peticiones gigantescas conduciendo por calles y plazas procesiones de diez mil personas, los estudiantes de derecho nos reuníamos en la Escuela, y uno de ellos hizo adoptar una solicitud de indulto al Sr. Juárez; luego, gracias á la intervención del diputado Frías y Soto, el autor de aquella inflamada petición pudo leérsela al Presidente, que la escuchó sin modificar un solo pliegue de su rostro impenetrable. «Puede Ud. anunciar á sus compañeros que Negrete no será ejecutado. Pero estimaría (tales fueron casi literalmente sus palabras), estimaría que ustedes comprendiesen que los que gobernamos tenemos que tener por mira principal la conveniencia pública, y no podemos dejar la preponderancia al sentimiento. Suprimiendo (MATANDO, creo que dijo) á estos que tienen por profesión hacer revoluciones, se salva la vida de millares de personas; y ya que ustedes hablan del respeto á la vida humana, sería bueno que pensaran en que así se la respeta más y se vela mejor por ella.» El estudiante no respondió nada, pero no olvidó la lección, ni olvidó tampoco la impresión de que aquella sangre zapoteca caldeaba otras excelsitudes, no la de la ternura humana, como Shakespeare diría.

¶ El general Uraga tuvo en aquellos momentos un colosal prestigio; era, por fin, el esperado caudillo militar, el hombre de la experiencia y de la ciencia que reduciría á humo la presuntuosidad de los generales de veintiocho años que gobernaban al viejo ejército. Degollado, que después de Loma Alta había ocupado San Luis, aprobó los planes del flamante vencedor. Atacar á Méjico era imprudente, era buscar á Miramón en el centro de sus elementos y en la fuente de sus arrestos. Ir sobre Guadalajara rápidamente, aplastar á Woll, que mandaba allí por la reacción, antes de que Miramón llegase en su auxilio, era un plan atrevido; pero Uraga, en toda la fuerza de la vida entonces, sólo gustaba de los planes atrevidos y odiaba la defensiva: atacar, atacar, era la suma de su estrategia y de su táctica; así Napoleón. Marchó con su ejército sobre Guadalajara, á donde había dado cita á Ogazón, dueño ya de casi todo el Estado de Jalisco; sólo Tepic, á donde se había retirado desde Colima el infatigable general reaccionario Calatayud, resistió. Ogazón hubiera deseado tener consigo á Rojas y á todo el auxilio que las fuerzas de Sinaloa podían prestarle, antes de amagar seriamente á Guadalajara; pero la impaciencia imperiosa de Uraga le obligó á precipitar sus planes. Miramón, reorganizado en Méjico y metiendo en sus filas á muchos de los oficiales perdonados en Loma Alta, avanzaba por el Bajío. Nunca tuvo su empresa un aire más marcado de aventura; en realidad no era ya un presidente á la usanza reaccionaria, era un bravo CONDOTTIERE que todo lo fiaba á su estrella y á la punta de su espada. Es de presumir que nunca el general Zuloaga hubiera pensado en darse un coadjutor y menos del temple de Miramón, si hubiera de otra manera podido salvar su presidencia de las garras un poco brutales del general Echeagaray y de las escondidas en terciopelo de D. Manuel Robles Pezuela. Pero le fastidiaba y fastidiaba á su familia y á tres ó cuatro ca-

nónigos que visitaban su casa, ese papel singular de rey merovingio, de rey FAINÉANT á que había tenido que someterse, y después del fracaso de Veracruz todos le dijeron y el mismo Zuloaga debió decirse: «Para esto, me basto y me sobro; no hay necesidad de Presidente substituto; si se trata de ser derrotado, yo puedo serlo como otro cualquiera; venga, pues, mi presidencia, la recojo y pase EL JOVEN MACABEO al depósito de oficiales.» No contaba con el carácter del joven macabeo, que respetaba LAS FÓRMULAS cuando él mismo las había FORMULADO y mientras no le estorbaban. En tal virtud se pronunció (un pronunciamiento íntimo, de casa) contra Zuloaga y se hizo popular entonces esta anécdota: Miramón había ido en persona á buscar á Zuloaga, lo había hecho montar á caballo y, azuzando á la cabalgadura al partir para el Bajío, le había dicho: «Voy á enseñar á V. cómo se ganan las presidencias.»

¶ El partido conservador, que en el fondo era zuloaguista, quedó estupefacto; pero el partido reactor exaltado sintió renovarse su fe en el intrépido caudillo y en su destino. Era una insensatez; lo que iba Miramón á enseñar á Zuloaga no era CÓMO se ganaban las presidencias, sino CÓMO se perdían. El ministro inglés Mathews hacía tiempo estaba convencido de que no había acertado reconociendo al Gobierno nacido del Plan de Tacubaya, cuando el de Juárez proclamaba la libertad religiosa, que era la imperiosa exigencia del primer ministro de S. G. M., Lord J. Russell, y en la decisión de Zuloaga encontró una coyuntura para asumir la actitud á que aspiraba; por sugestión suya se reunieron los representantes extranjeros domiciliados en Méjico (de Francia, de Guatemala, del Salvador, de Prusia) en las oficinas de la legación británica, y declararon, cosa en verdad inusitada, que no había Gobierno legalmente constituído con quien entenderse y que se limitarían, en espera de los acontecimientos, á proteger oficiosamente los intereses de sus nacionales. Éste fué un acto claro de intervención pasiva, digámoslo así. Desde el momento que el Gobierno de Miramón, á pesar de ser un Gobierno de hecho, podía ser desconocido por los representantes extranjeros, éstos se veían obligados á investigar cuál era el Gobierno de derecho, y esto era una intervención en nuestros asuntos interiores en forma diplomática; eso era lo que los Estados Unidos habían hecho en realidad reconociendo á Juárez en Veracruz; pero ellos procedían así en virtud de una tradición: el Gobierno reconocible para el pueblo norteamericano es el que está sentado sobre una Constitución, no el que tiene por parapeto UN CUARTELAZO. Sólo á falta del primero han acostumbrado reconocer al segundo.

¶ Profundamente enconado contra Mr. Mathews, el general Miramón siguió su camino. Para operar una gran concentración de fuerzas en el Bajío necesitaba abandonar todas las capitales distantes; dictó sus órdenes en ese sentido y el general Ramírez, con toda la guarnición de Durango, más de tres mil hombres, se dispuso á tomar el rumbo de Zacatecas y de Guadalajara. Á Guadalajara se dirigía Miramón á marchas forzadas con cosa de seis mil hombres, y sus correos apremiaban á Woll para que resistiese, reduciendo el perímetro de la defensa, dos ó tres días siquiera. Por eso cuando llegó Uraga, antiguo compañero de armas del viejo oficial francés que tantos años hacía prestaba sus servicios en nuestro



ejército permanente y que, en realidad, se había distinguido siempre por su pundonor, su apego á los deberes militares y su espíritu profundamente religioso, sus intimaciones no hicieron mella alguna. El jefe de la plaza las hizo á un lado con caballeresca cortesía y no hubo otro recurso que organizar un asalto. El alma de esta empresa fué el general Leandro Valle, que, como cuartel maestre de la división de Jalisco, se había multiplicado para dotarla de todos sus útiles de guerra; pero había muchas deficiencias todavía y resultaron á la hora suprema del combate. No había otro recurso que librarlo; porque salir al encuentro de Miramón con igual número de combatientes que el que este general traía, era poner muchas probabilidades en contra; pero salir dejando á la espalda una ciudad bien guarnecida y que era preciso vigilar cuidadosamente empleando en ello una sección de tropa, que habría significado precisamente la inferioridad absoluta de los reformistas en el campo de batalla, era poner todas las probabilidades en contra. Lo prudente acaso habría sido reconcentrarse en el Sur de Jalisco, esperar allí la reunión de las fuerzas que combatían en Tepic y que en esos días desbarataban á los reaccionarios y á Lozada, y librar una batalla con fuerzas muy superiores á las que venían de Méjico. Uraga prefirió el asalto, que fué furioso, salpicado de episodios heroicos; el general Woll, como lo dijo en su parte oficial, tuvo que reconocer el valor desesperado de los asaltantes; por desgracia, las líneas de la defensa no habían sido previamente desbaratadas ó maltrechas por los cañones reformistas, y resistieron con extraordinaria firmeza. Una herida grave inutilizó al general en jefe, que quedó prisionero, y el ejército tuvo que retirarse al Sur del Estado bajo los cuidados de Zaragoza y de Valle; la retirada fué perfecta. Miramón había llegado á Guadalajara fuera de tiempo para transformarla en derrota.

¶ Mientras el órgano resonaba de nuevo en las iglesias y se elevaban los cánticos de los fieles, no al Dios de paz, sino al de la guerra civil, y salía el olor del incienso á mezclarse con el vaho de sangre en las calles, Guadalajara, llena de atrincheramientos y de restos abandonados del rabioso destrozo del asalto, esperaba días peores, días infernales. Miramón, llevando en su IMPEDIMENTA á su presidente Zuloaga, como en su séquito los antiguos MAIRES DU PALAIS á los pálidos reyes de la primera dinastía, marchaba impetuoso sobre Ogazón y se paraba en Sayula. Ogazón, Zaragoza y Valle estaban ya listos para el encuentro, porque se habían reunido á ellos con Rojas, el general Plácido Vega y el coronel Corona: cerca de cinco mil hombres con buen armamento y artillería. Miramón supo esto y vaciló en atacar, y algunos días después retrocedió rápidamente sobre Guadalajara. El último acto comenzaba.

¶ Comenzó en Peñuelas; González Ortega, un periodista saturado hasta los tuétanos de retórica revolucionaria, un tribuno de frases sonoras y dudosa elocuencia, pero audaz, arrebatado, lleno de fervor y exaltación, poeta á ratos, profundamente sensual y galante, pero capaz de actos de suprema energía en el campo de batalla y de generosidad suprema en el campo de victoria, González Ortega, jefe de guardia nacional, diputado y al fin gobernador de Zacatecas, tomó en Peñuelas un puesto conspicuo en la historia. Él, el furibundo clerófobo, el perseguidor de curas, á quienes mandaba filiar, rapar y marchar á veces; el terror de

los obispos, el que hacía enmudecer los campanarios y convertía en plata los soles de las custodias y en leña para las fogatas del vivac las santas esculturas, no sólo batió al general Ramírez, que venía de Durango á reforzar á Miramón, aniquilando su bien organizada división, sino que, á ejemplo de Uraga, perdonó á todos los oficiales prisioneros, como si obedeciese á súbita inspiración, como si se ocupase más de lo porvenir que de lo presente, como si en vísperas de pasar el Mar Rojo para llegar al triunfo definitivo, un soplo caliente de piedad por la Patria hubiese derretido su corazón de poeta é intentase desarmar las manos de los adversarios, para hacer más fácil el abrazo con que pudiera concluir aquella brega de Caínes.

℄ Llegó el rumor del desastre á Miramón, luego la noticia clara, y presintiendo la aglomeración de un ejército reformista que le cortara el paso en la boca del Bajío, reunió cuantas fuerzas pudo para no dejar desguarnecida Guadalajara, puesta al cuidado de un oficial de primer orden, sectario implacable, aunque sin ostentación y sin brillo, D. Severo del Castillo, y tomó la vuelta de Méjico, no sin remolcar en un furgón de campaña á su presidente Zuloaga, que por cierto se eclipsó en León, dejando desconcertado á Miramón, que tuvo que recurrir á su pseudo Consejo de Estado; éste lo rehizo presidente sin adjetivos, sin SUBSTITUTO ni INTERINO. ¡Singular presidencia que cabía entera en la vaina de un sable!

℄ Al mediar Junio, González Ortega había triunfado en Peñuelas; diez ó doce días después, Miramón, con una marcha prodigiosamente acelerada, estaba en Guadalajara, y á poco tiempo con una división de tres ó cuatro mil hombres se situaba en Lagos. Juzgando desde aquí y en vista de los acontecimientos, puede decirse que sus errores estratégicos fueron magnos; el lugar estaba bien elegido para poder batir á una de las más importantes secciones reformistas antes de que se pudieran reunir todas. Si en vez de querer conservar una situación política que él mismo juzgaba imposible casi, se hubiese propuesto sólo infligir á los constitucionalistas una ó dos sangrientas derrotas, para hacerlos entrar en convenios, y salir del poder, no como un proscrito amenazado de muerte, sino como un capitulado con los honores de la guerra, debía haber sacrificado á Guadalajara, que era inútil querer conservar si era derrotado, y con seis ó siete mil hombres de sus excelentes tropas tratar de desbaratar á González Ortega, que aun no había podido reunirse ni con Berriozábal ni con Doblado, y con su ímpetu habitual volverse sobre Zaragoza.

℄ No lo hizo así; mientras Zaragoza y Ogazón perdían todo el mes de Julio por la carencia absoluta de recursos y luchaban con las fuerzas de Sinaloa, que á todo trance querían retirarse á Manzanillo y Mazatlán, Miramón permaneció en Lagos y, alejándose de Guadalajara cada vez más, se replegó á León en los primeros días de Agosto, al sentir la aproximación de Zaragoza. Este jefe se acercaba con una división importante, pero tal vez inferior á la de Miramón, á Lagos; la cita con González Ortega era en León, es decir, en el surco fresco de los cañones de Miramón. Éste, con seguridad, había perdido el resorte de sus grandes días de Ahualulco, la Estancia y San Joaquín : desconfiaba de sí mismo.

℄ Gracias á una estratagema que ha sido fielmente narrada, toda la división de

Jalisco había amenazado á Guadalajara; el general Castillo habíase dispuesto en las afueras de la ciudad á la batalla del día siguiente. En el peso de la noche Zaragoza se había desprendido con sus fuerzas y, marchando rápidamente á campo traviesa para alcanzar la carretera de Méjico (el 1.° de Agosto), se había puesto fuera del alcance de Castillo; entonces éste se reconcentró en Guadalajara, y Ogazón y Vega se volvieron á Santa Ana Acatlán en espera de los sucesos.

¶ Reunidos ya González Ortega, Zaragoza, Berriozábal, Doblado, el 9 avistaron á Miramón resuelto á librar batalla en Silao; porque si no, su retirada se habría convertido en desbandada completa, perseguido por más de diez mil hombres. El mes anterior, él quizás habría podido escoger su campo de batalla; ahora se lo imponían. Lalanne en sus pintorescas narraciones de guerra ha descrito, ha sabido dar palpitante interés á la descripción de la rápida batalla de Silao; la victoria reformista fué completa. La infantería, la artillería y casi todas las oficialidades reaccionarias cayeron en poder de González Ortega; Miramón escapó por casualidad y logró reunirse á algunos grupos de caballería en fuga.

¶ Fiel á su propósito, González Ortega puso en libertad á los oficiales prisioneros, á pesar de que algunos de ellos eran de los perdonados en Loma Alta y Peñuelas; esta vez, Degollado, en medio de los plácemes más efusivos por el triunfo y probablemente obedeciendo á reflexiones perfectamente sensatas que de Veracruz le venían, marcó el alto al generoso capitán. Éste había dicho noblemente:

¶ «Si en lo sucesivo las exigencias de la época y la contumacia de nuestros enemigos nos obligan á levantar cadalsos, la opinión pública nos hará justicia, cuando con hechos que hablan muy alto hemos demostrado que no deseamos derramar sangre, ni la prolongación de una lucha fratricida, sino el establecimiento de la paz y de los principios de verdadero progreso y libertad en nuestra Patria.» «Nadie comprende mejor que yo los sentimientos de Ud.,» contestó Degollado, «son los míos y apruebo su conducta; pero como muchos de estos hombres, lejos de agradecer los beneficios, reinciden y nos befan, prevengo á V. E. que para lo sucesivo, bajo su más estrecha responsabilidad y sin lugar á consulta de este cuartel general, mande pasar por las armas á todos los generales, jefes y oficiales reincidentes que vuelvan á aprehenderse, en cumplido obsequio de la ley de 6 de Diciembre de 1856.»

¶ El ejército emprendió su marcha victoriosa sobre Méjico; pero andando, las reflexiones menudearon y las vacilaciones les fueron consiguientes; si el azar de la guerra traía un descalabro gracias al desesperado esfuerzo que haría Miramón para salvarse, prolongando un sitio en Méjico, Guadalajara era una seria complicación á retaguardia; valía más acabar primero con este enemigo y volver sobre la capital, que entonces no podría resistir. Degollado ordenó la contramarcha de Querétaro á Guadalajara; mas el ejército, para hacer ese vasto movimiento necesitaba cuantiosos recursos; las poblaciones estaban completamente agotadas, las deserciones se multiplicaban; el vencedor se iba á sentar agotado en el camino del triunfo definitivo.

Henos aquí en contacto con uno de los episodios más apasionantes para cuantos buscan en la historia el alma de los hombres conjugada con el alma de los acontecimientos. Esto podría llamarse sin retórica «el calvario moral de Degollado». Apenas hay metáfora en esto, tan cierta así fué la pasión y muerte de este singular apóstol, que más atrae á medida que se acerca uno más á él, por su abnegación infinita, por sus desfallecimientos, sus caídas que hacen tan vivamente simpática y triste su grandeza interior; no la desconocieron sus contemporáneos, ante ella se inclinaron todos, hasta los que lo rechazaron, hasta los que lo castigaron. Después de lo que vamos á referir, resulta la tragedia de su muerte un episodio, un epílogo en comparación de la tragedia psicológica de que no resucitó ya, sino en la historia, en la posteridad, que, al comprenderlo, lo glorifica y lo absuelve.

Los hechos son éstos : el ejército reformista triunfante carecía de recursos, las poblaciones estaban agotadas; después de varios años de incesante guerra, de todo se había echado mano, todo se había exprimido; el Bajío, como un inmenso charco sin caminos en aquella estación de lluvias torrenciales en que se verificaba la campaña decisiva, sin brazos que levantaran las cosechas, resultaba improductivo en medio de su feracidad; los bienes de los particulares, los de las iglesias se soterraban para ponerse fuera del alcance de los agentes de los jefes en campaña y de los guerrilleros que incendiaban y robaban y de las comisiones que llevaban DE LEVA á todas las personas válidas. En medio de esta desolación iba y venía el ejército diezmado por la fiebre y las deserciones, gobernado por caudillos que querían dar prestigio á la bandera de la Reforma, no sólo rodeando de la aureola de la generosidad y el perdón su cabeza victoriosa, sino haciéndola parecer como una amparadora del derecho y de la honra, no como una despojadora perpetua.

Para hombres como Doblado, las cosas se presentaban bajo un aspecto infinitamente más práctico. Sin recursos, la campaña no podía concluir, las exacciones no podían ya proporcionar estos recursos, se había matado la gallina de los huevos de oro. ¿Qué hacer? En esos momentos precisos, el comercio haciendo esfuerzos supremos para no extinguir todo su crédito, para no suicidarse, situaba algunas CONDUCTAS en el extranjero. Márquez se había apoderado de una, es cierto; pero Rojas había conducido intacta otra al puerto de Manzanillo. La mayor de todas, organizada en el interior, quedaba al cuidado de los reformistas, que debían custodiarla desde el Estado de Guanajuato hasta Tampico. Se trataba de un millón y ciento veintisiete mil pesos, sumando los fondos que provenían de Zacatecas con los de San Luis y Guanajuato. Doblado decidió apoderarse de ellos y dió en ese sentido sus órdenes al general Ignacio Echeagaray, encargado de conducir aquella inmensa remesa á su destino, y, una vez dictadas sus órdenes, puso el hecho en conocimiento de Degollado. No era un sentimental el gobernador de Guanajuato, era un razonador, un hombre de voluntad y de acción: su razonamiento era, sin embargo, premioso hasta causar profunda emoción: «He pesado, con la madurez que demanda negocio tan trascendental, todas las razones que ocurrir pueden en pro y en contra, y al fin he ordenado la ocupación

de los caudales con el sentimiento íntimo de que así salvamos á la revolución y con ella á la República. Comprendo todos los inconvenientes y todas las consecuencias de una determinación tan grave; pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela á providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente y el país entero se hunde en la miseria y la anarquía, para perder después hasta la nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre dos extremos de este terrible dilema: ó malograr tres años de sacrificios sangrientos, y esto cuando estamos tocando el término de ellos, ó echar mano de los recursos que se encuentran, sea cual fuere su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable». Tal era el tono de la comunicación de Doblado y ése su criterio. ¿Vamos á decir nosotros que hizo mal? ¿Para qué, si él lo conocía, si todos ellos sabían que aquello era un ataque violento á la propiedad, á mano armada, con todos los caracteres del robo? ¿Un robo? Tal vez, pero perpetrado sin ánimo alguno de disponer de un céntimo en provecho propio, al contrario, consagrándolo todo de antemano á una necesidad ingente y que no se suponía ni se conjeturaba, que era de un REALISMO temeroso. Doblado indicaba al fin de su comunicación que en todo el Estado de Guanajuato había más de tres millones de pesos de bienes nacionalizados que podían responder de la deuda que contraía en aquellos momentos la República. Y ésta era la diferencia capital entre los despojos de esta clase que la reacción cometía y los cometidos por los reformistas; como para nadie podía ser un motivo de duda de quién iba á ser el triunfo final, la deuda que tales despojos originaban eran en un caso incobrables; en el de los reformistas, todo era cuestión de tiempo. Y así fué.

ℭ Degollado también meditó, también pesó, no tanto en su entusiasmo como en su conciencia, lo que debía hacer, y, con uno de los más grandiosos ademanes que han quedado estereotipados en nuestra historia, aprobó el acto, aceptó la responsabilidad entera y lo proclamó así á la faz de la Nación y del mundo. Esta proclamación es profundamente patética; dos ó tres voces altas han resonado así en los grandes momentos de nuestra vida nacional; ninguna más conmovedora que la voz de Degollado. Es necesario figurarse á este hombre, en materia de honra, de asuntos pecuniarios, transparente y terso como el cristal más puro; todas las anécdotas referentes á su vida lo enseñan así; es de los que habrían preferido morirse de hambre á tomar un pan ajeno; era quijotesco en este punto y en otros puntos. Disponer del dinero de los particulares, aun cuando hubiere la seguridad de devolverlo, aun cuando fuese para un servicio público supremo, era para Degollado un despojo, un robo, y lo que decía en todas sus frases su manifiesto era eso: soy un ladrón.

ℭ «Cuando, decía, desde la altura de ese cadalso moral que prepara la opinión para inmolar implacable un nombre, se vuelven los ojos al pasado y se percibe una vida obscura pero sin mancha, una consagración á una causa santa, sin reservar ni la familia, ni el sosiego, ni los intereses de la fortuna, ni el amor, ni nada de cuanto más querido tiene el hombre, y en un instante, por medio de una peripecia de la suerte, se encuentra con la pérdida de todo, afiliado entre los

malhechores, entonces ese suplicio es más que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria.»

¶ Degollado nunca dudó del triunfo final de su causa; habría sido renegar de su religión democrática, negar su ideal, negar su Dios; y eso no: era un hombre religioso por esencia. Pero metido en los sucesos, rodeado de la exasperación y la miseria de las poblaciones, pensando al compás de los lamentos de agonía, escribiendo á la luz de los incendios que formaban un constante relampagueo siniestro en nuestros horizontes, no veía seguro el triunfo inmediato, creía que la guerra aun se prolongaría, y se espantaba con el espectáculo de veinte mil hombres dispersados sobre las poblaciones agotadas, transformando la guerra en una insurrección anárquica y sangrienta; son sus palabras.

¶ Y con una imparcialidad trágica también, porque lo trágico era el ambiente en que se movía en aquellos momentos el alma del gran reformista, hacía el balance de los perjuicios causados por los partidos en lucha á la Nación : en virtud de la ley indefectible de las compensaciones (Degollado, según parece, tenía esta ley como un dogma sociológico), se había producido este fenómeno : los reaccionarios buscaban en Europa un protectorado, los liberales adoptaban la política de la protección americana, los agiotistas se aliaban con el clero (agio rapaz y clero prostituído, decía Degollado), los liberales proclamaban el odio á esas clases; el empleo del oro de la Iglesia en fomentar la guerra civil por parte de los reaccionarios traía siempre como consecuencia los atentados á la propiedad en el campo adversario. De todo ello ha resultado una situación tremenda en que el combate comienza en el corazón de la familia misma y sube por grados hasta estallar en el campo de batalla; y todo á compás del saqueo, del odio, del exterminio que van dejando como huellas las tropas contendientes al pasar, mientras las pasiones políticas llevan á la nacionalidad, como ebrias, al fondo del abismo.

¶ De todo ello infería el general en jefe la necesidad de disponer del dinero confiado al honor del ejército reformista, y concluía su gran monólogo ante el público ideal de la Historia, con estos párrafos patéticos : «¿Quién engaña á su propia conciencia? ¿Quién no ha pensado, en sus conferencias con Dios y con la Posteridad, lo que importa un hecho semejante? (Se refiere á la ingente tentación causada por la circunstancia de tener en su poder los caudales de la conducta y á la vista LA EXTINCIÓN DE LA DISCIPLINA, DE LA UNIDAD Y DE LA REPRESENTACIÓN DE LA LEY EN UN CAOS DE SANGRE, DE DESESPERACIÓN Y DE EXTERMINIO; es decir, el remedio y la enfermedad.) Yo todo lo había dado á mi Patria, me había reservado... un nombre puro para legarlo á mis hijos... La necesidad vino, sin embargo, á llamar á mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y á la maledicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo.»

¶ El tono de esta especie de confesión pública indica la infinita tensión á que había llegado el espíritu de Degollado; es éste, permítaseme decirlo, un caso de superestesia moral, una sensibilidad enfermiza y dolorosa que presenta un profundo contraste con la sequedad reflexiva y decidida de Doblado. Éste era un político, jamás fué otra cosa; Degollado era un sacerdote. Casos como el suyo

deben de haberse presentado muchos en aquella prolongada crisis, en aquella hondísima perturbación de creencias. Pero el del general en jefe de los reformistas tenía proporciones singulares, resaltaba entre todos, era único.

℄ Educado al arrimo de la Iglesia, fué moralista, canonista, teólogo antes que revolucionario; fué á la lucha por la Reforma con el alma entera, con una fe inmensa en su ideal, sin perder un átomo de su alma religiosa. Cuando trataba de debelar el poder de la Iglesia, era porque la Iglesia había torcido el camino, equivocado el sendero y resultado infiel á la enseñanza del Cristo. El católico era él, él el canonista y el teólogo; los obispos eran los impíos; la democracia era la cristiana; la libertad religiosa era la enseñanza pura de la Iglesia, de San Justino, de Tertuliano, de los grandes apologistas de la época de los mártires; la que se oponía á la libertad era la Iglesia de la opresión, de la tiranía, de la inquisición, de los reyes siniestros de trajes negros de la Casa de Austria. La impiedad era querer atajar el avance de las ideas nuevas, la ascensión del pueblo en el ambiente caldeado por ellas.

℄ Paradoja viva, y por ello más interesante conforme se conoce más, Degollado se creía mejor católico á medida que mayor número de excomuniones lo alcanzaba y que entraba más dentro del coro de los grandes apóstatas condenados por los pontífices. Otros percibieron la contradicción entre los dogmas católicos y los dogmas constitucionales: «Todo poder emana del pueblo : Todo poder emana de Dios». – «Cada cual es libre para adorar á Dios como le plazca : Todo hombre tiene el deber de creer que la doctrina de la Iglesia católica es la única cierta, es la verdad sola». – «El Estado y la Iglesia deben vivir perfectamente separados : El Estado y la sociedad deben depender de la Iglesia en cuanto se refiere á la moral y á la religión». – «El matrimonio no es más que un contrato : El matrimonio sólo puede ser un sacramento», etc. En el alma de Degollado todas estas antinomias se resolvían en una unidad de inflamado y espléndido amor: el amor á Dios, el amor á la libertad. Podía, como el gran obispo del catolicismo norteamericano, decir ante el mundo : el Evangelio y la Constitución son los dos libros supremos de la humanidad.

℄ No tuvo, pues, lucha ni desgarramientos interiores, puesto que sus dos credos se confundían; la lucha vino y el desgarramiento y la herida mortal cuando, deprimido su espíritu como en un Getsemaní por la angustia indecible de procurar paz á su país agonizante, se le presentó, cual un cáliz de amargura, el dilema entre manchar la honra inmaculada de su vida y la necesidad de salvar la vida de la revolución.

℄ Pasado el Rubicón, adueñado de la CONDUCTA, Degollado se siente morir, desciende. Comienza por quitar á su obra la obscura y lúgubre grandeza que él mismo le había atribuído, proclamándola un crimen fatal; pactó con un grupo de los dueños del dinero depositado en su honradez, grupo representado por Mr. Mathews, el ministro británico, y devolvió, sólo á los ingleses, cerca de medio millón de pesos. Injusticia magna, como le reprochaban los mismos generales sus subordinados, que, sin motivo, establecía una distinción odiosísima y mermaba los recursos del ejército reformista, cuando precisamente la urgencia y la

necesidad de todos ellos cohonestaba el despojo. Luego el mando se aflojaba en sus manos; todas las operaciones que convergieron al sitio de Guadalajara le fueron extrañas, puede decirse; conservaba lejos de los sucesos su carácter de generalísimo, pero la dirección de la guerra había claramente pasado á otras manos. González Ortega, el afortunado vencedor de Peñuelas y Silao, era el personaje central de aquellos días de fiebre y acción. Cuando González Ortega, aterrado por la enfermedad, tuvo que ceder el mando, fué Zaragoza quien subió á la primera línea. Don Santos, respetado y admirado, se perdía en el horizonte, un horizonte de Ocaso. El astro se ponía : la admirable perseverancia personificada en él, había agotado su energía con la reunión de un gran ejército reformista, al través de las grandes derrotas. Ahora era necesario saber tomar plazas, saber maniobrar frente al enemigo. Degollado en este terreno no había cometido sino desaciertos : resultaba inútil.

¶ Él no lo creía así; se sentía útil, extraordinariamente útil, no para la guerra, sino para la paz. Y cierto día, los jefes más conspicuos de los ejércitos beligerantes recibieron un plan de pacificación (sugerido, según dicen, por el encargado de negocios británico) en que por encima de los ejércitos, y de la Constitución, y de Juárez, y ¡ay! del patriotismo acaso, proponía al mismo Mr. Mathews la manera de obtener la paz, salvando la Reforma. ¡Aberración, absurdo, locura! Todo esto se ha dicho del plan de Degollado; había una gran ofuscación en su grande alma eclipsada por la sombra que la guerra, á sus ojos interminable, proyectaba sobre ella. Creía haber desertado la honradez de su vida aprobando la ocupación de la conducta en Laguna Seca, y ahora, desertor de su bandera, sacrificaba la Constitución, la legitimidad, exculpante suprema de la guerra civil, para fundar una legitimidad efímera, una Constitución sin garantía intrínseca, que estaba por venir. Según el plan de Degollado, las bases de la futura Constitución mejicana deberían ser : Primera : «La representación nacional en un congreso libremente electo». Segunda : «La libertad religiosa». Tercera : «La supremacía del Poder civil». Cuarta : «La nacionalización de los bienes llamados del clero». Quinta : «Los principios contenidos en las leyes de Reforma». Es decir, todo lo que componía el credo reformista, todo aquello por lo que se había luchado y se seguía luchando, todo aquello que sólo por la fuerza podía imponerse en una sociedad que, en su porción mayor acaso, rechazaba la Reforma, era, en concepto de esa alma enferma, el elemento pacificador por excelencia. ¿Y cuál era el talismán, el medio de obtener tamaño milagro? Uno sugerido, ya lo dijimos, por el representante británico y aceptado luego por el general muy seriamente : descartados la Constitución y Juárez, se reuniría una asamblea compuesta de los miembros del cuerpo diplomático residente en Méjico y del plenipotenciario americano, para que, de concierto con los representantes de los gobiernos de los Estados, nombrasen un presidente provisional, QUE SERÁ RECONOCIDO POR TODOS, decía el plan, y declarara que eran bases de la nueva Constitución las antes mencionadas : este presidente provisional convocaría un congreso constituyente. La intervención extranjera solicitada así, humillante así, deprimente así, nulificante así del principio de la soberanía nacional, era para Degollado el se-

creto de la paz y de la consolidación de la Reforma. Creyó manifiestamente que el estado de guerra iba á ser indefinido, que el dinero de la conducta podría ¡si acaso! asegurar la victoria inmediata del partido constitucionalista, mas no la definitiva, dados los elementos de la resistencia social; creyó evidentemente que la prolongación de la lucha traería como ineluctable resultado la intervención extranjera, la de los unos por simpatías hacia el partido reaccionario, la de los más, por odio á la anarquía y por la necesidad de defender los intereses de sus nacionales y de poner LAS CONDUCTAS fuera del alcance de los bandidos y de los gobiernos que como tales se conducían. El medio de evitar la intervención armada, pensaba Degollado, era ir hacia ella sin vacilar y llamarla en la forma diplomática y complicarla en la obra de la Reforma, suprimiendo la manzana de la discordia, la Constitución y Juárez. Los sucesos han demostrado la verdad y la justicia de sus temores y la inanidad del remedio propuesto. Lo seguro iba á ser que los diplomáticos no aceptarían (como resultó, si es que el plan llegó á tomarse por ellos en consideración) el convertirse en instrumento de los reformistas, juntando el prestigio de las naciones que representaban, para escribir un tratado de paz civil bajo el dictado del generalísimo reformista.
₵ Los reaccionarios apartaron desdeñosamente el plan con la punta de la espada y Márquez entró con un ejército nuevo en campaña para salvar á Guadalajara; los diplomáticos no rompieron el silencio; lo rompieron, mejor dicho, por boca del embajador español Pacheco, recién llegado á Méjico y que dejaba oir al general Miramón consejos de paz en nombre de la clemencia maternal de Isabel II, y entusiastas aplausos por los principios conservadores. Entre los jefes liberales la sorpresa, la indignación, el dolor formaron un concierto unísono. La carta de Doblado se distingue entre todas por la elocuencia de acero de su indomable lógica. El gobierno de Veracruz habló como un juez, separó á Degollado del mando y le previno que se presentara ante el tribunal que debía procesarlo; era un caso extraordinario de deserción que constituía un delito, más que contra la ordenanza, contra la moral cívica.
₵ Con una especie de fiebre de asumir responsabilidades y de presentarse sin defensa ante la posteridad, el general Degollado abandonó el ejército con un adiós desgarrador. Había muerto como caudillo; no quedaba más que el hombre : el hombre crecía en el sacrificio como un personaje de la tragedia antigua.
₵ ¡Quién no lo sabe! Capturado como un simple particular en una de las postreras convulsiones de la guerra, presenció el triunfo de su ejército, y ese triunfo, inesperadamente, lo envolvió en una ráfaga de ovación y gloria; luego se presentó como un espectro, como un superviviente ante sus jueces, y comenzó otra pasión para él... Fué rápida : al conocer el impío asesinato de Ocampo, su ídolo humano, tan lejano de él en ideas, tan cercano en latidos del corazón, se dirigió á la representación nacional y, con una de esas deprecaciones de patética vehemencia en que parecía que el alma hablaba por sí misma sin necesidad ni de labios ni de voz, pidió que se le concediera evadirse momentáneamente de su prisión legal para vengar á Ocampo ó para morir al pie de su cadalso. El Congreso inclinó la cabeza ante aquella abnegación que no se desmentía nunca, que se im-

ponía al respeto de todos, y, comprendiendo casi aquella necesidad de muerte para levantarse definitivamente de la tumba y recobrar su puesto en la historia, lo dejó partir, lo dejó morir. El Cristo de la Reforma, como la voz de los tribunos-poetas lo llamó entonces, obtuvo con su crucifixión el sobreseimiento de su causa. Márquez, el verdugo sin remordimiento, el verdugo inmortal, se había encargado de demostrar la vitalidad de la Reforma con un martirologio excelso.

☙ Me ha retenido esta figura fascinadora de Degollado, más que como historiador como psicólogo, iba á decir como artista; al reanudar estas fugaces narraciones, ya su acción aparente apenas se hace sentir; desde aquí, desde la posteridad la podemos medir mejor, pesar mejor, glorificar mejor.

* * *

☙ Cuando Degollado, enfermo del espíritu, prefería la paz en la Patria á la paz en su conciencia y enviaba al campamento reformista su extraño plan, en el sitio de Guadalajara, las formalidades de costumbre (intimaciones, entrevistas para llegar á arreglos imposibles) habían concluído y el cañón tenía la palabra. El sitio comenzado en los postreros días de Septiembre terminó de hecho al concluir Octubre. La defensa había sido habilísimamente preparada; para hacerse de recursos el general Castillo, hombre de ciencia y experiencia consumadas, no tuvo escrúpulo alguno, ni siquiera el de no despojar sistemáticamente los templos hasta dejar desnudas las imágenes : todo se vendía ó se acuñaba en la casa de moneda; si hubiera encontrado el medio de convertir al cabildo de Guadalajara en dinero, Castillo no habría vacilado. Con la feroz energía de los sectarios en las luchas de religión, combatió con un brío y tesón que parecían centuplicarse á medida que el asedio avanzaba y el cerco se hacía más estrecho. Sus tropas, que no llegaban á cinco mil hombres, ó eran de línea, avezadas á la estricta disciplina del combate, ó eran voluntarias como el heroico batallón Blancarte formado por los artesanos de la ciudad, que, profundamente fanatizados por el odio religioso á LOS PUROS (que en realidad eran en Guadalajara la aristocracia intelectual, la famosa FALANGE), preferían la muerte á la victoria de los ENEMIGOS DE CRISTO.

☙ De hecho, el joven fronterizo Zaragoza estaba al frente del ejército, porque González Ortega, peligrosamente enfermo, no podía poner en ejercicio sus facultades de general en jefe. Más peligroso era el estado de ánimo del popular caudillo; se acercaba bastante al de Degollado : González Ortega era un romántico, gustaba de la política sentimental que suele probar maravillosamente en las supremas crisis, pero que, convertida en sistema, es nuncio de reblandecimientos y decadencias. Y lo mismo en González Ortega que en Degollado, esto provenía de la terrible vibración de la guerra que ponía en conmoción todo lo que puede haber de instintos de piedad en los hombres bondadosos; era mucho, era demasiado, un pueblo se desangraba por ideas que apenas sentía... De ahí la facilidad con que el general en jefe reformista hacía concesiones á Castillo en la conferencia

que con él celebró, que dejaron estupefactos á los luchadores no románticos, sino realistas; éstos, que veían muy descarnada y precisa la realidad, pensaban que para hacer la paz era preciso sentenciar á muerte á la guerra. De este temple férreo eran Zaragoza, Ogazón, Valle. «Hagamos á un lado á Juárez, decía González Ortega; yo me comprometo á que este ilustre ciudadano renuncie.» ¿Pero quién reemplazaba á Juárez? El designado por la Constitución, decía González Ortega. ¡La Constitución no designaba á nadie! El caudillo reformista no la había leído probablemente, no conocía más que las leyes de Reforma. Afortunadamente, Castillo creyó que el sacrificio de Juárez no era bastante, y allí terminó todo y habló el cañón.

₡ Pero la alta prensa liberal tronó como el cañón, y en Morelia Justo Mendoza lanzó en su periódico una advertencia tan justa y tan severa á los que iban en busca de transacciones, que, á pesar del incesante rumor de la artillería, se oyó en Guadalajara.

₡ Veinte mil hombres y veinticinco piezas de artillería ceñían la ciudad con un cíngulo de hierro y fuego. Hubo episodios pavorosos, otros heroicos; la población, enloquecida de dolor y de miedo, exhalaba un gran lamento dantesco. ¿Dónde estaba la trompeta del ángel, que no hacía oir en el cielo un BASTA YA? No había más trompetas que las de los batallones de Zaragoza; las de Castillo estaban mudas; cada noche se esperaba en vela el gran asalto, la muerte de la ciudad... Al cabo del mes vino el asalto; ya la defensa estaba quebrantada; las casas, con las horadaciones, las explosiones y el huracán de plomo que las acribillaba, parecían grandes esqueletos desmoronados. Era el momento. Márquez se acercaba con un ejército de auxilio. Zaragoza emprendió el asalto; en todas las fortificaciones conventuales, en todos los parapetos, en las calles, en las azoteas, en los fosos, dentro y fuera de las habitaciones, por donde quiera se combatió en interminable combate. Aquello empezó á espantar á los defensores, que sabían que se acercaba Márquez, que un día más podía ser su salvación, pero que sentían el aliento del dragón de acero que los estrangulaba y los trituraba... Duró la brega más de dos días; por fin los morteros de Ogazón funcionaron; las enormes esferas de hierro empezaron á surcar el cielo de la ciudad; el incendio, el derrumbe, el aplastamiento venían con ellas. A la segunda ó tercera bomba, la plaza tocó á parlamento...

₡ Ya era tiempo, Márquez estaba encima; Zaragoza propuso condiciones honrosas á los sitiados, que éstos se apresuraron á aceptar; no importaba que los intransigentes creyesen que aquellas concesiones eran excesivas; lo que importaba era inutilizar á Guadalajara paralizándola con la capitulación, é ir sobre Márquez. Esta fiera astuta sintió sobre sí á todo el ejército liberal; intentó ganar tiempo con parlamentos; Zaragoza fué inflexible. Márquez entonces abandonó su columna y huyó á mata caballo. Siete años después había de repetirse casi punto por punto esta misma historia; fué el epílogo del 2 de Abril de 1867.

℄ El mes de Noviembre de 1860 se pasó en los preparativos del duelo supremo; se creía en la posibilidad de un sitio de Méjico, para dar lugar á la intervención pacificadora de los ministros extranjeros; aunque Miramón, cuando capturó en Toluca á la primera división del ejército constitucionalista y con ella á D. Santos Degollado, que, mientras se le abría proceso, andaba de acompañante del general Berriozábal, afirmó que en el equipaje del ex-generalísimo reformista había hallado todo un plan de ataque de Méjico, de puño y letra del encargado británico. Pero afrontar un sitio en Méjico, deshecho el cuerpo de Márquez y Castillo, que precisamente habrían debido reunirse en Guadalajara para reconcentrarse luego en la capital operando como ejército auxiliar, era una insensatez, era hacer sufrir inútilmente á la capital. Ni esto cuadraba con el carácter impetuoso de Miramón, amigo de jugar el todo por el todo; descendiente de hidalgos franceses y españoles, era jugador de raza.

℄ Oficiales tenía; soldados, en el sentido militar del vocablo, pocos ya; los veteranos del ejército santanista que lo habían acompañado en Salamanca, Ahualulco, San Joaquín, La Estancia y en los dos sitios de Veracruz, habían regado su sangre y sus huesos desde las playas del Pacífico hasta las del Golfo. Muchos, siguiendo á sus jefes, habían desertado, porque la hora de las defecciones había sonado ya. Necesitaba soldados el dictador de Méjico y Puebla, necesitaba dinero por ende. En una casa inglesa y bajo el sello de la legación había un depósito de más de seiscientos mil pesos, destinados á los tenedores de bonos de nuestra deuda con Inglaterra. Nada más peligroso, más ocasionado á desastres nacionales mayúsculos que un conflicto con Inglaterra : esto no importaba. Miramón pensaba como alguna vez pensaron los reformistas en Veracruz cuando invocaron el auxilio americano contra la flotilla semi-española de Marín : primero es vivir. Además, la mala voluntad de los reactores contra Inglaterra era manifiesta, y atropellar la legación, aprovechar el dinero y dejar á Juárez la responsabilidad pecuniaria del acto, era un buen plan, era diabólico. Obra siniestra, luego Márquez debía ejecutarla; Márquez la ejecutó. Y en este plan, á pesar del fin político, había un grave delito común, porque los reaccionarios no tenían ni remota esperanza de resarcir el dinero substraído; lo contrario de lo que había pasado con la ocupación de la conducta en Laguna Seca : el gobierno liberal sí sabía que podía devolver el dinero. Pero tiempo hacía que el gobierno reactor demostraba con sus actos que no creía en su duración. Un año antes del asalto á los fondos ingleses, el préstamo negociado por el Gobierno reactor con la casa fallida de Jecker (que desde el tiempo de Comonfort hacía negocios bizcos con el Gobierno mejicano para el deslinde de terrenos de Sonora) y que, con el aparato de una emisión de bonos no llegó á un millón en efectivo, demostraba, por modo clarísimo, que se trataba de comprometer el porvenir, con la seguridad de que el porvenir estaría á cargo de otros.

℄ El resultado fué que Miramón pudo salir con un ejército mandado por la flor y nata de la oficialidad reaccionaria al encuentro del ejército de González Ortega, dos veces superior en número, pero diez veces inferior en calidad, decían los conocedores. La verdad es que aquellas tropas reformistas estaban ya, en sus

núcleos orgánicos, terriblemente fogueadas y que, derrotadas casi siempre en 58 y 59, ya en 1860 habían aprendido á batirse en fuerza de hacerlo; las instrucciones de Uraga, de Leandro Valle, del general Álvarez que, recobrado de sus males, había vuelto á entrar en campaña cuando se aproximaba el acto final de aquel grandioso drama, seguidas con bastante escrupulosidad, según parece, en los campamentos que marcaban las etapas de la marcha de Guadalajara á Méjico, hacían capaz á la infantería de movimientos tácticos precisos que, ejecutados en el campo de batalla, podían transformar en minutos las condiciones de la lucha.

¶ Sea lo que fuere, Miramón marchó derecho sobre su adversario; ésta era su estrategia y, respetando naturalmente las proporciones, era la del primer hombre de guerra del siglo pasado. Romper la unidad del adversario metiéndose inopinadamente en él como una bayoneta de acero en plena carne y plena sangre, era su táctica toda y á preparar esta situación convergía toda su estrategia, ya lo dijimos antes; pero lo que no sabía y en donde le hacía falta la genialidad que en Napoleón desbordaba, era en convertir una derrota en victoria, en sacar del descuido y la debilidad de los vencedores la sugestión de un triunfo. Esa fué su historia en Silao y Calpulalpam. Los oficiales facultativos como Valle, como Álvarez, presentaron á Zaragoza sus planes de guerra; el de Álvarez fué aceptado con modificaciones, y de los documentos que se han publicado resulta que fué muy acertado y previsor. González Ortega, que se había sobrepuesto ya á su tenaz enfermedad, llegó al campo de operaciones en vísperas casi del desenlace, lleno de deseos de batallar, de esa especie de entusiasmo de inspirado que se difundía en corrientes magnéticas en la tropa.

¶ Si los excelentes generales que Miramón traía consigo, Márquez, Vélez, Cobos, hubieran logrado una victoria, ésta habría sido efímera. Surcando el país venían del Oriente, del Sur, del Norte masas de nuevos combatientes que habrían acabado por aplastar á la reacción en su nido. Después de la campaña de Oajaca, duramente laboriosa entre la derrota del coronel Ignacio Mejía en Teotitlán y la victoria de Las Sedas, que tuvo por consecuencia la toma de Oajaca en Agosto de ese año fatal á la reacción, los batallones oajaqueños, que ya no iban á salir del primer término de nuestra historia militar, venían á las órdenes de Ampudia á reforzar el ejército principal. En sus filas combatían los hermanos Porfirio y Félix Díaz; éste tuvo oportunidad de recoger algunos centenares de fugitivos de Calpulalpam.

¶ La victoria fué completa; no quedaron más que grupos en fuga; uno de ellos estaba formado por los corifeos de la reacción. Algunos se eclipsaron, otros partieron en distintas direcciones á continuar la guerra civil. El joven Presidente del día anterior dejaba de serlo de un solo golpe; era, con ese título, el jefe de una fuerza militar; disuelta ésta, su caudillaje cesaba. Antes de partir lo puso en conocimiento de los ministros extranjeros, es decir, de D. Joaquín Francisco Pacheco, que hacía poco le había presentado sus credenciales con inaudita falta de cordura, y de M. Dubois de Saligny, que era el representante de Francia, llegado en esos días y que prudentemente se había reservado las suyas. En seguida diri-

gió una carta á Leandro Valle, su íntimo amigo de colegio, recomendándole á su familia, y se marchó; tornó á poco y al fin pudo hallar un escondite en Veracruz, en la casa española de VILLA HERMANOS; á principios de Enero logró embarcarse en un buque de guerra español. Con Miramón perdió la reacción su penacho y su yelmo caballeresco; después de él, se vuelve un cuerpo obscuro que se mueve en los vericuetos en que se asesina, y se cuelga, y se saquea, y se incendia, ó en los conciliábulos de ilusos en que se conspira, para disolverse al fin en la intervención francesa, cuyo primer acto político fué hacerla á un lado para siempre. Porque lo que murió en Querétaro no fué la reacción, no fué la tentativa de mantener clases privilegiadas é Iglesia católica dominante, sino el empeño imposible de amalgamar la Reforma con la monarquía. La reacción expiró en Calpulalpam. Luego vinieron los trabajos hercúleos de organizar la Reforma triunfante; lo que precipitó esta evolución fué la Intervención, fué el Imperio.

* * *

℄ Pasada la batalla, entró un gran anhelo de generosidad en el espíritu de González Ortega. Al día siguiente se le presentaron los dos ministros extranjeros antes mencionados, un oficial reaccionario de correctísimo porte y otro reformista, cautivo de los reactores á la sazón. Llevaban al vencedor una sugestión de perdón y de paz : LA AMNISTÍA. Se encerraron con el general en jefe, fueron muy elocuentes, acaso tenían razón; las amnistías suelen ser acertadísimos actos políticos cuando se ejecutan al siguiente día de una victoria. Parece, y es perfectamente creíble, que González Ortega estaba á punto de ceder : lo que sucedió inmediatamente después lo comprueba, Pacheco lo afirma. Los generales reformistas no estaban de acuerdo con el perdón; y ciertamente había hombres imperdonables, uno al menos. La sangrienta guerra había depositado una levadura de venganza, de rencor, de fe en el castigo, de fiebre de justicia inflexible en aquellos corazones, y eso producía una especie de necesidad de negar la amnistía; NO PERDONAR era el pan cotidiano de aquellas almas heridas; NO OLVIDAR (amnistía quiere decir olvido) era para quienes habían hecho la ruda campaña de los tres años una obligación sagrada.

℄ Haciendo á un lado la disciplina y el respeto, los generales se introdujeron al lugar donde se verificaban las conferencias é hicieron volver sobre sí al general en jefe; bastóles recordarle que el Gobierno había prohibido que se hicieran concesiones del género de la que proponían Pacheco y Saligny, y allí acabó todo... Pacheco encontraba en este acto de escasa disciplina, pero de enorme trascendencia, una coyuntura para maldecir de la democracia, con lo que decía un famoso disparate, porque no hay historia de aristocracia en que no abunden hechos de ese género.

℄ Pocos días después, entre vítores y aclamaciones sin fin, el sucio y descalzo ejército de la Reforma, sólo regularmente vestido en grupos contados, sólo uniformado y armado en regla en grupos bien escasos, hizo su entrada triunfal en

Méjico. El aire poblado de vivas, de notas musicales desmenuzadas por el incesante clamor de las campanas, se llenaba de flores, de ondulaciones de flámulas y banderas; la figura extraordinariamente simpática de González Ortega, su acción con Degollado (á quien había hecho bajar de un balcón para transferirle todos los honores que á él venían espontáneos, ardorosos, llenos de regocijo de parte de muchos, de inquietud, de congoja, de esperanza en la clemencia, en la bondad del joven caudillo de parte de los más), imanaba el espíritu de aquellas multitudes delirantes; él sabía decir las grandes frases sonoras que parecen orear como vientos frescos la sangre de los campos de batalla y cicatrizar heridas envenenadas por las bregas interminables y por los odios de ideas que son inexpiables.

¶ Ya estaban en Méjico presenciando aquella formidable expresión de inesperado entusiasmo algunos ministros venidos de Veracruz; Ocampo, con su cara lampiña, abierta por la sonrisa de los ojos y el pliegue un tanto irónico de los labios bondadosos y sensuales, era el más popular; Lerdo de Tejada, serio, frío, blanco como el papel, llena la mirada de inteligencia y previsión, menos querido, pero más respetado entre los reformistas que su colega y émulo Ocampo, habían precedido á Juárez.

¶ Por fin llegó éste; el entusiasmo con que fué saludado fué grande, no tanto como en el día de González Ortega; había en el entusiasmo más de oficial, de obligatorio. Algo lo cohibía; Juárez, con su impasible rostro obscuro, su mirada rarísima vez endulzada bajo las dos alas de cuervo de sus cejas densas, era un enigma para muchos; y no, no era un enigma, era la ley; para traducir en palabras la expresión de ese rostro no había más que abrir el código de la Reforma.

¶ —Sí, pero es un indio...

¶ —Pues porque es un indio—contestó el porvenir.

203 - Juárez : su obra y su tiempo

LA REPÚBLICA Y LA INTERVENCIÓN

SI en aquellos instantes en que la República creía haber liquidado todo un pasado de desolación y ruina; en que cada mejicano, con poca exageración podía decirse, tenía detrás de sí, hasta perderse en el horizonte, una línea de tumbas cavadas por la guerra civil; en que no había habido propiamente Gobierno, pues que el grupo reaccionario estaba posesionado del centro, y de lo demás, gobernadores y generales sin más ley que su voluntad ni más freno que el miedo al motín, aunque todo en relación, más bien nominal que real, con el presidente Juárez; ni propiamente sociedad, dividida en la conciencia, en la familia, en la ciudad; en que la agricultura era un expediente rutinero y la minería, la gran riqueza fundamental y legendaria de Méjico, una negociación extranjera, casi improductiva por la falta de brazos, por la sobra de trabajadores anémicos, por la múltiple succión del impuesto; y el comercio yacía desmenuzado por los dos fiscos generales, por los de los Estados, por los peajes ó las confiscaciones de los guerrilleros, por la inseguridad ante la que todo temblaba y todo retrocedía; si en los momentos de este siniestro reposo, por el mes de Enero de 1861, se hubiera levantado la voz de un profeta anunciando la espantable conmoción nueva de la Intervención y el Imperio, probablemente hasta Juárez el inconmovible habría perdido el deseo de vivir y se habría sentado desfallecido en el borde del camino,

diciendo : «Estoy cansado, no voy más allá». En estos grandes días de desaliento mueren las patrias ó se acercan á la muerte.

DE 1861 Á 1863

ℭ La guerra, para organizar la victoria, tiene que desorganizarlo todo; no hay servicio público en que no abra brecha y que no saque de quicios; la labor del día siguiente resulta más difícil que la de la lucha armada : por esta causa el primer año de la administración reformista, el año de 1861, fué un fracaso gubernamental; ni la sensatez y perseverancia de Juárez, ni el talento de sus consejeros oficiales, ni el deseo de todos de acertar y de encaminar al país por los senderos normales, pudieron nada contra la fatalidad de las cosas, contra el resultado aplastante de factores múltiples que vamos á analizar someramente. Tengo la convicción de que la intervención francesa salvó á la República de naufragar en la anarquía, en el separatismo, en el caos; fué un dolorosísimo paso del Mar Rojo : más allá estaba la ensoñada tierra. ¿La hemos alcanzado? La hemos alcanzado; pero la historia no se detiene nunca, los pueblos marchan, y una tierra de promisión no tiene un área indefinida; se puede entrar en ella, se puede también salir...

ℭ El problema inmediato, el vital para toda administración, el del modo de vivir, el del VIVIR de cualquier modo, pudiera decirse, se planteó clara y brevemente con el laconismo trágico de una interrogación que fuera un muro cerrando el paso. ¿Con qué se iba á hacer la despensa de la República? ¿Con qué se iba á dar de comer á dos mil empleados que la Federación necesitaba dentro y fuera del Distrito, para poder funcionar, y á veinte ó veinticinco mil hombres que componían el ejército vencedor? Y hecha la despensa, ¿qué se podría inventar para pagar á los acreedores que llamaban á la puerta con el puño de la espada? Éramos deudores de los Estados Unidos, pero esta deuda necesitaba liquidarse por medio de una comisión mixta de reclamaciones; no urgía, pues. Éramos deudores de España por mucho más de lo que justamente la debíamos, y nos habían arrancado los enviados españoles la terrible concesión de convencionar la deuda, de oficializarla, de convertirla en deuda de Gobierno á Gobierno; pero como Juárez había desconocido las autorizaciones dadas á Almonte por el Gobierno nacido del motín de Tacubaya, no había tratado con España que definiese el monto de nuestras obligaciones, que forzosamente quedaban insolutas. Aquí no nos declarábamos insolventes, nos declarábamos lesionados y apelábamos á la rectitud de España para rectificar una iniquidad de que se nos quería hacer víctimas y que subía á dos millones y medio de pesos.

ℭ La cuestión española era la que más y la que menos preocupaba al Gobierno. La actitud de España desde la caída de Santa Anna, que estuvo dispuesto á resucitar en Méjico la monarquía de un Borbón, había sido notoriamente helada con el partido liberal, no sólo por la cuestión eclesiástica, que ha sido, que es

quizás el NOLLI ME TANGERE de la política española, sino porque los vínculos naturales que unían á los liberales mejicanos con los partidarios de la independencia de Cuba eran manifiestos, todo lo contrario de lo que con los conservadores sucedía. De aquí los juramentos de amistad eterna y amor nacional cambiados entre Zuloaga y Miramón y el Gobierno español y los capitanes generales de Cuba, por encima de la cabeza de Juárez. De aquí un amago constante á Veracruz, sordo y disimulado no siempre; de aquí la descarada complicidad con Miramón en el asunto de la flotilla de Marín, que no trajo la consecuencia del bombardeo de Veracruz por la escuadra ibera, gracias á la actitud dudosa de los buques ingleses y á la resuelta de los americanos.

℄ Y lo más significativo en esta conducta oficial de España había sido el envío de un embajador (resultado del pacto Mon-Almonte formalmente repelido por el Gobierno constitucional) y la decisión de ese embajador de reconocer como Gobierno de derecho al Gobierno reaccionario, que, por declaración del cuerpo diplomático, ya no lo era ni de hecho siquiera. Precisamente el único Gobierno de hecho, aun dando de mano sus títulos de legitimidad, era el que, á consecuencia de la batalla de Silao, había reducido á la reacción á los perímetros de Méjico, Guadalajara y Puebla. Mas, para el embajador Pacheco, esto no existía, esta situación le era ignorada; ni el hecho ni el derecho existían en otra parte que en la cabeza de Miramón, declarado rebelde por Zuloaga. El Gobierno liberal resintió profundamente la gratuita injuria, puesto que el ministro de S. M. C. tenía en el caso el pleno derecho de reservarse y abstenerse, y se propuso castigarla, y tal fué el consejo vehemente del Sr. Ocampo. Pero este castigo, para obrar diplomáticamente, debía ser personal, sin trascendencia á España, que habría respondido con una declaración de guerra. Esto quizás no se temía, pero tampoco se deseaba; habría sido una formidable complicación, y Juárez, todo cabeza serena y todo pulso, no pretendió jamás provocarla. Ocampo, al comunicar á Pacheco la orden de expulsión, tuvo cuidado de poner á salvo el respeto á España. Y todavía más; cuando, inmediatamente después del suceso, se encargó el ilustre publicista Zarco de la cartera de Relaciones, hubo, según parece, una tentativa que debe de haber partido del temperamento ingenuamente cordial de González Ortega, amigo flamante del Sr. Pacheco, en favor de un cambio de actitud que no podía basarse sino en el reconocimiento del Gobierno liberal por el embajador, lo que, si de veras sucedió, lo que es dudoso, no tuvo resultado alguno. Y curiosísimo es que se haya achacado á debilidad del Presidente Juárez un acto de rudimentaria diplomacia; en la situación que atravesaba el Gobierno no había que desperdiciar una ocasión sola de usar recursos de este género, si la diplomacia es el arte de evitar los rozamientos y conflictos internacionales dejando intacta la honra de las naciones necesariamente en contacto.

℄ Mucho se ha exagerado y se exageró entonces la participación directa de los españoles en la guerra de tres años; eran contados los militantes y en las mismas filas liberales los hubo; pero la participación indirecta, la ayuda que viene de la simpatía por una causa, del deseo de verla triunfar, fué casi unánime entre los españoles; muy pocos hubo que no hubiesen deseado el triunfo de la

reacción (que por su misma definición era la vuelta ó la aproximación al régimen colonial), porque los Gobiernos reactores eran filo-hispánicos, porque defendían el catolicismo. En su gran mayoría, los españoles de aquí eran incultos por extremo; de ellos salía por el trabajo, por la fortuna, un grupo selecto que dominaba el resto de la masa española y la explotaba y que solía componerse de personas de admirable entereza de carácter, de inteligencia despierta para los negocios, muy ávida, pero muy generosa y caritativa; ese grupo surgía del fondo de su PANINO humano con la misma pasión de intolerancia, de odio á las ideas nuevas tan contrarias al modo de pensar de la población culta de las grandes ciudades de la península : entre un Mier, un Gargollo, un Villa, un Somellera, un Velasco, un Mendoza Cortina, y un Salamanca, un González Bravo, un Isturiz, un Mon (citamos sólo conservadores españoles) había la misma distancia intelectual que entre esos próceres de la colonia hispano-mejicana y los purgadores y cómitres analfabetas de los ingenios azucareros de nuestras tierras calientes. Había excepciones y se asoman á mi memoria las fisonomías del exquisito volteriano D. José María Bassoco, del eximio escritor D. Anselmo de la Portilla, del poeta correcto y dulce D. Casimiro del Collado y de Emilio Rey y otros. Pero no hablemos de lo excepcional.

¶ Y decíamos que nuestra situación con España era lo que más preocupaba al Gobierno que, todavía á mediados del sesenta y uno, no creía en la intrusión de Inglaterra y Francia en nuestros asuntos como AD LATERES de S. M. C.; y era, sin embargo, lo que le preocupaba menos, porque en la sociedad mejicana había, no diremos la creencia, diremos la fe, porque tenía algo de inspirado, de que para España éramos invencibles; los anales de la guerra de Independencia no autorizaban mucho esa seguridad, con sólo recordar que el insigne capitán Morelos rodeado de su mejor ejército había sido aniquilado por los realistas en un par de batallas; pero el pueblo no fija en su memoria histórica sino un bloque de recuerdos que terminan en una victoria, y todo lo refiere al final y todo se le esconde detrás del desenlace. Para las reminiscencias del pueblo, toda la lucha con España se resume así : el grito de Dolores; la ruptura del sitio de Cuautla por Morelos; la entrada del ejército trigarante en Méjico y la capitulación de Barradas en Tampico. Luego éramos invencibles para España. ¿Quién sabe? Lo que era imposible era la empresa de la reconquista, no las victorias parciales. Para la lucha con adversarios cuyos elementos de combate se equilibran un poco con los suyos, el soldado español es incomparable; todavía es el soldado de Gonzalo de Córdoba, de Pescara, de Farnesio y de Spínola. Mas, no cabe duda, esta confianza en nuestra superioridad guerrera sobre España en nuestra tierra, era un buen elemento de éxito; eso que decían entonces los periodistas y los tribunos, «las piedras solas se levantarían contra España», era una metáfora que traducía una verdad. ¿Por qué ese odio reconcentrado contra España, que es nuestra madre, á quien debemos el imponderable bien de habernos puesto en contacto con la civilización humana, de haber amalgamado en un solo pueblo tantos elementos disímbolos y en discordia perenne como componían los señoríos de Méjico precortesiano y haber reamalgamado esta fusión con el elemento europeo, hacien-

do de todo este conjunto el verdadero pueblo mejicano? Reiteramos aquí la explicación que en otro libro dimos de este fenómeno; á fuerza de protegerlo y señorearlo, el fraile logró que el indio y el mestizo inferior profesasen la religión del aislamiento de los españoles; éstos, empero, se mezclaban abusando de su fuerza y de su predominio y engendraban una estirpe, no nacida del amor sino de la violencia, que quedaba en poder de la madre y del fraile. El cuadro de Parra que representa á Las Casas entre una indígena sollozante que busca amparo en el fraile y el cadáver del esposo asesinado, es bien simbólico; el augusto dominico es la personificación de los misioneros acogiendo á los conquistados bajo sus banderas crucíferas y defendiéndolos con la égida santa del Evangelio traducido por sus labios fervorosos con incomparable elocuencia; mas el símbolo sería completo si pudiera adivinarse que la mujer lleva en sus entrañas el fruto del deseo efímero y brutal del forzador español: ese fruto fué el pueblo mejicano. Y si se ahondara un poco este problema genésico, encontraríamos que el odio al español, al GACHUPÍN, como se le designaba en Méjico, parecía venir de la religión misma, de la que los frailes predicaban á la raza conquistada.

℄ Transcurridos los siglos, casi nada se había modificado en la sociedad mejicana en materia de sentimientos: seguía siendo tratado el indio rural por su amo con rasgos paternales y generosos y rasgos de sangre, los que dejaba la fusta en las espaldas del siervo. En cuanto al indígena ó al mestizo urbanos, ó formaban la servidumbre y clientela de los conventos y de las casas ricas ó, con un poco de libertad, eran explotados hasta la medula por la usura en todas sus fases y condiciones. Á las terribles explosiones de odio de la guerra de Independencia y de los años angustiosos de la expulsión, había sucedido un STATU QUO de rencor perpetuamente rumiado y que se explica bien dadas las ocupaciones sociales de una buena porción de los colonos españoles tenderos ó estafadores en la hacienda y empeñeros ó ladrones en la ciudad. El antiespañolismo social en Méjico, es igual al antisemitismo en Polonia y Rusia: análogas son sus causas. Por eso fué un acto político de maravillosa trascendencia el del general Prim, porque si no cambió este sentimiento casi unánime en la antigua Nueva España, sí lo transformó dentro del núcleo director de la revolución reformista que era la que guiaba al pueblo en aquellas horas de exaltación y arrebato, y esto inició una nueva era en las relaciones de españoles y mejicanos; más es lo que hoy nos une, que lo que nos desunía antes del Conde de Reus.

℄ De lo que sí estábamos casi seguros era de que Francia no intervendría. Sólo pensarlo era absurdo; el partido triunfante en Calpulalpam, era francés hasta en sus entretelas. En los libros franceses había deletreado la Reforma; las medidas tomadas eran semejantes á las que los franceses de la Revolución habían encontrado necesarias para constituir la democracia y el estado laico; escribía en francés el partido liberal, como todavía nosotros que de él descendemos en línea recta; escribía en galicismos perpetuos el partido que escribía con las plumas de Ramírez, de Prieto, de Zamacona, de Zarco, de Ocampo, de Mendoza, de Cruz Ahedo, de Ruiz; era ésta una manifestación más de nuestra independencia de España; era sobre todo que queríamos ignorar casi el idioma en que

se expresaban esos á quienes veíamos como los enemigos naturales de nuestra nacionalidad. Y era que pensaban aquellos hombres en francés, obedeciendo á la inmensa sugestión que la literatura, la ciencia, la filosofía, la tribuna francesa ejercían sobre sus cerebros. España nos había hecho la sangre, el carácter, buenos ó malos, quisiéramos ó no quisiéramos; Francia nos había hecho el alma, le había dado forma : siempre fué la gran escultora de almas.

℄ Ofuscados así, seguros de que nada la debíamos, sino algo tan insignificante que no valía la mitad de uno de los buques de la escuadra que pudiera mandar á nuestras costas, Francia no era, no podía ser temida. Ignorábamos las cosas; conocíamos la Francia de Hugo, de Lamartine, Lamennais ó Pelletan, y los hombres serios, la de Thiers, Guizot, J. B. Say y Bastiat, es decir, conocíamos la Francia de los libros; pero la Francia política que había nacido en la aventura siniestra de Diciembre nos era desconocida. ¡Oh! no, nos decíamos, la Francia que acaba de libertar á Italia no apoyará nunca una reacción clerical; en Roma sostiene á Pío IX el Gobierno imperial para tener grata á la mayoría católica de la nación francesa y para impedir que el Papa llegue á las medidas ultra-reaccionarias; un Napoleón puede ser un político, jamás un BIGOT. Y todo ello era verdad, pero no era la sola; había otros datos del problema, que desconocíamos, que no nos era dado conocer; y el primero de todos, la incógnita por excelencia, era el jefe del Gobierno francés, tenido entonces por el dictador y árbitro de la política europea. La intervención francesa en Méjico, inesperada, inverosímil, insensata, es un caso de psicología; nació, no de la lógica de los sucesos, sino de la lógica de una evolución psíquica; fué un pensamiento de la juventud de un soñador, realizado en la edad madera de un déspota. Lo que hacía por extremo difícil esa incógnita era que, quien concebía dar cuerpo y vida á una misión de Francia en América, no se daba cuenta á sí mismo, no tenía conciencia clara ni de esa misión, ni de ese designio : todo flotaba en su imaginación con formas vagas, todo era indeciso en ella; en el cerebro de Napoleón III todos los ensueños parecían engendrados por el alcohol, el terrible alcohol de su ambición, que él creía el anhelo del bien y que no era más que la sorda é implacable fiebre del poder. Aquel hombre se medía todas las noches con la talla de su tío y se encontraba siempre Napoleón el Pequeño; quiso ser tenido, como el césar corso, por un gran engendrador de combinaciones guerreras : la guerra de Italia le mostró que no era un capitán. Había que tomar otro camino para ser tan grande como su antecesor; alguna cosa de trascendencia colosal, realizada sin armar á Europa en su contra. Y pensaba, pensaba siempre en eso este hombre que se dejaba llamar UN NAPOLEÓN DE LA PAZ : no hay Napoleones de la paz, Napoleón quiere decir GUERRA, y todas las combinaciones del emperador de humor pacífico resultaban bélicas. Y á nadie decía nada de su lucubración abscóndita, porque, educado en la vida de conspirador, en que una indiscreción lleva á la horca, se reservaba siempre un secreto grave de trascendencia mundial en el cerebro de detrás del cerebro. En Europa se había ostentado mantenedor, casi paladín, del principio de las nacionalidades, cínicamente desconocido en el Congreso de Viena; y por aquí rompía las cadenas de Italia, por allá palpaba con mano aira-

da las de Polonia, acullá las de Hungría, las de los principados Danubianos... En América, su punto de vista era etnológico, era otro principio, el de las razas: delicado, intrincado, confuso, infijable (no hay razas en realidad); pero por lo mismo, atrayente en grado superlativo para aquella naturaleza que había hecho de lo impreciso su imaginario dominio. El problema se planteaba así: la raza latina en América decrece por la guerra civil y las malas condiciones económicas, en porporción que aumenta la anglo-sajona; caracteriza á ésta una fuerza de expansión prodigiosa, de donde resultará, en tiempos no lejanos, la absorción del Continente de Colón por los norte-americanos, lo que sería de enormes consecuencias económicas y sociales para Europa. Toca á Francia intentar impedir esto, aunque sea sacrificando su dinero y su sangre; no sería la primera vez; es el papel providencial de los franceses, GESTA DEI PER FRANCOS...

℄ Llegó en esto á noticias de Napoleón la casi inesperada del comienzo de la guerra civil en los Estados Unidos: será muy larga la guerra, decían unos: acabará con la Unión, pensaban los otros. Los ensueños de César cristalizaban rápidamente.

℄ Veremos CÓMO, en el decurso de los sucesos.

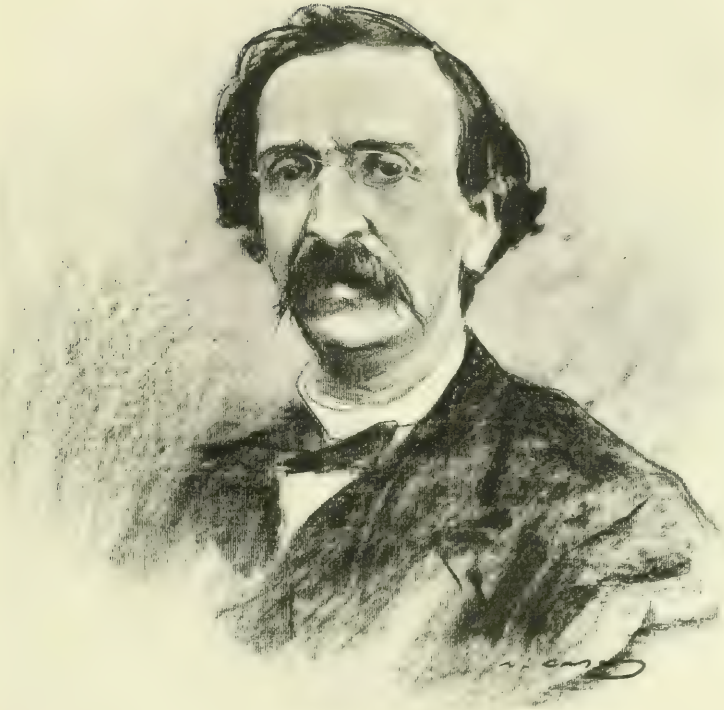
℄ Nuestro Gobierno, que no sabía de qué Francia se trataba, porque creía que gobernaba la Francia de las ideas y no la de los egoísmos despiadados, la del placer y del agio; no Atenas, sino Babilonia (como la llamaba en un libro, que era un hierro candente, Eugenio Pelletan), dejaba ir las cosas. Además, el reconocimiento del Gobierno por Dubois de Saligny, el nuevo ministro del Imperio francés, parecía alejar todo plan, proyecto ó quimera de intervención. En lo que Juárez y sus ministros estaban profundamente equivocados.

℄ Sería perfectamente inútil negar que lo terriblemente precario de la situación había traído consigo, por inevitable modo, la intervención diplomática de las cuatro potencias de primer orden con quienes estábamos en relaciones necesarias (é incluimos á España entre ellas, porque para nosotros, por nuestra geografía y nuestras circunstancias políticas é históricas, España hacía el papel de potencia de primer orden, aunque no lo fuese en Europa). Los representantes de estas naciones hablaban de apoyo moral, de mediación amistosa para terminar la guerra civil; pero en cuanto estas santas disposiciones se traducían en actos, resultaban éstos exigencias brutales, humillantes, sin justicia y sin derecho, iniquidades é injurias: así lo han hecho todos los fuertes con todos los débiles; con pretexto de civilizar, lo primero que se ha hecho pedazos bajo el carro de las naciones civilizadoras es la vida, la propiedad, la libertad, el honor de los protegidos. Tal era nuestra situación; esto se hizo con Méjico. Teníamos por cierta, por ineluctable, la guerra con España: lo mismo se pensaba en los Estados Unidos, y todos sabían que los emigrados mejicanos intrigaban sin cesar en Madrid y en París para obtener, según la propuesta formal de D. José Hidalgo en su famosa carta al ministro de Estado español Calderón Collantes, un protectorado europeo, español sobre todo, en Méjico. A pesar de que en el fondo quizás el Gobierno español no estaba dispuesto á venir sin Francia por el temor á los Estados Unidos que podía causarle tremendas complicaciones en Cuba; á

medida que la Unión americana iba entrando en el gran charco de sangre de la guerra civil, y conforme se aclaraba en los Gabinetes la conciencia de que el conflicto perduraría y de que la SECESIÓN sería inevitable, los deseos del Gobierno de la Reina Católica tomaban cuerpo y se hacían gallardamente ostensibles.

¶ Desde antes de la convención de Londres, cuando el secretario de Estado de Abraham Lincoln propuso al Gobierno de Juárez pagar durante cinco años por cuenta de Méjico los intereses de nuestra deuda exterior consolidada al tres por ciento, España dejó ver su decisión de no contentarse con satisfacciones monetarias, sino de exigir las que resultan del empleo victorioso de la fuerza. Y poco después, cuando ya los Estados Unidos estaban maniatados por la necesidad de los esfuerzos supremos contra los confederados, cuando la Europa occidental creyó necesario unirse para crear una monarquía en Méjico, entonces su lenguaje subió de tono, y calzó el coturno; entonces habló de «hacer ondear en el Golfo Mejicano su pabellón de guerra» y de meterse, derecha y estoque en mano, en los asuntos de Méjico. No fué sino después, cuando la conducta de Francia reveló el pensamiento de DERRIÈRE LA TÊTE de Napoleón III y el general Prim hubo salvado á España de una postura infinitamente ridícula, cuando cambió de actitud y tomó respecto de Méjico una de exquisita deferencia respecto del emperador francés y de compasiva simpatía hacia el Imperio lucubrado por Gutiérrez Estrada, Almonte y el famoso D. José Hidalgo, prendido desde entonces con veinte alfileres á las faldas de la familia imperial de Francia : jamás un diplomático, por la espumosa consistencia de su medula cerebral y por sus instintos de abrigarse en regazos tibios, ha tenido mayor semejanza con un falderillo de casa rica. ¡Y pensar que hombres así han podido influir tan gravemente en nuestros destinos!

¶ Pero volvamos á nuestra situación en sesenta y uno. Seguros, pues, del conflicto con España, que nos iba á encontrar en la más cruel miopía y en la mayor fatiga, todo lo que hiciésemos por aumentar el peligro complicando á otra potencia en las miras de España, todo lo que no hiciéramos, aun á costa de sacrificios en que todo se da, menos la nacionalidad : la bolsa, y el vestido, y la hoja de parra si es necesario, pero no la vida; todo lo que no evitáramos ó impidiéramos era un suicidio, era el salto en el abismo. M. de Saligny (esto lo ha visto admirablemente el autor de EL VERDADERO JUÁREZ) no era más que un corredor pagado por De Morny para hacer bueno el pseudo-crédito Jecker, nacido de una estafa gigantesca concertada con los reaccionarios. M. de Saligny desde que llegó á Méjico se hizo cargo de la situación : el Gobierno que ocupaba la capital era la casa que iba á desplomarse; hasta las ratas lo abandonaban : guardó una reserva prudente y esperó el triunfo, indefectible ya, de los liberales. Sucedió esto y entonces el ministro de Francia mostró sus credenciales sin entregarlas. El ministerio Ocampo-Emparan duró pocos días; apenas el tiempo necesario para instalar en la capital á Juárez y tomar dos ó tres medidas de salud pública propuestas por Ocampo : la expulsión del ministro de España (otros también lo fueron; pero eso no tenía valor alguno, eran muy insignificantes), la de los obispos, la de la cesantía de los empleados que habían servido á la reacción, las le-



yes AD TERROREM contra los altos funcionarios vencidos. Estas medidas radicales, revolucionarias, jacobinas, obedecían á una mira política muy práctica y muy prudente de Juárez; no se las ha visto más que en sí mismas y no en sus fines políticos; la verdad es que eran tan necesarias para el Gobierno como para las que iban á resultar víctimas.

℄ Al retirarse Ocampo y entrar á la dirección del departamento de relaciones don Francisco Zarco, que era el periodista más autorizado del partido triunfante, el que había logrado en El Siglo xix, mayor influencia sobre la burguesía, una nueva política exterior quedó iniciada. Dado el golpe que se había propuesto para satisfacer las exigencias de su propia dignidad, el Gobierno adoptó con muy buen consejo el camino de atenuar las consecuencias de sus actos y de impedir á todo trance las complicaciones á que podían dar lugar. Así entendió las cosas Zarco, y todo lo orientó á este fin de salvación de la cosa pública. Esto explica las condescendencias de aquel ministerio con el representante de Francia. Unos porque costaba poquísimo trabajo y ayudaba siempre á dar gallardía á una actitud caballerosa ante los bobos el proferir bravatas internacionales, y otros porque juzgaban (en aquellos días de exaltación desmedida de ciertos grupos políticos que se imponían á las masas de Panurgo por sugestión ó por miedo ó por el efecto puramente excitante que en el sistema nervioso causan los gritones), porque juzgaban, decíamos, con el criterio jacobino formulado en la célebre exclamación: «Perezcan las colonias y sálvense los principios», lo cierto es que las terribles censuras, preludio de las que hoy se descargan á mandoble limpio, no escaseaban sobre la cabeza de aquel asendereado gabinete. Y eso que de él formaban parte, con Zarco, D. Ignacio Ramírez, encargado de los departamentos de Justicia, Instrucción Pública y Fomento; González Ortega, el más popular de los caudillos, el ídolo del clan de LOS ROJOS, y D. Guillermo Prieto, que saltó, de las cuerdas de la lira en que había cantado las glorias de las guerras de Reforma, al ministerio de Hacienda en donde debía desembocar el Pactolo de los bienes nacionalizados, que resultó un río de descrédito y bancarrota á pesar de las buenas intenciones del ministro y de la prodigiosa laboriosidad y la impecable prudencia del subsecretario D. José María Iglesias. Sólo Ocampo, sólo Miguel Lerdo ocupaban puestos más altos en la opinión que los ministros mencionados. ¿Á quiénes mejor que á ellos pudo confiar Juárez la tarea de sortear los escollos que se multiplicaban ante la proa de la nave?

℄ Dubois de Saligny insinuó á Zarco la conveniencia de tomar en consideración los créditos absolutamente ilegales de Jecker; tal era su empresa, ése su negocio. Eludir hasta una conversación sobre ese capítulo era lo rigurosamente legítimo; pero no era así como podíamos entrar con Francia en conferencias que la impidieran tomar parte con España en una intervención (la palabra ya corría de boca en boca). Zarco oyó, explicó sin duda la historia y el carácter de aquel TRIPOTAGE impuro; pero el conde insistió, parapetado en dos circunstancias que daban cierta especiosidad á sus instancias. Cierto, Jecker no era francés (era suizo), pero varios súbditos franceses habían comprado bonos Jecker: ¿quién debía reembolsarlos? El Gobierno reaccionario era un Gobierno intruso, pero era

el reconocido por Francia, y ésta, para hacerlo así, había seguido la casi constante regla de reconocer á los Gobiernos de hecho organizados en un centro capital, sin meterse á discutir si son legítimos ó no. Y sobre este argumento especioso, porque en caso que el Gobierno legítimo, el antes reconocido internacionalmente como tal, subsista igualmente organizado dentro del país, al par que el rebelde, no se impone el reconocimiento, sino la abstención de los ministros extranjeros; sobre este raciocinio de fuerza aparente, decimos, hacía hincapié Saligny, para obtener promesas por lo menos. Y sobre este otro : el Sr. Juárez no había tenido inconveniente en apechugar con la responsabilidad de resarcir á los súbditos ó á los protegidos de Inglaterra robados en el saqueo de las Capuchinas perpetrado por el Gobierno reactor en sus postrimerías; aquí el crédito era legítimo (y ésta era la diferencia con el de Jecker), pero el deudor no existía; sin embargo, Juárez había considerado ésta como una deuda nacional por tratarse de los tenedores de bonos de la deuda inglesa, y sobre esa base había tratado con Mr. Mathew. Verdad es que la escuadra inglesa del Golfo se habría apoderado INCONTINENTI de las aduanas de Tampico y Veracruz, si nos hubiésemos negado á este pacto, y se habría pagado por sí misma privando al Gobierno de sus últimos recursos y matándolo de inedia, y de anarquía á la República. ¿Podría hacer lo mismo Francia? Claro que sí y más aún, á juzgar por las reticencias de Saligny. ¿Se llegó á protocolizar algo sobre estas pláticas entre Zarco y Saligny? Lo cierto es que en una cosa se mostró nuestro ministro de Relaciones inflexible : el monto del crédito. Saligny (y éste era su interés personalísimo y el de Morny su patrón) habría querido acercar el convenio al monto de la monstruosa reclamación de Jecker, que por un desembolso efectivo de seiscientos mil pesos probablemente, del doble acaso, pedía quince millones. Zarco aplazó, no concluyó nada, ganó tiempo. Hacía más difícil su labor el carácter impulsivo del conde, que estallaba en imprecaciones y exigencias á la menor contrariedad; daba patadas de rabia en forma de notas irregulares, fuera de protocolo, fuera de la cortesía, dentro de un sistema nuevo de grosería internacional. Así sucedió aun antes de presentar sus credenciales, cosa que deseaba ardentísimamente Zarco, porque de ese modo creía desarmar á España : las hijas de Vicente de Paul, santas mujeres adoradas por la parte más infeliz de la sociedad mejicana y ostentosamente veneradas por las señoras de nuestra inofensiva ARISTOCRACIA, más devota quizá pero menos intolerante que la burguesía ricacha que hoy también se llama así, se creían privilegiadas por cierta protección de los ministros aquí acreditados por naciones católicas. Enseñadas por los PAULINOS, comunidad nacida á la sombra de la Compañía de Jesús, á obedecer, es decir, á no tener voluntad COMO LOS CADÁVERES, según la fórmula famosa, no tuvieron empacho, en acatamiento de órdenes superiores, en cubrir con inmunidad soñada una buena cantidad de los bienes de las iglesias y conventos de que se debía incautar la autoridad según la ley. Leandro Valle, que se distinguía por la exaltación de sus ideas anticlericales y que era comandante militar de la plaza, recibió aviso de las ocultaciones que en la casa de «las hermanas de la caridad» se hacían, y diputó á su ayudante el coronel D. Refugio González para que practicara un cateo y descubriera lo

allí secuestrado. El coronel González era más exaltado que Valle; imbuído profundamente en la historia popular de la Revolución; al cabo, como ninguno, de los métodos AD TERROREM de los sansculotes, y convencido con inquebrantable convicción de que lo que aquí pasaba era absolutamente igual á lo que había sucedido allá y que debía desarmarse por el miedo, por la prisión ó por la muerte á los enemigos interiores, antes de emprender la guerra contra la coalición europea (España, Francia, Inglaterra), el coronel González, hombre excelente y hondamente compasivo, bajo su corteza aspérrima, se dirigió al edificio conocido con el nombre popular de «LAS BONITAS», casa central de las HERMANAS, y debe de haber tratado, si no brutalmente, sí rudamente á aquellas señoras. Se encontró algo de dinero escondido y adquirió la convicción de que había más. La superiora, mujer de entereza como solían serlo aquellas religiosas, protestó y buscó el amparo del ministro de Francia. Saligny puso con ese motivo una carta destempladísima á Zarco; estaba perdiendo la paciencia el buen conde, y así lo dijo. Tuvo que revestirse de ella, porque nuestro ministro, dándole satisfacciones en el papel y pareciendo aceptar que las hermanas estaban bajo la protección directa de Napoleón III, dejó que las cosas siguieran su camino, y ni devolvió el dinero ni dejó de ejercerse vigilancia estricta sobre la casa de LAS BONITAS. Todas estas particularidades ponen de bulto una de las fases de la terrible situación del sesenta y uno. Todos intervenían, todos protegían, todos tutoreaban; la lucha con la intervención francesa acabó con este abominable estado de cosas, que era necesario soportar para no exponerse á morir; y aun así. Por eso se ha llamado de la segunda independencia la guerra que siguió á la de los tres años: de España, de la Iglesia, de la tutela diplomática nos emancipamos al fin; Méjico, entonces, pudo conceptuarse una Nación y un Estado.

❧❧❧

Hemos visto cómo á la vez que para vivir, en la más material acepción del vocablo, necesitábamos premiosamente dinero y siempre dinero, ó mejor dicho y para no dejar al lector bajo la impresión de que asentamos una perogrullada, necesitábamos todos los días inventar un nuevo recurso para proporcionarnos dinero, porque ninguna entrada podía normalizarse. La renta exterior era (como es todavía en mayor cantidad de la necesaria para servir de metro al desenvolvimiento económico del país) la base de todo nuestro sistema fiscal, y esa renta estaba empeñada en su mayor parte á nuestros acreedores; la renta interior se la distribuían más ó menos solapadamente los Estados; para lograr PRORRATEARSE una parte de ella la Federación, necesitaba apurar las vejaciones, las exacciones, y todo esto iba creando ese ambiente de fatiga y odio al Gobierno, fuese reactor ó liberal, que era el sentimiento dominante en la burguesía mejicana cuando comenzó la guerra de Intervención y que enervó profundamente los arrestos patrióticos de grupos considerables de las masas mejicanas : hubo necesidad de la tremenda crisis del Imperio y el ejemplo obstinado de un grupo de luchadores,

y la permanencia de una cohesión política centrada en la conciencia de Juárez para vencer ese QUEMEIMPORTISMO dominante en los espíritus flacos de las generaciones agotadas en el terrible decenio del 57 al 67.

Si hubiese habido un grande hombre de Estado al frente del Gobierno inglés en cuyas manos nos ponía la suerte ineluctable, sobre todo desde que los Estados Unidos eran considerados como impotentes para resguardarse, sirviéndose de nosotros como reparo; si John Russell hubiese sido un sectario de menos estrechas miras; si Palmerston, genial y excéntrico, hubiese fijado su mirada penetrante en los asuntos de la América más abajo de los paralelos de Luisiana y Texas, más abajo, donde se extendía el Continente de la guerra civil perenne, profundamente despreciable para el aristócrata liberal que consideraba fuera de la cultura humana á todo pueblo que no supiese, que no pudiese ir por el orden á la libertad; si Gladstone, superior á sus colegas en alteza de miras, levantando los ojos de las combinaciones financieras, hubiese entrado en el período en que su patria tuvo para él, además de la misión de ser rica, otro papel excelso, el de ser humana y hacer servir su grandeza á enderezar las injusticias seculares en Irlanda, en la Península Balkánica, en Armenia; si los tres se hubiesen unimismado para dar á su intervención el carácter de una ayuda, interesada, sin duda, todo lo interesada que se quisiese (dominar nuestro comercio exterior y crear y aperar nuestras industrias y servir de garantía á las corrientes colonizadoras), pero sin un solo amago á nuestro patriotismo, sin una sola mancha en nuestra dignidad, eso habría sido el principio de una era nueva para América.

Colosal era nuestra deuda con los tenedores de bonos ingleses; colosal en el sentido de lo desproporcionada que á nuestros recursos era la sola obligación de pagar los intereses de esa deuda; no podíamos. Ellos sí podían estrangularnos, ACAPARANDO nuestros recursos aduanales; es decir, imposibilitándonos para pacificar el país. Porque esa medida dejaba sin pan á nuestros ejércitos, que habrían debido barrer con el bandidaje y el guerrillerismo reaccionario que se daban la mano en todas las encrucijadas del país rural, pero que sólo intentaban campañas de corto aliento; y era natural, nuestro soldado sin prest vive sobre la comarca y la saquea como la langosta la asuela, y cuando este MODUS VIVENDI se le dificulta, se bate una vez, pero no dos; se deja derrotar, huye, inventa el pánico. No huye del enemigo, huye del hambre, huye de la guerra; las grandes desbandadas de nuestros ejércitos en las batallas, ó civiles ó extranjeras, no son fugas, son deserciones en masa.

Lo que habría podido hacer Inglaterra era abrirnos un crédito amplio y eficaz; convertir nuestra deuda con ella, liquidarla, pagarse los réditos vencidos, y con los productos de un empréstito, seguro bajo sus auspicios, permitirnos pacificar el país (lo que habría sido asunto de seis meses) y acabar instantáneamente con todas las veleidades de intervenciones borbónicas ó napoleónicas, que habrían metido la cabeza bajo el ala para siempre.

Y se dirá : la preponderancia anglo-sajona, que era lo que había que temer, habría sido el resultado de estos buenos oficios esencialmente venales. ¿Y bien? En Méjico la preponderancia anglo-sajona no es temible; la temible es la norte-ame-

ricana. La inglesa no; y expliquémonos. Todas estas PREPONDERANCIAS deben entenderse en el sentido único que pueden tener: influencias que se empeñan en excluir otras influencias extrañas; y como los países nuevos, poco poblados y poco educados como el nuestro, fácilmente sienten las sugestiones de los fuertes, de los más ricos y mejor armados intelectual y físicamente, podría suceder que nos hubiésemos anglicanizado. Habría podido acontecer sin grave mal; en primer lugar, porque un grupo de hábitos anglo-sajones incorporados en nuestro modo de ser nos tonificaría y nos fortalecería. Habría sido sencillamente una pedagogía, una educación, adquirir el hábito psicológico profundo de contar cada cual consigo mismo, de no acudir á la sociedad, es decir, al Estado, sino cuando todas las energías individuales estuviesen agotadas; hábito que se fomenta á fuerza de educación física por los deportes higiénicos y de educación moral, por la necesidad y la responsabilidad erigidos en condiciones vitales de toda existencia humana. ¿Esto nos habría hecho perder nuestra personalidad, que tiene UN ANVERSO ESPECIAL, que es nuestra marca nacional, nuestro sello, y UN REVERSO GENERAL, que es el carácter latino, el espíritu latino por donde estamos en comunión perenne con la humanidad y con la historia? No, por cierto; nuestro abolengo, nuestro clima, nuestros instintos se avinieron (y se avienen más cada día, á medida que la fusión avanza) con los de nuestros padres de alma, no de sangre latina, con los de los españoles. Supimos rápidamente hablar y por consiguiente pensar como ellos; y creer y por consiguiente sentir como ellos. Y aunque ni pensemos hoy, ni creamos hoy lo que ellos enseñaron, lo que creemos y pensamos, lo pensamos y creemos por los medios, por los procedimientos de que ellos se sirvieron y de que se sirve inconscientemente nuestro espíritu. Permanecemos, pues, latinos, cualesquiera que nuestras nuevas adquisiciones psíquicas sean, por el pliegue mental y sentimental que heredamos y que perdurará: seguiremos sintiendo el arte como la espiritualización de lo sensual; seguiremos sintiendo la ciencia como un aldabazo sin término en la puerta del misterio; seguiremos sintiendo la filosofía como una arquitectura de líneas mentales, más cierta mientras más estética, y la moral como una tragedia de Sófocles, y la religión como una poesía de Víctor Hugo, y la política como un mecanismo complicado para fabricar la igualdad, manejado por un César.

ℭ Hablamos, ya se entiende, de los grupos representativos de una determinada forma de cultura, de los grupos selectos, porque, á medida que se desciende á los niveles sociales inferiores, las diferencias psicológicas van desapareciendo en la familia humana, y cuando se llega á la roca étnica primitiva, toda la especie tiene el mismo carácter; lo mismo la que vive en Tumbuctú que la que vivió en las orillas del Hudson ó del Sprea ó del Sena.

ℭ Los Estados Unidos sí comprendieron bien esta necesidad y esta conveniencia; ya metidos en la lucha civil que tomaba colosales proporciones, nos ofrecieron dinero, ya lo vimos, para rescatarnos del apremio interminable de nuestros acreedores y para darnos un respiro en que, pudiendo disponer de nuestros recursos, lográramos pacificar el país y ponerlo en explotación; gravísima debe de haber sido la preocupación del Presidente Juárez ante esta tentación, y cuando míster

Corwin le mostró los papeles del Secretario Seward, probablemente pasó uno de los momentos más dolorosos de su vida; en la punta de su pluma estaba la manera de desvanecer la intervención europea acordada ya y de cimentar para siempre la Reforma. El plazo fatal de los cinco años, para que las garantías de que los Estados Unidos pedían la posesión pasasen á ser su propiedad, era suficiente para organizar un principio de renacimiento y negociar un empréstito que nos habría redimido de la deuda; la vacilación de Juárez no dejó traza; su resolución fué instantánea y fué lacónica : No. Y cuenta que lo que prefería á esa oferta, era romperse el cráneo contra un muro, era la imposibilidad de pagar, era la seguridad de morir; porque no había remedio financiero, porque no había fuente alguna de donde sacar recursos, porque no había un Moisés capaz de sacar agua de una roca. Esta resolución indica bien que Juárez era incapaz de negociar con el territorio nacional, aun cuando le fuese á la nación misma la vida de por medio. Y esto indica, conviene remarcarlo aquí, que dado el temple del patriotismo de Juárez, el tratado Mac Lane no podía tener, no puede tener más explicación que la que le hemos dado : una promesa de compartir en cierto modo con los Estados Unidos una fracción del dominio nacional, con la condición de una alianza inmediata, de un préstamo pronto; una promesa que sólo la representación nacional habría podido convertir en compromiso; que no era más que un compromiso de Juárez; que nunca fué, ni podía ser un compromiso para la Nación. En virtud de este modo de ver, pudo salvarse la Reforma sin ceder un solo jirón de la Patria; por no cederla, aunque fuese un día, cuando la cesión tenía que ser inmediatamente efectiva, no se trató, sobre la base propuesta, con Mr. Corwin, y seguimos hundiéndonos en el inevitable naufragio. En suma, repitámoslo, Juárez pudo comprometer en un pacto al Presidente de la República, pero á la Nación, nunca! El episodio de las Horcas Caudinas se ha repetido frecuentemente en nuestra congojosa historia.

❧ ❧ ❧

℄ Lo que á propios y extraños dejaba atónitos era la bancarrota irreparable de nuestro erario al día siguiente de la nacionalización de los bienes del clero. La historia exacta y fría de tamaño fracaso está por hacer. Una verdad surge de lo que sobre el caso sabemos todos : la inmaculada probidad de que dieron pruebas los altos funcionarios del Gobierno encargados de toda esa operación : Prieto, Iglesias, Mejía y otros muchos por cuyas manos, casi irresponsables en aquella tumultuosa confusión de expedientes, pasaron escrituras y certificados, y pagarés, y dinero, y alhajas, y piedras preciosas, que se amontonaban en las mesas del Ministerio de Hacienda, salieron ó tan pobres ó tan modestísimamente acomodados como entraron en aquel océano de riqueza muerta que sólo el tiempo ha logrado revivir.

℄ El ministro de Hacienda explicó el fenómeno. Reducida á guarismos la riqueza eclesiástica, cuya importancia se había exagerado tanto, resultaba mucho más corta de lo que se había supuesto; una disminución de un cincuenta ó setenta

por ciento. Esta disminución era naturalmente relativa, no sólo al valor normal que se había calculado á esta riqueza, sino al que le daban las circunstancias azarosas en que la desamortización se verificaba; si todo pareció precario antes del triunfo de la Reforma, después del triunfo apenas se verificó un alza en los valores nacionalizados, alza momentánea, porque los amagos de intervención y la continuación de la guerra civil tenían que traer consigo la depresión de los papeles nacidos de las operaciones sobre desamortización.

Sí, la riqueza del clero calculada Á OJO DE BUEN CUBERO resultaba menor, por el capítulo antes indicado y por un capítulo segundo: parte de ella había sido desamortizada de conformidad con la ley-Lerdo primitiva, la promulgada en tiempo de Comonfort, y á pesar de que la aparente victoria de la reacción en 58 y la derogación solemne que el Gobierno tacubayense hizo de la ley deshicieron en parte la obra, lo que quedó sin deshacer significaba una no despreciable merma en el STOCK de los bienes eclesiásticos. Y á esto puede agregarse un capítulo tercero: los Estados, los caudillos, habíanse creído con el derecho de vender los asendereados bienes y los habían vendido; los muebles, los tesoros de las iglesias habían sido literalmente tirados á la calle; los reactores hicieron esto al par de LOS PUROS: todos despojaron, derrocharon, robaron no pocas veces, y se hablaba de tal ó cual jefe CHINACO que llevaba en la TOQUILLA de su sombrero JARANO los diamantes de la Virgen, patrona de esta ó aquella ciudad ó santuario célebre. Demás de esto, el Gobierno general había hecho en Veracruz considerables operaciones á precios bajísimos; el procurarse así dinero era lo secundario, según la opinión radical de Ocampo, que, como solía, estaba en lo cierto y en lo justo, por mucho que pareciesen quimeras las suyas. Lo principal consistía en multiplicar el esfuerzo de los intereses particulares en favor de la Reforma: crearlos y multiplicarlos; así el triunfo sería duradero: aunque la Hacienda quedase defraudada, la sociedad quedaba emancipada: al lado de lo segundo, lo primero era baladí.

Resultado: el poco numerario que por operaciones de nacionalización ingresó á las arcas públicas, apenas bastó para atender á las primeras necesidades de aquella situación militar que fué necesario liquidar violentamente, que en realidad se liquidó á medias. El ejército había crecido como un río al desembocar en el erario del partido triunfante; todo lo arrastró á su paso. Como era lógico, el agio asomó la cabeza por todas partes; por todas partes se impuso. Para proporcionarse un peso, el fisco necesitaba convertir en obligaciones de pago inmediato las obligaciones á plazo, sacrificando las dos terceras ó las tres cuartas partes del monto de su crédito: un peso costaba cuatro al Erario. Y como MAÑANA no existía como esperanza de mejora, sino como certeza de empeoramiento, la bancarrota fué inevitable.

Las exigencias de ingleses, y franceses luego, tenían de siniestro que partían de Gobiernos que estaban al tanto de esta situación: los informes de ministros y cónsules, hasta exageradamente quizás, trazan los cuadros más sombríos de aquella época. Ni un momento solo pudieron poner en duda la imposibilidad de cubrir nuestros compromisos, sino sacrificando toda esperanza de orden y de paz.

Y, sin embargo, nos oprimían, nos estrangulaban, ¿con cuál intención? Ésta era clara; dar motivo á una suspensión de pagos y hacer indispensable una intervención : intervención aduanal absoluta para los ingleses; intervención borbónica para los españoles; intervención imperial para el obstinado ensoñador de las Tullerías.

***

℄ La labor administrativa del año de 61 fué verdaderamente formidable; los meses dictatoriales (el Congreso debía reunirse en Mayo) se aprovecharon con febril actividad. Zarco en Relaciones y Gobernación; Prieto en Hacienda; Ignacio Ramírez en Justicia, luego en Justicia é Instrucción Pública reunidas, después en Fomento zurcido á las anteriores, y González Ortega en Guerra, desplegaron un celo de miembros de COMITÉ DE SALUD PÚBLICA. Uno de tantos clubs de tinte orteguista y caliente hasta el rojo-blanco, de esos que querían consumar la revolución con guillotinas, convenciones y proclamaciones del CULTO DE LA DIOSA RAZÓN (lo que indica una infinita pobreza de inventiva), había organizado su COMITÉ DE SALUT PUBLIC, pero teórico y verbal tan sólo; el verdadero, el efectivo era el Gobierno. El Gobierno ejercía la dictadura, pero una dictadura, si sensata, neutralizada por otras cien dictaduras; gobernadores y ex-caudillos, comandantes militares y jefes de bandas, todos DICTATURABAN; el Sr. Juárez clamaba en la intimidad, delante de uno de sus amigos preferidos (el general Mejía que me lo ha referido) : «el Gobierno está en una situación desesperante, tiene en las manos todas las facultades y no logra hacerse obedecer en ninguna parte».

℄ La fuerza armada pertenecía al Ministro de la Guerra, á González Ortega, que tenía en la mano la división de Zacatecas cada vez mejor organizada y provista, y con esa guardia pretoriana podía imponer su voluntad; pero, sea dicho en honor suyo, no la imponía, al contrario, se mostraba dúctil y dócil; no ponía generalmente obstáculo á los proyectos y determinaciones de sus colegas. Era más popular que Juárez y el único popular de los ministros : sin embargo, era imposible valerse de él para hacer sentir la enérgica acción del Ejecutivo en los Estados y someterlos de veras; no lo estaban más que nominalmente. Soliviantado por los halagos de las chusmas manejadas por los corifeos de los clubs, quiso una vez imponer su voluntad y se encontró con Juárez; la roca lo hizo retroceder y deshizo la ola en espuma.

℄ En toda la acción dictatorial se percibe el firme criterio del Presidente interino, el mismo que en Oajaca y Veracruz había mostrado : inflexible con los enemigos de la Constitución y la Reforma, no admitía, sino con la muerte en el alma, componendas, conciliaciones y sensiblerías; la política sentimental estaba tan lejos de su índole como el mazapán del granito; ni amnistías, ni perdones, pero ni una sola crueldad inútil, ni un solo rasgo de sangre innecesario; ni condescendencias (por eso apareció grande en este país, cuyo atributo característico es la condescendencia) ni violencias; ni amnistías ni venganzas; era un juez recto, no implacable; era un hombre de razón, la razón lo gobernaba, no la pa-

sión, aun cuando fuera apasionado; era, pues, un hombre en toda la acepción moral de la palabra. Tenía la cualidad superior de los hombres de Estado: no apurar ni su derecho, ni su conveniencia; no iba hasta el fin de sus actos, se paraba en donde las consecuencias de ellos podían realizar un propósito. Así se le encuentra siempre: inflexible en su deber, moderado y ponderado en su derecho; tal era su carácter, tal era el hombre. Su carácter, de la tenacidad del acero, le daba el temple necesario para sobreponerse á los acontecimientos sin subyugarlo; sólo la razón, ó lo que tenía la apariencia de la razón, se hacía dueño de él; era un tipo de hombre libre.

℄ Un célebre humorista mejicano, amiguísimo de desconcertar á sus lectores (á quienes, como se dice en español de género chico, TOMA EL PELO DE CONTINUO) con inesperadas paradojas, ha escrito graciosas y atrevidas páginas sobre LA INFLEXIBLE DEBILIDAD del presidente Juárez. Ya nos hemos explicado sobre esto; conviene insistir. ¡Debilidades! No hay un solo hombre que no las haya tenido, y puede decirse que por eso se es hombre, por eso se pertenece á la humanidad, hecha de limo deleznable y frágil, según el mito bíblico. Juárez, como simple mortal que era, debe de haberlas tenido y frecuentes en el curso de su vida; pero que ellas constituyan la substancia de su carácter, es un error singular ó una MIXTIFICACIÓN estupenda; eso sólo puede decirse POUR ÉPATER LE BOURGEOIS, como Flaubert clamaba.

℄ No; transigir con un mal menor para evitar uno mayor, no es debilidad, es política; la política, por definición casi, es eso, transacción; lo demás es teoría, y se escribe, pero no se practica, no se hace, nadie la ha hecho sin suicidio. Concretando: la debilidad de Juárez consistía, según los acusadores, sobre todo, en la sumisión de Juárez á sus ministros. Nunca, ninguno de ellos ha dicho tal cosa; algunos han probado lo contrario. Compartiendo con ellos la responsabilidad ante la opinión y ante la ley, les dejaba plena libertad en la gestión de sus negociados, con tal de estar informado de todo y conservando él á su vez la libertad de discutirlo todo y de impedir con su facultad suprema cuanto era contrario, no á su opinión, sino á su deber. Éste era el infranqueable límite. Esto explica por qué muchos de los hombres eminentes que colaboraron en su obra, desde Ocampo y Zarco hasta Iglesias y Lerdo, guardaron hacia él un respeto profundo; una especie de culto por su memoria los dos últimos; una especie de adoración, digámoslo así, los que como D. Matías Romero habían nacido á su sombra, pero que eran excesivamente fríos para inquirir y excesivamente severos para juzgar. En los extranjeros como Seward, como Herreros de Tejada, dejaba la misma impresión honda y entera. Lo que tenía el Sr. Juárez era una desconfianza recelosa y tímida de su inteligencia; era éste un vicio, un pliegue psicológico, permítasenos la frase, adquirido por el niño que á los doce años no sabía castellano y ya hombre casi se encontró al principio de sus estudios; entró en ellos vacilante, indeciso: así fué siempre en asuntos intelectuales, y sólo al fin de su vida la inmensa experiencia acumulada le dió confianza en su razón. En los CONSEJOS DE MINISTROS celebrados con frecuencia en aquella época en que todo era una novedad y una innovación, nunca quiso que prevaleciese su opinión; la emitía,

la apoyaba concisamente en razones de conveniencia y buen sentido, y la dejaba correr la suerte de las otras, poniéndola formalmente á votación y resignándose fríamente á la derrota. «Yo sé perder», solía decir á uno de sus ministros, el mismo que nos ha contado estas puridades.

℄ En cuanto á esos cargos que no han dejado comprobante alguno fehaciente en la Historia y de que antes hemos hablado, v. gr. : sumisión del caso referente á las Hermanas de la Caridad á la decisión de Napoleón III y reconocimiento de la reclamación Jecker, ya hemos visto á qué se reducen, á qué las reduce la lógica en su rígido laminador : afirmaciones en términos discutibles no bastan al caso; lo que es absolutamente probante es que todos los hechos anteriores y posteriores á ese caso obedecen al mismo criterio de dignidad nacional y de cumplimiento exacto de la ley, sin que se note la menor solución de continuidad que permita dar cabida á un documento que demuestre alguna indigna transacción. Nada.

℄ El criterio político de Zarco y el del Presidente coincidían : castigo á todos los rebeldes, sólo castigos de sangre á los que prolongaban la guerra civil con las armas en la mano; no excluir á nadie. No era ésta, sin embargo, la política de la venganza, era la del escarmiento; no tenía por objeto darse una satisfacción, sino dar á todos una lección. Ya vimos cómo se procedió contra los ministros extranjeros que se habían empeñado en considerar como Gobierno de derecho á la Reacción, que era sólo un Gobierno de hecho; el programa de Zarco fué, lo vimos ya, desinteresar á las naciones de la suerte de sus enviados diplomáticos; en realidad lo consiguió, se consiguió con España sobre todo, que no hizo un capítulo especial de su venida á Méjico, de la necesidad de vengar el agravio que se le había inferido en la persona de Pacheco, porque no creyó nunca en tal agravio.

℄ Respecto de los obispos, la resolución presidencial fué por extremo sensata; víctimas de una política, nefasta para la iglesia mejicana, preconizada por su prelado que creía deber imitar la intratable rigidez de propósitos (no de carácter) de Pío IX, habían tomado parte activa en la guerra civil, habían dado al Gobierno reactor cuantos recursos habían podido, se habían rebelado abierta y razonadamente contra el Gobierno legítimo y habían dado á los constitucionalistas motivo plausible para transformarse en reformistas, y la Reforma, con sólo ser, había creado las armas con que había de triunfar, porque había puesto á todos los intereses, á todas las codicias, á todas las avideces de su parte. Necesitaban los obispos, altos funcionarios morales de la reacción, responder de su error y purgar su culpa. La excitación era inmensa : se trataba de someterlos á largos y feroces procesos, para azotarlos de injurias y coronarlos de escarnios; esto iba á ser un modo de tener caldeadas, á la temperatura de furor, las masas que obedecían á los clubs, lo cual era un peligro incesante para el orden y una manera de convertir en mártires á aquellos varones (malos ciudadanos pero hombres

excelentes) y de conmover profundamente á la parte más numerosa y más sensible de la sociedad. Por eso Juárez, con Ocampo, decidió expulsarlos. Los obispos, venerables apóstoles caducos, no supieron ver esto, que los salvaba á ellos y salvaba la paz nacional.

₡ Resueltos á mantener incólumes todas las garantías constitucionales, aquellos dictadores respetaron el derecho de asociación, y los ciudadanos hicieron uso de todas las formas políticas que de él emanan : clubs, MEETINGS de oposición y electorales, conciliábulos reactores ó jacobinos, todo había, todo hubo. Naturalmente, á estas manifestaciones tempestuosas, que más bien que fuerza denunciaban una especie de estado patológico de la sociedad, iba aparejado el uso y el abuso escandaloso de la prensa. Zarco la encauzó en una ley (bastante más liberal que la del Sr. Lafragua dada en tiempo de Comonfort), con juicio por jurados como la Constitución lo prescribía, y una organización AD HOC. Lo más importante en los artículos de esa ley, después de ésos que constituían su esencia, consistía en la obligación, á los autores de los artículos impuesta, de mostrar su nombre, de estamparlo al calce de su FACTUM. Quedaba suprimida la prensa anónima, lo cual era menos que medianamente liberal, pero que el Gobierno juzgaba una necesidad. Tal vez lo era en aquellas circunstancias. Esta disposición, ya se entiende, no fué acatada, á pesar de los empeños y circulares del ministerio de la Gobernación; en una de esas circulares, Zarco, colocándose al margen de la fría severidad oficial, llamaba á los periodistas de entonces «escritores sin valor civil ni dignidad personal». Á algunos periodistas, se entiende. Zarco lo era, y por tal modo que pudiera decirse que su ministerio y las situaciones políticas que ocupó en su vida no fueron más que accidentes de su carrera periodística. Nadie mejor que él podía medir la importancia de ese INSTRUMENTUM REGNI que se llama PERIÓDICO. Tribuna inmensa de educación de todos por todos, se ha convertido en una especie de fuerza de la naturaleza, en un elemento indispensable de la vida de la sociedad, en un alimento de primera necesidad para ella; por ende, más capaz de causar daños y perturbaciones profundas é irreparables, sobre todo cuando inocula, en los órganos vivos de la sociedad, gérmenes patogénicos destinados á pulular y á reemplazar, con su vida microscópica, la vida del ser invadido. Muy difícil es que un gobernante, aun los que profesan respeto profundo á la libertad, pueda vencerse á sí mismo y no usar de los recursos de aplastamiento que el poder pone en sus manos cuando se enfrenta, no con el insulto aun procaz, aun infame de un adversario político, cuando encuentra su honra y la de los suyos arrastrada por el fango; de esto todos se levantan, de esta iniquidad todos salen ilesos si es una calumnia, si es una injusticia. Cuando la prensa desapoderada de aquellos días frenéticos decía que Guillermo Prieto era un ladrón, que se había robado los bienes del clero, mentía, mentía con tan cínica pasión, con tan impudente aplomo, que muchos creían en la difamación como en el Evangelio, y otros vacilaban. ¿Qué quedó, á los pocos meses, de todo esto? Un hombre honrado en pie, con la excelsa lira entre las manos, la lira en cuyas cuerdas vibraban todos los lamentos, todas las esperanzas de la Patria.

₡ No, no es esto lo que es capaz de hacer perder el tino al estadista más dueño

de sí mismo. Lo horrible es ver venir la injuria de un hombre que ha solicitado un pedazo de pan la víspera, que ha manchado la víspera con su lengua lamedora las botas del individuo á quien hiere para exigir un empleo ó un billete de banco.

Esto sí hace entrar la ira en dosis altas en nuestras determinaciones y las perturba. Entonces se agigantan en el espíritu las consideraciones, perfectamente sensatas por otra parte, del grave daño social que una prensa desapoderada y de CHANTAGE puro puede causar, sembrando el temor y la alarma en las familias y produciendo discordias íntimas y desasosiegos domésticos que convierten á la ciudad en una especie de despoblado moral dominado por el terror y los salteadores de honras.

Se horrorizaría probablemente Zarco si pudiese comparar lo que le parecía digno de ser anatematizado con lo que todos vemos hoy con náusea, es cierto, pero sin protesta; si pudiese palpar la profunda descomposición de un organismo (hay muy graves y muy nobles excepciones) tigreado de pústulas malignas, de las que no es posible levantar la compresa ni la venda, por miedo de que cada llaga se torne exutorio y desahogo de podredumbre social, y se infeste la atmósfera de la Nación entera, y la paz pública y la tranquilidad privada peligren juntas.

Pero volvamos al 61. En Europa, los embajadores de la SOCIEDAD CULTA de Méjico, los que hacían por curiosísima coincidencia el papel de los EMIGRADOS de la Francia revolucionaria (he nombrado á Gutiérrez Estrada, Labastida, Almonte, Hidalgo), se empeñaban en convencer á las Cortes de que el estado normal de Méjico, en el período reformista que se había abierto, era el de una perfecta anarquía, estado que había sucedido como indeclinable consecuencia al de guerra civil. Y era cierto que vivíamos en la anarquía, pero no que éste fuese nuestro estado definitivo; al contrario, se hacían visibles esfuerzos por salir de él, y el jefe del ministerio, ya obligando á los gobernadores á no tratar en los puertos ó fronteras con autoridades ó representantes extranjeros, ya cercenando las facultades dadas en un principio á los mencionados gobernadores para tomar cuantas medidas creyesen conducentes al sostenimiento de la paz, procuraba hacer sentir la acción del Centro en todos los ámbitos del país. Con poco resultado á fe. El Gobierno, y en esto la sugestión de Juárez era clara, había adoptado resueltamente el camino del aniquilamiento del partido reaccionario como entidad política. De las oficinas, de los tribunales, del ejército, se ordenó la exclusión implacable de cuantos habían servido al Gobierno ilegítimo, y se procuró con inquinoso empeño la ejecución de estas medidas; en determinados casos no se exceptuaron de ellas siquiera á los que en los últimos días habían abandonado el campo tacubayense y se habían pasado á los reformistas y prestado buenos servicios. Y esto no fué tan sólo por seguir una suerte de SPOIL'S SYSTEM; no se trataba de despojar por castigar, aunque esto era la apariencia, sino, en primer lugar, de premiar los méritos y los tres años de apetito de quienes, de grado ó no, se habían mantenido alejados de la santa mesa de la reacción, y, sobre todo, porque se temía, en cada empleado ó en cada militar que por necesidad, por no

quedarse ayuno, aceptaba y juraba y perjuraba la Constitución y sus vástagos las leyes de Reforma, un conspirador, un enemigo secreto metido en los órganos vivos del Gobierno nuevo. Por supuesto, ésta era una vana precaución; en porciones considerables se dieron los empleados reactores la maña suficiente para permanecer en sus puestos; además, todo empleado que se encontraba privado de su mensualidad, y esto solía acaecer en aquellos días de inopia fundamental, era un conspirador. El programa secreto de aquellos burócratas más ó menos jacobinos era uno solo, éste solo : «Perezcan los principios y sálvense los estómagos». Toda burocracia, china, rusa, francesa ó norte-americana, pensará siempre de igual modo.

¶ Este malestar subió de punto y llegó á oscilaciones gigantescas entre los grados más altos y los más bajos del termómetro, cuando se apoderó de los ánimos esta tristísima convicción : la guerra civil no ha terminado. No había terminado : á raíz de la vuelta de la capital á la obediencia, el incansable, y fanático, y generoso, y sincero Tomás Mejía daba certero golpe á un considerable grupo liberal y capturaba y perdonaba al coronel reformista Escobedo, el futuro vencedor de Querétaro; luego reaparecían los reaccionarios agavillados en el Sur, en torno de Vicario, de Zuloaga, que se hacía llamar PRESIDENTE en los vivacs de los guerrilleros cruzados y del general Márquez, cuyo cuerpecillo, erguido como nunca, rebosaba energía y en cuyos felinos ojuelos relampagueaban el asesinato político y la impiedad hacia los vencidos. Todos ó la mayor parte de los cabecillas reactores se le fueron agrupando, y las guerrillas liberales encontraron pretexto para no disolverse, y como el guerrillero solía ser partidario cuando se presentaba ante la fuerza armada y salteador cuando se encontraba con los simples viajeros ó cargamentos de mercancías, resultaba inseguridad pasmosa; de cuando en cuando alguna persona notable caía bajo los tiros de los bandidos, y la sensación nerviosa de los extranjeros, si la víctima era, como el oficial de marina inglés Adams, simpatizador decidido de la causa liberal, se comunicaba á Europa, que creía nuestra situación irremediable si no se empleaba el tratamiento quirúrgico de una especie de guerra de conquista, que abría infinitos horizontes á todos los negociantes en infortunios públicos. Otro punto negro en la situación : visiblemente el general González Ortega, á pesar de que realmente era humilde, estaba á punto de ceder á las excitaciones tremendas de los clubs, sobre todo del que proclamaba su candidatura para la Presidencia y que tendía á convertirlo en una especie de MAIRE DU PALAIS y al Sr. Juárez en un rey FAINÉANT. Con la gentil ligereza propia de su carácter, había resistido, ya lo dijimos antes, á las exigencias de sus amigos y no había intentado imponer al Gobierno su voluntad, pero visiblemente iba á cambiar de postura.

¶ El partido liberal había perdido por aquellos meses á dos de sus próceres; en Veracruz á Gutiérrez Zamora y en Méjico á D. Miguel Lerdo de Tejada. Allá y aquí se les hicieron suntuosos funerales, funerales regios, de esos que sólo saben hacer, desde los tiempos de Pericles, las democracias en sus períodos de combate. ¿La democracia mejicana? Sí, esa democracia. No era en realidad ni todo el pueblo mejicano (ése que en teoría era dueño de todos los derechos del ciudada-

no), ni siquiera su mayoría real, pero era su representación; era esa parte, mínima si se quiere, pero íntimamente ligada con la masa en que tenía todas sus raíces, y que por consiguiente, y por inconscio modo, se sentía representante de todas las aspiraciones obscuras, indecisas, informes del inmenso grupo ignorante y esclavo que respiraba congojosamente bajo ella. Esa porción del DEMOS en que el demos adquiría conciencia, había despertado con el terrible trueno de la guerra de tres años: los cantos y los discursos de los demagogos vociferadores la habían despertado. Sobre eso, que es lo único que aquí podía llamarse democracia, pegada á ella, fundida en ella, pero sirviéndole intelectualmente de cima, estaba la burguesía liberal no educada por Voltaire ó Rousseau, sino por sus discípulos franceses y españoles, que eran legión; en esta burguesía se volvía fluido y se desvanecía ó se concretaba y se tornaba en palabra y acción, según las circunstancias, el partido moderado.

℄ Lerdo probablemente había obtenido la mayoría de votos para la Presidencia á pesar de la popularidad indiscutible de González Ortega; en las urnas del comicio, manejadas, como solía acontecer, por manos peritas, la mayoría no había aparecido por él; los liberales serios, aquellos á quienes simpatizaba más, tenían una invencible desconfianza de su carácter; lo tenían por un soñador espada en mano, y las dificultades esperadas é inesperadas que ennegrecían el porvenir, les parecían superiores á los buenos deseos del caudillo. El carácter de Juárez, serio, rígido, metálico, parecía á todos cuantos se esforzaban en pensar desapasionadamente una ancla mejor para la nave que iba á volver, que entraba ya en el mar de las tormentas. Pero la inteligencia de Lerdo era en su concepto superior á la de Juárez, que no pasaba los límites comunes, aunque la proveía de savia un excelente buen sentido.

℄ Y estaban, los que así creían, en lo estrictamente justo. Lerdo era un hombre de solidísima instrucción económica; su comercio con los libros serios que demostraban y analizaban las cuestiones sociales contemporáneas, había sido por extremo fecundo como su HISTORIA DE VERACRUZ; sus trabajos estadísticos, sus medidas en la Subsecretaría de Fomento lo habían demostrado; metido de lleno en la corriente de ideas utilitarias y profunda aunque no ostensiblemente anticatólicas que bañaba, digámoslo así, las doctrinas de los sociólogos franceses ó que en ellos se inspiraban, todo fué natural y lógico en su papel de reformista. Lerdo, en su amor por la libertad, rayano en culto, se sentía dominado por la grandeza y la fuerza de los Estados Unidos, que atribuía, principal si no únicamente, á la libertad; era tildado de creer demasiado en las ventajas de la alianza íntima con los Estados Unidos, aun á costa de una modificación temporal en nuestra soberanía, con tal de sacar avante la definitiva adopción en nuestro país de las libertades necesarias (libertad política, de cultos, de trabajo, de comercio) y de poner á flote nuestra hacienda para emanciparnos de deudas y acreedores extraños; se decía que en el famoso banquete de EL DESIERTO, dado por el municipio nombrado en Méjico bajo los auspicios de los americanos triunfantes en 47 y en que se había brindado por la anexión, el papel del concejal Lerdo había sido un poco turbio; él siempre rechazó el cargo, pero no habría sido exce-

sivamente extraña una ofuscación en hombres que, como él, veían en una fantástica lejanía la emancipación social de su país y vivían en el martirio perpetuo de su impotencia para realizar pronto una obra que con nuestras fuerzas solas no habría podido consumarse nunca.

℄ Lerdo habría sido un gran presidente, quizás mejor que Ocampo, su émulo, porque era más frío, menos accesible al sentimiento, menos impulsivo digamos, aunque también de alma menos grande y de menos luminoso espíritu. ¡Quién sabe!; y es inútil y pueril entrar en disquisiciones de este género; lo que resulta evidente es que en las grandes crisis no son los hombres de alta inteligencia (reiteramos esta fórmula, que anda esparcida en este libro y en muchos libros que no son éste ni son míos) los que salvan á las naciones, sino los de gran carácter. Aquí queda clasificado Juárez. Probable es que Lerdo hubiese sido electo Presidente en los comicios del sesenta y uno, pero no habría evitado la intervención, era inevitable; lo que la determinaba no estaba en la situación de nuestro país, estaba en un conjunto de circunstancias cuyo factor más importante era la voluntad del soberano francés que partía de un ensueño de sociólogo, prodigiosamente persistente, acariciado por un sentimiento de mujer, la devota Eugenia, y condicionado por la situación de los Estados Unidos en plena lucha civil; todo lo demás era secundario, como no fuese que nuestro estado semi-anárquico daba pretexto y facilidad á la empresa. No, no habría podido Lerdo evitar la Intervención; Doblado era igualmente pronto de espíritu y quizás más sutil y flexible que él, y, sin embargo, Doblado, que llegó á un inesperado triunfo diplomático, se estrelló ante la obstinada resolución sorda del emperador francés.

❧❧❧

℄ La situación era obscura, hondamente obscura; tenebrosa para el Gobierno. La tremenda desilusión de los bienes del clero, que se habían desvanecido en humo, causaba una tensión infinita en los espíritus; literalmente no se sabía á qué recurso acudir para la vida del día siguiente y NO SE PODÍA MÁS. Necesitaba la multitud un chivo expiatorio; la multitud era el partido liberal casi íntegro: el chivo expiatorio fué Guillermo Prieto.

℄ Jamás la estulticia prehistórica, cuaternaria, desesperadamente anterior á toda cultura, á todo sentimiento humano, en el estado en que la razón es apenas un fuego fatuo, no un fanal, no una antorcha, sino algo fugaz que se apaga apenas encendido en el óxido de carbono de los apetitos animales, de la sed de la sangre del hombre en perspectiva, se mostró más repugnante que en aquellos días negros; en los clubs, en los periódicos, en las sacristías, que sin contacto aparente por las ideas lo tenían profundo por el modo de sentir, Guillermo Prieto era ultrajado hasta el paroxismo en todos los tonos; él tenía la culpa de todo; se había robado una parte de los bienes del clero, la otra parte la había dejado robar, y en esta forma simplista las masas se dejaban explicar la bancarrota pública y el DÉFICIT fiscal.

Nada más injusto, ya lo hemos dicho y probado, nada más imposible de refutar ante aquellos energúmenos. Poco faltaba para que intentaran arrastrar al Ministro á las gemonías; y cuando el SÁBADO DE GLORIA, siguiendo la tradición popular y canallesca de las chusmas, la efigie de Prieto era quemada en las calles, como si fuera la de Judas, LOS LÉPEROS, esos á quien él había idealizado tanto al compás de su guitarra maravillosa, se lanzaban con furia sobre los restos carbonizados como si fueran los de un enemigo del género humano y ellos unos caníbales latentes bajo el zarape gris. Pero Prieto era un valiente; en esos días mismos, cuando se celebraba con una patética ceremonia fúnebre el culto de los mártires de Tacubaya, él, saliendo de entre millares de hombres enervados por el estampido lúgubre del cañón, por el redoble sordo de los tambores y por el lamento largo y doloroso de las músicas militares, dijo ó, mejor, exclamó una de sus odas vibrantes, entrecortadas por el ímpetu del ritmo que moría y resucitaba sin cesar, subrayadas de sollozos, de anatemas, de grandes metáforas trágicas que pasaban levantando los brazos al cielo como en las inmensas procesiones aéreas del infierno del Dante. Con los cabellos revueltos, los labios trémulos, la voz henchida de imprecaciones, lanzó el famoso apóstrofe MUERTOS EN PIE; una conmoción eléctrica galvanizó á aquella multitud subyugada por la palabra del gran inspirado.

Guillermo Prieto había prestado eminentes servicios á la revolución. Desde niño casi, cantó todo lo que el pueblo amaba, desde la CHINA POBLANA hasta la Virgen del milagroso santuario; todo vivió en sus cantares, todo pasaba por ellos desordenándolos tumultuosamente, arrastrando la oda comenzada en las alturas hasta los más triviales surcos trazados en el suelo social por los vicios ó las pasiones plebeyas. Porque eso era ante todo la musa de Prieto, plebeya; era el águila de las plebes que despertaban en los grandes centros de la República á la luz de las auroras nuevas. Su juventud, pasada, gracias á un mal golpe de la fortuna, en los recovecos populacheros, explica su tendencia á encontrar en lo vulgar y prosaico la llama divina del arte, ya mezclándole la levadura del dolor humano, ó la del patriotismo, ó la del amor; era un poeta popular en toda la extensión de la lira. En la cuerda lírica en que solía encontrar acentos religiosos de un pateticismo y de una unción infinita (como que era un espíritu sentimentalmente piadoso á pesar del intransigente anticlericalismo de su vejez, que se fué acentuando á compás del drama político de la Reforma); en el lirismo romántico que llegó á subir en sus versos á la temperatura más alta, á la exaltación más próxima al delirio sagrado; en las descripciones llenas de color y sabor, aunque de contornos iridiscentes gracias al empleo constante de metáforas en que descomponía sin cesar el rayo de luz de su inspiración; en la canción épica generalmente cantada, no al compás de la lira, sino de la llorosa ó regocijada vihuela, que incorporaba con el alma del pueblo el recuerdo de todos los heroísmos y sacrificios por la Patria, la memoria de los héroes, la conmemoración de los luchadores anónimos; en la cuerda satírica, en el epigrama gracioso, aun en un mismo dardo plantado valientemente en los vicios de las clases, en las deformidades sociales, en todo se mostró Prieto, antes y después de su Ministerio reformista, un

poeta, un gran poeta espontáneo desdeñoso del arte y de la forma, pero rebosante en música, en fuego, en vida, que hacía arder como paja seca las aristas de la retórica y algunas veces, lo que era censurable, las reglas del idioma.

℄ Ya lo hemos dicho, durante «la guerra de tres años» fué un Tirteo; iba por ciudades y campamentos alentando, cantando, repicando las dianas del triunfo en las marchas de las tropas de Degollado, de Doblado, de González Ortega, y sus discursos y sus estrofas pasaban como ráfagas de heroísmo y de alegría entre las banderas de la CHINACA en marcha. Ramírez estaba al frente del inmenso enjambre de los demoledores; Ocampo, Lerdo, trataban de crear, de levantar lo nuevo; Prieto cantaba la mañana de la libertad ó como un profeta ó como un trovador de los vivacs reformistas.

℄ Pero en donde se fundían y adquirían vigor nuevo todas sus cualidades de poeta, sus jácaras patrióticas y sus exaltaciones de vidente era en su prosa, llena de intenso movimiento, preñada de donaire y de acción, que iba recta á las emociones, que sacudía los nervios y producía espasmos de amor, de odio, de risa. Éste era un don de orador y de conversador en Fidel, que se reflejaba en sus discursos y en sus escritos, á veces incorrectos y triviales, casi siempre vivaces en el desorden y sabrosos en la INGRAMÁTICA como el habla del pueblo, de donde antaño nació el idioma que la gramática reglamentó á la postre. Prieto era un pre-gramático; creaba su modo de hablar, su léxico y su código de retórica.

℄ ¡Y qué caro pagó el genial varón ese pecado! ¡Ser poeta! Verdad es que ser poeta y Ministro de Hacienda (y Prieto lo fué más de una vez) parece un contrasentido; el uno es un soñador, un realista implacable el otro. Pero Prieto era un perito, por su educación burocrática, en el mecanismo complicadísimo de las oficinas fiscales; era también un observador penetrante y certero; todo ello le ayudaba; le ayudaban sobre todo algunos buenos empleados á desenmarañar un poco el embrollo inmenso del negociado de la desamortización y la nacionalización; entre estos colaboradores ninguno había capaz de medirse con el licenciado Iglesias por su conocimiento en la materia, por la claridad sorprendente de su percepción, por la prudencia inalterable de su consejo y por su liberalismo profundo y sistematizadamente educado en la reflexión y el estudio. Las disposiciones tomadas por Prieto durante su permanencia en el Ministerio tendían á facilitar las operaciones de nacionalización que, por reiterada prevención, pudieron hacerse todas, en la capital, aunque las fincas estuviesen distribuídas en la República. Hacer de estas facilidades medios seguros de proporcionarse fondos, siempre urgentísimos, fué otro de los propósitos de Prieto administrador de los caudales públicos. Hacer entrar en la nacionalización varios de los conventos de monjas que aun no habían sido adjudicados, reduciendo á las religiosas á vivir en poquísimos edificios, era un recurso en aquella angustiosa situación. Todo fué para ellas consideraciones y deseo de hacerles menos penosa su situación, rodeando los pequeños capitales que les habían sido reconocidos de toda suerte de garantías; pero el hecho de arrancarlas un poco brutalmente de sus claustros causó hondísima sensación en la sociedad femenil mejicana. Algunas monjas habían resistido con una especie de rabia que se exhaló en denuestos; otras no dijeron nada,

no hablaron; después de recibir la comunión de manos de la abadesa, en el peso de la noche, desfilaron con sus trajes blancos semejantes á rayos de luna corporizados en aquellos largos corredores sin luz.

* * *

℄ Todos estos expedientes eran efímeros : la parte que debía entregarse en numerario á las arcas públicas en cada operación de nacionalización desaparecía como por encanto. Prieto hacía esfuerzos inauditos por ordenarlo todo en medio de aquel caos : reorganizó las oficinas del Ministerio, extinguió los fondos especiales, refundió los reglamentos de desamortización y nacionalización en un grupo de disposiciones claras que tenían esta base general : EL CLERO NUNCA HA PODIDO ENAJENAR SUS BIENES, PORQUE NO ERAN SUYOS, ERAN FUNDAMENTALMENTE DE LA CORONA DE ESPAÑA Y HOY DE LA NACIÓN; por ende, TODO CONTRATO DE COMPRAVENTA DE BIENES RAÍCES HECHO CON LA IGLESIA ES NULO; lo cual tenía una trascendencia retrospectiva muy importante.

℄ Suprimió las alcabalas, para crear un comercio interior libre y cumplir así con un justísimo y dificilísimo precepto constitucional... Nada valió, nada produjo el resultado que todos esperaban; las arcas seguían vacías y Prieto tuvo que salir del Ministerio legándoselo á Mata, uno de los autores más conspicuos de la Constitución é hijo político de Ocampo. Mata dejó el Ministerio pocos días después proclamando la bancarrota, la imposibilidad de remediarla, la desilusión profunda que había causado en muchos y en él, sobre todo, tener que convencerse de la desaparición de los bienes del clero, que parecían destinados á solventar la deuda nacional, á fundar, por ende, nuestro crédito y permitirnos, como consecuencia de esa situación, entrar en la carrera de los progresos materiales sin los cuales nuestra riqueza natural fincaría improductiva. Todo venía abajo, nada podía hacerse.

℄ El único que no desmayaba era Ignacio Ramírez; llegó á dirigir los departamentos de Justicia é Instrucción Pública y de Fomento, Agricultura, Comercio, Colonización é Industria; los reorganizó; declaró la igualdad de garantías entre extranjeros y mejicanos (con la sola excepción formulada en el art. 33 de la Constitución Federal), igualdad que, aunque definida expresamente en la Constitución, convenía repetir y hacer llegar al conocimiento de todos, para facilitar la inmigración de personas y capitales, señalando importantes franquicias á los que adquiriesen terrenos para trabajos agrícolas; expidió nuevos planes de instrucción pública muy suficientes para las necesidades de la época; estableció concursos de obras dramáticas; proyectó, como parte de su plan educativo, porque tenía miras que no podemos menos de llamar inmensas, un mes cívico (Septiembre) en que habría : franquicias aduanales para los efectos mejicanos, exposiciones, concursos, diversiones gratuitas, fiestas cívicas (el año escolar terminaría en Septiembre), etc., etc. En cierta ocasión dió á los alemanes el hospital del Salvador, lo que produjo escándalo y alarma. EL NIGROMANTE hacía, á la vista de los piadosos, de los devotos, de los gazmoños y de los tartufos del moderantismo, un

papel especial : era el Mefistófeles de la Reforma; era un Satanás; la boca irónica y ligeramente contraída, como el arco al disparar el dardo, por el hábito de la burla implacable y del sarcasmo; la mirada brava y observadora y un poco insolente, llena de misericordia para todos los errores y las miserias en el fondo de la pupila negra, Ramírez era en el Gabinete de Juárez una inquietud, una alarma, era el representante del espíritu anticatólico de la Revolución. «No, decían todos (Prieto, Zarco, Degollado y los demás), no venimos á hacer la guerra á la Iglesia, somos católicos, sino á los abusos del clero.» Ramírez decía : «Vuestro deber es destruir el principio religioso cristiano ó católico, para que, emancipada, la sociedad ande.»

℄ Circuló en Méjico una anécdota espeluznante : se llevaron á «La Moneda» algunas joyas de diversas iglesias, un tesoro : custodias, cálices, copones, patenas de oro ó plata sobredorada; allí nadie las quería tocar; los obreros en grupos manifiestamente hostiles llenaban el patio; una excitadísima multitud (la noticia había cundido por aquellos suburbios) se arremolinaba á la puerta, pugnando por entrar; el destacamento de policía la contenía con dificultad creciente.

℄ Ramírez, puesto al tanto de aquella situación, llegó en un coche de punto... «Muera el impío, el ateo, el hereje, el Nigromante»... fué el saludo del grupo popular; la obscura máscara cobriza del Ministro permaneció impasible; penetró en el edificio y, sin hacer caso de los murmullos hostiles, se dirigió á los sacros vasos allí hacinados y en medio del silencio asombrado de todos, tomó un mazo de hierro y se puso á golpear furioso sobre el metal impoluto; las gemas y las perlas saltaban bajo el sacrílego martillo, se abollaban y rompían los vasos sagrados... Otras personas atrevidas siguieron al iconoclasta en su obra... Al salir Ramírez, lo escoltaron en tumulto por varias calles las maldiciones y los anatemas de la chusma exasperada.

℄ Ignoro si la anécdota será cierta, no se me ha ocurrido comprobarla (Prieto me la contaba); Ramírez fué capaz de esas osadías. Su propósito era escandalizar para conmover y despertar á los pueblos dormidos; hacía exactamente, y no tanto en el sentido material como en el moral, lo mismo que los misioneros con los ídolos indígenas : romperlos, arrojarlos de los teocalis y luego exclamar : «Ya veis como no se defienden, como no cae del cielo fuego sobre mi cabeza.» Aquel iconoclasta, sin reproche y sin miedo, entreveía y llamaba á través del polvo que levantaba su piqueta, el advenimiento del mundo nuevo. Era un demoledor que bosquejaba las reconstrucciones : como Ministro de Justicia, disponía la promulgación de los códigos á medida que fueran concluyéndose; como Ministro de Agricultura, daba reglas para impedir la tala de nuestros montes; como Ministro de Colonización, trataba de entrar en posesión efectiva de los terrenos baldíos para cultivarlos, concediendo exenciones de toda especie á los extranjeros que adquiriesen tierras para colonización, exenciones más importantes si una parte de los colonos era mejicana; como Ministro de Comercio, firmaba con Don Antonio Escandón una formal concesión para construir el ferrocarril entre Veracruz y Méjico.

℄ Verificadas las elecciones, en que sólo el partido liberal tomó parte allí en donde el ausentismo no exigió la simple acción administrativa, reunióse el Congreso (segundo Constitucional) en Mayo de 1861. El discurso de Juárez no fué una simple formalidad, fué un documento histórico. Su voz, generalmente débil y opaca, pareció una gran voz ese día: «No encontráis, señores diputados, al país en la misma situación en que lo dejó el Congreso disuelto la funesta noche del 17 de Diciembre de 1857; ni venís, por lo mismo, á presenciar y terminar la restauración de aquel estado de cosas. Al desencadenarse la guerra con todas sus calamidades en toda la extensión de la República, causó males profundos, hondas heridas que aun no pueden cicatrizarse. Pero en el mismo ardor de la contienda, el pueblo sintió la imperiosa necesidad de no limitarse á defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad, para que el día que fueran vencidos sus enemigos no volviese al punto de partida de 1857, sino que hubiera dado grandes pasos en la senda del progreso y afianzado radicales reformas que hicieran imposible el derrumbamiento de sus instituciones. El Gobierno comprendió que era su deber ponerse al frente de ese sentimiento nacional y desplegar una bandera que significase á un tiempo la extirpación de los abusos del pasado y la esperanza de lo porvenir. De aquí nacieron las leyes de Reforma, la nacionalización de bienes de manos muertas, la libertad de cultos, la independencia absoluta de las potestades civil y espiritual, la secularización, por decirlo así, de la sociedad, cuya marcha estaba determinada por una bastarda alianza en que se profanaba el nombre de Dios y se ultrajaba la dignidad humana.»
℄ Estas palabras fueron oídas con recogimiento por la nación entera. Eran perdurables como esas inscripciones que testificaban el camino recorrido en las piedras miliarias que han sobrevivido á series de humanidades desaparecidas. Todos sintieron que cualesquiera que fuesen las vicisitudes que en todas partes apuntaban y se multiplicaban, aquello viviría, aquello era irremediable, irreparable, enunciaba un hecho que no podía dejar de ser: el Presidente de bronce había formulado cláusulas de eternidad.

℄ Cierto, nuestra Constitución no es parlamentaria; no erige al Congreso en árbitro supremo del Gobierno nacional como emanación directa del pueblo; no exige (más por hábitos ligados profundamente con la historia misma del país, como en Inglaterra, autora del sistema, que por prescripciones terminantes) la formación de ministerios plenipotenciarios de las mayorías dominantes cerca del Jefe del Ejecutivo, Presidente ó Rey; ni como compensación de este hacinamiento de poder en uno de los órganos del Estado, le da á dicho jefe la atribución de disolver las Cámaras ó Cortes y consultar al país elector convocado en sus comicios y la de oponer el VETO á las disposiciones del legislador, otorgándole una completa irresponsabilidad política, amontonada toda en la cabeza de los Ministros.

Nada de esto hay en nuestro código fundamental; el Presidente no nace de una ley de sucesión votada por las Cámaras reunidas como el Président de la République en Francia, sino directamente del voto popular, ya por medio de un mecanismo complejo como en los Estados Unidos del Norte, ya por medio del mismo que sirve en todas las elecciones, como entre nosotros; lógrase así resumir, por igualdad de origen, en un hombre y en un congreso, cantidades de poder equivalentes que se ejercitarán por modos distintos. Sólo así pudo establecer la Constitución americana, no ya la división de poderes común á todos los organismos constitucionales, sino la igualdad de poderes, funcionando en órbitas diferentes que pueden intersecarse, pero que jamás llegan á ser concéntricas como en los gobiernos parlamentarios. Este equilibrio casi perfecto entre los poderes parece romperse por la responsabilidad exigible tanto á los Ministros como al Jefe del Estado, que son solidarios en sus actos, puesto que aquéllos son simples secretarios y en realidad el Presidente no reina, pero sí gobierna. Mas de aquí resulta que la responsabilidad oficial de los Ministros es de hecho inexigible, porque, envolviendo la del Presidente, éste sólo en crisis sobreagudas puede ser llevado al banquillo y en realidad no lo es nunca con probabilidades de éxito.

℄ Eso sí, ni el Presidente puede disolver el Congreso, ni aumentar en una de las Cámaras (el Senado, los pares) el número de los partidarios del Gobierno; medios que impiden, en las naciones de puro carácter parlamentario, la excesiva preponderancia del poder legislativo sobre el administrativo.

℄ Todos estos tópicos de derecho constitucional eran apenas conocidos por los estadistas mejicanos hace medio siglo; nuestra educación francesa, nuestros hábitos mentales franceses (porque, aun los que teníamos de origen español, no eran más que franceses vertidos al castellano durante el período de la Enciclopedia, del Contrato social, de las Constituciones revolucionarias, del Código Napoleón y de la Carta otorgada á los franceses por los postreros Borbones) constituían una lente que nos hacía mirar con irisaciones peculiares cuanto entraba en el campo de nuestra visión psicológica; resultaba que nuestra Constitución, eminentemente individualista como la norte-americana, por medio de un sistema perpetuo de suspensión de garantías, sin el cual todos los Gobiernos, y con razón, se sentían inhábiles para regentar la cosa pública, obligaba al individualismo á ceder el paso á la acción del Estado, cuya omnipotencia no había tenido nunca más límite que la consuetudinaria miseria fiscal, anemiante y debilitadora de los tentáculos del monstruo (para Hobbes el Estado era el monstruo del Apocalipsis, Leviathán) que tendía á absorberlo todo. Prescindir de nuestra costumbre de ver al Estado como tutor, como padre, como administrador de la fortuna social, era subvertir por todo extremo el intelecto mejicano; no era bastante para ello un capítulo de garantías individuales en la Constitución y un juicio de amparo, no; era preciso muchos años, siglos quizá, de educación individualista.

℄ Además, para sugerir la idea de que en la flamante Constitución había una parte de parlamentarismos y que, en suma, era híbrida, bastaba fijarse en dos circunstancias: la primera consistía en la institución de una sola Cámara: la dualidad pueblo, federación, entidades distintas que se unimisman en la supre-

ma entidad NACIÓN no existía en nuestra ley fundamental, y, sin embargo, esa distinción era el cimiento político del régimen federal. Sólo á raíz del triunfo definitivo de la República, esta verdad penetró en los ánimos de los republicanos serios, y nada más en algunos jacobinos rezagados encontró defensores la teoría unicamarista.

¶ He aquí la segunda circunstancia: los Ministros, aun cuando secretarios del Presidente nada más (no sujetos entre nosotros á que el Senado ponga el visto bueno en sus nombramientos, como en los Estados Unidos), tienen, sin embargo, relaciones directas con las Cámaras, informan ante ellas y contestan interpelaciones, formas todas eminentemente parlamentarias. Y de aquí, precisa y naturalmente el error: en este nuestro Gobierno híbrido resultan naturalmente preponderantes las funciones que responden á necesidades premiosas del momento histórico. Eso cabalmente pasó en la época del primer Gobierno constitucional del Sr. Juárez. Empezó á funcionar EL SEGUNDO Congreso (porque el primero, muerto al golpe de Estado cuando apenas nacía, se declaró, por el asentimiento general, extinguido en la hoguera de la guerra reformista), y Juárez no tuvo otro pensamiento que marchar perfectamente de acuerdo con él; tal cosa exigía de consuno nuestra situación tanto interior como exterior: ó la dictadura imposible en aquel trance ó la ecuanimidad de los poderes supremos; fuera de este dilema no había salvación para la patria.

¶ Los Ministros, que casi desde la restauración del Gobierno constitucionalista habían ejercido el poder, llevaban la idea (de ella también Juárez estaba profundamente penetrado) de que su responsabilidad los obligaba á cierta especie de independencia de acción semejante á la de los Ministros parlamentarios, y el Presidente era, en realidad, el consejero de sus consejeros. De aquí una inesperada consecuencia: la popularidad de los Ministros estaba al mediar el año de sesenta y uno mucho más gastada que la de Juárez, y al reunirse el Congreso se vió regocijadamente glosado y comentado por la murmuración pública el hecho curioso de que unos Ministros que renunciaban porque se creían en la obligación de ocupar sus curules de diputados, eran INCONTINENTI reemplazados por otros diputados.

¶ Zarco, un constituyente, cedió su puesto á otro constituyente, D. León Guzmán, que se encargó de las carteras de Relaciones y de Gobernación; Ramírez fué substituído en Justicia é Instrucción Pública por el abogado poblano D. Joaquín Ruiz, y éstos fueron los cambios más significativos. El departamento de la Guerra había sido desde antes encargado al general Zaragoza, y los de Hacienda y Fomento siguieron por algún tiempo despachados por los oficiales mayores Don Francisco de P. Gochicoa el primero, y el segundo por el eminente historiógrafo D. Manuel Orozco y Berra. Un poco más tarde fueron nombrados Ministros Castaños, diputado jalisciense, y el ingeniero D. Blas Balcárcel, fidelísimo amigo de Juárez.

¶ El Sr. Guzmán no era un hombre común y corriente: Juan Mateos, muchos años después de éste en que por segunda vez fué Ministro, lo comparó, con cáustico donaire, á Don Quijote: mucho había de cierto en el irreverente símil. Muy



moreno, de grandes ojos expresivos y dulces, menos cuando la ira ó el entusiasmo relampagueaban en ellos, mestizo fuertemente dosificado de sangre indígena, muy inteligente, de elocuencia apasionada y viril, sensual como un girondino, pero de rígidas virtudes cívicas, D. León Guzmán llevó al Ministerio lo que Juárez le pedía con absoluta buena fe: un amor intransigente por la Constitución de 57 y fe en la Reforma. Y era efectivamente un poco quijotesco ese amor; aquel enjuto, aquel amojamado Ministro, amaba y creía en la Constitución como en Dulcinea. Con razón: tomando ejemplo del último caballero andante, su amada era su obra. D. León Guzmán, encargado de revisar el texto constitucional, lo ordenó y aclaró á su modo, él solo, porque á él solo quedó reducida una comisión nombrada con ese objeto, ¡y LA MINUTA de la Constitución actual fué aprobada de prisa por un Congreso expirante! Ése es nuestro texto constitucional, obra de Guzmán. Su Dulcinea era, pues, su hija; y, por cierto, que había llegado á convencerse de que era una especie de libro sagrado el de la Ley fundamental.

℄ Su primer acto fué perseguir LA LEVA, precisamente la violación más palmaria, más odiosa, más ostensible y habitual de libertad humana. Todos los gobernadores, todos los jefes políticos, todos los oficiales conminados por el Ministro se apresuraron á no hacerle caso. Para formar ejércitos voluntarios se necesita que los soldados sean cuantiosos; en aquellos momentos, en la República, no lo eran, no eran ni cuantiosos ni nada. Las arcas públicas, llenas de telarañas, no tenían oportunidad de verse limpias de ellas; no había otro tesoro que la bolsa de los agiotistas. La necesidad de un ejército en poder de la federación para hacer á medias, ó á tercias siquiera, la policía de la República en fermentación pútrida de anarquía y desorganización, era demasiado evidente para que los principistas más rectilíneos no se sintiesen obligados á cerrar los ojos; los cerraban; Guzmán los quiso tener abiertos y se empeñó en imposibles. No había más remedio que uno: legalizar las violaciones, suspender las garantías, dar la razón á cuantos decían que la Constitución estaba destinada á ser un mito, que jamás se gobernaría con ella. Había que dejar decir, había que salvar la situación. Éste fué el verdadero secreto del paso efímero del Sr. Guzmán por el Ministerio. Cuéntase de él, que, en cierta época en que funcionaba como juez del crimen, tuvo un caso evidente de pena capital; las circunstancias del delito eran atroces, las pruebas concluyentes, terminantísima la ley; así lo expuso el juez en los muy bien razonados CONSIDERANDOS de su sentencia; apurado el razonamiento, agregó una simple línea: «Siendo el que suscribe enemigo profundamente convencido de la pena de muerte, fallo...» Falló que debía aplicarse al reo la pena inmediata á la capital. ¡Caso de gravísima responsabilidad; el juez dejaba voluntariamente y á sabiendas de ser el órgano de la ley, para serlo exclusivamente de su conciencia! El juez Guzmán tuvo que abandonar el puesto.

℄ No andaba muy lejos de ese Bayardo de la Constitución, el abogado D. Joaquín Ruiz. Liberal moderado por temperamento, por ideas, lo había hecho figurar en las filas del partido radical su exaltación contra toda tiranía, su ilimitado amor á la libertad. Era famosa su tremenda filípica contra Santa Anna, cuando

éste vino del extranjero por última vez, gracias al nefasto plan de Jalisco. Guillermo Prieto habla en sus «Memorias» con pintoresca vivacidad de la embajada enviada por Puebla para saludar AL GENERAL; del abogadillo de aspecto indígena, que la acaudillaba; de su discurso, que fué una tremenda invectiva preñada de fundados reproches contra el dictador y la dictadura, discurso resumible en cinco palabras: «No tenemos confianza en Vd.», y del enojo verde, blanco y rojo del omnipotente repatriado. Caro la pagó el audaz abogadillo... De allí le venía la confianza que en su entereza y probidad tenía todo el partido liberal y que debe de haber resonado como un eco lejano en su conciencia pura, cuando, años después, rindió su frente de estoico ante la muerte... ¡Honra del nombre mejicano fué este repúblico! Juárez, al escogerlo por su consejero, estuvo muy bien inspirado. ¿Pero qué podía hacer el ministro de Justicia, si la acción del Gobierno apenas llegaba débil al perímetro de la región central, si á los extremos casi jamás llegaba, si no se podía gobernar? «No es posible», decía Juárez por aquellos meses al general D. Ignacio Mejía, casi con las lágrimas en los ojos, «no es posible gobernar en estas condiciones, nadie obedece, á nadie puedo obligar á obedecer.» Las primeras palabras que dijo al Presidente su ministro de la Guerra el año de 1867, cuando después del triunfo de la República se encontraron á solas en el Palacio Nacional, fueron éstas: «Ahora sí va Vd. á hacerse obedecer, se lo prometo.»

℄ Como siempre, la llave de la situación estaba en el ministerio de Hacienda; allí se necesitaba un taumaturgo, uno capaz de sacar algo de la nada, un alquimista que transmutase los TLACOS en pesos, el cobre en plata. El Sr. Castaños, de Guadalajara, de cuya habilidad salían garantes algunos Ministros y Diputados, ocupó la asendereada cartera y tropezó á los primeros pasos con una insostenible situación. No había más que un remedio, Guillermo Prieto lo había indicado: librar las rentas federales, es decir, aduanales, que eran el lote mayor de ellas, de las obligaciones de la deuda exterior que reportaban y forzar á los Estados á no disponer de las que se recaudaban en ellos, como, á pesar de las recomendaciones y amenazas, lo estaban haciendo casi todos. Pero el paso era gravísimo por las complicaciones diplomáticas en que nos iba á enredar, si no se preparaba convenientemente. Mientras se vacilaba sobre esta medida radical, algo había que hacer.

℄ El Congreso, penetrado de la imponderable gravedad de la situación, había obsequiado todas las indicaciones del Ejecutivo, y sus determinaciones no podían ser más explícitas. Recordaban las del primer Congreso mejicano ante la penuria de la administración de la regencia que presidió Iturbide. No tenía diez días de reunido cuando autorizó al Gobierno para que se proporcionase un millón de pesos. Hizo más: dió permiso al Ejecutivo para dar curso forzoso á escrituras de capitales nacionales impuestos sobre fincas rústicas y urbanas hasta llegar al millón susodicho y al mismo tiempo suspendió por un año los pagos á los acreedores del erario, exceptuando los que estuviesen amparados por las CONVENCIONES y los que poseyesen créditos provenientes de la ocupación de la CONDUCTA en Laguna Seca por Doblado y Degollado. Todo lo que quedase así disponible debería

consagrarse estrictamente á los gastos administrativos. Entre tanto, el Ejecutivo organizaría el crédito público, lo que no era pequeña empresa; aboliría las aduanas interiores y otras cosas de esas que no se hacen sino cuando se ha hecho primero con puño de hierro, pero un puño que sepa abrirse á tiempo, la tranquilidad y la paz. Más significativo que todo era la prevención de iniciar arreglos para suspender el pago de las convenciones : esto sí era importante, esto sí era necesario.

¶ ¡Negros días de penuria, de expedientes vergonzantes, de hambre, de falta de rancho para el soldado, de falta de pan (de carne no había que hablar) para los presos, de falta de prorrateo para el empleado! Inútil es pensar hoy en las medidas que habrían podido tomarse, en las combinaciones que habrían podido hacerse; la falta de PREST convertía no sólo al soldado en un desertor á la primera oportunidad, sino al oficial en un PRONUNCIADO en el primer momento propicio; la de sueldo, convertía al empleado en un FRONDEUR implacable, en un perenne conspirador intangible é impunible : la burocracia famélica era la mancha de aceite del descontento que acabaría por llenar toda la tela administrativa. ¡Hablar de deber, de patria á gente así!

¶ El ministro Castaños no se anduvo por las ramas. El Congreso lo había autorizado para proporcionarse un millón de pesos, ¿por qué medios? Al Ejecutivo tocaba excogitarlos y el PRÉSTAMO FORZOSO latía en esa autorización. Así fué : se asignaron al Estado de Jalisco 250,000 pesos y los 750,000 restantes al Distrito Federal, sobre todo, es decir, á la ciudad de Méjico. En seis quincenas deberían estar cubiertas las cuotas; publicóse la lista de LOS CAUSANTES con las conminaciones correspondientes y la promesa de otorgarles escrituras sobre bienes nacionalizados deudores del erario. En esa lista figuraban casi todos los próceres de la burguesía conservadora con cuotas próximas á cincuenta mil pesos ó de treinta ó veintiuno ó doce. Ahí se leían los nombres de Mier y Terán, Iturbe, Pérez Gálvez, Escandón, Pacheco; luego los de Goríbar, Buch, Rojas, Echeverría, Portilla, Gutiérrez Estrada (familia yucateca, íntimamente enlazada con el padre de la intervención monarquista y recientemente radicada en Méjico), Rul, Rincón Gallardo, Bringas, Moncada, Rubio, etc. Entre estas ciento treinta ó cuarenta víctimas, no figuraban otros extranjeros que unos cuantos españoles; algunos liberales del partido moderado y dos ó cuatro adjudicatarios figuraban también en ellas. Imaginarse la polvareda de protestas, de súplicas, de amenazas, de promesas que levantó aquella medida sería vano ahora ; se necesitaría revivir aquella atmósfera de miserias, de encono, de rapiñas y de indiferencia absoluta de las clases acomodadas por el bien procomunal, para tener una pálida idea de la ira lívida que produjo en nuestra pseudo-aristocracia aquel atentado. ¿Pero, se recogió el dinero? Algo; entendemos que no llegó á la mitad lo recaudado. Así era siempre; las medidas extremas aquí se estrellaban, por fortuna quizás, en el compadrazgo, en la camaradería, en los lloros de la señora, en las deprecaciones del enemigo implacable que en aquellos momentos forraba la zarpa con guantes de terciopelo, en las recomendaciones de los mismos autores de las medidas draconianas.

¶ Fué un expediente éste que convirtió definitivamente á la alta burguesía ur–

bana en partidaria de la intervención futura. Los liberales no eran más que salteadores, que plagiarios... ¡Los PLATEADOS, que constituídos en gavillas bien organizadas, con trajes de charros mejicanos recamados de adornos de plata (según contaban los porteros, sacristanes y cocineras, por eso les llamaban «plateados») gobernaban los caminos, ponían á contribución LAS DILIGENCIAS y sillas de posta, cobraban tributos en las poblaciones cortas, amagaban los suburbios de las poblaciones grandes y tenían á su merced el tráfico, el honor y la vida de todos los transeuntes en la Mesa Central principalmente; los plateados eran para los burgueses lo mismo que los liberales! Un nombre valía tanto como el otro. Se refería (y lo singular es que en esas anécdotas, que hoy nos parecen un poco absurdas, había un fondo cierto), se refería que un general García de León llevaba los rubíes y los zafiros de las custodias en los chapetones de su JARANO, y en los botones de sus calzoneras, perlas arrancadas á las imágenes de la Virgen, y que un general cubano, CHINACO rabioso, había hecho engastar, en sus zapatillas de terciopelo, diamantes tomados DE LAS TRES POTENCIAS de un Jesús Nazareno de no sé qué catedral saqueada. Eso eran los liberales, se decía en las sacristías, las porterías y las cocinas; y se repetía más arriba en los salones; y más alto en los bufetes de los Coutos, de los Atristain, de los Arango, Monjardín, Pavón; en los despachos de los Escandón, Mier, Gargollo, Teresa, Rubio; y más alto en las tertulias de los canónigos, en los gabinetes de los ministros de Francia, de Prusia, y más ostensiblemente, en los periódicos reaccionarios, que tenían la audaz desfachatez (en realidad era un valor temerario) de salir á luz lanza en ristre; y en los manifiestos del trashumante presidente de las guerrillas D. Félix Zuloaga, que merodeaba por el Sur ó por Michoacán y el Estado de Méjico.

℄ Pero quien recogía en su persona los odios, las aversiones, los rencores, las maldiciones de todos aquellos lastimados, ó en sus bolsillos ó en sus creencias, era Juárez. Y en esta hostilidad fermentaba, no sólo la levadura del sentimiento religioso cruelmente herido, sino una especie de protesta sorda de raza humillada, de conquistadores sometidos á un descendiente de los conquistados, de criollos condenados á obedecer á un indio. Otro indio había sido Presidente, uno nada más, los otros habían sido ó mestizos ó blancos. Y aquel pobre indio heroico, á pesar de sus servicios y su abrazo á Iturbide en Acatempam, ¡cómo fué despreciado y escarnecido, y perseguido por los criollos, hasta hacerlo morir en el calvario de Cuilapam!

℄ Una sentencia corría de boca en boca en aquella sociedad que iba á cambiar de piel como las serpientes : Juárez era un indio inepto; su único mérito consistía en saberse inmovilizar, era el mérito de un poste, del dios-término, como le llamaba con supina irreverencia un ardiente radical. Esto, ya lo hemos dicho y lo repetiremos cuantas veces nos encontremos con esta aserción, esto era una insigne mentira; bastaba cruzar palabras con él durante diez minutos, para quedar convencido de la claridad de su buen sentido, para percibir en él una conciencia exactísima de su obra y su trascendencia. La impasibilidad de su fisonomía y su silencio habitual lo hacían parecer de obsidiana más que de hueso y

carne; ésa era una máscara. Allí dentro palpitaba un alma apasionada, entera, toda tramada de energía, de reflejos luminosos de un altísimo ideal de redención social, de patria... y de razón, de razón sobre todo, de razón que se traducía en juicio ponderado, en equilibrio mental estabilísimo y firme. Si algún día se llega á formar, en parte por lo menos, la colección de las cartas auténticas del Sr. Juárez, innumerables de ellas escritas de su puño y letra (esperamos que se haga alguna vez este gran servicio á nuestra historia), ellas dirán todo lo que este hombre ponía de patriótico y recto criterio en la dirección práctica de los negocios; por todas partes tocaba la fibra, el sentimiento que sabía que debía vibrar : en unos, la conveniencia, el interés; en otros, la abnegación, el deber; en todos, la conciencia, el mejicanismo, la devoción por la República y la Reforma...

¶ El partido liberal militante, con raras excepciones (raras, pero muy valiosas), se sentía obligado por esta implacable aversión á apretarse cada vez más en torno de Juárez; su popularidad entre los radicales venía de su impopularidad entre los reaccionarios; el INMÓVIL POSTE resultaba un asta en que flotaba una bandera, la bandera de la Reforma, la que en medio del tremendo huracán de la intervención y el imperio iba á tornarse en bandera de la Patria.

* * *

¶ Al comenzar Junio estalló una bomba. Unas gavillas reaccionarias se habían apoderado del Sr. Ocampo en su hacienda de Pomoca, se habían incorporado á las fuerzas que acaudillaba Márquez y custodiaban al pseudo-presidente Zuloaga, y el ilustre prisionero, conducido hasta Tepeji del Río, había sido fusilado ¿de orden de Márquez? ¿de orden de Zuloaga? Había sido fusilado. La impresión fué hondísima, como de estupor; el Gobierno se enderezó airado y estalló el Congreso en una explosión casi salvaje de ira.

¶ ¿Qué hacía Ocampo en Pomoca (su anagrama)? Era su hacienda favorita en el fértil terruño michoacano; allí cultivaba los campos apasionadamente, como siempre lo había hecho, sembraba flores, cosechaba legumbres, era feliz. Al pasar por Toluca, cuando dejó el Ministerio, su hermano, D. Manuel Alas, apuró los ruegos y las súplicas cariñosas, casi de rodillas le pidió que no fuera á aislarse en aquellas soledades, expuesto á un atropello de las gavillas de foragidos que fácilmente podrían presentarse por allí; expuesto á Márquez, es decir, al odio implacable, á la venganza despiadada, á la muerte irremisible, porque Márquez, si para algunos y algunas era un ángel, todos convenían en que era el ángel exterminador, era Azrael. El Sr. Ocampo no hizo aprecio de los temores de Alas : «Nada tengo que temer, decía, no he hecho mal á nadie; he procurado servir á mi país conforme á mis ideas; es todo lo que puede exigirse á un ciudadano». Nada más justo que este modo de ver; nada más quimérico. Jamás se ha juzgado así en la tierra; apenas uno que otro juez sereno é imparcial, como los pedía Ocampo, podía surgir para él en la posteridad y en la Historia; mal podía pedir

eso á los bandidos y guerrilleros desaforados que formaban las hordas de Márquez, y ésos constituirían su futuro tribunal y sus futuros jueces. Su sentencia estaba pronunciada de antemano, y cuando Lindoro Cajiga lo fué á capturar á Pomoca, ya Ocampo estaba condenado á muerte. Este asesinato entraba en la lógica de la situación. Márquez se sentía reo de un delito inexpiable; sabía que el partido liberal en masa lo excluía del perdón; su castigo, su castigo capital parecía necesario como una especie de sanción de la justicia con que se había conquistado la Reforma. ¡Si en aquellos momentos cualquier individuo del grupo triunfante hubiese podido leer en lo porvenir y entrever al hombre impune pisar de nuevo el suelo de su patria, que, á depender de él, habría quedado convertido para siempre en un cementerio! Un hombre imperdonable no perdona, y la triste comedia representada largos años después entre el supremo ejecutor de las altas obras de la reacción y el pseudo-presidente Zuloaga echándose recíprocamente en cara la responsabilidad del asesinato, es un sarcasmo agregado al crimen. En la conciencia nacional estaba el nombre del autor estampado con sangre; ¿los otros eran cómplices, en qué grado? Ésta era la cuestión única : ¿Zuloaga ayudó á hacer ó dejó de hacer? De los documentos publicados, lo último parece probable.

℃ En aquellos momentos febriles no se analizaba nada, ni había voluntad ni datos para hacerlo; un áspero deseo de venganza invadió á la Asamblea y á los Gobiernos y á las masas libertarias. Juárez, ante esta formidable explosión de ira, no perdió un solo instante la serenidad; ninguno más afectado que él por la muerte de Ocampo; habían llegado desde los tiempos mismos del destierro á una profunda estimación mutua : el carácter de Juárez reanimaba á Ocampo y lastraba los ímpetus de su impaciencia, y las ideas de Ocampo calentaban y enriquecían la savia intelectual en Juárez. Cuando las desavenencias entre Lerdo y Ocampo, que, imprudentemente quizás, hicieron públicas y mostraron profundas disidencias de convicción y conducta política entre ambos próceres reformistas, se vió claro que Ocampo y Juárez estaban unimismados y que en realidad el primero combatía por el prestigio del segundo, lo que equivalía á decir, por su candidatura á la Presidencia, que tenía en Lerdo formidable adversario. Así es que su emoción fué hondísima al conocer el execrable crimen; pero mientras la representación popular y el pueblo urbano, agitado hasta el frenesí por los tribunos, eran la encarnación viva de la venganza, Juárez representaba la justicia; no una pasión, sino un deber, y con la espada de la justicia en la mano habló á la nación : «El pueblo mejicano, olvidado por un momento de su buena índole, ha gritado venganza; toca al poder judicial desarmar su justo enojo, castigando ejemplarmente á los que turban su tranquilidad; que sea la aplicación inexorable de las leyes el correctivo de su exaltación.» Con estas palabras de acero interpretó el ministro Ruiz el pensamiento de Juárez.

℃ Esta actitud era un servicio á la causa, porque todos parecían haber perdido la cabeza en las sesiones tumultuosas de la Cámara, en la plaza pública y en la prensa. Era una especie de trepidación de opiniones exaltadas, y lo más frenético parecía lo mejor : erigir la Cámara en Convención, lo que traía por conse-

cuencia inmediata la supresión del poder Ejecutivo, lo que sonreía á los enemigos de Juárez; nombramiento de un comité de salud pública, especie de tribunal revolucionario, que juzgase y matase pronto. Como en los días duros de la Revolución que parodiaban los energúmenos, había invasiones de la Cámara por las multitudes y derroche de elocuencia vertiginosa en los clubs. Para responder á la excitación intensa del grupo que en la ciudad se imponía á los tímidos, á los medrosos, á los hostiles, el legislador quería á golpes de leyes matar LA HIDRA DE LA REACCIÓN, la de las cien cabezas. Al Ejecutivo, que se procurara recursos para destruir la reacción «de cualquiera manera que sea.» Y esto en verdad apenas era legislar. Suspensión de garantías, primero, para coger leva : todo individuo podía ser obligado á prestar servicios personales en caso de interés público nacional. Calificaba el Gobierno, se entiende. ¡Y D. León Guzmán, á pesar de su rectilinealidad constitucional, firmaba esto! En cuanto á la prensa, quedaba solemnemente amordazada en todo aquello que contrariase las leyes de Reforma, ó afectase directa ó indirectamente la independencia, las instituciones, el orden ó el prestigio de los poderes; el Gobierno podía prevenir el fallo judicial, imponiendo á los escritores multas que podían llegar á mil pesos (eran solidarios de la falta los dueños de las imprentas), pena conmutable en prisión ó confinamiento. Por supuesto, el Gobierno calificaba y la Cámara se sacrificaba : ¡hasta sus individuos podían ser condenados!

Ⅽ Y con las garantías del artículo 5.° y del artículo 7.°, también venían por tierra la libertad de asociarse ó de celebrar MEETINGS sin licencia de la autoridad; venía por tierra la supresión de los tribunales especiales y de las leyes AD HOC; la obligación de los jueces para dejar en libertad caucional á todo individuo cuyo presupuesto delito no estuviese sancionado por una pena corporal y la de poner en libertad á cualquier acusado á los tres días de prisión, si no hubiese méritos para declararlo bien preso; se suprimían, en beneficio de la acción gubernativa, los requisitos que debía tener para ser acatado un auto de prisión (los fundamentos) y se daba, por la suspensión de la garantía consignada en el artículo 21.°, la autoridad judicial al Ejecutivo en materia penal, cosa que se podía hacer en efecto y que probaba cuán mal empleado estaba el adverbio NUNCA insertado en el artículo 50.° de la Constitución, al dividir en tres partes inconfundibles el Poder Federal. La verdad es que, por la fuerza de las cosas, los tres poderes clásicos (judicial, administrativo y legislativo) siempre divididos, confúndense á veces y precisa que se confundan, sin lo que resultaría anárquica la acción del Estado.

Ⅽ Inútil es decir que Juárez se apresuró á compartir estas facultades discrecionales con los gobernadores. Y si ante el asesinato de un ciudadano por ilustre que fuera, y no podía haber en Méjico ninguno más ilustre que EL COLGADO por Márquez en Tepeji del Río, se creía necesario resucitar la dictadura, ¡qué triunfo para cuantos afirmaban que la observancia cabal de la Constitución sería por largos años una quimera en nuestro país!

Ⅽ Pero hubo algo más terrible y que realmente dió un aspecto casi trágico al Congreso; al primer grito de CAVEANT CONSULES, habían sucedido las mociones vengadoras : EL DELITO EXECRABLE DE PLAGIO (todo el que de autoridad privada apri-

sionase ó cautivase una ó más personas exigiéndoles rescate ó servicios ó un canje con personas presas por autoridad legítima para dejarlos libres era un PLAGIARIO) se declaraba digno en primer grado de la pena de muerte. Ocampo había sido plagiado, y la noticia de su captura y su asesinato se recibieron un día tras otro; si los términos de la ley hubiesen llegado á noticias de los forajidos que rodeaban á Ocampo, á quien alguno de sus plagiarios quiso canjear, según se dice, ellos les habrían bastado para cometer el crimen que Márquez había premeditado y de que en realidad Ocampo no podía libertarse. El ministro de Francia; alguna persona que á Márquez había salvado la vida; la esposa del general Zuloaga, que se preciaba de haber tenido amistad con Ocampo y de estimarlo, enviaron sus deprecaciones al aduar; nada, había allí una guadaña inflexible; Ocampo debía morir; era un honrado, era un sincero, era un pensamiento alto, una conciencia inmensa : era, pues, un blanco incomparable para el odio mortal del supremo verdugo; matar una conciencia, un pensamiento, una idea al matar un hombre, ¡oh, voluptuosidad divina! ¡Cuántas, el Dios befado por el ateo, por el filósofo sin religión (porque ser bueno no es ser religioso), cuántas bendiciones haría llover sobre la cabeza de su feroz campeón! Ocampo hizo su testamento estoico, sencillo, sublime, sin un reproche, sin una plegaria; y sin doblarse, murió!

℄ Llegaron en fragmentos, en jirones ensangrentados estos detalles, un jirón ensangrentado era también el testamento, luego llegó el cadáver; el Congreso respondió con un trueno de cólera : á precio, las cabezas de Zuloaga, de Márquez, de Mejía, de Cobos, de Cajiga; un jalisciense agregó : Lozada. ¡Diez mil pesos al que libertara á la sociedad de estos monstruos, mereciendo bien del género humano! A este espasmo rabioso de los legisladores, que creían poder contestar á la muerte real con la muerte legal y al homicidio proditorio con el terror escrito, contestó el alarido salvaje de las multitudes; corrían desatentadas á la Acordada, al Arzobispado y de aquí al Palacio Nacional buscando á quien devorar. Entre los presos políticos había dos odiados en masa, aunque muy apreciados por cuantos liberales los conocían : el general Casanova, prócer del ejército conservador, y el abogado D. Isidro Díaz, concuñado y ministro del general Miramón. Por eso, por haber sido Ministro cuando de las cajas de la legación extrajo Márquez el dinero inglés, al ser aprehendido en los momentos de su evasión, el ministro Mathews había pedido casi desembozadamente su muerte; una ley terrible lo tenía en sus garras; Ocampo lo quiso salvar y lo salvó; fué uno de sus pocos actos como Ministro á raíz del triunfo de la Reforma; su voto y su influencia eran entonces decisivos en el Consejo de Ministros. Esto precisamente servía de tema á los vociferadores de club : «Mientras nosotros perdonamos, ellos matan; matemos.»

℄ Afortunadamente, el comandante militar era Leandro Valle. Era por extremo popular; su papel durante la guerra de Tres Años, siempre luchando, prodigando su trabajo, su inteligencia y su vida en Jalisco y luego en el Bajío, en donde había sido uno de los principales organizadores de la victoria; su conducta caballeresca con Miramón, su hermano de colegio, que al huir le había confiado su familia; la exaltación de su anticlericalismo, su temperamento comunicativo,

jovial, franco y decidor; hasta su figura : el cabello cortísimo, la tez blanca y casi imberbe exceptuando en la parte inferior de la cara cerrada por puntiaguda barbilla; el cuerpo mediano, fornido, ligero y suelto, la mirada chispeante y franca, hasta el sombrerillo negro plantado siempre sobre la parte alta y posterior del cráneo, dejando toda la amplia frente descubierta, lo había fijado profundamente en el afecto de su partido y en la retina y la admiración de la muchedumbre. Cuando ésta, como una fiera en libertad, quiso hacer presa en los prisioneros políticos, se encontró con Valle; casi solo, abriendo los brazos como para cubrir mejor á los prisioneros, prometiendo justicia, pero rechazando el crimen, se impuso á aquellos frenéticos, y los grupos dementes abandonaron momentáneamente la empresa gritando : «¡Mueran los mochos, viva EL PELÓN VALLE!»

℄ Otras víctimas fueron designadas : los periodistas reaccionarios. Con verdadero valor, dada la temperatura moral de aquellos meses del sesenta y uno, uno de ellos, sobre todo, Villanueva, hijo de una cantante italiana de cierta celebridad, la Francesconi, había puesto, guiado por intensa pasión religiosa, toda su laboriosidad y su ingenio al servicio del partido vencido. No puede decirse ni que fuera un hombre de talento ni de ilustración; era muy buen conocedor de la parte industrial del periodismo de entonces, entero de corazón y tenaz como nadie en su peligrosa tarea; sabía que jugaba la vida, la jugaba con intrépida constancia. Su periódico, EL PÁJARO VERDE (el verde era el color favorito de los MOCHOS, como el rojo el de los CHINACOS), tenía el don de exasperar á los rojos; no sólo querían la victoria, sino el sometimiento silencioso de los vencidos : y así ha sucedido y sucederá siempre; las guerras civiles no son sino indirectamente y de lejos luchas de principios; lo son de sentimientos, de intereses, de apetitos; el liberal no luchaba por la libertad, sino por arrancar privilegios y poder á los reaccionarios; éstos no bregaban por la religión, sino por sus fueros y por el dinero de la Iglesia; los principios son lentos ideales que tardan á veces siglos en hacer descender su luz, de las cimas que iluminan en su aurora, á las pendientes, á las bases de la humanidad, montaña de sombra. En un abrir y cerrar de ojos, un club en que se demostró que EL PÁJARO VERDE era el anagrama de ARDE PLEBE ROJA, decretó la destrucción del periódico, y, ante las indiferentes miradas de la policía, todo fué reducido á escombros y cenizas en la instalación del periódico reactor. Aquello se hizo riendo y cantando las coplas ultrapopulares de Guillermo Prieto : «Cangrejos al compás, marchemos para atrás, zis, zis, zas, viva la libertad!», decía el estribillo; las estrofas, hechas y deshechas á gusto de los CAPI DI CORO del populacho, desbordaban de sarcasmo grosero á veces, sangriento siempre y salpicado del CHILE y la sal gruesa que eran el encanto de los suburbios y de los estudiantes. Los que por esas épocas nos acercábamos á los quince años, sazonábamos con esos chuscos cantares de risa y odio el pasto seco de LAS REGLAS DEL NEBRIJA (así al través del latín habíamos hecho de Lebrija, Nebrija, porque nuestra gramática lo llamaba Nebrisensis). Y alguna vez recuerdo algo de esas reglas, de lo que creo que nada recuerdo es del latín. ¡Oh Virgilio, augusto padre y señor; en esas épocas te aborrecí, cuánto te aborrecí!

¶ Juárez había asegurado al cuerpo diplomático que sólo la justicia dispondría de la libertad y la vida de los reos políticos y no el motín ni el demagogo, y había cumplido su promesa; ni un solo momento perdió la conciencia de su deber, ni ante las prescripciones furibundas de la Cámara, ni ante las protestas dementes de la multitud. Habría querido organizar la represión de las hordas reaccionarias de un modo rápido y eficaz, contando con las combinaciones tranquilas y reflexivas de Zaragoza, el ministro de la Guerra que había acudido á González Ortega, dueño (así puede decirse) del grupo más numeroso y mejor armado del ejército liberal; pero la impaciencia pública rayaba en delirio. Degollado, que estaba sujeto á un proceso por la responsabilidad que del famoso PLAN DE PACIFICACIÓN convenido con el Ministro inglés le resultaba, lleno de emoción al saber la muerte de Ocampo, su admirado conterráneo y su amigo profundamente amado, se presentó á la Cámara, donde palpitaban las mociones candentes como la formación de un nuevo Gabinete, la confiscación de los bienes de los presos políticos, la exclaustración de las monjas, la expulsión de los clérigos, etc., etc., y pidió licencia para ir al campo de batalla á vengar la muerte de Ocampo, á reserva de ponerse inmediatamente después á disposición del gran jurado. Por aclamación declaró la Cámara que utilizaría los servicios de aquel reo de conciencia pura, incapaz de dolo é incapaz de cobardía, y hubo necesidad de improvisar una expedición concertada entre Méjico y Toluca. Y muchos lo temían y muchos lo sabían, no pocos lo esperaban : D. Santos iría al desastre; era su sino.
¶ Mientras con fuerzas trabajosamente reunidas se disponía Degollado á entrar en campaña, el partido liberal hacía á Ocampo suntuosos funerales laicos. Huraña y displicente y asustada la sociedad conservadora que tenía horror al impío, pero no aprobaba el asesinato; indiferente en el fondo, aunque facticiamente indignada, la multitud; la burguesía liberal y la mayoría de la clase obrera, indignadas de veras y hondamente conmovidas, todos presenciaron la pompa oficial severa, imponente y triste de las exequias. Estas grandiosas ritualidades cívicas, que entonces se repitieron mucho, causaban indecible desazón en la sociedad, piadosa y profundamente católica hasta en las familias de los próceres liberales. Se trataba, por regla general, de hombres manifiestamente enemigos de la Iglesia, que morían sin confesión, que morían haciéndola á un lado con un ademán simple y que parecía satánico y heroico á un tiempo á las señoras; así el de Ocampo. Estos enterrados con tamaña pompa eran, pues, según todas las probabilidades, unos réprobos sentenciados al infierno por la ira divina. ¿Cómo, pues, se les hacían esas apoteosis? ¿Por qué se insultaba de tan cruel manera la creencia, el sentimiento religioso que podía llamarse con buen derecho el sentimiento público? Era porque los reformistas tenían otro modo de ver la religión; porque aquellos hombres, á quienes se tributaban tamaños homenajes, habían sido buenos desde el momento que, á su modo de ver, eran buenos ciudadanos; tenían, como decían todos los demagogos, VIRTUDES CÍVICAS : socorridísimo clisé de aquellos días. Luego, entonces, no era una lucha política aquélla, era una lucha religiosa. Para los liberales, no se necesitaba CREER; para merecer el cielo, bastaba con obrar bien; y, según ellos, la justicia divina, tal como la entendían

los católicos, resultaba inferior, menos justicia por ser menos bondad, que la justicia humana. Y todo esto suscitaba un odio inmenso á los triunfadores, á Juárez en primer término, y de ese odio resultó también un extremecimiento en las conciencias, una duda en las inteligencias, un dolor en los corazones buenos. Los entierros cívicos eran surcos abiertos con el arado de la muerte en la imaginación popular, en la fe de la grey católica que protestaba y pasaba del pasmo á la reflexión : la simiente de la libertad religiosa empezaba entonces su fermentación misteriosa; el grano contenía todo el árbol, todo el porvenir.

***

℄ Profundamente llegó á penetrarse el partido reformista de la necesidad de reunificarse frente á la audacia del enemigo que, con un ejército fragmentario y agavillado en núcleos dispersos de bandoleros, desde la región central de la Mesa hasta el Nayarit, tenía todos los arrojos y ostentaba todas las temeridades, no sólo porque sentía ante él, incoherente y desmantelado de recursos al Gobierno de Méjico, sino porque tenía la intuición de un franco ó sordo apoyo de la burguesía amenazada por el impuesto ó por el brusco ataque á sus hábitos piadosos, lo mismo en la capital que en Puebla, Querétaro, San Luis, Guanajuato y Guadalajara; bastiones semideshechos, pero en pie, de la reacción vencida. De esta necesidad, que tomó caracteres de peligro público en los primeros días de Junio de 1861, nació el CONSENSUS para declarar á Juárez presidente de la República. Si alguna elección resultaba legal y positiva era la suya. Todo le había sido obstáculo : la popularidad de Lerdo entre la burguesía liberal que se codeaba día á día con la burguesía conservadora moderada; la popularidad de González Ortega en el ejército; la mala voluntad de la colonia extranjera rica, la española, sobre todo, que lo tenía por enemigo personal, que lo temía por entrever en él no sabemos qué especie de solapado comunista cuyo designio secreto era devolver á su raza la tierra usurpada por los conquistadores, y cosa singular, hasta alguno de sus Ministros había puesto su influencia oficial del lado de la candidatura del autor de la ley de nacionalización. A pesar de todo, la votación, movida principalmente en los Estados por los grupos radicales y por las influencias de muchos gobernadores, perfectamente explicable en un país que ó no conocía ó no quería ó no podía usar de su derecho de elegir y lo abdicaba tácitamente en los que mandaban, llegó á superar en favor de Juárez á la que arrojaban reunidas las que se habían expresado en favor de sus rivales, de los cuales había uno desaparecido del mundo, quedando los votos emitidos por él simplemente para facilitar un conjunto general de electores. Por más de cinco mil votos quedó electo Juárez. ¿Hubo oposición á este testimonio de la voluntad del país votante? Apenas, el joven é impetuoso diputado Vicente Riva Palacio adujo una falsa interpretación de la ley electoral que, según él, exigía la mayoría absoluta de electores IN POTENTIA NO IN ACTU; mientras que lo genuino era fijar un QUORUM comparado con el total posible (y en extremo incierto por la falta de estadísticas) de electores y buscar la mayoría absoluta de votantes. Esto hizo la Cámara, lo repetimos.

¶ Hacía algún tiempo que había despejado el terreno electoral por medio de una aclaración respecto de Comonfort. Ya se sabía que Vidaurri, el inquieto cacique de Nuevo León, lo había llamado de su destierro voluntario; después de vacilar un poco, el expresidente (esto se supo luego) había penetrado en el país cuando todavía sus títulos presidenciales, de origen absolutamente legítimo por cierto, parecían vivos, pues los cuatro años de su período legal no fenecían sino en Diciembre de 1861. En realidad no existían desde el golpe de Estado; Comonfort mismo se había encargado de anonadarlos y no había una palabra que añadir al hecho; hablaba por sí solo. El Sr. Juárez no había sido Presidente por la ausencia de Comonfort, sino por la rebelión de éste contra la Constitución de que su poder emanaba, y porque, por una aberración infinita, precisamente la forma de esta rebelión había sido el aniquilamiento del título legal del rebelde. No había, pues, necesidad de una declaración de la Cámara en este sentido; mas la asamblea creyó justo hacerla y esa declaración no pudo ser ni más absoluta ni más lacónica: «En Diciembre de 1857 D. Ignacio Comonfort cesó de ser Presidente de la República.» Para someterlo á juicio se ordenó á Vidaurri que lo prendiera; pero el cacique se apresuró á desobedecer la orden, y Comonfort esperó, sin intentar nada, el cumplimiento de los decretos del destino, diremos aquí retóricamente, pensando en que esos decretos y ese destino no pudieron ser ni más adversos para la Patria los primeros, ni para él más trágico el segundo.

¶ Juárez tomó posesión de su primera Presidencia constitucional el 15 de Junio: este período debería acabar en 1865; acabó en plena lucha con la intervención francesa y el imperio. En esa fecha el Presidente constitucional se metamorfoseó en el supremo caudillo de la Patria en peligro, hasta la victoria, hasta la nueva elección, hasta el segundo período constitucional en 1867. ¿Quién hubiera podido presentir este porvenir entonces? No, nadie en sus episodios y detalles, algunos de los que, aun hoy, parecen un sueño; sí, en un aspecto general; el de la tempestad; el de la borrasca sucediendo á la borrasca; el del partido reaccionario empeñándose en complicar á Europa en nuestros asuntos interiores, lo cual tendría, si se lograba, gracias á la situación de los Estados Unidos, imprevisibles consecuencias; el del partido liberal dividiéndose y desgarrándose y apelando á la guerra civil inmediatamente después del triunfo definitivo. Pero detrás de este muro de sombra, la fe de Juárez en el derecho y en el porvenir de la Patria, de que tantos grandes repúblicos han dado testimonio, lo mismo Ocampo que Lerdo; la fe de Juárez le hacía entrever el día en que la Nación, dueña de sí misma, realizaría en paz su destino, y este resorte moral que sentía en el alma, le daba la conciencia de que crecería á compás de las dificultades que pudieran sobrevenir, crecería más alto que ellas.

¶ Juárez, en aquellos obscuros días de Junio de sesenta y uno, tenía delante de sí una Cámara casi hostil; los descontentos, los impacientes, los ambiciosos, los que creían que EL INDIO nada haría sin EL BLANCO que tuviese á su lado (concepto que perdura en algunos apreciadores de aquellas épocas de agitación y de incertidumbre), formaban una minoría que con facilidad podía en un momento dado convertirse en mayoría; verdad es que esta minoría, en tratándose de la brega

contra los reaccionarios, casi no osaba oponerse, y por eso, contra su voluntad quizás los diputados antijuaristas, los lerdistas del día anterior, los orteguistas del día siguiente, daban á Juárez colosales votos de confianza en la concesión de las facultades extraordinarias y la declaración de la elección presidencial; pero pronto tornaba la Cámara á mostrarse inquieta, flotante, mal dispuesta con el poder, deseosa de imponerse, de estorbar sin saber á derechas ni cómo ni por qué; era el malestar general, la conmoción y la emoción producidas en la sociedad por la renovación de los grandes crímenes de la guerra civil; la absoluta desesperanza de que el mal tuviese remedios definitivos y la angustia de que se preparaban en la sombra acontecimientos por extremo graves, lo que se reflejaba en la Cámara, sobre todo en LOS MEJICANOS de la Cámara y sus amigos : los diputados Lerdo de Tejada, Linares, Montellano, Riva Palacio, Altamirano, Romero Rubio, Aguirre, Fernández eran personalidades de primera importancia parlamentaria y todos eran manifiestamente hostiles al Sr. Juárez. De tres elementos se componía aquella oposición : los restos del partido de D. Miguel Lerdo formaban uno de ellos; los amigos y hechuras del gobernador Doblado constituían el segundo, y el tercero los adictos á González Ortega, á quien se consideraba, no más apegado á la Reforma que Juárez, eso era imposible, sino más resuelto á llevarla á sus últimas consecuencias por medios revolucionarios propios de su carácter entusiasta y de su lirismo jacobino.

℄ Bien sabía todo esto el flamante Presidente cuando se presentó ante el Congreso á formular la promesa que la Constitución exigía. ¿Hubo en su discurso una sola palabra que no fuera para él, que no sea para la historia, la fiel expresión de la verdad? Cuando aseguraba que tenía por el primero de sus deberes y la espresión sincera de sus íntimas convicciones, el servir su cargo presidencial conforme á la Constitución, ¿alguno dudaba de su veracidad? Cuando afirmaba que, después de dejar completa libertad á la manifestación del sufragio público, consideraba la aceptación del poder emanada de él, como la obediencia de un irresistible precepto y el acatamiento de un deber, ¿hubo quien refutase este raciocinio exacto ó combatiese esta aserción serena y firme? Aquí entra atropelladamente el reproche tumultuoso y descompuesto de AMBICIÓN, de APEGO AL PODER..... ¿Y por qué este impulso, esta pasión esencialmente humanos constituyen una falta? Si para satisfacerlos se ha violado una ley moral, un derecho positivo, la falta es clara, una falta de esas que sólo recompensa y olvida la sociedad cuando la usurpación ha sido fuente de bienes y se ha convertido en derecho por ende. Mas en el caso, ¿cuál precepto moral, cuál ley nacional había sido transgredida por Juárez? El apego al poder resultaba en Juárez no del goce directo que el poder le proporcionaba, sino del anhelo de probar, á quienes en él menospreciaban á su raza, que EL INDIO ZAPOTECA era capaz de llevar á término un gran propósito de civilización; que, mudo y silencioso y frío como era, podía ser capaz, por sólo el esfuerzo incontrastable que nace de la conciencia de un derecho y un deber puesto en acción, de personificar un ideal alto, de llevar en la mano una inextinguible antorcha.

«La situación es difícil y peligrosa», decía Juárez, «y los medios de acción con que cuenta el Ejecutivo para sobreponerse á ella, están embotados unos, degenerados otros y casi desquiciada en todas partes la máquina social.» En los mismos días en que escuchaba la representación nacional estas palabras (15 de Junio), como si la suerte hubiera querido subrayarlas con sangre pura, se supo en Méjico el martirio y la muerte de Degollado.

Malaventurado como solía, antes de poderse reunir con las fuerzas de Toluca que debían operar unidas á él, ascendió de Lerma por el agria montaña hacia las llanadas de Salazar y, al descender cayó en una emboscada; deshecha su tropa, fué capturado, y al ser reconocido, un soldado, un jefe quizás, lo hirió mortalmente de un pistoletazo en la cabeza, luego otro lo acabó de una lanzada que le perforó los pulmones y los demás lo acribillaron á bayonetazos. Recogido el cadáver, el cabecilla Gálvez lo condujo á Huisquilucan y allí le hizo exequias religiosas. En Méjico no causó la noticia mayor sorpresa, pero sí una impresión de piedad profunda. La prensa liberal exaltó á porfía los méritos de Degollado; recordóse entonces que él había organizado el levantamiento en armas del centro y el occidente de la República en defensa de la causa constitucionalista en pleno apogeo militar de la causa reactora, y se demostró como, gracias á esta actitud, gracias á su incomparable energía transformaba sus ejércitos incesantemente vencidos en otros más y más dispuestos á la lucha y al sacrificio; en otros que tenían las almas encendidas por el inextinguible ardor del alma de su jefe y levantadas más en alto con su altísimo ejemplo. ¡Y esos ejércitos formaron al fin el que, adiestrado por las derrotas, conquistó la victoria en las gloriosas etapas de Peñuelas y el Sur de Jalisco á Silao, de Silao á Guadalajara, de Guadalajara á Calpulalpam! Recordóse entonces que las leyes de Reforma, redactadas por otros y visadas y adoptadas por Juárez, se publicaron gracias á la intervención directa de Degollado, y que sus convicciones,—la palabra es floja—sus creencias profundísimas de cristiano arraigadas en una gran erudición teológica, lo habían llevado al deseo inmenso y apostólico de procurar por medio de la Reforma la libertad de conciencia y la resurrección del prestigio de la Iglesia volviéndola al Evangelio, á la pobreza, á la caridad, al amor, al bien.

Lo que sí ni se recordó ni se quiso recordar en aquellos momentos fué el error inmenso del caudillo en los días mismos del triunfo; la lucha que en su alma grande se había entablado entre la seguridad de la victoria de su causa á costa de un mar de sangre y ruina, irreparable quizás, y la posibilidad de evitar aquellos supremos infortunios á la patria buscando una reconciliación garantida por las grandes potencias en un campo de sacrificios recíprocos de donde resultara consolidado el progreso ya que no la ley. Error inmenso que dejaba en pie todas las causas de la lucha indefinidamente renovable así; error de un alma buena que creía que en las supremas crisis de intereses son las soluciones del amor preferibles á las de la fuerza; error que el partido liberal reprobó en masa, que los hechos hicieron patente, que él mismo reconoció, que había reconocido de antemano, pero hacia el cual fué llevado como por la mano de la fatalidad. El Gobierno de Juárez midió instantáneamente la falta, comprendió que cambiar la

bandera de la Constitución por la de la pacificación equivalía á desandar el VÍA-CRUCIS andado ya y, conociendo la entereza de Degollado, lo había declarado responsable de esa falta y le había exigido que desvistiéndose del mando se presentase á sus jueces. Degollado obedeció como un espartano, y el ejemplo fué altamente saludable y la resolución de Juárez superiormente justa; pero la memoria de este delito político, nacido de la bondad misma del jefe del ejército, estaba olvidada. Degollado se había redimido con su propia sangre EN EL CALVARIO DE LAS CRUCES, y nada quedó más que el recuerdo de un gran ciudadano de virtud heroica, que honraba con su vida á la Patria y á la Humanidad. En un solemne juicio póstumo se falló que Degollado era inocente de toda culpa, por la santidad de su intención, y se le declaró benemérito de la Patria.

¶ La actitud de Juárez fué lógica, pero fué bien antipática á la opinión liberal. Nadie que lo tratara íntimamente desconocía la estima y admiración que por las eximias cualidades de Degollado profesaba. Todos los juaristas, desde los más calificados como Zarco y como Guillermo Prieto, habían dado la más dolorosa, la más penetrante expresión á la pena del partido liberal; la verdad era que Juárez había aprendido en Ocampo á estimar profundamente al mártir de las Cruces. Pero había dicho una palabra de acusación contra el infortunado caudillo en un instante decisivo, y con esa palabra había salvado quizás al ejército reformista de la disolución; quería demostrar que había sido justo al pronunciar esa palabra, aun cuando, al fin, reconociera que el inculpado ascendía á más alto rango con la rehabilitación augusta de la muerte.

¶ Quienes gastan toda su inteligencia en procesar á Juárez para condenarlo, en lugar de empeñarse en explicarlo, que es lo único que interesa á la historia, han desconocido en él condiciones psicológicas de primera importancia, que dan una clave segura para interpretar hechos en que tuvo principalísima parte. Así aquí: la actitud reservada del Gobierno respecto de la absolución póstuma de Degollado y de su apoteosis formulada en la declaración de que había MERECIDO BIEN DE LA PATRIA, reserva que ocasionó en la Cámara un ataque fulminante de Altamirano contra Ruiz, se fundaba en esta deducción lógica, rigurosa como un silogismo : si Degollado, al preferir la conciliación á la Constitución, había depuesto su bandera, que era la bandera del ejército liberal, y Juárez, que no podía hacer otra cosa, lo había separado del mando, ¿cómo podía ahora declarar que entonces se había equivocado, cómo considerar ahora como no advenida una falta inmensa en sí y en sus consecuencias? Ésta era la razón lógica; he aquí la psicológica : Juárez no era un sensiblero, ni un sentimental siquiera, era un rígido; no cruel, sino bondadoso á veces, nunca toleró que su bondad se sobrepusiese en su espíritu á su criterio de justicia, aun cuando este criterio fuese contrario al de muchos, al de todos; cedía á veces por conveniencia de partido, no por convicción; creía entonces, en el fondo de su conciencia, que faltaba á su deber. Para Juárez, transigir con los enemigos de la Constitución y la Reforma, era una imperdonable falta, era un delito inexpiable; para no verse en tal caso llegaba á consentir en hacer correr graves peligros (que creía conjurar) á la nacionalidad misma. Antes que tratar con Miramón de potencia á potencia, antes

de reconocerlo como un poder capaz de algún derecho, prefería acceder á la alianza con los Estados Unidos, aun cuando éstos se hubieran reservado la parte del león (tratado Mac Lane). Á Miramón se le podía considerar como un poderoso caudillo de rebeldes y, en vista de las circunstancias, se podían acordar con él los artículos de una capitulación, no un pacto de paz. De aquí esa actitud que el grupo liberal, profundamente conmovido ante el cadáver de Degollado, sintió fría y dura, cuando era sólo quizás triste y seria. De aquí un movimiento brusco de antipatía hacia Juárez. Siempre serán estas actitudes antipáticas para las multitudes, mucho más para las que tienen el temperamento sensitivo del pueblo mejicano. Aquí un severo, un rígido podrá conquistarse el respeto, la admiración, jamás el afecto social. Mucho de eso faltó á Juárez vivo; hay reliquias de eso en el odio de algunos á Juárez muerto.

❧ ❧ ❧

℄ Si la muerte de Ocampo causó rabia y la de Degollado profunda piedad mezclada de ira, la de Leandro Valle, acaecida una semana después, produjo, junto con un negro pesar, honda inquietud y zozobra : el partido reaccionario se rehacía en los campos de batalla y sus huestes llevaban por enseñas las horcas en que colgaban á los próceres del partido liberal. Llegaron pronto los detalles de la catástrofe : Valle, con fuerzas insuficientes, luchaba, bizarro como solía, contra Márquez, Negrete, Gálvez, hasta sucumbir. Su captura, el grupo de oficiales reaccionarios que lo rodeó solícito; la impavidez y el buen humor del joven caudillo; su frase al general Negrete : «¿Quién manda aquí? — Márquez.— ¡Ah! entonces no tengo nada que hacer; yo lo habría fusilado también»; la serenidad con que trazó una expresiva y dulce carta de familia, con el corazón lleno de amor y de perdón (véase su carta); y luego cómo, con los labios risueños y desdeñosos, había sido fusilado. Pocos días antes había salvado de ser asesinados á D. Isidro Díaz y al general Casanova; pero no entraban, en la balanza del ángel exterminador que allí mandaba, el valor, la generosidad caballeresca, la sinceridad de opiniones, no; lo importante era matar hombres representativos, hombres que personificasen ideas. Valle era un tipo extraordinariamente simpático; parecía uno de esos jóvenes generales de la Revolución francesa cuyo penacho tricolor flotaba entre ráfagas de plomo y nubes de humo y jirones de marsellesas á vanguardia siempre, y que, clementes con los adversarios, eran implacables con las doctrinas y soñaban en transformar la humanidad arrojando por inmensos surcos de sangre la semilla de los ideales nuevos.

℄ Entierro laico, discursos respirando horror y venganza, coronas, tropas enlutadas y la voz de sus jóvenes amigos de placeres y de lucha, dejando caer sobre su tumba flores arrancadas á la lira política de Hugo : «Amigo, decía Riva Palacio, te felicitamos por haber dado á tu fe republicana hasta el último aliento de tu pecho, hasta el último latido de tu corazón; te felicitamos por haber luchado, por haber sufrido; te felicitamos por haber muerto.»

℄ Dos días después de la muerte de Valle, las fuerzas de Márquez se presentaron en las goteras de la capital, y partidas de caballería rebelde asustaron con las descargas de sus carabinas á los vecinos de los barrios de San Fernando y la Alameda; la guarnición era cortísima, su núcleo substancial lo formaban fuerzas de Oajaca que mandaba el general Ignacio Mejía, bajo el mando superior del general Parrodi, que probablemente habría perdido el tino en medio de la inmensa confusión que reinaba en la capital, si sobre él no hubiese estado la imperturbable serenidad del ministro de la Guerra, que recorría la improvisada línea de defensa con su eterno traje gris, su fieltro de campaña y sus antiparras fijas que velaban la llama de indómita resolución de sus ojos obscuros. Todo el mundo veía cruzar al paso largo de un gran caballo á aquel fronterizo fuerte, lampiño, grave, como una estatua ecuestre que anduviese.

℄ La Cámara, en aquellos momentos de peligro que parecía bastante mayor de lo que era en realidad, se rehusó á interrumpir sus deliberaciones con digna entereza; en esos momentos los diputados fueron los verdaderos representantes del pueblo liberal. Sólo algunos militares (entre ellos un joven oajaqueño, muy bien reputado ya entre sus conterráneos y distinguido por su acendrado JUARISMO, lo que era para los oajaqueños el signo mismo de su amor al terruño natal) abandonaron el salón para ir á tomar parte en la lucha. El coronel Porfirio Díaz, que es á quien nos referimos, no volvería á su curul de diputado sino con la banda de general conquistada sobre los soldados de Márquez vencidos en Jalatlaco.

℄ Desvanecida la momentánea amenaza, decretado el estado de sitio y encargado el Distrito Federal á la energía sin frases del representante Juan José Baz, que era un hombre de una pieza, de los que para ir á su fin no escatiman ni labor, ni riesgo, ni reputación, y se imponen por la voluntad y por el puño á las multitudes y á veces á los partidos, todo fué volviendo á cierto marasmo en la sociedad, pero preñado de reproches al Gobierno, á quien se consideraba impotente para sobreponerse á la situación. Porque, en fin, lo primero era pulverizar las fuerzas de Márquez, que ya pululaban en el Bajío, que recorrían triunfantes parte del Sur de los Estados de Méjico, de Puebla, de Michoacán y que habían logrado reunirse en grupos considerables, apoderándose de plazas de cierta importancia como Pachuca. ¿Qué hacía el general González Ortega entretanto? Después de largas correrías en el Sur, Márquez, á quien creía cercado, se le escapaba de las manos, dominaba el camino de Méjico á Toluca, en donde levantaba patíbulos, y rozaba la capital con las lanzas de sus dragones flameadas de verde ó de negro (su color favorito). El mes de Julio se pasó en anunciar pequeños encuentros victoriosos en los periódicos, y en realidad el ejército liberal surcaba por entre un océano de gavillas que habían hecho tributarios toda comunicación y todo tráfico en pos del ejército de Márquez y de su ROI FAINÉANT el PRESIDENTE Zuloaga. El plan del sanguinario veterano consistía en dejar acercarse á González Ortega y, cuando éste lo creyese acorralado, por medio de una marcha formidable, de esas que sólo los soldados mejicanos son capaces de hacer, precipitarse sobre alguna ciudad de importancia debilitada como Puebla, Pachuca, Querétaro, San Luis, extraer de ella, á punta de sable, ropa, víveres, armas,

dinero sobre todo y continuar la campaña hasta LA LLEGADA DEL MESÍAS, que ya comenzaba á anunciarse. Este plan salió fallido á Márquez. La persecución no cejó un día, y, por todos los caminos del Sur ó de los Estados de Puebla ó de Méjico, aparecía y reaparecía en pos suya el jefe liberal. El que escribe estas líneas, que venía á Méjico á comenzar sus estudios de latín, recuerda que á su paso por San Martín Texmelucan, vió al general González Ortega en los primeros días de Julio, y el espectáculo se grabó profundamente en su espíritu y vive en su memoria. En traje gris de CHARRO mejicano, sobriamente bordado de plata, el vencedor de Calpulalpam, todavía en esos momentos el hombre más popular de la República, sometió á los pasajeros de la diligencia á un interrogatorio sobre lo que habíamos visto en Puebla (erizada de trincheras), sobre lo que habíamos sabido en el camino respecto de los MOCHOS fugitivos. Su tez morena, clara, pálida, sus hundidos ojos penetrantísimos y brillantes, risueños y dulces á veces; su cabello negro y rizado por su barbero; los bigotes muy engomados bajo los gruesos pómulos y sobre la boca sensual, daban á su figura un sello inolvidable. Un grupo de blusas rojas y de lanzas floreadas de banderolas rojas también, lo rodeaba, y en ese cerco ecuestre que se deshacía y rehacía sin cesar se destacaban varios oficiales del séquito del jefe: Aramberri; Carvajal, el terror de las haciendas de la Mesa central; Aureliano Rivera, que tenía del diestro un caballo quitado el día anterior al general Negrete—decía; Lalanne, ayudante del general, y otros cuyos nombres me dijeron mis compañeros de viaje. Yo no podía quitar los ojos de la expresiva y simpática figura del caudillo reformista, y para él no pasó inadvertida la insistencia, porque algún tiempo después, cuando íbamos los colegiales á pedirle días de asueto (que nos concedía como si fuera rector del colegio ó ministro de Instrucción pública), recomendados naturalmente por su joven y gallardo ayudante Lalanne, el amigo de los estudiantes, pronto tendía la mano á su conocido de San Martín. ¡Oh tiempos! ¡Cuánto desorden, cuánta algarabía, cuántos discursos, cuántos miedos... pero cuán divertidos eran! ¡Cómo vibrábamos todos!

❧❧❧

¶ Después de la ley de suspensión de pagos, la situación de las tropas comenzó á mejorarse y la persecución fué más eficaz; á principios de Agosto la vanguardia de González Ortega, guiada por Carvajal y mandada por el coronel Porfirio Díaz, desbarató á Márquez en el cementerio de Jalatlaco, capturándole gran cantidad de prisioneros. El general en jefe, que por una noche lluviosa tenuemente blanqueada de luna presenció la derrota, extendió su despacho de general al coronel vencedor, y dijo en su parte al ministro de la Guerra «que le avergonzaría seguir mandando el ejército si el coronel Díaz no fuera ascendido á general.»
¶ Méjico saludó con repiques y vítores el triunfo de Jalatlaco y un grupo de estudiantes hizo una manifestación ruidosamente hostil al Ministro francés, según él dijo; aun viven algunos de cuantos tomaron parte en la susodicha manifestación; todos convienen en lo calumnioso de las afirmaciones de M. de Saligny.

℄ González Ortega celebró su entrada triunfal en Méjico, tomó posesión de su puesto en la Suprema Corte y dió por terminada la campaña, para él al menos. Cuando se comprendió que los reaccionarios aun hacían desesperados esfuerzos para rehacerse y que lo lograban, atacando á Puebla, Toluca, Cuernavaca, Iguala, á pesar de los terribles choques con Carvajal, Jiménez, Berriozábal, en que llevaron siempre la peor parte, el Gobierno de Juárez recurrió de nuevo al flamante vicepresidente de la República; pero éste, á quien sus amigos quisieron siempre meter á empellones en la política, presentó su renuncia de general en jefe y, con buena parte de su brillante división, tomó el camino del Interior. El gobernador Doblado se encargó entonces del mando principal en el ejército, y en Octubre los generales Tapia, Díaz y otros vencieron de nuevo en las cercanías de Pachuca á Márquez, Zuloaga y secuaces. Esta batalla sí fué en cierto modo decisiva, y con razón el Congreso decretó una medalla especial para los vencedores de Pachuca. Después, la campaña adquiere otro aspecto; vuelve la guerra civil á tomar el carácter de una limpia de facinerosos en los caminos; los amagos en las ciudades importantes cesan y las legiones cruzadas se disuelven en guerrillas, que se descomponen en gavillas; y cuando, á fines de Noviembre, en que Lindoro Cajigas el asesino capturador de Ocampo fué ejecutado con soberana justicia, la prensa reformista aseguró que sólo quedaban á Márquez, Zuloaga y Vicario, CHUSMAS impotentes para otra cosa que para el salteamiento y el plagio, decía perfectamente y encontraba la palabra adecuada; así las llamaron los franceses cuando, tres ó cuatro meses después, se reunieron al ejército de la Intervención, famélicas y vergonzantes.

❧❧❧

℄ A compás de las marchas y contramarchas militares se desenvolvía trabajosa, penosamente el drama político y administrativo. El año de sesenta y uno había subido la cuesta aspérrima de su primer semestre, desde la confesión de la bancarrota pública, á raíz de la nacionalización de los bienes eclesiásticos, cosa estupenda, hasta la toma de posesión del Sr. Juárez; las honras fúnebres de los próceres reformistas marcaron su ruta como aves fatídicas que van en pos de un agonizante próximo á caer exánime en el desierto. Y á fe que no se entreveía por qué el año de sesenta y dos habría de ser mejor, y mejor el de sesenta y tres, sino porque nada parecía poder ser peor que lo que iba pasando. El año de sesenta y uno era el primero de una serie trienal que parecía venirse reproduciendo desde Ayutla, vistas las cosas GROSSO MODO y sin atenernos á cálculos exactos, sino á la formación en series de acontecimientos resaltantes : 55, 56, 57, lucha reñida, triunfo de Ayutla, realización de sus promesas, Constitución y golpe de Estado; en seguida los tres años de la guerra de Reforma; á continuación los tres que ven preparar y consumar la Intervención francesa y el trienio del Imperio al fin. Hay, pues, una suerte de ritmo y balance en la agrupación interna de los sucesos en la segunda de las dos revoluciones mejicanas, porque propia-

mente sólo dos hemos tenido : la Independencia y la Reforma. En cada uno de estos períodos las dificultades fueron de orden diverso, en todos fueron magnas, eran verdaderas dificultades de vivir : la planta mejicana, trasplantada del suelo del régimen de los privilegios al de la libertad social, periclitaba visiblemente y se moría como herida y atrofiada en sus raíces; se necesitó un abono de varios años de sangre para que cobrase fuerza lentísimamente y continuase al cabo su definitivo crecimiento.

¶ Había llegado, al mediar el año, la época de las medidas desesperadas : una había que salvaba por lo pronto la situación económica y permitía al Gobierno rehacerse y sobreponerse á los elementos de disolución y ser, en suma, Gobierno. Es verdad que podía tener como consecuencia un conflicto exterior; pero morir de agotamiento é inedia en el interior era peor que todo, peor que la guerra extranjera. La guerra extranjera, si nos encontraba en pie y con el arma al brazo, nos vencería, de seguro; pero, al vencernos, al comprimirnos, nos obligaría á tomar conciencia mayor de nuestra personalidad y, en suma, después del conflicto resultaría Méjico más nación, más patria que antes; porque una cosa era segura, ninguna nación europea ocuparía indefinidamente el territorio de la República; esto era incompatible con la existencia misma de los Estados Unidos, ya triunfara el Sur y quedase dividida la Federación, ya triunfase el Norte y la Unión quedase rehecha por la fuerza.

¶ Esto, que hogaño podemos ver, ¿lo veían los políticos de antaño? Lo barruntaban al menos. Pero antes de tomar la medida susodicha habría sido cuerdo prepararla mejor por la vía diplomática. ¿De qué se trataba? De que la Federación recogiese todo el producto de las rentas federales, incluyendo la parte de ellas destinada al pago de la deuda contraída en Londres y de las Convenciones diplomáticas. Esta suspensión de pagos se presentía ya; todos los órganos de la opinión la aconsejaban, todos cuantos se decían bien informados en materias financieras demostraban sus ventajas, los Ministros extranjeros la veían venir, estaba en el aire, como se dice; mas, en honor de la verdad, justo es rememorar que el Congreso, que la había recomendado hacía algunos meses, había indicado como condición previa que el Gobierno se pusiese de acuerdo para ello con los Ministros extranjeros aquí acreditados. ¿Y por qué no se hizo así? Lo ignoramos. Acaso se creyó inútil el paso, por lo invencible de la resistencia que los acreedores opondrían y lo dilatado de los POURPARLERS diplomáticos, incompatibles con lo premioso del caso.

¶ No podía serlo más : todos los pobres pasaban la vida temblando bajo la espada de Damocles de LA LEVA; todos los ricos pasaban la vida temblando bajo la espada de Damocles de LOS PRÉSTAMOS FORZOSOS (sobre esto hay notas del ministro de Francia, Saligny, que, frenético por no haber podido arreglar nada respecto del empréstito Jecker, se entretenía en inflar y exagerar los hechos que pasaban á la vista y que eran deplorables sin necesidad de deformarlos). Al pueblo se exigía la vida; al propietario, la bolsa. Y aquello parecía un Gobierno de salteadores y no era más que un Gobierno de insolventes.

¶ El Congreso se mostraba inquieto, sobresaltado, nervioso, impaciente. En los



primeros días de Julio, tuvo un grupo de diputados la peregrina idea de desarmar á la reacción militante por medio de una amnistía, la ley de olvido. Se decía que el general González Ortega participaba de este modo de ver. Altamirano, un joven diputado del Estado de Guerrero, se hizo intérprete de la opinión de la mayoría de la Cámara y del Gobierno en un discurso que pronto hizo su nombre popular como en los grandes días de la Asamblea nacional el de Mirabeau ó el de Dantón en las jornadas trágicas de la Convención. No había recuerdo de tal intensidad de aura popular rodeando á un diputado mejicano: ni Fagoaga, ni Ramos Arizpe, ni Tornel, ni Gómez Pedraza, ni Otero habían rayado tan alto en el ánimo público. Acaso Arriaga en el Constituyente, Llaca en las luchas épicas contra Santa Anna antes de la guerra americana, el abogado Cuevas en el Congreso de Querétaro, podían equiparar sus popularidades políticas ganadas en la tribuna con la del joven suriano. Quienes lo conocían esperaban mucho de él; sabían cómo, cuando vino de Tixtla á Toluca, en el contingente de NIÑOS APLICADOS que pidió el gobernador Olaguíbel á las cabeceras del Estado para educarlos en el Instituto, había llegado aquel INDITO apenas vestido, pero chispeantes los ojos de curiosidad y deseo de saber cuanto los otros sabían, y cómo había advertido esto Ignacio Ramírez, y cómo había sellado para siempre en la cera de aquella alma hirviente de instintos y energías nuevas la efigie de la libertad, de la rebelión, y cómo ya manumitido y sin más fe que la de la belleza y del genio, sin más religión que la de la Patria, lo había dejado venir á Méjico, en donde había sido (en el colegio de Letrán) para unos tea, antorcha para otros. Ése era Altamirano para sus jóvenes amigos del Congreso; para Riva Palacio, Mateos, Tovar, Castillo Velasco era un poeta, muchos conocían sus versos románticos henchidos de una lava inenfriable de voluptuosidad y de pasión; durante la guerra de Reforma se habían repetido por dondequiera sus estrofas, sus apóstrofes de fuego contra LOS BANDIDOS DE LA CRUZ (así llamaba á los reactores), y el 11 de Abril de 59, después de la iluminación del Méjico de los clérigos y los soldados en honor de Márquez y de su victoria empapada en sangre, había circulado la imprecación vengadora:

«Ilumínate más, ciudad maldita,
ilumina tus puertas y ventanas;
ilumínate más, luz necesita
el partido sin luz de las sotanas.»

¶ Ése era Altamirano, un literato, un exaltado; el proyecto de amnistía lo reveló orador y tribuno en la alta acepción de la palabra. ¡Qué espectáculo aquél para un muchacho de trece años llegado de provincia el día anterior, sintiendo ya las ideas nuevas, sin comprenderlas; respirando á todo pulmón aquella atmósfera enrojecida de moléculas de fuego, como la que sucede á las grandes erupciones que modifican la costra del globo! ¡Qué espectáculo! Habían resonado palabras de perdón; se había bosquejado la belleza del sacrificio de los justos rencores hecho en aras de la Patria; se había recitado casi el MEA CULPA de los días de formidable violencia en que se pusieron á precio las cabezas de los homicidas pú-

blicos, de los CAINIDAS (verdad es que la amnistía los exceptuaba). Y en este ambiente de sensibilidad y lágrimas se irguió la figurita del suriano; creció luego y dominó la Asamblea, que sintió al gigante en la fuerza sobrehumana de los golpes. Una figurita, sí; el cuerpo pequeño, el color rojo cobrizo de los aztecas de las antiguas colonias militares de Ilhuicamina, la nariz ancha y palpitante entre los pómulos enérgicos y sobre la boca amplísima y abultada que dejaba entrever sin cesar el relámpago nacarado de los inmaculados dientes; los ojos obscuros y hundidos y fulminantes ó irónicos ó dulces á veces, con aterciopelamientos de hondas piedades ó de reclamos voluptuosos; la cabeza echada atrás para dejar ver bien la frente pequeña, pero preñada de imaginación y de verbo; la melena lacia, larga, inverosímilmente negra y lustrosa, en que se perdía entera su mano pequeña y elegante de mujer nerviosa: eso fué lo que vió todo el mundo : la Cámara llena de diputados y ministros, las galerías henchidas de ávido público.

℄ Y oyó un discurso cuyo resorte de acero era un argumento irrefutable : al otro día de la victoria se habría comprendido la amnistía; pero en plena lucha, cuando la reacción armada ha hecho problemática y dudosa la potencia del Gobierno para imponerse y domeñarla, es un acto de miedo y es un acto impolítico por contraproducente; no se desarma, se arma á la reacción con una ley semejante en estos momentos. Pero no es justa; porque es necesario castigar inflexiblemente á los culpables, á los grandes y á los menos grandes; á Márquez lo mismo que á Casanova y á Comonfort y á Payno. Y con apóstrofes quemantes como marcas de hierro, y con figuras elegantes que dejaban percibir al lector asiduo de los clásicos (Altamirano leía el latín literario corrientemente), pero llenas de vehemencia y de pasión, se volvió sobre los autores del proyecto, sobre el orador ciceroniano D. Ezequiel Montes y sobre el florido sentimentalismo de Mateos y sobre otros, sobre todos. La asamblea lo seguía jadeante reprimiendo los aplausos, para no interrumpir aquel rumor sonoro de frases acuñadas como medallas de bronce. Cuando Altamirano se sentó después de cerca de una hora de hablar, la ovación fué inmensa, el proyecto de amnistía había muerto. Y el discurso, pocas horas después, corría en los periódicos por todas las manos, lo repetían todos los hombres, amedrentados unos, electrizados otros, admirados todos; no hubo, lo repito, en aquellos días nombre más repetido, figura más popular que la de Altamirano.

℄ En medio de aquella inmensa excitación de ánimos, estalló la ley de suspensión de pagos. Para apechugar con ella, Juárez reformó su Ministerio : ocupó el de Hacienda un hombre muy ducho en el gobierno de oficinas, de expedientes ingeniosos y tranquila audacia, D. Higinio Núñez; á Relaciones y Gobernación fué llamado el abogado poblano D. Manuel M. de Zamacona. Era Zamacona un ministro de Relaciones en grande; de inteligencia refinadamente cultivada, conocedor á fondo del francés y el inglés y familiarizado con las literaturas de en-

trambas lenguas; de trato afable y maneras de gran señor; hasta su aspecto de Ministro europeo de algún monarca constitucional contribuía á su prestigio. No así su oratoria, trabajosa al exteriorizarse por algún defecto en la emisión de la palabra, que corrigió con el tiempo, transformándose en un SPEAKER parlamentario de primer orden, quizás el primero entre los que hemos tenido.

℄ El Sr. Zamacona era un liberal PUR SANG; constantemente había defendido los principios democráticos y reformistas. Su confianza en sí mismo (que siempre fué imperturbable y en lo que consistieron su debilidad y su fuerza); su ambición de gloria, de renombre, que era vivísima, siempre fué unida en su espíritu al deseo de servir á su Patria, que amó apasionadamente. Esa confianza en sí mismo y esa ambición empeñosamente cultivada, lo empujaban hacia las dificultades con ánimo contento y libre, como quien tiene la completa seguridad de vencerlas. Pero los acontecimientos eran más complejos que lo que el talento cultivadísimo del Sr. de Zamacona podía figurarse; la verdad es que fueron superiores á todas las previsiones de los augures de aquella época fatídica; el único que no presagió, que no profetizó, pero que sí PRESINTIÓ con energía invencible fué Juárez; como el procónsul romano ante la conjura de todos los agüeros adversos, Juárez pudo exclamar (porque lo pensó siempre): «El supremo augurio es el amor á la Patria».

℄ En vano el mismo decreto de la suspensión de dos años contenía disposición para liquidar la deuda nacional y ponerla en vía de pago y prometía presupuestos, economías etc.; los plenipotenciarios inglés y francés tomaron una actitud de acorazados al empezar un bombardeo; pusieron plazos perentorios para que se derogara la ley; como el Gobierno seguía manifiestamente la diplomacia de las evasivas, fulminaron el entredicho, excomulgaron al Gobierno de Juárez y arriaron solemnemente sus banderas: uno, Saligny, que representaba á Francia y España, con visible satisfacción; Sir Ch. Wyke, el representante de su Graciosa Majestad Victoria, notoriamente contrariado, porque todas sus simpatías estaban del lado de los reformistas.

℄ El Sr. Conde Dubois de Saligny era un hombre sin escrúpulos de conciencia, digno sucesor del Marqués de Gabriac; de mucho más ilustre abolengo que él, pero tan listo como él para explotar el filón de la salvajería mejicana, que era, en suma, una veta de plata. Saligny era un antipático, no tenía el fluido magnético humano; su espíritu carecía de imán. Dicen que era inteligente, no lo demostró nunca; su cara abultada, rojiza, vulgar, su mirada insolente y sardónica, pero sin llama, habían propagado la impresión de que era un borracho, y en un número de «La Orquesta», el famoso periódico de caricaturas de la época redactado por Carlos Casarín, Riva Palacio y otros, y dibujado, bien espiritualmente á veces, por Constantino Escalante, apareció el retrato de M. de Saligny dentro de una botella ventruda, que decía en su marbete: VIEUX COGNAC. Todo esto, en un temperamento de impulsivo como el del representante de Francia, producía deplorable resultado; de ahí las cartas rabiosas que escribía á su país, las notas insolentes que dirigía al Gobierno á veces, y el miedo á una tropelía, que lo tenía continuamente sobresaltado y le hacía ver tentativas de asesinato en

cualquier gritería de estudiantes. Se conquistó por ende el odio profundo del partido reformista, que ignoraba cuánta razón tenía en odiarlo. Saligny, como se probó luego, como no se podía saber entonces, no era sino en apariencia el Ministro plenipotenciario del Emperador de los franceses; en realidad era un agente financiero ó financista del hermano bastardo de Napoleón III, el ávido Duque de Morny, el ELEGANTIARUM ARBITER del segundo imperio. Este Petronio de hogaño no era el sibarita virtuoso de que el autor de QUO VADIS nos habla; no era un hombre virtuoso, ni jamás pensó en serlo, ni tenía para qué. Se complacía en la intriga política é intentó (véase «L'Empire Libéral» por Émile Ollivier) crear un MODUS VIVENDI entre el gobierno personal de Napoleón y el parlamentarismo; vana empresa, que M. de Morny, á fuerza de emplear una cortesía refinada de gran señor en la oposición naciente apenas, en el Cuerpo legislativo que presidía, se forjó la quimérica esperanza de realizar; murió y con él cayó «la flecha dorada que remataba el edificio del Imperio» (es Alfonso Daudet quien habla). Pero, lo repetimos, hombre de ostentoso lujo y de placer, devoraba los francos por millones; su hermano tenía abierta para él la mano, y era tanta su benevolencia hacia el hijo de M. de Flahaut, en quien se había transmutado buena parte de la gracia sensual y fina de la reina Hortensia, que llegó á tolerarle y á discutir con él sus derechos hipotéticos á ser considerado como príncipe imperial, según Granier de Cassagnac cuenta, lo que equivalía á oficializar el deshonor de su madre. Morny se resignó á no ser príncipe, mas no se conformó y, símbolo de sus esperanzas, colocó una HORTENSIA en su escudo de armas; esto equivalía á la barra que cruzaba los blasones de los bastardos medioevales.

℄ Era un ávido, dijimos; el lujo ostentoso y refinado, que consideraba obligatorio en su posición; el papel de Mecenas, que intentaba no sólo bosquejar, sino realizar; su amor insaciable de placer y de arte, estimulaban en él incesantemente, no sólo sus anhelos perpetuos de ambicioso sin recompensa, sino sus instintos de ave de rapiña : era un gerifalte, un rapaz heráldico. Alguna vez había pensado en las inmensas riquezas escondidas en el suelo mejicano; su imperial hermano había pensado también en ellas. Sonora era, según se decía, una triple California; las rocas de sus sierras apenas cubrían los minerales de plata tramados de oro; la GOLD FEVER había acelerado á veces las pulsaciones de los aventureros regios, y la intentona de Raouset de Boulbon, que M. Drouyn de Lhuys se apresuró á desautorizar considerándola más bien como un episodio del endémico filibusterismo americano, había sido seguida, de seguro, por todos los votos del joven Ministro del GOLPE DE ESTADO. Poco tiempo después de esto, fué invitado por amigos comunes del mundo de la banca y el negocio, con quienes siempre cultivó ligas estrechas M. de Morny, para asociarse con la casa Jecker y Compañía, mineros y banqueros suizos establecidos en Méjico.

℄ El doctor Jecker, hombre benéfico y entendido, había llegado á adquirir una excelente reputación en la sociedad mejicana; su hermano Juan Bautista era, en realidad, el negociante y poseía acciones de muy buenas minas en los extremos del país, en Sonora lo mismo que en las serranías que confinan con el actual Estado de Guerrero. Estos negocios eran muy precarios por el amago per-

petuo de los guerrilleros en las guerras civiles, diremos «en la guerra civil», porque era ella nuestro estado normal y lo anormal habían sido los períodos de paz. Gracias á este motivo no prosperó la compañía organizada por Jecker y sus sobrinos los Elssesser con Morny, en que Morny sólo ponía, por supuesto, un capital MORAL, quizás por ser el hombre más exquisitamente INMORAL del segundo Imperio. De uno en otro mal negocio, la casa Jecker había llegado á ver su activo bajar á medida que el pasivo tomaba proporciones considerables. Junto con el pasivo de esta casa crecía el del Gobierno de Miramón; Márquez, para poder emprender su campaña de Tepic, se había apoderado de seiscientos mil pesos de la CONDUCTA que custodiaba, y aunque se le había ordenado devolver el dinero, los motivos de su acción subsistían : NO HABÍA RECURSOS. Miramón pensó en creárselos, sacando agua de las rocas, sacando el dinero de las cajas de un fallido. Es verdad que este fallido contaba con el apoyo de casas francesas, sobre todo, que no le dejaban hundirse para salvar parte de sus créditos; y aunque tenía también ó creía tener enemigos poderosos entre los mismos comerciantes franceses, por ejemplo á los señores Labadie, Lelong, etc., éstos, que eran perfectos caballeros de muy sólido crédito y grandes amigos de Méjico, eran vistos muy de reojo por el partido reaccionario. La casa J. B. Jecker y C.ª cuya quiebra aun no se declaraba, porque hasta el año de sesenta se presentó pidiendo esperas, pero cuya situación era bien conocida en el mercado de la capital, se propuso subvencionar la guerra civil mediante un contrato que es el tipo de los contratos de agio, en tal grado que, siendo un desastre para la República, tenía que serlo también para la casa que lo efectuaba. La fortuna y el crédito de Jecker quedaron aplastados al derrumbarse la caja del fisco reaccionario; el ejército francés vino á Méjico para apuntalar con sus bayonetas esas ruinas; nada logró. Los bonos Zuloaga, los bonos Peza eran papeles nacidos de desesperadas combinaciones de agio en que sacrificaba la reacción sus propias rentas para obtener recursos momentáneos. La base de estos empréstitos consistía en la conversión de los antiguos papeles de la deuda interior por otros nuevos que ganasen un rédito mayor y que la Tesorería amortizaba recibiéndolos por una ó dos terceras partes generalmente de toda cantidad entrada por impuestos ó del contingente en numerario señalado á los Estados ó Departamentos; tal era el caso de los bonos Peza : emisión de 85 millones decretada por el general Miramón, que se hizo efectiva en más de 57 millones, y en cambio de la cual recogió el Gobierno tacubayense unos siete millones. Después de esta bárbara operación de agio, Miramón quedó tan sin recursos como un año antes, y urgía deshacer á Degollado para ir completamente seguro sobre Veracruz. El negocio de los bonos Jecker nació del apremio de hacer feroz la guerra; fué, pues, un aborto siniestro de nuestra lucha civil.

¶ El ministro de Arista y Comonfort, D. Manuel Payno, en un libro cuya circulación en Europa trataron de impedir los parientes de Jecker («Méjico y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia») y que se imprimió en Méjico por orden del Gobierno constitucional el año de 1862, traza una demostración esquemática, pero muy clara para cuantos están al tanto del

tecnicismo bancario, de las diversas operaciones complicadas que la casa de Jecker llevó á cabo en virtud del decreto de 29 de Octubre de 1859. Se trataba de 133.000 bonos de valores parciales distintos por la suma de quince millones de pesos que ganarían el 6 por 100 anual pagadero por mitad (3 por 100 la Tesorería y 3 por 100 la casa de Jecker) y que serían admitidos en pago de impuestos hasta el 20 por 100 del monto del pago. La casa Jecker recibió casi el total de la emisión, con lo que quedó dueña por diez años del 20 por 100 de las rentas del Gobierno más el 3 por 100 de las rentas de intereses que á éste correspondían; por esta obligación llegó á dar al Tesoro en diversas operaciones, según Payno, unos 619.000 pesos en efectivo, de los que una parte se destinó á completar la escuadrilla que para bloquear á Veracruz compró Miramón en la Habana, y además unos 368.000 pesos en vestuario.

℄ Cayó el Gobierno reaccionario, pero antes la quiebra Jecker había sido un hecho jurídico; su cálculo de logrero, supuesto el estado del Tesoro de Miramón, le había salido contraproducente. La presencia de Juárez y su Gobierno en Méjico era el fin de todas las quimeras de aquel tenaz aventurero del agio. Había, sin embargo, un filón muy escondido, muy soterrado que explotar : la certidumbre que tenía el Gobierno constitucional de que iba derecho á una guerra con España, la que insistía en el tratado Mon-Almonte, deshonroso para la República en grado superlativo y cuya aceptación habría equivalido á un suicidio. La guerra con España era un DESIDERATUM secreto del Presidente; contando con el odio tradicional del partido PURO hacia España y con el genuino antiespañolismo de las masas, creía que podía hacer milagros, y tras de satisfacer una especie de rencor personal de indígena contra los descendientes de sus perpetuos explotadores, concebía, lo mismo que Ocampo, la esperanza de que una guerra con España nacionalizase, por decirlo así, la Reforma, identificándola con la Patria. Pero si á esta guerra no le tenía nadie temor, imprudentemente quizás, la perspectiva de que España complicase á otras naciones europeas, á Francia, sobre todo, en sus designios ó de reconquista ó de tutela, ponía temor en los corazones de cuantos sobre esto meditaban : el poder militar de Francia, todos lo consabían, era ineluctable.

℄ Desde aquel momento, toda la orientación de la desorganizada diplomacia mejicana consistió en neutralizar las iras históricas de España si se podía, en aislarla á todo trance si se empeñaba en hacernos la guerra, en buscar apoyo, para dar cima á este programa, en los Estados Unidos, en primer término, es decir, en el Norte, porque al Sur, á pesar de las veleidades de algunos periódicos republicanos contra Juárez, lo sentíamos enemigo por esclavista, por voraz, por vecino, porque, vuelto hacia nosotros, tenía á Texas por vanguardia. Y no sólo en los Estados Unidos estribaba nuestra esperanza de ayuda, sino en Inglaterra; la sabíamos simpatizadora firme del movimiento reformista, aunque incapaz de anteponer nada á sus propios intereses.

℄ Estas necesidades ó fatalidades de nuestra política exterior explicaban bien las transacciones, las concesiones incesantes de nuestro Ministerio de Relaciones y su actitud eternamente conciliadora, aunque jamás indigna. Saligny, que había

tomado contacto, como dicen los franceses, con M. de Morny (á quien tal vez debió su nombramiento) antes de venir á Méjico, una vez aquí concibió el designio de explotar sin piedad la situación precaria de nuestro Gobierno, exhausto de dinero por imprevisión y apuro y obligado á dominar la guerra civil que renacía de la sangre de los próceres liberales; verdadera hidra, casi sin metáfora. Al principio el plenipotenciario francés hizo PATTE DE VELOURS al Sr. Zarco; hipócritamente, porque aquí había encontrado á su antecesor De Gabriac, interesadísimo pero fidelísimo servidor del clero, que debe haber desnudado á su colega de todo conato de ponerse del lado de los liberales. Se fingió bien dispuesto; mas, como era un impulsivo, á la primera contrariedad, y movido por el bilioso M. de Gabriac, puso el grito en el cielo y lanzó una misiva insolente á nuestro Ministro : se trataba de un cateo en la casa central de las «Hermanas de la Caridad», en donde había algún convento de monjas escondido ciertas cantidades. Ya lo dijimos en su lugar, Zarco tuvo que capear el temporal para evitar un rompimiento y, sin darse por entendido de los términos groseros de la nota, explicó y dió tiempo á que por medio de una declaración terminante, en que se comprende el influjo directo del Sr. Juárez, se declarase implícitamente que las pretensiones del Sr. de Saligny á declarar algo así como el protectorado francés en la Casa de las hijas de San Vicente de Paul era un absurdo inadmisible.

¶ El ministro de Francia no insistió, pero ya sus instrucciones respecto del negocio Jecker eran claras y el pacto entre los agiotistas y el conde de Morny (luego fué DUQUE con aplauso de la familia de los asociados) había quedado concluído por Marzo ó Abril de ese año de 1861. Entonces empezó la lucha por obtener el reconocimiento de la deuda ultra-usuraria contraída por Miramón con Jecker. Si hubiésemos estado en otra situación, ni oir proposiciones sobre ese asunto habríamos debido. Pero nuestras circunstancias no nos permitían repulgos, y el clamor de algunas casas extranjeras, heridas por la quiebra Jecker, obligaba al Gobierno á no desechar de plano toda conversación sobre el particular. Saligny presentó entonces sus credenciales y tuvo palabras mentirosas de aliento y esperanza para el Gobierno que odiaba en el fondo de su corazón; pero el BUSINESS era el criterio moral del protector de los institutos píos. Nunca una bribonada persistente produjo más serios, más trágicos resultados que el programa financiero de M. de Saligny.

¶ Mientras Zarco fué Ministro, el conde tuvo esperanzas de arreglo, y probablemente ciertas condescendencias (nada absolutamente puede comprobarse respecto de la forma de estas negociaciones) le indujeron á dar por hecho lo que sólo era un empeño suyo. El Ministerio presidido por el constituyente D. León Guzmán, rompió ó aplazó indefinidamente todo preliminar de convenio, porque las exigencias de Saligny crecían ya oficialmente, no sólo sin ningún derecho, sino con una avilantez de que hay pocos ejemplos; había convertido en una reclamación de Francia el supuesto crédito de un suizo contra nuestro Gobierno, haciendo una reducción á diez millones de la fantástica demanda. Pero el Gobierno deseaba quitar á la triple alianza hasta el último pretexto contra nosotros, á Francia, sobre todo, que había resultado la más agresiva, la más incomprensi-

blemente injusta; y como precisamente en el negocio Jecker encontraban algunos la explicación de aquella insólita política, el Gobierno del Sr. Juárez adoptó hasta el fin del Ministerio Doblado una posición de suprema equidad, puesto que la equidad no puede ser excesiva. Consistía en hacerse solidario ante el mundo de las deudas contraídas por Gobiernos reconocidos por las otras naciones, aun cuando hubieran sido ilegítimos y rebeldes; pero sólo en aquella porción realmente debida, en aquello que podía llamarse una devolución; mas nunca lo que fuera producto del agio. En estos ó parecidos términos, el Sr. Payno se dice autorizado para definir la actitud del Gobierno respecto de las pasmosas reclamaciones prohijadas por Saligny.

¶ Hay quien tacha de DEBILIDADES todas estas tremendas capitulaciones con una situación única y sin salida posible en la más optimista previsión humana. Los partidarios del programa de política sentimental á todo trance, cuya fórmula es el elocuente y absurdo grito jacobino «sálvense los principios y perezcan las colonias», habrían querido (desde aquí por supuesto y sin exponer más que su tinta) que, ante aquel infinito amago á la Patria y á la República, nos hubiéramos cubierto la cabeza con la toga, dejándonos apuñalear sobre seguro. No, estos ademanes sublimes son sublimes en los individuos; las naciones no pueden recurrir á ellos sino cuando la muerte de la honra equivalga á la muerte de la patria misma.

¶ Y tal fué el programa seguido, sin desviar una línea, por los Ministros de Juárez, vale decir por Juárez mismo; precisamente porque sus Ministros de diferentes criterios, casi de diferentes partidos, lo mismo Zarco, el ultra-liberal, que Guzmán intransigente pero sentimental; que Zamacona, seguro de conjurar la tormenta á fuerza de concesiones que convertían á los aliados en enemigos mutuos; que Doblado, el maquiavélico destructor de la Convención de Londres; que Fuente, personificación invulnerable y alta de la dignidad de la República, pensaron lo mismo sobre el particular; precisamente por eso, repetimos, debe concluirse lógicamente que el pensamiento de Juárez los animó á todos: la inflexibilidad, aun sacrificando la vida, es el derecho del individuo, es el soberbio derecho de los Ocampo y los Juárez; la flexibilidad, para salvar la vida de la República, es el deber, es el trágico deber de los Ocampo y los Juárez.

¶ La línea divisoria entre la concesión que merma el orgullo y el tesoro fiscal y la que rebaja el honor de la nación es perceptible en el infame negocio prohijado por Saligny: pagar á Jecker el dinero que había realmente entregado al Gobierno radicado en Méjico, era una tremenda pero legítima concesión; no implicaba el reconocimiento de la legalidad del Gobierno reaccionario, sino el del hecho de que ante los ojos de un extranjero, todo Gobierno reconocido como tal por las naciones tiene capacidad de tratar; es equitativo no exigir al extraño el deber de calificar y clasificar autoridades en la nación de que es huésped. El sacrificio que así se hacía era infinitamente inferior al sacrificio de la nacionalidad; sólo la ceguedad de la pasión por el razonamiento paradojal y azorador de burgueses desprevenidos, ha podido inducir á afirmar otra cosa. Pero pagar á Jecker el agio pactado con el Gobierno de Miramón, es decir, convenir en el robo del

dinero público como un hecho capaz de entrar en el radio de la equidad cuyo foco es la justicia, es decir, regalar al que había refaccionado la guerra civil como prima de la sangre vertida una cantidad de millones que hubieran comprometido para siempre las finanzas del país, esto no era posible, porque esto deprimía hasta deformarla la personalidad de la nación, porque esto la imprimía en el rostro indeleble mancha, porque valía más morir, quedaba el camino de morir matando, y esto sí es sentimental, pero es el sentimentalismo con que se alimenta el alma de los pueblos honrados, que no sólo aspiran á vivir de buen pan, sino que viven de santos ideales, aunque sea mezclados con pan amargo.

℄ Y bien presumía el Gobierno que el ministro de Francia había asumido, para disimular un negocio de medro personal, un papel de arrogancia y ultraje que era un oprobio (la historia ha dicho oprobio de quién); pero era imposible satisfacer este caso de hambre diplomática, menos esporádico en Méjico de lo que se podía creer. El Gobierno no podía saber que M. de Morny estaba complicado en esta empresa de estafa internacional, no podía saber que había recibido promesa de un 30 por 100 de lo que pudiera extraerse de la reclamación á Méjico; ni durante todo el año de sesenta y uno nuestro agente confidencial en París, M. de Monluc, como se ve en sus papeles y á pesar de su amistad con los parientes de Jecker, tuvo noticia de este complot de grandes rapaces. No se llegó á precisar la sospecha, sino cuando fueron interceptadas en Méjico las cartas de los allegados de Jecker y fueron publicadas en los Estados Unidos el año de sesenta y dos. La circunstancia de haber hecho oficialmente suya la reclamación Jecker el ministro de Francia, más bien indujo á creer que el mismo emperador Napoleón estaba complicado en aquella triste tentativa de rapiña. Y perfectamente deben de haber comprendido nuestros estadistas que acaso el modo único de conjurar una alianza de Francia con España, era el reconocimiento de lo que pedía Jecker por boca de Saligny; y también pudo imaginarse nuestro Gobierno que, contraído el compromiso, la forma del pago se le facilitaría por extremo, y que la manzana de la discordia arrojada así entre los asociados contra Méjico (que habrían de ensordecer con sus clamores al mundo por la preferencia dada al crédito prohijado por Francia) haría, probablemente, imposible el consorcio de voluntades contra nuestra independencia concertado. A pesar de todo no había habido, ni hubo, un solo Gobierno, ni siquiera el del Imperio, que se hubiese atrevido á asentir á la exigencia de Saligny. Para Juárez habría sido mengua, y no sólo eso, sino peligro eminentísimo, peligro de muerte. El Gobierno mejicano que hubiese reconocido la reclamación Jecker se habría encontrado con el Congreso en pie delante y detrás del Congreso las picas del partido liberal amotinado : no habría durado una semana. ¡Y los Estados Unidos! Sin haber habido nunca tal reconocimiento, sino simples rumores que el jactancioso y baladrón Ministro francés lanzaba á los cuatro vientos de la ciudad, los reproches que oyó en Washington nuestro representante Romero ni pudieron ser más expresivos ni menos tranquilizadores.

℄ Cuando M. de Saligny se convenció bien, se convenció á fondo, de que no obtendría de grado lo que pedía, desenmascaró sus baterías y empezó á desenvolver su programa guerrero. Informes frenéticamente falsos, rumbo á Francia;

á España, invitaciones formales á declarar la guerra. Bien conocidas son sus cartas á Serrano, el capitán general de Cuba; no tenían otro objeto que comprometer inmediatamente la acción de España. Se vanagloriaba de que la contestación á sus cartas la traía de la Habana la flota española; nuestro Gobierno lo creía también, lo temía al menos.

❧ ❧ ❧

℄ La suspensión de pagos cayó sobre los proyectos bélicos del conde de Saligny como miel sobre hojuelas. Sir Ch. Wyke, que ya la barruntaba, porque no se hablaba de otra cosa en los corrillos de Palacio y en los despachos de los negociantes, se sorprendió, sin embargo, y él y su colega pusieron á nuestro ministro Zamacona una nota ridícula preguntando si era cierta la decisión del Congreso que aprobaba la iniciativa de suspensión promovida por el Gobierno; á lo que Zamacona contestó como debía, tras lo cual vino el ULTIMATUM fijando términos perentorios para la derogación de la ley, como si Méjico fuese un protectorado ó un virreynato de Francia ó Inglaterra, y al fin la ruptura de relaciones, el abatimiento de las asta-banderas en las legaciones, el entredicho, en suma, la excomunión. Y ya lo dijimos y ya expresamos cómo, hostigados por apremios pecuniarios que nos orillaban casi á proclamar no sólo nuestra bancarrota financiera sino política, Ejecutivo y legisladores creyeron á una que á todo riesgo, á toda aventura era preciso suspender los pagos para evitar la disolución del ejército y de una administración agonizante. Pero De Zamacona, jefe del Gabinete, tenía toda la estofa de un diplomático; las circunstancias le obligaban á decretar la suspensión; pero su carácter flexible, la cultura de su espíritu, la corrección elocuente de su palabra al mismo tiempo atildada y colorida, cualidades que años después llegaron á la plenitud, hacían de él un hombre á propósito para el puesto que Juárez le designara.

℄ Y aquí, de paso, salimos al encuentro de una pseudo-observación que anduvo en boca de muchos que creían al Presidente, por su grave y silencioso continente, no sé qué esfinge que devoraba á cuantos se le acercaban bastante para conocer su secreto. Se afirmaba corrientemente que Juárez espiaba á los hombres de valer para levantarlos, gastarlos y abandonarlos ya inutilizados. No merece esto los honores de la refutación; no hay un solo ejemplo de Ministro suyo en quien pueda encajar esta observación. El Presidente, lo repetimos aquí, á par de sus grandes cualidades morales, superiores á sus cualidades intelectuales sin duda, tenía un defecto que supo corregir luego : la desconfianza de sí mismo; esto le habría inducido, si á ello no bastara su deber de Jefe del Estado, á asesorarse de los hombres más capaces de su partido, sin fijarse en el apego personal que le tuvieron. Y á esos hombres daba, casi sin restricciones, la dirección de los negocios públicos, con tal de ser constante y minuciosamente informado de todo caso grave, que pasaba por el tamiz de un debate en el Consejo de Ministros. Lo que gastaba é inutilizaba temporalmente á los próceres liberales que fueron desfilando uno en pos de otro por el Ministerio, no fué la acción deletérea y sorda

de no sé qué siniestros propósitos de melodrama atribuídos al primer magistrado, sino que las circunstancias les eran superiores, que no acertaron á luchar con ellas porque era una lucha imposible, porque aquéllas eran situaciones sin salida, porque no había más salida que una crisis estupenda de la que resurgiría la República ó triunfante ó muerta. Hagamos á un lado los consejeros de Juárez en Veracruz, los Ocampo, los Lerdo de Tejada, los Ruiz, los Emparán, los Degollado, porque ellos forman con él una especie de unidad broncínea, de personalidad colectiva cuya heterogeneidad no pudo entreverse sino después del triunfo; vengamos á los del año de sesenta y uno. Zarco y sus colaboradores eminentes, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, González Ortega, ¿qué pudieron hacer aun cuando hubiesen contado, como contaron, con toda la ayuda de Juárez, que veía con su acostumbrada sensatez que el buen suceso de sus ministros era el suyo? ¿Qué pudieron hacer más que trocar la Reforma en moneda menuda, digámoslo así, para que corriese por las manos de muchos y, á costa de la más estrepitosa bancarrota, incorporarla definitivamente en la circulación de la riqueza del país, de la que no podría tornar á segregarse nunca (y nada se ha hecho de mayor trascendencia en la historia social de Méjico independiente)? Mas desde el momento que faltó el dinero y que las fuentes fiscales se fueron cegando una por una y la Tesorería nacional se encontró con el problema del gasto diario delante de sí, adiós los grandiosos proyectos de Ramírez y los propósitos de plantear la organización política del país que maduraba Zarco y los planes de dar forma definitiva á la administración financiera que Prieto concebía y creaba hasta en sus mínimos detalles; la penuria y el hambre burocrática acercaban el horizonte á las cajas de la tesorería y no había más allá; el Gobierno sólo gobernaba por intermitencias convulsivas; en donde no hay dinero la autoridad empieza por la anemia y acaba por la atrofia. Reunióse el Segundo Congreso constituyente en que por primera vez figuraron Riva Palacio, Zamacona, Zaragoza, Porfirio Díaz, Leandro Valle, Altamirano, Hernández y Hernández, Juan A. Mateos y un grupo de legistas que estaba destinado á constituir el partido liberal del Imperio, Cortés, Esparza, Linares, Dublán, Ortiz Careaga, etc. Un cambio de Gabinete se imponía; Juárez escogió para organizarlo al redactor mismo de la Constitución en su forma definitiva, puesto que por primera vez iba á ensayarse formalmente la aplicación del código político, á D. León Guzmán; puso en el ministerio de Justicia á quien era la personificación pura de la austeridad republicana; á Zaragoza, el joven general desinteresado, laborioso y saturado, por decirlo así, de fe reformista, le dió la herencia de González Ortega, que no hacía mucho había abandonado el ministerio de la Guerra haciendo sonar su sable en las baldosas de la escalera presidencial. ¿En qué cosa les estorbó Juárez el paso, en qué cosa se lo estorbó á los que vinieron luego? El ministro Zarco, con una tarea gigantesca sobre los hombros, realizar la Reforma y hacer abortar la guerra civil, sucumbió moralmente el día que resultó el erario en bancarrota, y González Ortega, airado contra el Gobierno, quedó al frente de su división; el ministerio León Guzmán sucumbió cuando por la necesidad de las facultades extraordinarias, quedó demostrado que la Constitución sólo parecía apta para la vida pública

normal, es decir, para los períodos de abundancia y de paz, que eran, en realidad, anormales por excelencia, porque cada día parecían más lejanos; pero que no lo era para los períodos críticos que constituían la trama de nuestra existencia patria. Si no podían aplicar la Constitución (y no podían), cesaba de tener valor especial la presencia de Guzmán y de Ruiz en el Gabinete. Lo que pasaba, lo que pasó hasta la renovación de ideas y tendencias que se efectuó á raíz de la Intervención y el Imperio, fué que la Constitución nuestra era esencialmente imparlamentaria y parlamentaria accidentalmente; eran las fórmulas de la Constitución norteamericana las que la componían, era un espíritu exclusivamente latino, mejor dicho, francés, quien las animaba. Ya se ha dicho (v. Vallarta) que ni siquiera el texto mismo de la Constitución americana tuvieron á la vista los autores de nuestra ley fundamental, sino una versión deficiente. Y resultaba que, fuera de los grandes principios que era lo que les urgía, porque eran enseñas para la lucha reformista que iba á desenvolverse en medio de espantosa tormenta, nuestros padres de 57 no pararon mientes en el mecanismo imparlamentario del código político que les servía de norma, ó adrede quisieron hacer otra cosa. Lo principal de esto, que, en rigor, podía llamarse INCONSECUENCIA en la aplicación de la teoría americana y que denuncia claramente el espíritu francés con que desde aquí se la seguía, es la supresión del Senado; error fundamental en que no cayó la Constitución del veinticuatro, ni podía caer dado el sistema adoptado al que era inherente: una federación sin Cámara federal era un contrasentido; una República central sin Senado, como la francesa del cuarenta y ocho, podía ser mala, pero no ilógica. Ya hemos dicho que entendemos por JACOBINISMO la organización de la dictadura de la clase popular, ya sea por el vehículo de una Convención, ya por el de un César; pues bien, la tendencia jacobina de la mayoría de los constituyentes, que los obligaba á ver al Senado como un cuerpo forzosamente aristocrático, los empujó á concentrar el poder en una sola Cámara frente á un Ejecutivo desarmado casi. Y hay que recordar que ésta fué precisamente una de las tesis de los liberales que apoyaron el GOLPE DE ESTADO de Comonfort: la necesidad de un poder fuerte para dirigir todo el esfuerzo de la Nación hacia la Reforma, conceptuando que la Constitución maniataba al Presidente para entregarlo al Congreso y lo hacía impotente para guiar una revolución que manifiestamente no se había consumado.

¶ Resultó que nuestro código político, á pesar de ser en su mayor parte una versión libre del norteamericano, era mucho más complicado que éste de parlamentarismo; uno de estos resabios consistía en autorizar la presencia de los Secretarios del Despacho en las sesiones del Congreso, como en todos los Congresos anteriores á la Constitución; en dejarles tomar parte en los debates; en someterlos á las interpelaciones de los diputados, y, en suma, en comprometer simultáneamente su responsabilidad y la del Presidente en la discusión de las leyes ó en la de los actos gubernamentales. La Constitución no prohibía esto, pero debía haberlo hecho, porque de otro modo, ó traía indirectamente á la barra de la Cámara al Presidente de la República bajo el nombre de sus secretarios, ó éstos venían por sus propios respetos, como lo hizo el ministro de Comonfort, Lafragua, en

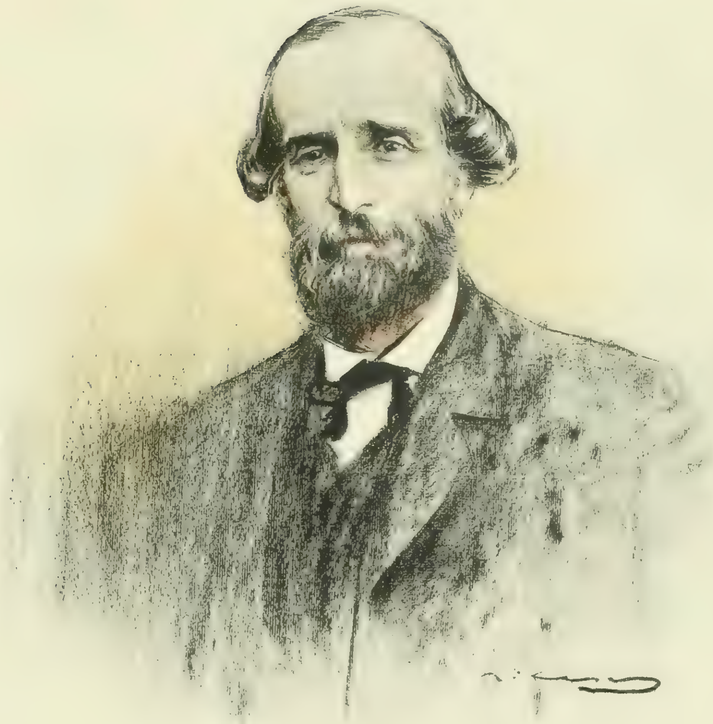
las sesiones del Constituyente, y entonces el Gobierno resultaba parlamentario.

℄ Juárez, con todos los estadistas liberales de la época sin una disidencia, infería de estos hábitos, perpetuados bajo el régimen constitucional, que, sin el acuerdo del Congreso, no podía legítimamente marchar, y este concepto falso explica su anhelo de crear Ministerios directamente apoyados por la Cámara. Todavía por los años de 75 un gran orador, que poseía vastísima instrucción y había tomado parte en todas nuestras luchas parlamentarias, el Sr. Montes, refiriéndose á su plan de conducta al día siguiente de la desaparición constitucional del Sr. Lerdo y su Gabinete, y diputándose ministro y jefe del Gabinete del que entonces era presidente de la Corte y en la emergencia prevista por Montes sería el Presidente interino, hablando de la necesidad de preparar EL PROGRAMA DE GOBIERNO, manifestaba que el Gabinete en cuestión sólo podría aceptar su encargo si la mayoría de la Cámara aprobaba el consabido programa. Éste era el criterio de los hombres políticos del tiempo de Juárez. El conocimiento mejor guiado de la Constitución americana, nos ha hecho parar mientes en que la nuestra es, no antiparlamentaria, sino imparlamentaria; pero muy probablemente sus autores apenas si se percataron de ello; lo que sabían y sostuvieron es que era representativa y no netamente democrática; por eso, tratando del modo de reformarla, se rechazó una especie de AD REFERENDUM ó plebiscito confirmatorio que se propuso. Y todo esto era necesario tener en cuenta para dar de mano una vez por todas á la conseja de Juárez devorando moralmente á sus ministros y para exponer cómo comprendemos el papel de Presidente parlamentario á que Juárez se creía obligado, á pesar de que su elección dimanaba de todo el pueblo como la de los otros dos poderes, con la diferencia de que esos poderes eran personalidades colectivas, mientras que la suya era eminentemente individual, de donde resultarían las presidencias americanas CESARISMOS, si sobre ellas no estuviera la suprema autoridad de la ley.

℄ Creemos haberlo indicado, Zamacona se sometió á las exigencias premiosas de una situación de angustia. Él no había iniciado la suspensión de los pagos de los tenedores de bonos de la deuda inglesa y de los de las convenciones diplomáticas; los Ministros sus antecesores lo habían hecho así y el Congreso había prudentemente rechazado, mejor dicho, aplazado esta resolución extrema, mientras se preparaba diplomáticamente. Claro que esta preparación diplomática á nada habría llegado por la pésima disposición de Saligny hacia nosotros y por su deseo de obligar al Gobierno mejicano á pasar por las horcas caudinas del negocio Jecker, aun cuando por lo pronto pareciera contentarse con la entrega de los fondos del convenio Penaud. Tal vez el ministro inglés habría entrado en arreglos dejando nuestro porvenir más comprometido que nunca; y si el Gabinete León Guzmán nada formal hizo entonces, provino esto, sin duda, de que se conocían ya las instrucciones del ministro norteamericano Corwin, y una gran esperanza de mejorar nuestra situación financiera apuntaba clara en el horizonte. Estas instrucciones,

que databan del mes de Abril, á pesar de que contenían severas amonestaciones y amenazas de exigirnos más tarde indemnizaciones por perjuicios á ciudadanos americanos, revelaban un fondo de benevolencia y el deseo evidente de ayudarnos á salir de una situación complicadísima, en que, como las moscas en la telaraña, á cada movimiento que hacíamos nos envolvíamos más. La determinante principal de esta benevolencia era el temor de que Méjico, dando oídos á las propuestas de los confederados disidentes del Sur, ya que no aliado, por lo menos se mostrase simpático á la nueva República esclavista; todo lo cual era de superlativo interés para el Norte. Y el temor no era vano, dado que el Estado de Tejas y la región de Arizona, es decir, casi toda nuestra frontera, estaban en poder de los separatistas y que un agente del Sur, con el pretexto de obtener una neutralidad absoluta de Méjico en la contienda, en realidad solicitaba nuestra benevolencia y ayuda.

℄ Nuestro ministro de Relaciones, que tenía, repetimos, la estofa de un diplomático de raza, pudo fácilmente percibir, aun en las violentas comunicaciones que mediaron entre él y los representantes de las naciones OFENDIDAS con motivo de la ley de 17 de Julio, una diferencia de tono que no sólo se debía á la diferencia de educación (el Conde francés siempre se había manifestado un personaje grosero; Wyke, un perfecto GENTLEMAN), sino á la diversidad de situaciones : una política, y financiera la otra. La política, porque en este campo, como se había visto durante el desempeño de la plenipotencia inglesa por Mathews, todas las simpatías de Inglaterra tenían que estar del lado de los reformistas, sobre todo de la Inglaterra gobernada por Russell, un puritano de la vieja cepa que, más que de los intereses de los tenedores de bonos ingleses, se preocupaba de la cuestión de la libertad de cultos, que no desperdiciaba oportunidad de pedir ó exigir en Méjico. La cuestión financiera era la más delicada, porque la otra estaba resuelta con la sola presencia de los jefes de la Reforma en el Gobierno; pero la garantía efectiva, inconmovible del pago regular de intereses á los BOND-HOLDERS no podía provenir sino de la creación de un estado de cosas estable, sólido, definitivo en Méjico; cierto, la garantía de las rentas aduanales era positiva, pero precaria; en cualquiera situación premiosa, bien lo sabían los ministros ingleses, cuando agotados los recursos de pronta realización que pudieran extraerse de los bienes nacionalizados del clero (y estaban casi agotados aun antes de concluir la guerra de Reforma); cuando tocaran en los confines de la imposibilidad los bochornosos recursos del préstamo forzoso, de la extracción, por medio de la cárcel, casi del tormento, de impuestos arbitrarios que daban á la extorsión fiscal el aspecto de un plagio de que eran víctimas directas ó los propietarios ó sus familias; cuando nada de esto bastara para concluir con la guerra civil que los triunfos del fin del 60 no habían hecho más que suspender, que cortar en dos, cercenando la cabeza perpetuamente renaciente de la hidra, como las fáciles metáforas de la época decían; cuando el general en jefe de los banderizos reformistas participase al Gobierno que su responsabilidad tenía que concluir en donde sus recursos quedaran definitivamente agotados y que el ejército del Gobierno quedaría, en consecuencia, disuelto antes de mediados de Julio; cuando todo esto sucediese,



el Gobierno, autorizado por la ineluctable ley de la necesidad de vivir, viviría y pondría la mano sobre los fondos aduanales, su único recurso, es decir, sobre la sola garantía de los acreedores extranjeros. Esto había pasado, y con la elocuencia de la verdad pura lo había manifestado así el ministro Zamacona á los plenipotenciarios; ellos, á esta razón de hambre, digámoslo así, no habían tenido más razones que oponer que la de que habían faltado los avisos y las preparaciones previas. A lo que Zamacona contestaba que no había tenido tiempo; callaba la verdadera razón, la del temor de que el panadero no quisiese dar el pan que necesitaba el famélico, sino sacando mayores ventajas; la de que el hambre no sufre dilaciones; la de que el que quería el pan se creía con más derecho que nadie á lo suyo (hemos seguido el símil empleado por Sir Ch. Wyke en su correspondencia con nuestro Ministro en Julio de 1861). A pesar de todo, el Ministro inglés sentía bien que su papel no era ni podía ser el mismo de Saligny, empeñado en buscar un pretexto para la guerra, no era el de un agente provocador; que tenía que ser más serio y más digno, porque no representaba intereses equívocos y fraudulentos y bastardos como Saligny, resuelto á abusar de la fuerza para convertirlos en legítimos, gigantesca tentativa de CHANTAGE internacional de que no hay quizás ejemplo más elocuente en la historia. El Ministro inglés representaba intereses legítimos, que sólo podían asegurarse por un Gobierno establecido con todos los elementos posibles de estabilidad, y que, precisamente, la conveniencia del Gobierno inglés consistía en coadyuvar á la consolidación de un Gobierno en esas condiciones; Gobierno que sólo podía ser un Gobierno de porvenir como era el reformista, no un Gobierno de pasado y de tumba como era el reaccionario.

¶ El error clásico de los jefes del Gabinete inglés en aquella fecha consistió en decidirse por una solución de violencia y de fuerza, en lugar de otra que, desde aquí, vemos perfectamente indicada: ayudar pecuniariamente al Gobierno mejicano á consolidarse y á vivir, de donde resultaría espontáneamente la garantía de los BOND-HOLDERS y de los acreedores convencionados. Pero para esto se necesitaban mejores anteojos que los que usaba, no digo Russell, sino Lord Palmerston, á pesar de que era muy listo. Un HOMBRE DE ESTADO completo, típico, es un jugador de ajedrez que al mover su pieza prevé las cinco jugadas necesarias determinadas por la suya. En los tiempos modernos Fernando de Aragón, Richelieu, Cromwell, Federico de Prusia, Walpole, Pitt II, y entre los diplomáticos Taillerand, Cavour, Bismarck, son los que más se han acercado á este tipo; Palmerston preveía dos ó tres jugadas; Napoleón no previó más que las suyas; á éste, en menor campo, fué superior Doblado; por desgracia, Doblado, como los grandes diplomáticos italianos, no contaba con la fuerza suficiente para obligar al contrario á jugar cómo quería; sólo tenía peones.

¶ Zamacona aprovechó esta situación inclinada á la condescendencia del Ministro inglés y lo hizo venir poco á poco á términos de convenio, como veremos luego. El de Francia, por el contrario, cada vez se alejaba más; ya hemos hablado de su invención de una tentativa de asesinato y de no sé qué ultrajes inferidos á la legación por los vociferadores de club ó de suburbio al celebrarse la victoria

de Jalatlaco en Méjico. Ello es que el cuerpo diplomático tomó por lo serio los peligros del colega Saligny, á quien la sociedad toda empezaba á considerar como farsante dañino, é hizo una representación muy formal al Gobierno, que bien pronto demostró que nada había habido, sino la mala intención del ministro de Francia, que acumulaba precipitadamente pretextos para pasar de la ruptura de relaciones á la de hostilidades.

* * *

¶ Otros motivos de penosa inquietud se presentaban en el ánimo del Presidente Juárez; el color de su tez no se matizaba sino con sombras, nunca con vivos colores como la del blanco y del mestizo; de ahí, de la poca movilidad de su rostro tallado en cobre á grandes planos, concluían los observadores superficiales que era insensible; fisonomía inexpresiva, luego alma impasible, luego corazón insensible. Todo esto es forzado é inexacto; por aquella época, muchos sorprendieron en sus ojos, escondidos bajo el supercilio, relámpagos de ternura infinita en las noches en que gustaba un poco de descanso en la modesta tertulia de su casa y escuchaba arrobado el canto dulcísimo de su hija Manuela. La verdad es que desde entonces comenzó probablemente á caer inadvertida en el seno de su organismo la gota lenta destinada á cavar la roca de una naturaleza que parecía destinada á ser secular. Y no que en medio de aquel horizonte negro, que se cerraba y se reducía en torno suyo, perdiese un solo instante la visión clara del triunfo final, no, nunca; ésa fué su fuerza, porque era su fe. No, su congoja era otra : el concepto que luego se repitió tanto, de que él, su persona, era el obstáculo insuperable para la unión definitiva del partido liberal, para la sumisión de los disidentes reaccionarios, para impedir la intervención europea, lo hacía sufrir más, sin duda, que todas las amenazas del cielo y la tierra, que las excomuniones de la Iglesia y los cañones de Napoleón III.

¶ Bien pronto palpó este sentimiento de aversión dentro del mismo partido reformista; aversión que se sumaba al odio, al horror que inspiraba á las masas católicas y que explotaba sorda y tenazmente el clero y del que todavía existen reliquias vivaces. ¡Precisamente la explicación histórica de ese odio persistente ha hecho comprender á las generaciones liberales que han subido á la escena después de las grandes batallas del tercer cuarto del siglo pasado, en qué consistía la grandeza de Juárez, por qué era uno de los hombres más representativos de nuestra vida nacional : y el anatema se ha tornado apoteosis!

¶ Cuando, en medio de vítores atronadores, de repiques sin fin en que policías y granujas echaban á vuelo durante horas y horas las campanas de todas las iglesias de la capital, efectuó su entrada triunfante en Méjico el ejército vencedor de Jalatlaco, se dibujaron bien las líneas del eterno complot contra Juárez, que entraba y salía de la sombra alternativamente desde principios del año fatídico de sesenta y uno. Renovóronse la popularidad y el prestigio militar del vencedor de Calpulalpam, renacieron sus bríos y sus anhelos más sugeridos que espontáneos de gobernar la República, ó de hecho ó por derecho. Por derecho lo podía,

no había más obstáculo que Juárez, porque el general González Ortega había prestado, en manos del presidente de la Diputación permanente, protesta constitucional como presidente interino de la Suprema Corte de Justicia, es decir, como vicepresidente de la República. Y, digámoslo de paso, esto ponía de bulto el grave error de los constituyentes en colocar en el supremo poder judicial un elemento vivo de política activa como era el vicepresidente de la República. Ya indicaba bien este vicio fundamental la prevención de que los electores (¡como si esto pudiera ser otra cosa que una fórmula vana!) fuesen los jueces de la aptitud jurídica de los magistrados electos. Esto equivalía á asegurar la entrada de los políticos puros en un cuerpo que por sus funciones estaba llamado á ejercer un papel eminentemente sereno y equilibrador, ajeno en absoluto á la política de pasión y de lucha, que era la vida cotidiana de los otros poderes supremos. A eso se debe también el que no se hubiese seguido ni el ejemplo de la Constitución americana, ni la tradición del pacto federal del veinticuatro que hacía de la Corte un areópago de magistrados inamovibles, sólo renovables por la responsabilidad legalmente declarada ó por la muerte. A esta condición debe su prestigio inmenso la Suprema Corte de los Estados Unidos del Norte y la fe general en su alto y recto espíritu de justicia; ella resume la energía centrípeta que impide la disgregación del organismo gigantesco que se llama LA UNIÓN. Esto no habría podido ser si los constituyentes americanos hubiesen colocado la vicepresidencia en la Corte.

¶ En Méjico los Gobiernos republicanos que han organizado, como siempre, las elecciones, han tenido á honor colocar al frente del supremo tribunal á los juristas próceres del partido liberal, y los célebres CHIEF-JUSTICES americanos no están por encima de Juárez, de Lerdo de Tejada, de Iglesias y de Vallarta, con quien concluyeron las presidencias especiales de la Corte. Pero pudo ser otra cosa; pero hubo una excepción y ésta precisamente fué la de González Ortega: ningún ciudadano merecía honores y aplausos en mayor proporción que él, ninguno que caracterizase mejor la significación puramente política y de combate que se podía dar á la presidencia de la Suprema Corte. Por fortuna, este mal ha desaparecido de nuestra Constitución, gracias al patriótico esfuerzo de Vallarta, sobre todo; por desgracia, esta radical transformación no tuvo, como debía, la indeclinable consecuencia de la inamovilidad, sin la cual ni habrá verdadera independencia en la justicia federal por honrados que sean, como lo son, el Gobierno y los magistrados, ni habrá modo de impedir que nuestra democracia, cuando pase del período de gestación al de vida propia, se vuelva una anarquía, fecunda matriz de despotismos.

¶ El general González Ortega, al protestar como vicepresidente, pronunció un discurso que era un programa político; parecía que pretendiendo ganarse partidarios, aun en el elemento militar y militante de la reacción vencida, abogaba por una ley de olvido que permitiese acabar con la guerra civil, atrayendo á los corifeos reaccionarios á las filas liberales y suspendiendo así el desangramiento del pueblo. Por lo menos, si eso no fué lo que quiso decir, así interpretó sus palabras la prensa. Y en verdad esto era ponerse de nuevo en pugna con las miras

del Gobierno, que, incapaz de extremar la política de represión desesperada y desesperante, sí quería no sólo domar la reacción sino castigarla, en lo que se transparentaba claramente el espíritu de Juárez, que siempre fué un juez, aun á través de sus mayores condescendencias como político.

ℭ Luego de esta actividad puramente política, el general republicano, de quien los demagogos querían hacer un Mario, como habría dicho D. Ezequiel Montes tan aficionado á citar á Tito Livio y Plutarco en sus ciceronianos discursos, en lugar de continuar la campaña contra los corifeos reaccionarios que se rehacían á gran prisa después del desastre de Jalatlaco, puso tales condiciones para encargarse de ella, sobre todo por lo que se refería á los recursos, que el Sr. Juárez, en una comunicación llena de digna entereza, le admitió su dimisión y Zaragoza encomendó á otros jefes la dirección de la campaña que iba á acabar con la victoria de Pachuca que, á no haber sido por la Intervención, habría sido decisiva.

ℭ Pronto las atenciones de la guerra y el cumplimiento de urgentísimos compromisos habían hecho insuficientes los fondos que proporcionaba periódicamente la suspensión de pagos, y las contribuciones se multiplicaron. Es verdad que se expidió un presupuesto que subió á ocho millones y trescientos mil pesos, de los cuales el ramo de guerra absorbía cerca de cinco millones (signo del tiempo), y es cierto que se hacían notables esfuerzos para organizar la hacienda y el ejército, y que en todos los departamentos de la administración se dictaban medidas que tendían á mejorar la situación social. Haremos mención especialísima de una disposición municipal que equivalía á declarar obligatoria la instrucción primaria, porque éste es uno de los gérmenes de la actual legislación pedagógica. Nada de esto bastaba ni á paliar siquiera la penuria incurable de un erario imposibilitado de organizar sus rentas interiores y obligado á resguardar, con disposiciones precarias y ocasionadas á catástrofes internacionales, sus rentas exteriores, que eran sus verdaderas rentas. Fué un síntoma nuevo de aquel estado patológico de cosas la ley de 21 de Agosto que establecía una contribución de uno por ciento sobre capitales mayores de dos mil pesos, exigible á todo habitante del Distrito Federal sobre sus bienes ubicados ó no en el mencionado Distrito; esta contribución debía pagarse en quince días y llevaba aparejado su cobro el uso (no se necesita decir abuso; el uso era un abuso) de la facultad económico-coactiva, que era nada menos que el terror fiscal atribuído á una serie de pequeños comités de salud pública que se llamaban oficinas recaudadoras; y esto al mes de haber asegurado el Ministro de Relaciones que uno de los motivos para haber suspendido los pagos consistía en la necesidad de hacer cesar las inauditas vejaciones á que los agentes del fisco sometían á los particulares.

ℭ Es difícil exponer hoy con exactitud la rabia sorda con que estos impuestos eran acogidos por los causantes, como se decía en la jerga fiscal; los procedimientos de los agentes de la autoridad revestían los caracteres del secuestro, del plagio, del allanamiento de morada, del ataque á las garantías individuales, y es incalculable la calidad y la cantidad de los recursos á que todos acudían para atenuar ó eludir los efectos de la ley; la protesta era universal y provenía, sobre

todo, de la convicción de que los recursos que crearía el impuesto bastarían para uno ó dos meses, que entonces otro ú otros impuestos arbitrarios ó vejatorios aparecerían en el horizonte, y que así irían pasando al fisco las fortunas de los particulares, y que toda industria, todo comercio lícito quedarían heridos de muerte. ¿Y quiénes iban á administrar estos recursos? ¡Los mismos que habían dilapidado los millones del clero, los mismos que habían matado la gallina de los huevos de oro y con ella la esperanza que todos los reformistas, desde los tiempos coloniales, habían concebido de dar organización definitiva á la hacienda pública! Porque es preciso pensar en esto, que si nosotros sabemos que los empleados superiores de la administración salieron con las manos puras de aquella DÉBÂCLE de la nacionalización, si nosotros sabemos que semejante mal fué acaso necesario y justo, porque de otra manera la Reforma en su elemento más positivo, es decir, la desamortización, no se habría efectuado, por los escrúpulos religiosos de unos y por el temor de no adquirir más que propiedades precarias de los más, la inmensa mayoría de los contribuyentes creía que ese derroche era robo y prevaricato. Así se sentía, así se pensaba en Méjico; en los Estados, el mal, cien veces más grave, hacía cien veces menos tolerable la situación. Y esto explica el singular estado de ánimo con que la burguesía acogió las promesas de bienestar de la INTERVENCIÓN y la falaz tranquilidad de los primeros meses del IMPERIO. Los burgueses mejicanos en su mayoría APLAZARON EL PATRIOTISMO, porque identificaban el régimen republicano con el empleo brutal de la facultad económico-coactiva.

* * *

Lo terriblemente complicado del problema político y financiero, el estado de ánimo de la sociedad mejicana, sujeta á accesos multiplicados de epilepsia crónica, privaron de toda importancia á los ojos del público á un hecho singular, inusitado en los anales del régimen parlamentario, en que, al margen y á expensas de la ley constitucional, nos habíamos tradicionalmente acostumbrado á vivir. El hecho consistió en la petición dirigida al Sr. Juárez por una gran minoría de la Cámara para que se separase de la presidencia; hecho ligado con el difuso complot orteguista y con los propósitos más ó menos disimulados del licenciado Doblado, revestido de importantísimo mando militar, que la separación del general González Ortega había vuelto de primera importancia y que tenía mayor relieve porque Doblado era el árbitro de Guanajuato, Estado que siempre fué muy rico y no poco belicoso.

Los cincuenta y un diputados que firmaron la singular petición, no como diputados, decían, sino como simples ciudadanos, eran algunos ilustres ya, como Altamirano, otros que lo iban á ser, casi todos jóvenes, predominando entre ellos el grupo de abogados, en minoría los hombres de accción y, agregados á los ORTEGUISTAS y á los DOBLADISTAS, muchos independientes, muchos impacientes que ambicionaban, en un círculo más abierto que el que rodeaba al Presidente,

más campo para sus anhelos de poder y dominio político : Riva Palacio, Romero Rubio, Fernández, Tovar, Balandrano, Arredondo eran de éstos.

℄ A la petición extraña había precedido una pequeña conspiración; se había sondado á varios gobernadores, se había hecho el recuento de los elementos con que se podía contar en el Interior... Total, un estupendo fracaso; no sólo porque algunos de los más importantes gobernadores de quienes se esperaba ayuda (como Arteaga en Querétaro, Ogazón y Vallarta en Jalisco) rechazaron enérgicamente aquella especie de pronunciamiento parlamentario; no sólo porque á los cincuenta y uno respondieron cincuenta y dos diputados con otra solicitud excitando al Sr. Juárez á no abandonar la presidencia, petición que ostentaba algunas firmas de futuros prohombres del partido, como Porfirio Díaz, Ignacio Mariscal, Robles Gil, Dublán (y por cierto, abundaban en la contra-petición los hombres de acción y los personalmente dispuestos á sacrificarse por sus ideas y por su jefe), no sólo por todo esto, sino, lo repetimos, por la especie de indiferencia pública con que fué acogida esta intentona que parecía que iba á encender al rojo blanco los ánimos. Aquello que parecía tamaño acto político, resultó una intriga.

℄ Era un síntoma; la escisión de la Cámara en dos porciones casi iguales presagiaba una dificultad extrema para la marcha del Ejecutivo, que necesitaba estar revestido de esa especie de dictadura parcial y temporal que la Constitución permite. De aquí á una guerra civil había un paso; la fracción del partido reformista rebelde al Gobierno llamaría en su ayuda á la facción militar reaccionaria que no podía ser vencida totalmente, porque esto habría equivalido á la curación total de llagas sociales que parecían definitivamente incurables, en el orden económico sobre todo; la guerra civil había sido la gran anarquía, queremos decir la gran histeria que nos había sumergido en convulsiones precursoras de la muerte nacional.

℄ Los peticionarios no podían tener otro fin que provocar la división del partido reformista y substituir como bandera de la futura lucha una cuestión de personas á un programa de ideas, que era lo que había impreso un sello de imborrable grandeza á la guerra de tres años : estas discordias que tienen por enseña una personalidad son las más enconadas y las más deprimentes para un pueblo. Linares, Ortiz Careaga y Ortiz de Montellano, que se declararon los corifeos de la cruzada antijuarista, parecían indicar algo así como que representaban los derechos de los Estados de la frontera septentrional y de los del Centro, «los verdaderos autores de la revolución reformista», contra los Estados del Sur y del Este, contra los oajaqueños sobre todo, que pagaban las preferencias naturales del Sr. Juárez, aunque estas preferencias eran puramente particulares, porque, desde EL GOLPE DE ESTADO hasta la fecha de la estupenda petición, sólo un oajaqueño había pertenecido al Gabinete, el licenciado Manuel Ruiz. En público se afirmaba, como ya hemos apuntado, que detrás de los cincuenta y uno estaban escalonados González Ortega, Doblado, Vidaurri y Comonfort; el primero era un exaltado, el último un moderado; entre estos dos colores se distribuían todos los matices de los enemigos políticos de Juárez (no hablamos de los religio-

sos); constituían una suerte de grupo girondino, pero no con un programa de doctrinas sino de aversión personal.

℄ El país estaba en la anarquía; los Estados, á punto de romper el vínculo federal, en realidad flojísimo ya; necesitábase en el Centro una mano de gran prestigio y de gran energía que rehiciese la coherencia que faltaba al cuerpo nacional; un Gobierno así no podía ser regentado por Juárez, hombre de todas las virtudes cívicas, pero de todas las impotencias políticas. En la circular con que acompañaron su petición, decían é imputaban algo más al Presidente; el desastre financiero, el desastre militar, el desastre exterior, todo era obra suya, según los pronunciados del Congreso. El desastre financiero, relativo como era, porque consistía en no poder realizarse los valores cuantiosos que quedaban, era obra preparada por tres años de guerra civil, porque unos y otros habían vendido de los bienes eclesiásticos todo lo fácilmente realizable dando diez por uno, bajo el tremendo apremio de las contingencias de la lucha; el desastre militar era engendrado por la penuria que obligaba á escasear pan y pólvora al soldado; el desastre exterior era engendrado por los otros dos : del militar había venido la anarquía espontánea y la inseguridad para todos y el pavor de los extranjeros, que pedían garantías de que nadie podía gozar, y el imperio de los bandoleros en inmensas porciones del territorio (los bandoleros, ó reaccionarios ó reformistas, eran ahorcados, es verdad, y despiadadamente, es cierto; pero esto no era parte á arredrar á los bandidos más ó menos PLATEADOS, al contrario, era un incentivo, daba sal y pimienta á la aventura, eran quince ó veinte mil asesinos que habían entablado un duelo frenético con la horca); el desastre económico había engendrado la insolvencia, las leyes vejatorias, la suspensión de pagos. ¿De cuál de estos antecedentes era autor Juárez; de cuál de estos desastres era antecedente Juárez?

℄ No; todo había sido obra de una serie fatal de causas casi siempre inconjurables, que no habían podido neutralizarse nunca. Todos ó casi todos los próceres liberales habían luchado con estas dificultades, habían estado en el terreno en que habrían podido ser vencidas, si no hubiesen sido invencibles; á estas mismas fatalidades obedecían los «cincuenta y uno» pidiendo á un paliativo la curación de un mal de raíz, sin hacer más que complicarlo con un sistema de escisión y de guerra. El remedio era otro, inesperado, trágico, era LA INTERVENCIÓN.

* * *

℄ Como una montaña que fuese la lápida de una tumba, cayeron los últimos meses del sesenta y uno sobre la vida política de Méjico; había entrado en todos los ánimos la certidumbre de una guerra extranjera, mejor dicho, de una guerra con España, que no podrían impedir los Estados Unidos, en donde la federación parecía próxima á sucumbir por la buena suerte de los confederados del Sur, y que verían con indiferencia flemática Inglaterra y Francia; la Francia imperial, con gusto. En la Habana, el capitán general Serrano hacía formales preparati-

vos para una expedición, y aunque la guerra era popular en Méjico, el Gobierno sabía bien que era una terrible complicación más y que nuestros puertos, por lo menos, caerían en poder del enemigo; y el Gobierno sin aduanas era la premisa infalible de la anarquía interior llevada al último extremo.

¶ La sociedad, miedosa, recelosa, tímida ante la guerra y los nuevos impuestos vejatorios en perspectiva, se encerraba, la católica, en el fondo de las iglesias en donde solapadamente el clérigo hablaba de las próximas venganzas y silabeaba sordamente el anatema contra Juárez y los PUROS ó, retraída de toda diversión, de todo deseo de exhibirse y vivir la vida social, sólo paraba mientes en dos cosas: en los sollozos de las monjas que, aunque tratadas por el Gobierno con infinita solicitud, esperaban el momento de la exclaustración, y en los rumores de intervención y monarquía que llegaban de Europa en cartitas confidenciales de los emigrados. Éste era el grupo católico-reactor; porque había otro, ajeno en absoluto á todo pensamiento político, que se contentaba con la iglesia abierta, el empleo pagado, el maíz barato, los alquileres bajos aunque fuese en los conventos, que parecían, con sus paredones derruídos y sus brechas abiertas, fortalezas de una ciudad entrada á saco y que se habían convertido en inenarrables CASAS DE VECINDAD. Para este grupo católico anodino, lo mismo era que fuese presidente Juárez que Zuloaga: ¡ALLÁ ELLOS!; lo que quería, como se quiere un lejanísimo y casi irrealizable ideal, era la paz. Lo mismo aplaudió y con la misma sinceridad á Miramón vencedor en Ahualulco y San Joaquín, que á González Ortega en Silao y Calpulalpam y á Tapia vencedor de Pachuca, en esos meses del sesenta y uno que vamos narrando; esta batalla, por cierto, pulverizó de veras á la reacción; dispersado en guerrillas, el ejército de Márquez buscó el abrigo de las Sierras, de donde no volvió á salir sino al amparo del ejército francés. Con razón en Méjico recibieron en triunfo á las huestes de Tapia y Porfirio Díaz; un triunfo que fué, para la burguesía sin principios, un gran consuelo, porque vislumbró el fin de la guerra civil. No fué así; vino la guerra extranjera, y un poco de entusiasmo penetró en esa clase y la caldeó; luego asistió á la recepción de Forey y Márquez en sesenta y tres, sin aplausos, pero impasible. Esperaba también de los nuevos vencedores paz y pesos.

¶ La fracción reformista sobrenadaba; era inexperta, bulliciosa, gritona, mascadora de clérigos, con la fruición con que el rey de los infiernos del Dante masca á Judas; en el fondo, resuelta á sacudir hasta en sus cimientos al mundo añejo, á arrancar el árbol de la tradición, á hacerlo arder como leña vieja; en el fondo, dispuesta al sacrificio por las ideas, capaz de morir como Leandro Valle, de pelear como Porfirio Díaz, de hablar como Altamirano, de pensar como Ramírez, de cantar como Prieto, de triunfar como Zaragoza, de escribir como Zarco, de entusiasmar como González Ortega, de creer como Juárez. Esta brillante flora del océano popular trataba de solidificarse, de formar masa con el pueblo cuyos derechos proclamaba y cuyo porvenir creaba, trataba de convertirse en un grupo nacional transformando el credo de la Reforma, como se decía en todas las tribunas de aquellos años tumultosos, en la religión política de la Patria; tarde se hubiera logrado, quizás nunca, sin la crisis formidable determinada

por la Intervención; ella, removiéndolo todo, hizo del sentimiento reformista y el nacional una cosa sola. La escuela es la destinada á dar á los mejicanos conciencia plena de esta unión definitiva.

℄ Pero aun esta misma parte de la sociedad beneficiada en la nueva situación política, sentíase asfixiada por la incertidumbre de lo futuro, por la ambiencia mortal en que se desenvolvían estos acontecimientos. Nuestro ministro de Relaciones, desplegando una señalada actividad y un talento flexible y fino, razonador más bien que combinador, llegó á madurar un plan diplomático que consistía en deshacer la coalición que se dibujaba bien contra nosotros y que la suspensión de pagos no había hecho más que cristalizar, creando una situación privilegiada para engendrar celos y desbaratar concordias facticias que no tenían más cebo que el interés en su ínfima acepción. ¿Quién estaba en condiciones más favorables para dar acceso á insinuaciones que pudieran tener un éxito conforme con los deseos del Gobierno de Juárez? Inglaterra seguramente, Inglaterra era la única. No hablamos sino en el sentido en que podía colocarse el Gobierno mejicano de aquel tiempo, con los informes vagos que podía proporcionarse, con los datos truncos y adulterados de que podía disponer. Ahora se ve claro en todo esto; entonces ni los mismos provocadores de los sucesos que formaron el preliminar de la Intervención sabían penetrar en los móviles y en los fines de aquella conspiración inicua.

℄ La actitud del Conde de Saligny, que desempeñaba á maravilla su papel de agente provocador, quitaba á nuestro ministro Zamacona todo conato de tratar aquí con Francia la cuestión relativa al pago de nuestra deuda, pretexto ó motivo de la coalición en ciernes. Nuestro Gobierno podía probar que el plenipotenciario francés no sólo había dado abrigo á algunos reaccionarios de nota en la casa de la legación (entre ellos al infortunado general Robles Pezuela), sino que había cubierto con su inmunidad las comunicaciones constantes entre sus asilados y los cabecillas que batallaban bajo las enseñas de Zuloaga; podía probar que, tratando de privar al Gobierno de los recursos que de la ley de suspensión de pagos podía sacar para pacificar al país, había sembrado el temor y la desconfianza entre los comerciantes que se aprestaban á negociar sobre los derechos cobrables en los puertos, asegurándoles que éstos serían inmediatamente ocupados por los coaligados y les sería imposible recuperar sus anticipos; lo que motivó, por cierto, el gravísimo impuesto del 1 por 100 sobre capitales mayores de dos mil pesos, que levantó tamaña grita; podía probar que cuando el Gobierno dispuso, en uno de sus momentáneos y formidables apuros, de los fondos en el Montepío de Méjico depositados para el pago de la convención firmada en Veracruz con el almirante Penaud antes del triunfo de la Reforma, convención cuyo monto aun no se había precisado, el Sr. de Saligny, que había formulado incontinenti sus re-

clamaciones, aseguró públicamente que el Gobierno no había devuelto esos fondos, constándole perfectamente que su aserción era una falsedad impudente; y podía asegurar, por último, que toda la ira del Conde provenía del ningún éxito de su tentativa respeto del negocio Jecker. El Ministro mejicano, en notas de una admirable lucidez, puntualizaba todo esto á nuestro flamante representante en París y Londres, el Sr. de la Fuente. Bien se sospechaba aquí que hubiese un poderoso interés de baja ralea en cuanto al negocio Jecker se refería, pero se suponía que fuese un interés de políticos venales de segunda marca, sobre todo el interés de Saligny mismo; pero no se podía suponer con fundamento alguno que el propio hermano del Emperador, y probablemente con el conocimiento de éste mismo, todo debilidad y condescendencia con el hijo bastardo de Hortensia, que M. de Morny, en suma, estuviese directamente interesado en el asunto y que, perdida la esperanza de arrancar á Juárez la oficialización de la deuda contraída por Miramón con el nefasto banquero suizo, pondría la mano en la masa de los proyectos fraguados por quienes se decían PROSCRITOS MEJICANOS (Almonte, Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Labastida y otros de menor trapío) y que su codicia le sirviera de levadura. Por lo que ahora conocemos de los orígenes de aquellos sucesos de imponderable gravedad histórica, podemos inferir que el duque de Morny nunca hubiera podido impedir la intrusión de Francia en la transformación del régimen político de Méjico, porque ésta era una idea de DERRIÈRE LA TÊTE de Napoleón III, y en estas ideas era de una obstinación sorda y suave pero infinita el Emperador francés; mas, en cambio, entrado en esa idea, nadie como el duque para ayudar á realizarla, para precipitarla, para convertirla en escuadra, en ejército, en trono, es decir, en sangre, en cadalsos, en ignominia y muerte, que en estos elementos puede descomponerse la obra del insigne rapaz que se asoció con Jecker. Lo único que habría podido contener á Napoleón hubiera sido la supremacía definitiva de los Estados presididos por Lincoln sobre los del Sur ó la inconformidad resuelta de Inglaterra. Por desgracia nuestra, los esclavistas triunfaban y los ingleses calculaban fríamente sus conveniencias pecuniarias, y de este cálculo, erróneo por la base (la impotencia de los norte-americanos para rehacer la Unión), iba á nacer la CONVENCIÓN TRIPARTITA.

¶ Holgaba, pues, que nuestro Gobierno encomendase á la inteligencia tranquila y á la impresión de probidad ingenua y sin tacha que causaban la presencia y las palabras de D. Juan Antonio de la Fuente en cuantos conversaban ó debatían con él, la demostración de la mala voluntad é inquina con que procedía aquí M. de Saligny; aunque M. de Thouvenel no conocía hasta dónde llegaba el designio del soberano á quien servía como ministro de Negocios extranjeros, sí estaba bien al cabo de sus propósitos inmediatos, y por consiguiente, convencido de antemano de que los razonamientos de nuestro plenipotenciario eran falsos, apenas disentiría con él y acabaría por cerrarle las puertas temeroso de encontrarse de manos á boca con argumentos irrefutables; sólo pasando por encima del Gobierno de Juárez, podía ejecutarse EL GRAN DESIGNIO imperial. ¿Qué tenían que ver con esto ni la razón ni la justicia? A los funcionarios imperiales, y acaso á la mayoría del pueblo francés de entonces, los designios de Napoleón III pare-

cían MIRAS DE LA PROVIDENCIA. Luego, para desbaratar la alianza según el procedimiento maquiavélico, supremo recurso de los pueblos débiles, no había que dirigirse á Francia.

❧❧❧

¿Á España? Todo en el transcurso de esta historia demuestra que UNE ENTENTE con España era punto menos que imposible; así lo había demostrado la reprobación de los arreglos hechos por D. Miguel de los Santos Álvarez con nuestro Gobierno sobre la en mala hora convencionada deuda española, buzón abierto en que habían caído para legitimarse las más impudentes reclamaciones. Éramos demasiado débiles para que transigiera con nosotros; cuando la guerra civil estaba desencadenada en Méjico, la serie de demandas arrogantes que se habían lanzado como guantes al rostro de nuestros Gobiernos, llegó á término en el tratado Mon-Almonte. Este tratado estaba hecho entre un superior y un inferior, entre un casi-señor y un casi-vasallo; era algo así como un tratado que celebrasen hoy Francia y el Rey de Túnez, Inglaterra y Egipto, Japón y Corea, los Estados Unidos y Puerto Rico; descendíamos al rango de nación subalterna, volvíamos á ser la NUEVA ESPAÑA. Declarábamos que aunque no nos creíamos responsables de crímenes comunes cometidos por bandoleros contra españoles y castigados ya con la muerte, nos declarábamos responsables de ellos y nos obligábamos á seguir persiguiendo á otros culpables, es decir, nos obligábamos Á CUMPLIR CON NUESTRO DEBER POR MEDIO DE UN TRATADO, cediendo á las exigencias de un superior (sólo así se explica esta cláusula deprimente) y CONSINTIENDO en indemnizar á los súbditos de S. M. Católica de los daños y perjuicios ocasionados por los asesinatos de San Vicente y Chiconcuaque. Para hacer más resaltante la humillación implicada en este tratado sin ejemplo en el Derecho internacional, el Gobierno español consentía en no humillarnos otra vez, para que España y su pupila marchasen unidas y afianzadas en los lazos de una amistad duradera. Bien sabía el Gobierno de Juárez que no consistía en esta promesa de platonismo internacional la sanción de este convenio indigno; sino en la alianza de España y el Gobierno reaccionario; sino en el envío de una embajada para legitimar solemnemente, como un acto de soberanía sobre las antiguas colonias, el poder de Miramón; sino en el premio de reclutar una escuadrilla para apoderarse de Veracruz; sino en los aprestos para enviar una escuadra que pusiese su rúbrica de sangre sobre todos estos atentados contra nuestra independencia y nuestros derechos. De esto provino, ya lo dijimos, el tratado Mac Lane-Ocampo preñado de peligrosísimas promesas, pero que fué la salvación del Gobierno reformista del ataque solapado pero certero de España.

Desde la guerra triunfal en Marruecos en que España, si no había mostrado que poseyese conspicuos estrategistas y formidables tácticos, sí probó, como siempre, que sus soldados eran admirables de arrojo y bizarría y que todos eran soldados hasta los generales, una gran ola bélica había subido á la cabeza de la nación y, atacada un poco del delirio de grandeza y elocuentemente megalóma-

na, fijaba los ojos con más tenacidad que nunca en América, donde no sólo intentaba poner definitivamente á cubierto su Antilla magna de la codicia yankee, y no sólo, como había dicho al Gobierno de Washington, se gloriaba de hacer flotar su bandera en son de magnificencia en el Atlántico nordecuatorial, sino que ostensiblemente pretendía recuperar, si no sus colonias, sí su influencia en ellas, una especie de influencia soberana. Si luego, bajo el tono de su presuntuosidad, siempre fué paternal y nunca directamente injuriosa para su hija emancipada, la causa estribaba en que no quería que otros participasen con ella de esta ensoñada reconquista semi-moral, y que cuando se vió obligada á contar con Francia é Inglaterra y comprendió que forzosamente su papel iba á ser, cuando menos, la tercera parte de un papel, y cuando supo, y lo supo pronto, aunque hizo la comedia de la ignorancia, que se trataba de tornar monarquía á Méjico para el uso particular de un Archiduque, cuando España era almácigo de Infantes, verdadera borbonería sin destino seguro, tomó otro rumbo; mas antes, poco antes, daba instrucciones á su embajador Pacheco para procurar que España se colocase á la cabeza de la raza española en América, declarando que si había aceptado la independencia de sus colonias en un espíritu de buena fe, se entendía que, «en el progreso del mundo, España es y debe ser la que esté á la cabeza de todos los miembros de la misma raza». Agregaba Pacheco, en un famoso discurso, que había en Méjico un partido español y otro antiespañol formado casi todo de MESTIZOS, que era el reformista y había sido el insurgente; lo que significaba que S. S. tenía un ojo muy poco alcanzador; vió á la distancia de la punta de sus narices al partido conservador que lo halagaba y se declaraba español para contar con el astillero de la Habana, y de allí concluyó que había UN PARTIDO ESPAÑOL; había un grupo españolista acaso; pero ser eso era impopular aun entre los reactores. Estas miras semi-reconquistadoras de nuestra antigua señora, se vieron traducidas al lenguaje parlamentario por un notable prócer de la política y de las letras hispánicas, que ya viejecito caduco y con labio trémulo, comparando á la primera Isabel con la segunda, HORRESCO, acertó á decir en el Senado español: «En aquellos días, como ahora, aumentó el peso de España en la escala política de Europa. Los soldados españoles conquistaron en la costa africana abundantes laureles y se preparan, en caso de necesidad, á enarbolar en Méjico, de nuevo, el pabellón de Hernán Cortés».

* * *

¶ El único campo en que podía operar nuestra diplomacia en Europa era Inglaterra; en América contábamos con la buena voluntad fraternal de las repúblicas sud-americanas y con sus votos platónicos; no podían darnos, como lo habríamos necesitado, más oro que el de los versos de sus poetas; en esos momentos ¡ay! para poco nos servía; después sí, porque la poesía es el oro que queda, pero no el que circula, y de éste necesitábamos en sesenta y uno. Sólo Guatemala, bajo la dictadura de Carrera, nos era hostil, por rancio rencor internacional, por odio

á las ideas reformistas, odio personificado en el honorable plenipotenciario Neri del Barrio (marqués del Apartado en Méjico) y porque nosotros hemos representado siempre para los guatemaltecos el patrocinio de las tendencias unionistas centro-americanas, antipáticas á Guatemala. En América contábamos también con los Estados Unidos; ellos podían ayudarnos y lo debían, no por miras sentimentales, sino por la más clara conveniencia. Una intervención europea en Méjico era un peligro inminente mientras subsistiera la guerra civil que llevaba trazas de prolongarse indefinidamente y que los europeos tratarían de concluir por el camino de las mediaciones pacíficas, que, en realidad, postulaban el fin de la Federación. Una monarquía era, además de un peligro, un contrasentido, era el antagonismo con la Unión Americana, convertido en institución política, era el duelo á muerte á plazo indeterminado, pero ineluctable.

℄ Y digamos aquí de una vez cuál es el supremo CONSIDERANDO de la condenación definitiva formulada contra la intervención francesa en la conciencia UNIVERSAL, no sólo en la conciencia mejicana. Puede en su última indeclinable conclusión expresarse así : la intervención europea en Méjico era la premisa fatal de la pérdida de nuestra nacionalidad; los Estados Unidos, por instinto de conservación, habrían acabado con el imperio mejicano sojuzgando á la nación al día siguiente de rehecha la Unión; de eso dependía; ni de eso quizás, porque si hubiese llegado á distribuirse la federación americana en dos partes definitivas, la porción del Sur no habría podido vivir sino extendiéndose al Trópico, derramando en toda nuestra altiplanicie la tinta negra de la esclavitud; bien lo dijeron y hasta lo intentaron los confederados en el primer año de la guerra de secesión.

℄ Nacida la intervención francesa del pretexto patriótico de libertar la nacionalidad mejicana de la absorción yankee, preparaba indefectiblemente esta absorción (yankee ó sudista). Para que esto no fuera así, se necesitaba ó suprimir los Estados Unidos con su historia, sus necesidades de expansión y su programa de exclusión de la preponderancia europea elevado á la categoría de un dogma nacional (doctrina de Monroe), ó que dentro de la nacionalidad mortalmente amenazada, el patriotismo mejicano llegase á condensarse en un resorte de acero que la mantuviese incólume : ese resorte fué Juárez; toda la filosofía de la Intervención es la transcripción de esta metáfora en términos históricos.

℄ Volvamos á nuestros relatos.

℄ Precisamente en la época en que triunfaba la revolución reformista en Méjico, un nuevo criterio gubernamental se imponía en los Estados Unidos en la persona de Lincoln y con la organización del partido republicano. Puede decirse que éste había hecho su gran estreno en vísperas de la guerra separatista, echando por tierra en el Senado el tratado Mac Lane-Ocampo en odio á la política de Buchanan y los demócratas. La prensa republicana, en parte al menos, parecía inclinarse del lado de la Reacción y aun condenar la ayuda que nos habían impartido los marinos americanos en el asunto de Antón Lizardo. Las concesiones hechas á una compañía luisianesa en Tehuantepec constituían otro motivo de desconfianza y queja de los republicanos unionistas contra Juárez. Tiempo se necesitó para rectificar el error; en la opinión fué parte importantísima en esta

obra la constancia asombrosa en la realización de propósitos profundamente patrióticos del Sr. D. Matías Romero, á quien los mejicanos debemos un monumento perpetuador de nuestra gratitud, de la gratitud nacional. El criterio del Gobierno nos fué favorable CLANDESTINAMENTE, digamos; fué corregido por las circunstancias características de aquella situación; por el temor, primero, de que el Sur adquiriese la alianza de Méjico, y luego por el odio á todo foco nuevo de influencia europea en América y, sobre todo, en la vecindad inmediata de la Unión rehecha á fuerza de sangre y oro. La lógica de aquella situación dividió la historia diplomática de esos años turbios en dos secciones claramente perceptibles y que pudieran denominarse así: Seward antes de Richmond y después de Richmond: ANTES, el miedo de una complicación con Francia lleva al Gobierno norte-americano á un dedo de la hostilidad hacia nosotros; DESPUÉS, todo entra en su quicio normal, en su necesidad histórica, digamos, y todo, Gobierno, ejército y pueblo muestran el puño de hierro á Francia, que esquiva el golpe y se va.

¶ Mr. Corwin era un miembro prominente del flamante partido republicano; durante la guerra del 47 había sido un valeroso amigo de Méjico, por amor á la justicia; después de desempeñar puestos conspicuos en el mundo político, abrazó la causa republicana contra los demócratas, no por odio á la esclavitud, porque tal no fué el móvil de los que sostuvieron la presidencia de Lincoln, en su mayor parte; este sentimiento, en germen acá y allá, se difundió á compás de la guerra; sólo cuando ésta fué gigantesca y tuvo la bandera del Sur en la mano Edmundo Lee, que parecía destinado á esclavizar la victoria por su ascendiente y por su genio, el sentimiento humanitario encontró su fórmula constitucional en los labios de Abraham Lincoln, y su expresión poética en el himno del martirio de John Brown convertido en canto de guerra. Entre la publicación de «La cabaña del tío Tom» y el canto á Brown se encierra todo el período heroico y humanitario de la historia nacional de los Estados Unidos.

¶ En la época en que Corwin recibió su nombramiento (Marzo de 61) las cosas se veían muy de otro modo; la lucha causada por la resolución del partido republicano de no dejar crecer los Estados esclavistas, tenía el aspecto económico de una contienda entre los Estados industriales partidarios de los aranceles protectores que garantían su vida y los Estados agrícolas (del Sur) necesitados de tarifas liberales que facilitasen la suya, y el aspecto político caracterizado por la antítesis fatal entre la tendencia centrípeta que se dirigía á reforzar los poderes federales—y tal fué la plataforma del partido republicano—y la tendencia centrífuga á convertir la federación en confederación (lo que era un retroceso) atribuyendo á los Estados facultades autonómicas. Cuestiones de orden constitucional eran, pues, éstas políticas y, por consiguiente, capaces de soluciones, si el Sur en este primer período hubiese tenido algún deseo de llegar á ellas, si no hubiese creído, cada vez con fe mayor, que obligaría por la fuerza de las armas al Norte á consentir en la SECESIÓN definitiva, en la ruptura irreparable de la Unión. Lincoln y su ministro de Estado y la mayoría republicana del Congreso, exceptuando el grupo de intransigentes radicales que se sobrepuso al fin, pretendían, al contrario, facilitar la REUNIÓN, negándose á declaraciones terminantes

respecto de la esclavitud, insistiendo en sus notas diplomáticas sobre la seguridad de llegar á una transacción constitucional con los disidentes; ordenando á sus agentes que no consintieran entrar en explicaciones ni siquiera en censuras respecto de las causas de la guerra, porque todo ello era un asunto de familia que en familia debía arreglarse. Lo que no vale decir que el Gobierno de Washington fuera víctima de su candidez, hiciese el papel de GUAJE, como decimos los mejicanos, de DUPE como dicen los franceses; mientras tendía puentes á los separatistas, procuraba cortarles retiradas, ya demostrándoles que era vana su esperanza de sobreponerse por las armas (lo que no logró sino al fin), ya impidiendo dos cosas que eran la pesadilla constante de Mr. Seward : primera que los del Sur fuesen reconocidos como BELIGERANTES por la Europa atlántica, en lo que el Ministro de Estado extremó su admirable talento diplomático halagando á veces y á veces amenazando audazmente; segunda, impidiendo á los disidentes aumentar sus fuerzas; y aquí era donde Méjico desempeñaba un papel de primera importancia. En Méjico, de tiempo inmemorial codiciado por los sudistas y más desde que Tejas entró á la Unión con menosprecio de todos los derechos internacionales, puesto que se llevó una parte del territorio de Tamaulipas en su movimiento de anexión; desde entonces, decimos, era inminentísimo el peligro del ensanche de los Estados esclavistas, ya sea por convenios con los Gobiernos de nuestra República, que se suponía en un estado desesperado frente á la anarquía interior y á los desembozados amagos de reconquista española, ya por medio de un conflicto que fácilmente surgiría de las invasiones probables de las bandas de filibusteros que, con ojos ávidos y rifles preparados, espiaban, puestos de codos en nuestras fronteras septentrionales, nuestras convulsiones y desmayos.

℄ El ministro Weller que sucedió á Mac Lane, no se había ocupado, al triunfo de la Reforma, sino en pactar con Zarco convenios que garantizaran la libertad religiosa (que holgaban en realidad, dadas la letra y el alma de la legislación de Juárez) y en tratar de sacar promesas de pago para las reclamaciones de los ciudadanos norte-americanos; y precisamente al salir Buchanan de la presidencia se retiró muy indignado porque creía que Zarco había reconocido como buena la deuda contraída por el Gobierno de Miramón con Jecker, lo que negó siempre el Gobierno mejicano y lo que jamás han podido probar aquellos á quienes por afirmar incumbía la prueba.

℄ El flamante Ministro que llegó en Abril á Méjico traía un negocio suyo y serias instrucciones. Su negocio consistía en agenciar la caducidad de la compañía luisianesa que se había encargado de FERROVIAR el istmo de Tehuantepec, empresa que Mr. Corwin deseaba que se adjudicase á clientes suyos, sin duda. Sus instrucciones consistían en halagar á Méjico, en hacer con nosotros PATTE DE VELOURS, como dicen los franceses. Decía el Ministro americano, como por otra parte lo hacía el presidente Lincoln en su mensaje, que se acumulaban en su legación y en el departamento de Estado en Washington reclamaciones de ciudadanos norte-americanos contra nuestro Gobierno; reclamaciones á que se daría carpetazo mientras Méjico no saliese de la situación anárquica en que se encontraba, restableciendo firmemente el principio de autoridad que era la necesidad

suprema y así se encontrase capaz de asumir responsabilidades. Para llegar allí los Estados Unidos podrían ayudarnos materialmente, aun sacrificando una parte del escueto tesoro federal, por medio de un convenio ventajoso, es decir, de un préstamo con garantías serias de reembolso de nuestra parte; el Gobierno de Washington se felicitaba de que las ideas reformistas hubiesen triunfado, sin que esto significara que pretendiese ponerse activamente de lado de alguno de los partidos en lucha; ese Gobierno respeta, como respeta el mundo «las sencillas virtudes del heroico pueblo mejicano y, sobre todo, su amor inextinguible á la libertad civil.» Son éstas palabras del mensaje. Es verdad que la independencia de Méjico peligra, sobre todo, por el filibusterismo aglomerado en la frontera bajo los auspicios del Sur. Y por cierto que, aunque el Gobierno legítimo de la Unión estaba tan interesado, como Méjico mismo, en que éste conservase su integridad territorial y su independencia, caso de que pensásemos, forzados por las circunstancias, en deshacernos de la Baja California, demasiado lejana del Centro para poder ser defendida, Mr. Seward reclamaba para su Gobierno el derecho de ser preferido como comprador. SUAVITER IN MODO.

℄ Lo mejor sería una suerte de alianza entre Méjico y el Norte, añadían en Washington, pues aunque el Sur tenía sus agentes en la misma ciudad de Méjico y éstos pretendían la amistad de nuestro Gobierno, esta amistad de quienes nos habían odiado siempre, de los tejanos, naturales enemigos nuestros, de Houston, el terrible rebelde que había sido el verdadero autor de la emancipación y que ahora gobernaba á Tejas, con gran ardor secesionista y esclavista, aspirando á incautarse de nuestros Estados fronterizos; esta amistad era una añagaza : en el Norte estaban nuestros amigos y Méjico podía llegar por este medio á ser un factor importante de la reunificación de la gran república en que acababa de comenzar una espantable guerra civil.

℄ En honor de la verdad, nuestro Gobierno, hipnotizado por la certeza de una guerra con España, entró de lleno en los planes de Mr. Corwin aun antes de la ley de suspensión de pagos, y las muestras de amistad para con los del Norte fueron ostensibles, aun exponiéndonos á represalias peligrosísimas de parte de los confederados; la más clara de estas pruebas de ENTENTE CORDIALE fué el permiso de hacer transitar tropas federales de los Estados Unidos por el Estado de Sonora en dirección á Arizona. Los agentes de la reacción en Washington pusieron el grito en el cielo y declararon que Juárez vendía la independencia; entre ellos descollaba D. Gregorio Barandiarán; era éste un elegante y soberano vividor, verdadero tipo de gran señor de decadencia, que parecía, más bien que un representante genuino de nuestra aristocracia criolla, vegetando timorata en la atmósfera de las sacristías y en la práctica apasionada de los SPORTS nacionales (coleaderos, jaripeos, juegos de azar y novenarios), un producto puro del segundo imperio napoleónico, gallardo, amable, buen compañero, amabilísimamente vicioso, amigo fiel y diplomático de salón. La reacción tuvo en él, durante la lucha de LOS TRES AÑOS y en la época del Imperio, un decidido y peligroso agente, por su don especial para contraer relaciones y hacerse simpático; terminó aquí en Méjico sus días viejo, olvidado, pobre y desilusionado, pero siempre gran señor

por sus maneras, su trato exquisito y los recuerdos de una vida singular al través de un mundo de oropel y encajes desvanecido en la doble catástrofe de Querétaro y Sedán.

¶ Esta grita de los reaccionarios puso en mayor relieve nuestra decisión de favorecer á los federados, y Mr. Corwin dejó tomar cuerpo á un primer tratado que, dada aquella terrible situación de penuria y angustia, era cuanto podía hacerse; una línea más allá y la Patria habría sido sacrificada. Pero esa línea no se franqueó en el esbozo de convenio enviado por el Ministro americano á Washington y que obedecía á un doble interés : el de impedir que los Estados del Sur extendieran por todo el Norte de Méjico su mancha negra, en vista de lo cual pedíamos que el Norte garantizara nuestros límites, y el de proporcionarnos recursos hipotecando todos los terrenos de propiedad nacional (baldíos ó nacionalizados) por determinado número de años al pago de intereses y capital. Méjico tenía fe en su porvenir y creía estar en aptitud de pagar cuando tuviese los recursos necesarios para su pacificación y asegurada la defensa de sus fronteras. Pero pasaba el tiempo; nada positivo venía de los Estados Unidos, en donde, si contábamos con la solícita simpatía de Abraham Lincoln, que no olvidaba que Méjico había sido la primera, la única nación que lo había felicitado á su advenimiento, en cambio teníamos por adversario á la situación misma, que no podía ser más precaria para los del Norte, porque puede asegurarse que, cuando menos, en los años de 61 y 62 un reconocimiento formal de los del Sur, por la Europa marítima, habría sido una herida de gravedad extrema para la causa de la Unión. Esto lo había comprendido bien Napoleón III, y con su decisión habitual para concebir y plantear una empresa puso el pie en Méjico; pero el Emperador, si entreveía su objeto y veía el camino, jamás puso los medios para realizar sus miras sino á medias; dejaba á los sucesos hacer lo demás; los sucesos casi nunca hicieron lo que esperaba de ellos la voluntad enferma del César.

¶ Además, antes que llegara la noticia de la ley de suspensión de pagos (Julio), había circulado en los Estados Unidos una especie muy bien autorizada y que debe de haber engendrado singular desconfianza de todo cuanto á nosotros se refería : mientras proponíamos un tratado de garantía de límites con la condición expresa de que para nada se diese participación en él á las potencias europeas, por otro lado Mr. Mathew, á quien el Gobierno mejicano manifestaba estima tan alta que había pedido se le nombrase de nuevo plenipotenciario de Inglaterra, aseguró, al pasar por Washington, que el Gobierno de Juárez estaba dispuesto á aceptar una intervención europea (Inglaterra, España y Francia) sobre estas bases : garantía de límites; inspección por cinco años de aduanas y rentas por cuatro comisionados, de los que uno sería mejicano, encargándose durante el mismo tiempo de la policía de nuestras costas fuerzas navales competentes de las tres potencias, y en cambio de estas concesiones las potencias se comprometían á no exigir á Méjico cobro alguno por asignaciones. Probablemente el ex-ministro inglés había concebido este plan (y era muy dado á fraguarlos, como lo demostró en la lucha de Reforma), habló con algunos liberales sobre el particular y dió por hecho su absurdo fantaseo. Mas, inverosímil como era todo esto y absurdo

aquí para nosotros los mejicanos, fuera de Méjico y en los Estados Unidos sobre todo, creaba una atmósfera eminentemente neutralizadora de todo propósito de ayudarnos contra... España. No se creía en la buena fe de nuestro Gobierno al solicitar tratados de semi-alianza con los norteamericanos; se pensaba que si la Europa oficial no estuviese sometida á lo que allí se llamaba EL ODIO Á LA DEMAGOGIA representada por Juárez y sus iconoclastas, en brazos de Europa nos arrojaríamos de buen grado, sobre todo si fuera para luchar contra los YANKEES, genuino objeto del rencor nacional. Y pues las solicitaciones del partido reformista no eran hijas del afecto, sino de la más ingente y urgente de las necesidades, la de vivir, aunque después resultase más complicado el modo de vivir, se trataba de un enlace de razón, no de amor. Era indispensable entonces pesar las razones que componían esa razón en lo que se referían á la conveniencia yankee, y se encontraba una fundamental que conviene repetir aquí : la Unión americana no habría corrido riesgo mayor, ni aunque se compare con el de la ESCISIÓN que en ese momento corría, que el de la preponderancia de las tres naciones de la Europa del mar en nuestro país por medio de una intervención, MÁXIME si esa intervención engendraba una MONARQUÍA. Había, empero, otras razones accidentales que contrarrestaban la fuerza de la primordial y que podían resumirse en la opinión de Mr. Seward : «Mientras no concluya la guerra, no distraeremos para Vds. ni un peso de nuestras arcas ni un soldado de nuestras milicias.» Esto producía en nuestro ministro Romero un desencanto profundo, no sólo de Mr. Seward, á quien creía capaz de las más grandes felonías hacia nosotros, sino del partido republicano todo; era este juicio, hijo del pesimismo, neurastenia moral ocasionada por la situación deplorable de nuestra nave, que bogaba PER ASPRO MARE A MEZZA NOTTE, como decía el sonetista de Laura.

¶ La suspensión de pagos hizo ver las cosas en Washington de una manera un poco distinta; era claro que LA INTERVENCIÓN estaba á punto de cristalizar, mejor dicho, había cristalizado ya en la voluntad de Napoleón III y esto determinaba á España, que, como sabemos, hacía largo tiempo no pensaba en otra cosa. Inglaterra, sin la que la Intervención europea era punto menos que imposible, iba á resolverse á todo, exasperada por la suspensión decretada el 17 de Julio; la bolsa era el supremo NOLLI ME TANGERE de «la pérfida Albión», como se decía en la retórica escolar de los pueblos romances. Entonces, ante el peligro de la Intervención, compuesto de tres factores clarísimos : la suspensión de pagos, los propósitos secretos de Francia y España y la precaria situación militar en que había quedado el Norte después del triunfo de los sudistas en Bull's Run, el Gobierno de Washington se agitó con cierta angustia. Hasta entonces no había creído segura la presencia de Europa en el Golfo Mejicano en son de guerra; ahora sí, y Mr. Corwin obró en consecuencia : su trabajo era doble y en él entró nuestro ministro Zamacona. Las instrucciones de Mr. Corwin eran amplísimas : su Gobierno, es verdad, animado del ardiente deseo de que el STATUS POLÍTICO de Méjico, como nación independiente, se mantuviese permanentemente, lo había autorizado para tratar con nuestro Gobierno en términos que el de los Estados Unidos se encargase del pago del interés de la deuda consoli-

dada con los tenedores de bonos ingleses, al tres por ciento (calculando el monto del capital en sesenta y dos millones de pesos) por el espacio de cinco años contados desde la fecha de la suspensión de pagos. Méjico debería reembolsar el dinero que hubiese recibido, más el seis por ciento de interés; todo asegurado con la facultad de retención de las tierras públicas y de los derechos sobre minas, en los Estados de Baja California, Sonora, Sinaloa y Chihuahua, llegando á ser, la propiedad así empeñada, propiedad absoluta de los Estados Unidos en el término de seis años. Éste era el modo ideado por Mr. Seward para conservar nuestro status político incólume; jamás tratado menos generoso se había ofrecido con mayor cinismo á una nación en agonía á quien se tenía interés en salvar; valía más aceptar la intervención europea sin monarquía que las proposiciones venidas de Washington.

Ⅽ Éste es el momento psicológico en que una nación que juega la vida á una sola carta contra treinta y nueve probabilidades adversas, se decide á salvarla en parte para no perderla toda ó se arma de soberano estoicismo y acepta la muerte antes que ceder un palmo de territorio EN PROPIEDAD ABSOLUTA á nadie; en el proyecto Mac Lane se trataba de compartir derechos temporales sobre nuestro territorio con los Estados Unidos en forma perennemente rescatable; aquí, no; aquí se trataba de cesión del territorio en el caso probabilísimo, seguro, puede decirse, de no poder saldar el ominoso PAGARÉ. Juárez no vaciló, como no vaciló en Veracruz; aquí comprometía su responsabilidad propia en una decisión reservada por entero al porvenir; en el proyecto Seward comprometía irremisiblemente la existencia y la honra nacionales. Él imprimió su sello á la determinación inmediata de no tomar en cuenta las propuestas Seward, á pesar de que en el ánimo de todos entraba la convicción de que España arrastraría en nuestra contra las escuadras de Francia é Inglaterra; de que íbamos á luchar con una coalición europea; de que íbamos á sucumbir ante ella. Por fortuna, las instrucciones de Mr. Corwin nos permitían apalabrar otra clase de combinaciones con el Tesoro americano, que podían acabar en una operación ruinosa, como era la venta á bajo precio de tierras y bienes eclesiásticos hasta reembolsar á nuestro formidable acreedor, pero no en una operación traidora.

Ⅽ Para otra cosa nos sirvió Mr. Corwin, y por eso decíamos que su trabajo fué doble, para facilitar una ENTENTE entre Sir Ch. Lennox Wyke y el ministro Zamacona; Sir Charles y el plenipotenciario americano habían hecho el viaje juntos á Méjico y el segundo tenía ascendiente sobre el primero, hombre de poco resorte en la voluntad, sin que pudiera tenérsele por asimplado. Las negociaciones se encaminaron rápidamente á un convenio que fué firmado el 21 de Noviembre; ya era tarde : veinte días antes se había firmado la convención tripartita en Londres. Lo ignoraban, por supuesto, los ministros contratantes cuando ajustaron el convenio; lo ignoraba Mr. Corwin, que empujó cuanto pudo á una solución conciliadora. Para el Presidente Juárez, para el Sr. de Zamacona, el tratado contenía el límite preciso, infranqueable de las concesiones á que podíamos llegar ante la amenaza de una coalición europea. Se sabía que ésta existía en los propósitos de las potencias adversarias nuestras; se compren-

día que la mediación americana, apoyada en el ofrecimiento de una fianza que asegurase el pago de intereses á los BONDHOLDERS, sería rechazada por Inglaterra con pretextos especiosos que apenas disimularían el verdadero motivo, que era éste : la fianza que los americanos ofrecían á los ingleses quedaría á su vez garantida con un pagaré de Méjico que ciertamente no podía ser solventado, pero que sería ejecutado sobre los bienes hipotecados, es decir, que redundaría en ensanche de los Estados Unidos hacia el Sur. Todo esto se comprendía aquí y daba al peligro proporciones estupendas : el naufragio de la nacionalidad era cierto; el de la República, inevitable. El límite de estas concesiones consistía en otorgar á los agentes de los tenedores de bonos y á los consulares ingleses, en nuestros puertos, el derecho de exigir en las aduanas marítimas la manifestación de todos los libros, papeles y documentos de cualquier género referentes á los intereses de sus comitentes.

¶ Obligación de entregar mensualmente al cónsul inglés una noticia de los derechos pagados y la liquidación de las asignaciones que correspondían á los tenedores así como á los interesados en la convención; representación de estas asignaciones por certificados expedidos por el Gobierno y que debían forzosamente entrar en todo pago de derechos de importación : eran adminículos de la cláusula (art. VI) que contenía lo que con toda justicia llamaba el Sr. Lerdo de Tejada LA INTERVENCIÓN. La promesa de pagar no sólo lo que restaba de la CONDUCTA ocupada por Doblado en Laguna Seca, sino los seiscientos mil pesos violentamente extraídos por Márquez de la legación británica un año antes, aparecían como cosas secundarias ante la magnitud del artículo VI.

¶ El convenio, que parecía al Ministerio de obvia aceptación, porque suponía á la Cámara penetrada hasta la médula de la inminencia del riesgo que íbamos corriendo en aquellos momentos mismos, encontró un obstáculo repentino : la Cámara le cerró el paso. Delante del ministro Zamacona surgió el diputado Lerdo de Tejada, y en una húmeda y fría noche de Noviembre, en medio del silencio de la asamblea amodorrada en la sombra y en la tristeza de una sesión secreta, aquel hombrecillo lampiño y blanco, de penetrante voz que se encaramaba sin esfuerzo sobre el silencio circunstante, de mirada escrutadora que solía relampaguear de ironía y espíritu, pareció una especie de agente misterioso de los destinos de la Patria, que en aquellos momentos la empujaba por sendas nuevas. Era Lerdo, sin quererlo, sin conocerlo, el tipo del orador nuevo. Frecuentemente enfático, sus discursos eran bajo-relieves de bronce. El bronce era la lógica, una inflexible lógica de que se servía á maravilla para censurar los textos y para desarmar y vencer á las personas. No envolvía su idea en grandes metáforas sonoras como los retóricos ó los poetas de tribuna; iba al grano; no citaba á los clásicos como su frecuente adversario el licenciado Montes, que hacía discursos en latín con notas en castellano, ni hacía de la Historia una espada de fuego como Altamirano; citaba las palabras de las iniciativas ó proposiciones á discusión, las comparaba, las analizaba con su poder dialéctico de primera fuerza. Y no era frío; su palabra y su voz se enardecían y su concepto fulguraba en cada conclusión. Se empeñó en probar que la Intervención europea que nos amenazaba con

las armas, quedaba realizada diplomáticamente con el convenio Wyke-Zamacona; el CONTRÔLE de los cónsules ingleses en nuestras aduanas era, decía, la Intervención; quedaba, pues, sacrificada la dignidad de la Patria. Una patria sin dignidad era indiferente ante los ojos de la conciencia y del mundo; lo mismo significaba viva que muerta. Si Lerdo hubiese sido un CONVENCIONAL, en aquel momento pudo haber dicho como Barère contestando una interrupción : «¿Habéis hecho un pacto con la victoria?—.Lo hemos hecho con la muerte.»

Zamacona habló muy bien, como solía; fué difuso y amplificador, era su defecto; tenía entonces otro que casi perdió después : tartamudeaba un poco, lo que hacía trastabillar su frase en los momentos de mayor esfuerzo. No le fué difícil, sin embargo, demostrar que el sacrificio que se imponía el país, no era, por pasajero, deshonroso, cuando tenía un puñal en el cuello; cuando se pide la bolsa ó la vida, se da la bolsa. Mostró que la intervención en nuestras aduanas, puramente temporal, desconcertaba y desbarataba probablemente la otra, la coalición, la tentativa monárquica, el ensayo de protectorado, todo aquello que no podíamos contrarrestar solos y que solos teníamos que contrarrestar. La mayoría de la Cámara, seducida por Lerdo, rechazó el tratado, lo que naturalmente acarreaba la caída del Gabinete en aquellos tiempos de parlamentarismo adherido facticiamente á nuestra no comprendida Constitución.

Pero, decía un gran servidor del país á un diputado de la mayoría : «De este voto va á resultar la guerra que Inglaterra podía conjurar.—Sí, lo creo;» contestaba el diputado, «mas no siento temor ninguno ante la guerra.» Éste era el estado de ánimo de los representantes del pueblo mejicano.

¿Tuvo Lerdo la clara visión del porvenir en aquel momento? Habría sido un milagro; el porvenir le dió la razón, sin embargo. Pero el momento en que se rechazó el tratado parecía, para los que reflexionaban serenamente, la premisa de la ruina ineluctable de la República. Para no creerlo así, se necesitaba prever la resistencia de cinco años, en un país agotado, de un grupo pequeño de combatientes; se necesitaba prever la firmeza sobrehumana de Juárez; las complicaciones de la política europea maniatando á Francia; las peripecias militares de la guerra civil en los Estados Unidos, precipitando su desenlace, y la resuelta actitud del Gobierno para quien resucitaba la doctrina Monroe de la tumba de la guerra SECESIONISTA. Lerdo y sus amigos sólo previeron que podía morir la República y se resignaron á ello, resueltos á morir por ella, quizás.

Zamacona se esforzó en hacer volver al Congreso sobre sus pasos; todo fué inútil. El Congreso derogó la ley de suspensión de pagos. ¿Creyó que, quitando el pretexto á la Intervención, la conjuraba? Creyó mal; pero después de todo, ni Zamacona, ni Lerdo, ni Wyke, que furioso y desconcertado salió de Méjico con Saligny que se burlaba de él, ni Corwin, que deploró el acto legislativo, se imaginaban que todo aquello era perfectamente inútil. La Intervención era un hecho ya; uno de esos hechos infecundos, de esos que jamás engendran un derecho.

III. La Intervención

℄ Vamos á escalar el período supremo en la vida y la obra de Juárez. En el de «la Guerra de tres años», Juárez, cuya popularidad era apenas perceptible en comparación con la popularidad inmensa del presidente Comonfort, fué el jefe accidental del partido reformista, depurado y concentrado, precisamente gracias á la deserción del representante de la revuelta de Ayutla. Cuando EL CREDO de ese grupo político llegó á formularse por medio de definiciones legales en el código á que Juárez dió su nombre en Veracruz, el Presidente interino fué el centro natural y obligado de casi todos cuantos aspiraban á realizar la Reforma, y los próceres del partido liberal fueron los primeros en incorporársele levantándolo por encima de ellos y designándolo de antemano á la nación como UNA FE Y UN CARÁCTER, y ninguna voz sonó más alto para calificarlo así que la de Ocampo. Una fracción importantísima del partido reformista, la más activa quizás, lo aceptó como caudillo en la lucha cuyo segundo acto terminó con el triunfo de Calpulalpam; una perseverante adhesión personal, sin la cual puede haber un primer magistrado, pero nunca un campeón, sostuvo á Juárez, prisionero de su propia victoria; lo elevó á la presidencia constitucional y lo mantuvo en el poder ante otra porción del partido reformista, que, empeñada en conjurar al país contra Juárez, corrió el riesgo de confundir su programa político, reticente y equívoco, con el que propugnaban cuantos se oponían, resueltos ó hipócritas, al triunfo definitivo de la Reforma.

℄ El paréntesis obscuro, triste, embrollado del sesenta y uno, epílogo de LA GUERRA DE TRES AÑOS y prólogo de la Intervención, fué una lección severa; Juárez, que tenía, lo repetimos con frecuencia, gran fe en los principios, pero pequeña en sí mismo, mantuvo su propósito, no de gobernar AL partido triunfante y por su medio á la nación, sino de gobernar CON el partido representado en sus prohombres, con quienes quiso compartir autoridad y responsabilidad. ¿Fué vano intento empeñarse en un plan de organización del nuevo estado político y social nacido de la Reforma? Eso parecía. La bancarrota, una bancarrota sin explicación posible para el sentimiento público, desprestigió y desarmó al Gobierno y lo puso frente á la guerra civil, que parecía su obra, flaco y exánime como nunca; pero tomando medio siglo de distancia para ajustar una buena perspectiva histórica, nos encontramos con este singular fenómeno : debilidades y peligros y recursos desesperados y compromisos imprudentes pierden la magna importancia que tuvieron al producirse; vistos desde aquí, apenas empañan la soberbia importancia de la obra. Esa obra formulada en Veracruz, como sanción y norma de múltiples hechos parciales que tendían á hacer pasar la propiedad del régimen colonial al régimen económico, del estancamiento á la libertad, esa obra fué animada, vivificada, difundida, irrigada, digámoslo así, por la acción administrativa, tenaz, perseverante, incesante de los departamentos de Hacienda (desamortización, nacionalización), Gobernación (supresión de comunidades religiosas, libertad de cultos, independencia de la Iglesia y el Estado y todas sus consecuen-

cias), Justicia (proyectos de codificación civil, de reglamentación del recurso de amparo, etc.). Y por tal guisa penetró esta labor en la medula del grupo más socialmente influyente de la burguesía mejicana, que, cuando se intentó deshacer una organización que sólo tenía un año de vida regular (y para eso trajeron los reactores la Intervención), fué imposible, parecía secular. Ante este resultado DE LOS ERRORES Y FALTAS del año de sesenta y uno, confesaremos una vez más que nuestros padres tenían mejor temple que sus hijos. ¡Que los nietos les superen!

¶ La guerra con Francia y con el poderoso grupo infidente del pueblo mejicano que tomó por denominador común la palabra IMPERIO (nombre vano que no acertó á significar nada positivo) y por abanderado á un príncipe austriaco á quien no conocía y de quien no era conocido (jamás llegaron á conocerse), esta guerra, decíamos, esta crisis mortal de que salió rediviva la República, igual en trascendencia á la de 1810 á 1821, de que era un consiguiente lógico, acabó de revelar á Juárez á sí mismo, á la historia, á su patria. La Patria, en el tremendo trance que se preveía, necesitaba, supremamente, un carácter, una voluntad, una virtud en el gran sentido latino de la palabra, un hombre. No un genio, no; un genio no podría deshacer las pasmosamente adversas condiciones de la lucha : el agotamiento moral y físico de nuestro país; la impotencia de los Estados, que ya no podían apellidarse UNIDOS; el cerebro de Napoleón III, en que un ensueño se volvía obsesión y la obsesión ineluctable fatalidad psicológica, y el entonces incontrastable poder militar de Francia : nada de esto podía mudarse ni modificarse, sino por corrientes de circunstancias que el tiempo sólo podía determinar; la Patria necesitaba una incolumidad, una perseverancia, algo que perdurara, algo que, siendo humano, pareciera eterno; ese algo, repitámoslo, era un hombre, fué Juárez.

* * *

¶ Antes de reanudar este relato, una advertencia á mis lectores. (Admiro la paciencia de cuantos me hayan seguido en este lentísimo libro.) Por el carácter de la obra y por mi carácter poco á propósito para minucias que, lo reconozco, son necesarias para fijar las verdades históricas, como fijan en sus cartones los alfileres de los entomologistas á los insectos pocos momentos antes tremulantes de vida, por todo ello, y por ignorancia, habrá que confesarlo aunque me pese, por grave ignorancia, no lleva esta obra aparejada su comprobación documentaria. Sin embargo, cuanto aquí estampo lo he visto vivir en los documentos, en las páginas de la Historia y en mis recuerdos, y tal como lo he visto lo he trasladado al papel : narración de los hechos, investigación de las causas, señalamiento del derrotero de los efectos : todo ello se mueve y existe en mi espíritu, impresionado por lo que creo la verdad. Por eso aquí no hay citas ni notas, ni andamiada de erudición; nada hay. Lo que he querido es hacer ver lo que he visto, hacer entrever lo que he entrevisto, no poner delante de quienes lean

los anteojos que para ello me han servido. Quizás con este sistema, que fué el que me propuse seguir y seguiré en este libro al menos, descontente á muchos, y DE FACTO he recibido ya severas advertencias, hijas, algunas, del deseo de criticar para acrisolar verdades y otras en que se ha empleado no poca biblioteca y una suma de fatuidad mayor que todas las bibliotecas del mundo, pero tan ingenua que desarma y empuja dulcemente á la sonrisa; pero ni así desistiré de mi plan; seguiré contando el cuento que me refiere mi espíritu, escogiendo entre los detalles el significativo, el característico, el que subraya una época ó da el valor justo á una totalización ó marca bien el contorno de un personaje ó el color de un episodio; de aquí puede, pensada ó impensadamente, surgir cierta inexactitud en el pormenor adrede descuidado para ir en busca de una impresión del conjunto. De esto tengo la más francamente descarada voluntad de no corregirme. Quedan advertidos los lectores. Y prosigamos nuestro viaje en torno del inconmovible zapoteca.

* * *

No vamos á narrar la Intervención, sino como un complicado fenómeno histórico; no Á LA LUZ DE LOS PRINCIPIOS, como expresa un socorrido clisé político, sino al dictado de los hechos; á ellos dejamos LA ARDUA SENTENCIA, de ellos la inferiremos y no de dogmas jurídicos del orden metafísico. En su conflicto perdurable, el dogma religioso y el dogma reformista, suprema y última razón de ser de nuestra incoercible anarquía, resultaban escritos en diferentes idiomas, hablaban lenguas distintas y entre ellos podía haber choque, mas no composición; podía haber transacciones, pero no fusiones; uno hablaba en nombre de la autoridad divina, de la fe, del cielo; el otro, en nombre de la razón, de la autonomía humana, de la ciencia. Los grupos que los proclamaban como CREDOS infalibles, podían batirse, pero no entenderse; todavía hoy se nota eso en el mundo social: hay transacción, hay armisticio indefinido, no puede haber paz. Por consiguiente, no es en el terreno de los CREDOS en donde pretendemos colocarnos; no nos servirá el nuestro como piedra de toque para juzgar de los hechos, y nuestra TABLA DE VALORES no nos servirá de pauta para encargarnos de la moralidad ó inmoralidad de los sucesos, sino en este sentido : puesto que el hombre es un factor de primera importancia en toda evolución humana, puesto que toda evolución en que el hombre interviene debe manifestarse por un aumento de la cantidad y en la calidad de vida de determinado grupo social, este criterio aplicaremos á la gigantesca aventura que se llamó «LA INTERVENCIÓN FRANCESA». Y, desde luego, confesaremos que sí aumentó estas condiciones vitales de la nacionalidad mejicana, pero fué precisamente por la imposibilidad en que se encontró de resolver su problema íntimo (¿qué régimen implantaría que se impusiese al consentimiento de todos?) y su problema exterior (¿cómo podría aniquilar la resistencia nacional para impedir que se complicara con la contra-intervención

norte-americana?). La lucha con la Intervención precisó la conciencia nacional y la adecuó á su destino.

⁂

℄ Una de las causas torales de nuestro raquítico y trabajoso desenvolvimiento, fué la expectación de un choque mortal con el extranjero, que, creando hábitos, necesidades y abusos militares, nos mantuvo en un estado que no podía evolucionar hacia el económico, para ver de emparejarnos con nuestros rápidamente gigantescos vecinos, sino por medio de revoluciones, es decir, de oscilaciones incesantes del despotismo á la anarquía.

℄ Durante todo el primer período de nuestra historia nacional, del imperio de Iturbide á la desaparición del régimen federativo, supimos que había una potencia que se creía con derecho á recuperar su dominación sobre nosotros; tuvimos que vivir alerta para repeler sus intentos de ejercitar sus derechos, y esta potencia (España) habría arrastrado en su acción, que era una reacción, á otras naciones con quienes se había SANTAMENTE aliado, si no hubiera encontrado como un escollo en el derrotero de sus escuadras de reconquista, no la entonces débil barrera de la doctrina del presidente Monroe, que nació á compás de nuestros peligros, sino la fría decisión de Inglaterra, su fría decisión de impedir el renacimiento de la Nueva España sobre las ruinas de la República que había reconocido y tratado.

℄ Hecha la paz y concertados pactos de concordia con España, apareció en nuestro horizonte septentrional la que no podemos llamar guerra civil, sino interpolítica, de Tejas, preñada de una guerra extranjera, de la más peligrosa de todas, una guerra con los Estados Unidos. Allá teníamos fatalmente que ir y allá fuimos con el INTERMEZZO de una guerra con Francia, que fué un simple abuso de la fuerza, un inicuo alarde de potencia á nuestras expensas, un pretexto para crear cierta gloria militar á un príncipe de la casa poco caballeresca de Luis Felipe. Pasadò el peligro inminente de la guerra con los Estados Unidos, mientras digerían el enorme jirón de territorio que nos habían arrancado, y sereno como nunca el círculo de nuestro horizonte, creímos poder dedicarnos á transformar nuestro estado militar en un estado económico, sueño perenne de nuestros reformistas; la resistencia de los privilegios conservados en nuestra envenenada atmósfera política, rehizo la anarquía, rehizo el despotismo. Entonces, lo que pretendía realizarse como evolución (moderados) se reveló como revolución (jacobinos puros). Y, como por ensalmo, surgieron juntos el empeño de nuestras reformas y los nuevos arrestos españoles para contener nuestro progreso ó gobernarlo á su guisa.

℄ Á compás de nuestros perpetuos disturbios, se había formado rápidamente un grupo pesimista que desesperaba melancólicamente de los destinos del país; se puede ver, en la correspondencia que desde Méjico se enviaba al Dr. Mora residente en Europa, cómo iba ganando terreno en los hombres nacidos para el

quieto estudio de las literaturas clásicas y de los comentadores de las legislaciones muertas, la idea de que NO TENÍAMOS REMEDIO, lo que valía decir, que el remedio sólo había de venir del exterior. Constituciones iban y volvían por los despachos de los abogados de polendas, de los magistrados de respeto, de los políticos de ingenio, conservadores ó moderados; planes de salvación de la Patria corrían de cuartelazo en cuartelazo, zarandeados en las puntas de las bayonetas, y todo ello solía subir á ley, á veces á suprema ley; pero no era más que apariencia y fórmula efímera; en el fondo todo era lo mismo, todo seguía siendo lo mismo. El partido pesimista, que nos creía impotentes para regenerarnos (y á fe que no le faltaban demostraciones terriblemente lógicas de su opinión), ideó LA INTERVENCIÓN desde temprano en forma de cambio de gobierno, en forma de monarquía. No había monarca concebible, si no era un monarca extranjero; Santa Anna, á quien de seguro no faltaban ganas de encaramarse al trono, habría caído al día siguiente como Iturbide, y él lo sabía bien y por ello no lo intentaba; en la familia Iturbide no había herederos presentables, era una familia que se conservaba en alcohol, y, además, esto no habría sido un medio de pacificación, sino una tea de intensa discordia. Monarquía en Méjico equivalía á llamamiento de un príncipe extranjero; por consiguiente, un príncipe sostenido por fuerzas extranjeras, es decir una intervención. ¿Podía ser otra que una intervención española, podía ser otro que un príncipe español?

℄ No, sin duda; y de algunos infantes españoles se habló, tanto al mediar el siglo como cuando estaba reciente la independencia, y tuvimos que fusilar al padre Arenas, que creyó realizable por la sola traición, en Méjico, lo que era un ensueño de los políticos de Ultramar. Gutiérrez Estrada, un probo é ilustrado yucateco de alma sincera y candorosa, que había sido bastante partidario de la Federación; que, á pesar de estas tendencias, con toda imparcialidad había juzgado los movimientos separatistas de Tejas y Yucatán, disculpándolos acaso, pero condenándolos siempre; que no se había forjado ilusiones sobre la bondad de la celebérrima Constitución centralista del treinta y seis (LAS SIETE LEYES), que siempre había considerado como facticia en grado superlativo, magüer halagara sus aficiones conservadoras, y que al cabo había perdido toda esperanza de que uno ú otro régimen (central y federal) se consolidase en el país, mientras el poder ejecutivo no se organizase por tal modo que poseyese una autoridad incontrastable, lanzó al público una carta y un folleto muy valientes, que podían resumirse en esta frase : sólo hay un modo de salvar al país, la paz; sólo hay un modo de obtener la paz : una autoridad que se imponga á todos; esta autoridad sólo puede lograrse con LA MONARQUÍA.

Los políticos de la época de Gutiérrez Estrada, como solemos los de la época actual, no tenían otros anhelos que implantar aquí lo que en Francia, nuestra madre intelectual, se hacía; aquél era el tiempo en que llegaba al apogeo el régimen constitucional vinculado á la fortuna de la casa de Orleans, y ese buen suceso, que parecía perdurable, fascinaba con su prestigio á nuestros pensadores. Admiraban á los Thiers y á los Guizot, á los Molé, los de Broglie y los Víctor Cousin, pero reservándose siempre, en punto á religión, su veneración é incon-

dicional obediencia al Padre Santo; para ellos el volterianismo de Thiers, el protestantismo de Guizot, el semi-libre pensamentismo (perdóneme la Academia) de Víctor Cousin, no eran de tomarse en cuenta; sostenían que las ideas de emancipación que, en Francia, podían ser un error de discutibles consecuencias, serían entre nosotros el supremo desastre. No eran, pues, como los reformistas, unos emancipadores; liberales en lo que atañía á la libertad civil y, en cierta dosis apreciable, á la libertad política, no lo eran en cuanto á la libertad de conciencia y de cultos se refería; solían ser intransigentes en esta materia. Y es necesario confesar que precisamente lo que buscaban en el régimen monárquico constitucional (que, según Gutiérrez Estrada, debería ser obra de una Convención que hiciera mesa limpia de centralismos y federalismos) era un modo de garantir ciertos derechos de vida, propiedad y libertad que no serían un hecho entre nosotros mientras la personalidad del gobernante no estuviese fuera y encima de nuestras disputas de partido.

℄ Había un alma de verdad en este modo de concebir el remedio de nuestros males, y si con sólo leyes del orden político hubiesen podido remediarse, claro es que la ley organizadora de un poder ejecutivo que, por su origen y sus facultades, lo pudiese todo, excepto en el orden judicial, límite que le haría perder todo carácter de tiranía aun cuando las funciones legislativas quedasen reducidas á la acción casi meramente consultiva de una doble asamblea, claro es que ésta habría encontrado, por un tercio de siglo, la solución del problema. Cierto, la primera condición de buen éxito para tentativa semejante era encontrar un hombre de gran ambición y gran honradez á un tiempo; de prestigio personal por su valor, por su energía, por su sensatez política; de patriotismo impoluto, de esos que llevados á un grado heroico se imponen al mismo tiempo al ejército y á las masas; genuinamente imparcial para poder ser árbitro entre los partidos; sinceramente convencido de la necesidad de la Reforma (económica-desamortización, social extinción de los fueros, libertad de conciencia, educación laica) para encaminar todos sus actos hacia ese fin, sin precipitar nada, sin retardar nada y aun valiéndose de los mismos próceres conservadores que, como se vió después, en la época de Maximiliano, eran suficientemente dúctiles para pasar por todo, con tal de tener una parte del poder y los honores. Pero ¿quién era ese hombre? Santa Anna era la personificación de la improbidad política; Gómez Farías, el sectario admirable para la lucha, inaceptable para la paz; el general Bravo tenía muchas de las grandes cualidades indicadas antes, pero era radicalmente hostil á la Reforma; sólo uno pudo ser el hombre típico que personificara, no la dictadura, porque no se trataba de una dictadura, sino toda la fuerza del principio de autoridad : el general Mier y Terán; mas se había suicidado sobre la tumba de Iturbide en un momento en que desesperó del porvenir de la Patria. ¿Quién no hubiera desesperado entonces?

℄ Luego, Gutiérrez Estrada tenía razón, era necesario un príncipe extranjero, es decir : intervención y monarquía. Esto, que parecía lógico, era un error fundamental y fué el de todo el partido conservador : ni aquí había elementos para una monarquía, puesto que no habiendo el prestigio de la tradición y el apego

popular á una dinastía, el otro prestigio facticio de una corte y un ejército no se podía llevar á cabo sin gastos irrealizables para un fisco cuyo estado normal era la bancarrota y el DÉFICIT; ni aquí, repitamos esto recalcándolo, podían fundarse monarquías y organizarse intervenciones sin provocar, por la incontrastable fuerza de las cosas, la tempestad y la fulminación norte-americana. Repitámoslo recalcándolo, sí; los que provocaban la intervención efímera de Europa, aseguraban la intervención definitiva de los Estados Unidos; queriéndonos libertar de esa terrible contingencia, la volvían ineluctable y fatal, y la convención tripartita firmada en Londres en 31 de Octubre de 61 habría sido la anexión de Méjico á los Estados Unidos sin la actitud de Juárez y del grupo mejicano de acción; ese puñado de hombres de lucha y de fe salvó á la Patria; esto lo ha dicho admirablemente Bulnes. ¿Por qué con supremo ilogismo separa del grupo de combatientes al abanderado?

Había monarquistas en Méjico, no había partido monárquico; entre esos monarquistas todos disimulaban, incluyendo el Sr. Alamán, el más conspicuo de ellos, todos menos el iluso y probo Gutiérrez Estrada. Como había tenido la franqueza de formular el verdadero programa del partido conservador mejicano, éste, por miedo de las masas, á quienes la venida de un príncipe español equivalía á la vuelta de la dominación de LOS GACHUPINES, lo que les era tan profundamente odioso como las ideas anticlericales de LOS PUROS ó más; por miedo de que el partido liberal se apellidase, con justicia, EL ÚNICO PARTIDO REPUBLICANO, ganándose así las simpatías de la mayoría del pueblo, el partido conservador, decíamos, abandonó á Gutiérrez Estrada, comenzando por los ministros del presidente Bustamante, y lo dejaron todos hundirse en la proscripción, en el ostracismo, de donde no debía volver jamás; pero de donde, un cuarto de siglo más tarde, había de mandar su ensueño personificado en un príncipe austriaco. ¡Pobre ensueño, pobre príncipe!

En el laberinto de las facciones que en Méjico se disputaban el poder, es decir, el presupuesto, el deslinde de ideas que pudiesen formar UN CREDO político bien integrado y diferenciado fué cosa muy lenta, muy confusa; puede decirse que el mismo espíritu de emancipación que animó á nuestros padres insurgentes y cuyas raíces están en lo más hondo de la constitución de la sociedad colonial, que ese espíritu, decimos, continuando su evolución, después de la fundación definitiva de la Patria en 1821 y del imperio de Iturbide, que fué, en suma, una insigne protesta contra las esperanzas de reconquista de España, ese espíritu de emancipación, si no puede decirse que creó la República (obra, al nacer, del elemento militar), sí es seguro que nos dió el Federalismo, hijo del anhelo de destruir el auge del principio de autoridad, por extremo vigoroso en el régimen centralista, y de aniquilar el monopolio fiscal de la metrópoli, molok que devoraba los recursos todos del país. La verdad es que si el Gobierno colonial había desapare-

cido, subsistía administrativa y socialmente el régimen colonial : la burocracia, la organización de la propiedad, los privilegios de clase, el dogma de la intolerancia religiosa y la tutela moral é intelectual de la Iglesia, eran las reliquias perdurables de la dominación de España, que la mentalidad misma que engendró la Independencia tendió con esfuerzo creciente á deshacer siguiendo su impulso inicial. Pero como á consecuencia de la situación de España el año de veinte, todo cuanto, por causas bien distintas, repudiaba su dominación, se sumó en la aceptación del plan de Iguala, resultó que la marcha de la emancipación afectó una forma confusa que sólo en las logias masónicas comenzó á deslindar sus ideales.

ℭ Las mismas logias en que se afiliaron todos los políticos de aquellas épocas eran una manifestación bien clara del espíritu de rebelión contra la Iglesia que las condenó siempre, y en ellas se organizó el futuro partido centralista, que fué el conservador en Méjico, así como el rito yorkino fué el huevo del partido reformista.

ℭ Y la resistencia del grupo yorkino dió tono y calor, dentro de las logias escocesas, al núcleo del partido que, vencidos los tiempos, acertó á darse un programa que ante los avances reformistas formuló el NOLLI ME TANGERE de todo eso que hemos llamado las reliquias del régimen colonial. Y como el grupo reformista adquiría fuerzas marchando y marchó mucho del veintiuno al treinta y tres, el partido conservador tornóse á poco en elemento cada vez más intransigente de negación y de resistencia. La presidencia del general Guerrero y luego la de Gómez Farías clasificaron las dos tendencias latentes en toda nuestra organización social (desorganización, deberíamos decir) en partidos cuyos límites esfumaba la gran masa MODERADA que representaba el odio tímido, pero general, de la burguesía á las revoluciones. Los conservadores constituían la fracción intelectual (bastante cercana, por ilustrada, al grupo moderado) del vasto partido reaccionario ó contra-revolucionario, en donde hervían los intereses seculares del clero, que trató desesperadamente de confundir con los de la religión y los del ejército; era éste la tremenda necesidad que nos había impuesto el perenne amago de la guerra extranjera en nuestro horizonte, rezumadero de las rentas públicas y acervo de privilegios y abusos.

ℭ Sin embargo, si Gutiérrez Estrada demostró que el programa lógico del partido conservador se sintetizaba en la monarquía, y ni en el centralismo ni en el federalismo, el partido no tenía conciencia clara de esa consecuencia indeclinable de su propia historia (y es que tanto la Independencia como la caída del imperio de Iturbide constituían una demostración que parecía de origen divino, de que la monarquía en Méjico sería siempre una tragedia); como, además, la simple reflexión ponía de manifiesto las imposibilidades del orden material para crear aquí gobiernos que necesitaban del fasto y la ostentación para vivir la vida de prestigio que les era esencial, á causa de nuestra insondable miseria; y como, además, era clásico argüir contra la monarquía diciendo que no era concebible un gobierno de este género sin aristocracia y en Méjico no la había, resultaba una especie de CONSENSUS general enteramente adverso á la realeza. Hasta que el

partido reaccionario no recobró el ánimo detrás de una muralla de bayonetas francesas, de PANTALONS ROUGES, como decía la emperatriz Carlota, no se atrevió á decir lo que tenía en el fondo del corazón : «Quiero un rey.»

⁂

Santa Anna, que era un hombre singularísimo, empeñado en hacerse creer á sí mismo que su conducta política se infería de principios (no añadiremos FIJOS, porque los tuvo todos, los rojos, los negros y los blancos), había siempre procurado dar á su gobierno un aspecto monárquico; el boato, la exaltación del elemento militar á todos los honores, á todas las charreteras, á todos los triunfos sociales, parecían destinados á habituar el ánimo popular á la institución monárquica. En Méjico, todo el mundo lo ha dicho, no había nobleza en el sentido oficial de la palabra, ni, propiamente, en el sentido social. Una parte de lo que aquí se llamaba así, se componía de descendientes de nobles de ínfima clase, muchos de los cuales resultaron después, gracias á la fantasía de los genealogistas pagados para ello, de la cepa y sangre de los primitivos reyes españoles (veáse la historia curiosísima de los abolengos de las familias mejicanas publicados por el erudito Ortega), y la otra se formaba de humildes burgueses, por lo general mineros que habían comprado sus títulos, mediante un regular número de doblas, en la siempre famélica cancillería de Madrid. En el libro que acabamos de citar se aprende la prodigiosa inutilidad de eso que se llama la nobleza mejicana; nada había hecho por la patria, por la sociedad, por la humanidad, nada que valiese la pena (hubo excepciones que están en la memoria de todos).

Santa Anna, á usanza napoleónica, resucitó órdenes de caballería fundadas por Agustín I, y por poco crea nobles y blasones; por cierto que esto podía echar por tierra el argumento contra la monarquía que fincaba en la falta de nobleza; Napoleón usó la nobleza antigua sin necesitarla; él creó su nobleza, engendró antepasados; eso habría podido hacer el monarca mejicano. ¿Por qué no lo hizo Maximiliano? Porque aquí se habrían reído infinitamente, y la risa de una sociedad es el sufragio universal de la muerte; tenía que hacer nobles militares para atenuar esa risa; nadie rió el día que Napoleón hizo al zafio Lefèvre duque de Dantzig; pero aquí no podía el archiduque dar títulos más que á los franceses, con permiso de su emperador; por ejemplo: hacer á Bazaine duque de Oajaca (algo de esto se dijo). Porque á los mejicanos sólo podía ennoblecerlos evocando los recuerdos de la guerra civil, cosa que repugnaba profundamente al archiduque, precisa confesarlo. Si tal cosa hubiese hecho, habría resultado Mejía, príncipe de la Sierra; Miramón, de Ahualulco, y Márquez, duque de los asesinatos de Tacubaya. Todo ello era imposible. Cuanto á la nobleza vieja, era inusable; la enterró una sonrisa persistente del Consejo de Estado imperial el día que leyó un informe sobre ella el consejero D. Hilario Elguero, que no sólo era el jurisconsulto más entendido, sino el más cumplido caballero que había en el partido conservador.

☾ La psicología de Santa Anna es interesante : cualquiera habría pensado que todos sus pasos se encaminaban á preparar una monarquía en Méjico, para reparar su falta de habernos dado la República aun ignorando lo que era, según confesión suya; y esto argüiría en él supremo desinterés, puesto que no sólo rechazó la corona que le ofrecieron probablemente sus conmilitones, como Cromwell la rechazó, sino que, lo que Cromwell no hizo, se empeñó en la busca de un príncipe extranjero. ¿Se reservaba el papel de gran condestable ó de gran mariscal? ¡Quién sabe! El hecho es que autorizó gestiones para hacer venir á Méjico un infante español; podía hacerlo; su mandato dictatorial, emanado de la nefasta revuelta de Jalisco, pero por nadie contradicho entonces, lo facultaba para adoptar la forma de gobierno que creyese conveniente á la nación; esto pasaba por el año de 53, precisamente cuando el dictador seguía dócilmente los consejos del Sr. Alamán, que había sido republicano y aun federalista provisionalmente y en los comienzos, mas que nunca había dejado de ser monarquista. En la época de Paredes y Arrillaga, en cuarenta y seis, era más explicable la tentativa de realizar esta obsesión de los próceres conservadores : la guerra con los Estados Unidos se venía encima, y asirse de una alianza europea, aunque fuera la de España, con la añagaza de dar la corona á un infante, era un movimiento convulsivo de náufrago; pero pasada la guerra, ya era un simple recurso político. Por fortuna, los proyectos de Santa Anna, como los de Paredes, desaparecieron en la ruina de la usurpación pretoriana de Paredes y de la tiranía del dictador. Zuloaga y Miramón pidieron con ahinco la intervención europea ¿con ó sin monarca? Lo ignoro; pero precisamente el tratado Mon-Almonte, procurado por la amistosa intervención de Francia, era el preámbulo de una intromisión activa de España en nuestros asuntos interiores; la creación de una EMBAJADA en Méjico á consecuencia de dicho tratado, indicaba el gran papel que aquí se proponía desempeñar la vieja madre-patria. Ya dijimos cuánto influyó todo esto en la actitud del Gobierno de Veracruz, obligado á hacer frente á dos intervenciones probables más bien que posibles : la que proponía descaradamente Buchanan al Senado americano y la que de concierto con los reaccionarios se fraguaba en España.

☾ La conspiración en Europa no tomó cuerpo, sin embargo, sino el año de sesenta y uno, después de la expulsión del embajador Pacheco, que parecía deber agotar LA PACIENCIA de España. Los jefes de esta conjura cometían á sabiendas el delito de alta traición; es decir, posponían la existencia de una patria autonómica y libre, á la consecución de un fin político; sacrificaban el SER al MODO DE SER. No pocos de ellos eran hombres de intachable probidad personal, de apego real á la tierra en que habían nacido, de alta inteligencia, de carácter entero; mas ninguno creía en la Patria. Su caso no era el de los que, bajo la espantosa

obsesión de la ruina de su país, se creen obligados á sacrificar atributos de la soberanía nacional á lo substantivo de ella, á la conservación de la vida de la Patria misma; quienes promovieron la intervención europea hacían estribar la felicidad de su Patria en que no fuese independiente, en que se encargase de gobernarla un extraño apoyado en fuerzas extrañas; no la creían capacitada para la soberanía entera; la creían necesitada de una tutela armada, de que una personalidad nacional fuerte y grande se incautase de su administración y dispusiese de ella á su albedrío, mientras llegaba á ser mayor. La falta de fe en la Patria es propiamente la infidelidad, la infidencia.

¡Se trataba de escoger entre la anexión á los Estados Unidos y la tutela de una nación latina! Ya hemos dicho que, procurando lo segundo, se obtendría indefectiblemente lo primero; pero agregaremos que si ese punto de vista pudo ser un error explicable y natural en los que consideraban nuestras cosas antes del año de sesenta y uno, en este año que fué cuando cristalizó el pensamiento de la Intervención, ni esa apariencia de razón tenía, porque si había una creencia de que estaban penetrados los intervencionistas y sus patrones, era que los Estados Unidos se habían sumergido en una guerra aniquilante, de la que saldrían impotentes y divididos; el peligro para nuestra nacionalidad estaba indefinidamente aplazado en la convicción de los infidentes mejicanos el día mismo en que se firmó la Convención de Londres. Nada puede, pues, atenuar la falta ni en el momento mismo en que se cometió; no diremos vista desde la capilla del Cerro de las Campanas, porque entonces el crimen político adquiere gigantescas proporciones. Con la tremenda agravante de que, para todos cuantos idearon la terrible aventura, la sangre derramada, la exacerbación de los odios de mejicanos á mejicanos (¡que era lo que la Intervención se jactaba de destruir con insensatez suprema!), y el aniquilamiento del país, y la humillación de la bandera nacional ante el extranjero en los días de la derrota sin término, y el peligro de la invasión americana, y las pavorosas tragedias parciales con que se cerró la tragedia entera, todo estaba previsto no sólo como posible, sino como probable. Y de entre ellos mismos surgieron las voces de alarma, los gritos de Casandra, las cartas de Prim á Napoleón III y á Salamanca.

No tenían fe en la Patria, lo repetimos, creían necesario aplazar su reaparición. Según Alamán, había nacido prematuramente (por culpa del Gobierno español que suprimió con los padres de la Compañía de Jesús el único elemento verdaderamente educador de la gente criolla, el único que podía preparar al mejicano para una independencia nacional); según Alamán, la nación mejicana era un aborto : necesitaba una incubadora para suplir al desenvolvimiento intra-uterino.

Lo que en realidad dominaba en la mentalidad de estos hombres, Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Labastida, Miranda ET EJUSDEM ALIIS, era el deber religioso, el anhelo religioso, la imposibilidad de creer que alguna cosa en lo humano pudiera anteponerse al interés religioso; la convicción de que había llegado el momento de elegir entre la Patria y la Religión : esta última era la escogida, con la esperanza de que al fin Dios lo arreglaría todo. ¡Vetusta esperanza que se va



apagando de pueblo católico en pueblo católico y que se extinguirá al fin murmurando : «Mi reino no es de este mundo!»

℃ Entre los dominados por este sordo fanatismo religioso, no de apóstoles sino de cortesanos, no contamos ni al general Almonte ni á muchos de sus secuaces. Almonte no era un hombre de religión, era un hombre de resentimiento y ambición; era un político. Nacido de las entrañas mismas de la Insurgencia, su origen sacrílego y heroico al mismo tiempo le obligó, en cuanto la Independencia fué un hecho consumado y llegó él á la plenitud de la razón, á afiliarse en el partido reformista ó yorkino; las consejas que circulaban entonces sobre la muerte de un personaje sentenciado como traidor á la logia, en la que se atribuía un papel siniestro al coronel Almonte, no contienen sin duda nada de verdad, pero sí demuestran qué grado de exaltación de espíritu se creía que el joven yorkino podía alcanzar. Lo cierto es que Almonte vivía en un honrado hogar, dentro de un medio escolar (su esposa dirigía un pequeño establecimiento de enseñanza en que él daba algunas clases), entregado al estudio, escribiendo libros didácticos (un texto de Geografía), templando su ardiente federalismo de los comienzos en el ascendiente que sobre él tenía el general Santa Anna, formando algunas veces parte de los Gabinetes sobresaltados y efímeros de aquellas épocas, y metiéndose más y más dentro de las aspiraciones del ejército, sobre todo desde que, habiendo sido actor en el estúpido y fatídico desenlace de la campaña de Tepic, había vuelto de los Estados Unidos, en donde había estado ya y á donde debía volver como representante nuestro. Almonte era ministro precisamente en el Gabinete de Bustamante de que debía formar parte Gutiérrez Estrada, si éste no hubiese preferido á una cartera decir su opinión á los mejicanos en pro de la monarquía. Almonte era, puede decirse, el alma de aquella situación; hondísimamente preocupado por el conflicto, que veía inevitable entre Méjico y los Estados Unidos (conflicto que tenía un fin de cínico despojo y el pretexto de la defensa de Tejas y de su derecho á anexarse á la Unión), el ministro de Guerra del general Bustamante había hecho declarar TRAIDORES, casi en los mismos términos en que él lo fué veintidós años más tarde, á cuantos buscasen, con mengua de nuestro territorio ó nuestra soberanía, el auxilio ó la intervención de un poder extraño. Después, cambió la óptica política del general Almonte, pero en aquellos días no necesitaba anteojos para ver claro en sus deberes patrióticos. Como tales reputó, con gran acierto, el salvamento de su Presidente, cuando por sorpresa cayó prisionero de Urrea y Gómez Farías en Julio del cuarenta, y la solemne condenación de la carta y folleto de Gutiérrez Estrada, hecha en ciertas proclamas republicanas de Bustamante, redactadas por Almonte : allí Gutiérrez Estrada era calificado de delirante, de tránsfuga, sus escritos de sediciosos y subversivos en primer grado y se conjuraba al ejército á perecer con su jefe supremo antes de consentir en una dominación extranjera, y se decía á los mejicanos : «Cualesquiera que sean las desgracias que os aflijan, jamás os arrepentiréis de la elección que habéis hecho de las instituciones republicanas.» Ahora bien, cuando las ideas de un hombre cambian de polo, exigen, para ser respetadas, la comprobación de una sinceri-

dad absoluta; si no, es imposible tenerlas como convicciones. Gutiérrez Estrada será siempre respetado, porque fué un sincero, y su sinceridad no sólo se comprueba por su fisonomía moral, por su carácter, por su acento, digámoslo así, sino por su desinterés, por su carencia absoluta de ambición : Gutiérrez Estrada nunca fué un ambicioso; Almonte sí lo fué, no fué otra cosa.

Toda su agitada vida política en los años centrales del pasado siglo lo demuestra; hombre no poco inteligente y muy culto, desempeñó una misión importante en los Estados Unidos antes de la guerra, procurando retardar la admisión de Tejas entre los Estados componentes de la Unión, lo que nosotros, con gran imprevisión quizás, habíamos declarado de antemano un CASUS BELLI; después entró aquí en las intrigas políticas de la época de Paredes y Arrillaga y de Santa Anna; fué, á pesar de ser ministro, completamente adverso á la desamortización parcial decretada por Gómez Farías para hacer frente á la guerra norte-americana y después de la paz luchó enconosa, solapadamente contra Herrera, que era el tipo del gobernante probo, y contra Arista que, con ejemplar honradez de conciencia cívica, había abandonado su exclusivo militarismo de antaño para tratar de fundar un verdadero gobierno civil en Méjico. Cuando Comonfort envió á Almonte á Europa, éste rumiaba ya el proyecto de la intervención europea. Cumplió mal con los encargos que le confiara el Gobierno constitucional, y puede decirse que sólo fué ministro de la reacción capitaneada por Zuloaga y Miramón. Entonces comenzó la conspiración de que hablábamos. El emperador francés, con quien Almonte se había procurado ciertas conexiones, facilitó una aproximación entre Méjico y España, de donde resultó el tratado Mon-Almonte que, para quien conocía el estado de la lucha de los partidos en Méjico, no era otra cosa que el prólogo de una intervención. Así lo entendió el partido reformista y por eso anatematizó la obra y el autor. Almonte desde entonces fué ostensiblemente el jefe de la conspiración; Gutiérrez Estrada representaba en ella la idea; Hidalgo, la intriga diplomática; Labastida, la connivencia del clero mejicano; el padre Miranda, la acción interior en Méjico, la connivencia de los jefes reaccionarios; Almonte, la acción exterior, la intervención segura de España, probable de Francia, posible de Inglaterra. En torno de este núcleo se agitaba una nube de aspirantes, de proscriptos, de especuladores altos y bajos : á la cabeza de las aves de presa había un halcón imperial : M. de Morny.

La actitud de nuestro Gobierno era por todo extremo correcta, diplomáticamente considerada; como dijimos ya, Sir Ch. L. Wyke, poco después de la ruptura de Julio, había entrado en conversaciones cada vez más íntimas con nuestro ministro Zamacona, que había sabido imprimir á las relaciones personales entre el gabinete mejicano y los representantes extranjeros cierto sello de sociabilidad y buen tono que no había podido ser el rasgo dominante de la época de ásperas borrascas internacionales que venía capeando nuestra nave desde el

triunfo del plan de Ayutla hasta la suspensión de pagos. Se encomendó, como sabemos, á un abogado liberal y probo, de ideas políticas radicales, pero de carácter perfectamente sereno y bien equilibrado, nuestra representación cerca de Napoleón III.

℄ Cuando el Sr. de la Fuente llegó á París al mediar el sesenta y uno, todo estaba hecho, todo estaba consumado. El PENSAMIENTO intervencionista, viejo como era, se había convertido en PROPÓSITO en España, no precisamente por la expulsión del embajador Pacheco, lo que poco á poco fué pareciendo cosa baladí al ministerio que presidía el flamante duque de Tetuán y en el que desempeñaba la cartera de Relaciones Calderón Collantes, sino por la resolución firme del Gobierno mejicano de no reconocer la validez del tratado Mon-Almonte. Ahora bien, este reconocimiento era en Madrid la condición SINE QUA NON de todo avenimiento definitivo con nosotros; era un IN PACE, España lo sabía bien y se preparaba á una expedición á las costas mejicanas, como quien se prepara á una aventura, con mucha elocuencia, muchas evocaciones del pasado, mucho Hernán Cortes y mucha civilización cristiana, pero en el fondo mucho miedo á los Estados Unidos y mucho propósito de no comprometerse, sino llevando de conserva una escuadra francesa, cuando menos.

℄ Todo lo vió claro el Sr. de la Fuente y comprendió desde luego lo rudo de la batalla que iba á librar, mas todo su programa se concentraba en este fin : separar la causa de España (con la que le parecía la guerra inevitable y hasta deseable) de la de Inglaterra y Francia. Respecto de Inglaterra, este objeto le parecía de fácil alcance, puesto que las inclinaciones britanas estuvieron siempre del lado de los liberales, máxime ahora que el conde Russell, montado en su caballo de batalla de LA LIBERTAD RELIGIOSA, debía estar convencido de que ese DESIDERATUM sólo por los reformistas podía ser realizable. Además, desde que salió el Sr. de la Fuente, su convicción acerca de un tratado para obtener subsidios de los Estados Unidos, con lo que conquistaríamos la quietud de LOS TENEDORES DE BONOS, era casi plena; dependía de que los americanos tuviesen la seguridad de que el peligro de la intervención europea era inminente; los STATESMEN americanos pasarían entonces de los dichos á los hechos y tendríamos dinero.

℄ La incógnita era Francia; lo que allí había era un equis psicológica que nuestro ministro, por hábil que fuese, no tenía datos para despejar. El más serio de los historiadores del segundo imperio ha escrito :

℄ «No hay uno solo de los proyectos de Napoleón III, cuyos gérmenes primeros no estén implicados en las meditaciones de la cautividad ó los escritos del destierro. Allí aparecen vagamente toda suerte de ideas comenzadas antes bien que llevadas á término, imaginadas mejor que precisadas y que después de largos años de somnolencia despertaron en los días de la omnipotencia, pero sin destacarse por completo del ensueño y guardando hasta en sus realizaciones más positivas algo de las sombras flotantes en que se ocultaban al nacer. En 1846, cuando Luis Napoleón todavía estaba en su prisión del fuerte de Ham, su mirada, tanto más ávida cuanto más estrechamente le estaba circunscrito el espacio, se había dirigido con particular solicitud hacia la América Central. El fruto

de estos estudios fué un trabajo muy sugestivo para quienquiera que estudie los negocios mejicanos. El príncipe proclamaba la urgencia de construir un canal para unir los dos océanos y, después de discutir diversos proyectos, optaba por un trazo á través del istmo de Nicaragua. Lo más importante no era la discusión técnica, aunque estaba copiosamente documentada, sino el comentario que la acompañaba. Escapándose de su prisión y atravesando el espacio, mezclando fuertemente por hábito las estadísticas más rigurosas y las fantasías más quiméricas, Luis Napoleón hacía el inventario de las riquezas que ocultaban esas comarcas desconocidas ó al menos inexplotadas. Con un extraordinario poder de imaginación, veía ciudades, aldeas, granjas, fábricas surgiendo de repente del desierto. Ensalzaba la fertilidad del suelo, apropiado para todas las producciones, las de los trópicos en las tierras bajas de las costas y, en las alturas, las de los climas templados. Sobre todo, esas regiones le parecían como señaladas para un destino providencial. Entre la América del Norte conquistada por la raza germánica y la América del Sur poblada por la raza latina, se extendían territorios que, por la apertura del istmo, se convertirían en un lugar de tránsito para el comercio del mundo entero. Llevado el príncipe en las alas de su imaginación, se figuraba «una nueva Constantinopla» surgiendo en los límites de las dos Américas, como la antigua Bizancio en los confines de Europa y Asia. ¡Feliz quien, estableciéndose en este punto del globo, pudiese cimentar el equilibrio americano, como antiguamente se había cimentado el equilibrio europeo, vigorizando de un lado la raza latina debilitada y conteniendo por el otro á la raza anglo-sajona desbordante! Tal era el folleto de 1846. Luis Bonaparte rara vez abandonaba sus pensamientos; se contentaba con almacenarlos silenciosamente y, á la hora menos esperada, los sacaba de su cerebro. ¿Es temerario creer que Napoleón emperador recordó las especulaciones de Napoleón prisionero? Subid cuatro ó cinco grados de latitud; decid ISTMO DE TEHUANTEPEC en vez de ISTMO DE NICARAGUA, y el ensueño de la América Central se convertirá en el de Méjico.»

Coincidía con este modo de formular la gran quimera de contener los avances de los anglo-americanos, por medio de un Méjico reconquistado por los latinos de Europa, este pensamiento del bravo aventurero Raousset Boulbon, que escribía poco antes de ser fusilado en Sonora : «La regeneración de Méjico es una necesidad política de primer orden... porque precisa una barrera contra los Estados Unidos. Pero Méjico no puede regenerarse sino por la conquista; y no os asombréis de saber que al decir esto pienso en todo cuanto se llama Méjico; no me atrevo á decir que este pensamiento entre en mis planes, pero está en la fuerza de las cosas. Tengo la convicción de que mi obra personal, el establecimiento de los franceses en Sonora, sólo será el primer paso de Francia hacia la ocupación de todo este magnífico país.»

Los acontecimientos de Méjico, sumados con los de los Estados Unidos del Norte, ejercieron una poderosa sugestión en el ánimo perfectamente preparado del Emperador para dejarse tentar por la inmensa aventura transatlántica; aquel hombre quería, sin el genio ni la voluntad de su tío, pero con idéntico don de

concebir designios gigantescos de imprecisos contornos, hacer algo tan grande como lo que el tío concebía y más duradero porque no encontraría enemigos al zanjar los cimientos de la obra. Ya por esta época (comienzos del sesenta y uno) M. de Morny había entrado en campaña. Granier de Cassagnac ha revelado sus exigencias, sus terribles exigencias con el Emperador; éste, así como la reina Hortensia se había dejado seducir por el exquisito porte de M. de Flahaut, padre de Morny, se dejaba cautivar por el talento, el SAVOIR FAIRE y el encanto de maneras de su hermano, que con tanta habilidad como audacia lo había ayudado en el COUP D'ÉTAT, si no sugerido, sí determinado por él. Se sentía débil para resistirle, y como no podía acceder al gran empeño de declararlo príncipe imperial, lo que habría equivalido á imperializar el deshonor de su madre, cedía en todo, en casi todo lo que ambicionaba. El napoleónida y el adulterino eran un par de aventureros, formidablemente ambiciosos, pero había entre ellos una diferencia notable; el césar tenía ideales, embrollados ideales de despotismo y socialismo, de democracia y cesarismo, de autoritarismo férreo y de libertad de los pueblos, de admiración por la raza germánica (la reina Victoria lo encontraba más alemán que francés) y de quimeras de preponderancia latina; y decimos ideales embrollados, mas no contradictorios, porque todas estas cosas hacen más camino juntas de lo que se imaginaría á primera vista. El otro no; Morny siempre había sido negociante, en plena vida de gran mundano se metió hasta el cuello en la vida industrial; su abuela, que era una burguesa escritora y embajadora de Portugal, lo había hecho á un tiempo un hombre completo de sociedad y un mercader ávido. Ya lo hemos dicho, Morny era eso sobre todo : un ávido; el poder no era para él más que un modo de aumentar su riqueza, su riqueza no era más que un medio de proporcionarse goces refinados de lujo artístico y de voluptuosidades incontables; frío egoísta, frío hasta la medula de los huesos, desempeñaba á maravilla su papel de semi-liberal y de protector de las artes; Petronio en tiempo de un Nerón sin crueldad, es decir, de un Adriano. ℭ Lo cierto es que fué su plan de buscar en las anarquías inexpiables de Méjico una mina de riqueza, un elemento de primera importancia en los propósitos de Napoleón III; este plan le fué sugerido por los allegados de Juan Bautista Jecker, el fallido que había celebrado un contrato ominoso de ruina con Miramón bamboleante, y tan rápidamente ganó terreno en el ánimo del futuro duque, que Saligny, ya lo vimos, vino á Méjico perfectamente aleccionado para ejercer sobre el Gobierno mejicano toda la presión posible con el fin de poner en términos de arreglo el pseudo-crédito Jecker. Si el Gobierno mejicano hubiese podido ponerse al tanto de estas complicaciones que sólo empezaron á conocerse en principios del sesenta y dos, ¿qué habría podido hacer? Reconocerse deudor del banquero suizo equivalía á suicidarse para la opinión mejicana y ponerse probablemente en el caso de tener que acatar un veto humillante de Inglaterra y los Estados Unidos; las cosas tenían, pues, que seguir su curso fatal, y el eterno plañido de los proscriptos y emigrados mejicanos encontró toda la simpatía del Presidente del Cuerpo legislativo, cuyos labios estaban siempre al nivel de los oídos de su imperial hermano. Ya lo sabemos, la correspondencia de los deudos de Jecker

publicada por el Gobierno mejicano y por el americano en 63 del pasado siglo y la carta de Jecker dada á la estampa por el mismo Gobierno francés después de la caída del Imperio, no dejan lugar á duda sobre este punto : Saligny provocó la Intervención con sus peripecias pavorosamente trágicas, para proporcionar á Morny un POT DE VIN (un POT DE SANG, debería decirse) de 15 ó 20 millones de francos.

La psicología, insistimos, de los obstinados ensoñadores del tipo de Napoleón III, muestra que una vez entrados en el radio de acción de sus espíritus, toda objeción, todo argumento en contra, todo dato radicalmente opuesto á sus deseos, se transforma y convierte en elemento coadyuvante; se les presenta la verdad y ellos creen ver, por encima de ella, la verdad verdadera. Napoleón creía, no sin razón desde un punto de vista, que Méjico era un país rico por extremo (Humboldt había divulgado en el público ilustrado de Europa este concepto, cierto físicamente considerado, absolutamente inexacto bajo el aspecto económico), y cuando decía á Maximiliano : «Doy á V. M. un trono sobre un montón de oro», no se figuraba hasta qué punto ese oro era el del tesoro francés; sólo él vertido á torrentes podía, si acaso, hacer que el oro mejicano fuese de veras una riqueza, transmutándose en paz y en vías de comunicación, sin lo que nuestra riqueza era virtual y no real. De ese concepto erróneo de nuestra riqueza no era fácil sacar al príncipe, y cuanto se dijo sobre la espantosa exigüidad de las rentas mejicanas, se convertía en la mente de Napoleón en una demostración de la necesidad de pacificarnos por la fuerza, para poner esas rentas en relación con nuestro inmenso capital natural. Ello era muy sencillo, ya está dicho : pacificarnos. El conde Walewski, otro napoleónida (hijo de Napoleón I y la condesa Walewska), ya en 1858 decía al embajador de España en París : «¿Qué medio podría emplearse para asentar una autoridad estable en Méjico? ¿Qué sistema sería bueno preconizar y seguir?» La preocupación ya era entonces política con toda evidencia; el imperialismo de Napoleón III no era industrial ni mercantil, sino en segundo término; era una cuestión de raza, de dominación, era el cesarismo tendiendo á ser internacional, siguiendo la ley de su propia evolución. La marmita mental del jefe del Gobierno francés entró en plena ebullición con los informes de Saligny que, sobre todo cuando perdió toda esperanza de salvar el crédito Jecker, convirtió, con la más amarga pasión, todo su esfuerzo en obligar al Emperador á desenvainar la espada de Francia para convertir á una República en Monarquía. Todos esos informes de Saligny en que se abultaban los hechos ó se agrupaban los de épocas distintas con pérfido artificio ó se adulteraban con un cinismo de pirata disfrazado de diplomático, pueden condensarse en este mensaje enviado pocos días antes de la suspensión de pagos de Julio : «El Gobierno del Emperador, decía el plenipotenciario, reconocerá, no cabe duda, la urgente necesidad de hacer respetar á todo riesgo nuestros intereses (era tan insignificante nuestra deuda con Francia, que no valía la pena de mencionarla al lado de la inglesa, sobre todo) y nuestro honor (en M. de Saligny el honor del Imperio francés no podía ser menos respetable...). SÓLO LA FUERZA puede obligar á este Gobierno á cumplir sus COMPROMISOS con nosotros.» No teníamos nin-

guno que fuese de mayor precio que los huesos de un solo soldado mejicano ó francés.

℄ Y mientras el enjambre de conspiradores iba y venía zumbador y ponzoñoso en torno de Isabel II y de la emperatriz Eugenia (y ya del archiduque austriaco), dos noticias, llegadas casi simultáneamente á Europa, determinaron el paso de la idea al hecho.

℄ Alentado por un triunfo parcial de Mac Clellan, decía el Sr. Romero, en principios de Agosto: «El cuerpo del ejército federal que ocupa la ribera derecha del Potomac y que estaba á las órdenes del general Mac Dowell decidió marchar al interior del Estado de Virginia y atacar al grueso del ejército enemigo que estaba fortificado en un punto llamado Manassas Junction. El 16 de Julio salió el general Mac Dowell de sus posiciones y ocupó la aldea de Fairfax y después á Centerville, sin oposición de las fuerzas del Sur, que abandonaron ambos puntos. El 18 avanzó parte del ejército hasta Bull's Run, en donde estaban unas baterías cubiertas que formaban las primeras obras de defensa de los disidentes. Se trató de desalojarlos de esas baterías, aunque sin éxito alguno. Conociendo las ventajas de la posición del enemigo, el general Mac Dowell determinó atacarla con el grueso de su ejército, y así lo hizo el día 21. El combate duró nueve horas, durante las cuales se asegura que ambas fuerzas pelearon con mucho valor; pero al cabo de ese tiempo entró la desorganización en las filas federales, y á poco se convirtió en un pánico tal, que el ejército en masa se retiró del campo de batalla en el más completo desorden, arrojando los soldados sus armas y vestidos, tirando los arrieros las municiones y víveres que había en los carros que formaban el bagaje del ejército, para aligerarlos y correr más aprisa, y quitando otros las guarniciones á los caballos que tiraban los carros, para salvarse en ellos. Las fuerzas del Sur, que habían sufrido pérdidas considerables, creyeron que la retirada del enemigo era un movimiento estratégico (quiso decir una estratagema) y no lo persiguieron. En la misma noche del día de la acción y en la mañana del siguiente estuvieron llegando á esta ciudad (Washington) los dispersos que tomaron este camino. El ejército, que se componía de treinta á cuarenta mil hombres, quedó destruído enteramente; casi toda su artillería y sus trenes cayeron en poder del enemigo y ni siquiera pudo salvar sus propios heridos ni recoger sus muertos. La pérdida que el Gobierno de los Estados Unidos ha sufrido con el descalabro de Bull's Run es inestimable, física y moralmente hablando.»

℄ Con esta noticia, la opinión de LOS HOMBRES PRÁCTICOS en Europa se afirmó ó se confirmó. Los más favorables al Norte creían que ninguna de las dos facciones se sobrepondría definitivamente á la otra y que todo acabaría por una transacción entre una república yankee y otra esclavista. Sólo unos cuantos idealistas, de estos á quienes los sucesos dan razón á la larga, continuaban esperando el triunfo de la causa de la libertad humana, y los había en todos los partidos: Víctor Hugo, Garibaldi, Quinet, Mazzini, Monseñor Dupanloup, Guizot, Kossuth y todo el joven partido liberal inglés, el que acababa de triunfar con Cobden en la cuestión del FREE TRADE con Francia.

℄ Era, pues, el momento de obrar; para Napoleón había una sola condición

necesaria á cualquier tentativa de implantar un sistema de gobierno estable en Méjico : que Inglaterra tomase parte en la empresa. España era casi una cantidad descuidable; algunos pensaban que dado el odio que en Méjico se le tenía, sería un mal elemento en la operación. Inglaterra hacía depender su consentimiento de la actitud de los Estados Unidos; después de Bull's Run esta actitud comenzó á importar menos en Londres, y Russell se decidió á marchar de acuerdo con Napoleón, en torno del cual se iba ya cristalizando la colosal intriga que precedió á la tragedia : un pensamiento de Napoleón III, los informes de Gabriac, el negocio Jecker convertido en el negocio Morny, los informes de Saligny, la impotencia de los Estados Unidos y la complicidad de Inglaterra, son los factores primordiales del paso de la idea de intervenir en Méjico al hecho de la Intervención. Pero el esquema verbal que acabamos de trazar sólo da idea de un aspecto de la evolución del propósito napoleónico; fué más complejo.

* * *

¶ Ya dijimos que coincidió con la noticia del tremendo descalabro de los federados otra igualmente trascendental en nuestros asuntos : la suspensión de pagos de Julio de 1861. Inglaterra no se paró á considerar nada; con los primeros despachos de Wyke le bastó para decidirse definitivamente, diríamos; entonces se oyó con despectiva ironía á nuestro plenipotenciario, entonces vino el concierto rápido con Francia, la invitación á España, á más no poder, y la hecha PRO FORMA á los Estados Unidos. En vano las instrucciones enviadas por Zamacona al Sr. de la Fuente eran altamente racionales, expresivas, justas : el PRETEXTO invocado por Russell tenía todos los visos de un MOTIVO para desasirse de él. Es claro que, en el fondo, el decreto de 17 de Julio fué causa de regocijo para nuestros enemigos, y esto lo condena, lógicamente considerado, históricamente no. Históricamente no, porque aunque natural era que, dada la tensión de nuestras relaciones con Inglaterra, la suspensión de pagos determinase la ruptura de esas relaciones y nos echase sobre los hombros UNA INTERVENCIÓN hacía tiempo pensada é indecisamente preparada en Europa, el resultado histórico, considerado medio siglo después, fué la caída de la espada de Damocles sobre nuestras cabezas suspendida, y, aunque nos descalabró malamente, como no nos mató, nos fué, pensándolo bien, favorable, porque desapareció la amenaza, porque desapareció el perpetuo espantajo de la ingerencia diplomática en nuestros asuntos.

¶ En fines de Septiembre, pues, sin necesidad de la ingerencia de los conspiradores mejicanos, de los emigrados, la Intervención era un programa; en Octubre fué un plan, en Diciembre era un hecho. El designio fué netamente napoleónico y la obra llevó el sello de Napoleón desde la primera á la última página. Las circunstancias desenvolvieron y complicaron el designio: el negocio Jecker, sumado con el apetito de Morny, le dió el aspecto de un inmenso CHANTAGE; las codicias bien conocidas del Emperador respecto de Sonora eran parte bastante á

determinar su acción cuando el obstáculo americano no estorbase (y era el caso) y cuando la suspicacia inglesa no detuviese (y era el caso también).

¶ El plan de nuestro ministro De la Fuente, que tan calurosa aprobación mereció del plenipotenciario Romero y que consistía en aislar á España declarándole la guerra por los desaires del embajador Pacheco y por las violaciones de neutralidad entre los partidos contendientes en Méjico, no era bueno; una declaración de guerra á España habría chocado y desconcertado profundamente al Gobierno de la Casa Blanca, que, en la situación premiosa en que se hallaba, sólo peligros gravísimos podía recoger de la presencia de tropas y barcos españoles en Cuba, en donde las simpatías de los esclavistas iberos por los confederados eran vivísimas; además de esto, semejante ocurrencia no habría hecho más que asegurar la intervención de las otras potencias que, en una declaración de guerra como epílogo de la suspensión de pagos, habrían encontrado sobradísimo motivo para precipitar su acción contra nosotros y su concierto con España.

¶ Juárez había encontrado, en la suspensión de pagos del 17 de Julio, los elementos indispensables para cambiar por completo la situación militar que en Agosto ya no fué un peligro inminente para la seguridad del Gobierno; por eso se la impuso al ministro Zamacona que, á raíz del decreto empezó á ejercer una fortísima presión sobre el ánimo del ministro inglés, con el fin de que Inglaterra no se complicara en la coalición que se preveía. Como siempre, las vacilaciones del Presidente habían sido la señal de una deliberación interior en que, al mismo tiempo, se manifestaban la prudencia de su juicio, incapaz de decidirse antes de pesar hasta el escrúpulo el pro y el contra de una cuestión, y su invencible desconfianza de sí mismo. Pero pasado este período, su resolución fué firme y apechugó con la amenaza de intervención con tal que no pudiera creerse que el Gobierno estaba á merced de una aventura militar de Márquez, Butrón ú otros forajidos de este jaez; y esto fué de tamaña trascendencia : determinó toda la orientación de la Intervención misma. No pudiéndola evitar, Juárez armó á la República contra ella con un hecho que era un derecho : la existencia de un Gobierno nacional; no tenía más remedio que reconocerlo así quien nos atacase; y así fué. De todo ello estaba el Presidente profundamente penetrado, y lo que decía D. José Ramón Pacheco en su famosa carta á Drouin de Lhuys, ministro de Napoleón III, sobre la minuciosidad y el tino con que Juárez, informado de todos los detalles de nuestra política interior y exterior, redactaba de su puño y letra las copiosas instrucciones que le dió para desempeñar en Francia una misión reservada en 62, trae por tierra la fábula grosera de la inconsciencia del Presidente en el manejo de los asuntos públicos.

¶ Los esfuerzos del Sr. De la Fuente en París y Londres, serenamente heroicos, fueron inútiles; tropezó con resoluciones tomadas de antemano y que, claramente, habrían venido á los hechos después de Bull's Run, aun cuando la sus-

pensión de pagos no hubiera existido, pero que en la suspensión de pagos habían hallado un pretexto muy especioso. Nuestro plenipotenciario quiso entreabrir la puerta de las modificaciones de una decisión injusta é insensata, como lo demostró el tiempo, y la encontró irremisiblemente cerrada. Decisión injusta, porque el Gobierno mejicano había probado de un modo irrefutable que, precisamente con el objeto de poder organizar definitivamente los pagos, cosa imposible desde el momento que la guerra civil lograse desmembrar de nuevo al País, había sido necesario suspenderlos; decisión más injusta todavía viniendo de Francia, á quien casi nada se le debía. Y decisión insensata, porque, como lo dijo después Julio Favre en el Cuerpo Legislativo francés, nos ponía, como deudores, en condiciones cien veces más difíciles que las que iban á remediar las escuadras tripuladas por nuestros acreedores.

℄ El ministro Thouvenel, aunque muy astuto, medianísimo hombre de Estado, era uno de esos agentes que servían á Napoleón de pantalla para manejar bajo ellos y sin ellos los hilos de su política exterior; de esos funcionarios que, por desgracia, no han faltado nunca en Francia, que hacen una diplomacia de la arrogancia y la suficiencia. Obrando así, dió casi literalmente con las puertas en la cara á nuestro representante, que quiso llevarle explicaciones sobre el decreto de suspensión; negóse resueltamente á oirle. Lord John sí le oyó; pero, cortés y flemáticamente á la inglesa, se apresuró á no hacerle caso. El Sr. De la Fuente estuvo convincentísimo; Russell, como si nada hubiese escuchado, alegó que para no admitir la interposición financiera de los Estados Unidos, que ofrecían pagar por cinco años los intereses de la deuda inglesa, el Gobierno de la Reina tenía en cuenta que las reclamaciones inglesas se extendían á otras responsabilidades de Méjico; aseguró que ya Francia y España habían convenido con Inglaterra en llevar juntas á las costas mejicanas sus proposiciones; pero que él, Russell, las redactaría; y sin dar más entrada al representante de Méjico, lo despidió urbanamente. Burlóse también un poco del plenipotenciario americano haciéndole creer que nada se haría sin el pleno consentimiento, ya que no con la venia ó colaboración norte-americana, y además tuvo que fingir que creía en eso estando casi seguro de lo contrario. Además se habló de que España había dicho que sólo esperaría la contestación de los Estados Unidos hasta el último de Octubre, arrogante término perentorio que equivalía, dada la premura del tiempo, á declarar que era otra burla la invitación á los Estados Unidos. Bien sintió el bochorno de todo esto el Gobierno de Washington, pero las circunstancias le imponían por tal modo la prudencia, siquiera pareciese rayana en temor, que disimuló su ira y se la tragó; allí en el estómago se le volvió rencor, porque jamás la pudo digerir.

℄ Así las cosas, se formuló el pacto : efectivamente, Russell redactó el proyecto. España sugirió algunas modificaciones que tendían á dejar mayor libertad de acción á los aliados, no para intervenir en manera alguna en los asuntos interiores de Méjico — España protestó siempre contra semejantes propósitos, — sino «para poner al país en condiciones de examinar con calma la situación á que le han conducido sus errores, á fin de adoptar las medidas más convenientes para

mejorarla.» ¡Pobre España, cuántas veces, en virtud de esta teoría que no es más que la de la intervención pacificadora, cuántas veces habría necesitado y necesitaría en lo futuro que hubiese un pueblo extraño que se encargase de ponerla en condiciones de enmendar sus yerros! Si fuera cierto aquello de que «con la vara que midas...», ¡cuántas veces habría sido medida y pesada y condenada la madre España!

℄ La convención de Londres quedó más concreta, menos indecisa que el proyecto. Constreñidos la Reina de Inglaterra, el Emperador de los franceses y la Reina de España por la conducta (abominable, decía el proyecto) arbitraria y vejatoria de las autoridades de la República, á exigir de dichas autoridades una protección más eficaz para las personas y bienes de sus súbditos, amén del cumplimiento de los tratados, convinieron en unir sus medios comunes de acción para lograr este fin, y en tal virtud, se reunieron sus plenipotenciarios: Russell, por Inglaterra; Flahaut, padre de Morny, por Napoleón III, y D. Javier de Isturiz y Montero, por España. El programa era éste: enviar tropas de mar y tierra combinadas para dominar el litoral mejicano, autorizadas para emprender todas las operaciones con objeto de realizar los propósitos fundamentales de la Convención; naturalmente no se apropiarían los aliados ningún territorio «ni ejercerían en los asuntos de Méjico ninguna influencia de naturaleza á contravenir el derecho de la nación mejicana á elegir y constituir libremente la forma de su gobierno». Luego, se pactaba que nombrarían sendos comisarios las tres naciones para entender en las cuestiones que pudieran surgir en el empleo ó distribución de las sumas que pagase Méjico, conforme á los respectivos derechos de las naciones contratantes. Finalmente, se contraía el compromiso de solicitar la cooperación del Gobierno de Washington, pero sin esperar la respuesta para proceder á las operaciones.

℄ La verdad es que la diplomacia imperial había envuelto á la inglesa, á pesar de que Palmerston era hombre de muchas agallas; el principio de no intervención, que parecía la base del pacto inglés y lo que era más conforme con sus tradiciones de respetar el SELF-GOVERNMENT nacional, había pasado de la cláusula terminante del proyecto á otra indecisa de la Convención. En el proyecto era una cláusula sola la obligación de no intervenir en los asuntos interiores de Méjico, y otra era la que se refería á respetar el derecho de la nación á constituirse; en la Convención se ligaron las dos, de modo que la no intervención se expresaba así: «no ejercerán (los aliados) en los asuntos interiores de Méjico ninguna influencia que por su naturaleza contraviniese el derecho de la Nación á constituir libremente la forma de gobierno». En el proyecto, la primera cláusula neutralizaba la segunda; en la Convención, la reducía á respetar el derecho de la Nación COLOCADA EN UN ESTADO CONSTITUYENTE, lo que equivalía á negar el ESTADO CONSTITUCIONAL en que se hallaba, y á obligarse, por ende, á destruirlo ó, por lo menos, tal cosa podía inferirse lógicamente; el Gobierno de Francia la infirió así muy poco después.

¶ En este propósito de intervención se injertó el pensamiento monárquico acogido, ya lo dijimos, firmemente por Francia, reservadamente por España, que deseaba un Borbón en el trono nuevo, y tácitamente por Inglaterra, que lo consideraba sólo como un POR SI ACASO. Ésa había sido la bandera de los emigrados mejicanos desde el triunfo de LOS PUROS en Méjico: UNA INTERVENCIÓN EUROPEA PARA FUNDAR UNA MONARQUÍA; de aquí la imposibilidad de que los Estados Unidos tomasen parte en ella y la hipocresía fundamental de la invitación que fué hecha al Gabinete de Washington. La conjura de los emigrados dirigida tenazmente á ese fin se puso pronto de acuerdo con el candidato, y ésta fué su fuerza. Cuando Napoleón contó con Inglaterra, LA INTERVENCIÓN fué un hecho; cuando se pusieron las tres potencias de acuerdo en la forma, LA MONARQUÍA fué el verdadero programa de Francia: la convención de Londres no estaba firmada todavía y la intriga monárquica tomaba ya todo su incremento. A mediados de Septiembre estaban ya al cabo de ella todos los emigrados. ¿De dónde les vino la idea de escoger como candidato al archiduque Fernando Maximiliano de Austria? Dice D. José Hidalgo que él fué quien primero pensó en este personaje; verdad es que en otro tiempo había presentado á España como una añagaza, para decidirla á intervenir militarmente en nuestras cosas, la monarquía de un infante; mas probablemente convencido, ET POUR CAUSE, de que quien llevaría el timón de la aventura sería Napoleón y que éste no se empeñaría en apoyar á un borbónida, creyó conveniente deslizar al oído de la emperatriz Eugenia el nombre del archiduque, de quien era apasionado admirador Gutiérrez Estrada, el gran ancestro del segundo imperio mejicano. Eugenia debe de haber encontrado perfectamente dispuesto á su marido para asentir á este plan; veía claro que necesitaba dar prendas de amistad futura al imperio austriaco, profundamente resentido desde la campaña libertadora de Italia; lo veía claro, porque su política de dobleces le había enajenado completamente el corazón de los italianos, redimidos, sin embargo, con sangre francesa, y á esta esquivez huraña de Italia (no de la casa reinante, sino de la nación reunificada incompletamente) había que buscar compensación en un matrimonio de razón con la ofendida Austria, que era la sola capaz de contener los ímpetus de Prusia, destinada á chocar con Francia por la fuerza de las cosas. Bien, pues, por Fernando Maximiliano. Don José Hidalgo Esnaurrízar, colocado, no por su fe monárquica, ni menos por su talento diplomático, porque ambas cosas eran en él producto de circunstancias personalísimas, sino por su amistad íntima (demasiado íntima decían entonces los murmuradores) con la madre de la emperatriz, en el primer término de la intriga, se vanagloria, ya lo dijimos, de haber inventado la candidatura de Maximiliano para el trono adventicio de Méjico. ¡Siniestra mueca se antoja esta invención desde más acá del cerro de las Campanas! La verdad es que quien la hizo posible y su verdadero padre espiritual, lo repetimos también, fué Gutiérrez Estrada, que conocía al archiduque desde que fué virrey en Lombardía.

¶ Gutiérrez Estrada, Almonte, Hidalgo, el flamante arzobispo Labastida, el padre Miranda y los generales Santa Anna y Miramón, los conspiradores que ya hemos presentado EN NEGATIVA antes, personifican los diversos elementos del

partido imperialista mejicano al nacer : Gutiérrez Estrada, el único desinteresado y puro de estos hombres, encarna la religión monárquica, la profunda conciencia de la eficacia de su panacea política propuesta valientemente veinte años antes, eficacia que los acontecimientos, desde entonces, habían puesto, según él, en altísimo relieve. Un elemento en el partido monárquico de que fuese reflejo el prototipo Gutiérrez Estrada no existía en Méjico, muerto D. Lucas Alamán; entre los descendientes de la antigua NOBLEZA colonial, acaso habrían podido encontrarse algunas moléculas perdidas de esta aspiración al ideal monárquico; inconscios é inertes, no tenían vida propia, no cuentan. Tal vez uno que otro iturbidista PUR SANG arrinconado en el depósito de oficiales, ó escondido en casa de algún exguardián de convento suprimido ó cumpliendo su deber como empleado ú OJALATERO, llevaba el contingente de sus suspiros y novenarios á la realización del ideal semi-caballeresco de Gutiérrez Estrada; éste lo ignoraba.

¶ El general Almonte no tenía en sus antecedentes nada que explicase su monarquismo como fe política : jacobino primero, moderado luego, acomodaticio siempre, cuando fué á Europa, cuando resintió la influencia del prestigio inmenso del segundo imperio y del tercer Napoleón, entonces por ambición, por despecho, cuando fué privado de su plenipotencia por Juárez, por odio hacia quienes contra él fulminaron la excomunión política, entró de lleno y nadó con todas sus fuerzas hacia la playa del favor napoleónico, en la idea que empollaban Gutiérrez Estrada y D. José Hidalgo. Almonte no representaba dentro del neomonarquismo más que á sí mismo; hubo dentro del grupo monárquico que surgió entonces otros ambiciosos como él, pero que no formaban ni grupo ni camarilla; eran individualidades sueltas que no obedecían á un principio, sino á un apetito. Almonte logró la predilección personal del emperador Napoleón, á quien llamó la atención su cultura, su juicio; porque era hombre de inteligencia que conocía mucho á su país, pero que, á fuer de mestizo capcioso, sabía presentrar con extraordinaria seriedad las cosas bajo el ángulo que le convenía. No desconfió de él, porque lo encontró muy poco clerical, pero muy convencido de que en Méjico la Iglesia era el elemento conservador por excelencia y urgía protegerla hasta dominarla. La fábula del posible rendimiento de nuestras rentas aduanales (calculadas en cuarenta millones), que pudo ser una añagaza en boca de Almonte para decidir á Napoleón á echarse de bruces en la aventura intervencionista, no tuvo más que una significación incidental en un asunto en que el móvil principal consistía en arrebatar para siempre un mercado á los YANKEES debilitados por la guerra, con el pretexto de salvar al mundo latinoamericano, y en dar por lastre á esta gran empresa económica la adquisición de Sonora. Que Méjico pudiera pagar con sus rentas los gastos de una intervención y un Gobierno dispendioso, como tenía que serlo un imperio improvisado, no era, de seguro, un cálculo fundado en el estado actual del país, sino en el porvenir económico de una nación de riqueza latente incalculable, sacada á luz por la influencia de Francia. No, Almonte debía servir en los proyectos de Napoleón como un moderador entre los partidos, como la clave de un partido nuevo ni retrógrado ni demagógico, el verdadero partido nacional, puesto que era impe-

rialista y francés. ¡Singular idea; pero el cerebro de Napoleón bullía en ideas generales, no tenía otras, y singulares, no tuvo otras!

℄ Si Almonte no personificaba propiamente ninguno de los factores del venturo monarquismo mejicano, porque fué un descarnado egoísta que nunca ligó propiamente su ambición con algún ideal de bienestar para su país, no puede decirse lo mismo del petulante D. José Hidalgo Esnaurrízar. Su evolución había sido la de la mayoría de los burgueses mejicanos DE BUENA FAMILIA en igualdad de circunstancias : hombre de más urbanidad que cultura, no educado, sino BIEN EDUCADO, someramente al tanto del movimiento literario y político europeo, de inteligencia mediana, excesivamente inferior á su presunción, Hidalgo Esnaurrízar, como todos los de su clase, tenía un patriotismo que se componía de estos dos elementos : aborrecimiento á los YANKEES, amor á nuestro pasado español. Podemos reunir estos dos factores en uno solo : apego absoluto á la religión de los padres : UBI CRUCEM IBI PATRIA, tal pudo ser su divisa. Formó parte de uno de los batallones de pisaverdes que comulgaron en EL PEÑÓN la víspera de la entrada de los YANKEES en el Valle; se habría batido, porque, hombres de pundonor todos esos jóvenes POLKOS, á haber tenido jefes de corazón entero y cabeza en su lugar, habrían luchado como buenos caballeros, no hay que dudarlo. Luego obtuvo un puesto en una legación y logró acompañar y admirar á Pío IX en su destierro de Gaeta, y allí, su grande odio á las ideas reformistas comprendido en su patriotismo, recibió la bendición pontifical; se sintió armado caballero de las ideas rancias y el nuevo cruzado penetró en los salones y BOUDOIRS con arrestos de conquistador de corazones para su causa y para su alcoba; así lo santo y lo dulce se confundían en delicioso consorcio. En el mundo político, sin las damas no hay posibilidad de buen suceso, y de este punto se encargó Hidalgo Esnaurrízar por medio de la familia de la Emperatriz; cuando empezó la guerra de Reforma, sus únicas esperanzas fincaban en España, y de él tenemos una carta famosa implorando la intervención del Gabinete español en los asuntos de Méjico, una suave reconquista. Luego que se entrevió la posibilidad de una intervención francesa, por los informes de Saligny, agente de M. de Morny, Hidalgo maniobró con tanto celo que, Eugenia, quien, según decían, tenía sangre de Moctezuma en las venas, no acarició, al mediar el sesenta y uno, otra idea que aquistar á Méjico, el pueblo relapso, y ponerle el sambenito de una monarquía paternalmente dura, aunque para ello fuese necesario derramar un poco de sangre francesa, aun cuando fuese necesaria una pequeña guerra : «mi guerra de Méjico», decía la Emperatriz, como Chateaubriand había dicho cuarenta años antes : «mi guerra de España». ¡Jamás la trama de una comedia cortesana se había tejido tan apretadamente en la urdimbre de una tragedia histórica!

℄ Hidalgo sí que personificaba el partido neo-monárquico mejicano, compuesto de burgueses devotos y libertinos, aspirando á figurar en alguna corte, convencidos de que sólo Francia podía salvar á Méjico de los americanos y del gobierno de LA CANALLA LIBERAL, muy elegantes en cuanto podían imitar el modelo de París, teniendo por todo ideal el gobierno de un grupo de DECENTES oscilando



entre la misa y el baile. El apogeo de este elemento simpático y profundamente nulo del grupo monárquico, se efectuó cuando, vestido de CHARRO MEJICANO, el joven partido conservador de la capital montó á caballo y marchó en gallarda mesnada, relumbrantemente ataviada, al encuentro de la imperial pareja que había posado en la Villa de Guadalupe; D. José Hidalgo Esnaurrízar habría podido capitanearlos.

¶ Monseñor Labastida también personificaba otro elemento del monarquismo: el eclesiástico. Este elemento veía claro en sólo este punto: destrucción del Gobierno reformista: esto era lo que deseaba ardientemente. Aceptaba la monarquía con tierna sonrisa delante de LAS PALOMAS ACURRUCADAS EN EL TIBIO Y AFELPADO NIDO DE MIRAMAR, pero con la convicción ó con la condición de que se habían de devolver al clero los bienes de que la Reforma lo había inicuamente expoliado. Ahora bien: el clero ¿estaba convencido de esto? ¿creía que el Gobierno que iba á suceder al reformista iba á desandar el inmenso camino andado en el último lustro? Así lo creía el jefe de la Iglesia mejicana y esta creencia la infundió en su clero; no pensaba, cierto, ni que tornasen á levantarse los muros de los conventos derruídos, ni que volvieran á los altares las joyas del tesoro de las iglesias; pero sí que, declarándose perfectamente ilegítima la desamortización, en principio, se exigiese á los adjudicatarios una indemnización por daños y perjuicios y se devolviese todo cuanto hubiese sido mal nacionalizado ó no lo estuviese todavía. Así veían las cosas los clérigos partidarios de la intervención (no todos lo fueron), no fiando mucho en Napoleón (todo era reservas el clero respecto de este personaje), pero sí en las palomas de Miramar, según la frase de Monseñor Labastida. En suma, á ejemplo de su jerarca, el clero fué monarquista, SUB CONDITIONE; por supuesto, este juicio sólo puede emitirse sobre el conjunto; numerosos eran los individuos que en esta corporación, que tanto trabajara antaño por la Independencia nacional, se mantenían fieles á la Patria y á la República más ó menos ostensiblemente.

¶ Otro tipo: el Padre Miranda; era éste el más singular y con Gutiérrez Estrada el más interesante de todos; ya lo delineamos; busquémosle aquí su significación; ya sabemos quién era, sepamos lo que era. Era el representante del partido reaccionario puro, del partido de acción y de violencia. Representaba á Márquez, á Zuloaga, á Mejía, á Cobos, á los intransigentes, á los partidarios del triunfo de la reacción á sangre y fuego; para él los asesinatos ordenados por Márquez, los plagios ejecutados por Cobos, los robos y saqueos practicados por todos eran contingencias de la guerra que no le quitaban ni su santidad ni su prestigio; EL TERROR era el prestigio supremo para Miranda; no era un sanguinario, era un implacable, era un fanático imperturbable y frío. Por estas ideas y por este carácter su ascendiente sobre los elementos militantes de la reacción era extraordinario; era de hecho el ministro de Relaciones de la facción en armas; luego recibió este formal encargo de Márquez y Zuloaga; no lo necesitaba, era eso. Gutiérrez, Almonte, Labastida, lo pusieron pronto al cabo de los proyectos imperiales y los aceptó con brío, porque comprendía que sólo ayudado por Europa podía sobreponerse su partido en Méjico, y el padre Miranda no era un apóstol,

era un hombre de Estado que creía en las virtudes del agua bendita un poco teñida de rojo. Su misión en el grupo conspirador era procurar la ayuda franca de los facciosos al plan de intervención monarquista; era preciso convencerlos de que se adhiriesen á las fuerzas extranjeras, de que se sometieran á los jefes extranjeros, etc., y todo ello era muy difícil.

Algunos cabecillas del partido reaccionario en armas eran monarquistas; la mayor parte, no; por eso muchos, Negrete, González, Alatorre, Benavides, reconocieron y juraron y sirvieron con inquebrantable empeño las banderas de la República reformista desde que ésta pronunció la palabra AMNISTÍA, y todos llegaron á ser exaltadísimos anticlericales; habían sido reactores del color del general Osollo, porque en su carrera militar se habían forjado una religión del apego á los fueros del ejército, sin ninguno por los curas y la Iglesia. El plan de Miranda era éste, según de su correspondencia puede colegirse: organizar el ejército reaccionario en torno del general Santa Anna y á la sombra de la bandera intervencionista y darle el primer papel en la reconquista del poder: la intervención, es decir, Francia y España, vendrían á la retaguardia. El monarca sería criatura, no de los aliados, sino de los conservadores; el ejército extranjero dejaría entonces á Méjico en poder de la reacción armada y remunerada y al emperador prisionero de la reacción: Santa Anna sería el vice-emperador y Almonte el ministro de Guerra. Zuloaga, Márquez, Mejía, Cobos, las cuatro cariátides de bronce del trono, serían los dueños de las cuatro espadas; el padre Miranda en el ministerio de Cultos organizaría la desnacionalización de los bienes eclesiásticos. — El cántaro de la lechera cayó en pedazos el mismo día que D. Juan Almonte vino á Méjico como agente político del emperador Napoleón.

Los militares del viejo ejército que llegaron á considerar la Intervención como un instrumento explotable para renovar una temeraria aventura y apoderarse del gobierno, eran los menos monarquistas de todos, y una fuerte levadura de mejicanismo persistente en sus corazones hacía fermentar en su conciencia la sorda protesta contra la dominación extranjera, á la que su ambición les sometía, sin embargo. ¿No era el general Miramón quien personificaba este elemento facticio del neo-monarquismo mejicano? Se había comprometido con Gutiérrez Estrada á secundar el plan intervencionista francés; luego había manifestado en Madrid su descontento y su poca fe en el buen éxito de la descabellada empresa; luego renovó su compromiso y de hecho vino á Méjico, después de haber sido colmado de honores por el capitán general Serrano, en Cuba, de un modo un poco enigmático; el jefe de la escuadra inglesa resolvió el enigma obligándolo á volverse.

* * *

De todo esto había barruntos en Méjico; noticias completamente positivas, no; nuestro encargado de negocios en Washington ENTREVISTABA á cuantos podía, mandaba cuantas noticias publicaban los periódicos y de todo ello y de las co-

municaciones del Sr. Fuente se colegía que habría guerra y ésta era la opinión de todos. Y ¡cosa singular! el país cansado de luchas y reducido á la miseria por LA CONTIENDA FRATRICIDA, como se decía en todos los tonos del énfasis, fué sabiendo lentamente lo que pasaba y apenas se conmovió; apenas habría exageración en decir que no hizo caso, que se encogió de hombros : la gran masa rural, por indiferente á todo, por fatalismo ingénito, por seguridad de seguir siendo el chivo expiatorio que cargase con los pecados y las pedradas de unos y otros; la población urbana en ciertos centros, en los Estados, en la frontera del Norte, en la Costa, se agitaba un poco : solían estallar allí mitins, protestas, manifiestos, discursos, versos, pero el resto de la población urbana, ó vacilaba todavía entre sus tradiciones religiosas y la inmensa aventura de transformación á que la convidaban LOS PUROS ó, retraída y egoísta, se sentía con ganas de que las cosas fueran POR DONDE DIOS QUISIERA, según el vulgar decir.

La tarea que emprendió entonces el partido liberal, el partido reformista, el grupo más activo de él, los que hoy llamaríamos JACOBINOS, fué santa, fué grande, fué soberana : emprendió reencender la llama del patriotismo en la Nación, en los núcleos vivos y conscientes de la Nación, todavía perdidos en el mismo plasma, inconsciente casi, de que ha ido formándose y se forma todavía la Nación mejicana. Lo emprendió con el discurso, el folleto, el libro, la revista, el diario serio, el semanario caricaturístico, el himno, la canción popular, el club, el mitin al aire libre, el banquete patriótico, la fiesta cívica, el teatro patriótico; la emprendió con todo ese combustible, y, antes de finar el año, empezaba á hervir en los corazones el anhelo sagrado de hacer algo, de sacrificar algo por el país.

El Congreso rechazaba, á pesar del peligro, á pesar de que se nos decía que era aquella una tabla de salvación en el naufragio, el tratado celebrado entre el ministro mejicano Zamacona y el ministro britano Wyke, y derogaba la suspensión de pagos; organizaba el recurso de amparo que exigía el artículo 101 de la Constitución contra toda violación de garantías cometida por la autoridad, y, ante la inminencia de la invasión española (ésta era la faz de la Intervención en Noviembre y Diciembre de 1861), decretaba una amnistía completa; exceptuó de ella á los que se habían titulado presidentes bajo los auspicios de la rebelión reaccionaria, á los grandes criminales del tipo de Márquez, etc., pero, mediante ciertos requisitos, permitióles salir del país. En los primeros días de Diciembre, supo que una tropa española había desembarcado en Veracruz, desocupada por imposibilidad de ser defendida contra escuadras europeas por nuestros viejos cañones y nuestros endebles muros; entonces el milagro del patriotismo comenzó á efectuarse : ¡nadie dudó de la victoria sobre España!

* * *

Obedeciendo á sus instrucciones, el capitán general de Cuba, Serrano, que de buen grado se habría encargado del mando de la expedición realizando el deseo vivaz de los emigrados mejicanos, ultimó sus aprestos bélicos y envió una

flota á Veracruz con algunas tropas de desembarco, simple vanguardia de un contingente más numeroso que estaba ya en marcha; estos destacamentos españoles mandados por el general Gasset se adueñaron de Veracruz y del Castillo de San Juan de Ulúa, que, por desgracia, no pudo ser completamente desarmado, porque realmente la sucesión del período militar al período diplomático de la intervención fué por extremo rápido y constituyó en Méjico una verdadera sorpresa; todo se esperaba, nada tan pronto.

℄ Gasset proclamó desde luego que las tropas españolas no venían á CONQUISTAR, sino á RECLAMAR el cumplimiento de los tratados, la satisfacción de los ultrajes inferidos á los súbditos de Doña Isabel II y garantías para lo porvenir. Ni una palabra en esta primera proclama que aludiere á la convención de Londres; España tomaba por su cuenta la intervención.

℄ Esto, ya lo dijimos, y en ello conviene D. José Hidalgo, fué una ventaja para el partido republicano; todo el rescoldo de odio contra LOS ANTIGUOS DOMINADORES, odio de que había vivido durante cuarenta años la popularidad del partido reformista en las masas y que, en realidad, hacía contrapeso hasta al fanatismo católico, se avivó con el huracán inmenso de protesta que estalló en la prensa y la tribuna al finar el sesenta y uno y que no podía calmar por cierto, sino reavivar, con el desprecio, una proclama ultra-vergonzante del presidente de los reaccionarios de Ixmiquilpan, D. Félix Zuloaga, que recomendaba que se propagase la idea de que los españoles no venían á combatir contra la libertad de Méjico, sino contra LA FACCIÓN DEMAGÓGICA.

℄ Juárez dió el tono á aquella protesta contra España en su gran manifiesto de 18 de Diciembre: «Fuerzas españolas, decía, han invadido nuestro territorio; nuestra dignidad nacional se halla ofendida y en peligro tal vez nuestra independencia. En tan angustiadas circunstancias, el Gobierno de la República cree cumplir con uno de sus principales deberes poniendo á vuestro alcance, mejicanos, el pensamiento cardinal que deberá ser la base de su política. Se trata del interés de todos y, pues todos tienen obligación, como buenos hijos de Méjico, de contribuir con sus luces, con su fortuna y con su sangre á la salvación de la República, todos tienen igual derecho á instruirse de los acontecimientos y de la conducta del Gobierno.»

℄ Seguía una exposición muy concisa, muy clara, muy justa de las reclamaciones de España y su refutación con la afirmación de unos cuantos hechos innegables. Ofrecía, á seguida, hacer cuanto estuviese en su posibilidad, en su posibilidad económica sobre todo, para dar satisfacción á lo que hubiere de justo en las demandas españolas; «sin aceptar condiciones que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la Nación ó comprometer su independencia». Acababa excitando á todos á que deponiendo los odios y enemistades á que había dado origen la diversidad de opiniones y sacrificando fortunas y vidas, se reuniesen en derredor del Gobierno en defensa de la causa más grande y más sagrada para los hombres y para los pueblos: la defensa de la Patria.»

℄ Verdadero porta-voz del grupo que ha representado en nuestra historia la causa del progreso y de la civilización, cerraba Juárez aquel documento, con que

en realidad se encabeza la tremenda tragedia de la intervención, con exhortaciones al pueblo para que respetase á los extranjeros que trabajaban en paz á la sombra de la hospitalidad mejicana.

℄ Doblado se había encargado del ministerio de Relaciones : su conducta equívoca en los días del triunfo de Ayutla; su habilidad en colocarse en primer término al fin de la guerra de tres años; sus cortos escrúpulos (él aconsejó á Degollado la captura de la conducta en Laguna Seca); la situación excepcional de influencia y fuerza que se había creado en todo el Bajío; su ambición apenas disimulada de encaminarse más ó menos tortuosamente á la Presidencia de la República (sus amigos eran el alma de la coalición contra Juárez en el Congreso); su natural inclinación á las transacciones y componendas de que pudiera sacar ventaja; su clarísima inteligencia y su energía personal, le daban el crédito de un gran político; era el político del partido reformista.

℄ Doblado era por su temperamento un oportunista, un posibilista; sin altos ideales, pero progresista por convicción, y seguro de que la Reforma era la condición necesaria del progreso en Méjico, el gobernador de Guanajuato ni era hombre casado con los procedimientos de intransigencia recomendados por el jacobinismo exaltado; ni repugnaba servirse de los reaccionarios cuando pudieran ser útiles, con tal de no ceder en el terreno de los principios; ni era de los feroces que creían que no debía tratarse con el extranjero mientras no desocupase el territorio y menos con los españoles; todo, en suma, lo veía bajo el ángulo de lo conveniente y realizable. Con esas ideas ingresó en el Gabinete : el Sr. Juárez conocía perfectamente á Doblado y sabía que si no era su enemigo personal (no había por qué), sí lo era político, dentro del campo liberal; sabía que el ascendiente del gobernador de Guanajuato iba á crecer de un modo formidable si lograba desbaratar la coalición y nulificar la convención de Londres (lo que efectivamente logró Doblado al romperse los tratados de la Soledad), y que de este ascendiente nada bueno sacaría él, Juárez, en favor de la estabilidad de su Gobierno; á esto, sobre todo, se añadía el peso de la espada del sagaz diplomático, que era considerable, puesto que era la magnífica división de Guanajuato, perfectamente organizada y armada, apenas inferior á la de Zacatecas de que disponía González Ortega, bastante sensible á las influencias del talento práctico de Doblado. Más aún : es casi seguro para quien haya respirado un poco dentro de la atmósfera política de aquella época, que á no haber sido por la Intervención, y una vez definitivamente aniquilados los facciosos, lo que sólo era cuestión de tiempo, la coalición armada del Norte y el Centro (Doblado, González Ortega, acaso Vidaurri) habría pretendido ejercer una presión decisiva sobre el ánimo de Juárez para obligarlo á dimitir. Juárez no habría dimitido porque no sabía retroceder un palmo de su derecho, y con las fuerzas de Oajaca habría pretendido resistir; esto era, sin embargo, la guerra civil. Démonos la fácil satisfacción de pronosticar que Juárez se habría sobrepuesto al obstáculo, no sólo por el maravilloso temple de su arma de combate (los batallones oajaqueños), sino por una resistencia tenaz de los elementos liberales á correr otra aventura teniendo al representante de la ley en contra : la lección de la guerra

de tres años, en que casi todos los elementos administrativos y militares del país se conjuraron con el clero para aniquilar al representante de la Constitución y llegaron al más tremendo fracaso de nuestra historia, era una lección severísima é indesperdiciable.

Así y todo, el Presidente, en aquellos instantes que empezaban á contarse entre los supremos de nuestra vida nacional, supo hacer á un lado recelos, temores y sugestiones de amigos alarmados para dar no sólo entrada en el ministerio, sino la casi totalidad de la dirección política interior y exterior, á Doblado. Y como lo había demostrado en el asunto Wyke-Zamacona, su plan de defensa no era el de la defensa intransigente, sino adoptar los hechos consumados, plenamente convencido del estado de debilidad física de la República, para aceptar los hechos irreparables y sacar partido de ellos. Un rectilíneo como Ocampo, probablemente habría dicho : «no hay con los invasores más trato que la guerra; trataremos cuando se embarquen.» Y habría sido probablemente éste el modo de dar vida y porvenir á la intervención tripartita. Doblado trató, al contrario, con el pleno asentimiento del Sr. Juárez, y, si no pudo impedir la intervención francesa, sí la obligó á comenzar con una violación salvaje de la fe y el honor empeñados la siniestra aventura del Imperio, y sí logró deshacer y nulificar la convención de Londres.

En la opinión había causado buen efecto la aparición del nuevo ministro relegado hasta entonces en el Bajío; la confianza en su talento era muy grande, y con creciente atención seguía el público sus pasos. Se le comparaba á veces con Cavour; por desgracia, Doblado no contaba con aliados; los buenos oficios de los Estados Unidos habían resultado malos en Europa y en Méjico, inaceptables, porque el interés que por su dinero exigían era terriblemente usurario, una mal disimulada anexión. Doblado y el Presidente acordaban todos los días, acuerdo que solía verificarse en consejo de ministros; un grupo del pueblo espiaba frecuentemente la llegada del Ministro á Palacio, y los estudiantes de corta edad, apenas adolescentes, con los más pueriles pretextos lo abordábamos en la escalera del ministerio de Relaciones; subía encorvado bajo su gran sobretodo pardo, muy bien vestido, el flamante sombrero alto de seda ligeramente echado hacia atrás sobre la espaciosa frente, el cuerpo espeso y un tanto trabajoso, la tez de la cara muy blanca y muy rasurada, exceptuando en un corto marco al rededor del rostro, la boca un poco sensual y movible, los ojillos obscuros y rápida y penetrante la mirada; se paraba delante de nosotros levemente risueño, paciente, en su perenne impaciencia; al vernos tan jóvenes y al sabernos estudiantes, nos prometía con benevolencia lo que le pedíamos y entraba al ministerio siguiendo el pensamiento que le preocupaba sin volverse á acordar de aquel tenue incidente estudiantil.

No faltaba quien en Méjico supiera que el general Prim vendría á ponerse al frente de la expedición española, y se juzgó una feliz coincidencia el ingreso al gabinete del Sr. González Echevarría, hombre de ideas moderadas, pero buen patriota y de vastos conocimientos prácticos mercantiles. El nuevo ministro de Hacienda estaba emparentado muy de cerca con la esposa del general Prim y

esto acaso facilitaría la rectificación de miras de la expedición aliada respecto de Méjico, cuya verdadera situación era totalmente desconocida por los organizadores de la intervención, con santísimos fines embaucados por LOS PROSCRIPTOS.

℄ Y todo fué actividad en aquel mes de Diciembre; la UTILERÍA, como dicen los escenógrafos, del teatro en que iba á representarse el drama, se disponía febrilmente: facultades amplísimas, omnímodas, dadas por la Cámara al disolverse, como un gaje de suprema confianza al Ejecutivo; suspensión de garantías; y luego el Ejecutivo: permiso á los gobernadores para disponer de los remanentes de bienes del clero que hubiere en los Estados, para preparar los contingentes con que debía formarse el ejército nacional, apenas iniciado y puesto á las órdenes del general Uraga, á quien se consideraba, por sus conocimientos militares, el más capaz de los oficiales reformistas y á quien quiso sobornar brutalmente Saligny; creación de una contribución general, á más de las numerosas existentes ya, la célebre CUARTA FEDERAL (porque consistía en el recargo de una porción equivalente á la cuarta parte sobre toda contribución que debiera pagarse en los Estados), verdadera contribución de guerra de que tocaba á los fiscos locales una parte y que sobrevivió largos años al triunfo de la República. Las medidas de amnistía, las aterradoras en contra de los infidentes, de los usurpadores, comenzaban á ponerse en planta; la fisonomía de caserna ó campamento que tomó alternativamente la República durante seis años comenzó á esbozarse tras el corto intermedio entre la guerra de Reforma y la de la Segunda Independencia.

℄ El abogado D. Juan José Baz, gobernador del Distrito Federal y reformista ardentísimo, apresuraba la desaparición material de los conventos «para que, si volvían los pájaros, no encontrasen ya sus jaulas», como decía, restringía el número de templos y conventos dejados en uso al clero y á las monjas, y mantenía, muy bien secundado por un grupo de jóvenes liberales À OUTRANCE, la excitación patriótica y el odio á los invasores GACHUPINES, como se decía desde los tiempos de Hidalgo, en el lenguaje popular. Los poetas invitaban á la juventud á correr al campo de batalla abandonando los libros, porque no era justo que los estudiantes se quemasen las pestañas estudiando apergaminados filósofos á la luz vacilante de las lámparas de los claustros alonsiacos mientras SILBAN EN VERACRUZ BALAS DE ESPAÑA, clamaba en una repartición de premios el archipopular Joaquín Villalobos, en medio de nuestros frenéticos aplausos.

℄ Con el año de sesenta y dos y la llegada del resto del contingente español, á las órdenes del Conde de Reus, y del francés en seguida, se levantó el telón sobre el primer acto de la tragedia.

* * *

℄ El pueblo mejicano había sufrido mucho; es uno de los pueblos de la tierra que han sufrido más en la última cruentísima centuria; pero nada capaz de infundir mayor pavor que el cuadro de pena que se presentaba ante sus ojos, tras

el incesante machacar de carne humana en la lucha de LOS TRES AÑOS, cuando se anunció la guerra extranjera. Ya se adivinaba lo que iba á seguir, ya se sabía qué sangre iba á verterse, qué grupos iban á ser víctimas despiadadamente sacrificados en sus propiedades, en su libertad, en su honor, en su vida. Y un hondísimo estremecimiento de inquietud y malestar recorría aquella sociedad de resignados: ¿por medio de qué milagro podía evitarse todo ello? No había señales de milagro; para el pueblo mejicano se abría la hora de las tinieblas, la larga y profunda tiniebla de Getsemaní. Sobre los resignados estaban los grupos exasperados; los exasperados, ó luchaban entre sí, ó se preparaban á la lucha suprema, ó explotaban la situación para crear en ella la anarquía y autorizar ante el mundo la intervención, firmes en la idea nueva que el padre Miranda les había infundido de que no podía haber Patria si la Iglesia seguía vencida, y no podía triunfar la Iglesia si la Intervención (la española, sobre todo) no se adueñaba del país; otros, incapaces de transigir con los reformistas, eran más incapaces todavía de pasar por instrumentos de una tentativa de dominación extranjera; éstos intentaron luchar; al fin huyeron unos (Cobos, Zuloaga); otros, ya lo hemos visto, se filiaron en las tropas nacionales y desempeñaron en ellas tamaño papel. Encima había otro grupo más bien de desesperanzados que de exasperados; estos hombres sin esperanza, Uraga era el tipo de ellos, eran patriotas, estaban con la bandera nacional, pero seguros de que nadie haría nada por nosotros (Inglaterra porque la habíamos menospreciado y los Estados Unidos porque la lucha no tendría más término en ellos que LA SECESIÓN), tenían la perfecta seguridad de que Méjico sería vencido y que era un deber luchar, pero sin fe en el triunfo; éstos, cuando pasaron los primeros grandes episodios de la lucha, dejaron caer las armas y aceptaron la monarquía.

☙ Otros, era una minoría, creían en el milagro, pero en el milagro del derecho contra la fuerza; por eso Zaragoza creyó en la victoria, por eso Juárez jamás dudó del triunfo de la República. Y mientras esta fe, fuerza moral incontrastable, la que permitió á Juárez mover las montañas, según la formidable metáfora de Hugo, iba á ser la clave de la era nueva caracterizada por la transformación de la minoría reformista en Nación, en Patria, el viejo partido de los privilegios y de las reacciones se arrojaba en la hoguera de la Intervención en que iba á reducirse á cenizas; no habían pasado seis años de los horrendos crímenes de Tacubaya, y Márquez se veía obligado por su jefe (Bazaine) á castigar al prefecto de Morelia porque había obedecido al clero que negaba sepultura católica á un adjudicatario, y dos años más acá, un prócer conservador (Velázquez de León) y un obispo mejicano (Ramírez) emprendían un viaje á Roma, mandados por Maximiliano, para hacer consentir á Pío IX en un concordato que reconocía la nacionalización de los bienes eclesiásticos como un hecho irremisible. Estos hechos tienen en sí mismos su elocuencia: la reacción se suicidaba solemnemente, se ahorcaba en el árbol maldito sembrado en un campo de sangre. De todo ello iba á surgir definitiva, perdurable, la República, hija de sus hijos.



LA DISIDENCIA LIBERAL

Á FALTA de mejores datos, podrá establecerse así la gestación del pensamiento napoleónico : primero hizo su obra de irreparables imprudencias la emperatriz, fascinada por la figura de retrato antiguo de Gutiérrez de Estrada, y un poco seducida por insinuaciones pérfidas del príncipe de Metternich; después, el negocio pasaría del BOUDOIR de Eugenia al gabinete secreto en donde Napoleón conspiraba como impenitente carbonario contra su mujer y contra sus ministros, tomando consistencia el propósito de pagar, con ASIGNADOS de un trono transatlántico, el Véneto codiciado para su protegido el rey de Italia; y por último, ya en pleno vacío de ideología política, el espectro de Venecia tomó el segundo plano, y se destacó la antigua quimera del dique opuesto á la supremacía sajona en América, nacida de las lucubraciones de la prisión de Ham.

¿A qué hora intervino el futuro duque con sus maniobras de sirena irresistible? «Mi único mérito, decía Dubois de Saligny, es el de haber adivinado al emperador». Pero dada la connivencia entre el amable mundano que intrigaba en París y el ministro de Francia en Méjico, no tenía éste que adivinar lo que su cómplice podía saber sin preguntarlo. El conde de Morny conocía la fuerza de mongolfiera con que se desprendía de las contingencias vulgares una idea napoleónica en su madurez, y se dispuso tranquilamente á esperar la millonada que le enviase Saligny. El papel del ministro de Francia en Méjico, de acuerdo con el pacto de expoliación, consistía en demostrar perentoriamente el hecho

que debía servir de dato para la intervención monarquizadora; tenía que afirmar como incuestionable la impotencia radical del Gobierno de Juárez. La sencillez de la psicología del bribón atrabiliario que representaba á Francia, nos permite no excluir el elemento de ilusión en los informes que debían producirle un ventrudo POT-DE-VIN. Saligny creía ser fiel á su soberano, sin dejar por eso de ser el tipo del perfecto prevaricador. Y vaya esta inexcusable verdad para los escritores franceses que aun se obstinan en dar toques caballerescos á Saligny. Pero también ha de aprovechar á los que en Méjico creen de una pieza la obra malévola del ministro francés, haciéndole con esto el inmerecido elogio de una inteligencia clara y penetrante. No; Napoleón no fué engañado : ni le engañaron los mejicanos escépticos, ni le engañaron sus agentes. Todos veían en la expedición lo que el emperador quería encontrar como elementos teóricos de su decisión. Fué una conjuración funesta de todos los errores, y, esto no obstante, la falta política de Napoleón es imperdonable. Casi todos los fracasos del segundo imperio fueron debidos á error de juicio y á falsos métodos de razonamiento : en la campaña de Méjico hubo un enorme sofisma de observación. No habiendo necesidad histórica para Napoleón en su venida á Méjico, como la había en la ocupación de Roma, por ejemplo, allá no le bastaba saberlo todo para evitar un desacierto, mientras que aquí la exactitud de un dato inicial le habría librado de dar el primer paso y gastar el primer franco. Dió ese primer paso en el vacío y arrojó al mar ese primer franco. Su deber le imponía elevar á Méjico á la categoría de país de embajada, como se dice entre diplomáticos, antes de trasladar al Anáhuac el centro de equilibrio del mundo. Sin sospechar de Saligny, pudo haber comprendido que un diplomático para REPUBLIQUILLAS TROPICALES, no era el agente adecuado que pudiese echarse sobre los hombros el gran pensamiento de un monarca que pretendía ejercer la hegemonía en dos continentes. No era mero asunto de categorías. Hasta entonces, la diplomacia francesa de Luis Felipe y de Luis Napoleón se había dividido en dos ramas, destinándose la rama pequeña y podrida para las pequeñas y podridas repúblicas de América. Lo mismo hacía España, lo mismo hacían todas las naciones, menos Inglaterra. «¡Qué serie de cuadros para una curiosa galería! Deffaudis, Sorela, Gabriac, Pacheco, Saligny, Wagner.» Y al señor Iglesias se le olvidaban algunos nombres no menos representativos, como el de Antoine y Zayas. Esta colección de galería criminal no se había formado sólo por efecto de elecciones desacertadas : venía de una necesidad funcional que creaba su órgano. El Gobierno de Méjico llevaba cuarenta años de ser explotado por el agio. Siempre pagaba y siempre debía, como los pródigos. Llevaba, además, un cuarto de siglo de ser explotado como empresa aseguradora de bienes y vidas de extranjeros. El europeo que no quería trabajar, encontraba medio de hacer fortuna declarándose arruinado por los disturbios políticos del país, mediante la cooperación de algún ministro diplomático que ponía las escuadras y la megalomanía de su Gobierno al servicio de la reclamación fraudulenta, previo pacto que le aseguraba una participación en el lucro obtenido. Así, por efecto de una constante prestación de servicios de ese orden, la subdiplomacia europea había tomado en Méjico un pliegue de delincuencia profesional.

℄ Lo que hubiera sido la expedición con un Pacheco ó un Antoine y Zayas en la representación española, es bastante para imaginar lo que no hubiera sido con un La Tour d'Auvergne, un La Vallete, un Benedetti, ó siquiera un Flahaut, en vez de Saligny por parte de Francia. Cualquiera hombre acostumbrado á contemplar las cosas en grande, como el representante de España, habría visto lo que éste vió desde el primer día. Y ante todo, que bajo los planes ocultos y que podían ser grandiosos, aunque quiméricos, fermentaba la putrefacción de las falsificaciones diplomáticas. De la tercera convención hecha con Francia el 30 de Junio de 1853, se debía algo menos de 200,000 pesos. Si á esto se suma una cantidad aproximada de dos millones y medio por diversas reclamaciones, en que estaban incluídos los reintegros de una conducta ocupada por Márquez y del desembolso efectivo de Jecker con sus intereses, llegamos á algo menos de tres millones, que era el máximum á que podían subir las reclamaciones francesas, decorosamente sostenibles ante una comisión mixta de liquidaciones. España reclamaba nueve millones y medio; Inglaterra, setenta. Los representantes de Francia comenzaron por exhibir una reclamación de doce millones, en la que no se incluían ni el crédito Jecker, ni la parte insoluta de la convención de 1853 : doce millones sólo por daños infligidos á súbditos franceses hasta el 31 de Julio de 1861. Los comisionados ingleses y españoles se quedaron perplejos. ¿No sería un error? M. de Saligny, que contaba por francos, había querido decir acaso, seis y no sesenta millones. M. de Saligny les dijo que no se equivocaba. Sesenta millones de francos; doce millones de pesos. La unidad monetaria no hacía al caso. ¿Pruebas? No las tenía á mano. Facultado por su Gobierno para fijar el monto de las reclamaciones francesas, ponía arbitrariamente la suma de sesenta millones : quizá serían cincuenta y ocho, quizá sesenta y dos, decía impúdicamente. Por otra parte, agregaba, subiendo el tono de su voz ya descompuesta por la ira habitual, él no toleraba extrañas inspecciones en sus papeles. Los otros comisarios se dieron por satisfechos y, encogiéndose de hombros, acordaron que cada nación enviase por separado el ULTIMATUM que quisiera sostener : Inglaterra y España sólo trataban de evitar solidaridades bochornosas. Aunque la reclamación de los doce millones podía pasar en rigor como un medio de romper hostilidades, siendo inadmisible para cualquier Gobierno mejicano que no quisiese deshonrarse y caer, era el principio de la vindicación de Méjico. Si se le exigía lo imposible, fundándose en el absurdo, su causa se elevaría ante el concepto de las naciones. Doce millones de pesos eran una suma que no se reuniría como capital de la colonia francesa de Méjico, cuyos miembros apenas pasaban de dos mil, y entre los que se contaban muchos que vivían de su trabajo personal en oficios mecánicos. Los más ricos no se quejaban de daños : habitaban en las ciudades que no experimentaban los efectos de las violencias cometidas por los beligerantes. Podía reducirse, pues, á un centenar el número de las víctimas supuestas que, ni como esperanza de un resarcimiento obtenido por malas artes, podían soñar con cien mil pesos por barba. Y á renglón seguido el ULTIMATUM francés hablaba del contrato Jecker, exigiendo su cumplimiento textual en toda la extensión de sus estipulaciones criminales.

Lo demás era ya el principio de la intervención. Toda causa instruída por atentados contra súbditos franceses debería sujetarse á la inspección del ministro del emperador; los comisarios instalados en las aduanas para sacar los fondos que se destinaran al pago de reclamaciones, tendrían la facultad de disminuir los derechos aun á menos de la mitad...

Ante esta actitud, era sorprendente por su sencillez y moderación la de los comisarios británicos. Pedían el pago de la deuda convencionada y el reembolso de los seiscientos mil pesos sustraídos por Márquez de la Legación de Inglaterra. Los súbditos de S. M. la Reina no hacían reclamaciones por daños sufridos durante la guerra; no se habían complicado en negocios de piratería diplomática. Como los representantes de la Corona no cubrían con su bandera á los aventureros y agiotistas, el expediente de sus reclamaciones estaba limpio de negocios turbios. El Gobierno inglés, decía Lord Palmerston, no se encargaba de agenciar el pago de créditos de particulares : que éstos se atuvieran á las consecuencias de sus actos, si adelantaban dinero á un Estado extranjero. Bajo esta nitidez de conducta oficial, había una ausencia completa de planes transcendentales, como los de Francia y España. Los intervencionistas mejicanos veían por tal motivo con desprecio á una nación monárquica sin ideales ni espíritu de proselitismo. Política baja, decían con desdén. A lo más que llegaba Inglaterra era á pedir libertad de conciencia para sus súbditos. Política baja de biblias y algodones, diría más tarde Arrangóiz, un mentecato con el genio de la difamación.

España traía á cuestas su tratado Mon-Almonte y el proyecto ginecocrático de su reina, que se obstinaba en que Méjico tuviese también una reina. ¿La duquesa de Montpensier? ¿La condesa de Girgenti? ¿Alguna princesilla dudosamente núbil, injertada en rama segundona de ésta ó la otra casa, fecunda y poco afortunada? Á S. M. C. sólo se le ocurrían planes de éstos, y, con cuatro meses de atraso en sus noticias, daba instrucciones de LEYENDA DORADA, como si no hubiera Napoleones y Maximilianos en el mundo. Esto vino á simplificar la empresa del conde de Reus. Atenido á instrucciones verbales, que se le comunicaron en esta forma por la duplicidad con que obraba el Gabinete de Madrid, pudo hacer cuanto quiso, y pues fracasaba el plan de la reina, hizo cuanto convenía para atender á los intereses de su patria, desligada ya de proyectos insensatos. Sólo aparentemente es paradójica la conducta del general Prim. Por suponerla así, se acude á explicaciones conjeturales, como la ambición de coronarse rey de Méjico, ó el soborno de que se le acusa. Ni la corona ni el dinero bastan á explicar lo que naturalmente se derivaba de la situación. Incomprensible habría sido cualquiera otro camino. ¿Seguir á la zaga de Francia? ¿Empeñarse en la imposible ambición de su soberana? Comenzó por hacer una obra útil á su patria y acabó por hacer una obra gloriosa, de reparación y concordia.

La anticipación con que vinieron los españoles, fué convertida por Prim en un sentido diferente del que se le había señalado. Vino y vió. Supo ver, mérito insigne. Y al quedar convencido de la fuerza moral con que contaba el Gobierno mejicano, de la superioridad incontrovertible en que radicaba esa fuerza y de la ausencia total de elementos para una monarquía, protegida por Francia ó por

España, el héroe de Homero, como le llamaban sus aduladores, resolvió apearse del caballo piafante y entrar en el orden tranquilo de las negociaciones. Sólo un óbice tenía esa conducta. Sus compatriotas, casi en masa, eran enemigos del Gobierno liberal. Mientras franceses é ingleses radicados en Méjico podían considerarse ligados por simpatías é intereses con el partido reformista, los españoles, inveteradamente tradicionalistas, hacían causa común con los reactores. No era raro ver algún francés combatiendo por la Reforma — como el bravo Aquiles Colin, ayudante del PELÓN Valle — y á este ó al otro inglés apoyándola con su influencia. Pero los españoles formaban parte de la alta burguesía antirreformista y prestaban un poderoso contingente de terror con sus cabecillas Cobos, Cajigas, Ibarguren y con cuanto aventurero desocupado del carlismo se situaba en alguna de las asperezas de nuestras montañas para colgar liberales. Ésta fué la parte difícil para Prim. El conde de Reus pasó por entre sus exigentes compatriotas sin dignarse mirarles, y entró en relación caliente y efusiva con los prohombres del grupo liberal. Allí estaban sus parientes, sus amigos, sus simpatías intelectuales. Allí estaba su tío, el ministro de Juárez. Allí estaba su primo, Pepe Echeverría, el calavera de la familia, causa de una de las reclamaciones de Francia, por haber sacudido reciamente la mole de Saligny, para castigar un ultraje del ebrio diplomático. Allí estaba Terán, el sensato ministro que aplacó uno de los frecuentos accesos de cólera del comisario español, sellando amistades con el obsequio de una SILLA VAQUERA para el niño, hijo del general, que no veía la hora de exhibirse en Madrid, vestido de charro. Allí estaba Doblado, en quien Prim había de encontrar, poco después, contactos muy hondos de ambición y de fineza italiana.

℄ El nombramiento de Doblado para la cartera de Relaciones facilitaba todo lo que hubiese de lealmente allanable en las dificultades internacionales. Sir Charles Lennox Wyke señalaba el ingreso de Doblado en el Gabinete de Juárez como un acto de habilidad política que daba al Gobierno el prestigio de diez victorias. Doblado comenzó su gestión escribiendo al representante de Inglaterra que el Gobierno tenía facultades para tratar y que lo haría en términos que diesen garantías de cumplimiento fiel de las obligaciones que se contrajesen. Si Wyke no entró desde luego en negociaciones fué porque ya sabía que estaba tramitándose una convención para intervenir en Méjico. Por lo demás, veía esto «como una intervención benéfica para el país», siempre que se hiciese con prudencia, pues «las medidas violentas echarían todo á perder, comprometiendo á las potencias en una empresa cuyas dificultades apenas podrían estimarse». Así pensaba el cauto ministro de Inglaterra en uno de los últimos días de diciembre del 61. Así pensaban los comandantes naval y militar de las fuerzas españolas, hombres de prudencia y discreción, justos y conciliadores, según el mismo Wyke. Este dato es capital. Cuando Prim desembarcó, la opinión para el concierto anglo-español estaba ya formada, y á Wyke, Ruvalcaba y Gasset debió Méjico, tanto por lo menos como á Prim, el carácter pacífico de las negociaciones. Y á Doblado también, por el concepto que de sus méritos tenía formado Wyke.

℄ Todas las conferencias de los comisionados giraban en torno de esta idea ini-

cial emitida por Wyke. Era tanto más aceptada por el contingente español, cuanto que el general Serrano había dicho desde mediados de diciembre que una fuerza menor de veinte á veinticinco mil hombres no debía dar un solo paso hacia el interior. Aun así, cuando el Gobierno mejicano hizo ver que estaba resuelto á una resistencia tenaz, los comisionados quedaron presos en la dura condición creada por su impotencia militar para seguir adelante. Esto persuadió á Wyke y á Prim de la necesidad de salir de la zona del vómito, abriéndose paso por medio de parlamentos y negociaciones. Con todo, cuando las tropas avanzaron para situarse en el interior, eran diezmadas por un SOL DE FUEGO.

C La proclama dirigida á la nación, obra de Prim, era de tono y retórica genuinamente españoles. Las potencias aliadas presentaban á Méjico un ÁNCORA DE SALVACIÓN, con el deseo de asistir, impasibles, al ESPECTÁCULO GRANDIOSO de la emancipación de un pueblo. No dudaban de que así lo comprenderían el Gobierno supremo y las ILUSTRACIONES del país. Cuatro días después, se expidió la nota colectiva, extremadamente conciliatoria en opinión de Wyke, que la suscribió sin reparo atento á las necesidades de la situación. Los tres oficiales encargados de llevarla á la capital, recibieron instrucciones verbales para que solicitaran desde luego la traslación de las tropas á Jalapa, Córdoba y Orizaba. En la nota colectiva, el ÁNCORA del manifiesto al pueblo se había convertido en una MANO AMIGA Y GENEROSA que se tendía para levantar á Méjico de su postración y dar impulso á una obra regeneradora. El estilo personal de Prim se acentúa en estas palabras. El acreedor se hace paladín, lo que disgusta al Gobierno inglés y más aún al Gobierno imperial. Para el primero, aquello es una desviación lamentable de su política de intereses, y para el segundo, la mano amiga acaba con la combinación arreglada. ¿Por qué Wyke ha consentido en firmar un documento intervencionista? Su Gobierno se lo reprocha, cuando tiene noticia del hecho. ¿Por qué los comisionados franceses han accedido á la FILANTROPÍA REMOTA de Prim, como diría Talleyrand? No es culpa de Dubois de Saligny, sino de Jurien de la Gravière, fascinado por el marqués de los Castillejos, ante quien se inclina, llevado de simpatías heroicas.

C La respuesta de Doblado era una invitación PRO NON DICTO HABENDUM, al reembarco de las fuerzas expedicionarias. Dado el sentido amistoso de la nota de los aliados, las tropas estaban de más. Los comisionados podían avanzar hacia el interior, custodiados á su satisfacción, para tratar de sus reclamaciones, las cuales serían atendidas por el Gobierno con el espíritu de justicia que le animaba. Esta nota se inspiraba en una serenidad reveladora del talento diplomático. Aun la pretensión de reembarco, calificada de absurda por Lord Russell, se había enunciado sin insistir demasiado sobre ella. Era sólo una garantía de validez de los tratados. Era lo que se quisiera, todo menos una exigencia ó un grito destemplado.

C Los oficiales portadores del ultimátum llevaron á Veracruz, con la respuesta de Doblado, la impresión de un país generosamente dispuesto hacia los extranjeros. Milans del Bosch, especialmente, se prendó de Méjico y adquirió el convencimiento de que la hostilidad con que los españoles residentes en el país veían

al elemento liberal, no implicaba que las fuerzas vivas estuviesen del lado de ellos. Con Milans del Bosch y sus compañeros fué á Veracruz el exministro Zamacona. El novel estadista, de tipo espontáneamente exótico, representativo de finísima cultura, insinuante, parlamentario de noble oratoria inglesa, aun en el defecto de corregir la frase comenzándola de nuevo para presentar al taquígrafo una sintaxis limpia, era el contraste más demostrativo que hubiera podido llevar el grupo reformista ante los comisionados europeos, en los momentos en que llegaba de la Habana el clérigo Miranda, excelente modelo del anacrónico espíritu que dominaba en los campos mentales de la reacción. Este padre Miranda, gran batallador que buscaba en la acción combinada de Europa la salvación de su patria, no había traído de allá una sola idea, pues entre las cosas que desconocía profundamente, estaba la Europa de su tiempo. Él imaginaba que la unión de las tres potencias formaría una nueva Santa Alianza. Ya se ha visto cuáles eran su plan y su ilusión. El desengaño no tardó en herirle, despertándolo súbitamente de su sueño visigodo. Mientras el atildado Zamacona era festejado con brindis y serenatas, recibiendo en éstos los homenajes muy cordiales de Prim, Wyke y La Gravière; el padre Miranda, desdeñado por este último, pasaba inadvertido para Prim y era insolentemente humillado por Wyke. El vicealmirante se dignó advertirle que su presencia era inútil en Veracruz y aun sería perjudicial el día en que se resolviese el avance : lo mejor que podía hacer era retirarse, y para facilitar ese paso, le ofrecía medios de transporte. Miramón había sido reembarcado brutalmente por los comisarios ingleses. Con el padre no se haría un atropello igual, pero Francia, podía creerlo el Sr. Miranda, no venía á apoyarse en disidentes, sino á buscar la conciliación de los partidos en un arreglo que, no siendo anticlerical, no sería de ningún modo reactor. El archiduque Maximiliano, liberal á la europea, no se resignaría á ser el prisionero de guerra del partido negro. El padre Miranda no se explicaba estas palabras sino como resultado del carácter sin unificación del vicealmirante, casi arrodillado ante Prim por una admiración que lo envilecía. Y Prim, á su vez, obraba por ambición. Para el padre no había duda : Prim quería coronarse emperador de Méjico. Así, de un despecho explotado por Saligny, único amigo de Miranda, nació la leyenda de la corrupción de Prim en el negocio mejicano.

℄ Informada la convención de Londres en el concepto de que Méjico no era un Estado, sino un país políticamente vacante, la expedición no había procedido de acuerdo con las normas de las relaciones internacionales, ni aun en el momento de serenidad y benevolencia en que preponderaron el buen sentido de Wyke y los impulsos elevados de Prim. Pero el Gobierno de Méjico, que comenzaba á verse reconocido como tal, no podía quedarse á la mitad del camino que les era dado tomar á los comisarios en la lógica de sus instrucciones. El Gobierno era Gobierno, representante único de la nación ante el extranjero.

℄ Trataba con las potencias después del ultraje de un desembarco sin declaración de guerra, porque eran fuertes; pero no permitiría que, secundando el pensamiento de la intervención, los mejicanos se constituyesen políticamente bajo la influencia de las armas extranjeras. Escuchar el llamamiento de los comisio-

nados y responder á él, yendo á discutir cuestiones de régimen interno en el campamento de los ejércitos invasores, era tomar parte en la perpetración de un delito contra la independencia y seguridad de la Nación. Así lo declaró Juárez por medio de la ley del 25 de enero, que castigaba con la pena de muerte ese delito y los que cometiese contra la paz pública todo aquel que se arrogase el poder supremo ó conspirase contra el Gobierno establecido. Esta ley se derivaba de la resolución que había adoptado el Gobierno. La intervención, decía el grupo director, nos encontrará dispuestos á la resistencia pasiva, y como no podrá prolongarse indefinidamente la ocupación del país por las armas extranjeras, no sucumbiremos aunque se nos obligue á salir de la capital. Si, protegidos por el extranjero, los reactores constituyen un poder, será preciso castigar á los que de entre ellos asuman la dirección política ó auxilien á las tropas invasoras. Este castigo se ejecutará en el momento en que la desocupación del territorio nos permita volver á dominar en toda su extensión. La ley se ejecutó, en efecto, cinco años después. Al leerla, los comisarios la consideraron justa en el fondo, de acuerdo con la práctica de todos los pueblos, y en este sentido simplemente recordatoria de disposiciones anteriores caídas en desuso ó no aplicadas, por lo que vieron en ella una más de tantas que forman el montón de los abortos legislativos.

¶ La discusión diplomática se había clavado en un punto : la desocupación del territorio por las fuerzas aliadas. En vez de obsequiar este deseo de Doblado, los comisarios insistían en el propósito de internar sus tropas para librarlas del clima insalubre. Anunciaron, pues, en su nota del 6 de febrero, que á mediados del mes marcharían á tomar cuarteles en Jalapa y Orizaba. Ya este punto se había tratado confidencialmente por Milans del Bosch con Doblado, y por Zamacona con Prim, Jurien de la Gravière y Wyke. La nota del día 2 no envolvía una sorpresa y fué contestada el 6, con un toque habilísimo para completar la MISE EN SCÈNE de lo que iba á seguir. El Gobierno mejicano ignoraba las intenciones de los aliados y no podía permitir que avanzaran sus fuerzas, — por más que viniesen, como decían, á desempeñar una misión pacífica, — si antes no se precisaban esas disposiciones amistosas, ya vagamente delineadas en una negociación preliminar, rodeada de garantías. Los plenipotenciarios contestaron esta invitación pidiéndole al ministro de Relaciones que se trasladase á un punto vecino de la Soledad, en donde encontraría al conde de Reus, el día 18, facultado por sus colegas para concluir los preliminares.

¶ Antes de que se recibiese la aceptación del general Doblado, los representantes de las potencias se pusieron de acuerdo sobre los puntos que habían de tratarse con el ministro de Relaciones. El día 19 antes del amanecer, salió Prim de Veracruz con su cuartel general y una escolta de cincuenta caballos. A las diez de la mañana comenzó la conferencia memorable que terminó con la firma de los preliminares. Los Gobiernos aliados reconocían al de Juárez, y pues no necesitaba éste del auxilio que benévolamente se le ofrecía, ya que contaba con elementos de fuerza y opinión para sostenerse, España, Francia é Inglaterra, protestando que no intentaban atacar á Méjico en su integridad territorial ni en su independencia soberana, acudirían al terreno de los tratados, para cuyo efecto



se abrirían negociaciones en Orizaba. Mientras se hacía algún convenio de acuerdo con esa estipulación, las tropas ocuparían Córdoba, Orizaba y Tehuacán, y en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas volverían á la línea anterior, á las fortificaciones del Chiquihuite, quedando sus hospitales bajo la salvaguardia de la nación mejicana. Al emprender su marcha de avance las fuerzas aliadas, el pabellón mejicano se enarbolaría en Veracruz y en Ulúa. Prim y Doblado se despidieron, estrechándose la mano como amigos. Valían mucho los dos para no serlo. Formaban parte de una de esas castas superiores cuyos miembros se entienden á la primera palabra que cambian, y muchas veces, aun antes de hablarse. Y ellos eran no sólo de la misma casta, sino de la misma curiosa variedad, propia de las épocas de transición, que combina la fuerza y la astucia, el látigo y la fascinación.

¶ Prim explicó el convenio á sus colegas. ¿Por qué Dubois de Saligny no presentó objeciones, ni cuando ya estaba concluído, ni antes, cuando se discutieron los términos de la conferencia? Hay un hecho que no puede negarse: Dubois de Saligny fué el primero en tomar la palabra, y nada dijo contra los preliminares. Habló sólo de la ley del 25 de enero, proponiendo su derogación, sin resultado, pues los otros comisarios no encontraron pertinente la observación del diplomático.

¶ Saligny callaba, porque eran innegables las razones de conveniencia para abrir tratados. Las fuerzas no podían marchar, aun considerándolas suficientes, por la carencia de transportes. Precisaba la buena voluntad del país para desprenderse del puerto. Militarmente, Saligny no podía discutir tales cuestiones con Prim y con Jurien de la Gravière. Tampoco podía afirmar que Márquez, Cobos, Zuloaga y Miranda representasen algún elemento simplemente estimable. No ya por la escasa importancia de las fuerzas que militaban en los montes, con ACTITUD DE PROSCRITOS, sino por la insignificancia mental del grupo reactor, sin un ideal de su siglo, sin un hombre de prestigio en su seno, sin «la energía y decisión que á veces dan el triunfo á las minorías». Saligny se enconchaba dentro de su sorda obstinación y aguardaba la hora de hablar, que llegaría cuando el emperador dijera: ¿No hay hombres? Ahí van treinta mil. ¿No hay transportes? Tomad los que necesitéis y pagadlos al precio que se pida. ¿No hay un grupo suficientemente vigoroso de mejicanos que os lleve á la capital? Pues abríos paso y decid que no vais á apoyaros en un partido, sino á formar uno más fuerte que todos los actuales; y que, pulverizando el de los puros con el mágico nombre de Francia, podréis hacer cuanto os pido, que es la creación de una Argelia americana, la elevación de un dique suficiente para detener la expansión sajona en el Nuevo Mundo, la traslación del centro de gravitación universal, del Ponto Euxino al Golfo de Méjico, la página más brillante de mi reinado. En los VACÍOS APOSENTOS de aquel cerebro, se iba desvaneciendo el espectro de Venecia y comenzaba á surgir la visión gigantesca evocada en el fuerte de Ham. ¿Saligny sabía ó adivinaba? ¿O no sabía ni adivinaba? En todo caso, aguardaba el buen suceso de sus planes, é hizo bien. No aguardó mucho.

Las conferencias de Orizaba no podían comenzar antes de que los comisarios recibiesen instrucciones sobre las reclamaciones francesas, respecto de las cuales no podían solidarizarse por falta de conformidad. Era tanto más de extrañar que no se hubiese logrado ésta, cuanto que Prim venía dispuesto á hacerse de la vista gorda, apechugando con cuanta exigencia verosímil se presentase al Gobierno mejicano, para sacar avante su tratado Mon-Almonte. Pero las demandas del colega francés eran la sublimidad de la impudicicia, y no daban el mejor material para dorar la píldora española. Inglaterra estaba menos interesada, ó por mejor decir, no lo estaba, en que se pusiesen sus armas al servicio de una fullería. Los comisarios ingleses se anticiparon á las intenciones leales de su Gobierno. Wyke y Dunlop creían que de aceptar las reclamaciones francesas, el Gobierno inglés los desautorizaría, por más que creían imposible que tales exigencias no se modificaran al tener noticia de ellas el emperador. En esto último se engañaban. Las instrucciones de Dubois de Saligny, aunque secretas, eran terminantes, y como una prueba de que se le habían dado las más amplias facultades, tenemos el ofrecimiento que hizo á sus colegas de retirar la reclamación por el crédito de Jecker bajo la condición de que apoyasen la de los doce millones. Bien visto, más se ganaba con esto que con el negocio del suizo. Pero Wyke encontraba todavía más improcedente este conjunto de reclamaciones, «fabricadas como buenas especulaciones para obtener dinero en compensación de algún agravio imaginario, tal como una prisión de tres días procurada intencionalmente para entablar una demanda exorbitante.»

El Gobierno inglés, descontento de este primer obstáculo para sus miras, pidió explicaciones al del emperador. M. Thouvenel de seguro no podría aprobar una demanda de 12.000.000 formada por una conjetura aventurada y otra para el pago de 15.000.000 como compensación de un entero efectivo de 750.000. M. Thouvenel las apoyaba. Sí, eran justas ambas. Bien pudiera suceder que la de doce millones quedase reducida por el examen de una comisión francesa, y entonces el Gobierno imperial bajaría sus exigencias. Por lo que hacía á Jecker, no era cuestión sólo de setecientos cincuenta mil pesos, sino de cuantiosas operaciones hechas con sus bonos. Así, mientras en Veracruz Saligny ofrecía retirar la reclamación de Jecker si se le sacaba limpia la de los doce millones, en París M. Thouvenel sostenía el negocio Jecker y encontraba exagerada la suma de doce millones de la reclamación global. Inglaterra aceptaba la regla de que un aliado no fuese juez del otro; pero esto debía entenderse siempre que las demandas se contuviesen dentro de límites racionales. Por allí parecía establecerse el acuerdo entre ambos Gobiernos, aunque, á decir verdad, Inglaterra no entendía cómo, habiendo fines ocultos, pudiese haber solidaridad de esfuerzos. «Dije á M. Flahaut, escribía el conde de Russell, que en lo que no podíamos convenir, y esto urgía que se tuviese presente, era en presentar reclamaciones sólo con el objeto de suscitar querellas.» Tal parecía ser más evidentemente cada día la intención del emperador, cuando M. Thouvenel se declaraba ignorante de los intereses legítimos amparados por las reclamaciones de M. Saligny, «en cuya probidad tenía entera confianza.»

℄ No aguardó mucho Saligny, hemos dicho arriba. No se le habían dado tan amplias facultades, aun para buscar querella, sin un fin determinado exactamente. Pudo haber vacilado un momento ante la inevitable persuasión operada por los hechos en el ánimo del vicealmirante. Pero él, adivinando ó sabiendo lo que Jurien de la Gravière no podía adivinar ni saber, dejando sin respuesta las objeciones de su colega francés y de los comisarios de las otras potencias, reservaba para mejor oportunidad el supremo argumento: Francia podía avanzar y llegar á Méjico, si de veras lo quería; en sus manos estaba derribar á Juárez, si ponía en la obra el número de soldados que demandase el problema militar. Éste se resolvería por el ministro de Guerra y por el jefe de la expedición, que ya venía, que estaba allí, que llegó en los primeros días de marzo.

℄ El general conde de Lorencez, que traía los refuerzos, era un insignificante como se necesitaba para esta SEGUNDA CUESTIÓN ROMANA, según la frase de los oposicionistas franceses. Allá parecía que un divisionario era mucho como simple guardia de corps del pontífice, y el ministro de Negocios Exteriores dudaba de que la PLUMA BLANCA no volase los cascos del jefe del cuerpo de ocupación. Aquí se creyó lo mismo, y á reserva de darle el grado inmediato cuando estuviese en el lugar de sus proezas, se buscó al jefe de la expedición invasora en el grupo de las nulidades bien caracterizadas. Ésta fué una falta de difícil reparación. ¿Se cometió por el propósito de ocultar la importancia de los planes militares que tenía el emperador? Éste había ido de engaño en engaño. Primero puso á España como figura preponderante para que Inglaterra no hiciese reparos á la expedición. Firmada la convención de Londres, se hizo decir á Jurien de la Gravière que él no se sometería á un general español, y se acordó que las relaciones de los tres jefes se sujetasen á las reglas observadas en Crimea. A la vez, el contingente de Francia iba en aumento. Primero, se le pedía á España que sus fuerzas constasen del número más alto que se pudiera. Después, á medida que el tiempo pasaba, el emperador iba subiendo la cifra, para poner sus tropas en condiciones de no verse comprometidas, dada la precipitación de España, la necesidad de ir á la capital de Méjico y la oposición que se temía. El desembarco de Lorencez fué el final de estas tergiversaciones. Desde entonces, los comisarios franceses dejaron de aparentar que España ocupaba el primer lugar, y se declaró que la expedición era francesa. En esta nueva fase, Jurien de la Gravière dejó la precedencia á Dubois de Saligny, que interpretaba el pensamiento íntimo del emperador. El pobre vicealmirante hizo la figura triste de un muñeco manejado por el vicioso Saligny, cuya imperiosa voz le impuso nuevas actitudes y un lenguaje contrario á sus convicciones, registradas en el protocolo de las conferencias. Quien se habitúa al comercio histórico de los llamados grandes hombres, no extraña estas lamentables caídas, pues, de cada diez de ellos, nueve son únicamente niños grandes.

℄ La sustitución del vicealmirante en lo militar por Lorencez, que se ponía al frente de los siete mil hombres de la expedición, y en lo diplomático por Saligny, que tomaba la representación del pensamiento secreto, era el principio del fin de la alianza. Todo el aumento del contingente francés y el aumento de la

desvergüenza de los plenipotenciarios imperiales, habían ido entibiando á Inglaterra, que, en vez de aumentar, disminuía sus fuerzas, reduciendo, primero, el número de buques; después, ordenando que los soldados de infantería de marina no tomaran parte en la invasión, y, por último, disponiendo que se retiraran, lo que anticipadamente habían dispuesto los comisarios, enviándoles á las Bermudas. Con esto, desde el principio de marzo, España se vió más comprometida. Los que han visto al general Prim recibiendo cien mil pesos como soborno del Gobierno mejicano para retirarse, no se hacen cargo de que la situación del comisario español tenía por única solución la retirada. La clarividencia del conde le presentaba en toda su ridiculez la cándida megalomanía de España, manejada diestramente por el emperador para adormecer los temores de Inglaterra y obtener el permiso de poner un pie en América. Desde ese momento, Prim sólo pensó en trocar el papel de burlado por el de burlador, y á fe que lo hizo con maestría, explotando los fraudes de Saligny, la impericia militar de Lorencez, que se aventuraba con seis mil hombres en país enemigo, y la felonía de Napoleón, por el envío de Almonte como agente francés para disolver la situación política del país.

¶ Almonte había llegado á Veracruz, por el paquete inglés de fines de febrero, con instrucciones del emperador. Su presencia en Méjico era tan importante á los ojos de Napoleón, que la salida de Lorencez con los refuerzos que traía hubo de retardarse para esperar el viaje de Almonte. Éste venía directamente á la capital del futuro y ya próximo imperio, pues se calculaba que á mediados de febrero estarían acuarteladas en esa ciudad las fuerzas de desembarco. Había que apresurarse, y Almonte no empleó sino el tiempo necesario para recabar instrucciones del nuevo emperador sobre la fundación que iba á iniciarse.

¶ Maximiliano tuvo sus primeros consejos en el AFELPADO NIDO que por aquellos días dió albergue á muchas aves fugitivas. Gutiérrez de Estrada estuvo allí á mediados de enero y se marchó á París llevando comisión secreta para Napoleón.

¶ Llamado Labastida, acudió á Miramar, y pocas horas después se presentó Almonte, pues el emperador de los franceses juzgaba oportuno que «empezara por ir á presentar sus respetos y pedir órdenes á su alteza imperial.» Gutiérrez de Estrada, de quien proceden estas noticias confidenciales, no cabía en sí de gozo, por haber tenido una entrevista de hora y media con el emperador, el cual se manifestaba DECIDIDO Á TODO. Y no era mucho que lo estuviera: ¿no se encontraban sus fuerzas en las cercanías de Méjico? Labastida estaba listo para tomar el próximo paquete. Sólo se necesitaba ya que el emperador no escatimase ningún esfuerzo, porque «falta de vida nuestra sociedad, era indispensable que la Europa, esto es, él mismo, lo hiciese casi todo, no dejándonos á nosotros que hacer sino lo menos posible, bajo el concepto que necesitábamos que nos salvaran por fuerza, y ésta es creencia mía muy antigua.» Tenía razón: aquel patriarca venerable y completamente inútil se había recostado en un ideal político, que tenía entre otras ventajas la de no costar un solo peso ni exigir un solo movimiento audaz. Que todo ó casi todo lo hiciera Napoleón, como todo ó casi todo

lo había hecho Miranda para la causa en que él ejercía un cómodo apostolado de sobremesa.

℄ Miranda, en efecto, debía hacerlo todo para el grupo intervencionista sedentario, como para el trashumante, que, á la par de aquél, admiraba su enérgica obstinación y su desprecio á las penalidades de la proscripción. Aquel hombre, de una sola pieza para el sufrimiento, era ondulante como un pez para la acción. ¿En quién sino en él pondrían su confianza los partidarios del altar y el trono? Márquez y Zuloaga le habían enviado de sus madrigueras el nombramiento de ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno más internado que haya habido jamás. Miranda, sonriendo, hizo á un lado aquel papel y escribió en respuesta algo semejante á esto : «Creo en los principios que son eternos, pero no en ese Gobierno que carece de legalidad y fuerza. Sin legalidad, podría vivir; sin fuerza, no. Busquemos una fuerza y una legalidad nuevas en el apoyo de las armas imperiales.» De acuerdo con Saligny, que aguardaba la desautorización de Jurien de la Gravière, buscaba al hombre que pusiese una espada de prestigio en la vanguardia imperial, para abrirles un paso á los franceses. No ignoraban él y Saligny todo lo que significaba la exaltación de Doblado á la cartera de Relaciones de Juárez. Había que tender las redes por allí, en el campo del popular ministro juarista, y esto era tanto más necesario cuanto que ya Gutiérrez de Estrada, en ausencia de Miranda, había cometido la falta de recomendar que la jefatura militar se diese á Santa Anna. Miranda no toleraría el entronizamiento del corrompido ex-dictador. Miramón era detestado por Gutiérrez de Estrada y por Hidalgo, quienes lo habían presentado como nulo y desleal, apoyándose en datos del mismo Miranda. Excluídos así todos los jefes de primera categoría de la reacción militante, é inutilizados los de la reacción fugitiva, Miranda y Saligny se dirigieron al jefe moderado Robles Pezuela, que sería el moderantismo de Doblado marchando hacia la derecha, como Doblado era el moderantismo de Robles marchando por el camino de la izquierda. Labastida, angustiado, pedía que el moderantismo no se aprovechase de la situación. ¿No había leído el buen prelado en «La Patrie» un COMMUNIQUÉ imperial en que se hablaba de la seria consideración dispensada por Maximiliano á las proposiciones de los mensajeros monarquistas de Méjico y de que el príncipe exigía como primera condición que la nación le pidiese el establecimiento de una monarquía liberal?

℄ Almonte se presentó á los comisarios de Inglaterra y España, manifestándoles que contaba con el apoyo de las tres potencias para derrocar á Juárez y poner en el trono á Maximiliano. Sus Excelencias lamentaban que Almonte comprometiese á Francia en una política que estaba en contradicción con la que siempre había seguido el emperador. Por lo demás, era curioso que un extraño les enterase de lo que las potencias estaban dispuestas á hacer ó á tolerar. Sin tomarse el trabajo de discutir con el enviado de Napoleón, se limitaban á prestarle la protección de las armas aliadas, dentro de los muros de Veracruz. Era un proscrito y se creían obligados á defenderlo. Mas comenzó el avance. Wyke y Prim salieron de Veracruz, y Almonte, con su estado mayor de conspiradores, salió á su vez del puerto, escoltado por un batallón francés, sin que Dunlop, que allí

estaba, recibiese aviso de Saligny sobre un acto tan grave. Wyke se dirigió sin tardanza al vicealmirante para reprocharle su conducta: «Nadie respeta más que yo al general Almonte en lo privado, decía; pero V. E. sabe indudablemente que es la cabeza reconocida del partido que dirige el infame Márquez y del que son secuaces Cobos y otras personas que están alzadas en armas contra el Gobierno establecido. ¿Qué podrá pensarse de la imparcialidad de nuestra intervención, si los representantes de una de las potencias aliadas protegen á los rebeldes del Gobierno con el cual estamos en negociaciones?» Prim no había sido menos enérgico: «No tiene ejemplo el acto de llevar al interior á los emigrados para que organicen una conspiración contra el Gobierno existente, mientras avanzáis como amigos y esperáis el día fijado para las conferencias.» Al hablar así, Wyke y Prim solicitaban autorización de sus colegas para contestar una nota del Gobierno mejicano en la que éste anunciaba su propósito de perseguir, condenar y castigar á los conspiradores que avanzaban protegidos por las armas francesas. Debía contestarse la nota, declarando en nombre de las tres potencias que Méjico se fundaba en la razón y en la justicia.

¶ El general Robles Pezuela, vigilado por el Gobierno en Méjico y confinado á Real del Monte, salió del lugar de su destino para dirigirse al encuentro de los franceses. La indignación que este acto causó fué indecible. No sólo se atrevían los franceses á internar conspiradores, sino que alentaban á los enemigos del Gobierno constituído, para que, dentro de la zona por él dominada, se organizase la rebelión de acuerdo con los agentes oficiales y secretos del emperador. Allí estaban las cartas de Robles Pezuela á Saligny, el concierto patentizado con la fuga del jefe para entrar en la órbita de protección de las fuerzas imperiales. Por desgracia para Robles, se le siguieron los pasos y cayó en poder de las tropas del Gobierno. Ante la ley del 25 de enero, su culpa inexpiable no tenía sino una sola sanción. El Gobierno estaba en el caso de desaparecer ó de ser inflexible. Su deber era vivir, y ordenó la ejecución del proscrito. Robles Pezuela murió sin actitudes teatrales, con la templanza del hombre de buen gusto que ve la inutilidad de la súplica y de la protesta. Expidió un manifiesto sobriamente explicativo de su conducta y se entregó al pelotón encargado del fusilamiento.

¶ Para los franceses, la ejecución de Robles Pezuela constituía á la vez un pretexto y una justificación. El pretexto no podía ser mejor. Se había declarado que el Gobierno de Juárez tenía vida propia, opinión y un gran respeto á la cultura de su siglo. ¡Mentira! Para vivir necesitaba desarrollar un terror á toda máquina. No perdonaba ni á un infeliz perseguido que, para librarse de la opresión, buscaba el amparo de LA BANDERA QUE NO RETIRA SU SOMBRA BENDITA DE LOS OPRIMIDOS QUE Á ELLA SE ACOGEN. No pudiendo aprehenderle, decían los franceses, un vaquero le lazó como á una bestia salvaje. ¿No había llegado el momento de avanzar para destruir aquel Gobierno que ahogaba el voto de LA PARTE SANA del país? Si alguna vez el vicealmirante pudo pensar que Almonte fuese restituído á Veracruz, ya no podía pensar tal cosa. El asesinato del general Robles era una provocación. «He creído, pues, que en vista de tan doloroso acontecimiento, sería una insigne debilidad de nuestra parte renegar de hombres á quienes se

había concedido la protección de nuestra bandera, aunque no fuese sino por un error, y he ordenado al comandante del batallón encargado de conducirlos á Córdoba, que los conserve bajo su salvaguardia.»

℄ El Gobierno inglés tomó para sí la refutación de cuantas razones dieron el Gobierno imperial y sus agentes para sostener el permiso que había otorgado Saligny. Es de advertir que Thouvenel no convenía en que hubiese sido un error la protección concedida á Almonte para que conspirara, como lo asentaba por debilidad ó ignorancia el abúlico vicealmirante en su nota á Wyke y á Prim, pues el ministro de Negocios Exteriores del Imperio reconocía que se había protegido á Almonte por órdenes del emperador. M. Billault, ministro sin cartera que defendía la política imperial ante el Cuerpo Legislativo, acudió á subterfugios como los del vicealmirante para justificar á Saligny, declarando que Almonte salió de Veracruz porque allí se le hacía intolerable su estancia, á causa de las molestias que le daba el Gobierno de Méjico, pretexto ininteligible, puesto que Juárez no ejercía poder alguno en los lugares ocupados por los franceses, y que, si pudiera haber grados de impotencia, ésta era mayor en Veracruz que en Córdoba. Después de aprobar la conducta de Wyke por su protesta contra la complicidad francesa en los manejos de Almonte, Lord Russell hizo una brevísima pero incontestable defensa de Méjico : «El Gobierno de S. M. lamenta que el emperador de los franceses haya concedido á Almonte la protección de su bandera. Para un pueblo celoso de su independencia, el arribo de partidarios de una forma de gobierno diferente de la que existe, ó en todo caso, representantes de un grupo vencido, bajo la protección de siete mil hombres que han invadido su territorio, era seguro que despertaría alarmas y daría nuevo pábulo al odio y á la venganza. Bajo la impresión de esta alarma y bajo el impulso de estas pasiones, fué ajusticiado el general Robles.»

℄ El nueve de abril se reunieron en junta plena los comisarios para discutir la respuesta que hubiera de darse al Gobierno mejicano. Ya el vicealmirante se había anticipado. Él no podía considerarse ligado por los convenios de la Soledad, después de la ejecución de Robles y en presencia de la protección reclamada por Almonte. Su resolución estaba tomada : volver al punto de Paso Ancho para recobrar su libertad de acción y emprender nuevamente el avance hacia la capital con el fin de librar á los pueblos de UN SISTEMA DE TERROR SIN EJEMPLO y á sus compatriotas de la ruina con que les amenazaba el Gobierno mejicano. Wyke objetó que, en su concepto, no había en Méjico la tiranía de que hablaban sus colegas franceses y que la mayoría era republicana. Dunlop opinaba que los franceses de Méjico verían con disgusto el avance de las tropas imperiales, puesto que, como Wyke, no creía que los extranjeros estuvieran sufriendo las vejaciones de que hablaba Saligny. Entre los argumentos de Prim contra las durezas del tornadizo vicealmirante, hubo uno que tenía toda la autoridad de la buena fe. Tratar con Juárez era un deber mientras no hubiese otro Gobierno : él, por su parte, estaría dispuesto á tratar con los enemigos de Juárez, pero no antes de que dejasen de ser guerrillas y de que fuesen Gobierno. El vicealmirante desvió el argumento. No había que tratar con ésos ni con Juárez. Los aliados debían bus-

estaba, recibiese aviso de Saligny sobre un acto tan grave. Wyke se dirigió sin tardanza al vicealmirante para reprocharle su conducta: «Nadie respeta más que yo al general Almonte en lo privado, decía; pero V. E. sabe indudablemente que es la cabeza reconocida del partido que dirige el infame Márquez y del que son secuaces Cobos y otras personas que están alzadas en armas contra el Gobierno establecido. ¿Qué podrá pensarse de la imparcialidad de nuestra intervención, si los representantes de una de las potencias aliadas protegen á los rebeldes del Gobierno con el cual estamos en negociaciones?» Prim no había sido menos enérgico: «No tiene ejemplo el acto de llevar al interior á los emigrados para que organicen una conspiración contra el Gobierno existente, mientras avanzáis como amigos y esperáis el día fijado para las conferencias.» Al hablar así, Wyke y Prim solicitaban autorización de sus colegas para contestar una nota del Gobierno mejicano en la que éste anunciaba su propósito de perseguir, condenar y castigar á los conspiradores que avanzaban protegidos por las armas francesas. Debía contestarse la nota, declarando en nombre de las tres potencias que Méjico se fundaba en la razón y en la justicia.

☾ El general Robles Pezuela, vigilado por el Gobierno en Méjico y confinado á Real del Monte, salió del lugar de su destino para dirigirse al encuentro de los franceses. La indignación que este acto causó fué indecible. No sólo se atrevían los franceses á internar conspiradores, sino que alentaban á los enemigos del Gobierno constituído, para que, dentro de la zona por él dominada, se organizase la rebelión de acuerdo con los agentes oficiales y secretos del emperador. Allí estaban las cartas de Robles Pezuela á Saligny, el concierto patentizado con la fuga del jefe para entrar en la órbita de protección de las fuerzas imperiales. Por desgracia para Robles, se le siguieron los pasos y cayó en poder de las tropas del Gobierno. Ante la ley del 25 de enero, su culpa inexpiable no tenía sino una sola sanción. El Gobierno estaba en el caso de desaparecer ó de ser inflexible. Su deber era vivir, y ordenó la ejecución del proscrito. Robles Pezuela murió sin actitudes teatrales, con la templanza del hombre de buen gusto que ve la inutilidad de la súplica y de la protesta. Expidió un manifiesto sobriamente explicativo de su conducta y se entregó al pelotón encargado del fusilamiento.

☾ Para los franceses, la ejecución de Robles Pezuela constituía á la vez un pretexto y una justificación. El pretexto no podía ser mejor. Se había declarado que el Gobierno de Juárez tenía vida propia, opinión y un gran respeto á la cultura de su siglo. ¡Mentira! Para vivir necesitaba desarrollar un terror á toda máquina. No perdonaba ni á un infeliz perseguido que, para librarse de la opresión, buscaba el amparo de LA BANDERA QUE NO RETIRA SU SOMBRA BENDITA DE LOS OPRIMIDOS QUE Á ELLA SE ACOGEN. No pudiendo aprehenderle, decían los franceses, un vaquero le lazó como á una bestia salvaje. ¿No había llegado el momento de avanzar para destruir aquel Gobierno que ahogaba el voto de LA PARTE SANA del país? Si alguna vez el vicealmirante pudo pensar que Almonte fuese restituído á Veracruz, ya no podía pensar tal cosa. El asesinato del general Robles era una provocación. «He creído, pues, que en vista de tan doloroso acontecimiento, sería una insigne debilidad de nuestra parte renegar de hombres á quienes se

había concedido la protección de nuestra bandera, aunque no fuese sino por un error, y he ordenado al comandante del batallón encargado de conducirlos á Córdoba, que los conserve bajo su salvaguardia.»

℄ El Gobierno inglés tomó para sí la refutación de cuantas razones dieron el Gobierno imperial y sus agentes para sostener el permiso que había otorgado Saligny. Es de advertir que Thouvenel no convenía en que hubiese sido un error la protección concedida á Almonte para que conspirara, como lo asentaba por debilidad ó ignorancia el abúlico vicealmirante en su nota á Wyke y á Prim, pues el ministro de Negocios Exteriores del Imperio reconocía que se había protegido á Almonte por órdenes del emperador. M. Billault, ministro sin cartera que defendía la política imperial ante el Cuerpo Legislativo, acudió á subterfugios como los del vicealmirante para justificar á Saligny, declarando que Almonte salió de Veracruz porque allí se le hacía intolerable su estancia, á causa de las molestias que le daba el Gobierno de Méjico, pretexto ininteligible, puesto que Juárez no ejercía poder alguno en los lugares ocupados por los franceses, y que, si pudiera haber grados de impotencia, ésta era mayor en Veracruz que en Córdoba. Después de aprobar la conducta de Wyke por su protesta contra la complicidad francesa en los manejos de Almonte, Lord Russell hizo una brevísima pero incontestable defensa de Méjico : «El Gobierno de S. M. lamenta que el emperador de los franceses haya concedido á Almonte la protección de su bandera. Para un pueblo celoso de su independencia, el arribo de partidarios de una forma de gobierno diferente de la que existe, ó en todo caso, representantes de un grupo vencido, bajo la protección de siete mil hombres que han invadido su territorio, era seguro que despertaría alarmas y daría nuevo pábulo al odio y á la venganza. Bajo la impresión de esta alarma y bajo el impulso de estas pasiones, fué ajusticiado el general Robles.»

℄ El nueve de abril se reunieron en junta plena los comisarios para discutir la respuesta que hubiera de darse al Gobierno mejicano. Ya el vicealmirante se había anticipado. Él no podía considerarse ligado por los convenios de la Soledad, después de la ejecución de Robles y en presencia de la protección reclamada por Almonte. Su resolución estaba tomada : volver al punto de Paso Ancho para recobrar su libertad de acción y emprender nuevamente el avance hacia la capital con el fin de librar á los pueblos de UN SISTEMA DE TERROR SIN EJEMPLO y á sus compatriotas de la ruina con que les amenazaba el Gobierno mejicano. Wyke objetó que, en su concepto, no había en Méjico la tiranía de que hablaban sus colegas franceses y que la mayoría era republicana. Dunlop opinaba que los franceses de Méjico verían con disgusto el avance de las tropas imperiales, puesto que, como Wyke, no creía que los extranjeros estuvieran sufriendo las vejaciones de que hablaba Saligny. Entre los argumentos de Prim contra las durezas del tornadizo vicealmirante, hubo uno que tenía toda la autoridad de la buena fe. Tratar con Juárez era un deber mientras no hubiese otro Gobierno : él, por su parte, estaría dispuesto á tratar con los enemigos de Juárez, pero no antes de que dejasen de ser guerrillas y de que fuesen Gobierno. El vicealmirante desvió el argumento. No había que tratar con ésos ni con Juárez. Los aliados debían bus-

car á los oprimidos que no perteneciesen á ninguna de las facciones. Ése era el pensamiento del emperador, pensamiento híbrido en el que entraban por mitad el principio de las nacionalidades y el sistema de la Santa Alianza : el plebiscito y la bayoneta.

ℭ La conferencia, que había sido una descarga de antipatías personales, fomentadas durante dos meses de conflicto no siempre contenido á tiempo, terminaba un largo duelo de orgullo entre Prim y Saligny. El general había tenido de su parte al amorfo y honrado Wyke y al amorfo y cortesano Jurien de la Gravière. Saligny, torvo y solitario, supo mantenerse en su papel de traidor de melodrama, hasta que pudo erguirse triunfante, pasando, como dice Emilio Ollivier, sobre la espina dorsal del vicealmirante. Prim, sin paciencia ya para soportar las invectivas del ministro francés, terminó con una interpelación que marcaba ventajosamente la actitud de oposición de Francia : — Si no se retira la protección á Almonte, y, por el contrario, los franceses se obstinan en no aceptar las conferencias que deben abrirse el quince de abril, las tropas de España y las fuerzas navales inglesas se retirarán, considerando la conducta de Francia como una violación del tratado de Londres y de los convenios de la Soledad. El vicealmirante no deseaba otra cosa. Francia se encargaba de sostener las reclamaciones de sus aliadas, y desde luego ponía su escuadra á disposición de las tropas españolas para que se retiraran. Lo primero no se aceptó : á los Gobiernos de las dos naciones tocaba decidir la manera de sostener sus reclamaciones; lo segundo se rechazó, pues el general Prim contaba con buques propios, y á falta de ellos, podría disponer de los ingleses.

ℭ Los acontecimientos entraron en la pauta de las instrucciones traídas por Almonte. Éste, Lorencez y Saligny formaron un directorio responsable de la segunda bellaquería con que iba á mancharse el Gobierno francés, para seguir el rumbo de las deslealtades. Una carta de Zaragoza á Lorencez dió el pretexto, que ya buscaba el general, para no efectuar el movimiento retrógrado á Paso Ancho. El jefe mejicano declaraba que á pesar de haberse roto los convenios, el Gobierno nacional se consideraba obligado á encargarse de la seguridad de los soldados franceses enfermos. Luego — infería Lorencez — mis enfermos corren un gran peligro y no debo abandonarlos. El pretexto valía lo que cualquier otro de su especie. Todo pretexto es bueno, porque sirve para desligar si de esto se trata. Y no se trataba de otra cosa. Por otra parte, ¿qué importancia tenía la violación del convenio? Tanto daba forzar el Chiquihuite como las Cumbres de Acultzingo, y en el Chiquihuite había peligros climatéricos que no existían en las altas estribaciones de la Sierra Madre. Con estas razones, emitidas por el ponderado Niox, se comprueba justamente que no era lo mismo para los franceses cumplir el pacto que dejar de cumplirlo. Luego si había interés, hay mengua en la violación.

ℭ Forzar las marchas, pasar la cordillera, subir á Puebla é instalarse allí para

esperar que la cuestión de legitimidad se resolviese entre Juárez y Almonte, sin hacer un solo movimiento que implicase parcialidad en aquella contienda, tal era el plan que más tarde había de prescribirse á Lorencez por su ministro. Entretanto, el general francés avanzaba. El 19 de abril salía de Córdoba. Un capitán de su Estado Mayor encontraba en el Fortín al destacamento mejicano que cubría el punto, y se trabó una pequeña escaramuza. Eran los primeros disparos, la primera sangre, lo irreparable de la invasión. Justamente en aquellos momentos salía de Orizaba la familia del general Prim escoltada por el bravo Milans del Bosch. Entre los mejicanos del destacamento que acababa de pelear estaba el CHATO Díaz, prisionero del capitán enemigo. Milans del Bosch se interpuso y, empleando la sorpresa ó el engaño, protegió la fuga del CHATO, que á todo correr de su caballo se perdió en el fondo de un platanar. Los viajeros continuaron su marcha. Los soldados morenos y descalzos de Zaragoza tenían derecho de ser cubiertos fraternalmente con aquella protección. Eran los mismos desnudos de la resistencia española; los guerrilleros barridos por los fuegos de Dupont y Moncey en la meseta castellana; los somatenes catalanes del Bruch y de Esparraguera. Milans del Bosch sentiría en su alma de guerrero, excitada con la proximidad de la lucha, el dolor de no estar entre los mejicanos ocultos por la barranca de Metlac.

¶ En Orizaba se presentaron á Lorencez cien hombres de Gálvez, antiguo reaccionario indultado por Juárez y después tránsfuga que se ponía á las órdenes del invasor. Lorencez examinó curiosamente las armas, el equipo, las cabalgaduras, los hombres que componían aquella fuerza. Ellos, exhaustos como agonizantes, los jamelgos, que llegó á creer diáfanos, las sillas sin estribos, las lanzas primitivas de otates sin moharras. Todo ello formaba un pintoresco y lamentable conjunto de caravana, que edificó á Lorencez. En presencia de esos miserables hambrientos que devoraban el café con REFINO de que les habían llenado las escudillas, Lorencez declaró que sus soldados eran de tal modo superiores, que los seis mil con que contaba pasaban del número necesario para pasearse por todo el territorio mejicano, insultantes exageraciones que envolvían una verdad. Los defensores de Méjico diferían de aquellos beduínos, como el soldado francés del nuestro; pero, con todo, ¡qué separación enorme entre ambos combatientes! Al ver las fuerzas de Márquez, llamadas regulares, los oficiales franceses preguntaban lo que en este país se entendía por tropas irregulares. En materia militar, todo estaba por crearse : todo se creaba á la vista del enemigo, con energía pujante, hasta el sentimiento en cuyo nombre se conducía la guerra. Los franceses no cesaban de quejarse por la mala voluntad que se les tenía. Eran el extranjero armado que pesa sobre el pueblo como una vejación aun antes de ofender. Mas, en cambio, cuando no visitaban poblachos de escaso vecindario, hoscamente metidos en el misoneísmo que los hacía patriotas, los invasores encontraban una complaciente clase directora, formada de neutrales, que los recibían como protectores contra la guerrilla merodeadora, si no es que la ciudad levítica se engalanaba para solemnizar con un TE-DEUM la llegada de los ejércitos de Cristo. Esta honda perturbación de las conciencias que había creado una gue-

rra casi religiosa, se acentuaba cuando el francés veía la hostilidad en los semblantes de los veracruzanos, mientras los soldados de Zaragoza sentían en torno el odio de la sociedad poblana. Todo allí era hostil á los defensores de la patria: sólo las murallas y las alturas abrigaban. Saligny anunció á Lorencez que Puebla le recibiría con las flores de sus vírgenes y el incienso de sus levitas. Y era verdad. El general juzgó como un necio cuando al caer cerca tres balas de la artillería de Zaragoza, dijo: «Esas son las flores del ministro».

℄ Los poblanos no podían llevar sus ofrendas pasando sobre seis mil soldados. Todo estaba dividido en el país ante la invasión. Lo mismo el territorio que la fuerza armada, lo mismo las conciencias que los recursos pecuniarios. Había dos Gobiernos: uno el de reactores, impotente para mandar, para organizar, para hacer el porvenir; pero suficiente para impedir que el otro se dijese nacional y que, concentrando en su seno todas las fuerzas, pudiese condenar á muerte una expedición invasora.

℄ Un pueblo no se levanta como un solo hombre, MOVIENDO HASTA LAS PIEDRAS contra el enemigo. Un pueblo tiene límites para sus capacidades de combate, como los tiene para sus hechos funcionales, para la producción, para el delito, para la cultura. Y no se pasa el extremo límite, como no se puede con el esfuerzo de la voluntad alterar un carácter, variar un clima, hacer, en suma, lo contranatural. ¿Queréis darle una cifra á la capacidad que entonces tenía Méjico para combatir? Decid cincuenta ó sesenta mil hombres, y habréis acertado. Mas de éstos, el núcleo de fuerzas regulares no podía pasar de la mitad, y el resto se compondría quizá de guerrillas más ó menos lejanas del núcleo principal, inadaptables para las movilizaciones generales y sólo útiles como elemento local subordinado. Éste era el máximun total, para el conjunto del país. Aun quedaba por saber qué parte correspondería á cada bando; porque si contra los norteamericanos unimos todos nuestros elementos de combate, entonces iba á repetirse la fragmentación de la guerra de Independencia, que podemos decir iniciada frente á la Alhóndiga de Granaditas, en donde Valenzuela, el criollo de Irapuato, moría como bravo al grito de ¡VIVA ESPAÑA!

℄ ¿Juárez, no representaba entonces á la Nación? Él, con su Gobierno, contribuyó á formar el espíritu de la Nación, unificándola en aquel conflicto. En efecto, la Nación, dividida contra sí misma, suplió con fuerzas extranjeras las que le faltaban á la facción impotente. En ese sentido no era una guerra nacional aquélla: era una prolongación de la guerra civil. Nacional, después lo fué, cuando la historia recogió el residuo final, y en sus elementos encontró la razón profunda del éxito.

℄ Los plenipotenciarios franceses habían creído conveniente dirigirse á la nación, y lo hicieron en un manifiesto: «No hemos venido á tomar parte en vuestras disensiones — decían; — hemos venido para hacerlas cesar... El Gobierno me-

jicano á quien primeramente nos dirigimos para ofrecerle nuestra ayuda, la ha rehusado, contestando á nuestra moderación con una conducta indigna de la civilización. Entre él y nosotros, la guerra está declarada; pero no confundimos al pueblo mejicano con la minoría que pesa sobre él. El pueblo tiene todas nuestras simpatías. Esperamos que acudirá á nosotros con plena confianza en nuestra intervención. No venimos á favorecer á un partido, sino á la gente honrada y pacífica, es decir, á las nueve décimas partes de la población. Nadie podrá creer que el Gobierno de Francia, nacido del sufragio de una de las naciones más liberales de Europa, haya pensado por un solo momento en la restauración de abusos é instituciones que no son del siglo. La bandera de Francia se ha plantado en el suelo mejicano y no retrocederá. Que todos los hombres honrados la acojan como una bandera amiga: ¡que los insensatos se atrevan á combatirla!» La gasconada final y la declaración anticlerical en la frase que aludía á las instituciones que no son del siglo, contenían las únicas palabras de verdad en todo ese documento que extractamos: la fuerza y, mediante la fuerza, una calificación de los hombres, divididos en dos categorías, los insensatos y los honrados. Los honrados fueron suficientemente insensatos para ponerse bajo la bandera que no amparaba sus ideales, considerados como abusos por el Gobierno interventor.

℄ Juárez, el silencioso, el incoloro entre ministros populares activos, el acusado de inerte y de insensible, sabía decir palabras hondamente emocionantes y poner con ellas su autoridad en la altura inaccesible del deber moral. De jefe de Estado sobre quien pesaban los cargos de amor al poder por el poder, con apego de primitivo á la dominación cacical, con socaliñas y redes para librarse de sus émulos; de indio pegado á la silla presidencial, como malévolamente se le consideraba; por virtud de su patriotismo sabía trocarse, aun á los ojos de sus enemigos, en el apóstol que impone la fe en su heroísmo. «El Gobierno de la República, dispuesto siempre, y dispuesto todavía, solemnemente lo declaro, á agotar todos los medios conciliatorios y honrosos de un avenimiento, en vista de la declaración de los plenipotenciarios franceses, ni puede ni debe hacer otra cosa que rechazar la fuerza con la fuerza, y defender á la nación de la agresión injusta con que se le amenaza. Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, ó de consentir que extraños vengan á arrebataros vuestras instituciones y á intervenir en vuestro régimen interior. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos.»

℄ Otro hombre de ánimo fuerte lo manifestaba de este modo: «Tengo una fe ciega en nuestro triunfo.» Fe ciega en la proclama de Zaragoza á sus soldados, quería decir fe inmensa, no fe imbécil, como se ha supuesto. Y debemos explicarnos. La fe para Zaragoza, como para Juárez, como para todos ellos, era la fe en una serie indefinida de derrotas que constituirían otros tantos triunfos morales. La Reforma se había hecho con derrotas. Pero los reformistas habían contado con dos fuerzas: las aduanas y la juventud. Un partido de soldados cae á la primera derrota, como lo demostraron Calpulálpam y Jalatlaco. Ni Ahualulco, ni San Joaquín, ni el 11 de abril, ni la Estancia de las Vacas fueron un argu-

mento decisivo contra la Reforma. Eso querían, á eso aspiraban los hombres de fe en 1862: derrota tras derrota, inmolación tras inmolación, y una victoria final, cuando sucediese todo lo que el cálculo les indicaba como decisivo contra el plan de Napoleón: la conflagración europea, la oposición liberal en Francia, el triunfo del Norte en los Estados Unidos, la muerte del emperador, todo, en fin, lo que conspiraba contra aquella obra irrealizable. Era la fe en las ineludibles fuerzas de la Historia, sobreponiéndose á una falsa concepción que sólo momentáneamente podía tener apariencias de creación definitiva. Ésta fué la convicción que Zaragoza llevó á la guerra.

¶ Después de vencer una resistencia nominal en Acultzingo, el ejército francés pasó á la meseta para dirigirse á Puebla. Lorencez tuvo un día de embriaguez, metafóricamente, se entiende, y Saligny también, aunque tal vez sin metáfora. El general recibió su nombramiento de divisionario en los momentos de forzar la posición mejicana y cuando todo le inducía á creer que eran idénticas las tropas de Zaragoza y la chusma de Gálvez. El ministro triunfaba con los pliegos de París en que venía la reprobación de los convenios de la Soledad.

¶ En Amozoc duraba todavía la elación de los franceses. Era la víspera del 5 de mayo. En el campamento francés hubo consejo de guerra y banquete para celebrar anticipadamente la segunda retirada de Zaragoza ante las fuerzas unidas de Lorencez, Cobos y Márquez. Retirada, como en Acultzingo. Eso no admitía duda. Como en Acultzingo, la operación consistiría en forzar la posición enemiga. Los prácticos mejicanos que piloteaban al general francés aconsejaban el ataque á la parte del sur de la ciudad; pero Lorencez, asesorado por su jefe de artilleros y por el de ingenieros, consideró insensato ir á estrellarse en los baluartes, fosos y parapetos, metiéndose como un necio entre los fuegos convergentes del enemigo. La solución era tomar las alturas. Y marchó á las alturas. Esta operación, condenada por el arte de la guerra, con la sanción del sacrificio de un veinticinco por ciento del efectivo que se comprometa, no tuvo por preparación sino un cañoneo que dejó intactas las fortalezas mejicanas, por haberse hecho fuera de tiro. Las columnas extranjeras sufrieron la suerte común, ya que lo fué la resistencia. Esto era lo inesperado para el general francés. Sería injusto atribuirle la inconsciencia de la operación ordenada por él y el desconocimiento que se le supone de sus ordinarios efectos, ya que hemos visto cómo rechazó el consejo pueril de los mejicanos que le indicaban el ataque por el Carmen, triplemente peligroso. Su engaño fué de orden psicológico, no militar. La chusma de Gálvez le servía de dato para calcular la resistencia. El engaño era, por tanto, común con el del ministro, pero no privativo de Saligny, contra quien se revolvió furiosamente el despechado Lorencez. «No, querido general, le diría más tarde Napoleón, con aquella dulzura acostumbrada para infligir un reproche contumelioso; no, querido general, el ministro no os ha engañado. Él os ha dicho que las flores de las bellas mejicanas de Puebla caerían á vuestro paso cuando entraseis por las calles de la ciudad; pero no os dictó vuestros deberes militares ante el problema técnico que os tocaba resolver, ni estaba allí para eso. Habéis puesto en batería vuestras piezas á una distancia de dos kilómetros y

medio de las fortificaciones enemigas, y esto, permitidme que os lo diga por conducto de Randon, es un disparate, como lo es el haber dicho en una proclama á vuestros soldados que marchasteis engañado, creyendo que los poblanos irían á rodearos y las poblanas á florearos. Un general no dice eso, y menos en presencia del enemigo. Sois un mentecato. Por lo demás, decid á mis soldados que estoy tan satisfecho de ellos, como descontento de vos. La guerra tiene vicisitudes, y no me alarma lo de Puebla. Ya os relevo. Os creía suficientemente decorativo para entrar con seis mil hombres hasta el corazón del país y asistir á la caída de Juárez; pero, puesto que en Méjico hay OBSTÁCULOS MATERIALES, y que para allanarlos hacen falta los treinta mil hombres de que me hablaba Prim en su carta pesimista, irán refuerzos mandados por un héroe de Italia. Preparad vuestras maletas, y, entretanto, cuidado con insolentaros contra Almonte y Saligny.»

℄ Así rezan, ó por lo menos, así hemos leído las admoniciones que recibió Lorencez.

❧❧❧

℄ ¿Y en el campo de los defensores de Méjico? Un lirismo que venía de la capital, centro de convergencia y acumulación del sentimiento nacional que se precisaba en el orgullo herido por la altivez con que el extranjero nos ponía fuera de su civilización. «Á vosotros, soldados de la Francia, á vosotros, hijos del pueblo más simpático del mundo, de la nación grande y civilizadora, que por su inteligencia, su amor á la libertad y sus tendencias humanitarias, ha hecho temblar en otro tiempo á todos los déspotas y ha sacudido todas las monarquías: á vosotros, que por mil razones deberíais ser nuestros mejores amigos; nosotros, los soldados de Méjico, en este instante solemne que precede al de nuestro encuentro en el campo del honor, vamos á explicaros el engaño de que sois víctimas, para que comprendáis la justicia de una causa en cuyo nombre nos vemos obligados á rechazar vuestra agresión.» Y á este manifiesto, de una caliente inspiración patriótica, seguían las arengas de Zaragoza, el chinaco fronterizo, cuya máscara inatacable por la emoción durante la batalla, se volvía radiante, como la de los tribunos dantonianos del Congreso, á la hora de recorrer las líneas en su caballo del Kentucky para jurar banderas ó para recibir los nuevos contingentes que llegaban de los Estados remotos.

℄ La nota lírica se difundía, pasando la fe de aquel jefe, que caldeaba entusiasmos, á la oficialidad cívica, ya dispuesta al heroísmo. Próximos los momentos del choque, un oficial de la brigada Díaz, D. Manuel Varela, recitaba versos que había compuesto la víspera y que se perdían acaso para siempre entre las ropas ensangrentadas del poeta, que cayó, uno de los primeros, empuñando la bandera del 2.º de Oajaca.

℄ El general Zaragoza lo había dicho, hablando con los jefes de sus brigadas. El ejército no tenía la obligación de vencer; pero debía aceptar el compromiso de sacrificarse y de perder dignamente, dando tiempo á que el país preparara su defensa. El fracaso y la retirada del ejército francés, que fueron una sorpresa

para Zaragoza como para sus generales, tomaron en la mente popular los rasgos de una acción á la Bailén. Pero aun modestamente contenida la acción dentro de los términos de una bravata por sí sola castigada, los generales de Méjico se asombraban. El general Porfirio Díaz, testigo y actor de la batalla, cuenta que en la noche del 5 divagó por el campo, buscando una confirmación de aquellos hechos — ilógicos, según él mismo, — en el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo, en las conversaciones de los soldados y en las luces lejanas de los franceses.

℄ Márquez no llegaba. Era inútil seguir ante Puebla. Lorencez emprendió la retirada. Tras de Lorencez salió Zaragoza. Ya era posible pensar en algo más que en holocaustos, y se meditaba la reducción del enemigo hasta ponerlo entre el mar y la fiebre de las tierras calientes, ó entre la fiebre y una línea de fortificaciones bien guarnecidas. El resultado sería el mismo.

℄ Ya había llegado á Orizaba el cuerpo expedicionario, el 18 de mayo, cuando se presentó Márquez con su ejército regular. Salía de los vericuetos de la montaña para entrar al valle de Río Blanco. El general Tapia se situó en Barranca Seca para cerrarle el paso, y estaba á punto de acabar con él, cuando se presentó un batallón francés, tras del cual maniobró Márquez diestramente, atacando á Tapia y derrotándolo en pocos minutos. La guerra civil, apagada en Jalatlaco, Real del Monte y Pachuca, se volvía á encender con el prestigio de una victoria francesa. Quinientos soldados de línea del emperador hacían más que todos los ejércitos reaccionarios desde la Estancia de las Vacas. ¿Cómo no bendecir esa fuerza generosa que venía en apoyo de la ETERNA JUSTICIA?

* * *

℄ La presencia de Márquez en el campo francés había sido una obra de lentas y tortuosas negociaciones. Márquez, que como general fué el primero de su bando, como rábula habría sido un genio. Tenía el don innato de la perfidia. Acaso por ponerse á prueba como diplomático, había pedido que al abrirse las negociaciones de Orizaba se le admitiese en ellas con el doctor Miranda, en representación del Gobierno de Zuloaga. Quería desenmascarar á Doblado y presentarlo ante los comisarios extranjeros como quien era en su concepto. Sólo en esto estaba de acuerdo con el general Zuloaga, presidente por intermitencias, que habiendo recogido los pedazos del plan de Tacubaya, se proponía presentarlos bien pegados, para que los comisarios de las potencias le refrendasen su título de jefe nacional. Era un ingenuo, un pobre hombre. Márquez le reservaba un cómico quinto acto de tragedia.

℄ He aquí cómo. Para librarse del dogal de las exigencias de Márquez, el cual no le escatimaba humillaciones, resolvió destituir á su general y darle el mando de las fuerzas reaccionarias al español Cobos. Cambiar de amo era lo único que le quedaba al infeliz presidente; pero el cambio era imposible. Márquez se daba á sí mismo el nombre de jefe de la reacción, y lo era, por lo menos en ausencia

de Miramón. Cobos, no obstante la derrota que infligió á las fuerzas de Alatriste, y el fusilamiento de este jefe liberal, apenas si se atrevía á levantar los ojos delante de Márquez. Zuloaga tenía que humillarlos ante Márquez y ante Cobos. Rancheando, huyendo, inservible, Zuloaga hacía el papel de comadre descontentadiza y enredadora. La intervención era para él un medio, el único, de que la restauración de la legalidad reaccionaria efectiva no le costase la presidencia, porque si triunfaba con Márquez, Márquez sería el presidente, como lo fué Miramón después de Ahualulco y San Joaquín. Zuloaga había pretendido introducir la novedad de un partido exclusivamente militar con jefe incapaz de ganar batallas, pero aleccionado por la experiencia — sin dejar, por eso, de ser lo suficientemente idiota para persistir en aquella vida errante, en vez de abandonarla por la paz del comercio al menudeo — comprendió que la intervención traería el fin del caudillaje. Sin caudillos como Márquez, que señalaban su paso con una huella de SANGRE Y DE LÁGRIMAS, ¿quién sino él, manso de corazón, sencillo, rezandero, dirigiría á la PARTE SANA de la población y se pondría al frente de ella como representante de las tradiciones nacionales más respetables, y de los blancos que, según su sincero y pobre criterio, tenían encima la amenaza de una guerra de castas promovida por Juárez?

℄ De este ensueño le sacó el desprecio con que Miranda rehusó el nombramiento de ministro de Relaciones. Entonces comenzó á ver en la intervención un atentado contra la patria. No lo habría sido si, limitándose á convocar á los pueblos, hubiera hecho presión sobre ellos para que el voto unánime fuese favorable á la restauración clerical con Zuloaga como presidente; pero crear un Gobierno antes de que hubiese sufragio y entrar en el país para imponerlo, fué un disparate, confesado y reparado por el Gobierno francés cuando advirtió la torpeza que habían cometido sus comisarios y su agente Almonte.

℄ Un pronunciamiento como tantos, como todos, dijo que Almonte era el jefe supremo de la nación, y Almonte, en el ejercicio de esta investidura, demostró que no lo era ni de sus partidarios. No encontró á una sola persona medianamente decorativa para un Gabinete, y organizó un medio Gabinete con subsecretarios anónimos : González, Castellanos, Samaniego. ¿Qué González, qué Castellanos, qué Samaniego?

℄ La hacienda del Gobierno de Córdoba se redujo á 500,000 pesos de papel de curso forzoso, rechazado por el comercio y retirado por una reclamación fustigadora de Wyke. Aun de burocracia carecía, y esto era por demás demostrativo en un país cuya famélica clase media llenaba las antesalas ministeriales de aspirantes á empleos, no obstante que ya colocados eran sólo aspirantes á sueldos. Un decreto de Almonte creaba el delito de DESAFECCIÓN y castigaba con destierro á los que no aceptasen cargos y comisiones. Almonte estaba á punto de ahogarse en este vacío, cuando Márquez llevó el contingente de sus fuerzas.

℄ Durante los últimos días de abril y los primeros de mayo en que el país tuvo tres Gobiernos : el de Juárez en la capital, el de Zuloaga en los montes y el del HIJO DESNATURALIZADO DE MORELOS en la zona ocupada por los franceses, Doblado negociaba con Zuloaga y Cobos para impedir que sus fuerzas se incorporasen á

para Zaragoza como para sus generales, tomaron en la mente popular los rasgos de una acción á la Bailén. Pero aun modestamente contenida la acción dentro de los términos de una bravata por sí sola castigada, los generales de Méjico se asombraban. El general Porfirio Díaz, testigo y actor de la batalla, cuenta que en la noche del 5 divagó por el campo, buscando una confirmación de aquellos hechos — ilógicos, según él mismo, — en el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo, en las conversaciones de los soldados y en las luces lejanas de los franceses.

℄ Márquez no llegaba. Era inútil seguir ante Puebla. Lorencez emprendió la retirada. Tras de Lorencez salió Zaragoza. Ya era posible pensar en algo más que en holocaustos, y se meditaba la reducción del enemigo hasta ponerlo entre el mar y la fiebre de las tierras calientes, ó entre la fiebre y una línea de fortificaciones bien guarnecidas. El resultado sería el mismo.

℄ Ya había llegado á Orizaba el cuerpo expedicionario, el 18 de mayo, cuando se presentó Márquez con su ejército regular. Salía de los vericuetos de la montaña para entrar al valle de Río Blanco. El general Tapia se situó en Barranca Seca para cerrarle el paso, y estaba á punto de acabar con él, cuando se presentó un batallón francés, tras del cual maniobró Márquez diestramente, atacando á Tapia y derrotándolo en pocos minutos. La guerra civil, apagada en Jalatlaco, Real del Monte y Pachuca, se volvía á encender con el prestigio de una victoria francesa. Quinientos soldados de línea del emperador hacían más que todos los ejércitos reaccionarios desde la Estancia de las Vacas. ¿Cómo no bendecir esa fuerza generosa que venía en apoyo de la ETERNA JUSTICIA?

* * *

℄ La presencia de Márquez en el campo francés había sido una obra de lentas y tortuosas negociaciones. Márquez, que como general fué el primero de su bando, como rábula habría sido un genio. Tenía el don innato de la perfidia. Acaso por ponerse á prueba como diplomático, había pedido que al abrirse las negociaciones de Orizaba se le admitiese en ellas con el doctor Miranda, en representación del Gobierno de Zuloaga. Quería desenmascarar á Doblado y presentarlo ante los comisarios extranjeros como quien era en su concepto. Sólo en esto estaba de acuerdo con el general Zuloaga, presidente por intermitencias, que habiendo recogido los pedazos del plan de Tacubaya, se proponía presentarlos bien pegados, para que los comisarios de las potencias le refrendasen su título de jefe nacional. Era un ingenuo, un pobre hombre. Márquez le reservaba un cómico quinto acto de tragedia.

℄ He aquí cómo. Para librarse del dogal de las exigencias de Márquez, el cual no le escatimaba humillaciones, resolvió destituir á su general y darle el mando de las fuerzas reaccionarias al español Cobos. Cambiar de amo era lo único que le quedaba al infeliz presidente; pero el cambio era imposible. Márquez se daba á sí mismo el nombre de jefe de la reacción, y lo era, por lo menos en ausencia

de Miramón. Cobos, no obstante la derrota que infligió á las fuerzas de Alatriste, y el fusilamiento de este jefe liberal, apenas si se atrevía á levantar los ojos delante de Márquez. Zuloaga tenía que humillarlos ante Márquez y ante Cobos. Rancheando, huyendo, inservible, Zuloaga hacía el papel de comadre descontentadiza y enredadora. La intervención era para él un medio, el único, de que la restauración de la legalidad reaccionaria efectiva no le costase la presidencia, porque si triunfaba con Márquez, Márquez sería el presidente, como lo fué Miramón después de Ahualulco y San Joaquín. Zuloaga había pretendido introducir la novedad de un partido exclusivamente militar con jefe incapaz de ganar batallas, pero aleccionado por la experiencia — sin dejar, por eso, de ser lo suficientemente idiota para persistir en aquella vida errante, en vez de abandonarla por la paz del comercio al menudeo — comprendió que la intervención traería el fin del caudillaje. Sin caudillos como Márquez, que señalaban su paso con una huella de SANGRE Y DE LÁGRIMAS, ¿quién sino él, manso de corazón, sencillo, rezandero, dirigiría á la PARTE SANA de la población y se pondría al frente de ella como representante de las tradiciones nacionales más respetables, y de los blancos que, según su sincero y pobre criterio, tenían encima la amenaza de una guerra de castas promovida por Juárez?

℄ De este ensueño le sacó el desprecio con que Miranda rehusó el nombramiento de ministro de Relaciones. Entonces comenzó á ver en la intervención un atentado contra la patria. No lo habría sido si, limitándose á convocar á los pueblos, hubiera hecho presión sobre ellos para que el voto unánime fuese favorable á la restauración clerical con Zuloaga como presidente; pero crear un Gobierno antes de que hubiese sufragio y entrar en el país para imponerlo, fué un disparate, confesado y reparado por el Gobierno francés cuando advirtió la torpeza que habían cometido sus comisarios y su agente Almonte.

℄ Un pronunciamiento como tantos, como todos, dijo que Almonte era el jefe supremo de la nación, y Almonte, en el ejercicio de esta investidura, demostró que no lo era ni de sus partidarios. No encontró á una sola persona medianamente decorativa para un Gabinete, y organizó un medio Gabinete con subsecretarios anónimos : González, Castellanos, Samaniego. ¿Qué González, qué Castellanos, qué Samaniego?

℄ La hacienda del Gobierno de Córdoba se redujo á 500,000 pesos de papel de curso forzoso, rechazado por el comercio y retirado por una reclamación fustigadora de Wyke. Aun de burocracia carecía, y esto era por demás demostrativo en un país cuya famélica clase media llenaba las antesalas ministeriales de aspirantes á empleos, no obstante que ya colocados eran sólo aspirantes á sueldos. Un decreto de Almonte creaba el delito de DESAFECCIÓN y castigaba con destierro á los que no aceptasen cargos y comisiones. Almonte estaba á punto de ahogarse en este vacío, cuando Márquez llevó el contingente de sus fuerzas.

℄ Durante los últimos días de abril y los primeros de mayo en que el país tuvo tres Gobiernos : el de Juárez en la capital, el de Zuloaga en los montes y el del HIJO DESNATURALIZADO DE MORELOS en la zona ocupada por los franceses, Doblado negociaba con Zuloaga y Cobos para impedir que sus fuerzas se incorporasen á

las de los franceses. Todavía el cuatro de mayo, Cobos ponía ojos tiernos cuando se le hablaba de un soborno de trescientos mil pesos en órdenes contra la Tesorería de los Estados Unidos, por la incorporación de las fuerzas reaccionarias á las de Zaragoza. Doblado consiguió su objeto, que fué ganar tiempo y dárselo al jefe de la resistencia nacional; pero Márquez también se salió con la suya. Por una parte, se introducía en los conciliábulos que Cobos y Zuloaga tenían con los enviados del ministro de Juárez, y, por otra, puso en conocimiento de la oficialidad que aquellos jefes se estaban vendiendo. Así fué cómo un día se encontraron solos Zuloaga y su lugarteniente, sin otro camino por delante que el del extranjero.

⁂

Lorencez había tenido que encerrarse en Orizaba para pasar la estación de aguas y para rendirse acaso cuando el hambre le amenazara de muerte. Zaragoza interceptaba los víveres de la mesa central, y no tardaría en impedir completamente toda provisión por ese lado. Por el de Veracruz, la situación era más amenazante. Llave perdió el punto del Chiquihuite; pero, aun después de eso, tenía elementos bastantes para cerrar el camino de Veracruz á Tejería. Los convoyes pasaban con dificultad; los correos, casi nunca. Esta condición de los asuntos militares se agravaba por la división que había entre el jefe y los agentes imperiales. La acusación de engaño lanzada por Lorencez contra Almonte y Saligny, era la última justificación que podía darse al Gobierno mejicano. Ya hasta el jefe francés declaraba que Saligny había dado informes falsos de todo género, políticos y militares. Militares sobre todo. ¿En dónde estaban si no, las fuerzas mejicanas auxiliares? Por último, llegó su turno á la acusación contumeliosa. Saligny era un borracho. Lorencez, furioso y aislado de los antiguos cómplices, sólo con Márquez conservaba buenas relaciones. Era lo único que valía; pero su auxilio no bastaba para emprender operaciones activas.

Zaragoza había recibido el refuerzo mejicano de Zacatecas, conducido por su popular caudillo. González Ortega, periodista y demagogo, antes de pelear, quiso resolver la cuestión con un discurso, y escribió á Saligny excitándolo para que reconociese sus faltas. Zaragoza, por su lado, presentó ofrecimientos de capitulación á Lorencez.

Las fuerzas mejicanas avanzaron. González Ortega debía ocupar la altura del Borrego, torpemente descuidada por Lorencez. Lo hizo, en efecto, pero no á la hora convenida con Zaragoza, sino al atardecer, cuando ya era imposible comenzar las operaciones contra la plaza. Durante la noche, el punto fué sorprendido y tomado por dos compañías del 99 de línea, uno de cuyos batallones había ganado la acción de Barranca Seca. ¿Responsables de aquel desastre? Buscarlos individualmente sería pecar contra las exigencias elementales del método. No, allí no había un ejército, no lo hay en donde faltan hechos condicionantes cuyo conjunto marca el grado de una civilización. El ejército, mecanismo fuerte y delicado, complejo y construído bajo el plan de una perfecta unidad, es el resul-



tado de fuerzas concurrentes de todo orden : económicas, morales y políticas. Si se improvisa en ausencia de las condiciones previas, la estructura no dejará de ser por eso lo que piden los antecedentes y no lo que señalan los deseos. Un ejército así se desarticula al primer choque, como sucedió durante la guerra con los Estados Unidos. Y en 1862 no teníamos el instrumento militar de 1846, perfecto relativamente, con la desventaja adicional de ser superiores los enemigos de entonces á los invasores de la guerra anterior. Había que pensar en la sentencia de Napoleón I : «Para oponerse al enemigo en campo raso, es necesario tener soldados : para ocupar plazas fuertes, basta tener hombres.» La ley social que dictó estas palabras hizo retroceder á los soldados que se habían acercado á Orizaba.

℄ Zaragoza, con todo, no se desanimaba. Su adusto perfil había cobrado la fijeza de las formas broncíneas ante los patriotas que contemplaban de lejos la extraña actitud de aquel general de treinta y tres años en quien se concentró durante seis meses la esperanza de la República. Zaragoza era el primer ciudadano de su patria, con mando militar. Suprema condición para una resistencia como aquélla, que estuviese confiada por el plebiscito de los aplausos al jefe más querido de la nación. Llamábasele el hombre-pueblo en el lenguaje de los demócratas de entonces. Su popularidad no era de muchedumbres tumultuantes, como la de González Ortega en el año anterior. Se formaba de una fe mística en la potencia del héroe para conjurar los desastres. Inesperadamente, un día se presentó Zaragoza en Méjico, llamado por las exigencias del servicio. La noticia cundió por la ciudad, y en un instante se organizó la demostración espontánea de la admiración pública, con repiques y dianas para el triunfador. D. Juan Antonio de la Fuente — que ya desempeñaba por entonces la cartera de Relaciones en sustitución de Doblado, — Zarco, Iglesias, y no sabemos cuántos hombres ilustres más, contemplaban emocionados aquella demostración, y alguno de ellos, Iglesias tal vez, por más clásico, pronunció esta frase : «He aquí á un héroe de la antigüedad.» Durante las breves horas de su estancia en Méjico, Zaragoza fué obsequiado con un banquete. Bebió con sus amigos, dejó caer sus lágrimas por la patria angustiada, SOBRE LA LLAMA DEL HIRVIENTE VINO, tomó la diligencia y se perdió entre las sombras de la noche y de la muerte. Pocos días después, el 8 de septiembre, un médico telegrafiaba : «Son las diez y diez minutos : el general Zaragoza acaba de morir.» La fiebre, apoderándose de un organismo inadaptado al clima de la meseta del Anáhuac, y debilitado por aquellos meses de ansiedades, no le dió remisión. El delirio fué una condensación de su épica vida : murió con palabras de guerra y de triunfo en los labios, sacudido por el ensueño de las cabalgatas veloces, de las alegres clarinadas, de los arrasadores cañoneos, de las ovaciones populares.

℄ Para los republicanos consternados, el héroe muerto ya no era el héroe de la antigüedad, era el guerrero de la fábula, el hijo de Príamo, Héctor, el domador de caballos y destructor de hombres. ¿No tenía la piedad y la ternura del troyano ilustre, que solía dejar por un momento el casco resplandeciente, para besar á su hijo? Se recordaba que poco antes había abandonado el lecho de muerte

de la desolada Andrómaca, y cómo había inclinado su testa laureada para recibir las bendiciones de la madre, cuya mano bañaba de lágrimas. Se evocaba su modestia de soldado que no hablaba de victorias y era incansable narrando derrotas; su delicadeza para consolar á los heridos en el campo de batalla y en el hospital de sangre; su caballeresca dignidad con los prisioneros; su entereza en el consejo de ministros; la fe que le inspiraba su frase á Zamacona : «El suelo y el clima pelearán por nosotros.» Y aquel hombre, dulce como Héctor, era como él fiero y temible entre todos los guerreros : era el exterminador impasible de Guadalajara y de Silao; el héroe de las cargas y de los asaltos que singularizaron á la chinaca del Norte. Los periódicos enlutados publicaban elocuentes panegíricos. El cadáver llegó á la ciudad, y se preparó la apoteosis. No había habido ninguna que señalase un precedente de lo que fué aquélla. Después de la palabra de Iglesias, que en su mesura encerraba toda la admiración del grupo intelectualmente superior, brotaron las estrofas restallantes de Guillermo Prieto. Veinte años después, los niños de las escuelas las leían sollozando. Es todo lo que podemos decir de aquella obra, en la que acaso no haya otro mérito que el de remover con sugestiones vibrantes el sentimiento general y profundo de un dolor que no alcanzaba consuelo. Toda la poesía de la oda de Prieto está en los hechos. Francisco Zarco escribía como síntesis de aquel acontecimiento : «Antes defendíamos á la Patria : hoy tenemos que defender, además, la tumba de Zaragoza.»

* * *

℄ Los acontecimientos vuelven á la lentitud habitual de su curso. Juárez, eclipsado frecuentemente, sale de la sombra. Hasta la muerte de Zaragoza, toda la política estaba en la guerra, y toda la dirección de la guerra estaba en el cuartel general del jefe de Oriente.

℄ Con todo, había habido un movimiento interesante. Como dijimos, el Gabinete Doblado cedió el puesto á un Gabinete Fuente. El cambio tenía una trascendencia, que después apareció. Juárez dejaba de apoyarse en el equilibrio de los tres grandes cacicazgos activos, para buscar otra vez la dirección de un ministro estadista. Fuente, que acababa de llegar de Europa, en donde se había señalado por una gestión diplomática notable, reunía todos los sufragios. La confianza que en él se tenía era ilimitada, pero no la conservó contra la oposición de la Cámara sin librar grandes batallas oratorias que sostuvo lucidamente con el auxilio de Zarco y Zamacona. Era la misma pugna de 1861, la misma pugna de siempre, por desarmar al Ejecutivo, lo que en aquellas circunstancias significaba desintegrar á la República y entregarla, con sus cacicazgos desarticulados, á merced de los enemigos exteriores. Este plan destructor tomaba entonces, como había tomado antes, una consagración en los llamados principios, que eran la insensatez dogmatizada. El apremio de una concentración dictatorial del poder en manos del Ejecutivo, no aparecía justificado á los ojos de diputados más ó menos inconscientemente metidos en la conspiración anárquica. Al cabo, el Go-

bierno salió triunfante y obtuvo las facultades extraordinarias que pedía y que necesitaba, sobre todo la de estar siempre autorizado para tratar con las potencias, con Francia si era preciso. «¿Por qué desconfiáis? preguntaba Zarco; ¿por qué insultáis con vuestras dudas á un hombre como Fuente, cuyos principios todos conocen, cuya lealtad ha sido el timbre de su vida pública, y cuyos servicios á la patria lo han enaltecido entre sus conciudadanos? Doblado podía inspiraros poca confianza, porque era reticente y demasiado sutil; pero Fuente es un diplomático de academia, un dialéctico que ha impreso la más alta dignidad á nuestras relaciones con la insolentada Europa. Ved cómo se dirige á Wagner, el ministro de Prusia, y al representante de los Estados Unidos; ved cómo les habla doctoralmente, y, sin ser pedante, les demuestra que el ministro de Relaciones de un pueblo vilipendiado y tenido en concepto de bárbaro, puede tomar los libros de los tratadistas de allá y leérselos á sus diplomáticos para darles una enseñanza con que debieron haber comenzado la carrera.» Zamacona extendía su defensa al Presidente, y decía cómo aquel hombre, tenido en tan poco que sólo faltaba intentar de nuevo su separación del puesto, había permanecido inalterable en los momentos en que una corriente de pánico abatió á los más ensañados después contra Juárez. Y decía bien Zamacona : para los sacudimientos de aquella borrasca, un peñón con su inmovilidad, defecto que no cesaban de achacarle á Juárez, era preferible á barcas desarboladas por las ráfagas del miedo.

℄ Mas no dejaba de ser difícil contestar á los argumentos de la oposición. ¿No sabía buscar el Presidente, ó sólo pudo encontrar á D. Pedro Hinojosa para ministro de Guerra? D. Pedro Hinojosa en ese ministerio era algo peor que la inmovilidad : era la incapacidad.

℄ El demócrata y recomendable general D. Miguel Blanco — tomamos los epítetos de la fraseología de aquel tiempo, — también ministro de Guerra, tenía las cualidades de que carecía en lo absoluto D. Pedro Hinojosa; pero no las desplegó con toda la independencia ni en la forma de iniciativas audaces que requería la situación. Estaba visto : Zaragoza era insustituible en el gabinete.

℄ Los dos caudillos principales, González Ortega y Doblado, tenían los dos mandos principales en el ejército. Ya se sabía : el ministerio de Guerra sería sólo el trono de algún inactivo olímpico (los dos pintorescos adjetivos son del Sr. Bulnes), mientras González Ortega se apercibía para hacer la defensa de Zaragoza, nombre que se daba entonces á Puebla. Doblado, en el centro, sería el jefe de seguridad para contener á las guerrillas clericales. Vidaurri, en el norte, hacía lo que pudo haber hecho en el ministerio de Guerra, esto es, organizar una reserva para sostener á González Ortega.

℄ La obra de Vidaurri había comenzado por extender la acción cacical sobre Tamaulipas, para impedir que continuara el escándalo de una lucha á mano armada entre dos pretendientes al gobierno del Estado. Tuvo el tino de enviar á Comonfort para que, después de acabar con la discordia, aprovechase los elementos de la guerra civil organizándolos contra el extranjero. La ocasión era espléndida para Vidaurri, para Comonfort y para Juárez. Vidaurri consolidaría su cacicazgo por el empleo patriótico de la indiscutible influencia que tenía en

el norte. Comonfort, recibido por Vidaurri de vuelta del extranjero y amparado, como proscrito que era, contra cualquier tentativa del Gobierno general, consumaba su rehabilitación volviendo al centro del país como jefe de un cuerpo de ejército. Juárez podía aprovechar los servicios de aquellos dos hombres, completamente nulos como jefes de combate, pero de facultades sobresalientes como organizadores. Por desgracia, Vidaurri fué abandonado á sus tendencias disolventes en el cacicazgo fronterizo, y Comonfort siguió al frente del cuerpo de ejército que había organizado y que debió haberse puesto bajo el mando de un verdadero general.

℄ Por entonces, Doblado parecía ser el único RIGHT MAN IN THE RIGHT PLACE. Como agente de seguridad en el centro, había cumplido satisfactoriamente su encargo, derrotando á las gavillas de la Sierra Gorda, y partía con tres mil hombres á Guadalajara, amenazada muy seriamente por fuerzas facciosas y depredadoras. La acción de Doblado se extendió hasta Sinaloa, obteniendo, como por un favor, que el Gobierno local dejase á Corona los recursos de la aduana de Mazatlán para aprovecharlos en la persecución de las peligrosas bandas de Tepic.

℄ Así andaba todo en el país. El Gobierno tenía que atender simultáneamente á los PLATEADOS del sur, á los reaccionarios del centro, á los lozadeños de occidente, á las rebeliones contra los gobiernos locales, á las desobediencias de los gobernadores y á la guerra exterior. En los momentos de mayor peligro, Doblado salía con tres mil hombres á un punto que lo alejaba más del que ocupaban los franceses. ¿No era esto darles razón, confirmando sus juicios? Allí estaba el sofisma. Los liberales no negaban que esta tribu necesitaba, ante todo, de una vigorosa higiene social, en forma de patíbulos para los bandoleros y de estados de sitio para los caciques; pero quien mejor podía hacer todo ello eran Juárez y los de su partido. Diariamente se corroboraba esta verdad enunciada por Prim. Ya era Lorencez, ya este ó aquel oficial francés quien decía: «Venimos á ponernos contra el elemento vivo, progresista, fuerte y numeroso del país, y nos apoyamos en el grupo muerto y podrido, para combatir el principio liberal, que es el nuestro en Francia.» Así habían hablado otros. Así fueron hablando todos.

* * *

℄ La primera verdad de Prim, la de los treinta mil hombres necesarios para llegar á Méjico, sancionada por el fracaso de Lorencez, produjo el nombramiento de Forey, un héroe de Italia, un segundo triunfador de Montebello, pero convertido ya en UN LEÓN VIEJO CON LAS GARRAS ENTORPECIDAS por el apoltronamiento senatorial, en el que había echado carnes. Además, tenía la alta distinción, muy común entre los héroes y los senadores, de ser pomposamente inepto.

℄ Aquiles Forey recibió la carta imperial del 3 de julio de 1862 que contiene la doctrina antimonroísta de Napoleón III y una larga exposición de los medios para invadir á Méjico. Afortunadamente para Napoleón, ni su torpeza ni la de su general fueron aprovechadas por el ministerio de Guerra del Gobierno meji-

cano. Napoleón prescribía una mezcla calculada de audacia y de prudencia. Ahora bien, como no dió la dosis, Forey salió del paso agotando primero toda la prudencia, y dejando para después toda la audacia. Con esto presentaba dos oportunidades al enemigo, el cual tuvo tiempo suficiente para prepararse, y después, medios para inutilizar al invasor.

℄ No seguiremos á los censores de Juárez, para quienes todos los actos del Presidente relacionados con la campaña de 1863 tienen el sello de una incompetencia radical. Tampoco imitaremos á los panegiristas, que todo lo alaban. Los hombres de más indiscutible valer tienen los defectos inherentes á sus cualidades, y Juárez no se puso entonces á la menor distancia posible de la imperfección humana.

℄ El nombramiento de González Ortega es criticado torpemente. Juárez no tenía un gran soldado á quien encomendar la dirección de la campaña, y á falta de un gran soldado, el mando se dió á un héroe. Eso era, eso fué González Ortega. Nadie sino él podía recoger la espada de Zaragoza, y no la devolvió deshonrada. Además, la opinión imponía el nombramiento de González Ortega para jefe del Ejército de Oriente.

℄ Segundo cargo á Juárez : el sitio de Puebla. Cargo baladí, puesto que quien lo formula demuestra de una manera concluyente que el sitio de Puebla debía haber producido uno de estos resultados : ó el aniquilamiento del ejército francés, ó su paralización hasta 1864. El programa de resistencia indefinida por medio de guerrillas y disolviendo los núcleos de ejército existentes, no se basa en razones serias de orden político y militar. Por el contrario, la resistencia indefinida, sistemáticamente organizada con los sitios de Puebla y Méjico, era un plan de éxito indudable. Si había una completa seguridad de que Napoleón se vería obligado, por una parte, á vengar el fracaso de Puebla, y, por otra parte, á retirarse cuando se produjera alguna de las emergencias de que se ha hablado arriba — y cualquiera de ellas ó todas no le darían más de tres años á su acción libre en Méjico, — parecía de indiscutibles ventajas perder dos ejércitos en plazas sitiadas, para detenerle hasta 1864, antes de que tomara la capital, y el resto del tiempo en el interior, siguiendo el mismo sistema ú organizando guerrillas para gastar al ejército expedicionario, hasta matar la iniciativa de sus jefes, la moral de sus tropas y la ambición de su Gobierno.

℄ El general Forey, hemos dicho, estuvo torpe, tardando casi un mes, de fines de septiembre á fines de octubre, para llegar á Orizaba, en donde se inmovilizó, creyendo imposible avanzar si no aseguraba las comunicaciones con Veracruz y un sistema de transportes que le ministrase las subsistencias. Ahora bien, como las tierras bajas no producen trigo y por aquellos días estaban sin ganados, todo debía llegar de Francia, de las Antillas, de los Estados Unidos.

℄ La situación se hacía difícil en Orizaba, pues no habiendo convoyes del puerto ni de la meseta del Anáhuac, se agravó la escasez á que nos hemos referido al hablar de los días anteriores á la sorpresa del Borrego. Entonces hubo quien despertara á Forey de la somnolencia en que lo tenía el respeto literal á las instrucciones militares de Napoleón, y dejando la obsesionante preocupación de los

transportes, ordenó la ocupación de Jalapa, primero, y, después, de San Agustín del Palmar y de San Andrés Chalchicomula, lugares provistos abundantemente de cereales y forrajes. El ejército podía vivir, y vivir mejor avanzando que en la inmovilidad á que estuvo condenado. No sólo esto, sino que comenzó á ver en el pueblo rostros menos huraños. Los campesinos de Puebla, amenazados de ruina por las guerrillas, recibían á los franceses como salvadores de sus frutos pendientes.

℄ Por los preparativos de la defensa de Puebla, se había desdeñado la operación de talar sementeras y hacer el vacío ante los franceses. Dura necesidad, pero ineludible. Convenimos en que esto y la destrucción de los pasos á través de los desfiladeros de la Sierra, y de los puentes que había en los caminos de Orizaba y de Jalapa, habría contribuído poderosamente á retardar la presencia de los franceses en la meseta, puesto que Forey no se hubiera aventurado en un país desprovisto de todo medio de subsistencia, sino después de haber completado su sistema de transportes, que no podía integrarse con elementos de los Estados del Golfo, sino que habría sido preciso obtener de Europa y de Nueva Orleans en su mayor parte.

℄ Mas no se había perdido mucho, ó, por lo menos, no se había perdido todo. Ya una vez ante las fortificaciones de Puebla, le quedaba á Forey una gran tarea que hacer. Primero, vivir. Y para esto, un ejército auxiliar del sitiado podía ser una amenaza, ya entregándose á la destrucción de los molinos y sementeras, ya reforzando las guerrillas para amagar convoyes, ya atacando los destacamentos de los puntos ocupados por los franceses en la línea de comunicación con Veracruz. Intentar esto, aun sin lograrlo, era ya bastante para prolongar indefinidamente el sitio de la plaza, puesto que Forey no tenía el número necesario de combatientes en sus líneas y que éstas habían de desguarnecerse todavía más para atender á los amagos del ejército de auxilio de la plaza.

℄ Ante la inoficiosa cooperación de Comonfort, nada son las faltas de González Ortega, faltas, por otra parte, de sobra compensadas por la bravura con que él y su ejército sostuvieron el sitio, levantándose cada vez más á una altura que, si fué sorprendente para los franceses, no lo fué menos para los mejicanos. «Esos hombres, decía un oficial extranjero, no son los que conocemos : diariamente crece su valor, y su perseverancia se manifiesta más inflexible».

℄ Forey traía instrucciones de repetir un ataque á la Lorencez, y González Ortega estaba preparado para tal evento, con caballería suficiente para perseguir las columnas rechazadas. El ataque del enemigo debería hacerse por el Carmen, como en las guerras civiles, aunque con cierta precaución : «tal vez no serían inútiles algunos trabajos de sitio, decía el emperador, y el empleo de gaviones puede poner á las tropas más expuestas, por lo menos al abrigo de la fusilería.»

℄ Algunos trabajos de sitio : de ninguna manera sitio en forma. ¿Para qué? Las primeras impresiones de Forey le confirmaron su prejuicio sobre la resistencia que encontraría. Al desprender sus columnas para rodear la ciudad y cerrar el camino de Méjico, no vió señal de resistencia, por más que era muy fácil un ataque á las fuerzas aisladas, sobre todo á las que se habían comprometido en las

barrancas del norte de Puebla. Colombres, el ilustrado jefe facultativo que había tomado participación honrosísima en las obras técnicas para la defensa, acudió á Guadalupe, en donde González Ortega presenciaba las operaciones del enemigo, y dió el consejo de que se atacara á las columnas francesas. Los generales se adhirieron á la opinión de Colombres; pero no fué posible convencer del todo á González Ortega. ¿Qué entendía de aquello el TINTERILLO DEL TEÚL? González de Mendoza, con su verbosidad, obtuvo que se aferrase el general en su determinación adversa al consejo de Colombres.

℄ Los franceses, con la desgana del que hace una obra sin finalidad, comenzaron sus operaciones contra San Javier, desguarnecido. Todavía, olvidando el 5 de mayo, se le decía á Forey : «No hay sino entrar y tomar posesión del punto». El león viejo, sin garras, pero con mañas, decidió comenzar un sitio regular. ¿Y para qué? preguntaban los gascones del ejército enemigo. «El 23 abrimos la trinchera : los mejicanos probablemente no comprendieron lo que hacíamos, porque no nos inquietaron, y en tres días establecimos la tercer paralela, sin haber perdido más de dos soldados». Acaba de hacerse la cuarta paralela y se dirige el ataque contra San Javier. San Javier cae en poder del enemigo. Puebla era suya. Pero no es así. ¿Qué pasa? Las cabeceras de las manzanas forman baluartes con las cortaduras de las calles erizadas de artillería. La población no se atreve á rebasar las líneas mejicanas para presentarse á Forey.

℄ Aun no acaba el sitio como se creía : acaba sólo de comenzar. «El bocado es más difícil de tragar de lo que habíamos creído : los hombres que están tras esas murallas, tienen cierta energía para resistir. Con todo, sólo será cuestión de ocho ó de diez días». Así escribe Loizillon el 31 de marzo, en una carta para su familia. La carta no sale luego, y hay tiempo para agregarle otra página el 2 de abril : «Desde antier, hemos tomado tres cuadras. Para tomar cada una de ellas, es necesario clarearla, y por supuesto una vez que nos establecemos en las casas, los soldados toman lo que les place». Terminado este paréntesis que ilustra sobre lo que presentan entre bastidores las gloriosas guerras de civilización, continúa el narrador : «Esto es, en buenos términos, una guerra de calles. Anduve muy corto diciendo que sería asunto de diez días. Nuestros combates nocturnos acabarán, como en Sebastopol, por costarnos más caro que un ataque á viva fuerza, y, cuando entremos en Puebla, no encontraremos en gran parte sino ruinas. ¿Qué dirán los pueblos que nos oyen repetir diariamente que no es á ellos á quienes hacemos la guerra?»

℄ Pasan los días, y, á fines de abril, después del ataque infructuoso á Santa Inés, los franceses preguntan qué harán, y nadie contesta con resolución. «Sin embargo, será preciso que tomemos esta ciudad de Puebla de los ÁNGELOS. Sólo que el negocio caminará despacio, porque allí dentro no están los mejicanos que conocíamos. La defensa de Puebla, en suma, ha sido perfectamente organizada y conducida». Gracias, amable Loizillon; era todo lo que nosotros queríamos. Pero nos decís, además, que esta guerra va á ser funesta para vuestra patria : que venís á atacar á la parte sana y vivaz, apoyándoos en lo inútil y podrido, contra los principios que profesáis. Todo eso es lo mismo que os había anun-

ciado nuestro ministro de Relaciones, lo que os había dicho nuestra prensa, lo que os gritaban todos los hechos.

☾ Pero aun tiene algo que decir el bravo Loizillon. Dice que Saligny un día habla de ir á Méjico al frente de un batallón de Zuavos; que al siguiente, se presenta en el cuartel general para declarar que había estado engañado y que no suponía tal energía de parte de los mejicanos; y que, al tercero, grita que él en persona, con un pelotón de caballería se compromete á tomar la capital. «¡Ése es el hombre á quien se confía la política de un país!... ¡Pobre Francia, que podría desempeñar un papel tan brillante, si no estuviera paralizada por esta guerra estúpida!»

☾ La guerra estúpida deja por un momento de serlo. Saligny, en un lampo de lucidez, ó con la moderada excitación de un PRIMER PERÍODO, resuelve bombardear la ciudad con ejemplares del discurso de Billault, expositor de la política imperial; González Ortega contesta con un fuego nutrido de ejemplares del discurso de oposición pronunciado por Favre.

☾ Forey, soldado, mínimum de un ser pensante, no se cuida de esto. Discute el partido que debe tomar. En consejo se resuelve aguardar la llegada de las piezas de artillería de la marina. Entretanto, González Ortega discute también un partido extremo. Las provisiones se agotan. Escribe una carta á Comonfort, fechada el 29 de abril, en la que le dice que ha resuelto salir de la ciudad el 2 de mayo, protegido por el ejército del Centro. Comonfort contesta que tiene instrucciones del Gobierno contrarias á los planes del general sitiado: el ejército del Centro deberá introducir un convoy con víveres á la ciudad, y si el movimiento fracasa, se intentará la salida.

☾ No seremos nosotros quienes tratemos de paliar el error cometido por el Gobierno de Juárez al ordenar la introducción del convoy, operación imposible según el arte. ¿Y para qué era el convoy? Sólo para prolongar veinte días, á lo sumo, la resistencia de la ciudad.

☾ Trabajo cuesta creer que haya dado tales instrucciones el Gobierno: el fracaso de Comonfort era su derrota, y derrotado, no podía auxiliar la salida.

☾ Por último, se prescribía que si aun la salida era imposible, se diese una batalla. El absurdo era progresivo, pues cada medida tenía menos justificación que la precedente. ¿Con qué fuerzas daba una batalla campal el jefe derrotado al introducir el convoy de víveres, y el jefe rechazado al intentar la salida? ¿Con qué moral, si les quedaba alguna fuerza?

☾ Lo extraño es que González Ortega se haya sometido sin protesta, y aun que aceptara, un plan que implicaba la destrucción indudable de ambos ejércitos.

☾ El Presidente había llegado al cuartel general del Ejército del Centro, con su Ministro de Guerra para sostener el acuerdo que empujó á Comonfort hacia el desastre. Ese ejército, que hasta entonces había permanecido en la inacción, clavado allí por la seguridad que tenía Comonfort de que Puebla no resistiría ni los ocho ó diez días que le daba Loizillon, comenzó á moverse sólo para entregar sus MISERABLES RECLUTAS al cañón enemigo. El 7 de mayo pernoctó en San Lorenzo, y á la madrugada del siguiente día fué sorprendido. Era la sor–

presa de reglamento, la de San Jacinto, la de Padierna, la del Borrego, la de todas nuestras desventuradas campañas. A pesar de eso, no se perdió todo el material, y se salvó parte de la tropa, por azares que impidieron el cumplimiento de órdenes inverosímilmente desatinadas del Cuartel Maestre, función encomendada á un viejo militar, el general D. José María Yáñez.

ℭ A González Ortega le quedaba la capitulación y prefirió el suicidio colectivo de su ejército. Para terminar el sitio, al recibir la noticia de que el jefe sustituto del ejército auxiliar, le negaba su concurso para la salida, escribió esta carta de paladín dirigida al jefe francés: «Señor general: no siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, incluso la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. El cuadro de los generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra.»

ℭ El 17 de mayo, Puebla fué ocupada por los franceses. Márquez, husmeando sangre, aguardaba el fusilamiento de los defensores de la plaza, pedido por Almonte. Aun creían aquellos hombres que Forey venía como ejecutor complaciente de sus venganzas; pero el general francés no era pródigo de sangre mejicana. Prefería serlo de tinta. En efecto, Forey había abusado de la proclama: proclama, al desembarcar declarándose amigo y libertador del pueblo mejicano; proclama, á los cordobeses pidiéndoles una simpatía que le negaban; proclama, al salir de Orizaba, sobre el ramo de fomento, en la que ofrecía reparar los caminos, hacer obras en los puertos, alumbrar y pavimentar las ciudades, dar, en una palabra, la orientación reconstructora, imposible mientras dominase la minoría opresora. A la vez que proclamaba sus propósitos de civilización, despejaba el campo de facciosos. Licenció á Almonte como jefe supremo de la nación, y puso la pluma en la mano de Miranda, para que firmase una especie de abjuración. El agitador de la teocracia se obligaba á cooperar para el establecimiento de un Gobierno sin exclusivismos clericales.

⁂

ℭ Mientras González Ortega y su valiente cuadro de jefes y oficiales, negándose á firmar un compromiso de abstención durante la guerra, eran conducidos al destierro, que muchos evitaron, fugándose antes de salir de Puebla ó en el camino, para continuar la lucha, el Gobierno de Juárez tenía sobre el tapete un grave problema militar. Se trataba de la defensa de Méjico.

ℭ Aun no se había cometido la última falta; aun quedaba el recurso de inundar las inmediaciones de la capital, y de aprovechar así el tiempo de lluvias que comenzaba, para impedir que Forey abriese el sitio en forma antes de octubre. Esto era ganar cuatro meses. Luego, activando los preparativos que ya estaban muy avanzados, se podría allegar elementos bastantes para un sitio de otros cuatro meses. La primavera de 1864 encontraría á Forey abriéndose paso para en-

trar á Méjico por los baluartes desmantelados, y á la República vigorizada con una segunda epopeya, completando en torno del Gobierno la organización de su tercer ejército, insuficiente de seguro para las batallas campales, pero capaz como los anteriores de resistir en una plaza, ó listo para diseminarse en guerrillas é impedir que los franceses pudieran decirse dueños del país con la toma de la capital.

¶ Desesperar á Napoleón, exasperar á los oposicionistas franceses y dar tiempo á la reconstitución del federalismo norteamericano, era la política sabia, la única política posible para Juárez, la que, sin duda, estaba resuelto á seguir. Lo discutible, para él, era la elección de los medios. Eso fué lo que se discutió en el Gabinete, resolviéndose desacertadamente.

¶ El ministro Blanco, fascinado hasta entonces por Comonfort, á quien admiraba, había sido el responsable directo de la paralización del ejército auxiliar de Puebla, por haberle marcado puntos objetivos incompatibles, como eran el resguardo de la capital y la sumisión á González Ortega para secundar sus operaciones. Había sido también responsable del movimiento que terminó inopinadamente en San Lorenzo. Pero libre del íncubo, su espíritu recobró la lucidez, y aconsejó una medida prudente, que sostuvo con firmeza aunque sin obstinación. Podría equivocarse, decía, pero él había votado por la defensa de Méjico, la había preparado, había ofrecido de mil maneras que se llevaría á efecto, y no era decoroso mantenerse en el Ministerio después de resolverse la evacuación. Salió, pues, del Gabinete.

¶ La situación vino á ser muy semejante á la del 17 de julio de 1861, en que con acefalia del ministerio de Relaciones, el presidente y el ministro de Hacienda decidieron la suspensión de pagos á las deudas convencionadas : así entonces, con un ministro de Guerra que se retiraba por el abandono de Méjico, se dictó esta medida, antes de que ocupase el puesto de Blanco, un consejero de reconocida pericia. Y es indudable que cualquiera habría votado como ministro saliente. Pero el general Berriozábal recibió, con su nombramiento, una opinión ya resuelta que se le imponía.

¶ Es inútil discutir, pues antes de juzgar sería necesario comprender por qué, á los ocho días de haber anunciado el Presidente en un manifiesto que la capital de la República se defendería HASTA LA ÚLTIMA EXTREMIDAD, se resolvió el abandono de la plaza. Si obraron sólo las razones técnicas, como la falta de guarnición ó el deseo de salvar la artillería, esto no hubiera convencido á un verdadero militar, sobre todo lo último, pues, dada la imposibilidad de resistir campalmente á los invasores, ó se escondían las piezas para sacarlas después de la guerra, ó se entregaban vendiéndolas lo más caro posible. El abandono de Méjico trajo la entrega barata de la artillería en acciones fácilmente ganadas por el enemigo.

¶ Otras razones eran menos convincentes. Ni faltaba guarnición, ni faltaban municiones, ni faltaban víveres para dos meses por lo menos, esto es, para detener á los franceses, como ya se ha dicho, hasta la primavera.

¶ ¿Qué onda de pánico militar empujó á aquellos hombres? ¿Ó fué un vértigo mental que les impedía ver en sus verdaderos lineamientos la política de Napo-

león? La habían comprendido admirablemente, condenándola no sólo como atentatoria, sino por utópica. Con todo, no se atuvieron al primer juicio, razonado y muy prudente, sino que hubo insinuaciones de que el fin de la expedición ya estaba próximo. ¿No lo daba á entender Forey en sus proclamas, y más aún en sus hechos, y, más que en sus hechos, en aquella carta á González Ortega, escrita el 10 de noviembre, carta en la que saludaba al bravo militar cuya brillante espada no debería estar al servicio de un Gobierno inhumano? Entre los franceses corría el rumor de que González Ortega estaba dispuesto á tratar, y entre los republicanos se creía que Forey venía á entenderse con un jefe que no fuera Juárez. Esto, unido al politiqueo que no cesaba en los salones del Palacio, en los pasillos de la Cámara de Diputados y en el vivac de los generales, complicó siniestramente la cuestión militar. Comonfort se dejaba llamar futuro Presidente y único salvador del país, desde que pasó por San Luis Potosí. De González Ortega todo se temía. No es de extrañar, pues, que á la hora de salir el Gobierno, como tenía que hacerlo en el caso de que la capital resistiera, hubiese temores de entregarla á un general sin escrúpulos que hiciese la paz sacrificando al Presidente. Todo esto se decía al oído, y aun en voz más ó menos alta. Señalábase á los hombres que se creía próximos á caer en «tentaciones de explotar el conflicto público para fines personales», como decía Zamacona en un elocuente discurso.

ℭ Todos los esfuerzos del Gobierno se concentraban en la obtención de facultades extraordinarias, sobre todo la de ratificar tratados. Así nadie podría traicionarle, aunque quisiera. La representación nacional condenaría de antemano los tratados hechos por un general sin poderes. Con todo, á falta de poderes, podía tener poder, es decir, un ejército y la popularidad. Mayor sería el peligro si á esto se agregaba la falta de facultades en el Ejecutivo. Juárez habló de resignar el puesto, entregando su investidura á González Ortega, presidente de la Corte Suprema de Justicia, si se le negaban las autorizaciones que pedía.

ℭ La discusión tomaba un rumbo desfavorable para el Gobierno con el dictamen contrario que subscribieron los diputados Ruiz, Olaguíbel, Baz y Bautista. Pero los oradores que defendían la iniciativa lograron sacarla incólume pocos días antes de la retirada. Con esta prenda de dominio, ya podía irse tranquilo el jefe del Estado. Y se fué. El día 29 se anunció la traslación del Gobierno á San Luís Potosí. El 31 cerró su período de sesiones el Congreso, citándose los miembros de la comisión permanente para la nueva capital. Pocas horas después, todo el elemento oficial, todos los entusiastas ó comprometidos, comenzaron á dejar la ciudad. Los telegramas del general Díaz, destacado en Ayotla, se fijaban en los muros del Palacio, y de allí corrían las noticias, cada vez más alarmantes para los republicanos, que no podían quedarse sin peligro ni salir por falta de medios para ponerse en marcha. El Gobierno tomó el camino de Querétaro, y el ejército se fué por el de Toluca, en un estado de completa desorganización, que procedía de la ineptitud con que obraba el general de la Garza.

⁋ El vecindario de Méjico, sacudido durante muchos días por la emoción de un próximo sitio, estrujado por la necesidad que había de improvisar la defensa, respiró con el anuncio de la ocupación pacífica, y se endomingó para recibir á Forey. La eterna curiosidad que llena de masas estultas las avenidas de toda capital ocupada por invasores, le salió al paso á Forey, el cual entró el día 11, acompañado de Saligny, el verdadero triunfador, Almonte, y Márquez. Se ha dicho que Forey vino acompañado de la traición, Almonte; el vicio, Saligny, y el crimen, Márquez. El populacho, al decir de los franceses, mantuvo su actitud hosca de pueblo invadido. Las flores que cayeron á los pies de Forey, aunque pagadas por la tesorería del ejército de ocupación, tomaron en el espíritu simple de Forey la significación de un plebiscito. Mas, á pesar de todo, Forey sólo vió antiguos partidarios de Zuloaga entre los colaboradores que se presentaron á recibir órdenes. Desde García Aguirre, prefecto de la capital, hasta los insignificantes ediles Alvear, Mora y Cervantes, toda la nueva legalidad era reaccionaria. Satisfechos, de gala, sonrientes, consagraron con su inconsciencia política las declaraciones liberales y reformistas que hizo Forey. Juárez se había ido, pero la obra revolucionaria quedaba intacta y guardada por una falange clerical.

⁋ La historia de lo que ocurrió en la capital sería indiferente para la historia de Juárez, si en ella sólo se viera el elemento de las exterioridades pintorescas. Mas, concentrando un poco la atención, se encuentra allí justamente la razón profunda de los acontecimientos posteriores que trajeron la vuelta de la República. Procuraremos precisarla dentro de una breve exposición. Ante todo, ¿por qué el grupo reaccionario aceptó la Reforma y se puso al servicio de un Gobierno que la consagró? Como todo movimiento estrictamente político, la Reforma hería ese plexo de prejuicios que llamamos convicciones, dejando indemnes los intereses vinculados en las estructuras sociales. El respeto al derecho, es decir, á la propiedad y por ende á toda la organización social, era el fondo de la obra liberal, como emanación del individualismo burgués inconmoviblemente conservador. Sólo había en el fondo como causa de alarma, por una parte, el falso amago de descatolización con la libertad de conciencia, y por la otra, el ataque directo á los bienes de la Iglesia. Mas bien pronto comenzó á verse que había muchas maneras de ser católico, y que un país regido liberalmente podía conconservarse fiel á su tradición religiosa. Esto, dicho por los juaristas, no pasaba: impuesto por Forey, se fué creyendo. Lo grave estaba en la condición creada por las leyes de nacionalización, y éste fué el problema que primeramente atacó el enviado del emperador. Los bienes nacionalizados no se podían desnacionalizar, porque ya eran de particulares. La economía burguesa imponía el respeto á la propiedad individual. El dogma económico político era más fuerte que el escrúpulo religioso: la fuerza de los intereses creados vencía á la de los intereses heridos: el ejemplo de Francia reorganizada, autoritativa y católica, sobre una base inmensa de bienes nacionalizados, constituía el hecho histórico decisivo para el Emperador al imponer la resolución de no tocar la riqueza de los adjudicatarios mejicanos.

☙ La Iglesia quiso rebelarse, pero un ademán del jefe de la expedición sujetó á su impaciente jerarca. «No, Monseñor; os habéis equivocado si creísteis que este Gobierno iba á impregnarse de miedo á vuestras iras. Somos en Europa los árbitros de la suerte del pontífice, y no sois vos, con todo vuestro venerable clero, quien puede intimidarnos. Por lo demás, siempre habéis sido ineptos para la política. No tenéis ni habéis tenido organización de combate. El único hombre que realmente posee capacidad política, Miranda, quedó inutilizado por su declaración de humilde y pasiva obediencia á cuanto hagamos. En los días de gloria de vuestros disturbios, no supisteis imponeros con el genio de algún prelado ilustre ó con la fuerza colectiva de una inteligente cooperación. Hoy, menos que nunca, podéis apelar á un poder del que no habéis sacado partido. Ved en torno: la sociedad elevada os pertenece por el hábito, pero, fuera de las cuestiones de fe, es completamente nuestra.»

☙ Efectivamente, los reaccionarios gustaban ya de ver las cosas adoptando el nuevo ángulo visual que se les proponía; pero como el hombre es un animal extrañamente contradictorio, al grado de no ser verosímil sino sintéticamente, los partidarios del altar seguían condenando á los demagogos cuando ya estaban en pleno contubernio liberal. La Reforma, sí; Juárez y los suyos, no. Tal era el fondo de su pensamiento.

☙ Un aliado más tenía la política imperial: el mundo de los SNOBS, la sedicente aristocracia, que no lo era ni en el sentido propio, que implica aptitud directiva, ni en el de nobleza, que requiere antepasados; clase elegante y poseyente, cuyas únicas distinciones eran éstas: tener tierras y vestirse. Su programa, después de asegurada la conservación del patrimonio más ó menos roído de hipotecas, era seguir la oficialidad francesa, copiar sus maneras y prepararse para la fiesta imperial.

☙ Venía, por último, la masa amorfa, ni liberal ni conservadora; el estado mayor de amigos de todo el que sube; los invariables asistentes á todas las entradas triunfales; columnas de todos los gobiernos, amigos de todos los gobernantes, desde Santa Anna hasta el actual. Sus nombres figuran en todas las listas de notables, en todos los congresos, en todos los banquetes. Consideran una suprema deslealtad no prestar su concurso al hombre ó al partido imperante.

☙ En el fondo, como espectadores un poco desconcertados, los liberales del ala moderna, mantenidos fuera del juarismo, y muchos demagogos sin conexiones con el Gobierno republicano, se preguntaban lo que aquello podría significar. No les disgustaba oir á Forey repitiendo que el Emperador deseaba una fusión de los partidos que tendría como base de concordia el liberalismo más ó menos moderado. ¿Duraría el régimen imperial? ¿Llegaría siquiera á implantarse? Algunos lo creían viable; otros, no. Mas estaban de acuerdo en un punto—y diariamente crecía este sentimiento,—que el Gobierno de Juárez no sobrenadaría. El interés privado les dictaba esta previsión. Era Gobierno el que cobraba impuestos, el que daba seguridad, el que organizaba; no el que corría. Y, por otra parte, como esos hombres constituían lo más alto, vivaz y respetable de la nación, creían justamente que el porvenir estaba con ellos. En efecto, las na-

ciones no son los pocos millares de hombres de lucha que forman ejércitos y gobiernos : son los millones que trabajan ó poseen y disfrutan. Ahora bien, mientras mayor fuera el número de esos hombres que aceptara la revolución—y el Gobierno nacional pretendía que las nueve décimas partes de la población consciente y activa estaba en ese caso,—mayor era la imposibilidad de que la masa, arraigada al suelo. se vaciara en pos de Juárez, para salirse de la órbita de ocupación extranjera. Esto no se hace ni se ha hecho, y suponerlo es creer posible una sociología de catástrofes semejante á la absurda geología desdeñosa de las seculares erosiones en que entran como elementos la humilde gota de agua y el imperceptible movimiento de las capas atmosféricas. Luego la nación liberal no combatiente, al vivir en territorio ocupado por los franceses, tenía que ir variando su ángulo visual, como había variado el suyo la masa reaccionaria.

Los liberales que aguardaban propuestas de arreglo, no se engañaban. Efectivamente, si Napoleón hubiera tenido como órgano á un hombre de mediana inteligencia, ó el imperio no se habría establecido ó habría contado desde luego con los moderados y radicales que rodearon á Maximiliano. Pero Forey no entendía las cosas. Aprendiendo de memoria las instrucciones de Napoleón, hacía mil imbecilidades al aplicarlas. No viendo en torno suyo sino reaccionarios, debió haber comprendido que ése no era el tipo bonapartista, que buscaba Napoleón, de monarquistas católicos liberales. Podían sólo ser secuaces de un duque de Angulema. Luego vino la Junta de Notables, con sus procedimientos á la mejicana, netamente bárbaros como expresión de la voluntad pública, y francamente indignos para entregarse á la de un soberano extranjero. Todo esto era para exasperar al más paciente. ¿Qué lenguaje debía emplear el Emperador para decir que no quería ni á los demagogos de Juárez, que se le representaban como bandas depredadoras, ni á los clericales de Zuloaga? Había que consultar la opinión de aquellas nueve décimas partes de la población á que se refería Jurien de la Gravière en la junta de comisarios; á los moderados, aunque estuviesen momentáneamente con los juaristas, á Comonfort y á Doblado, para hablar claramente, ya que de otro modo no se le entendía. Y para ser bien servido, llamó al vicioso Saligny y al estulto Forey. Bazaine quedó con el encargo de armonizar actos y palabras.

Juárez fijó su Gobierno en el interior de un triángulo de cacicazgos. Quedó á la vez protegido y prisionero de Doblado, González Ortega y Vidaurri. Durante los seis meses que pasó en San Luis, todo se le derrumbaba en torno : Gobierno y ejército. Los recursos escaseaban y su comitiva se iba disgregando. Su autoridad bajaba. El Gabinete se reformó para dar entrada en él, como ministro de Relaciones, á Doblado, el cual traía las arrogancias de un amo. Pronto fué imposible continuar la situación. El conflicto de aquel ministerio duró pocos días, al cabo de los cuales, Doblado dejó su renuncia sobre la mesa y salió de San

Luis para el amenazado feudo guanajuatense. Su vuelta al Gabinete había traído la pérdida de los servicios de Fuente para la República. El ilustre estadista dejó su puesto ministerial y fué á tomar la representación diplomática de Méjico en Washington, misión para la que lo indicaban su breve y honrosísima estancia en Europa, no menos que sus antecedentes en el ministerio que desgraciadamente había tenido que abandonar. Mas, ni en Washington se le dejó servir á la República. Apenas había llegado á Matamoros, recibió la revocación de su nombramiento, y tuvo que volver, desalentado, como tantos que por aquellos días abandonaron el servicio público por no ver estimulado dignamente su esfuerzo generoso. La Legación en Washington se confió al dedicado diplomático D. Matías Romero, en quien Fuente no podía encontrar un sustituto, ni por el talento, ni por el saber, ni por el vuelo poderoso del patriotismo.

℄ Juárez, ya muy cercado por la falta de recursos aduanales, pronto se vió bajo la amenaza de la invasión cuyas oleadas llegaban á los Estados del interior. Primero perdió el Gobierno los recursos de Tampico, tomado por los franceses en agosto; después los de Matamoros, arrebatado á la República por las bandas locales. En este puerto se había establecido Cortina por cuenta propia, desconociendo al gobernador juarista. La pérdida de Matamoros era de más significación que las ya sufridas. Matamoros tenía una importancia capital como puerto de salida de los algodones sudistas encerrados por el bloqueo que sostenían las fuerzas navales de Lincoln. Sólo había en Méjico un punto de importancia igual : Piedras Negras, lugar por donde entraba gran parte del algodón destinado á salir por Matamoros. Como Matamoros por Cortina, Piedras Negras era explotado por Vidaurri. Mas ¿cómo desposeer á Cortina y á Vidaurri? Hubiera sido necesario iniciar una guerra civil, y esto cuando Bazaine, con instrucciones de recoger los votos para el imperio, se desprendía de Méjico, avanzando á la vez hacia el occidente y el interior. El ejército mejicano, en un período de irremediable depresión, tenía que hacer frente al ejército francés, que tendía á duplicarse con el contigente intervencionista, diariamente en aumento. El ministerio de Guerra, encomendado á Comonfort, se sacudía con espasmos de irresolución. Faltaba audacia para pronunciar el juicio irrefragable sobre la situación. ¿No era preferible renunciar á la resistencia y concentrarse en el norte para defender las aduanas? Tal dictamen, á nuestro entender prudente, se ha presentado en calidad de reproche al Gobierno. Retardar tres meses la retirada á los Estados fronterizos nada significaba, perdida la capital. El sitio indicado para asiento del Gobierno republicano era Querétaro, si Méjico se defendía; ó Monterrey, abandonada la capital. Todo retardo en lo inevitable, dada la necesidad de correr hacia el norte, traería grandes embarazos, y éstos aumentaron con la muerte del ministro de Guerra, Comonfort, que, como amigo de Vidaurri, habría podido ser utilizado para conciliar al caudillo fronterizo.

℄ Comonfort murió en una expedición emprendida á Querétaro, asaltado por guerrilleros en el Molino de Soria. Esto acabó de desmembrar aquel ejército que en un principio constaba de cinco divisiones. Las mandaban los generales Porfirio Díaz, Doblado, González Ortega, Uraga y Berriozábal. Poco antes de la muer-

te de Comonfort, el general Díaz se había separado para dirigirse al sur, en donde era conocido y podía desarrollar algún plan de defensa local. González Ortega y Doblado permanecían en sus Estados. Uraga y Berriozábal tomaron como terreno de operaciones el occidente.

℄ Ocupada la plaza de Querétaro por los intervencionistas y franceses, las fuerzas republicanas comenzaron á replegarse. Todo el interior quedó abierto á Mejía. Sólo Morelia, ocupada por Márquez á fines del mismo mes de noviembre en que murió Comonfort y se perdió Querétaro, fué objeto de una loca tentativa de reocupación por Uraga, á quien rechazaron Márquez y el coronel Berthier.

℄ Á la vez, Mejía y los franceses, saliendo de Querétaro, ocupaban San Miguel, Guanajuato, León y Dolores. Juárez tuvo que salir de San Luis Potosí para el Saltillo. Cinco días después, la ciudad caía en poder del general Mejía, y no bien había sucedido esto, cuando Negrete, á quien la muerte ó la ausencia de otros jefes había dado una importancia que fué funesta, comprometió la operación insensata de volver al punto evacuado, y tuvo igual suerte que Uraga en Morelia.

℄ La retirada de Juárez se hacía, pues, en plena derrota. Esto indicaba la conducta de Vidaurri. Juárez se detuvo en el Saltillo, y Vidaurri no salió de la capital del Estado de Nuevo León y Coahuila para recibir al Presidente. Comenzaba por tratarlo como insignificante. Pronto seguirían otros actos más sustanciales de desacato.

℄ Al llegar al Saltillo, alcanzó á Juárez una comisión portadora de interesantísima comunicación que le dirigían los dos caudillos del centro : Doblado, cacique sin cacicazgo, y González Ortega, cacique á punto de ser lanzado también. Puesto que la guerra no era de conquista, y en las disposiciones de los franceses había cierta inclinación á tratar con el grupo liberal, siempre que se excluyese á Juárez, como jefe de una demagogia violenta, el Presidente debía renunciar al puesto, dejándolo á alguno de los dos aspirantes. La insinuación era candorosa en sus alegaciones y en su fin. Los franceses anunciaban disposiciones amistosas, mas no en la vía diplomática, sino en la interventora. Querían entenderse con los hombres del grupo liberal para fundar gobierno y apoyar la idea napoleónica en elementos nacionales de indiscutible firmeza. Si se daba un sentido patriótico á la resistencia contra la intervención extranjera; si, en concepto de los liberales, la dignidad de la nación mejicana estaba igualmente interesada en repeler á los invasores y en desconocer el derecho de intervención, todo paso que se diera para disolver el Gobierno republicano equivaldría á desprenderse de los medios de resistencia, que iban á consistir, principalmente, en los morales, para aguardar el día, no lejano, de la retirada francesa, con una legalidad republicana intacta. La posición de Juárez era inatacable desde el punto de vista que no podían menos de aceptar los caudillos, aunque secretamente se encontrasen dispuestos á apartarse de esa línea. El papel de Juárez comenzaba á delinearse idéntico al de la guerra de tres años. Esperar y creer, tener confianza é inspirarla en la causa que defendía. Tal era su misión. Al definirse, comenzaban á dejar de tener efecto desastroso las limitaciones de su naturaleza de apático activo, y todo cedía en bien de su bandera. El político realista, identificado



con su ambición personal, podía ya hacer de esa ambición un arma de lucha por el propósito cuyo éxito afortunado tenía tantas otras ambiciones y tantos idealistas en sus diseminadas columnas.

℄ Doblado y González Ortega se inclinaron ante Juárez y vinieron á servirle en el conflicto con Vidaurri. ¿Quién inventó que Doblado tergiversaba, atisbando oportunidades para pasarse al enemigo? Era demasiado astuto para caer en los lazos de un arreglo que lo inutilizaba. Sin la renuncia de Juárez, que le permitiera presentarse como jefe de partido, sería vano pensar en que tuviese relaciones con el general Bazaine. En una carta, llena del profundo sentido práctico que lo distinguía, expuso las razones que tenía para no ser infidente á su partido.

℄ Ya estaba, pues, Doblado necesariamente sometido á Juárez por la pérdida de Guanajuato, cuando Vidaurri comenzó su rebelión. D. José María Iglesias, secretario de Hacienda después de la separación de D. Higinio Núñez, pidió la entrega de la aduana fronteriza de Piedras Negras, explotada indebidamente por el gobernador de Nuevo León y Coahuila. Vidaurri resistió, y Juárez en persona, acompañado de los ministros, pasó á Monterrey para definir sus relaciones con Vidaurri ó, más bien, para obligarlo á la obediencia. El resuelto fronterizo había dicho: «Si ustedes dan un paso, yo daré dos.»

℄ Entretanto, Mejía ocupaba Matehuala y Douay avanzaba hasta Zacatecas. González Ortega quedaba en la condición de Doblado, impotente casi, por la pérdida del territorio de donde obtenía elementos para hacerse valer, aunque todavía por algún tiempo se mantuvo con su división en las salinas del Peñón Blanco.

℄ Juárez destacó á Monterrey las fuerzas de Doblado antes de ponerse en camino, pero las encontró detenidas en un punto cercano á la ciudad. Fué que el cacique fronterizo engañó á Doblado, robándole su artillería con el pretexto de emplearla para salvas en honor de Juárez. El Presidente resolvió entrar de todas maneras, y lo hizo. Vidaurri no lo atacó, por falta de tropa; Juárez tampoco pudo abrir hostilidades, por carecer de artillería. Hubo negociaciones. La dificultad comenzaba por las desconfianzas que hacían difícil una entrevista. ¿En qué lugar podrían verse sin peligro para uno ó para otro? Había un medio, propuesto por Doblado, el cual resueltamente tuvo que confesarse menos listo, ¡él, no engañado hasta entonces por alma viviente! El medio era que Doblado pasase como rehén á la ciudadela ocupada por Vidaurri, mientras éste salía para conferenciar con Juárez. «Pero, señor Doblado, dijo Vidaurri, ¿es usted tan candoroso para proponerme la ruina de los dos? Mi mujer, que no es diplomática como usted, pero que tiene la prudencia natural, me dice que esto es absurdo, porque si me fusila el Presidente y los míos fusilan á usted, Juárez saldrá ganando, pues se libra de los dos.»

℄ La llegada de Hinojosa, y su disposición á seguir el partido de Vidaurri, definió la situación. Juárez fué conminado para despedir las fuerzas de Doblado, y él mismo tuvo que salir de Monterrey, después de una breve conferencia con Vidaurri, el cual ya se creyó seguro para salir al no haber fuerzas juaristas en la ciudad.

℄ Aquel disgusto le ocasionó á Juárez una fiebre que lo puso á la muerte en el

Saltillo. Recobrada la salud, pidió auxilio á Patoni y á González Ortega para reducir á Vidaurri. Éste había cometido un error llamando á los pueblos del Estado para que decidieran entre la adhesión al Imperio ó la defensa de la República. El sur de Nuevo León, es decir, Linares, Galeana, Río Blanco, Rayones—todo el macizo montañoso de donde habían salido las legiones reformistas y dos jefes muy prestigiados, Escobedo y Aramberri, que acababa de morir en la hacienda del Canelo,—todo el sur, decimos, envió un voto unánime contra Vidaurri. El norte de Coahuila, patria del general Blanco y reformista igualmente, asumió idéntica actitud. El Saltillo, siempre antividaurrista, presentó buenos elementos á Juárez. El Presidente, para fortalecer esa decisión, decretó la independencia de Coahuila, poniendo su territorio en estado de sitio. Aun los tamaulipecos, mal avenidos con Vidaurri, prestaron auxilio á Juárez. Pronto se reunieron en disposición de marchar hacia Monterrey, además de las fuerzas del interior, Capistrán y Serna en Tamaulipas, y en Coahuila milicias locales organizadas por Gómez Cárdenas, Cepeda y Viezca. Vidaurri tuvo que huir y pasó el río Bravo. Juárez avanzó á Monterrey, en donde situó la capital, que pudo haber establecido allí un año antes, aprovechando los recursos aduanales de Coahuila y Tamaulipas, perdidos con la demora.

* * *

℄ Juárez entraba en Monterrey el 3 de abril. Maximiliano aceptaba la corona de Méjico el 10 y desde luego celebraba el tratado de Miramar como soberano del nuevo Imperio. Ya podían los sastres y las modistas de la capital trajear de gala á sus clientes, enloquecidos con la expectativa de los rigodones imperiales. Se recreaban de antemano con las delicias de una verdadera corte, con reyes que no hubieran nacido en la casa número tantos de la calle tal de una ciudad michoacana. Poco se les daba, ante la fiesta en preparación, que el venerable clero estuviese trinando bajo la bota de Neigre. Todo, hasta la impía Reforma, hasta la excomunión, siempre que pudiesen ver las pedrerías de una corona. Tal corte para tal soberano. La una, pensaba en bailar; el otro, en organizar el baile. Desde ese día hasta pasado el 10 de mayo de 1867, bajo la lluvia de balas republicanas que caía sobre los muros de la Cruz, Maximiliano siempre tuvo como preocupación dominante detalles de ceremonial. Inteligente y sensible, culto, psicasténico, nacido para la dorada inutilidad en puestos de aparato, se arrojó á los peligros de la ambición, sin ser ambicioso, sino por accidental dilettantismo y por sugestión. Inconsciente de sus responsabilidades, é imprevisor como un pájaro, hizo, piedra á piedra, la fábrica de su infortunio. Así era Hamlet, así fueron, así son casi todos ellos, trágicos, interesantes y funestos.

℄ Mientras, Maximiliano aceptaba la corona, y después de firmar el tratado de Miramar, comulgaba en el Vaticano y se desayunaba con el Papa. Méjico seguía incendiado por la guerra; pero ya se creía próxima la pacificación. ¿Sería

posible, cuando acababa de ser fusilado Ghilardi por sentencia de una corte marcial y sufría igual suerte el gobernador de Aguascalientes, D. José María Chávez, y cuando, en nombre de la civilización, Dupin incendiaba Ozuluama? Con todo, Maximiliano llegó á Méjico en los momentos de alegría por la derrota de Doblado en Matehuala. Tamaulipas, es decir, la línea de costas, se abría á la dominación francesa hasta Matamoros.

¿Era útil, humano, patriótico, posible, seguir defendiendo á la República, cuyo representante supremo no tardaría en ser amagado por Quiroga, que avanzaba de Cadereyta, y por Castagny, que salía del Saltillo? Ya Juárez se veía obligado á dejar su tercera capital, á enviar su familia al extranjero, á despedirse de sus partidarios, expatriados también, y á peregrinar otra vez, apoyado en la legalidad, su fiel Antígona, piadosa y desolada. «Usted no puede llevar hacia la muerte á esos soldados—le decían los liberales de Guadalajara, en una carta, al general Uraga,—ni prolongar los sufrimientos de las poblaciones, teniendo, como debe tener, la evidencia de la absoluta inutilidad de tales sacrificios. Si la cuestión, en el terreno de las armas, se presenta de una manera tan desventajosa, en el de la política la estimamos resuelta enteramente. Después de la derrota del Sr. Doblado, es seguro que el Gobierno que rigió conforme á la Constitución de 1857 se habrá disuelto, quedando así disuelto todo centro de reunión. Al tiempo que esto sucede, el príncipe Maximiliano acepta la corona, toma posesión del trono y en esta hora quizás se encuentra en el suelo mejicano. La intervención francesa ha salido garante de que se conservarán las conquistas de la Revolución. El nuevo emperador ha jurado sostener la independencia y ha ofrecido dotar la nación de instituciones sabiamente liberales. ¡Ojalá se realicen estas promesas! Contando con ellas, los republicanos que tenemos el sentimiento de perder el sistema bajo el que vivimos tantos años, al menos nos consolaremos con que se hayan salvado los bienes preciosos de la soberanía nacional y la Reforma.» Uraga leyó la carta, la guardó, quedó convencido y no tardó en dar gusto á los señores Caserta, López Portillo, Ortigosa, Álvarez del Castillo y Jiménez de Castro. ¿No eran los unos, como López Portillo, liberales moderados del grupo superior de gobernadores del tiempo de Arista, cultos, reflexivos, de iniciativas vigorosas? Los otros eran antiguos colaboradores de Ayutla, como el canónigo Caserta y el Dr. Jiménez de Castro.

* * *

Maximiliano llegó y no encontró al Dr. Miranda, que había muerto. Labastida, tenazmente iluso, aguardaba todavía, lleno de esperanzas, una restauración clerical. En la hermosa oración fúnebre que, á la muerte del prelado, pronunció el elocuente Montes de Oca, con la franca intemperancia de su palabra, preñada siempre de temeridad, habla de las ilusiones del arzobispo Labastida y las explica como el resultado de su incapacidad para observar. No conocía el Austria, josefina hasta la medula, ni á Maximiliano, ni á Napoleón, ni á persona influyente de su siglo. Por eso merecía que se le aplicasen las palabras de

Jeremías cuando maldice al hombre que confía en otro hombre. Cuando se inaugura el imperio, cree aún que Maximiliano «pondrá coto á los desmanes del caudillo francés y á las pretensiones de Napoleón. Sí: aun hay esperanzas. Es imposible que el Emperador deje de escuchar los consejos de uno Á QUIEN DEBE LA CORONA.» Suponiendo que no fuera una frase de monseñor esa extraña deuda de la corona á Labastida, que tanto podía darla como D. Quijote una ínsula. Maximiliano se debía más á sí mismo, sin tener en cuenta sus obligaciones con quien le proporcionaba soldados y dinero, para que pudiese llanamente «reanudar los rotos vínculos entre la Iglesia y el Estado».

Al mes de su arribo á la capital, ya tenía Maximiliano un liberal en su Gabinete, D. José Fernando Ramírez, anticuario estudioso, moderado fluctuante que había sido miembro del Gabinete reformista de Gómez Farías durante la guerra con los Estados Unidos y que se había empeñado en la nacionalización de bienes del clero para sostener la campaña, dictando una ley imprudente que fué causa de disturbios. Este hombre, sabio, vanidoso y sin carácter, comenzó la aproximación de los liberales á Maximiliano, que deseaba propiciárselos, dándose aires de tratar con desprecio á MOCHOS Y CANGREJOS. Sus leyes y sus actos acentuaban la disposición liberal con que venía. Durante un viaje al interior, que fué el principio de la serie de expediciones de turista en que se gastó casi toda su actividad de gobernante, recibió la adhesión de Uraga, Quiroga y Vidaurri. Y así continuó la cadena. Ya eran los hijos de Gómez Farías, que habían maquinado la defección de Uraga, recordando tal vez que su padre habló como diputado por la coronación de Iturbide. Ya era García de la Cadena, ya Castro, el antiguo gobernador de Zacatecas, ya otros menos visibles. El Imperio se consolidaba.

* * *

El Gobierno republicano salió de Monterrey á mediados de agosto, entre el tiroteo de las avanzadas de Quiroga y perseguido hasta Santa Catarina, dejó los dominios de Vidaurri. En la Hacienda de Santa María, de la jurisdicción de Ramos Arizpe, cuna del ilustre diputado á las Cortes de Cádiz, titubeó entre el camino de Monclova, que recordaba el desastre de Hidalgo, y el camino de Parras, para salir de allí al Bolsón de Mapimí. Tomó el primero, para abandonarlo en la hacienda de Anhelo, de donde torció á Parras, con el fin de que sus fuerzas, mandadas por González Ortega y Alcalde, se incorporasen á las de Patoni para iniciar operaciones activas en la zona de Durango. En efecto, el general L'Heriller apenas podía cubrirla con las fuerzas de que disponía. Castagny, situado en Monterrey, no podía darle la mano mientras no se consumase felizmente la campaña de Mejía con la toma de Matamoros. Bazaine pensó en proteger á L'Heriller y le envió refuerzos; pero un movimiento hábil de González Ortega podía desconcertar, por lo menos temporalmente, á los franceses y permitir una reorganización del Gobierno. Juárez aguardaba el resultado de las operaciones en las orillas del Nazas. Había cruzado aquellas tristes llanuras, rebelándose á la necesidad

de internarse en el desierto. Alentado con las últimas palpitaciones de una esperanza que parecía insensata, celebró las fiestas del 15 y del 16 en dos haciendas, la Noria Pedriceña y el Sobaco. D. José María Iglesias describía, conmovido, una de esas dos ceremonias : «La solemnidad del acto fué grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que la habían ocultado poco antes, rielaba sobre el Nazas, que corría á poca distancia.» Las fiestas de la patria tenían dos oficiantes : Juárez en las haciendas del Nazas, y Maximiliano, que creyó tomar posesión del corazón de su pueblo, arengándole desde la casa del CURA DE DOLORES y empeñándose en dar á aquel aniversario una consagración definitiva á expensas del 27 de septiembre, que era la fecha de los conservadores.

* * *

Las fuerzas de Juárez agotaban el último aliento en marchas y contramarchas penosísimas. El 21, fueron desastrosamente aniquiladas en la acción de Majoma, á la que siguió la dispersión. La República había terminado. Cinco días después, Mejía se apoderaba de Matamoros, en donde se habían producido vergonzosas disensiones, fomentadas por federalistas y confederados que se disputaban á Brownsville, y atisbadas de cerca por el comandante naval francés que se había situado en Bagdad. Mejía entró en Matamoros, sin disparar un solo tiro, y recibió la obediencia de Cortina.

Mientras Juárez tomaba el camino de Chihuahua, á donde llegó en octubre, abandonando la esperanza de sostenerse en un puerto sinaloense, Maximiliano, asesorado por abogados de Guanajuato, se preparaba para aprovechar el 30 de noviembre, en que el poder de Juárez debía terminar, según la interpretación dada á la Constitución por esos abogados, declarando solemnemente que aun LA MALA Y ÚLTIMA RAZÓN POLÍTICA HABÍA TERMINADO, y que, en lo sucesivo, los guerrilleros serían considerados como salteadores de caminos. En el caso de hombres como Rojas, por ejemplo, que acababa de abrir una guerra contra la humanidad, sistemáticamente aniquiladora, la declaración era exacta; pero Dupin, que colgaba liberales en los faroles de Tampico, y Berthelin, la fiera vencedora de Rojas, al cobijarse con UNA BANDERA QUE HAN CONSAGRADO TODAS LAS CONQUISTAS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, no hacían, como Maximiliano decía de sus enemigos, «sino tomar pretextos para el robo y la matanza». Los pueblos temían igualmente á unos y á otros, y desatendiéndose de toda pasión política, buscaban un Gobierno pacificador. Todo era sonrisa para Maximiliano. Una genuflexión general acogía su política, que se presentaba á sí misma firme y extirpadora de abusos. El venerable clero, ardiendo en la cólera bíblica de 1859, veía que de los suyos sólo quedaba un débil contemporizador en el Gabinete imperial : Velázquez de León. D. Fernando Ramírez recibía el refuerzo de constituyentes de 1856, alguno de los cuales había recibido excomuniones por sus proyectos en

materias de organización ecleciástica. Entraron, en efecto, á servir como ministros D. José María Cortés Esparza y D. Pedro Escudero y Echanove, y, como consejero, D. Manuel Siliceo. D. Luis Robles Pezuela desempeñaba el ministerio de Fomento. A la vez, salían : Miramón para Berlín, á estudiar el arte de la guerra, y Márquez para Constantinopla y Jerusalem.

¶ El nuncio apostólico, que venía con la certidumbre del cumplimiento íntegro de los planes de reacción, encontró como interlocutor á un hombre que había sido consejero de Juárez, el cual mantuvo inflexiblemente un proyecto de organización que comprendía nueve puntos : 1.° Tolerancia; 2.° Incorporación del clero en el Estado como órgano de una función civil remunerada por el tesoro público; 3.° Administración gratuita de los sacramentos y ejercicio del ministerio sacerdotal sin costas para el pueblo; 4.° Nacionalización plena; 5.° Patronato; 6.° Reglamentación de comunidades religiosas, de común acuerdo entre el Emperador y el Papa, á fin de evitar el exceso de vida monástica; 7.° Registro Civil; 8.° Secularización de cementerios; 9.° Abolición de fueros. El nuncio no entendía : los prelados mejicanos, menos aún. Intentaron disuadir al Emperador del propósito de legislar en materias eclesiásticas, sin acuerdo con el Papa. Maximiliano les contestó en una nota amarga y resuelta. ¿Qué sabían los prelados de las necesidades espirituales de la nación? Ellos pasaban la vida conspirando ó inactivos. Él acababa de ver lo que eran aquellos pueblos, abandonados de sus pastores, y sabía hasta qué punto urgía atenderles. Por otra parte, que no se dijeran mansos de corazón. ¿Mansos, ellos? ¡Ah! «Pluguiera á Dios que así fuese. Pero, desgraciadamente, tenemos testimonios irrecusables, y en gran número, por cierto, que son una prueba bien triste, pero evidente, de que los dignatarios de la Iglesia se han lanzado á las revoluciones, y de que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado. Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia Mejicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto y despreciando las verdaras máximas del Evangelio.» Esto hubiera podido ser escrito y firmado por Ocampo, Degollado, Lerdo, Iglesias, Fuente, Ruiz, Ramírez. Pero cuando ellos lo dijeron, se les llamó demagogos, plebe roja. Y cuando Zarco gritaba que era católico, no se le creía. Pues allí estaba el príncipe traído por la reacción clerical, con el mismo programa, defendiendo LOS PODERES LEGÍTIMOS DEL ESTADO que Juárez había sostenido contra las mismas rebeliones. Y Maximiliano repetía las palabras de Zarco : «Dudad, si queréis, de mi catolicismo; pero, buen católico, soy también liberal y justo.» Sí, era católico y quería que el pueblo mejicano lo fuese en el sentido evangélico que inspiró á Degollado, el hombre no comprendido por sus compatriotas, como dijo el austriaco. Y concluía : «El pueblo mejicano es piadoso y bueno, pero no es católico, y ciertamente no por su culpa. Ha necesitado que se le instruya, que se le administren los sacramentos gratuitamente como manda el Evangelio, y Méjico, yo os lo prometo, será católico.»

¶ Hubo algún conato de resistencia de parte de Taboada y Vicario; pero ante la

fuerza de las armas extranjeras, todo callaba, y aun la palabra de los prelados tuvo que EXPIRAR EN LOS LABIOS, como ellos mismos decían, IMPOTENTE PARA EXPRESAR SU DESENGAÑO. Habían procurado la intervención y proclamado el imperio, no con otra causa ni para otro fin que librarse de las leyes de D. Benito Juárez. Tenían razón para hacer reflexiones «que abrumaban su inteligencia y comprimían el corazón». Juárez podía desaparecer y disolverse su gobierno. El de Maximiliano, ya se consolidara, ya fuera de transición, respetaba la esencia de la conquista revolucionaria, que era definitiva.

374 -- Juárez : su obra y su tiempo

RICHMOND Y SADOWA

LENTO como Juárez, paciente como Juárez, Lincoln se distinguía del Presidente mejicano en que no superaba sólo moralmente, por la voluntad, á sus colaboradores, pues había logrado hacerse dueño del recurso de la palabra, recurso supremo en una democracia. Había logrado también, y en esto igualmente Juárez puede equiparársele, con un poder de asimilación sorprendente, penetrar en todas las profundidades de la crisis nacional que dió causa á la guerra separatista. Seward, lleno de petulancia, pero también de nobles y útiles cualidades, era el ciudadano cuya cooperación más importaba al nuevo Presidente. Lincoln la aseguró, desdeñando los defectos y apreciando las virtudes del secretario de Estado. El extremado vigor mental de Lincoln, que le permitió adquirir, conservar y dominar á Seward, es un hecho histórico que se aprecia menos de lo que vale. Gracias á él, pudo el Gobierno hacer frente á la rebelión, con un grandioso programa. En esencia era éste : desarrollar en el Norte las riquezas latentes de inmediata explotación, para dominar con ellas al partido separatista. La fuerza del Sur era enorme, pero limitada : consistía en su organización, por haber pasado al territorio rebelde todas las armas y todas las municiones existentes, y por contar con casi todo el ejército que había desertado del Norte. La fuerza de éste era, por consiguiente, fuerza potencial, ilimitada, susceptible de una expansión prodigiosa. Era la fuerza envolvente de su industria, de su población que se desbordaba hacia el oeste, de su Mississippi que penetraba como una brecha en el territorio separatista.

¶ En el primer año de la contienda, los separatistas impusieron su indiscutible

superioridad técnica en las campos de batalla entre las dos capitales; pero á la vez que, con la sangrienta acción de Mannassas, el Sur hacía creer en su victoria definitiva, las campañas laterales del oeste ponían en manos del Gobierno federal las márgenes del sur del Missouri y del Ohio, y la parte superior del Potomac. Dominaba, pues, tres de los Estados esclavistas, Maryland, Missouri y Kentucky, así como los distritos del oeste de Virginia. Pero estos hechos parecían demasiado insignificantes en Europa, que sólo veía ó quería ver la superioridad de Johnston y Beauregard sobre McDowell.

¶ El vencedor del oeste, McClellan, pasó al oriente para repetir sus victorias; pero la campaña de 1862 le fué funesta. Su invasión, por mar, de la Virginia, encontró, como obstáculo, el genio de dos hombres superiores, Roberto E. Lee, que sucedió á Johnston, herido en Fair Oaks, y el temerario Tomás J. Jackson, Muro de Piedra (Stonewall), así llamado por su inconmovible resistencia á las cargas del enemigo. McClellan, derrotado, dejó el mando á Pope, que tuvo menos fortuna y fué sucedido por su antecesor McClellan, después de una segunda derrota de Mannassas, pasando por último el mando á Burnside, igualmente inferior á los dos sorprendentes generales del Sur.

¶ Mas á la vez que de tal manera acababa el año de 1862, con ininterrumpidas derrotas para los federales, en el oeste continuaban en proporciones más vastas los buenos resultados de la campaña anterior. Ulises S. Grant, secundado por el comodoro Foote en los ríos y por el comodoro Farragut en el Golfo, abría el Mississippi á las fuerzas federales que bajaban hasta Vicksburg desde el Tennessee y subían desde la desembocadura, después de la toma de Nueva Orleans. Éstas eran conquistas, más aún que victorias. Significaban la desintegración de los confederados con la separación de Luisiana, Arkansas y Tejas, cortadas á la retaguardia de las fuerzas federales del oeste.

¶ Fortificado con esto y con la imposibilidad en que había estado Lee de llevar una campaña ofensiva á Maryland, Lincoln dió la proclama de emancipación de los esclavos, y esto imprimió á la guerra un sello de pasión que no podía darle el ser únicamente en defensa de la Unión amenazada. El Sur era una oligarquía, sin conexiones con la civilización contemporánea, encerrada por las fuerzas federales, bloqueada en el Atlántico y en el Golfo, y, sobre todo, definitivamente distanciada por los cuantiosos recursos del Norte que diariamente se ponía en mejores condiciones materiales para dominar. Por entonces, el Monitor de Ericsson, con su apariencia miserable de caja de queso yankee, operó una completa transformación de las operaciones navales, poniéndose en contacto con el Virginia de los sudistas. Pronto desapareció el corso confederado, y el comercio marítimo renació en beneficio exclusivo del Norte, que estrechó cada vez más el bloqueo.

¶ Tales eran las condiciones de la guerra cuando Puebla se alistaba para el sitio. Durante el año de 1863, Grant completó los resultados de su campaña anterior con la toma de Vicksburg, y el teatro de la guerra en el oeste se trasladaba á Georgia por el Tennessee, metiendo una nueva clava en el territorio sublevado. Mientras tanto, en Virginia, los federales, con un nuevo jefe, Hooker, sufrían

la derrota de Chancellorsville, y Lee procuraba otra vez la invasión de territorio enemigo, dirigiéndose en esta ocasión á Pensilvania, de donde volvió rechazado en Gettisburg.

₵ Á principios de 1864, el general Grant tomó el mando de las fuerzas federales, y comenzó la serie de operaciones que estrecharon á Lee, reduciéndolo á la defensa de Richmond y Petersburg. Mientras Juárez salía de Monterrey, sufría el desastre de Majoma y se instalaba en Chihuahua; mientras Maximiliano creía organizarse, viajaba por el interior y resolvía en el sentido de la Reforma las cuestiones fundamentales planteadas por los reformistas, Grant se ocupaba en el sitio de Petersburg, preparatorio de la caída de Richmond. Sherman procuró cortar en el oeste al ejército confederado, y lo consiguió con la toma de Atlanta; siguió su penetración hasta llegar á Savannah, se dirigió á la Carolina del Sur y dió caza á Johnston para impedirle que auxiliara á Lee. La guerra podía decirse decidida desde que se abrió la campaña de 1864. Al comenzar 1865, terminó con la ocupación de Richmond y la rendición de Lee, completamente privado de recursos y agotado por sus esfuerzos heroicos para abrirse paso á través de las gruesas líneas que lo cercaban.

❧ ❧ ❧

₵ ¿De qué manera seguía Juárez las vicisitudes de la guerra separatista y el anuncio cierto de su desenlace favorable á la causa de la Unión?

₵ D. José María Iglesias, encargado de explorar el horizonte y de dar cuenta de sus observaciones periódicamente, como diestro que era para descubrir por el vuelo de las aves el secreto de los dioses, ó, sin metáfora, para ver por dónde podía comenzar á levantarse el nublado, en una de sus revistas decía : «1864 muere en estos momentos : 1865 nace lleno de mil promesas halagüeñas.» No importaba que el Gobierno de los Estados Unidos se manifestase siempre duro, frío, implacablemente apegado á la sentencia de Washington que le vedaba tener filantropías en su política internacional. Los tiempos iban á cambiar : ya se anunciaba el albor de una diplomacia impregnada de valiente monroísmo. El ejército la pedía. Pocos meses antes de la toma de Richmond, en octubre de 1864, Don Manuel Doblado había ido de visita al cuartel general de Grant, con D. Matías Romero. El general mejicano fué recibido como un triunfador, y al recorrer las líneas del ejército del Potomac, se le aclamó con entusiasmo. Los generales Grant, Meade y Butler ofrecían sus servicios á la causa de la República Mejicana. Ya estaban para terminar sus fatigas; pero un ejército victorioso no puede ver sin tristeza el fin de la guerra. Grant y los suyos decían, y lo repitieron después con insistencia, que la paz no estaría asegurada mientras tuvieran que expulsar á los franceses del territorio mejicano.

₵ El pueblo simpatizaba con esta resolución del ejército. Los diputados y senadores que trataban de afianzar ó aumentar su influencia política, hablaban de la doctrina de Monroe y pedían á gritos su aplicación en la cuestión de Méjico. Los ciudadanos se aprestaban á inscribirse como voluntarios en las expediciones

proyectadas. La fácil destrucción del gobierno de Maximiliano estimulaba el orgullo patriótico, que no quería prescindir de una nueva gloria militar. Aun se trató de asociar á los jefes confederados para que con la expedición de Méjico limpiasen el desdoro de su rebelión.

℄ Mas, por fortuna para nosotros, muerto el gran Lincoln y restablecido Seward de las heridas que sufrió en un atentado brutal, pudo el secretario de Estado imponer la continuación de la política de abstención y prudencia; y decimos por fortuna, persuadidos de que un auxilio militar prestado en aquellas condiciones habría sido funesto para la nacionalidad.

⁂

℄ No bien comenzó á sonar en Méjico el proyecto de contraintervención, los partidarios del Imperio dieron en designar como traidores á Juárez y á los suyos. Traer á los norteamericanos era vender el territorio, que ellos trataban de rescatar con los elementos de una intervención europea. Los días de prueba se acercan, decían los redactores de La Sociedad, órgano autorizado de los conservadores. Primero habían querido negar la evidencia, afirmando que el Sur no sucumbiría; mas cuando llegó la noticia de la rendición de Lee, creyeron irremisible una invasión provocada por el partido republicano. Y comenzaron de nuevo las recriminaciones, recordándose los acontecimientos de Antón Lizardo y las cláusulas del tratado McLane-Ocampo. Los franceses habían venido á impedir que la demagogia juarista vendiese el territorio nacional á los norteamericanos : así lo habían dicho en sus proclamas los generales de Napoleón. ¿Á pesar de todo, se consumaría la traición republicana? Bien sabían los enemigos de la República cuán fácil era para los norteamericanos destruir en un día la obra intervencionista.

℄ Desde entonces ha venido repitiéndose la acusación. Si Juárez no nos vendió, fué porque el azar se interpuso para salvarnos. El azar en este caso se llamó Seward, que no quiso territorio mejicano. La acusación consta de dos capítulos: traición directa consistente en promesas de venta de la Baja California y Sonora á los Estados Unidos; imprevisión punible por haber procurado traer fuerzas norteamericanas que de aliadas se habrían convertido en conquistadoras.

℄ A fines de 1864, D. Matías Romero pasó por una crisis nerviosa que alteró notablemente sus ideas, de ordinario firmes, aunque lentas, penosas y poco sintéticas. D. Matías oyó decir que al reelegirse á Lincoln, el Gobierno de la Unión reconocería el Imperio de Maximiliano, á cambio de un servicio igual que le prestaría Napoleón. De pronto creyó que la noticia era absurda, opuesta á la voluntad claramente manifestada por el pueblo de los Estados Unidos y en contradicción con los intereses nacionales. Mas en un viaje á Nueva York se le confirmó la especie por persona digna para él de todo crédito. ¿Qué hacer para contrarrestar la resolución desastrosa de Mr. Lincoln y Mr. Seward? Veía tres modos de influir para que eso no se realizase : el primero era provocar manifestaciones

populares; el segundo, hacer explicaciones confidenciales que patentizaran los malos resultados del reconocimiento de Maximiliano, y el tercero hacer promesas que neutralizasen las ventajas esperadas del Gobierno francés. Para los dos primeros puntos del programa, no tenía que hacer sino dirigirse á los muchos amigos de Méjico y partidarios de la doctrina de Monroe que había en los Estados Unidos, para que, por la vía de las declaraciones públicas y de las explicaciones privadas, impidiesen una política contraria al americanismo tradicional. Por lo que hace al tercer punto, la cuestión es de tal gravedad, que merece una especial atención. Romero se expresaba así al hablar de venta de territorio mejicano: «Un amigo de nuestra causa, y que es persona que tiene intereses en Méjico, nos había propuesto al Sr. Doblado y á mí, como el mejor y único modo de conseguir fondos con que comprar armas y activar la guerra para arrojar al invasor de nuestro territorio, y de empeñar á este Gobierno en nuestra causa, la venta á los Estados Unidos de la Baja California y una parte de Sonora, que diera á este país un puerto en el Golfo de Cortés. Yo deseché desde luego esta indicación.» Y á continuacion, monologando, dice que «la gravedad y la naturaleza del asunto no le permitían formar una determinación. Al hablar de determinación, continuaba, me refiero sólo á usar de ese expediente, con objeto de impedir el reconocimiento; pero sin tener la mira de resolver por mí mismo una cuestión de tanta trascendencia para nuestro país, y en contra de la cual están, como usted sabe, todas mis ideas y mis deseos.»

℄ D. Matías disparataba. ¿Qué necesidad había de que asegurase cuáles eran sus ideas y propósitos en una cuestión que no dependía ni de sus ideas ni de sus propósitos? Y luego había que ver la ligereza de dar por cierto el reconocimiento de Maximiliano como concesión del Gobierno de Lincoln, para comprar de Napoleón el desconocimiento de la Confederación, agonizante ya, según las propias noticias de Romero á su Gobierno.

℄ El 22 de octubre, es decir, tres días después de sus informes alarmantes sobre el reconocimiento del Imperio, habló de una comida á que se le invitó con el general Doblado en la casa de Seward. «Mr. Seward hizo en el curso de la comida frecuentes alusiones á los asuntos de Méjico, y en todas ellas daba á entender que estaba muy lejos de querer reconocer el Gobierno de Maximiliano. En una ocasión llegó hasta decir que no consideraría terminada la cuestión actual en los Estados Unidos, sino hasta que no hubiera dependencia ninguna europea en el continente americano, y hasta que todo él estuviera regido por instituciones republicanas. La impresión que me quedó, después de haberlo oído, fué la de que, ó es el hombre más falso que existe sobre la tierra, que sin necesidad hace alarde precisamente de lo contrario de lo que siente, ó que no había pensado en comprometerse en reconocer á Maximiliano. Después de haber visto otros muchos incidentes que sería largo enumerar aquí, he llegado á creer que el segundo extremo es el fundado.» Con todo, el ministro Romero siguió tramitando el expediente de la cesión de territorio. Ya lo había iniciado, y en su espíritu, que era un reloj por la exactitud, y más aún por la incapacidad de seguir los movimientos ondulantes de la vida y del pensamiento, no cabía la interrup-

ción de un acto iniciado. El mecanismo siguió funcionando mientras le duró la cuerda.

Las personas por cuyo conducto se hizo el ofrecimiento de territorio mejicano, se encargaron de parar el reloj de D. Matías, diciendo que, antes de las elecciones, Lincoln y Seward no tratarían, aunque se les obsequiase con un continente. D. Matías escribió entonces la tercera nota de la serie, razonando con el buen sentido más cabal, sobre la actitud que asumirían los Estados Unidos después de la derrota de los confederados. Entonces no habría para qué solicitar la contraintervención de los Estados Unidos : por sí solo el Gobierno de Washington obraría activamente, «pidiéndole á Juárez ayuda moral para dar á su intervención el colorido de justicia que tendría procediendo de acuerdo con el Gobierno republicano.» Mas, en todo caso, había que evitar una cooperación material, ya consistiese en dinero ó en fuerza armada, porque el pago de toda ayuda se haría con Sonora, California ó Tehuantepec. Sin embargo, aceptaba la necesidad, expresándose de este modo : «Si nosotros, pues, hemos de tener que recurrir alguna vez á este país para que nos ayude á arrojar á los franceses del nuestro; ó si, á nuestro pesar, este país ha de tener que intervenir en nuestros asuntos, y si en ambos casos hay peligro grave de que perdamos una porción de nuestro territorio, parece que la política más sabia y patriótica sería la que tratara de reducir la pérdida á la menor porción posible.» Planteada de este modo la cuestión, fué resuelta sin criterio fijo en el resto de la nota, con algunas consideraciones muy juiciosas. Ya no existía el peligro de que Méjico se convirtiera en colonia francesa : á lo sumo, podría temerse que Napoleón exigiese alguna parte del territorio para pagarse las reclamaciones hechas á Méjico y los gastos de la expedición. Si tal cosa sucediera, lo prudente sería pactar con los Estados Unidos que su ayuda para expulsar á los franceses tuviera como remuneración el mismo territorio cedido por Maximiliano á Napoleón. Aunque meditando con más detenimiento, parecería lo más conveniente no meterse con los Estados Unidos, dejar perdidos los territorios que Maximiliano entregara á los franceses, y esperar á que las colonias de Francia se hicieran independientes, lo que no tardaría en acontecer, quedando de todos modos un eslabón intermedio para aislarnos de los Estados Unidos y no sufrir esa superioridad aplastante de un vecino tan poderoso. Hay que lamentar en toda esta nota la falta de un razonamiento sostenido sobre lo más probable, ya que tanto insiste sobre contingencias remotas. Lo probable era lo que el mismo Romero expone diciendo : «Una vez terminada la guerra civil en los Estados Unidos, la necesidad que este Gobierno tendrá de intervenir en la cuestión de Méjico, ha de ser de tal manera imperiosa, que entonces será él quien nos solicite para tener la ventaja de nuestra ayuda, y dar á su intervención, aunque ésta no sea armada, como debemos procurarlo, el colorido de justicia, legalidad y fuerza moral que tendrá, procediendo de acuerdo con nosotros. Entonces nosotros estaremos en posición de poner condiciones, mientras que, si ahora promoviéramos alguna negociación en este sentido, acaso tendríamos que aceptar las que se nos impusieran.» Llama la atención que, pensando así, hubiera ideado el juego pueril y peligroso que él llamaba ex-

pediente, y que aunque ya ha sido objeto de alguna alusión líneas arriba, conviene ver en los propios términos con que lo da á conocer su autor. «Discutiendo con el general Doblado lo que sería conveniente hacer en vista de las presentes circunstancias (ya hemos tenido ocasión de saber por el mismo Romero que nada se podía ni se debía hacer en vista de esas circunstancias), llegamos á convenir que él, como particular y expresando simplemente su opinión, dijera que creía conveniente que el Supremo Gobierno vendiera á los Estados Unidos la Baja California y una parte de Sonora; que estaba dispuesto á recomendar esa medida al Presidente, y que la creía de fácil realización. Pareció que, procediendo así, podríamos dar á este Gobierno más interés en no reconocer á Maximiliano, y aun llegar á saber qué haría si se le llegaba á proponer dicho arreglo, sin que por eso nos comprometiéramos á nada, supuesto que yo no había de aparecer oficial ni extraoficialmente en el asunto.» Al contrario, el compromiso era grande, y no se necesitaba que apareciese el ministro de la República, siendo bastante que Seward sintiese el apetito de los bienes que se le metían por los ojos, para que el Gobierno de los Estados Unidos aprovechase la emergencia y se arrojara sobre ellos. Incurrir en este peligro sin tener necesidad ninguna de provocarlo, como claramente lo demuestran los mismos hechos alegados por el ministro Romero, era llegar al extremo de la incoherencia en la conducta.

℄ Al recibir esas notas el ministro de Relaciones, tal vez vió el peligro en que estábamos con un hombre tan privado de juicio en sus actos como bien dotado para las observaciones fragmentarias. Así, pues, aun cuando el Gobierno de Juárez había estudiado el aspecto de indudable legalidad que le asistía al solicitar la ayuda de los Estados Unidos, penetró profundamente en el peligro de una cooperación material. La venta de territorio nunca estuvo en la mente de Juárez: aun á falta de la ley que se lo vedaba, era bastante para impedírselo su patriotismo. «No sólo por las convicciones del Gobierno, sino también por un estricto cumplimiento de sus deberes, se abstendrá siempre de celebrar cualquier tratado ó convenio en que no se salvara la independencia é integridad del territorio nacional, ó en que otro Gobierno pretendiera tener en la República cualquiera especie de intervención. Las leyes de 11 de diciembre de 1861, de 3 de mayo de 1862, de 27 de octubre del mismo año y de 27 de mayo de 1863, impusieron esas restricciones al Gobierno cuando le dieron las amplias facultades de que está investido. Además, aun cuando el Gobierno pudiera prescindir de aquellas restricciones, no tendrá el deseo de hacerlo, porque su propósito ha sido y será siempre que se salve toda la República, con su soberanía y con todos sus derechos.» A pesar de esto, el Gobierno entraba en el terreno de las determinaciones atrevidas, porque cuando «sólo ha tenido que luchar con mejicanos rebeldes á su autoridad, se ha limitado á emplear los elementos y las fuerzas nacionales; pero cuando lucha contra un invasor extranjero y poderoso, no puede haber inconvenientes que lo retrajeran de recibir auxilios de otro Gobierno sin perjudicar los intereses y el honor nacional.» He aquí en lo que podrían consistir esos auxilios. Sigue la nota de Lerdo de Tejada á Romero: «Respetándose estos principios (limitaciones de las facultades del Gobierno en cuanto á enajenación de

territorio), podría usted procurar, cuando llegase la oportunidad, que los Estados Unidos auxiliaran eficazmente la causa de la República, no sólo con un auxilio moral que, como indica usted, por ejemplo, pudiera consistir en protestas ó tal vez en amenazas, sino también con un auxilio físico, que consistiera en dinero, en elementos de guerra, ó aun en fuerzas que tuvieran el carácter de auxiliares de la República. En el caso de celebrarse algún tratado ó arreglo para que los Estados Unidos prestasen físicamente su auxilio, podría tener el carácter de un tratado de alianza para repeler la actual invasión de Méjico, ó aun podría tener el carácter de un tratado en que se elevase la doctrina de Monroe á la clase de un principio permanente que impusiera la obligación de ayudarse en todo tiempo para rechazar cualquiera intervención europea en los asuntos exclusivamente americanos. El Gobierno creería aceptable uno ú otro carácter, así como algún otro semejante, aunque siempre sería preferible lo que diera el resultado de auxilios eficaces en la lucha actual con menos compromisos para lo futuro. Si el auxilio que los Estados Unidos llegasen á dar, no fuera sólo de dinero y elementos de guerra, sino también de fuerza armada, ésta, como se ha dicho, debería ser en clase de auxiliares del ejército de la República. Sería natural que el mando de aquella fuerza lo tuvieran sus propios jefes; pero debería cuidarse de que en lo relativo á la dirección superior de fuerzas de las dos Repúblicas cuando operasen unidas, y á la dirección general de la campaña, se estipulasen algunas de las reglas practicadas en otros países en casos semejantes, para que quedasen atendidos y considerados los derechos y la dignidad del Gobierno de la República. Teniendo también los Estados Unidos verdadero interés en que se repela de Méjico una intervención europea, podría depender de la mayor ó menor voluntad de los mismos Estados Unidos, que quisieran hacer á cargo de Méjico todos ó parte de los gastos del auxilio que le prestaran. Sin embargo, la República debería admitirlo aun cuando todos los gastos fuesen á cargo de la misma; pero siendo indispensable que los Estados Unidos anticiparan las sumas necesarias, la República sólo podría obligarse á pagarlas más adelante. En esta materia deberían estipularse las obligaciones de Méjico, regulándose en lo que fuera justo y posible, teniendo presentes sus circunstancias. Respecto de garantías para el pago, pudiera considerarse lo que fuera posible respecto de la consignación de alguna parte de las rentas de la República ó de los productos de la enajenación de bienes nacionales y terrenos baldíos, debiendo siempre evitarse cualquiera hipoteca ó compromiso sobre una parte del territorio, que pudiera acarrear alguna cesión futura del mismo.»

℄ Los patriotas por cuyo acuerdo unánime se enviaran estas instrucciones á fines del 64, quedan limpios ante la posteridad de cualquier imputación que los mancillara. Ni vendieron la República al extranjero, ni estuvieron inclinados á un cobarde acomodo. Se contestó en términos precisos una serie de preguntas que había propuesto el ministro Romero en su nota del 6 de octubre. Si algo hay que observar en estas instrucciones, sólo se refiere á la fe, un tanto candorosa, con que se esperaban, después de la guerra, los primeros efectos de la doctrina de Monroe, caracterizada como una base de indeclinable igualdad entre ambas

repúblicas, y no como el medio de que se valían los Estados Unidos para imponer la hegemonía norteamericana, sin compromisos de reciprocidad, que no podían existir entre dos países de fuerza tan desigual. Hubo, también, una propensión harto sensible á confiar en las estipulaciones, como si un pueblo, en el delirio de la militarización, hubiera respetado barreras de papel que estorbasen sus pruritos de conquista.

℄ Mas ¿á dónde volver los ojos en busca de auxilio? Una tenaz esperanza fomentada por las manifestaciones fraternales que venían del pueblo, de la prensa y de las Cámaras representativas de los Estados Unidos, mantenía, en toda su vivacidad, la fe primitiva de los progresistas mejicanos, siempre confiados en la influencia libertadora y en la pureza magnánima del pueblo más libre de la tierra. Con todo, un escrúpulo que flotaba en todas las instrucciones del Sr. Lerdo de Tejada, tomaba cuerpo en la última, que decía así : «Para convenir que los auxilios que se prestaran á Méjico fueran más ó menos eficaces y en mayor ó menor escala, deberían tenerse en consideración los gravámenes que respectivamente se ocasionaran, sirviendo esta consideración para reducirse á obtener menos, siempre que, para obtener auxilios mayores ó más eficaces, pareciesen los gravámenes desproporcionados, ó excedieran de lo que pareciere posible convenir. Aunque los auxilios pareciesen reducidos á los elementos de guerra que se facilitaran, ó en cuanto al número de fuerzas auxiliares, ó en cuanto á que éstas no debieran operar en toda la República, sino sólo en alguna parte de su territorio, siempre serían importantes, pues servirían para que se sostuviera el Gobierno de la República, que, sosteniendo la lucha, no duda del triunfo final de su causa.» ¿Quién ha podido demostrar que Juárez y sus consejeros de Chihuahua dudaran jamás del triunfo definitivo de la República? Todos los augurios les decían que la intervención era una obra precaria. Y repetían sus juicios, formulados en 1862 : la intervención, según ellos, duraría lo que durara el STATU QUO europeo, de continuo amenazado por las complicaciones que ocasionaría el advenimiento de las nuevas nacionalidades; duraría lo que durara la impotencia del Gobierno federal en los Estados Unidos; duraría lo que durara la paciencia de Napoleón, su ilusión en una obra frustránea y la resistencia del Gobierno imperial á la maciza oposición que provocó su política transatlántica. Todo esto aparece luminosamente demostrado en las crónicas que publicaba el Sr. Iglesias. Y aparecía otra cosa. El Imperio no sobrenadaría. El último batallón francés tendría que servir de escolta á Maximiliano para sacarlo sano y salvo del país. Esto era evidente : los liberales que habían aceptado el Imperio, formaban ciertamente una masa, pero no una fuerza de esas que firman las leyes de Veracruz y ganan ó pierden acciones en Ahualulco y en la Estancia de las Vacas. Todas estas previsiones fueron brillantemente confirmadas antes de que pasaran tres años.

* * *

℄ Á Seward nada le importaba que Juárez y su Gobierno sucumbiesen. Nada le

importaba que el Imperio se sostuviese ó fuera arrasado por los defensores de la República. Su problema se precisaba así : expeler de América á Napoleón, y lograrlo sin comprometerse en una guerra con Francia, que consideraba funesta para su patria. No creía posible, ni lo era, que la contienda fuese desfavorable para las armas de los Estados Unidos, teniendo que decidirse en América, á un paso de su país, y con la consiguiente superioridad material y numérica, que se hacía aplastante por el genio de sus generales, para los que no había un solo rival en el ejército francés, no menos que por el formidable espíritu democrático de sus combatientes. Pero Seward veía, en estas razones del éxito indudable de la guerra, un peligro para los Estados Unidos, cuyo problema era diseminar sus soldados en las tareas agrícolas de la primavera, para que así, reabsorbidos por la nación, desaparecieran instantáneamente los ejércitos. Comprendía que una masa armada no permanece inactiva, y que, al día siguiente del triunfo, vencedores y vencidos se unirían, envolviendo al país en las miserias del militarismo, para el que la nación estaba dispuesta por la presencia de las fuerzas francesas en Méjico. Seward tuvo, pues, que resistir al pueblo que pedía la guerra, y al ejército que la exigía. Su frialdad hacia nuestro Gobierno aumentó con la seguridad de la victoria, y marcó claramente la intención de desligar la suerte de Juárez y la del propósito de exclusión europea en los asuntos americanos. El monroísmo era asunto propio de los Estados Unidos, que no se trataría en ligas anfictiónicas, ni daría lugar á pactos de alianza con la República vecina. Sí; el Secretario de Estado no sólo fué frío, sino desdeñoso é insolente. Sirvió á su patria, y, con esto, sirvió indirectamente también á la nuestra, pues no hay nada tan peligroso para un pueblo de América como el amor desinteresado que los Estados Unidos sienten por la libertad de sus hermanas menores. Su protección es un dogal de fuego.

❧ ❧ ❧

℄ Los desastres de las fuerzas republicanas no podían contrarrestarse con las victorias episódicas que lograron alcanzar, el 22 de diciembre en San Pedro y el 10 de enero en Veranos. Con la una, no pudo impedir el bravo Rosales que Culiacán cayese en poder del enemigo, que en marzo de 1865 ya se extendía por toda la costa y se adueñaba de Guaymas. Corona, con la acción de Veranos, lugar próximo á Mazatlán, tampoco impidió que un mes más tarde, el 11 de enero, Billault incendiara Concordia. Juárez quedaba encerrado, sin un solo puerto, reducido á los recursos interiores que podían proporcionarle el oriente y norte de Sonora, casi todo Chihuahua y una parte de Coahuila. Aun de la capital de Chihuahua iba á ser arrojado. ¿Cruzaría la frontera y abandonaría su investidura? «Constantemente se ha seguido anunciando en todo el mes (diciembre de 1864) la salida de la expedición francesa de Durango sobre Chihuahua. Parece que en efecto va á formalizarse dentro de pocos días, á juzgar por las últimas noticias recibidas, en las que se habla de los preparativos que se estaban haciendo con el objeto mencionado. En el evento de que sean exactos esos in-

formes debe creerse que la referida expedición será la última que emprendan los franceses para prolongar su ya demasiado extensa línea. Ensancharla más, les presentaría gravísimas dificultades, como se las presentará conservarla luego que se disminuya la fuerza efectiva de que han podido disponer hasta aquí.» Estaba, pues, preparado el Gobierno, según las líneas anteriores de D. José María Iglesias, para desocupar momentáneamente la ciudad de Chihuahua y refugiarse en algún repliegue de la Sierra Madre ó en algún punto distante del desierto.

℄ Aun tardó más de seis meses en realizarse la cuarta traslación del Gobierno durante aquella guerra. Algunos días menos dolorosos que los de Paso del Norte trajo la primavera de 1865. Oajaca había caído, casi á la vez que se perdían los últimos puertos de occidente en el mar de Cortés, pero Nuevo León y Coahuila eran recuperados; Zacatecas y Durango abrían de nuevo sus territorios; Matamoros era objeto de una expedición vigorosa de los republicanos; y así, en lugar de la fuga hacia el norte de Chihuahua, el Gobierno veía un ensanchamiento de su esfera de mando. Esto sin contar, para alentarlo, con las valientes acometidas dadas á las tropas francesas y auxiliares en donde quiera que intentaban dominar. Rosales en el noroeste, Corona frente á Mazatlán, Régules en Michoacán, Félix Díaz entre Puebla, Veracruz y Oajaca, Figueroa en este último, Méndez en Tamaulipas, mantenían el estado de saludable intranquilidad que aconsejaba Milans del Bosch, hablando en su nombre y en el del general Prim. «¡Ay de Méjico, decía, si se empeña en tener Numancias y Zaragozas! Al campo, al campo; en el campo está el baluarte de la libertad. Balbonas y Termópilas, que no Oajacas y Pueblas han de salvar la República Mejicana. El heroísmo de las defensas puede enaltecer el denuedo de los defensores, pero nunca dió ni dará ni puede dar resultados ventajosos. Prim y todos los militares que aquí tenemos la vista fija en Méjico y la seguimos con nuestros corazones, somos de este parecer, que puede usted hacer llegar á conocimiento del ilustre y virtuoso Juárez». No era preciso que Juárez lo mandase. Por la fuerza misma de las condiciones militares del país, los defensores de la República habían tomado la actitud aconsejada por Milans del Bosch, «atacando al enemigo en sus idas y venidas, causándole bajas y entorpeciéndole sus operaciones». El enemigo, por su parte, enfurecido por la hostilidad republicana, se dejaba llevar de lamentables violencias, que desprestigiaban su causa. Ó incendiaba, como en Concordia; ó azotaba á los liberales, como lo ejecutó en Morelia, Potier, el AZOTADOR; ó fusilaba, como se hizo en Méjico, por orden de Bazaine, llevando al patíbulo, por sentencia de una corte marcial, á Nicolás Romero. Maximiliano extendió inútilmente la mano para detener á la airada soldadesca. Él y sus funcionarios nada pudieron hacer para impedir la obra inicua de los sedicentes civilizadores. La impotencia del Imperio comenzó á desconceptuar tristemente á Maximiliano, en tanto que la República levantaba su causa con la persecución que estrujaba á sus partidarios en los lugares dominados por los franceses con látigos y cortes marciales.

℄ La desocupación del nordeste por los franceses activó una rápida formación del núcleo mejor organizado con que contó por aquel tiempo la República. Era

inútil querer fundar Imperio sin franceses. En donde ellos faltaban, el suelo desaparecía bajo los pies de los prefectos de Maximiliano. Sin esfuerzo, por la acción espontánea de la voluntad pública, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y una zona de territorio durangueño y zacatecano, quedaron en poder de la República. Escobedo, Naranjo y Gorostieta formaron en Laredo con 26 hombres el plasma de un ejército que inició sus operaciones en el norte de Coahuila. A la vez, vino hacia el Saltillo el general Negrete, que había salido de Chihuahua, y en el sur de Nuevo León se organizaba el coronel Treviño, desprendido de Oajaca para operar en el Estado de su nacimiento. Después de una travesía llena de audacia, pudo, con el auxilio de Martínez, presentarse á Escobedo, mandando un grupo de fuerza veterana, que, con la de Naranjo, había de distinguirse tanto por su intrepidez como por su excelente moralidad. Entretanto, Méndez se hacía dueño de Tamaulipas. Ya sólo faltaba apoderarse de Matamoros, á donde se dirigió Negrete con todos los elementos creados por los jefes neoleoneses, coahuilenses y tamaulipecos, y con los que él mismo había sacado de Chihuahua. La expedición fracasó. Mejía, encerrado en el puerto, pudo sostenerse, y se sostuvo con tanta mayor felicidad cuanto que recibió el auxilio de los confederados de Brownsville. Negrete retrocedió á Monterrey.

℄ Ya Bazaine había ordenado una expedición contra él, formada de fuerzas que salieron simultáneamente de Durango y San Luis Potosí. Fortificada la Angostura, podía haber presentado allí una resistencia que facilitaban las ventajas topográficas y el espíritu de sus excelentes tropas; pero el inepto jefe dió una orden de retirada que prosiguió al través del desierto, en el que su criminal impericia dejó regados los restos de las fuerzas con que había salido de Chihuahua pocos meses antes lleno de petulancia.

℄ Escobedo, que, con todos los jefes del norte, había obedecido triste y silenciosamente la orden de retirada, se alejó hacia el sur de Nuevo León y los distritos orientales de San Luis, para inquietar á los franceses y mantenerse en la intransigencia de sus correligionarios armados que desde Sotavento hasta Camargo, desde Sonora hasta Michoacán, desde Guerrero hasta las Mistecas, hacían de cada peñol un baluarte republicano.

* * *

℄ Impotentes las fuerzas que aun le quedaban á Negrete en Chihuahua, Juárez se internó hacia el desierto. Cuando llegó á la capital de Maximiliano la noticia de la cuarta traslación del Gobierno republicano, y poco después, con un SE DICE, acogido ligeramente como dato indudable, la salida de Juárez para los Estados Unidos y su abandono de la causa republicana, el Emperador dió por terminada la cuestión. El reconocimiento de su Gobierno por los Estados Unidos vendría como consecuencia de la desaparición de Juárez. Ya había, según él, señales manifiestas de una buena voluntad en el Gabinete de Washington, que las nuevas condiciones creadas por la ausencia de Juárez convertirían en amistad. Bajo es-

tas impresiones optimistas, escribió una proclama que comenzaba con esta frase imprudente: «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez, había ya sucumbido, no sólo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos.» Y proseguía: «Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.» Llegaba, pues, el momento de castigar á los JEFES DESCARRIADOS que continuaban el desorden por pasiones que no eran patrióticas, y con ellos á la gente desmoralizada que no podía levantarse á la altura de los principios políticos, y á la soldadesca sin freno, que queda siempre como «último y triste vestigio de las guerras civiles. De hoy en adelante, agregaba, la lucha sólo será entre los hombres honrados de la nación y las gavillas de criminales y bandoleros.» Esta era la exposición de motivos de la ley sangrienta dictada el 3 de octubre. ¿Obra de Maximiliano? ¿Obra de Bazaine? ¿Obra de ministros y consejeros, que, según el preámbulo, fueron oídos por el emperador? Ha habido un gran debate en torno de este decreto, para definir las responsabilidades. Es muy sencillo establecerlas. Bazaine fué el autor de la idea. Era su idea, idea de francés y de soldado. Era el resultado de las órdenes que traía: pacificar y marcharse. ¿Y qué era pacificar, sino tratar someramente á los republicanos de disidentes, y á los disidentes de bandidos? Acabadas las divisiones bien organizadas de los generales republicanos, y rendida Oajaca, creyó que el resto de su obra era de policía, de látigo y corte marcial. Maximiliano aceptó íntegramente los planes de Bazaine. Con tal que, al irse los franceses, le dejaran Imperio... Los consejeros, republicanos todos, pues apenas si habría entre ellos algún imperialista indeciso, antes que republicanos ó imperialistas eran moderados, hombres para quienes no entraba en lo posible un esfuerzo perseverante y heroico por una fe política ó religiosa. No creían en el Imperio, pero no creían en la República, una, continua, indestructible. Creían, si acaso, en una vuelta á las andadas, después de los franceses. Y para entonces, mientras más republicanos fusilase Bazaine, más se simplificaría el problema. Consideraban, pues, momentáneamente perdida la causa republicana, la de la República juarista, al menos. Para ellos, como para Maximiliano y los franceses, la República era Juárez, y Juárez era un hombre con facultades constitucionales hasta 1864, ó, á todo tirar y dando otra interpretación á un artículo de la carta del 57, hasta 1865. La fuga del Presidente no pasaba por tanto de ser una anticipación de pocos días á lo inevitable que era la acefalia republicana por precepto constitucional. No concebían que, muerto, expatriado, desconocido, Juárez continuase una revolución inextinguible con caudillos de prestigio superior al de todos los próceres liberales que habían reconocido el Imperio. La República no se vinculaba en un hombre y en un texto. El hombre podía desaparecer y el texto no dejar un solo órgano que lo representase; la República seguiría viviendo, porque le daban aliento la opinión de las fronteras y costas lejanas que habían hecho la Reforma y que no conocían de la obra intervencionista la pacificación de las capitales internas, sino los incendios de Billault y Dupin, los asesinatos de Berthelin, los desafueros de Potier, las tropelías de Jeanningros y las cortes marciales

de todos. Para los pueblos decididos por la República, la República no radicaba en Juárez. Ellos jamás hubieran considerado bandidos, aunque carecieran de un centro común, á Escobedo y á García, á Porfirio Díaz, que acababa de fugarse de su prisión para tomar las armas, á Régules y á Corona, á Terrazas, á García Morales y á Pesqueira. No sólo simbolizaban para ellos el honor nacional, que era á sus ojos algo elevado y augusto, sino la defensa de los intereses y la organización social. En donde entraba un jefe republicano, renacía la confianza, como al principio se jactaba de hacerlo la ocupación francesa. Habían cambiado los tiempos. El francés llevaba el terror, y los republicanos la anticipación del orden definitivo, que sólo esperaba la desocupación extranjera para cimentarse. Contra este hecho social se estrelló el decreto del 3 de octubre. Aplicado al general Arteaga, se vió que no era posible considerar como bandidos á los hombres que representaban el decoro de la patria. Maximiliano se estremeció, y dió la orden de que ya no se aplicase la ley. El Imperio entró en agonía, y así lo vió todo el mundo.

☙ Juárez no había salido del país, sino de la capital de Chihuahua. Jamás tuvo tanta decisión. El elogio que del Presidente hacía Maximiliano en su proclama, elogio que por conducto de D. Jesús Terán y del barón de Pont se convertía en halago y en súplica para que se alistase como funcionario del Imperio, encontró á Juárez con su misma resolución inmutable: esperar. ¿Mucho? ¿Poco? Mucho ó poco; esperaría. Sin duda, sería menos de lo que pudieran haber creído los impacientes.

☙ Mientras llegaba el momento de la pacificación por la retirada de los franceces, no todo se redujo para Juárez á esperar. Tuvo que entrar en una vía de resoluciones delicadísimas. No era jefe dictatorial de aquella República que combatía contra fuerzas abrumadoras: era un Presidente constitucional con funciones limitadas y temporales. Ante el peligro de la guerra, las limitaciones de facultades se habían ensanchado. La dictadura legal sucedió á la función propia del gobernante constitucional. Pero la guerra continuaba y el período del Presidente acababa. ¿Cómo resolver la dificultad y zanjar el peligro de una acefalia? Hemos dicho, así lo creemos por muchas razones y así lo decía el mismo Juárez, que la causa republicana era más alta que una simple cuestión personal, para que hubiera sucumbido con el Presidente; pero esto no impide que la unión legal, bajo una jefatura reconocida y prestigiada, fuese poderoso elemento de cohesión material y de fuerza ante el extranjero. Una conveniencia indudable aconsejaba mantener ese centro por medios constitucionales, si era posible; por medios convencionales, si era necesario.

☙ No es dudoso que Juárez, ante una disposición imperativa de la Constitución, se habría inclinado, separándose. Su ambición reconocía limitaciones que la conciencia moral del hombre y el respeto del magistrado á la ley no le permitían violar. Es más: si de su separación hubiera dependido un arreglo notoriamente

ventajoso, tanto desde el punto de vista de la dignidad, como de la conveniencia, su ambición personal habría callado. Pero á la vez la situación parecía aconsejar su permanencia en el puesto de Presidente, y la Constitución, lejos de presentarle un texto que señalase la necesidad legal de separarse, le entregaba una vaguedad apropiada para todas las libertades de la interpretación. Los anglosajones, para expresar esto, acuden á una voz que, traducida literalmente, significa construir. Y efectivamente, una interpretación es una construcción. La ley no vive sino interpretada, cuando el texto insuficiente, ó mal adaptado á una necesidad, se extiende ó deforma para servir á los objetos que se propone el intérprete encargado de la aplicación. Se dice que Napoleón, al ver el primer comentario del Código Civil, declaró que aquello no era la obra legislativa que él había sancionado. Y sin embargo, esa construcción de la doctrina es la parte vivaz de la legislación : lo que se aplica, no lo que se preceptúa. La razón es incontrastable. Una ley no es el resultado de una inspiración : es una redacción más ó menos feliz que traduce relaciones sociales preexistentes. Si la redacción es buena, entendiendo por esto que traslade las relaciones susceptibles de mantenerse en esa sociedad, la interpretación seguirá de cerca á la ley, y en caso contrario la deformará hasta dejarla en un rincón y convertirla en letra muerta.

¶ La Constitución, que no por llevar ese nombre traduce mejor que otra ley cualquiera el estado social de Méjico, pues antes bien contiene la falsedad de dar como hechos existentes las doctrinas de sus autores, no podía eximirse de la suerte común y ser interpretada en el sentido de una literalidad plenamente desinteresada, sin tomar en cuenta las contingencias históricas y las razones profundas de organización social á que debían sujetarse sus intérpretes.

¶ Dos artículos se presentaron á la interpretación del Gobierno. El primero se refería al caso en que, por falta absoluta del Presidente, se procede á nueva elección, como cuando Juárez, después de la guerra de tres años, fué elegido para sucederse á sí mismo en el ejercicio del poder que tuvo como Presidente de la Corte Suprema de Justicia, á falta de Comonfort. Según la Constitución, el nuevamente electo, Juárez, debía ejercer sus funciones hasta el día último de noviembre del cuarto año siguiente al de su elección. La elección se hizo en 1861 : ¿el período de Juárez terminaría el último de noviembre de 1864 ó en igual fecha de 1865? Los abogados guanajuatenses que asesoraban á Maximiliano durante su viaje al interior y algunos republicanos, entre ellos González Ortega, daban el sentido limitado al solecismo constitucional; el Sr. Lerdo contestó que si se contaba como un año completo el tiempo corrido desde la toma de posesión de Juárez en junio de 1861 hasta el próximo mes de noviembre, resultaría el absurdo de que un año fuese siguiente del mismo. Con esta resolución, se zanjó la discrepancia de opiniones en 1864. González Ortega no exigía la entrega del poder, pues sólo deseaba que se fijase oficialmente la inteligencia del precepto discutido, protestando que no le movía la ambición personal, sino el sentimiento del deber que se le había impuesto como mandatario público.

¶ Pero en 1865 surgió nuevamente una cuestión ya planteada en las notas que á fines del año anterior habían cambiado el Sr. Lerdo y el vicepresidente Gon-

de todos. Para los pueblos decididos por la República, la República no radicaba en Juárez. Ellos jamás hubieran considerado bandidos, aunque carecieran de un centro común, á Escobedo y á García, á Porfirio Díaz, que acababa de fugarse de su prisión para tomar las armas, á Régules y á Corona, á Terrazas, á García Morales y á Pesqueira. No sólo simbolizaban para ellos el honor nacional, que era á sus ojos algo elevado y augusto, sino la defensa de los intereses y la organización social. En donde entraba un jefe republicano, renacía la confianza, como al principio se jactaba de hacerlo la ocupación francesa. Habían cambiado los tiempos. El francés llevaba el terror, y los republicanos la anticipación del orden definitivo, que sólo esperaba la desocupación extranjera para cimentarse. Contra este hecho social se estrelló el decreto del 3 de octubre. Aplicado al general Arteaga, se vió que no era posible considerar como bandidos á los hombres que representaban el decoro de la patria. Maximiliano se estremeció, y dió la orden de que ya no se aplicase la ley. El Imperio entró en agonía, y así lo vió todo el mundo.

* * *

¶ Juárez no había salido del país, sino de la capital de Chihuahua. Jamás tuvo tanta decisión. El elogio que del Presidente hacía Maximiliano en su proclama, elogio que por conducto de D. Jesús Terán y del barón de Pont se convertía en halago y en súplica para que se alistase como funcionario del Imperio, encontró á Juárez con su misma resolución inmutable: esperar. ¿Mucho? ¿Poco? Mucho ó poco; esperaría. Sin duda, sería menos de lo que pudieran haber creído los impacientes.

¶ Mientras llegaba el momento de la pacificación por la retirada de los franceces, no todo se redujo para Juárez á esperar. Tuvo que entrar en una vía de resoluciones delicadísimas. No era jefe dictatorial de aquella República que combatía contra fuerzas abrumadoras: era un Presidente constitucional con funciones limitadas y temporales. Ante el peligro de la guerra, las limitaciones de facultades se habían ensanchado. La dictadura legal sucedió á la función propia del gobernante constitucional. Pero la guerra continuaba y el período del Presidente acababa. ¿Cómo resolver la dificultad y zanjar el peligro de una acefalia? Hemos dicho, así lo creemos por muchas razones y así lo decía el mismo Juárez, que la causa republicana era más alta que una simple cuestión personal, para que hubiera sucumbido con el Presidente; pero esto no impide que la unión legal, bajo una jefatura reconocida y prestigiada, fuese poderoso elemento de cohesión material y de fuerza ante el extranjero. Una conveniencia indudable aconsejaba mantener ese centro por medios constitucionales, si era posible; por medios convencionales, si era necesario.

¶ No es dudoso que Juárez, ante una disposición imperativa de la Constitución, se habría inclinado, separándose. Su ambición reconocía limitaciones que la conciencia moral del hombre y el respeto del magistrado á la ley no le permitían violar. Es más : si de su separación hubiera dependido un arreglo notoriamente

ventajoso, tanto desde el punto de vista de la dignidad, como de la conveniencia, su ambición personal habría callado. Pero á la vez la situación parecía aconsejar su permanencia en el puesto de Presidente, y la Constitución, lejos de presentarle un texto que señalase la necesidad legal de separarse, le entregaba una vaguedad apropiada para todas las libertades de la interpretación. Los anglosajones, para expresar esto, acuden á una voz que, traducida literalmente, significa construir. Y efectivamente, una interpretación es una construcción. La ley no vive sino interpretada, cuando el texto insuficiente, ó mal adaptado á una necesidad, se extiende ó deforma para servir á los objetos que se propone el intérprete encargado de la aplicación. Se dice que Napoleón, al ver el primer comentario del Código Civil, declaró que aquello no era la obra legislativa que él había sancionado. Y sin embargo, esa construcción de la doctrina es la parte vivaz de la legislación : lo que se aplica, no lo que se preceptúa. La razón es incontrastable. Una ley no es el resultado de una inspiración : es una redacción más ó menos feliz que traduce relaciones sociales preexistentes. Si la redacción es buena, entendiendo por esto que traslade las relaciones susceptibles de mantenerse en esa sociedad, la interpretación seguirá de cerca á la ley, y en caso contrario la deformará hasta dejarla en un rincón y convertirla en letra muerta.

℄ La Constitución, que no por llevar ese nombre traduce mejor que otra ley cualquiera el estado social de Méjico, pues antes bien contiene la falsedad de dar como hechos existentes las doctrinas de sus autores, no podía eximirse de la suerte común y ser interpretada en el sentido de una literalidad plenamente desinteresada, sin tomar en cuenta las contingencias históricas y las razones profundas de organización social á que debían sujetarse sus intérpretes.

℄ Dos artículos se presentaron á la interpretación del Gobierno. El primero se refería al caso en que, por falta absoluta del Presidente, se procede á nueva elección, como cuando Juárez, después de la guerra de tres años, fué elegido para sucederse á sí mismo en el ejercicio del poder que tuvo como Presidente de la Corte Suprema de Justicia, á falta de Comonfort. Según la Constitución, el nuevamente electo, Juárez, debía ejercer sus funciones hasta el día último de noviembre del cuarto año siguiente al de su elección. La elección se hizo en 1861 : ¿el período de Juárez terminaría el último de noviembre de 1864 ó en igual fecha de 1865? Los abogados guanajuatenses que asesoraban á Maximiliano durante su viaje al interior y algunos republicanos, entre ellos González Ortega, daban el sentido limitado al solecismo constitucional; el Sr. Lerdo contestó que si se contaba como un año completo el tiempo corrido desde la toma de posesión de Juárez en junio de 1861 hasta el próximo mes de noviembre, resultaría el absurdo de que un año fuese siguiente del mismo. Con esta resolución, se zanjó la discrepancia de opiniones en 1864. González Ortega no exigía la entrega del poder, pues sólo deseaba que se fijase oficialmente la inteligencia del precepto discutido, protestando que no le movía la ambición personal, sino el sentimiento del deber que se le había impuesto como mandatario público.

℄ Pero en 1865 surgió nuevamente una cuestión ya planteada en las notas que á fines del año anterior habían cambiado el Sr. Lerdo y el vicepresidente Gon-

zález Ortega sobre la inteligencia del artículo 78 de la Constitución. Se trataba del artículo 82, que dice : «Si por cualquier motivo la elección de Presidente no estuviera hecha y publicada para el 1.° de diciembre, en que debe verificarse el reemplazo, ó el electo no estuviere pronto á entrar en el ejercicio de sus funciones, cesará, sin embargo, el antiguo, y el supremo poder ejecutivo se depositará interinamente en el Presidente de la Corte Suprema de Justicia». El Gobierno lo interpretó diciendo que la Constitución no había previsto el caso de que las elecciones dejaran de efectuarse por imposibilidad, y por una imposibilidad como la de una guerra invasora, en que el enemigo ocupaba gran parte del territorio nacional; no era de aplicarse el artículo, puesto que el Presidente de la Corte Suprema, según el propio texto, debería entrar interinamente y sólo mientras se verificase la elección. Por consecuencia, entregar el poder al vicepresidente importaría una prórroga anticonstitucional de sus funciones. Ya que la guerra imponía una necesidad suprema, la de conservar el Gobierno, y con ella la prórroga de funciones, debería hacerse ésta, no en favor del vicepresidente, llamado en segundo lugar y subsidiariamente á encabezar el poder ejecutivo, sino á la vez en favor del Presidente y del Vicepresidente : «la prórroga, en este caso, de los poderes del presidente y de su sustituto, es lo más conforme á la Constitución, decía el decreto de Juárez; porque, para evitar el peligro de acefalia del Gobierno, se estableció en ella que hubiese dos funcionarios, de los que uno pudiera sustituir la falta del otro; y porque, conforme á los votos del pueblo, el presidente de la República fué elegido primera y directamente para ejercer el Gobierno, mientras que el presidente de la Corte fué elegido primera y directamente para ejercer funciones judiciales, no confiándole el Gobierno sino secundaria é interinamente, en caso de absoluta necesidad.»

¶ El caso en que se encontraban Juárez y González Ortega, no había sido, pues, previsto por la Constitución. Al Poder Legislativo correspondía interpretar la ley, supliendo sus deficiencias. No había Congreso, y el Presidente estaba facultado para dictar cuantas medidas fuesen convenientes á la nación, sin más restricciones que las impuestas por la independencia nacional, la integridad del territorio, la forma de gobierno establecida y las leyes de Veracruz. Haciendo uso de esas facultades, Juárez prorrogó sus funciones hasta que pudiera efectuarse la elección.

¶ No en defensa de Juárez, sino por vía de explicación, hemos dicho que, cabiendo diversas interpretaciones de lo que se llama el espíritu de la ley, á falta de una letra suficientemente categórica, podría darse indistintamente una y otra, y que se daría la que de hecho correspondiese mejor á las exigencias de la situación en que se hallaba el Gobierno republicano. La interpretación de Juárez fué la que mejor podía servir las necesidades del Gobierno en guerra con un poder intruso. Era interpretación de político, y Juárez fué político, no legista inspirado por ideas de abstracta legalidad. En puestos como el que ocupaba Juárez, no están destinadas á prevalecer las virtudes del magistrado que de dos interpretaciones acepta la más pura y conforme con un ideal de desprendimiento. Las razones prácticas de Juárez no admitían réplica, y por eso dieron satisfacción á los

republicanos del país y á los amigos que tenía su causa en el extranjero. Juárez recibió desde luego la aprobación de ese acto trascendental.

℄ Pudo haber obrado de otro modo, y en tal caso ni su fama hubiera menguado, ni su causa hubiera sufrido. Pudo haberse alejado del ejercicio de un poder teóricamente omnímodo, actualmente nulo, pero virtualmente ilimitado, ya que el día de la desocupación del territorio por los franceses encontraría su situación colmada de privilegios que jamás había tenido un gobernante mejicano. Esto era lo que constituía la prueba del fuego para él en aquella difícil emergencia.

℄ Lo singular del caso, que tal vez no se ha considerado desde este punto de vista, es que Juárez podía atinar de todos modos, retirándose ó quedándose. Retirándose, contentaba el sentimiento de igualdad que quiere ver con la mayor frecuencia á los ciudadanos enaltecidos por el voto público, bajar de esos puestos y confundirse en la masa de los que no han aspirado ó no han logrado encumbrarse políticamente. Un gran ciudadano carece de algo que arrebata la admiración pública, cuando no muere en su Monte Vernon, voluntariamente desprendido de todo mando. Pero como Juárez no había completado su obra, y se hallaba á la hora de la prueba, podía acertar, como acertó, quedándose y defendiendo su permanencia en el poder. Tenía, como dijimos, con iguales medios de acierto, tanto que ganar con una como con otra resolución. Dió la que convenía á su naturaleza de obstinado y batallador, de ambicioso y patriota que no sufría el pensamiento de ver á otro en el punto de responsabilidad que él reclamaba para su energía superior á toda prueba.

℄ La proximidad del triunfo, la imposibilidad de que otro hombre hubiese comprometido á la República, la seguridad de que no se habría protestado contra una determinación diferente de la que tomó, quitan algo de su entusiasmo al aplauso con que se aceptó el decreto de prórroga, é impidieron á Juárez la gloria de retirarse para ser llevado en hombros al Palacio Nacional de Méjico, del retiro que hubiera escogido ó del puesto público que se le hubiera designado para seguir trabajando por la restauración republicana.

* * *

℄ La cuestión constitucional resuelta por Juárez en su decreto no puede tratarse sin una mención dolorosa de las relaciones personales entre el Presidente y el sustituto. En el decreto había un artículo segundo que decía : «Del mismo modo, deben prorrogarse y se prorrogarán los poderes de la persona que tenga el carácter de presidente de la Corte Suprema de Justicia, por todo el tiempo necesario, fuera de su período ordinario, para que, en el caso de que falte el Presidente de la República, pueda sustituirlo.» La persona que tuviera el carácter de presidente de la Corte Suprema de Justicia podía ser cualquiera, sería cualquiera, no el elegido por el voto público. ¿Por qué esa diferencia?, nos preguntamos. ¿Por qué para la presidencia de la República debía pensarse sólo en el elegido, y para la vicepresidencia bastaba que hubiese una persona que cubriese la va-

cante en el caso de falta de Presidente, sin que el Gobierno se preocupase de las condiciones de popularidad y confianza que se deseaban para el Presidente? El Gobierno acertaba procurando que, en vez de un funcionario, hubiese siempre dos para las emergencias de una acefalia; acertaba prorrogando las funciones de ambos, para que se siguiese observando la gradación de confianza declarada en los comicios; pero no acertó al descartar esas consideraciones personales tratándose del vicepresidente.

℄ No sólo se procuró hacer cuestión de azar, y no de respeto al sufragio de 1861, la sustitución eventual de Juárez, sino que se apartó de ella á González Ortega. Ya desde que en 1864 el Vicepresidente había suscitado discusión sobre el artículo 78, el Sr. Lerdo de Tejada le expresó que ni entonces, ni al terminar el período de acuerdo con la interpretación del Ejecutivo, ni en ningún tiempo, sería considerado vicepresidente por elección popular el general González Ortega.

℄ El héroe de Puebla fué uno de esos hombres cuya vida se compone de violentas oscilaciones. Pasó sin transición de la oscuridad á la apoteosis y de la apoteosis á la interdicción política. Las cárceles en que estuvo, se le abrieron como manicomios. En verdad, nadie como él ha purgado el delito de ser grande. Nadie como él ha sufrido todas las durezas de la ingratitud humana. Fué un Lear que no recibió en sus canas los besos de Cordelia. Sobre su renombre de paladín, cayó á plomo una despectiva indiferencia. Culpa, dicen los antiliberales, de subir sin mérito. Culpa, en realidad, de haber tenido un mérito superior al de los hombres de peso. González Ortega fué un general poeta como había sido un tinterillo poeta. Su naturaleza era de lírico. Sintió su tiempo y lo vivió en actos poéticos. Por eso fué rápidamente popular y rápidamente olvidado. Tenía, como Degollado, mucho divino entusiasmo para no ser despedido de la realidad; pero la exclusión que se le impuso no absuelve á la generación que, después de aplaudir el sitio de Puebla, arrinconó á su autor, como se hace con los poetas pobres cuyas obras laureadas no los salvan del desprecio que inspira la miseria.

℄ Pasado el momento de fuerza en que pudo aún ser protector del Gobierno contra Vidaurri, González Ortega fué á Chihuahua como rueda constitucional sin movimiento.

℄ El tribunal de que era presidente no tenía negocios. Su papel consistía en esperar la falta del Presidente para sustituirlo. Como general, ni podía volver á levantar fuerzas como las que había llevado de Zacatecas á Calpulálpam y á Puebla, ni podía ir á ponerse bajo las órdenes de algún caudillo provincial. Su inutilidad y las pretensiones que había tenido al mando supremo cuando el Gobierno estuvo en el Saltillo, lo marcaban como un ambicioso, y su creencia en la inconstitucionalidad de la prórroga meditada por Juárez, le hacía pasar por incompatible con el arreglo político aceptado.

℄ Desde 1864, el Gobierno acordó negarle su carácter de presidente de la Corte Suprema de Justicia, alegando que por el hecho de haber ocupado en julio de 1863 el Gobierno de Zacatecas, había perdido su investidura. A la vez, se le reinstalaba legítimamente en el puesto, por declaración del Ejecutivo en funciones de Legislativo que no existía. González Ortega no advirtió que, para poner su

investidura á cubierto de quien pretendiese negarla, fundándose en el abandono de ella para ejercer el mando como gobernador de Zacatecas, quedaba á disposición del Presidente por la amplísima facultad que éste se arrogaba dando y quitando puestos de elección popular. Con esto comenzaba á desautorizarse su persona, y su puesto de funcionario se hacía una emanación de Juárez, en torno del cual gravitaría el que se llamaba y debía ser jefe de un poder supremo. No tardó en quedar desautorizado por completo, y así fué efectivamente, pues al prorrogarse las funciones presidenciales, el Gobierno expidió un decreto por el que se privaba á González Ortega del cargo que le habían confiado sus conciudadanos en los comicios, y se reservaba el nombramiento de un Presidente de la Corte de Justicia que sustituyera el de la República si éste llegaba á faltar antes de que se efectuasen las elecciones.

℄ La causa alegada para desposeer á González Ortega en 1865 era el abandono voluntario del cargo, abandono consistente en haber ido á permanecer en territorio extranjero cuando sólo tenía licencia para hacerlo de tránsito, con el objeto de trasladarse á algún punto de la República en que pudiera prestar sus servicios como general.

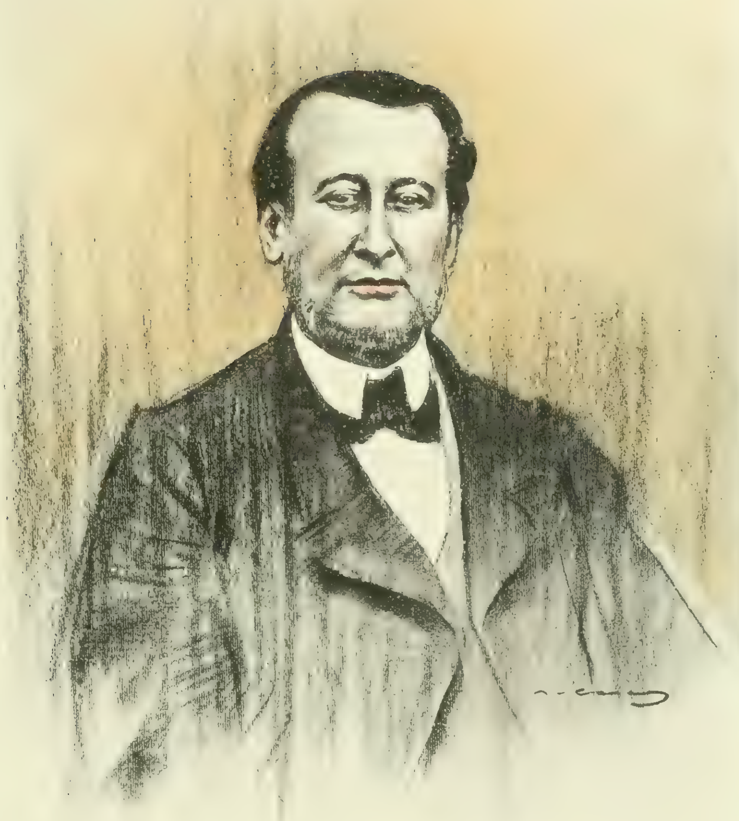
℄ Además, dado el hecho de que á su carácter de Presidente de la Corte Suprema se unía el de general, «el abandono del ejército, de sus banderas y de la causa de la República» constituía un delito del orden común. Por éste, como por el abandono del cargo de Presidente de la Corte, sería juzgado al volver. El fuero dejaba de ampararlo desde el momento en que el Gobierno, usando de las amplias facultades que le delegó el Congreso y aplicando el artículo 104 de la Constitución, se erigía en gran jurado para declarar que González Ortega, por los hechos referidos, quedaba separado de su cargo y sujeto á los tribunales que deberían juzgarlo. De este modo, el héroe de la epopeya nacional quedaba á merced del primer guerrillero que tuviese la osadía de atentar contra el que no podía dejar de ser Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Cortina, por ejemplo, que había servido al Imperio y que al volver de nuevo á la República, ya que no á la obediencia que como soldado debía á Juárez, vió no sólo que se le perdonaba, sino que se justificaba públicamente su conducta por los órganos del Gobierno republicano; Cortina, decimos, si quería, estaba facultado para encarcelar á González Ortega, el cual, aparte de sus servicios anteriores, de su categoría y valer, tenía el mérito de no haber defeccionado.

℄ ¿De qué modo podía explicarse el rigor con que era tratado González Ortega? Ó encontramos la causa en los hechos mismos alegados para proceder contra él, ó debemos buscarla en el temor á su actitud. Cuando se le permitió que saliera de Chihuahua, el Gobierno tuvo en cuenta que, no siendo por entonces un tribunal en ejercicio la Corte Suprema, su Presidente cumplía los deberes inherentes al cargo con el solo hecho de estar listo para recoger la presidencia al faltar el que la desempeñaba, y esto podía ser aunque residiese en otro lugar del país y prestase sus servicios como general. Habría, pues, un presidente en el lugar de residencia del Gobierno y un vicepresidente militando por la causa de la República. Como la salida de González Ortega se efectuó cuando la curva

depresiva había llegado á lo más hondo del desencanto, y todos los jefes á la vez buscaban en los Estados Unidos los medios de una reparación, allá se fué González Ortega, aprovechando la licencia que se le daba para ir de tránsito al lugar que eligiera como centro de sus operaciones militares. La palabra empleada por el Gobierno debía entenderse en el sentido más amplio, siempre que fuese interpretada lealmente, toda vez que no se trataba de rutas definidas, sino, ante todo, de los recursos que hicieran practicable cualquiera de ellas. Frecuentemente llegaban, á Nueva York y á Washington, jefes militares mejicanos, cuya permanencia en el país extranjero duraba más ó menos tiempo y aun se prolongaba sin justificación, y ninguno de ellos fué acusado de abandonar las banderas y la causa de la República. Justamente en aquel año murió el general D. Manuel Doblado, y el ministro Romero, representante del Gobierno, presidió los funerales, trasladándose, sólo para ello, á Nueva York. No tuvo inconveniente en hacer el panegírico del difunto, y al dar cuenta de su discurso, expresó que aunque Doblado había cometido la falta de expatriarse voluntariamente durante un conflicto del país, no por eso dejaba de tener títulos á la gratitud de sus conciudadanos. Ahora bien, si esta expatriación voluntaria era sólo una falta en Doblado, ¿por qué en González Ortega—aun suponiendo la voluntaria expatriación con ánimo de retirarse como Doblado del servicio público, y no había tal cosa,—el hecho constituía un delito? Generales uno y otro, no podía diferir el concepto de la expatriación. Sólo, pues, podía declarársele culpable—empleando, se entiende, un criterio alto y moral, y no recursos de argucia,—por delito oficial como presidente de la Corte Suprema, siempre que su permanencia en los Estados Unidos hubiese sido efectivamente un abandono de su puesto de honor.

℄ La conducta del general González Ortega en los Estados Unidos puede juzgarse en una línea, y su viaje historiarse en una página. A principios de 1865, el representante del Gobierno de Juárez solicitó una entrevista del presidente Johnson para «el general Ortega, del ejército mejicano, que deseaba ofrecerle sus respetos». Johnson, no sólo recibió con atención al general Ortega, sino que le manifestó la esperanza de que las relaciones entre ambos países fuesen más íntimas y cordiales. Todavía entonces el general Ortega no era un delincuente, puesto que se le dejaba presentarse como general del ejército mejicano ante el Presidente de los Estados Unidos; ni lo era cuando recibió en el hotel Delmónico, de Nueva York, el obsequio de una ostentosa serenata preparada por los amigos de Méjico. No sólo no era un delincuente, sino que se le consideraba en los Estados Unidos como el representante del heroísmo de la resistencia mejicana.

℄ No iba á descansar ó á rehuir esfuerzos : se ocupaba en proyectos de colonización, como se llamaba entonces á las expediciones armadas, aunque por desgracia, contrariando sus deseos de volver pronto al país con elementos para prestarle servicios de importancia, cayó en manos de cierto coronel Allen, aventurero de mala fama y peor conducta, que quiso explotar al inexperto general mejicano. Pasaron algunos meses, y Ortega, en vez de reclutar su expedición, se dejó atrapar por el explotador, de cuyas garras no hubiera salido sin los buenos oficios de D. Matías Romero, el cual no sólo le dió consejos, sino que le prestó su influjo



y le facilitó un buen abogado. Gracias á esto, el general Ortega se vió libre de una infame acusación de estafa con que intentó intimidarlo el aventurero norteamericano.

C La permanencia del general Ortega fué tan corta como lo permitieron sus planes, primero, y después la orden judicial que lo retenía. No bien libre y en posibilidad de marchar á Méjico, venció los últimos obstáculos, que venían de la falta de recursos, y, siempre con la ayuda del ministro Romero, pudo ponerse en camino á principios de noviembre.

C Como se ve, los pasos de González Ortega no ameritaban que fuese sometido á juicio, y menos aún procediendo el Presidente en funciones de Congreso sin oir al inculpado. Hablando en puridad, el desafuero de González Ortega para entregarlo á sus jueces era sólo resultado del temor de que promoviese una sedición, más peligrosa para la República en aquellos días por la probabilidad que había de que la guerra entre juaristas y orteguistas diese el resultado de que el Gabinete de Washington reconociera al Imperio. En la última decena de septiembre, Romero anunciaba que el coronel Quesada, hermano del general, había llegado á Nueva York, enviado por Negrete, ya despedido de la Secretaría de Guerra á consecuencia del desastre que por su culpa sufrió la división que mandaba, al pasar el desierto de Jaco, y por su actitud insolente. Quesada iba con el encargo de procurar la vuelta de González Ortega, á fin de que tomara posesión de la Presidencia. Negrete y los Quesadas desconocerían al Gobierno de Juárez, harían propaganda entre los demás jefes y lograrían, sin dificultades, la caída del Presidente. Romero ignoraba cuál sería la respuesta de González Ortega, pues sólo sabía que el vicepresidente se disponía á salir de los Estados Unidos con destino á Zacatecas. No tardó en estar al tanto de todo lo que intentaba el vicepresidente.

C Desembarazado de la acción judicial que lo retenía, y listo para marchar, habló explícitamente con Romero sobre sus propósitos en la cuestión presidencial. González Ortega no era hombre frío, capaz de fingir. Obraba movido por oleajes de la emoción. Todo lo que manifestó fué sincero. Habló así, según la nota de Romero, fechada el 7 de noviembre en Nueva York, de la que reproducimos todo lo esencial : «El general Ortega me dijo que se había ocupado muy detenidamente en meditar lo que debería hacer en este caso : tiene la creencia de que el Presidente no prolongará su período sin romper la Constitución, y la casi seguridad de que cuando se presente en esa (Paso del Norte), se le entregará la Presidencia; pero ha previsto ya el caso de que esto no sea así, y entonces se propone publicar un manifiesto á la nación en que exprese que la resolución del Gobierno ha sido adoptada á pesar de sus observaciones, que él la considera como una violación de la Constitución y que, solamente por no aumentar los males públicos y encender la guerra civil, no opone resistencia á esta medida y se ve obligado á salir del territorio nacional.—Me dijo que sabía, de una manera del todo fidedigna, que varios de los jefes que pelean contra los franceses, estaban dispuestos á levantar una acta el 30 del actual desconociendo al Presidente; que algunos de ellos le habían enviado comisionados solicitando su aprobación y ofreciéndole

fuerza armada que lo apoye al llegar á la República; pero que él había desaprobado decididamente la idea de que se pronunciaran antes de saber la resolución del Presidente, que había dicho que no necesitaba de un solo soldado y que no había querido escribir una sola letra, para que no sirvieran sus cartas de pretextos para provocar algunos movimientos.—Cree que en estas circunstancias, en que la acción del Gobierno no puede hacerse sentir eficazmente, y en que necesariamente debe haber gran desorden, habrá muchos jefes que, no porque tengan motivos de preferirle á él sobre el Presidente, sino por desarrollar sus miras personales, se aprovechen de ese pretexto para levantarse contra el Supremo Gobierno, deponer á los jefes nombrados por el Presidente y hacerse ellos de la situación. Tiene la seguridad de que muchos obrarán de ese modo.—Expresó la idea de que el Presidente es obedecido y acatado, no por sus méritos personales y su patriotismo reconocido, sino porque tiene de su parte la ley; pero que si rompe ésta, pierde sus títulos y no podrá contar con el apoyo nacional.—Aunque tiene la intención de salir de la República si no se le entrega el Gobierno, me dió á entender que, si después de publicado su manifiesto y estando fuera del territorio nacional, veía que la mayoría de la nación desconocía al Presidente y lo llamaba á él, creería de su deber ocurrir á ponerse á la cabeza de esas fuerzas. —Aunque éstas son sus intenciones actuales, temo mucho que estando una vez en la República, y rodeándolo algunas personas animadas de malas pasiones, lo hagan cambiar de resolución y adoptar una conducta del todo antipatriótica.—En su manifiesto se propone hacer mérito, según entiendo, de algunos incidentes que no valen la pena de referirse aquí, y que procurará presentar para hacer recaer en virtud de ellos una gran responsabilidad sobre el Supremo Gobierno.—Todavía no ha salido de esta ciudad, y probablemente tardará algunos días más, por no haber conseguido aún los fondos que necesita para moverse. Entiendo que no intenta ir al Paso directamente, sino primero á Piedras Negras, para seguir de allí subiendo el Río Bravo hasta esa ciudad.»

¶ El peligro que anunciaba Romero dependía en gran parte del tratamiento que se diera al general González Ortega. Recibido con halagos y comprometido su patriotismo, no faltaría á él, y se limitaría, como había dicho, al platonismo de una protesta. ¿No era preferible dejarle en el puesto de inofensivo Vicepresidente? El temor de que influencias perniciosas lo impulsasen á una rebelión, sólo tenía mérito en el supuesto de que el Vicepresidente encontrase á los jefes en disposición de apoyar sus demandas. Si ese apoyo faltaba, ya podía entregarse á la conspiración, sin que el Gobierno tuviese que preocuparse por ello. En suma, la cuestión tenía que resolverse, como se resolvió, por el sufragio de los generales republicanos. Votaron por Juárez, y González Ortega tuvo que prescindir de sus reclamaciones. Si hubieran estado por él, habría sido inútil todo medio, como el empleado, para desarmarlo. González Ortega hubiera mandado condenar á Juárez por violación expresa de la Constitución, si en vez de haber tenido de su parte sólo la ineptitud y el desprestigio de Negrete, hubiese comenzado por contar con Escobedo, Viezca y los demás gobernadores fronterizos, y ganado después la adhesión de los jefes que peleaban en las costas y en el sur.

℄ Los testigos lejanos de los hechos, que vemos en cada cual sus méritos, no podemos asistir sin dolor á estas ejecuciones morales como la que sufrió González Ortega, en las que habla sólo la pasión política para negarle á un hombre hasta los derechos más evidentes y los títulos más reales é indiscutibles al respeto social. Vemos que la lucha política está compuesta de estas amargas exclusiones en que va siempre entrañada una suprema injusticia; pero no podemos prescindir de un sentimiento de rebelión contra la dureza de los procedimientos que sirven de molde á la victoria del más fuerte.

℄ Juárez, como hombre de acción, y por lo mismo de pasión, no podía aguardar á que el enemigo mostrase sus armas, leales ó pérfidas, ni limitar sus tiros á los necesarios para repeler al pretendiente del puesto que ocupaba. La energía de su respuesta tenía que medirse por el alcance posible de la hostilidad.

℄ Lo anterior no quiere decir que en política todo se justifique : significa únicamente que toda acción se explica. La explicamos sin juzgarla, porque un juicio moral supone algún criterio fijo, y en los hechos fluctuantes de la política, todo varía según el punto de vista. El hombre de acción tiene que ser juzgado sólo dentro de los elementos integrantes del papel que haya adoptado. En ese terreno, Juárez obró de acuerdo con la conducta que le imponía su situación, lo que no quita que el autor de estas líneas, como intérprete de un sentimiento muy personal, haya lamentado la crueldad con que fué preparada la segregación de González Ortega, en quien sólo quiere ver al héroe del sitio de Puebla y al hombre de buena fe, cuyos defectos, enormes, como es entre ellos la ausencia de medios ponderadores de la conducta, no justifican, aun acumulados, que se le condene por los delitos infamantes de que se hace mérito en el decreto del Ejecutivo.

℄ El día 18 de noviembre, el ministro Romero comunicaba que el general González Ortega había salido sin decir para dónde y manifestándose muy reservado. Cinco días después, sabía que el general no se había despedido de sus amigos, y, lo que era peor, que había dejado insoluta la cuenta de honorarios de su abogado y comprometido al cónsul Navarro, que verbalmente garantizó el pago. Por honor del Gobierno, D. Matías creía conveniente cubrir esa deuda.

* * *

℄ González Ortega ya había dicho cuál era el punto de su destino. Iba á Piedras Negras, lugar que, según las últimas noticias, ocuparía el Gobierno para instalar su capital. Cuando llegó á Piedras Negras, tuvo noticias de la vuelta de Juárez á Chihuahua y de los decretos que tan de cerca le tocaban. Escribió al gobernador D. Andrés S. Viezca citándolo para una conferencia, y fué á esperarlo en Eagle Pass, frente á Piedras Negras. El Sr. Viezca, que era una personificación de la hidalguía, acudió á la cita sin demora. González Ortega le expresó que viajaba solo y sin apoyo militar, con el propósito de presentarse ante Juárez, llevando como única fuerza la que le daba la ley, para pedirle el puesto. A

esto contestó Viezca que no podía entrar en explicaciones sobre los decretos expedidos por Juárez, y agregó que él estaba dispuesto á proceder contra el general Ortega, si éste pasaba la línea fronteriza. Ortega suplicó nuevamente que se le dejase pasar, y como Viezca no accediera, pidió, por último y á título de favor, que al estar en territorio coahuilense, lo aprehendiera y lo enviara á Chihuahua. Viezca no quería entrar en arreglos, y González Ortega se resignó á desistir del propósito que había acariciado de tener una conversación teatral con Juárez.

¶ Había llegado el momento previsto por D. Matías Romero en que los hombres de malas pasiones secuestraron á González Ortega é hicieron de su mal argumento constitucional un medio explotado para fines personales y bajos. En torno del Vicepresidente de la Corte Suprema se formó un círculo de desprestigiados: Negrete, Canales, los Quesadas, Guillermo Prieto... Así fracasó de una manera miserable la supuesta legalidad orteguista.

¶ Una manifestación aplastante de aprobación para los decretos de Juárez confirmó en su puesto al Presidente, cuya autoridad moral, puesta á prueba, quedó definitivamente sancionada. Todos los jefes militares que representaban la fuerza expansiva de la opinión republicana, Escobedo, Díaz, Régules, Corona y García, todos los gobernadores, desde García Morales en Sonora hasta Gregorio Méndez en Tabasco, y desde Viezca en Coahuila hasta D. Diego Álvarez en Guerrero, dieron paso á los decretos y enviaron su aprobación con aplauso.

¶ No sólo esto, sino que todos encontraron justo el decreto contra González Ortega, en quien se veía á un crapuloso que había salido de la República solamente para dedicarse al placer en los burdeles de Nueva York.

* * *

¶ No faltaban en el país opiniones que condenasen la conducta de Juárez por lo que hacía á la prórroga de sus funciones. No todos eran despechados que aprovechaban la reclamación de González Ortega para sus fines personales. Se formó una minoría de leales y probos enemigos de la perpetuidad en las funciones públicas, que sintieron la fascinación de las frases de González Ortega, como alguna vez se habían prendado de sus proezas militares. Entre ellos estaba Patoni, el gobernador de Durango, autor de una carta que se atribuye al mismo González Ortega, pero que no por eso deja de tener, ó por eso mismo tiene, en mayor grado el sentimiento de dignidad republicana que hay en la más quimérica de las tentativas contra una dictadura. No fué Patoni el único que habló noblemente, y esas protestas, como los votos de adhesión y confianza á Juárez, honran igualmente á sus autores, porque expresan opiniones muy sinceras, toda vez que Juárez acatado, no podía premiar, y desconocido, podía sin embargo cerrar las puertas de los honores al sedicioso.

¶ Entre las manifestaciones á que dió lugar la prórroga de funciones presidenciales, no podemos omitir la del licenciado Ruiz, antiguo consejero de Juárez y

ministro de la Corte Suprema en noviembre de 1865. El día en que terminaba el período constitucional, declaró que, desde el 1.º de diciembre, sólo podría ejercerse el poder ejecutivo por el presidente nato de la Corte Suprema de Justicia ó por el ministro que accidentalmente lo reemplazara. La protesta del magistrado Ruiz tiene toda la entonación de un juez en su pretorio y no la de un fugitivo, como lo era, pues, al escribir su protesta, ya liaba los bártulos para salir del territorio dominado por Juárez y presentarse á las autoridades del Imperio, con el propósito de retirarse á la vida privada y buscar en el ejercicio de la abogacía el sustento de su familia. Se acogió al decreto del 3 de octubre, declarando que no reconocía en don Benito Juárez el carácter de Presidente de la República «que antes tenía por la ley».

¶ Así, de una manera dolorosa para los excluídos que veían terminar el período caballeresco de la defensa y comenzar otro en el que no se les daba participación, los republicanos de la fracción juarista se aprestaban á la próxima y decisiva lucha con los imperiales sin franceses. En este sentido, los decretos de noviembre marcan claramente el principio de una nueva organización basada sobre expreso compromiso de honor, por cuya virtud los jefes republicanos unifican moralmente su acción hasta el fin de la guerra. Esto es obra de la autoridad que reconocen y acatan en Juárez. No es la ley, interpretada por Lerdo con habilidad : es el hombre, á quien vanamente trata de desprestigiar Guillermo Prieto en sus diatribas ineptas de propaganda orteguista, presentándolo como un incapacitado bajo la tutela del ministro de Relaciones. Desde entonces el contraste entre Ortega, que se abandona á todos los vientos y camina de zozobra en zozobra, y Juárez, que lleva la quilla invisible de su voluntad á través de la marejada, se hace cada vez más impresionante. El Presidente es un hombre que, sin querer, aun por el simple avance natural de su marcha, deja plano el camino que recorre. Las reputaciones desaparecen, aplastadas. González Ortega es uno de tantos en la serie de los triturados por oponerse á ese hombre que lleva consigo la fuerza de las cosas. A primera vista, parece una maravilla que el Presidente, acusado de estar sometido al RECTOR DE SAN ILDEFONSO, haga con un pedazo de papel, un tintero y un secretario que traduce los decretos de Juárez en proposiciones de lógica formidable, la obra dictatorial más consumada, en una aldea fronteriza, sin ejército ni medio alguno para dar sanción á su voluntad. Pero, meditando, se ve que no hay prodigio : todo se explica. Los combatientes de la República quieren obedecer á alguien para no caer como bandidos en un patíbulo infamante, y se someten á un hombre que sabe mandar. Imponerse al respeto es algo como ganar batallas ó legislar : algo más, á veces. En ese caso, sin ser Juárez un hombre necesario, pues nadie es necesario para lo que necesariamente ha de cumplirse, fué una gran fuerza que no podemos desconocer.

¶ En el punto que alcanzamos, debemos volver á la política norteamericana para tomarla de lleno, siguiéndola por todas sus fases desde que comenzó la intervención hasta el momento en que Seward creyó necesario abrir un debate diplomático sobre la cuestión mejicana. Seguiremos al secretario de Estado en todas sus maniobras y aun en sus deliberaciones internas. D. Matías Romero ha hecho á la historia el servicio inapreciable de tomar una serie larguísima de instantáneas, merced á las cuales podemos ver un Seward natural y doméstico, despojado de la resplandeciente retórica que lo hace imponente en sus notas á las potencias. El hombre nos parece menos grande, ciertamente; pero esto no es culpa del ojo escrutador de Romero, sino de Seward, que se dejó retratar casi en bata, exponiéndose á ser medido de una manera desfavorable, porque los grandes, para conservar intacto su prestigio en la historia, necesitan que no calculemos sus dimensiones sin el pedestal.

¶ El Seward retórico empezó muy mal su carrera de secretario de Estado, fijándole á Lincoln dos absurdos como base para su política y reprochándole, en términos de una descortesía brutal, que después de un mes de funcionar como Presidente, careciese todavía de orientación. Lincoln perdonó la ofensa, como podía haberlo hecho Juárez con Doblado, y en cuanto á los absurdos que se le proponían, dejó que su silencio diese á entender cómo los juzgaba. Seward quería unir al país, cosa muy loable, por dos medios de funesta insensatez : la declaración de guerra general contra Europa, y la invitación á Canadá, á Méjico y á la América Central para que se aliasen, animados de un vigoroso espíritu continental de independencia. Creía que una guerra exterior impediría la guerra civil. Siempre se engañó sobre la importancia de ésta. A cada paso hablaba de su próxima terminación, que para él no pasaría de algunas semanas, y en las notas que dirigió á Europa, durante el conflicto, explicaba las derrotas de la Unión por cálculos que le sugerían aplazar sus victorias.

¶ Este mismo error en que estuvo, le permitió seguir con más ahinco una buena política internacional para su país, desde que abandonó el proyecto de la unión continental americana contra Europa. Cada vez que se presentó alguna sugestión belicosa, la hizo á un lado con desprecio. Buena, la guerra exterior cuando la creyó medio apropiado para impedir la civil; funesta, cuando todo debía subordinarse á la restauración de la unidad.

¶ Entre los medios que el Gabinete de Washington quería poner en juego para ese objeto, se contaba, como queda referido, el envío de un hábil negociador á nuestra patria, para que estableciese la influencia del Gobierno federal y se opusiese al reconocimiento de la confederación. El enviado, Mr. Corwin, era un antiguo amigo de Méjico, que se nos hacía recomendable por su oposición á la guerra en 1847. A cambio de las ventajas que podía obtener el Gobierno de Washington, y que en compendio tenían por objeto el paso de tropas del Mar de Cortés á Arizona y el dominio de Tehuantepec, mediante la nulidad de la concesión á la compañía de la Luisiana, los Estados Unidos podrían presentarse como refaccionarios de Méjico en sus dificultades con Europa. ¿No era sencillo y práctico el expediente? Cinco millones de pesos y cinco años de res-

piro para no pagar los vencimientos de la deuda extranjera, he ahí todo lo que Méjico necesitaba para ponerse á flote.

℄ En julio de 1866, ya bien cimentado el Gobierno, reasumiríamos el pago de nuestras obligaciones con los tenedores de títulos de las deudas convencionadas. El arreglo satisfacía á maravilla nuestra política de reorganización, y la hubiera satisfecho, siempre que la batalla de Bull Run y el desastroso paréntesis que se abrió hasta la toma de Vicksburg y la derrota de Lee en Gettysburg, no hubiesen dictado la primera línea de la gloriosa página del reinado de Napoleón III. Y con esto, ya no tenía objeto la mediación de los Estados Unidos. Más aún, ya no podía hacerse decorosamente una interpelación á Francia y á Inglaterra sobre sus intenciones en Méjico, porque la respuesta sería comprometedora para el Gabinete de Washington, estando como estaba en la imposibilidad de asumir las consecuencias de una actitud enérgica. ¿Qué hacer en tal caso? Seward optó por un medio que salvaba la respetabilidad de su Gobierno. Para no dar á entender que abandonaba el campo ante la posible agresión europea, dejaba á Méjico la iniciativa, obligándolo pérfidamente á retirar su petición de recursos, y para el caso de que esto no sucediese, ponía tales condiciones á la mediación de los Estados Unidos, que las potencias no podrían encontrarlas aceptables. Mr. Corwin fué autorizado para negociar un tratado por el que los Estados Unidos responderían del pago de los intereses de la deuda mejicana durante cinco años desde la fecha de la suspensión de pagos decretada por Méjico, bajo la condición de que se les abonara un seis por ciento de las sumas que dieran y de que se les garantizaran el capital y réditos con el derecho de retención de los terrenos baldíos y de las minas de la Baja California, Sonora, Chihuahua y Sinaloa, si no se hacía el reembolso precisamente á los seis años. El tratado quedaba sujeto, además, á la aprobación de Francia é Inglaterra, que deberían comprometerse á no romper hostilidades.

℄ ¿Qué significaba eso, después de las instrucciones anteriores comunicadas á Mr. Corwin, en las que sólo se hablaba de generosidad y simpatía? Aquello era una venta de los Estados fronterizos por una cantidad miserable, decía D. Matías Romero. Y tenía de más odiosa esa propuesta, la puritana hipocresía con que trataban de robarnos.

℄ El desconcierto de los gobernantes norteamericanos, en quienes influía, sobre todo, el miedo á una intervención contraria á los intereses del Gobierno federal si éste se oponía á las combinaciones de las potencias contra Méjico, no era contrariado por la opinión pública, cuyos órganos, Tribune, Herald, Evening Express y Times, daban consejos tan absurdos como el de que Méjico se convirtiese en Estado pontificio, ó hacían apreciaciones tan imbéciles como la de que Europa serviría al Norte situándose en Méjico, porque contrarrestaría la acción de los Estados disidentes. El ministro de España en Washington, sonriendo, decía que las potencias sólo querían poner de manifiesto el desdén con que veían la doctrina de Monroe. Mr. Corwin preguntaba con insistencia si por fin se darían recursos á Méjico. El secretario de Estado contestó sin demora que no. Se le garantizarían sus vencimientos con los tenedores de la deuda extranjera,

y eso al precio que ya hemos dicho, de media República; pero darle los cinco millones de que se había hablado ¿no era salirse de la neutralidad?

℄ El ministro Romero sacó en limpio, de lo que veía y de lo que le dijo Mr. Seward, que los Estados Unidos agotarían todos los medios de conciliación entre Méjico y las potencias: pero que, declarada la guerra, se mantendrían en una tímida neutralidad. Conservaba, sin embargo, una ilusión el representante de la República. Washington intervendría si el objeto de las potencias era cambiar la forma de gobierno en Méjico. Consentiría en que nuestro país fuese expoliado, pero no intervenido. Esta ilusión de Romero coincidía con una de Seward. El secretario de Estado no creía aún que se tratase sino de una demostración naval frente á los puertos mejicanos.

* * *

℄ D. Matías hablaba lleno de un profundo desencanto á fines de 1861. Veía en Seward un enemigo, dispuesto á explotar las dificultades de Méjico. «Nadie vió con más placer que yo el advenimiento al poder del partido republicano de este país,—escribía nuestro enviado—porque sus antecedentes hacían creerlo animado de ideas verdaderamente fraternales hacia Méjico: nadie concibió esperanzas más grandes que yo, de los resultados que tal suceso había de producir á mi patria, y nadie ha sido más amargamente desengañado.» Este desengaño aumentó cuando pocos días después pudo leer las instrucciones comunicadas á Corwin en abril, y comparar la pomposidad y esplendidez hipócrita de los ofrecimientos, con la miserable rapacidad que salió á luz al llegar la primera hora de nuestras dificultades. En abril se le decía á Corwin que su misión era más elevada que la de un diplomático que remueve intereses comerciales: debía prometer una política sin ambiciones, sinceramente americana, en el sentido continental de la palabra, una política fraternal, no de una fraternidad diplomática y afectada, sino de una verdadera unión espiritual, pues los Estados Unidos trataban de fomentar la prosperidad de ambas naciones y la unión de todos los pueblos republicanos del mundo. Muchas palabras y mucha emoción; pero á la hora del apuro, hipotecas, dogal, bribonadas para ver cómo nos libraban de Europa y nos cogían en sus trampas. ¡Y al hombre que se hizo inspirador y director de esta política, hemos estado á punto de elevarlo hasta la deificación!

℄ D. Matías pensó que, dadas las dificultades interiores de los Estados Unidos y la malevolencia de Seward, convenía sugerir un plan que había formado, mediante el cual podía adquirirse á poca costa el auxilio norteamericano. Ese plan consistía en que los Estados Unidos viniesen á Méjico, aceptando la invitación de las potencias signatarias de la convención de Londres. El plan era bueno, porque sin peligro se podía sacar de la intervención norteamericana un nuevo elemento de división en las conferencias y un refuerzo á las disposiciones liberales y ponderadoras de Inglaterra. No hubiera dado resultado, como no lo dió

la unión de ingleses y españoles contra los comisarios imperiales; pero nada se habría perdido con la prueba. A pesar de todo, Seward, que ya había madurado su plan de abstención, dejó caer suavemente el proyecto de Romero que contaba con algún apoyo en el Gabinete, y limitó la acción de los norteamericanos á decir, en respuesta á la notificación de la convención de Londres, que los Estados Unidos pagarían por Méjico si esta nación aceptaba las condiciones que se le impusieran y si el tratado de auxilios pecuniarios se concluía y ratificaba legalmente. Era decir mucho por la forma y nada en substancia para limitar las ambiciones europeas.

℄ El asunto pasó de las manos de Seward á la comisión de relaciones del Senado, para que Mr. Corwin tratase con Méjico de acuerdo con instrucciones del cuerpo que había de aprobar en último resultado el convenio que se hiciese. Mr. Sumner, presidente de esa comisión, y, como tal, copartícipe en la dirección de la política internacional, habló con toda franqueza. No debía darse auxilio á Méjico. ¿Para qué? El préstamo no desbarataría la coalición, y daría como resultado la mala voluntad de Francia y España, naciones cuya benevolencia necesitaban con apremio los Estados Unidos, pues había entonces grandes temores de una guerra originada por la captura de los comisionados sudistas Mason y Slidell, á bordo del vapor correo inglés Trent.

℄ El insulto á la bandera británica fué consumado sin órdenes superiores por el capitán de la fragata norteamericana San Jacinto; pero conocido el hecho, produjo una satisfacción de tal modo desbordante, que al capitán Wilkes fué oficialmente felicitado por el secretario de Marina, premiado por la Cámara de Representantes con una medalla de oro y declarado héroe por la prensa, «como si hubiera ganado una batalla».

℄ Discuten los biógrafos de Mr. Seward si el secretario de Estado participó de aquella elación pública que estuvo á punto de ser funesta para los Estados Unidos. Algunos se inclinan á dudarlo. Nosotros, con el testimonio de D. Matías Romero, podemos asegurar que Seward no estuvo á la altura de sus responsabilidades, pues habló con júbilo de la captura de Mason y Slidell, que daba á Inglaterra coyuntura para romper con los Estados Unidos y que en todo caso se la dió para humillar al Gobierno de Washington.

℄ Así, pues, todos los hombres previsores, entre los que por entonces no se contó Mr. Seward, temían las consecuencias de la conducta del capitán Wilkes, cuando los asuntos de Méjico pasaron á la comisión del Senado. Mr. Sumner, como hemos dicho, alarmado por la cuestión pendiente con Inglaterra, habló con toda esta franqueza: «No vemos que nos resulten ventajas en hacer un préstamo á Méjico.»

℄ D. Matías trató de probar que la expedición contra Méjico era una expedición contra los Estados Unidos; pero él mismo no estaba convencido de que en la situación comprometida del Gobierno federal, cuando éste procuraba por todos los medios evitar un conflicto con Inglaterra, fuera conveniente para nuestros vecinos romper lanzas por nosotros. Ya Mr. Montgomery Blair había dicho que mientras durase la guerra, podía hacer Europa lo que quisiese de nuestro

país y de la doctrina de Monroe; pero á los seis meses, término que asignaba á las hostilidades y al triunfo de la Unión, se proveería para deshacer lo hecho en detrimento del pueblo norteamericano por las potencias aliadas.

☙ No obstante la renuencia de Mr. Sumner á tomar en consideración los asuntos mejicanos, ante las obstinadas súplicas de Romero para que no se desairase á Méjico, consintió como favor excepcional en no resolver desfavorablemente sobre el proyecto de Corwin. Ya que no podían aprobar el tratado, no lo reprobarían, y para ello optaron por echarle tierra, ó, como ellos dicen, TO LAY THE PAPERS ON THE TABLE.

☙ ☙ ☙

☙ Aun apremiados por la guerra, los estadistas de Washington pensaban en lo porvenir. Su política internacional tenía por objeto impedir adquisiciones de territorio que diesen algún ensanche al Sur esclavista; pero no limitaba las ambiciones nacionales. En primer lugar, querían influencia creciente, para promover su expansión. Si el temor de que el Sur se levantase más soberbio, les impulsaba á no buscar territorios tropicales ó subtropicales, aconsejaba á la vez que hiciesen de Méjico un protectorado en vez de una tierra de conquista. Además, considerando bien las cosas, su abstención de empresas conquistadoras sólo se limitaba á aquellas que engrandeciesen al Sur, no á las que lo apocasen. Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila eran poco deseables por esa razón; pero agregándoles Sonora y la Baja California, no encerraban peligros de que se ensancharan los intereses ligados á la INSTITUCIÓN PECULIAR: allí la geografía conspiraba contra la esclavitud. Por otra parte, esas nuevas Quiviras, codiciadas por Francia, encerraban á la vez promesas de ricos yacimientos auríferos y elementos para la marina de la Unión. Por el lado del Golfo de Méjico había cierto territorio que el esclavismo desechó algunos años antes y que el mismo apóstol de la expansión vió con desdén. Yucatán se presentaba á los estadistas demócratas y republicanos del Gabinete de Lincoln como una posesión codiciable por ser una de las puertas del Golfo y por presentarse como un excelente receptáculo para la población de color que el Gobierno federal proyectaba sacar del país y enviar á una colonia especialmente destinada á este fin. D. Domingo Goicuría, aventurero que por desgracia tenía entonces algunas facultades del Gobierno mejicano para que le negociase recursos, aprovechando con malos fines personales las relaciones que tenía con Juárez desde los tiempos de Veracruz, abrió pláticas sobre la enajenación de Cozumel. D. Matías no se sorprendió de que procediese así Goicuría, el cual le había revelado cínicamente sus planes de negociar con la integridad de Méjico; pero puso los medios para que se cortase la trama. El Gobierno mejicano, no hay que decirlo, era ajeno á los planes de Goicuría, y no tuvo en esto más culpa que la de haber confiado asuntos de tal delicadeza á un extranjero que no podía suplir el amor á Méjico y el celo por sus intereses con el sentimiento del decoro personal.

☙ Todo iba poniéndose de un color sucio en los negocios mejicanos. Pasado el

primer movimiento de espanto, ya los senadores concebían la posibilidad de dar un auxilio á Méjico sin herir el orgullo de las potencias, esto es, con la condición de que el dinero se aplicara á satisfacer las reclamaciones de los aliados, y no en la forma propuesta por Corwin. El cabildeo de Washington decía cosas poco edificantes : «Hay aquí personas que presentan, bajo una luz no muy favorable, los designios de Mr. Corwin, y explican su conducta de una manera poco satisfactoria. Aseguran que su objeto, al estipular en su proyecto de tratado que se entregara el dinero al agente de Méjico, en Nueva York, es favorecer á un amigo suyo, residente en aquella ciudad y á quien debe favores que trata de recompensar haciéndole ganar, á expensas de Méjico, cien ó doscientos mil pesos, sólo porque pase el dinero por sus manos. El nombre de esta persona es D. Federico L. Barreda, comerciante peruano establecido en Nueva York. Agregan que su objeto al hacer que el dinero se entregue al Gobierno de Méjico sin obligación precisa de aplicarlo á tal ó cual cosa, es hacer pagar con él algunas reclamaciones de ciudadanos americanos, en las que también le atribuyen interés, y citan como ejemplo la del Sr. Ajuria, contratista de la Casa de Moneda de esa capital, por los permisos que concedió el Supremo Gobierno mientras estuvo en Veracruz, para exportar barras de plata..... Los amigos de Mr. Corwin, á su vez, atribuyen á Mr. Seward los designios que los otros imputan al primero. Dicen que Mr. Seward desea que el dinero no se entregue á Méjico, sino que sea pagado por los Estados Unidos á los acreedores, para tener él su manejo y dar una comisión al que lo administre.» Naturalmente, se tenía cuidado de agregar que Mr. Seward percibiría la mitad de esa comisión.

¶ ¿Dónde empezaba la calumnia y dónde acababa la simple difamación? Los amigos de Corwin tal vez mentían : los de Seward acaso decían algo susceptible de rigorosa comprobación.

¶ Romero, pasando sobre la opinión de Sumner, insistía en persuadir á los senadores de que convenía intentar la mediación en el conflicto mejicano. Las potencias, hostigadas por una población irreducible, y en la imposibilidad de conciliar sus pretensiones, convencidas al cabo de que era estéril la prolongación de la lucha, aceptarían de buena voluntad las garantías que les ofreciese el Gobierno de los Estados Unidos.

¶ Parecía que al fin se pondrían de acuerdo los miembros de las comisiones, pero surgió de nuevo la cuestión de garantías. Romero propuso las del proyecto de Mr. Corwin; pero Mr. Sumner pedía la hipoteca de los Estados fronterizos. Hablar de eso era perder el tiempo : ni Méjico, ni los aliados aceptarían la hipoteca que indicaba miras ulteriores : «Si los Estados Unidos, dijo D. Matías, deseaban sinceramente llevar á buen resultado la negociación, debían empezar por poner en ella una cláusula en que se comprometieran expresamente á no adquirir territorio de Méjico.» Con todo, Mr. Sumner seguía reuniendo planes de desintegración de territorio mejicano. A falta de los Estados fronterizos, Tehuantepec y derechos de tránsito calcados del tratado McLane-Ocampo. D. Matías sintió la picadura del reptil y protestaba. Ni eso, ni nada que se le pareciese. ¿No advertían los estadistas norteamericanos que había bastado el permiso de

tránsito de tropas por territorio mejicano para que Napoleón se armase en guerra contra el Gobierno de Juárez? Un tratado de venta ó cesión disimulada exasperaría á las potencias, y, por otra parte, Juárez no lo admitiría, ni sería aprobado por el Congreso.

☙ Casi á fines de febrero de 1862, la comisión de relaciones del Senado presentó las siguientes resoluciones : «Se resuelve : Que en el estado mudable que guardan las relaciones entre Méjico y las potencias aliadas, y careciendo de informes precisos, es imposible al Senado aconsejar al Presidente, respecto de todos los términos de un tratado con Méjico, de manera que se evitara el ejercicio de una gran discreción de parte de nuestro ministro en aquel país, de conformidad con las instrucciones del Presidente; pero que en respuesta á sus dos mensajes sobre la materia, el Senado formula las siguientes condiciones : 1.ª El Senado aprueba los términos de las instrucciones dadas á nuestro ministro en Méjico en el despacho del 2 de septiembre de 1861. 2.ª El Senado no aconseja que se haga un tratado de conformidad con el proyecto que comunicó nuestro ministro en Méjico el 29 de noviembre de 1861; porque en ese proyecto no se asegura de ninguna manera la inversión de los fondos ministrados para satisfacer las reclamaciones de las potencias aliadas ó de alguna de ellas, y no puede ser por lo mismo satisfactorio para dichas potencias. 3.ª El Senado aconseja que se celebre un tratado con Méjico, por el cual se asuma el pago del interés de la deuda que Méjico tiene con las potencias aliadas, durante un período limitado, y también el de ciertas reclamaciones inmediatas de dichas potencias, procurando que la suma total sea la más corta posible, entendiéndose que el reembolso de la misma deberá asegurarse con prendas ó hipotecas de la naturaleza más practicable, sin obtener ninguna adquisición territorial ni hacer ninguna desmembración de Méjico.»

☙ ¿Al fin había entrado el convencimiento de que nada se arriesgaba con intentar la mediación y de que ésta tenía que ofrecerse en términos decorosos para Méjico y sin la añagaza de estipulaciones á la McLane? Nada de eso : en la sesión secreta del 26 de febrero, el Senado desechó las proposiciones transcritas, por 28 votos contra 8, es decir, casi por unanimidad, siendo los votos favorables los de los miembros de la comisión y el de algún amigo de ellos. Méjico salió de aquella discusión, no sólo desairado, sino maltratado por injustos reproches.

☙ Mr. Seward había variado algo en su actitud. Ya no era tan reservado con nuestro representante, ni tan tímido con los de las potencias. Había en este cambio tres causas. La primera, era el refuerzo moral que habían dado á Juárez las diferencias surgidas entre los comisarios al desembarcar en Veracruz; la segunda, los recientes triunfos de las armas federales en el Oeste y la proximidad de la toma de Nueva Orleans, cuyos resultados le parecían decisivos; la tercera, el aguijón que tenía clavado por la dureza con que se le habían echado

encima los senadores en la discusión de las resoluciones mejicanas. Todo esto inspiró su célebre circular del 3 de marzo de 1862 dirigida á los ministros de los Estados Unidos en Europa.

℄ Los Estados Unidos no dudaban de la sinceridad con que las potencias habían declarado su propósito de no buscar ventajas políticas en la expedición mejicana; pero como se hablaba de un cambio en la forma de gobierno de esta nación, el de los Estados Unidos tenía el deber de manifestar que si tal cambio se hiciera bajo la influencia de ejércitos y armadas de Europa, sin duda no podría sostenerse como contrario que era á los sentimientos dominantes en los pueblos americanos, sino mediante una protección permanente de alianzas europeas, sobre todo si el príncipe llamado á reinar en Méjico era extranjero. Ahora bien, una política permanente de intervención monárquica europea armada, sería considerada como perjudicial y hostil al sistema más general de gobierno del continente americano, y esto, agregaba, sería el principio más bien que el fin de la revolución de Méjico.

℄ La nota hasta aquí es irreprochablemente hábil, de una concepción muy armoniosa, formulada en el más puro estilo de Seward; pero el maestro en oratoria diplomática, exaltado por la belleza de su obra, la termina con un toque magistral : «En tal caso, no es dudoso que los intereses permanentes y las simpatías de este país, estarían con las otras repúblicas americanas. No se intenta en esta ocasión predecir el curso de los acontecimientos que pueden sobrevenir, como consecuencia del procedimiento que se contempla, tanto en este continente como en Europa. Basta decir que, en opinión del Presidente, la emancipación del continente y su independencia de toda dirección europea, ha sido el rasgo saliente de su historia durante el último siglo. No es probable que tuviera buen éxito una revolución contraria á ese resultado en el siglo siguiente, dado que la población crece tan rápidamente en América, á la vez que los recursos se desarrollan con igual rapidez y la sociedad se organiza de una manera firme sobre principios de gobierno democrático americano.» Para concluir decía : «Es verdad que el Senado de los Estados Unidos no dió su sanción á las medidas que el Presidente le propuso para prestar nuestra ayuda al Gobierno actual de Méjico, con la aprobación de los aliados, á fin de sacarlo de su situación embarazosa; pero ésta es una cuestión enteramente nacional, y sería un error atribuir tal diversidad de juicios á una discrepancia seria de opiniones en este Gobierno, ó en el seno del pueblo americano, por lo que se refiere á los buenos y cordiales deseos que siente hacia la seguridad, el bienestar y la estabilidad del sistema republicano en aquel país.»

℄ Firmada y enviada esta nota á su destino, que era la más amplia publicidad, Mr. Seward comenzó á saborear su triunfo. Los preliminares de la Soledad acabaron de alegrarle, y luego la resolución definitiva de Francia que aislaba la cuestión desinteresando de ella á las otras potencias, pusieron el colmo á su contento. En presencia de Romero, afectaba no creer que Napoleón intentase de un modo serio establecer la monarquía en Méjico; pero á solas contaba los noventa días que faltaban para que acabara la guerra, y ya redactaba la nota

que rematara la del 3 de Marzo, en parte transcrita. Por lo demás, hubo un momento en que no creyó necesario escribir esta segunda obra de arte, y fué cuando recibió la noticia de que M. Thouvenel protestaba completa buena fe y falta de miras reservadas en la cuestión mejicana. «—Sí, Sr. Romero» — decía Seward, — «aseguro que Francia no intenta monarquizaros. Pagadle, arreglad los asuntos Jecker y Peza, haced un tratado que la satisfaga y se irá.»

¶ Romero trataba de sugerirle la desconfianza con que él veía á Francia en Veracruz; le llevó copia de un interesantísimo MEMORÁNDUM del Sr. Fuente; pero la fe de Seward no se quebrantaba con las evidencias, y todo lo que dijo fué: «No hay cuidado: en Europa disponen de nosotros á su antojo y hasta se dividen ya nuestros despojos; pero todos esos planes vendrán abajo con nuestros esfuerzos. La situación de los Estados Unidos mejora cada día más, y espero que lo mismo sucederá con la de Méjico. Los aliados llevan más de cuatro meses de estar en el país y nada han adelantado. Si ocupan la capital, ganarán muy poco, pues les pasará lo que á nosotros, que no sabíamos cómo desembarazarnos de ella en 1847.»

¶ Estaba convencido ya de que Francia establecería un gobierno monárquico; pero ¿qué importaba? Las protestas del ministro imperial se archivarían, y al concluir la guerra civil, se le mostrarían para exigirle la desocupación del territorio mejicano. «Entonces», agregaba Mr. Blair, «los Estados Unidos, bien militarizados, enviarán un ejército á Méjico, si los franceses no se van por sí solos. La política lo aconseja, y aunque no fuera así, lo exigirá el pueblo.»

¶ Pero la guerra civil no acababa. Iban pasados ya dos meses de los tres calculados para verle el fin, y el fin no se veía. Seward se retiró á sus atrincheramientos, y, dulcificando el tono de sus altivas comunicaciones, intentó que Francia le diera, si quería, explicaciones sobre las intenciones que llevaba en el asunto mejicano. Repetía, por si no se enteraba M. Thouvenel, que no exigía seguridades. El ministro Thouvenel fué más exquisito, y aseguró que era falso cuanto se suponía, pues Francia no pretendía imponer un sistema monárquico á Méjico. Si el país quería perseverar en la forma republicana, podía hacerlo sin temor de que Francia se disgustase; pero si adoptaba la forma monárquica, miel sobre hojuelas: ¿qué más podía desear Francia, sino que al asegurarse en Méjico el orden, única cosa que buscaba para afianzar el pago de sus reclamaciones, se hiciese esto por ministerio de un Gobierno monárquico? Seward recibió la puya con la risa del conejo y dió las gracias sin recordarle á Thouvenel que antes le había dicho: «Nadie creerá que sois extraños á una contrarrevolución, y se atribuirá siempre á vuestras fuerzas de mar y tierra, el que llamaréis VOTO NACIONAL ESPONTÁNEO POR LA MONARQUÍA.» Pero ¿qué iba á decir Seward en los últimos de mayo, cuando estaba preparándose para conjurar la intervención francesa que se hacía inminente en los asuntos de su patria con la mira de imponer la independencia de la Confederación del Sur? Además, ya se meditaba en Washington la medida suprema de la emancipación de los esclavos para reducir á los separatistas. Ante problemas tan apremiantes, Seward olvidó completamente el evangelio de Monroe. En una conversación, el enviado del Perú

le preguntó si los Estados Unidos reconocerían el Gobierno que estableciese Francia, y la respuesta fué que podría llegar el caso en que el reconocimiento se les impusiese. La situación era crítica. La nerviosa impaciencia con que avanzaba el Emperador á rematar la pieza herida, dió á aquellos días algo de las apariencias lúgubres de los días de Bull Run. Las apariencias nada más, porque la consolidación de los Estados Unidos no era cuestión de batallas sino de geografía, y ya empezaba á cincelarse la figura de Grant ocupado en circunscribir la zona rebelde.

⁂

℄ El tratado Corwin-Doblado llegó por entonces á Washington. Seward apenas lo leyó y le dió carpetazo. Era inútil y peligroso mandarlo al Senado : nadie pensaba en la cuestión mejicana, si no era para impedir que Francia, ya demasiado vibrante, tomase el pretexto del subsidio de once millones á Méjico, para romper con todo y declarar su intervención en los asuntos de los Estados Unidos. El secretario de Estado sólo enviaría aquella pieza diplomática urgido por el voto de la Cámara ó mediante la seguridad de que allí fracasaría el inoportuno convenio.

℄ Á la vez que se recibía el tratado en Washington, llamaba á la Legación de Méjico D. Juan Bustamante, comisionado para adquirir armamento por cuenta de algunos Estados del interior de la República que deseaban prepararse á resistir la invasión francesa. D. Matías, á instancias de Bustamante, tuvo el candor de solicitar que se le vendiesen armas del Gobierno, y la respuesta fué que no las había, pero que el Sr. Bustamante podía proveerse de ellas en el mercado y sacarlas libremente del país, sin temor de que el Gobierno entorpeciera sus operaciones. El encargo de Bustamante era tanto más difícil cuanto que, por falta de recursos, pretendía comprar á crédito, y Méjico, que carecía de muchas cosas, lo menos que tenía era crédito. Con todo, la habilidad mercantil de Bustamante, hombre de fortuna y de mucha influencia en su patria, sobre todo en San Luis Potosí, hizo el milagro de la improvisación del crédito mejicano. Lo que no pudo lograrse fué que se aplicasen á Méjico las leyes de la neutralidad. Bustamante adquirió 36,000 fusiles, 4,000 sables, 1,000 pistolas, 18.000,000 de cápsulas y 500 arrobas de pólvora, y listo ya el embarque de la mercancía para Matamoros, se le rehusó darle paso, no obstante que ya Romero había hablado sobre el particular con el secretario de Estado. Ante la extraña negativa de la Aduana de Nueva York, Romero acudió al secretario del Tesoro, y como éste se excusara con acuerdos de los departamentos de Marina y Estado, vió á Welles y á Seward : ambos dijeron que no había dificultades y que podía procederse á la exportación de las armas y municiones; pero, al presentarse de nuevo en el departamento del Tesoro, se le dijo que el número de armas era excesivo. Romero arguyó todo lo que el caso requería. ¿Qué exceso podía haber en esa remesa de malos fusiles de chispa reformados para hacerlos de fulminante? Ni por el número, ni por la calidad, que los hacía inadecuados para las necesidades

de aquel país, podían temer los Estados Unidos la exportación de esas armas, y menos aún podía temerse que se tratara de un envío subrepticio á los separatistas, cuando tanta necesidad teníamos de armas en Méjico. El secretario del Tesoro no cedió y remitió el asunto al juicio del secretario de Marina, el cual, convencido por D. Matías, dió su aprobación al envío; pero el secretario de Guerra declaró que, aun cuando sus simpatías por Méjico eran tales que si tuviera 100,000 fusiles los enviaría para la defensa nacional, estaba impedido y no podía dar la orden, pues hacía tiempo que había expedido una prohibiendo toda exportación de armas, y su deber era atenerse á ella. Entonces volvió Romero ante el secretario del Tesoro, el cual le había dicho antes que el permiso no podía darse por el número solicitado, sino por uno menor, 6,000 fusiles, por ejemplo; pero al saber que Romero se contentaba con esto, dijo que, atendiendo á la disposición del secretario de Guerra, ya no podía autorizar la salida de un solo fusil. «De todo esto resulta, comentaba Romero, que este Gobierno nos priva arbitrariamente del derecho que tenemos para comprar armas en este país y mandarlas al nuestro, cuando todavía no reconoce el estado de guerra entre Méjico y Francia y considera á ambas naciones no como beligerantes, sino como amigas... No me sorprende este resultado, porque, como indiqué á usted en mi nota número 260 de 26 de julio próximo pasado (la que transcribimos es del 28 de agosto), tengo seguridad de que estos hombres nos sacrificarían mil veces, si creyeran que de esa manera evitaban la intervención francesa en sus asuntos. Lo que me ha disgustado en extremo es la manera poco franca y leal con que se ha procedido en este caso. La orden previa del Ministro de Guerra prohibiendo la exportación de las armas, me parece una grosera suposición, pues es en efecto muy extraño que ayer á las once no tuviera noticia de ella Mr. Chasse (secretario del Tesoro), y que estuviera dispuesto á conceder el permiso, si el número de armas no fuera tan EXCESIVO á sus ojos.» La conducta de los miembros del Gabinete de Lincoln era no sólo poco franca y poco leal, sino indecente en toda la línea.

℄ Y van más pruebas. El secretario de Guerra y sus colegas habían alegado, como causa de la prohibición, el estado del país y la necesidad de retener todas las armas que en él hubiere; pero algunos días después, el presidente Lincoln dijo á Romero que la única razón para impedir la salida de las armas era el propósito de no quebrantar la neutralidad, y no lo que se le había dicho. El secretario Seward reforzó esa razón, diciendo que el Presidente de los Estados Unidos necesitaba tener siempre sus papeles listos para contestar satisfactoriamente las interpelaciones que le hiciera el Gobierno francés.

℄ No sólo esto, sino que al tratarse de Francia, se le aplicarían reglas distintas. Ya el vendedor de las armas había dicho en una carta al administrador de la Aduana de Nueva York: «Si Francia ó Inglaterra ocurriesen á este país para hacer tales compras, sin duda no se les presentarían estas objeciones.» Y así fué. A principios de noviembre llegaron, á los Estados Unidos, oficiales franceses del ejército de Forey enviados para proveerse de elementos de guerra. Fué preciso darles todo lo que pedían en nombre de la estricta neutralidad. Forey tenía

el encargo de impedir la expansión de los Estados Unidos, y á la vez de buscar en los Estados Unidos los artículos que necesitaba para ese fin. Romero puso el hecho en conocimiento del secretario de Estado, sin hacer una demanda especial, porque si protestaba contra las facilidades que se diesen á Francia, reconocería la justificación de la negativa que él había recibido. Seward dijo que en el caso se procedería de acuerdo con los mismos principios adoptados para resolver la cuestión planteada por la compra de Bustamante. Y luego, previendo futuras objeciones, que se le hicieran al permitir como permitiría las exportaciones de elementos de guerra, advirtió que las armas de Bustamante se habían detenido por las órdenes anteriores del secretario de Guerra y no por considerarlas como contrabando. Mentira, puesto que Lincoln dijo á Romero que la orden se daba para observar la neutralidad, y esto mismo fué corroborado por Seward. Romero dió un mentís categórico al secretario de Estado. El asunto iba tomando el rumbo de un rompimiento. Efectivamente, la conferencia de Romero y Seward, celebrada el 22 de noviembre, fué de un carácter excepcionalmente desagradable. Interpelado el secretario de Estado sobre la compra de carros y mulas para el ejército francés, invasor de la República, dijo que, con arreglo á las leyes de los Estados Unidos, no era ilegal la compra de efectos de contrabando de guerra hecha por una potencia beligerante en los puertos de los Estados Unidos, y que lo que se prohibía era sólo que los ciudadanos norteamericanos condujeran tales efectos á uno de los países beligerantes. «No pude ocultar la sorpresa que me causó tan extraordinaria doctrina, dice Romero, y después de una ligera discusión con Mr. Seward, en que convino que el resultado de la doctrina americana equivaldría á que los puertos de los Estados Unidos estuvieran abiertos para la Francia y cerrados para Méjico, me dijo que tales eran las leyes, y que no había más que conformarse con ellas.» Después de esta conversación, Romero dirigió una nota en que decía : «Mi Gobierno cree que si tal compra se realizase, se violaría por los vendedores la neutralidad á que están obligados, por ser ésa la posición que el Gobierno de los Estados Unidos ha querido tomar en la guerra que está haciendo á mi patria el emperador de los franceses. Es indudable, en concepto de mi Gobierno, que tal venta sería un auxilio directo á uno de los beligerantes, puesto que se prestaría á su ejército, que necesariamente lo emplearía en actos de hostilidad.» Se le contestó citándole doctrinas de Alejandro Hamilton y de Daniel Webster. Pero Hamilton decía que comprar en los Estados Unidos y exportar después artículos llamados contrabando de guerra, son actos lícitos si tienen el carácter de mercantiles, y Webster hablaba del comercio de esos artículos. Ahora bien, replicaba Romero, en el caso no se trata de lucrar con las mulas y carros, sino de aplicar ambos artículos al uso inmediato y directo del ejército francés. Si estos principios se extendieran á Méjico, menos mal; pero ¿qué significaba la diferencia de tratamiento? Algunos periódicos de Nueva York tomaron la tesis de Romero para sostenerla. THE TRIBUNE decía : «¿Nos quejamos de la conducta observada por Inglaterra, potencia neutral, embarcando municiones de guerra y abastecimientos y armando el buque pirata DOSCIENTOS NOVENTA? ¿En qué difiere la

conducta de Inglaterra de la nuestra, cuando permitimos esos embarques para Méjico, destinados á satisfacer las necesidades absolutas del ejército invasor, y esto justamente cuando Luis Napoleón acaba de ver burlados sus esfuerzos para procurar una coalición europea con el fin de intervenir en nuestros asuntos y dar preponderancia al Sur?» Otro de los periódicos neoyorkinos, THE HERALD, era más preciso en sus críticas : «Estamos observando rígidamente la ley de neutralidad contra Méjico. ¿Por qué no se la aplicamos á Francia? Nuestro interés debería obligarnos á ayudar á Méjico. La derrota de los franceses invasores haría que no se volviera á hablar más de intervención francesa ó europea en nuestros asuntos. ¿Acaso Francia nos inspira miedo? ¿Debemos humildemente sujetarnos á ser su juguete? ¿Teme acaso nuestro Gobierno levantarse á la altura de la dignidad de nuestra posición nacional manteniendo nuestros derechos, cuando antes de que termine el año tendremos en campaña un millón de hombres? ¿Teme sostener la independencia de América contra los principios de dominación europea y contra la interpretación europea de las leyes internacionales? ¿Ó hemos de concederle á Francia los favores que le negamos á Méjico, lo que establece un privilegio que es la violación del más patente principio de la neutralidad que vehementemente pedimos se observe con nosotros?»

℄ Mr. Seward contestó dulcemente, con una gracia acariciadora, la nota desabrida del ministro de Méjico : «La República mejicana goza de la sincera amistad y de la buena voluntad de los Estados Unidos, y éstos lamentan la guerra que existe entre aquella República y Francia. Pero como no son parte de esta guerra, ya que desgraciadamente se ha suscitado, sólo pueden obrar de conformidad con los principios que han normado su conducta en casos semejantes.» Y repetía el estribillo de que «la prohibición para el embarque de armas en el caso á que se alude, fué una prohibición general que comprendía á todas las naciones lo mismo que á Méjico, fundada en las necesidades militares de los Estados Unidos, cuyas autoridades no pueden consentir que las armas de fuego de cualquier clase que sean, se envíen como mercancía á otros países, cuando es necesario sofocar una formidable insurrección.» Ya Romero había demostrado que se habían hecho embarques de armas para otros países. Pero Seward seguía mintiendo intrépidamente : «El Sr. Romero indicó, decía Seward, y probablemente con exactitud, que los carros serán tan útiles á los franceses como las armas á los mejicanos; pero no se percibe la fuerza de este argumento, porque el embarque de armas se niega á Méjico, no en atención á la necesidad que de ellas tenga como beligerante, sino por la situación militar de los Estados Unidos, y, por otra parte, se permite el embarque de carros, no por las necesidades del ejército francés como beligerante, sino porque la situación militar de los Estados Unidos no exige en este punto la prohibición.» ¿Y qué hubiera dicho al presentarse Romero solicitando licencia para embarcar mulas en Nueva Orleans y carros en Nueva York? Al instante habría surgido alguna necesidad para el ejército federal, ó se habría dado la interpretación decente á la doctrina de Hamilton y no la que se hacía para los intereses particulares de Francia. Precisamente sobre esta interpretación versaba el final de la nota de Seward, heroicamente

impúdico. Declaraba inaceptable que Romero impidiese la venta de artículos de contrabando de guerra á súbditos franceses. Romero no decía tal cosa, y aun expresamente había exceptuado á los súbditos franceses. Protestaba contra la venta de esos artículos á oficiales del ejército francés, y esto ya desnaturalizaba completamente la doctrina de Hamilton, puesto que no se trataba de operaciones de orden mercantil, sino de ayuda directa y sin trabas á uno de los beligerantes.

℄ Romero no dejó pasar la ocasión de subrayar que su tesis era la misma que sostenían en sus demandas contra la Gran Bretaña por violaciones de la neutralidad, Mr. Seward, con su verbosidad fatigosa, y Mr. Adams, el representante de los Estados Unidos en Londres, con la bravura dialéctica que poseía como un privilegio de su nombre. Por eso D. Matías no pudo menos «que sorprenderse grandemente al ver que lo que este Gobierno cree justo exigir del de la Gran Bretaña, no crea justo concederlo á Méjico». THE WORLD transcribía parte de la nota de Romero y la comentaba contra Seward : «La réplica es tan natural como aguda, y si Méjico nos la ha dado, mucha razón tiene para hacerlo y para agradecer al secretario de Estado que escriba y publique su voluminoso libro diplomático, en el que pruebe de nuevo la diferencia de opinión cuando se trata de lo propio y de lo ajeno. Si los ciudadanos de Nueva York pueden correr sus riesgos en mercancías de contrabando que se remiten á una potencia beligerante amiga, ¿por qué nos hemos de encolerizar cuando los ciudadanos de Liverpool hacen lo mismo? Si las mulas y carros de Nueva York empleados contra ejércitos mejicanos, dejan intacta la neutralidad de este Gobierno y de este pueblo respecto de Méjico y sus invasores, ¿por qué los ALABAMAS y ORETOS que limpian el Atlántico de buques americanos, han de afectar la neutralidad del Gobierno y del pueblo inglés respecto de nosotros y del Sur?»

* * *

℄ A principios de 1863, D. Matías había agotado la polémica dejando á Seward mal parado como controversista. Nuestro celoso ministro no veía manera de seguir sirviendo á su patria en aquel puesto y quería retirarse, ya que no podía dar curso á sus deseos personales suspendiendo relaciones con aquel Gobierno. Sólo un amigo político tenía en Washington, el senador McDougall, de California, el cual se hizo cargo de la causa de Méjico y la defendió durante algunos meses, apoyándola en la conveniencia que le resultaba á su país de salir al encuentro de Francia y pedirle cuentas de la carta de Napoleón á Forey, publicada entre los documentos que el Gobierno francés envió al Cuerpo Legislativo. Como se dijera frecuentemente que Napoleón y los funcionarios del Imperio eran amigos de los Estados Unidos, declaraciones que, cuando no venían por conducto de Mr. Dayton, se apoyaban en el más íntimo aunque menos respetable testimonio del dentista de Napoleón, yanqui entrometido en política internacional, el senador McDougall hizo una picante alusión á esto en su dis-

curso, diciendo que el emperador de Francia no era menos enemigo de los Estados Unidos que los jefes de la rebelión del Sur. Y proseguía: «El Sr. De la Fuente, último ministro de Méjico en París, decía al regresar que si un norteamericano dijese allá que esta República disfruta del favor del Gobierno francés, se reirían de su ignorancia.» Con esto se llevaba de frente á Mr. Seward y á Mr. Sumner, las dos columnas de la diplomacia norteamericana.

℄ Efectivamente, una cosa era procurar el mantenimiento de la paz con Francia, y otra, muy ridícula, dar crédito á las protestas del Gobierno imperial. Pero hay que convenir en que la moción de McDougall para que se declarase la guerra á Francia, era impolítica, é inadecuadas las razones en que quiso fundarla. Seward y Sumner estaban bien apoyados por el sentimiento dominante en las clases directoras al querer prolongar cuanto fuese posible la paz con Francia, rechazando, por supuesto, enérgicamente, la tentativa de mediación de aquel Gobierno entre el de la Unión y los rebeldes. Mr. Seward tuvo un hermoso arranque de americanismo al decir: «M. Drouyn de Lhuys se equivoca en la descripción de las partes contendientes en este conflicto. Aquí no tenemos, políticamente hablando, ni Norte ni Sur; ni Estados del Norte, ni Estados del Sur. Tenemos un partido insurrecto que se apoya en las costas del Golfo de Méjico y un pueblo leal que constituye no sólo los Estados del Norte, sino los del Este, del Centro, del Oeste y del Sur.» Esta respuesta de Mr. Seward á una insinuación injuriosa para la dignidad americana, lo puso frente al Gobierno imperial. Los opositores del secretario de Estado, con Sumner á la cabeza, se hicieron del bando de Francia. Triunfó la opinión de Seward, que era la opinión general y que arrastró á Sumner. En ambas Cámaras se aprobaron resoluciones vigorosas contra la mediación europea.

℄ Entretanto, el bombardeo de Vicksburg comenzaba. La ansiedad era inmensa en el Norte; pero no tardó la noticia de las victorias de Grant. La rebelión estaba circunvalada y su derrota era segura.

℄ D. Matías Romero pidió sus pasaportes y se retiró de Washington á fines de abril de 1863, con el propósito de prestar sus servicios al país en las operaciones militares contra Francia, ya que eran inútiles en la diplomacia, por la renuencia de los políticos norteamericanos á todo convenio. Sin embargo, como ya hemos visto, el Gobierno de Méjico dispuso que Romero volviese á Washington, y así fué, presentándose de nuevo ante Seward en octubre. Las disposiciones del departamento de Estado eran las mismas que había visto en la primavera. Ciertamente, las ventajas obtenidas por el Gobierno federal podían considerarse como decisivas; pero la resistencia de los rebeldes era tal, que les permitía mantenerse durante mucho tiempo como una amenaza, y en esta situación se presentaba, con la fuerza de un deber preferente de los directores de la política nacional, impedir toda complicación extranjera, ya que afortunadamente se habían

frustrado la peligrosa conspiración del emperador de los franceses en favor de la independencia de los sudistas y la maniobra que dirigió contra estos mismos para obtener la segregación de Tejas. Así, pues, D. Matías debía abstenerse de tocar puntos referentes á la ocupación francesa de su patria, hecho que pretendía ignorar la diplomacia norteamericana.

¶ La resolución adoptada por Seward era muy sencilla y muy hábil. Se colocó á un lado del camino de los franceses, para no estorbarles el paso; pero se negó á marchar con ellos. Así, pues, no tenían cubierta la retaguardia, y podían verse envueltos por el vecino. Esta simple disposición, que en apariencia nada significaba, inmovilizó á los franceses. No podían avanzar sin recelos, ni retirarse sin humillación. Aquel testigo mudo les exasperaba. Cuando llegaron, al pedir permiso para entrar, dijeron que no venían á intervenir, sino á pagarse. Seward fingió creerlo. D. Matías Romero, escandalizado de aquella inocencia, se agitaba para demostrar la perfidia de Napoleón. Seward seguía fingiendo. Este fingimiento fué toda una obra maestra, no sólo de diplomacia, sino de ironía. Cuando Seward tuvo noticia de las intenciones reales de Napoleón y supo que trataba nada menos que de estorbar la expansión anglo-sajona en América, dijo que aquello era una necedad — A COARSE BLUNDER — y se preparó para un castigo muy cruel. ¿Conque Francia declara que sólo quiere pagarse? Pues que se pague : nada tenemos que objetar. Eso quiere decir que hace la guerra á Méjico, y en esta guerra somos neutrales... á gusto de Francia, para que no tenga motivos de queja. ¿Dice que en Méjico no hay gobierno y que es preciso edificar uno, republicano ó monárquico, según lo pida el país? Pues que haga su gobierno. A esto no le llamaremos intervención. Está convenido que no hay intervención, sino guerra por deudas entre Francia y Méjico. Francia no puede negar esto, porque negarlo sería confesar la intervención. Luego seguimos en el valor entendido de la guerra entre Napoleón y Juárez. El Gobierno de Juárez, proseguía Seward, es el depositario de nuestro monroísmo, para cuando nos convenga sacarlo á luz. Entretanto, este Gobierno de que nos servimos para tal fin, va claudicando, muriéndose. Que se muera. Seguiremos con la farsa de la guerra por deudas, y veremos en qué pára esto.

¶ Napoleón, exasperado con el juego de Seward, planteó la cuestión de reconocimiento de la situación creada por él en Méjico, y para comprar este reconocimiento, hablaba de retirar sus fuerzas. Pero, entonces, ¿qué significaba la carta á Forey? Napoleón venía para impedir la expansión de la raza anglo-sajona y ya pedía que la raza anglo-sajona le garantizase su obra. Esto era dejar el queso por salir de la ratonera.

¶ Seward siguió irónico. La regencia del Imperio solicitó el reconocimiento. Silencio de Mr. Seward. El Sr. De la Fuente protestó contra el establecimiento del Imperio. Silencio de Mr. Seward. El Gobierno francés avisó que al restablecerse la paz en Méjico y al instalarse Maximiliano por el sufragio universal, las fuerzas expedicionarias saldrían del país, hecho que se apresuraría con el reconocimiento del nuevo emperador. Aquí sí fué ya preciso contestar lo de siempre. ¿Qué tenían que ver los Estados Unidos en aquella guerra? Consideraban muy

difícil el establecimiento de un Gobierno monárquico, pero si tal era la voluntad del pueblo mejicano, los Estados Unidos tendrían que respetarla. En suma, lo que decían era : «Sigan ustedes y no nos pidan parecer.»

El Congreso comenzó á revolver los papeles de Seward. McDougall, el senador ya mencionado, insistía en hacer una agitación para que se declarase la guerra á Francia: pero McDougall estaba aislado. Nadie quería la guerra con Francia.

En la Cámara de Diputados, Mr. Kasson, con más acierto que McDougall, presentó una resolución que, por expresar simples opiniones, fácilmente podía pasar en la votación. Según esa resolución, el Congreso declaraba que había recibido con profundo sentimiento la noticia de la tentativa para establecer una monarquía en Méjico por medio de la violencia, y expresaba la convicción de que tal empresa sería considerada en América como una amenaza á la dignidad y seguridad de los gobiernos populares. Después de los trámites parlamentarios, la proposición fué presentada por Mr. Winter Davis, presidente de la Comisión de relaciones, y adoptada unánimemente en los siguientes términos : «La Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos, reunidos en Congreso, resuelven : Que el Congreso de los Estados Unidos desea que su silencio no haga creer á las naciones del mundo, que es espectador indiferente de los deplorables acontecimientos que se efectúan en la República de Méjico, y por lo mismo considera conveniente declarar que no está de acuerdo con las convicciones del pueblo de los Estados Unidos reconocer un Gobierno monárquico, erigido bajo los auspicios de alguna potencia europea sobre las ruinas de una República americana.» Mr. Seward, que no en balde había estado haciendo prodigios de mansedumbre para sacar á flote su propósito de envolver á Napoleón cuando terminase la guerra civil, recibió de mal talante la resolución, cuya votación en la Cámara no había podido evitar. Tenía razones, aparte de las apuntadas, para no precipitarse. Juárez andaba muy mal, según sus noticias. Mr. Corwin y los cónsules americanos le decían tales cosas, que él no auguraba larga vida al Gobierno de Juárez. No era el momento de avanzar á brincos. ¡Tremendo ridículo el de una declaración como la de la Cámara, cuando Juárez tal vez pasaba á territorio tejano! Había que dejar expedita la marcha política de la administración, teniendo en cuenta todas las eventualidades. Pero, ¿reconocería el Imperio? ¿Y por qué no? Ignoramos lo que hubiera hecho, y sólo sabemos que deseaba estar en libertad de hacer lo que le pareciese propio.

Así fué como tomó la pluma para escribir á Mr. Dayton cuatro ó cinco días después de votada la resolución. No creía inútil decir que la proposición interpretaba el sentimiento unánime del pueblo de los Estados Unidos respecto á Méjico: pero eso no indicaba que fuera conveniente expresarse como lo había hecho la Cámara, cuestión, por otra parte, de orden práctico y del resorte del Ejecutivo. Además, debía advertirse que la declaración de la Cámara, para ser ley, necesitaba, primero, el voto concurrente del Senado, y después la sanción del Presidente, ó, á falta de ésta, los votos de dos tercios en ambas Cámaras. El Presidente recibía con profundo respeto la opinión de la Cámara de Represen-

tantes; pero con el mismo respeto se atravesaba para impedir que la aprobase el Senado, y declaraba á Francia que no tuviese cuidado, pues seguiría el mismo juego de la guerra por deudas, con la neutralidad convenida. El Gobierno francés no pudo menos que agradecer estas explicaciones amistosas y siguió adelante con su empresa. Seward triunfaba.

€ La Cámara de Representantes no recibió muy bien las explicaciones diplomáticas dadas á Francia; pero la maniobra de Seward neutralizó los esfuerzos de Winter Davis para dar una respuesta fustigadora. Pasó el año y sólo á fines del mismo, es decir, en diciembre, se resolvió «que el Congreso tiene el derecho constitucional de declarar autoritativamente y prescribir cuál deberá ser la política exterior de los Estados Unidos, tanto en el reconocimiento de naciones nuevas como en otras materias, y que el departamento ejecutivo, por su parte, tiene el deber constitucional de respetar esa política en las negociaciones diplomáticas, no menos que en el uso de la fuerza nacional cuando se le autorice á emplearla según la ley». Se aprobó, igualmente, otra proposición que decía: «La procedencia de cualquiera declaración de política exterior hecha por el Congreso, queda suficientemente demostrada con el voto que la expresa, y mientras esa proposición esté pendiente y sin determinarse, no da materia propia para hacer explicaciones diplomáticas á una potencia extranjera.» Esto era una censura, no una norma; era una opinión constitucional, no una traba. La diplomacia de Seward salía indemne. No mezcló á su patria en la cuestión de Méjico durante la guerra civil.

* * *

€ Tomada Richmond, se trataba de no tener guerra por la guerra misma, y ya no sólo por las complicaciones que traería en la cuestión con los confederados del Sur. Hemos tocado ya este punto aunque incidentalmente, y no es necesario insistir : hemos visto cómo Mr. Seward concentró todo su empeño en desviar la corriente belicosa, y pasamos á dar cuenta de sus relaciones con Francia después de la guerra civil; pero antes, conviene incluir algunas noticias especiales sobre el punto referido.

€ La entrevista de Mr. Seward y D. Matías Romero, efectuada el 22 de julio de 1865, es una de las más interesantes, porque señala el inflexible rigor de la secretaría de Estado para impedir que los Estados Unidos tomasen participación en nuestra contienda, aun por medio de elementos privados. Era el tiempo en que Romero (supliendo con muy poco juicio la inacción de nuestra secretaría de Relaciones, que llegó á dejar pasar hasta tres meses sin dirigir instrucciones á su ministro en Washington), hacía el malaventurado arreglo con el general Schofield para traernos una invasión más funesta que la de los franceses.

€ Las explicaciones que mediaron entre el secretario de Estado y nuestro ministro fueron francas y se extendieron á todas las cuestiones que debían quedar dilucidadas. Después de la guerra, los Estados Unidos tenían dos políticas : ó

seguir la de neutralidad ó adoptar la de acción contra los franceses. Si se adoptaba la política de neutralidad, ¿sería la de una neutralidad bien intencionada, ó de una neutralidad, como hasta entonces, para uso de los franceses? Seward contestó que los Estados Unidos serían franca y lealmente neutrales, sin miedo á los franceses. Méjico podía comprar sus artículos de contrabando de guerra y levantar empréstitos. Lo que él no podía permitir era que los oficiales del ejército de la Unión pasasen á Méjico y que alguno de sus generales de prestigio encabezase las fuerzas nacionales. Sobre este punto fué explícito, como lo había sido cuando, negociado el convenio Corwin-Doblado, nuestra secretaría de Relaciones cometió la ligereza de girar letras contra el Gobierno de los Estados Unidos, y luego Romero la de solicitar un préstamo insignificante para los gastos de don José Ramón Pacheco, enviado á Europa con una comisión semejante á la que después se encomendó al gran patriota D. Jesús Terán. Seward se irguió casi airado para decirle á Romero : «Méjico no debe solicitar favores de nosotros.» Y era claro : ¿no decía constantemente Romero que aun estaba por una colonia francesa que nos librase de expoliaciones norteamericanas?

En la entrevista á que nos referimos, volvió Seward á su antiguo é invariable tema, pues dijo á Romero, según los propios términos de éste, que sería más honroso para nosotros salvarnos con nuestros propios esfuerzos, pues así tendríamos más probabilidades de estabilidad en el orden de cosas que fundásemos, y, sobre todo, menos peligros. «¿Quién podrá decir, agregó, lo que costaría á Méjico que los Estados Unidos fueran á arrojar á los franceses de su territorio?» Dijo, también, «que él estaría siempre en contra de esta política, porque lo está en contra de toda intervención extranjera : si los Estados Unidos ayudan á los independientes de Méjico, volverán sus enemigos á todos los afrancesados y habrá un partido contra ellos en el país, que no le permitirá establecer ningún orden de cosas, quedando los norteamericanos en la misma situación en que están los franceses ahora.» Esto sin contar con los peligros, á que sólo hizo alusión por demasiado conocidos.

Ya sabía, pues, Romero, á qué atenerse sobre los dos negocios que entretenían por entonces su actividad : el de préstamos para arbitrar fondos y el de envío de hombres, armas y municiones. Romero entendía, y así se lo dijo á Seward, que los franceses tendrían que irse por cansancio, si no eran arrojados del país, y creía también que Méjico, por sí solo, sin el auxilio norteamericano, sería capaz de arrojar al invasor, siempre que tuviera dinero para armarse, y más aún si le alcanzaba para reclutar voluntarios en los Estados Unidos. El problema consistía en arbitrarse fondos, ya no por un tratado con el Gobierno de los Estados Unidos, sino por un empréstito que creía realizable. Empezó á dar pasos para esto desde mayo de 1865, á reserva de las instrucciones que se le dieran y que llegarían en agosto. Desde fines del año anterior, el Gobierno había comisionado á los generales D. Gaspar Sánchez Ochoa y D. José María Carvajal para que levantaran empréstitos y con sus productos organizaran expediciones. Los dos comisionados emplearon todo el año de 1865 en arreglos inconvenientes por diversas causas : mientras Sánchez Ochoa hizo las cosas tan raquíticamente

que por treinta mil pesos entregó diez millones de bonos en garantía y se ató las manos para el buen éxito ulterior de sus negociaciones; Carvajal, poseído de megalomanía financiera, comenzó por entregar los Estados de San Luis y Tamaulipas á un tal Daniel Woodhouse, y acabó por contratar un empréstito con la casa Corlies y Compañía, que, después de causar mil disgustos, produjo sólo tres cargamentos de armas y municiones, malas en su totalidad y de influencia nula en los acontecimientos.

℄ Como D. Matías Romero creía posible negociar un empréstito, según hemos dicho, se le confirieron facultades muy amplias para realizarlo, y á la vez recibió el encargo de tomar bajo su dirección á los dos generales financieros. Romero no pudo contratar el empréstito, y sus servicios en este punto se limitaron á la obra de vigilancia que tenía encomendada.

℄ Sería de extrañar que no se hubiese enviado una persona de notoria competencia para entender en estos asuntos, si no fuera por la opinión errónea que se tenía de la habilidad y del sentido práctico de Romero, equiparados á su infatigable actividad. Romero no podía corregir los desatinos de los generales, porque sólo estaba para impedir los efectos de la impericia con que necesariamente habían de proceder. Quedaba el recurso de que se hiciera director de aquellos negocios, excluyendo á los comisionados, y esto era lo mejor. Al dársele facultades para que contratase un empréstito, esto fué lo que se tuvo en la mente; pero había que considerar la incompatibilidad entre las funciones diplomáticas y las financieras. Una sola de ellas bastaba para absorber completamente al ministro. O estaba en Nueva York al frente de una oficina financiera, ó en Washington al frente de su legación. Es lamentable que el Gobierno se hubiese atenido á esta defectuosa organización de sus negocios en los Estados Unidos, y más aún cuando se vió que Romero nada hacía por su propia cuenta y que Carvajal centuplicaba las causas del desagrado que ya había, por su propensión á tratar excediéndose de las facultades que tenía, siempre en términos ruinosos para el país y amenazadores para su integridad. Un hombre de notoria aptitud, como D. José María Iglesias ó D. Jesús Terán, habría alcanzado, si no brillantísimos, por lo menos muy apreciables resultados al frente de una oficina financiera.

℄ D. Matías Romero había emprendido una negociación subterránea con el Presidente de los Estados Unidos, á espaldas de Seward y con la ayuda del general Grant. Muerto Lincoln, de quien tenía muy pobre concepto, pues le juzgaba inerte y tímido, creyó que Johnson emprendería una política de agresión contra Francia. Su propósito era que el Presidente favoreciese á Méjico, vindicando la doctrina de Monroe y no poniendo obstáculos á la emigración armada de sesenta mil hombres de los que iban á ser inmediatamente licenciados. Romero pretendía que para evitar la irrupción de aventureros, convenía regularizar esa corriente, poniendo al frente de ella á un general de mérito. ¿Y quién

debía ser sino Grant?—«Podría usted ir—le decía Romero—como ciudadano de los Estados Unidos ó como ciudadano mejicano.» Grant ya había expresado deseos de que se le hiciera este ofrecimiento, y para dar á entender cuán vivas eran sus simpatías, dijo que desde que Banks emprendió su primera expedición á Tejas, le había manifestado que él, en su lugar, pasaría la frontera con fuerzas y elementos de guerra, para ponerse á las órdenes de Juárez. Grant no necesitaba tanto para exaltar á Romero, el cual tomó el asunto con una actividad superior á la que de ordinario ponía en el cumplimiento de su encargo.

℄ Las instrucciones á que debía sujetarse el ministro Romero fueron extendidas en Chihuahua á fines de marzo. Las condiciones que debía llenar un ejército auxiliar norteamericano eran que se formase con aprobación del Gobierno de aquel país, y que, además, se garantizase al de la República Mejicana contra los atentados que pudiesen cometer los auxiliares, ya en detrimento de la integridad del territorio, ya en el de las instituciones. Si el Gobierno de los Estados Unidos enviaba al ejército auxiliar, debía hacerse esto mediante un pacto explícito. Si sólo se limitaba á tolerar la organización de las fuerzas, había que agregar á la garantía expresa ó puramente moral del Gobierno de los Estados Unidos, un pacto bien ajustado con el Jefe de la expedición, en el que se estipularía precisamente que el ejército auxiliar estaría sujeto á las leyes mejicanas y á las órdenes del Gobierno de la República, el cual premiaría á oficiales y soldados dándoles concesiones de tierras de acuerdo con la ley del 11 de agosto de 1864, y á los jefes superiores con recompensas en numerario de cien mil pesos para el que mandase la expedición, de treinta mil para cada uno de los generales de división y de veinte mil para cada uno de los de brigada. Quedaría á elección de los expedicionarios adquirir la nacionalidad mejicana ó conservar la propia, si el Gobierno de su patria les daba permiso para venir.

℄ Con estas autorizaciones en su archivo, Romero se dedicó, con una intrepidez de ilusión que maravilla, á proseguir el desarrollo de sus planes, que se apoyaban en el absurdo de que un Presidente de los Estados Unidos puede impunemente conspirar contra su secretario de Estado y contra el sistema congresional. Romero creía que, llevado de la mano por Grant al despacho de Jonhson, podría desbaratar la política del Gabinete y de las comisiones que tenían á su cargo los negocios del exterior. El resultado fué una circular sobre etiqueta en la que Seward le reprendía diplomáticamente por su conducta irregular. Luego vino la intervención del secretario de Estado cuando se cansó de los manejos de Romero, para poner fin á ellos bruscamente. Por lo demás, Grant, padrino de Romero, era la única persona de su categoría é influencia que seguía el impulso irreflexivo de la muchedumbre, dominada por agitadores irresponsables. Las clases directoras inspiraban y, por lo mismo, apoyaban la política de Seward, política de calma, pacífica á toda costa. Con Grant estaba Johnson, hombre vulgar, llevado á la presidencia por la mano torpe del asesino de Lincoln; pero ante su partido, nada era el Presidente junto á Seward; ante los hombres de gobierno, era menos aún. No obstante sus facultades constitucionales, Seward se le imponía como una fuerza de la naturaleza que él no comprendía, pero que aca-

taba. Romero estaba, pues, como le sucedía frecuentemente, en un dorado ensueño al creer que Seward podía salir del Gabinete si se oponía á los planes de Johnson.

Ⅽ Extralimitando sus facultades, hizo Romero un pacto con el general Schofield para que se encargase del mando de la proyectada, ó más bien soñada expedición. Había dos insuperables obstáculos para que se llevase á efecto el convenio con Schofield : uno estaba en Wall Street, y el otro en el gabinete de Seward. Los financieros de Nueva York no dieron recursos, y el secretario de Estado intervino, como se ha dicho, para poner fin á los manejos del ministro Romero. Fingiendo estar de acuerdo con el envío de la expedición, desvió á Schofield del proyecto, encomendándole una misión confidencial en Francia, que llenó de alegría el alma infantil del buen soldado. Schofield no dudaba que se tratase de evitar su marcha á Méjico, pero esto mismo, sumado á su ascenso en el ejército, le dió una gran satisfacción de orgullo personal. Iba como mensajero del gran Seward á determinar la paz ó la guerra con sus informes y con las negociaciones confidenciales que abriese en París. Resuelta la paz, él tendría una parte del mérito de haberla afianzado, y su renombre como estadista igualaría al que había conquistado como militar. Si se decidía la guerra, la conduciría gloriosamente como jefe, llevando á sus órdenes al ilustre sudista Johnston.

Ⅽ Seward jugó por algunos meses con el presidente Johnson, con Grant, con Schofield y con Romero. Pasaba el tiempo, acababa el año, y su política de contemporización seguía una marcha tranquila, sin estorbos. ¿Qué esperaba? ¿Acaso la salida de Juárez para el extranjero, la extinción de su gobierno y con esto el afianzamiento de Maximiliano que determinaría la desocupación de Méjico por los franceses? Este desenlace no le desagradaba, como más violento que el del cansancio de Napoleón y la necesidad en que por fuerza había de verse de llamar á Bazaine con todo el cuerpo expedicionario.

Ⅽ Llegamos á 1866 y aun era materia de cavilaciones conjeturales si Washington reivindicaría la doctrina de Monroe. ¿No se anticiparía Napoleón decidiendo por sí solo la retirada de sus tropas?

⁂

Ⅽ La llegada de Schofield á París causó cierta emoción. El general, prudentemente, dejó pasar el tiempo sin presentarse á Napoleón y aguardó una oportunidad para verle. Mr. Bigelow informó desde luego al general que la retirada estaba decidida. «Puedo decir sin vacilar, escribía Schofield en una carta del 10 de enero á nuestro ministro, que hemos llegado á un punto en que es imposible dudar que Napoleón tiene resuelta definitivamente la retirada de las fuerzas que operan en Méjico y abandonar cualquier proyecto que haya habido de mantener una influencia permanente en América, á lo menos por ahora.» Mr. Webb, ministro de los Estados Unidos en el Brasil, acababa de tener una

conversación íntima con el emperador Napoleón, durante la cual éste le había dicho que, desvanecido el engaño que sufrió sobre los asuntos de Méjico, no deseaba sino salirse cuanto antes de aquel berenjenal.

℄ Y decían verdades incontrovertibles el general Schofield y el diplomático Webb. Hasta los más renuentes aguardaban en los Estados Unidos el próximo mensaje imperial con el anuncio del fin de la expedición mejicana. Entretanto, convenía no menear el agua y dejar al Emperador en su excelente disposición, que podía alterarse si se daba curso á alguna de las resoluciones antifrancesas que se habían presentado á las Cámaras. Mr. Sumner era inflexible en esto.

℄ Un hombre que conocía todas las intimidades de la cuestión mejicana en las Tullerías, M. Corta, dijo á un corresponsal anónimo, que bien pudiera ser el periodista Masseras, con fecha 29 de enero : «Al llegar aquí (escribía de París), he encontrado lo blanco negro en las disposiciones referentes á Maximiliano. Obligada por la fuerza de la opinión, la mano de Francia va á retirarse. El envío de M. Saillard tiene por objeto notificar la retirada.» M. Corta habla del peso de la opinión; pero M. Masseras, comentando sus palabras, dice que YA VEÍAN CLARO EN PARÍS. Efectivamente, Napoleón había dicho desde el mes de noviembre : «Es necesario que tome una resolución enérgica, porque no podemos permanecer indefinidamente en un estado de incertidumbre que paraliza todos los progresos y aumenta las cargas de Francia. Voy á reflexionar maduramente sobre las medidas que debemos tomar, y entretanto, concentrad vuestros esfuerzos (se dirigía al mariscal) en la organización del ejército mejicano, á fin de que podamos evacuar el país en un tiempo dado. Creo que los americanos, á pesar de su jactancia, no querrán entrar en lucha con nosotros; pero haciendo á un lado este peligro, se trata de saber el estado en que dejaremos á Méjico cuando salgamos. Es necesario que el emperador Maximiliano comprenda que no podemos permanecer indefinidamente en Méjico, y que en vez de construir teatros y palacios, debe dedicarse á organizar la hacienda pública y á dar seguridad en los caminos. Conviene hacerle saber que es más fácil abandonar un Gobierno cuya incuria no le ha permitido proveer á los medios de subsistencia, que sostenerle á su pesar.» Napoleón hablaba de incapacidad : el mariscal Randon, de ingratitud. Un día después de la carta de Napoleón, escribía por su parte : «Esta disposición del Gobierno mejicano es peligrosa y no puede menos de desilusionar más y más al país de los sacrificios incesantes que hacemos por sostener una causa destinada á perder toda apariencia de nacionalidad aun aleatoria, y entonces, ¿quién podrá declarar que estamos obligados á prolongar la permanencia de nuestras tropas en ese país lejano?»

℄ Si en vez de ansiar la salida de los franceses, Mr. Seward hubiera solicitado la permanencia de las tropas expedicionarias en Méjico, Napoleón habría hecho exactamente lo mismo que hizo, puesto que había penetrado profundamente en su ánimo el sentimiento del error cometido y de la necesidad que tenía de repararlo, cortando los malos efectos de una situación deplorable. Así lo expresaba en su carta del 15 de enero, cinco días posterior á la del general Schofield en que éste daba seguridades de la próxima retirada de los franceses. «Las dificul-

tades que me suscita sin cesar la expedición mejicana, decía Napoleón, me obligan á fijar definitivamente la época del llamamiento de mis tropas. El tiempo más largo que puedo conceder para la repatriación del cuerpo de ejército, en la inteligencia de que dicha repatriación deberá hacerse sucesivamente, es el principio del año entrante. Os envío al barón Saillard para que se entienda con vos y con el emperador Maximiliano sobre la ejecución de esta medida. Quisiera que la evacuación de Méjico no comprometiese el poder del Emperador. Consultad los medios para organizar sólidamente la legión extranjera del ejército mejicano. Es necesario que el Emperador muestre una gran energía y encuentre en su país recursos bastantes para subvenir á sus gastos».

℄ Las causas de irritación contra Maximiliano eran patentes y justas; pero una discusión serena de las que habían originado el fracaso de la expedición estaba entonces fuera de toda posibilidad. Entre asociados que riñen por el mal éxito de una empresa, no se metodiza el debate. Se lanza el reproche con todo el veneno de la cólera. Sólo más tarde, cuando es necesario acudir á las pruebas y satisfacer á un árbitro que esté sobre las pasiones de los litigantes, pueden fijarse las responsabilidades. En el caso de la expedición mejicana, el emperador Napoleón puso todos los cargos en la cuenta de Maximiliano. Estaba convencido de que éste nada había hecho para cimentar su gobierno, y no pensó si las faltas de Maximiliano, por grandes que fuesen, si los defectos de su carácter, aun incapacitándolo completamente como lo incapacitaban para gobernar, no podían descartarse y dejar en pie un hecho superior á todas las contingencias, que viciaba de muerte su proyectado trono; no pensó que podía ser, como era efectivamente, quimérica su creación política, porque el edificio se trazó sin conocer el subsuelo en que iba á cimentarse. Al sentir Napoleón que, como dice Swinburne, se cortaba las manos en las aristas afiladas de su teoría, no se volvió, ni era humano que se volviera contra sí mismo, sino que buscó y encontró la víctima que cargara con las propias y las ajenas culpas.

℄ A fines de noviembre de 1865, comenzaron á llegar noticias desalentadoras de Méjico, que se resumían así : No hay hacienda ni ejército; la opinión, llena de recelos, duda que el Imperio pueda sostenerse y los adictos van retirándose á toda prisa. Es más : apenas deja de proteger un punto el ejército francés, los elementos organizados por sus jefes pasan á la República. Todavía más aún : las bandas juaristas son ya ejércitos. Éstos eran informes auténticos. Y cuando tales informes llegaban, se recibió una solicitud para que se revisara el tratado de Miramar. Esto era inadmisible, contrario á la prudencia más elemental. No se necesitaba ser GRAN TALENTO Y POLÍTICO EMINENTE para rechazar la pretensión de Maximiliano. Al contrario, muy poco talento y muy poco sentido político bastaban para dar por terminada la expedición, liquidando el Imperio. Pero Napoleón se obstinó en hacer vividera su obra, y después de convencido de la necesidad que tenía de llamar á sus tropas, formó un plan más quimérico que los anteriores para que, al retirarse el último destacamento francés en el otoño de 1867, dejase á Maximiliano con un gobierno fuerte y definitivamente cimentado.

Es tanto más extraña esta resolución cuanto que el Emperador tenía el convencimiento, como se ha visto, de que Maximiliano había frustrado los esfuerzos del mariscal con su inercia y sus locuras, con sus expediciones de herborizador á Cuernavaca y con sus proyectos edilicios. ¿Cómo podía creer que un carácter se modificase, transmutándose en oro el plomo vil? Pero en lo que revelaba estar bajo cero como político, era en la suposición de que fuese posible la organización hacendaria del Imperio sobre la base de aire que le fijaba el convenio de Miramar. En éste, y no en las torpezas de Maximiliano, estaba el profundo secreto del fracaso.

Napoleón se obligaba á sostener el imperio de Maximiliano con una fuerza que iría disminuyendo hasta ser de 20,000 hombres en 1867, incluyendo la legión extranjera, porque se suponía que el nuevo soberano aumentaría su ejército á medida que fueran retirándose las tropas francesas. Ahora bien, esto no se hacía, y al recibir Napoleón la súplica de que se revisase la convención, se le avisaba por el cuartel general que Maximiliano se había mostrado incapaz de formar el ejército que tenía la obligación de organizar. Ésta era la verdad. Los proyectos se habían sucedido, fracasando uno tras otro. Maximiliano, por sentimientos de artista, odiaba al indígena cuando lo veía en las filas : no podía comprender que fuesen soldados esos infelices, descalzos, desnudos, que marchaban agobiados bajo el peso del fusil como bajo un yugo. Todo lo esperaba del elemento caucásico, y éste era insuficiente. Cuando en la primavera de 1865 Bazaine estableció dos grandes mandos, uno con su cabecera en San Luis encomendado á Douay, y el otro con su cabecera en Durango puesto bajo la dirección de Castagny, se vió que los indigenas Mejía y Méndez, con sus tropas de cacoquimios, eran elementos indispensables y preciosos para que las elegantes columnas francesas no tuvieran que ser simples testigos de un gran movimiento de reorganización de las fuerzas republicanas en torno de la zona que ocupaban los europeos. Las tropas mejicanas, que fueron no sólo útiles, sino indispensables para Maximiliano, como hemos dicho, merecieron de su parte muy poca solicitud. El plan teórico que formó y que dió como resultado el desastre en que desapareció su ejército, según lo calificaban los mismos oficiales franceses, constituye una de las faltas más graves de su gobierno; pero hay que ver si en el supuesto de que Bazaine hubiera sugerido, como podía haberlo hecho con buen éxito, un plan de organización militar acomodado á las condiciones del país, se habría podido llevar á término con los recursos de las cajas imperiales. Porque en esto no cabe engaño : el ejército de mejor estructura tenía que ser el de enganche voluntario. Desechado este medio, no quedaba sino el de la leva, siendo, como lo reconoció Maximiliano, absolutamente impracticable la conscripción. Ahora bien, sin dinero, los voluntarios desertarían y los forzados correrían como organización el azar de los combates, con todas las probabilidades de ser aprovechados por el enemigo en cada encuentro que le fuera favorable. Todo dependía, pues, del dinero, y el dinero no existía para formar un ejército imperial. Napoleón previó todo, menos los gastos de instalación que era necesario impender para cimentar algo duradero. Maximiliano se embarcó sin pensar en los

recursos con que contaría; Napoleón, autor de la idea, estadista, director de la empresa, tampoco pensó en ello. Merece, pues, los mismos reproches, agravados por haber tenido el voto decisivo. Arbitró para Maximiliano los fondos de dos empréstitos que gravaron á la hacienda imperial mejicana en más de cien millones de pesos y que no le produjeron una cantidad apreciable, pues todo se fué en gastos de los mismos empréstitos, abonos á los acreedores ingleses, pago al Tesoro francés por sus erogaciones de campaña, depósito para el fondo de reclamaciones injustas, y deudas personales de Maximiliano. A este gravamen debe agregarse el resto de lo que se reconoció á Francia por gastos en la expedición, y resulta que Méjico reportaba una deuda procedente de la Intervención que ascendía á 190.000.000 de pesos. Si esta cifra se hubiera traducido en un ingreso efectivo á la Tesorería imperial siquiera de cincuenta millones de pesos, podría haberse exigido de Maximiliano algo más que venir á pasar una temporada de recreo mientras cuajaba algún ofrecimiento de corona en país que no fuera de conquista. Pero Napoleón, en vez de darle recursos á Maximiliano, le ató una bala en los pies para que se hundiera. No eran otra cosa las obligaciones impuestas á su Gobierno.

℄ Los presupuestos del Imperio son enormes comparados con los de la República, anteriores y posteriores á la Intervención : el que formó Campillo ascendía á treinta y nueve millones de pesos; el de D. Francisco de P. César, á cuarenta y ocho millones. Después, bajo la influencia de las homilías de Napoleón, se formó un presupuesto moderado, el del 6 de abril de 1866. Llegando en la economía hasta lo inverosímil, como se llegó, había un renglón que no admitía rebaja : el de la deuda exterior contraída bajo la tutela de Napoleón y su ministro Fould. El empréstito de 1864 alcanzaba la cifra de cincuenta y siete millones setecientos mil pesos : su interés anual importaba tres millones y medio, todo en números redondos. El empréstito de 1865 se elevaba á cuarenta y seis millones : su interés anual á tres millones y medio. La expedición costaba, hasta la llegada de Maximiliano, cincuenta y cuatro millones, cantidad pagada en parte con el producto del primer empréstito. El resto, que permanecía insoluto, importaba un gravamen anual de cuatro millones seiscientos mil pesos. Calculando un ingreso normal efectivo de cerca de veinte millones como en 1865, que fué el año de la abundancia fiscal, se iba en gastos muertos más de la mitad de las rentas, sin contar con el servicio de la deuda inglesa que importaba dos millones doscientos mil pesos, y el de las convenciones que importaba un millón. Faltaban recursos aun para vivir sin pelear : peleando para vivir, el Imperio sólo podía aspirar á una agonía más ó menos larga. Napoleón creó, pues, condiciones imposibles de vida para el Imperio que había fundado bajo la creencia de que las rentas normales no serían menores de cuarenta millones de pesos, y bien administradas, de cincuenta millones.

℄ El Imperio de Maximiliano tuvo por todo ingreso extraordinario procedente de los empréstitos, treinta y seis millones de pesos, que, compensados con lo que los franceses tomaban ó intervenían, se redujeron á polvo. El Gobierno imperial nunca dispuso de más de veinte millones anuales, con lo que no era posi-

ble fundar un gobierno, en aquellas condiciones, aunque el archiduque hubiera tenido el genio de Turgot en hacienda y el de Federico II para formar ejércitos. La cuestión financiera se presentó siempre de un mismo color; pero los hacendistas franceses la vieron unas veces muy clara y otras muy turbia. A fines de 1865, llegó á Méjico M. Langlais, el tercer hacendista de una serie costosa y muy poco útil que Napoleón envió para poner en orden la CUEVA DE DILAPIDADORES, como llamaba su ministro Randon á la secretaría de Hacienda mejicana. Una de las cosas que ignoraron siempre Napoleón III y sus consejeros, fué que la desorganización hacendaria de Méjico no era cuestión de falta de capacidad ú honradez de nuestros ministros, conservadores ó liberales, ya que todos alcanzaban una media de estas condiciones muy suficiente para no desorganizar sistemas, si alguno hubiese podido establecerse. Napoleón buscaba en la administración los males que eran resultado de la política, y en ésta los que venían de las capas más profundas de nuestro estado económico. Creía que no sabíamos nivelar presupuestos, estableciendo contribuciones con pericia, recaudándolas con método y gastándolas con economía. A enseñarnos estas ciencias ocultas vinieron, uno tras otro, los hacendistas. El primero de la serie, M. Corta, sólo nos visitó para dar fe de la situación, y hecho esto se marchó para gritar en la tribuna del Cuerpo legislativo : «País rico, maravillosamente rico; país de fábula, verdadero Cipango.» Allí están sus palabras registradas auténticamente. Así lo dijo, ni más ni menos. Y Napoleón, que lo creyó, y M. Fould, y todos, comentaban : «¿País rico y erario pobre? País de gobernantes pillos.» Tras de M. Corta, vino M. Bonnefonds, quien, apenas se puso al trabajo, cayó enfermo, acaso para no tener tiempo de desacreditarse. Después de M. Bonnefonds, vino M. Langlais, un prodigio de hombre, un creador de piedras filosofales; pero antes de hacer el descubrimiento del Pactolo que corría bajo los papeles amontonados durante cuarenta años de desgobierno, murió el maravilloso hacendista. Estaba claro que M. Langlais hubiera creado la prosperidad, y estaba claro que, de no ser un Langlais, nadie lo haría. Así se juraba en París. Maximiliano cayó bajo el peso de la condenación fulminada contra todos los gobiernos mejicanos. ¿Por qué no había hecho lo que iba á hacer, lo que hubiera realizado infaliblemente M. Langlais? Pues por eso se le condenaba — se le había condenado, — cuando se recibió la petición de nuevos y más duros sacrificios pedidos al Tesoro francés, que se vaciaba inútilmente, y á la sangre francesa, que corría para que Maximiliano murmurase como un juarista, escribiendo cartas de acusación contra el ejército que le sostenía.

* * *

¶ Tal era la resolución adoptada por Napoleón III, impuesta por la convicción que tenía de las faltas y de la ingratitud de Maximiliano, aconsejada por sus ministros, exigida por la opinión pública, cuando se reanudó en términos decisivos la correspondencia diplomática con los Estados Unidos. Napoleón había

dado una forma disparatada al partido que tomó. Abandonaba á Maximiliano, denunciaba el convenio de Miramar y fijaba un plazo para la retirada de sus tropas; pero no liquidaba el Imperio, sino que se lo entregaba á Bazaine para que éste decidiese sobre el sostenimiento de Maximiliano en el trono, ó crease otro Gobierno que se hiciera cargo de las responsabilidades contraídas por el Imperio. Bazaine debía organizar algo duradero. «Podéis para esto, se le decía, disponer de un año á diez y ocho meses. Si el emperador Maximiliano carece de energía para sostenerse después de la salida de nuestras tropas, será preciso que convoquéis una junta y organicéis un Gobierno, y que mediante vuestra influencia sea elegido un Presidente cuyos poderes duren de seis á diez años. Ese Gobierno, naturalmente, deberá comprometerse á pagar la mayor parte de nuestros créditos.»

Maximiliano quedaba entregado á sus propios elementos y á la suprema decisión de Bazaine. Para hacer práctica la ejecución de esta disposición testamentaria, se nombraba tutor del príncipe al Gobierno de Washington, en el cual Maximiliano parecía tener una desmedida confianza, pues á fines de 1865 aguardaba por cada correo el reconocimiento que había solicitado rendidamente: todavía en marzo de 1866 soñaba despierto, y EL DIARIO DEL IMPERIO decía que el presidente Johnson tenía el propósito de abandonar esa doctrina Monroe DE LA QUE SE HABÍA HABLADO TANTO.

La nota en que M. Drouyn de Lhuys pide á Seward el reconocimiento del Imperio mejicano por conducto del ministro Montholon, repite una vieja tonada: varias veces había dicho el Gobierno francés que el de los Estados Unidos podía apresurar la retirada de las tropas francesas, reconociendo á Maximiliano. Ahora se insistía, razonando en larga serie de consideraciones las ventajas de un arreglo amistoso entre las dos naciones, sobre la base de que los Estados Unidos no entorpecerían la consolidación del nuevo orden de cosas fundado en Méjico, para lo cual no podían dar mejor garantía que el reconocimiento del Imperio. La respuesta ponía fin á la cuestión, por los términos conciliadores, enérgicos y claros en que iba consignada. No hacía más que reproducir parafrásicamente la circular de marzo de 1862, con esta sola novedad: la presencia de ejércitos extranjeros en los países vecinos, causaba inquietudes al Gobierno de los Estados Unidos, por los gastos que le originaban y por el peligro de un rompimiento; pero además de inquietudes, esa presencia causaba descontento, no porque se desconociese el derecho que tienen las naciones para hacerse la guerra, sino porque la guerra era de intervención y se proponía substituir un gobierno republicano, simpático, popular, por una monarquía que, siendo contraria al sentimiento nacional mejicano, se consideraba en los Estados Unidos como una amenaza contra sus propias instituciones. El Gobierno de Washington se abstenía de hacer propaganda republicana en América; pero siendo un hecho incontrovertible que todos los pueblos del continente habían adoptado los beneficios de esta forma de gobierno, consideraban tan injusta una intervención europea para privarlos de ella, como lo sería una intervención americana para destruir las monarquías de Europa. Estas palabras parecían venir de la tumba de Jeffer-

son, é hicieron más por la fama de Seward que todo cuanto había dicho hasta entonces: pero el final es la parte más notable de ese notable documento. ¿Por qué había de creer Francia que era incompatible con su honor y sus intereses el llamamiento de sus tropas, dejando á Méjico la libertad de disfrutar de un gobierno republicano? No podía esperarse un resultado desfavorable, tanto más cuanto que si había un pueblo con quien el norteamericano desease conservar su amistad y con quien no temiese perderla, ese pueblo era el francés.

¶ Esta nota y las que siguieron sobre el mismo asunto, ni quitaron ni pusieron un ápice á las resoluciones de Napoleón, el cual veía en ellas una jactancia sin consecuencias. Prescindiendo del reconocimiento de Maximiliano por los Estados Unidos, Napoleón siguió su correspondencia con Bazaine, sobre la tarea imposible de consolidar el Imperio. Al error de considerar por lo menos racional el encargo confiado á Bazaine, unió Napoleón la falta de no ser franco, dejando que Maximiliano entendiese la situación, y Maximiliano lo que menos quería era entender. Ni el comisionado Saillard, mal recibido y pronto despachado, ni Bazaine, ni Dano, ni nadie podía llevarle un convencimiento que estaba lejos de aceptar. Creía que sólo se trataba de una mala inteligencia producida por falsos informes, y al decírsele que se las arreglara como pudiera para sostenerse, contestaba: «Imposible. No seré abandonado. Ahí está el convenio de Miramar, y sobre el convenio de Miramar, y sobre todos los convenios, está la promesa verbal invariable de Napoleón, el cual, estrechándome la mano, me ofreció sostenerme cinco años.»

¶ Por su parte, Napoleón parecía como querer que se prolongara esa ilusión, alimentando una no menos fantástica. Sólo él podía despertar á Maximiliano, y, por el contrario, le dejaba dormir, y aun hacía lo posible por que no despertara. Maximiliano, por su parte, viendo en torno un desquiciamiento general, apelaba á Bazaine, ya con quejas, ya con ruegos, ya con recriminaciones. Bazaine, impasible, con su silencio de árabe, daba satisfacciones, pero no explicaciones, y Maximiliano, incapaz de comprender los hechos por su ignorancia de las verdaderas resoluciones del amo, llegó á ver delante de sí á Bazaine como una personificación del fracaso, culpable de todo, de omisiones en el servicio, de una barbarie en la represión que enajenaba los ánimos, de impericia, de deslealtad, y sin dejar de halagarlo cuando lo tenía cerca ó lo necesitaba ó recibía de él algún servicio, fiel á su naturaleza de pérfido por debilidad, siguió sin darse cuenta una política desastrosamente espectante, que consistía en aguardar un cambio favorable en definitiva, de la intervención providencial de Napoleón, cuando advertido de la conducta del mariscal, le enviase un sucesor.

¶ Todavía hubo una voz que le habló amistosamente para convencerle de su temeridad. El gran mejicano D. Jesús Terán, un hombre de raras virtudes, austero, de talento extraordinario, patriota sin ofuscaciones ni desfallecimientos, á quien sus correligionarios han tratado con un desvío que viene de incomprensión, pero que merece y obtendrá eminente puesto en la historia de Méjico, escribió al barón de Pont una carta aconsejando en ella á Maximiliano que desistiera de su capricho, como en 1863 le había aconsejado que no aceptara la co–

rona. «El archiduque, decía Terán, debe de estar convencido de lo que yo le anunciaba á la hora en que todo era para él ilusión; el Imperio no inspira confianza y no está distante el día en que se generalice la desafección. Aun suponiendo que se sostenga hoy, ¿quién le sostendrá mañana? El ejército francés tendrá que retirarse : un ejército de aventureros mercenarios será insuficiente. Debo repetirlo : acabará con una derrota y una expulsión. ¿No sería preferible una retirada honrosa? Maximiliano debería comprenderlo mejor que yo. ¿Ha ido á Méjico para asegurar la dicha del pueblo ó para sacrificarlo por una corona? Por fuerza he de suponer lo primero, y suponiéndolo, he de suponer que el honor y el deber le obligan á retirarse. Yo, en su lugar, pactaría un armisticio con el Gobierno constitucional, concluiría un tratado ventajoso para mí, enviaría el ejército francés y saldría del país, después de publicar un manifiesto en el que explicaría mi conducta con la promesa que hice de retirarme al ver que mi presencia fuera contraria á los votos populares.» Terán ofrecía su mediación para el arreglo con Juárez y creía poder persuadir al Presidente demostrándole los males que resultarían de una intervención extranjera, sobre todo la de los Estados Unidos. No convenció á Maximiliano, aunque sus consejos fueron recibidos con una deferencia respetuosa que siempre le guardó aquel príncipe. Tampoco Juárez le hubiera dado asenso. Terán hablaba un lenguaje incomprensible para las facciones, el de la previsión alta y serena que conocía todos los peligros de la situación. Fué el último servicio que hizo á la República, pues pocos meses después murió lejos de su patria, á la que se había consagrado noblemente, y que aun no le recompensa otorgándole un premio de honor, proporcionado á sus esfuerzos.

***

La repatriación debería comenzar al entrar el invierno, ó mejor en el otoño, continuando sin interrupción, aunque sin precipitación. Ésta era una de las indicaciones más precisas que recibía Bazaine de su ministro. El Emperador, en carta del 15 de enero, le decía : «Lo más que puedo conceder para la repatriación del cuerpo de ejército, es el principio del año próximo.» Esto daba un año para la tarea asignada á Bazaine de consolidar el Imperio; pero en otra carta, del 31 de enero, se le daba de un año á diez y ocho meses. Bazaine tomó más de los diez y ocho meses. En su carta del 10 de marzo propone la evacuación en tres destacamentos poco más ó menos iguales : uno en noviembre de ese año, otro en marzo y el tercero en diciembre del año siguiente : veintidós meses á partir de la fecha de la carta y dos años desde el día en que Napoleón concedía sólo la mitad. No había prisa, sin duda por el convencimiento de que Bazaine tenía mucho que hacer antes de salir. Sus facultades eran discrecionales, pero sujetas á ciertas indicaciones. El ministro Randon hablaba de hacer esfuerzos para que la legión extranjera dejada á Maximiliano contase con un efectivo de siete á ocho mil hombres. Al cabo de un mes, Napoleón hablaba de elevar ese efectivo á quince mil hombres, de pagar la legión hasta el día de la salida del tercer desta-

camento y de hacerla pronunciadamente francesa. Nada de austriacos y belgas, pocos mejicanos. Se trataba de que Maximiliano heredase una parte del ejército francés, y para esto se daban todas las facilidades posibles.

Bazaine, partícipe todavía de la ilusión de dominar el país con quince mil hombres, se hace responsable de una ligereza igual á la de Napoleón y Maximiliano, escribiendo el 1.° de marzo de 1866 que militarmente el país estaba pacificado como nunca. Todo lo que faltaba era una buena política y una severa administración para consumar la obra. Napoleón creyó torpemente esta noticia, que coincidía con su mensaje del 22 de enero á las Cámaras, ansiado por los Estados Unidos, como hemos visto, y adornado impúdicamente en estos términos: «El gobierno fundado en Méjico por la voluntad del pueblo se consolida: vencidos y dispersos los disidentes, no tienen jefe; las tropas nacionales han manifestado su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad que sirven para desarrollar sus recursos y aumentar su comercio...» El mismo día en que Bazaine despachaba su carta anunciando la pacificación, se daba la acción de Santa Isabel cerca de Parras, en la que Treviño y Viezca derrotaron al comandante Brian. El 25, Terrazas ocupaba Chihuahua. García de la Cadena se levantaba en Juchipila. González Herrera causaba inquietudes en la Laguna. Escobedo amenazaba los caminos militares de San Luis á Monterrey y de San Luis á Tampico. Méndez, en Tamaulipas, tenía muy comprometidos á los partidarios del Imperio, y al morir en un combate, cubría su puesto el general D. Juan José de la Garza. «De poca importancia para comprometer la posición de las tropas francesas, el combate de Santa Isabel, dice Niox, era, sin embargo, un doloroso episodio que costaba al ejército la pérdida de valientes soldados. El mariscal recordó severamente que prohibía de una manera absoluta todo movimiento fuera de las grandes líneas de operaciones, es decir, la de Veracruz á Guadalajara por Méjico, Querétaro y Lagos, la de Querétaro á Monterrey y la de Lagos á Durango. Sin orden expresa, ninguna fuerza debía alejarse más de cuatro ó cinco leguas.» Ésta era la pacificación ADELANTADA COMO NUNCA y la señal de que la obra sólo esperaba una buena política y una severa administración para quedar consumada.

Saliendo de esas líneas, ¿quién se encargaba de hacer frente á los republicanos? He aquí lo que podían las fuerzas imperiales mejicanas según el ministro Lacunza: en el nordeste, Mejía con su división, encerrado en Matamoros, muriéndose de hambre; en el norte, Quiroga muriéndose de hambre; en el sur, Franco, sin poder salir de Oajaca contra los republicanos por falta de recursos; Florentino López, inmovilizado por la misma causa en San Luis Potosí; las fuerzas austrobelgas, debiendo medio millón de pesos y acabando con los recursos de los puntos que ocupaban. Dice muy bien el señor Bulnes: no era la doctrina de Monroe, sino la doctrina de la miseria la que acababa con el Imperio.

Napoleón seguía dictando medidas de salvación antes de aceptar la evidencia. Su opinión era adversa á la concentración del ejército y á la prohibición de que se diseminara. Por el contrario, debía hacerse lo que aconsejaba uno de los oficiales expedicionarios, que escribía cartas llenas, según el Emperador, de buen

sentido. Una de esas cartas fué copiada en la que dirigió el Emperador á Bazaine el 15 de mayo. Puesto que las fuerzas imperiales mejicanas no podían perseguir á los republicanos, debía darse este encargo á los franceses para que hiciesen una CHUZA antes de concentrarse en Veracruz. Era necesario dar veinte golpes á la vez, acabando con Régules en Michoacán, Corona en Sinaloa, Méndez en Tamaulipas, Escobedo en Nuevo León, y dos ó tres más, decía el corresponsal anónimo, muy convencido de que era fácil hacer UNE GRANDE RAFLE ET SURTOUT UNE RAFLE DE TÊTES. Para lograr esto, bastaba formar columnas autónomas confiadas á oficiales inteligentes. Cada uno de ellos se pondría en persecución de un disidente, y, con buenas piernas y dinero, no tardaría en darle el golpe de muerte. Era la receta del charlatán para matar pulgas con el polvo infalible. Es muy sencilla y está llena también DE BUEN SENTIDO: se coge la pulga y se le administra el polvo...

℄ Napoleón abundaba en procedimientos de igual eficacia. Otro, era la vuelta á la federación. Maximiliano debía formar un gran Estado central con vista para los dos mares, y concentrarse allí. Los otros Estados, débilmente unidos por un vínculo federal, serían tal vez para Juárez, aunque él no lo dijo.

℄ Bazaine, que en ciertas ocasiones tenía la franqueza de rechazar un plan sugerido por el emperador Napoleón, diciéndole que prefería el que se le comunicaba por el ministerio, archivaba las cartas que contenían consejos irrealizables, sabiendo la significación que tenían. Se le había dicho que derrocara á Maximiliano ó que lo sostuviera, y él, subalterno hasta la médula, se escurría por los espacios intersticiales que le dejaba la situación, diciendo para su capote: «Si Maximiliano ha de ser derribado, que lo derribe quien lo puso en el trono; si ha de sostenerse, que se sostenga cómo Dios le dé á entender. Yo no acepto estas facultades tan ilimitadas y tan vagas, sino en aquello que no implique actos positivos y decisiones finales. Mi deber está contenido en la repatriación del ejército, y á esto me dedicaré.»

℄ Tal vez Napoleón le hubiera agradecido á Bazaine que lo desembarazara de la cuestión de Méjico; pero como, con las facultades para resolverla dictatorialmente, venía el ruego de que hiciese un milagro, Bazaine obró bien absteniéndose de intentar el milagro y renunciando el poder omnímodo que se le confería.

℄ Dice Ollivier que cuando Napoleón III acabó de corregir las pruebas de la VIDA DE CÉSAR, el mal nefrítico le nublaba ya el cerebro y le debilitaba la voluntad. El poder personal le abrumaba. No podía con las responsabilidades contraídas. Algo hubiera dado por quitarse tanto peso de encima; pero, en vez de amenguar, las dificultades crecían y se hacían más angustiosas las zozobras. La cuestión romana seguía siempre en el mismo estado de asunto pendiente; la cuestión de Méjico originaba diariamente nuevos disgustos, y, para evitarlos, no bastaba decir: QUE BAZAINE SE LAS COMPONGA COMO PUEDA; Italia presentaba dificultades de porvenir más aún que de presente, y Prusia, con su ciencia y su fusil de aguja, objeto de burla, se levantaba como una formidable amenaza de complicaciones. «No me batiré en el Rhin», había dicho el emperador, contestando una carta de Bazaine. No quería batirse, en efecto. Metido en su gabinete veía COMO GLO-

BOS DESINFLADOS todas sus PRESUNTUOSAS FRASES de neutralidad atenta, aspiraciones nacionales, configuración armoniosa de los Estados, traslación del centro político de gravedad á la región ístmica del Nuevo Mundo.

¶ En medio de las preocupaciones que le absorbían, llegó, como voz de otra edad, la dura reclamación de Seward en que se le pedía que abreviase el plazo de la evacuación de Méjico. ¿Realmente era él, Napoleón, resuelto á no batirse en el Rhin, quien había estado á punto de encender una guerra inútil, más allá del Océano, por la calaverada lamentable que estaba expiando? Había que contestar á ese diplomático en términos que no dejasen duda sobre el mal recuerdo que se tenía de él y sobre el gusto con que Francia se despedía de América para no volver á mezclarse en asuntos distantes. Seward, amenazante casi, decía : «Habiéndose resuelto por parte de Francia la evacuación en un plazo de diez y ocho meses, no me parece fuera de toda probabilidad que encuentre conveniente y compatible con sus intereses abreviar ese plazo. Entretanto, el Gobierno de los Estados Unidos, contrariando sus sentimientos y alterando sus costumbres nacionales, sostendrá un ejército de observación en la margen septentrional del río Bravo.» Drouyn de Lhuys se limitó á contestar que no podía hacer más declaraciones que las ya hechas espontáneamente, y que las tropas francesas se retirarían en los plazos que el Gobierno imperial estimara de su conveniencia, quedando el Gobierno de los Estados Unidos en libertad para sostener el ejército de Sheridan, completamente inútil, puesto que no tenía con quien pelear ni causas para entrar en campaña.

¶ Pocos días después de escrita esta nota, comenzaba la desconcertante movilización del ejército prusiano, conducido por una impetuosidad fría, inspirada en la ciencia de Moltke. El emperador Napoleón, sus consejeros, todo el mundo esperaba ansiosamente los pormenores de la campaña de Bohemia. Un día, el 24 de junio, llegó la noticia de la victoria de Benedek. «La victoria de los imperiales es la paz», decía Thiers. La noticia resultó falsa. El 3 de julio llegó la verdadera, la del campo de Sadowa abandonado por los austriacos, primero en buen orden bajo la protección de su excelente artillería, y después empujados por el pánico hasta la orilla del Elba, que cruzaron en completa dispersión.

¶ Prusia había sobrepujado todo lo que se esperaba de las fuerzas lenta y silenciosamente acumuladas por su perseverancia. El mundo entero se maravillaba de los resultados. El mismo Benedek, tres días antes de la batalla, telegrafió á su Gobierno : «Haced la paz, porque estamos irreparablemente perdidos».

¶ Eugenia, con inconsciencia femenil, tuvo la temeraria ligereza de hacer burla de los acontecimientos. No concebía que el mundo político hubiese sufrido una revolución total en su economía. Riendo, dijo al príncipe de Reuss : «Corremos el peligro de veros en día no remoto ante los muros de París. Una noche me acostaré francesa, y á la mañana siguiente me levantaré prusiana.»

¶ En cambio, el Emperador, sacudido por aquellas impresiones, confesaba todas sus faltas en una recapitulación dolorosa. A pesar de la embriaguez del triunfo, Golz, el representante de Prusia, no pudo menos que pedir á su Gobierno un poco de piedad para AQUEL HOMBRE QUE HABÍA PERDIDO LA BRÚJULA.



QUERÉTARO

A la edad de treinta y cuatro años que tenía Maximiliano en 1866, un príncipe de casa reinante sabe cinco idiomas, ha viajado por tres continentes, ha gobernado, ha combatido, ha sido almirante y candidato á un trono de primera categoría y á dos ó tres de países balcánicos ó ultramarinos; pero ignora una cosa en que son maestros los humildes que le aplauden como tipo extraordinario de la humanidad : el arte de caminar por el mundo sin el sostén de una Providencia. Hemos dicho que no estaba obligado el archiduque á lo imposible que se había pretendido de él; pero cuando Napoleón tomó el partido de retirar su cuerpo de ocupación, ya no se exigía de Maximiliano que continuase, sino que eligiese entre sostenerse por sí mismo, con las fuerzas del país, ó retirarse del puesto. No hemos hablado del abandono de Maximiliano como si se tratase de una EXPOSICIÓN DE INFANTE. Se ha discutido mucho si Napoleón dejó de cumplir un pacto, y de esto último se le acusa por los panegiristas de Maximiliano. Napoleón, tras las obligaciones contractuales que cumplió con exceso, no tenía la de inmolar su persona, su dinastía y su patria á un empeño romántico. Lo que se le puede reprochar, y le reprocharíamos, no es el abandono de Maximiliano, en el sentido de retirarle su apoyo, sino en el de haberle dejado para que su manifiesta incompetencia diese malas cuentas de los intereses pecuniarios franceses complicados en la empresa. Pero ni este reproche le hacemos, porque era muy difícil para él determinar el momento en que Maximiliano debería retirarse, y más difícil aún emplear para

109

esto la fuerza ó la astucia. Por lo demás, el gran error estaba consumado y era irreparable : se había contado con una potencia económica y con una capacidad tributadora que multiplicaba por dos la realidad, y no podía encontrarse un Gobierno republicano nacional que aceptase la sucesión del Imperio con una carga muerta de once millones anuales. Napoleón tenía, pues, que salir por la ventana, y su situación, abdicando Maximiliano, tenía que ser la misma que si éste se quedaba : dejar sus créditos sin garantía, repudiados por el Emperador ó no reconocidos por un Gobierno nacional. Maximiliano evitó que Bazaine se hubiera visto obligado á hacer entrega real del gobierno á Juárez, ya que ninguno de los jefes republicanos tenía la poca cordura que se necesitaba para quedarse como sucesor del Imperio.

Para entender á conciencia los sucesos que trajeron el fin desastroso de Maximiliano, es indispensable buscarles encadenamiento en la psicología del príncipe. ¿Por qué se quedó Maximiliano en el país después de saber que no contaba con el apoyo de Francia? ¿Por qué marchó á Querétaro? ¿Por qué se encerró en esta plaza y sucumbió en ella? Todo esto se puede contestar sin vacilación después de saber quién era Maximiliano. Se le ha presentado como un tipo de paladín, aun por los republicanos enemigos del príncipe y de su gobierno. Se le ha deprimido, aun por los partidarios del Imperio, justamente resentidos contra el archiduque. Pero no necesitamos panegíricos ni diatribas, sino la fórmula de su carácter. No nos basta saber que murió con valor y que era liberal en sus dádivas; no nos basta saber que fué frívolo, desordenado en el trabajo, inconstante y desleal. Queremos saber de qué fondo inmutable de su naturaleza surgen las cualidades y las manchas de aquel carácter.

Masseras hizo de él un retrato que todos los historiadores han popularizado. No lo reproduciremos. Los rasgos de que se compone la fisonomía del príncipe, según el periodista francés, son los instintos elevados del caballero y las extravagancias dispendiosas del ocioso; la sencillez degenerada en familiaridad; la rápida sucesión de afectos que no dejan rastro de los manifestados la víspera; la infidelidad á la palabra empeñada; la vaguedad de un espíritu incierto que no sabe fijar sus propósitos y que, ya inerte, ya enardecido, procede por determinaciones improvisadas, inoportunas y, en su mayor parte, impracticables, mal equilibradas y casi siempre sin efecto; la atención fluctuante, á menos que los gustos se sientan halagados; la incapacidad para un trabajo sostenido; el desorden completo en el despacho de los negocios, pues, con la palabra organización en los labios, todo lo desorganiza y principalmente lo que se refiere á los asuntos pecuniarios, careciendo como carece de la más rudimentaria capacidad para hacer cuentas.

Lo que predomina en este que parece cuadro de síntomas, es la pereza del espíritu, la ausencia de fines en la conducta y la sensibilidad enfermiza. Es un emocional, y, como todos ellos, tiene la sensibilidad muy aguda, la inteligencia muy sutil, la actividad con alternativas de energía impetuosa y de abatimientos bruscos. Es un anormal, un enfermo. «A éstos no se les puede llamar caracteres, dice Malapert, sino en una acepción impropia de la palabra, pues que no

hay en ellos ni unidad, ni estabilidad, ni previsión posible de lo que harán en determinadas circunstancias. Son la negación del carácter, y todos los casos de este grupo son propiamente patológicos. Los principales tipos se encuentran entre los histéricos y aventureros, cuyas historias pueden resumirse en las siguientes notas : Precocidad, indisciplina en la casa paterna ó en las escuelas, ímpetus frecuentes, ineptitud para todo trabajo continuo, alternativas rápidas de la impetuosidad al tedio, ensayo de la actividad en todas las tareas y abandono inmediato de todas ellas; de lo que resulta que van á impulsos del azar y de las circunstancias á una catástrofe final. Las causas de esta instabilidad pueden ser congénitas ó adquiridas. La fórmula que las resume y explica, es el INFANTILISMO PSICOLÓGICO. Los unos, no cesan de ser niños; otros, vuelven á la niñez.»

¶ Este contemplativo, profundamente reconcentrado y falso como Hamlet, egoísta, con un egoísmo de enfermo, va á presentarse todavía más contradictorio en la última fase de su vida. Ya hemos visto que juzgaba como una broma la retirada de las tropas francesas. Para sacarlo de su ensueño, hubiera sido necesario que Napoleón le dijera : «Me equivoqué y os he llevado á un despeñadero». Pero esto no podía decirlo Napoleón, que aun mantenía su fe en la riqueza del país. Sólo podía decir, y esto no lo diría por delicadeza : «Me equivoqué al aceptaros como regenerador de Méjico». Maximiliano insistió, pues, en atribuir la retirada de las tropas francesas á una intriga que no supo desbaratar su ministro Hidalgo, MUY AFRANCESADO PARA SER UN BUEN REPRESENTANTE DEL IMPERIO. Llamamiento de Hidalgo, desfavor, catástrofe de su influencia cuando dijo que el estado de la opinión en Francia exigía una declaración del Emperador sobre la retirada del ejército : «No hay que hacerse ilusiones, señor, agregó : amigos y enemigos de Napoleón, todos desean la vuelta del ejército francés». La verdad cayó tan mal en el espíritu de Maximiliano, para el cual la verdad era una ipecacuana, que habiendo solicitado de Hidalgo franqueza sin velos, «como si fuesen todavía, no soberano y ministro, sino los dos amigos de Miramar», le pagó la lealtad y la franqueza solicitadas ordenando á su libelista Doménech que lo atacara por la prensa.

¶ En sustitución de Hidalgo, fué Almonte á París para proponer un tratado secreto, según el cual seguirían en Méjico las tropas de ocupación durante tres años, al cabo de los cuales dejarían trenes y materiales á Maximiliano. Como compensación de estos servicios, el emperador de Méjico daría cinco millones de pesos anuales CUANDO LO PERMITIERA EL ESTADO DE SUS RENTAS. Almonte debería pedir la inmediata salida de los franceses, para demostrar el descontento de Maximiliano en el caso de que se le negase lo solicitado; pero por desgracia maniobró sin violencias y las negociaciones se trasladaron á Méjico. Decimos por desgracia, atendiendo á la sangre que hubiera economizado un rompimiento entre Napoleón y su pupilo.

℄ Indudablemente, la nota de M. Drouyn de Lhuys llenaba los requisitos para quitar toda esperanza. Hacía la historia de la expedición y sacaba de ella la consecuencia de que Maximiliano, por su culpa y por valerse de republicanos enemigos de Francia, ni había podido consolidar el orden, ni conservar el afecto de la nación que lo había favorecido con singular esmero. «El emperador Napoleón sentía sobre todo que se le reprodujese por conducto de Almonte una serie de proposiciones ya rechazadas otras veces por mil motivos. Después de las declaraciones francas, leales y explícitas del Gobierno francés, cuesta trabajo explicarse la persistencia de las ilusiones que contiene el proyecto.» Maximiliano salía, como siempre, regañado, y más que nunca desairado. La nota era una carta de tutor que reclama por un comportamiento indebido. No le quedaba otra salida que la abdicación, puesto que se le amenazaba con la inmediata retirada de las tropas si no se accedía á garantizar desde luego las obligaciones contraídas y á dar principio de ejecución á su cumplimiento. Lo que pedía Napoleón era justo, aunque sólo fuera por pedirlo el que todo lo había dado sin compensación. De no acatar sus deseos, no quedaba, repetimos, otra salida que la de retirarse y abdicar. Pero Maximiliano entendía las cosas de otro modo. «Napoleón se burla de mí, dijo en presencia de testigos; existe una convención formal entre nosotros, sin la cual yo jamás habría aceptado el trono que se me garantizaba absolutamente con el auxilio de las tropas francesas hasta el fin de 1868.»

℄ Después de haber dicho esto y de creerlo, prueba de que no sabía lo que es un contrato, ni las obligaciones que le incumbían como signatario del convenio de Miramar, había tomado efectivamente la resolución de abdicar, cuando la emperatriz lo detuvo, en un arranque de la soberbia que la hacía tan poco amable y generosa.

℄ Esta obstinación era tanto más imprudente cuanto que, con la noticia del ultimátum de Napoleón, llegaba la de dos trascendentales ventajas alcanzadas por el general Escobedo en Tamaulipas, la derrota de Olivera en Santa Gertrudis y la capitulación de Matamoros. El mariscal, alarmado, salió para San Luis, y Maximiliano, en un acceso de rabia, se dedicó á escribir una funesta memoria contra el jefe del ejército francés, injusta, difamatoria y pérfida. Cuando Bazaine fué á despedirse de Maximiliano, se le negó la entrada.

℄ «De aquí á dos meses, decía Maximiliano, veremos quién de los dos está en situación más aflictiva.» Después de esta amenaza de Maximiliano, la emperatriz, portadora de la imbécil acusación contra Bazaine, y loca ya desde que salió de nuestra patria, fué á estrellar su razón en la roca del DULCE OBSTINADO que opuso á todos sus ruegos una resolución definitiva. Entretanto, el mariscal llegaba á San Luis y comprobaba la extensión del desastre. Sus cartas llegaron bien pronto á Méjico, en donde Maximiliano habría mandado que se tocara doble por el Imperio, si hubiera tenido el conocimiento de la vida que da la vida misma desde que comienza á madurar el juicio.

℄ La emperatriz se embarcaba el 13 de julio en Veracruz; el mariscal transcribía el 11 á Maximiliano estas noticias que le daba Douay : «El enemigo corta las comunicaciones con los puestos avanzados de caballería que vigilan todos los

puntos de tránsito. He formado una columna ligera para facilitar el paso de este despacho, custodiar los correos del Saltillo y recoger á los que están detenidos en Matehuala. Los acontecimientos del norte, la capitulación de Matamoros, la defección de Parras, la partida del general Mejía, la falta de fondos para pagar á las tropas de López y de Quiroga, la carencia absoluta de recursos en las arcas públicas, son razones que juntas mantienen la agitación y no pueden menos que aumentar la hostilidad de los pueblos.» El cuerpo belga sería la única fuerza europea que, á pesar de su desorganización, se dejaría en Monterrey. Los franceses no emprenderían campañas ofensivas en tanto que Maximiliano se negase á satisfacer los deseos que le había comunicado el ministro de Francia sobre un nuevo convenio que sustituyese al de Miramar. Maximiliano contestó : «Acepto lo que se me impone. Ahora, empezad vuestra marcha ofensiva. Tengo confianza en que llevaréis á término la obra impacientemente esperada de la pacificación general, en la que están comprometidas la palabra del emperador Napoleón y la consolidación del Imperio mejicano, del cual dependen los intereses más sagrados y aun la existencia de los residentes franceses.» Para comprometer más á Napoleón, entregó las carteras de Guerra y Hacienda al general Osmont y al intendente Friant; firmó el convenio Arroyo-Dano del 30 de julio; decretó el estado de sitio en Michoacán, Tuxpan, Tulancingo y Zacatlán, y anunció que aquella medida se extendería á todo el Imperio, para depositar un poder omnímodo en manos de comandantes militares franceses designados por Bazaine. Estas medidas, en armonía con la misión de la emperatriz, demostrarían que el Gobierno marchaba con sus GLORIOSOS ALIADOS.

¶ Los gloriosos aliados no se dejaron coger en la trampa. El nombramiento de los ministros fué desaprobado en París, con lo que se evitó el enojo de Washington, que reclamó, como había reclamado hacía poco por el envío de voluntarios austriacos, y estaba ya dispuesto á reclamar por todo. Los franceses evacuaban Monterrey y el Saltillo, sin acordarse de la campaña ofensiva contra los disidentes, que ofreció Bazaine, ó más bien que pareció haber ofrecido, pues no dijo que la emprendería, sino que antes de que Maximiliano firmase el arreglo con Dano, él no podría abrir nuevas campañas. Explicando su conducta, decía : «Por extremo que pueda parecer á primera vista el partido que he tomado al ordenar la desocupación de Monterrey y Saltillo, cada vez me convenzo más de que era necesario hacerlo así. En efecto, los pueblos no tienen simpatías por el nuevo orden de cosas establecido, y el país no ministraría recursos para sostener una guarnición suficiente que diese orden y seguridad. Las tropas que hubiera podido dejar en Monterrey, no habrían bastado para su propia seguridad y se habrían encontrado en una situación de aislamiento absoluto, funesto para la moral de los soldados y, tal vez, para la de los mismos oficiales. Hubiera sido indispensable tener frecuentes comunicaciones con esa guarnición por medio de fuertes columnas expedicionarias muy costosas. No era posible vacilar, desde cualquier punto de vista que se considerase la cuestión, ya fuese el político, el militar ó el hacendario. Por otra parte, esto permite reforzar las plazas situadas atrás y constituir, por decirlo así, una nueva línea de fronteras del norte,

muy sólida y muy fácil de guardar, puesto que entre los puntos extremos de esta línea y el país evacuado hay un verdadero desierto árido y sin recursos.» Por lo que respecta al estado de sitio, el mariscal declaraba que era inútil. Bastaba el estado de guerra. ¿Qué era el estado de guerra sino el estado de sitio, sin el nombre que es odioso? ¿Las cortes marciales, consagración suprema, última, á que pueda llegar el estado de sitio, no funcionaban regularmente? Por otra parte, ¿de dónde saldrían tantos jefes franceses como fuese necesario para sitiar el país, en el momento de empezar la retirada? Y finalmente, el mariscal no quería para los gloriosos aliados el obsequio de la impopularidad y de los odios que les ofrecía Maximiliano. «El estado de sitio, en estas condiciones, aumentaría el número de los enemigos del Imperio y acreditaría la calumnia difundida por los disidentes para excitar el espíritu nacional; á saber, que los franceses han venido á Méjico para conquistar el país.»

℄ Bazaine sólo pensaba en la repatriación de sus fuerzas, y, para ello, en la concentración, problema bien difícil por cierto. Después de evacuar Coahuila y Nuevo León, había que salir de Sonora y Sinaloa, embarcando las fuerzas que había en Guaymas y en Mazatlán.

℄ Maximiliano, como siempre, no se dió cuenta de los hechos gravísimos y de las resoluciones alarmantes que le comunicaba el mariscal. Creía que Bazaine obraba por su cuenta, sin sospechar las instrucciones que le venían de París, cada día más apremiantes, ó acaso suponía que la emperatriz desbarataría la tormenta con el pliego de acusaciones que llevaba. Todo, en efecto, según Maximiliano, debía caer á cuenta de una guerra conducida con apatía por Bazaine. Mientras no se hiciese la pacificación, era imposible tener hacienda y ejército. El mariscal sólo había ocupado la tercia parte del territorio, y con esto no se podía pacificar. Bazaine hubiera podido contestar que para ocupar todo el territorio se necesitaba un ejército tres veces mayor, lo que ponía la pacificación (en el sentido francés) fuera de todo límite racional. Con estas preocupaciones, no podían llegar al espíritu de Maximiliano las palabras de Bazaine sobre la nueva línea de fronteras interiores para poner un desierto entre la República y el Imperio. ¿Qué significaba esto sino una nueva falacia del mariscal para velar su ineptitud? Maximiliano reconocía la facilidad con que los republicanos del norte se apoderaban de Monterrey, Saltillo, Chihuahua y Matamoros; pero ¿era esto la hostilidad del pueblo al Imperio ó simplemente la anarquía que el mariscal no había sabido combatir?

℄ Desgraciadamente, Maximiliano dió este segundo nombre á una opinión generalizada y sostenida en la creencia de que el Imperio no prevalecería contra el propósito de los pueblos del norte, fieles á su autonomía local, enemigos de los extraños, aun de los mejicanos de otros Estados que trataran de imponerles la ley. No era la anarquía, fuerza antisocial, disolvente; era la tendencia á una integración autónoma, lo que hacía imposible el Imperio. Douay, abierto ya á la evidencia, decía que esto era la HOSTILIDAD DE LOS PUEBLOS. El Imperio era el centralismo, y el centralismo no tenía fuerzas con que dominar las resistencias cacicales de la frontera. Pero Maximiliano desconfiaba de lo que le decía Bazaine

y se obstinó en no recibir las grandes verdades que contenían sus cartas de julio y agosto.

☙☙☙

℄ El convenio Arroyo-Dano ponía las aduanas en manos de los acreedores del Imperio. Las del Pacífico, que rendían aproximadamente tres millones, tenían comprometido el 75 por 100 de sus productos para el pago de las convenciones; las del Golfo, que daban un producto calculado en siete millones, tenían comprometido el 49 por 100 para el mismo destino. Conforme al convenio Arroyo-Dano, el 25 por 100 de las aduanas del Pacífico y la mitad libre de las del Golfo se destinaban al pago de intereses y amortización de los empréstitos franceses de 1864 y 1865 y al pago de intereses de las deudas contraídas con el Gobierno francés por el tratado de Miramar y posteriormente como consecuencia del auxilio que prestaba. Para hacer efectiva esta consignación, el Gobierno francés pondría agentes en las aduanas de Veracruz y Tampico, las cuales se cubrirían con la bandera francesa.

℄ Éste fué el pacto. El hecho difería en que, perdidas así las aduanas por Maximiliano, en vez de pasar á poder de los franceses, pasaron á poder de la República. Efectivamente, el 6 de agosto la guarnición imperial de Tampico entregó el puerto á las fuerzas republicanas de Pavón.

℄ Maximiliano se irritó contra el mariscal y le escribió haciéndole reproches. Bazaine contestó con toda frescura que en efecto Monterrey y el Saltillo se habían perdido por la hostilidad de los pueblos y como una consecuencia del abandono completo en que se había dejado á Mejía. ¿Todo había de hacerse por los franceses? Y en Tampico el mariscal no era responsable de que las fuerzas imperiales hubiesen rehusado tomar la defensa de la plaza. Así, pues, no había que extrañar esa pérdida, que no sería la última. Él, por su parte, ya no podría hacerse cargo de Guaymas y Mazatlán; y Montenegro, sin recursos, capitularía en Acapulco. Hacía mucho tiempo que el Imperio debía haber tomado á su cargo la situación, y si no lo había hecho, la culpa no caería ciertamente sobre el mariscal. Con todo, Bazaine hizo muy mal en acabar su carta dando una engañosa esperanza : no creía que la evacuación del Saltillo y Monterrey tuviese grandes consecuencias para el país. «En la guerra es necesario sacrificar á veces una parte del territorio para asegurar lo principal, á reserva de conquistar aquélla.» A la vez que daba esta opinión tranquilizadora, en correspondencia oficial á su ministro decía que el Imperio sólo podía prolongar más ó menos la agonía de una situación imposible. ¿Por qué no procedió á obtener desde luego la abdicación del archiduque, para lo que no necesitaba sino abstenerse de darle esperanzas? ¿O, por vengarse de las perfidias de éste, quiso dejarlo encampanado?

℄ El 30 de agosto llegaba á París la noticia de la toma de Tampico. El Emperador acababa de escribir una larga carta al mariscal prescribiéndole lo que debería hacer en el caso de que Maximiliano fuese incapaz de sostenerse con las fuerzas propias y con las francesas que le quedaran durante el año de 1867. Todo

cambiaba con la caída de Tampico en poder de la República. «En estas circunstancias no mandéis las tropas : conservadlas reunidas y las embarcaréis más tarde, no sin haber castigado á los invasores.» El 12 de septiembre le ordenaba que la evacuación en masa se hiciese á principios de 1867. No hablaba ya de castigo.

⁂

En los primeros días de septiembre, llegaron á Méjico las noticias de la conferencia entre Napoleón y Carlota. «Le declaré francamente, decía el Emperador, que ya no podré dar á Méjico ni un franco ni un hombre.» Maximiliano comenzó á hacer su equipaje y á organizar un ministerio clerical con D. Teodosio Lares á la cabeza. El equipaje sólo podía servir para irse y el ministerio para quedarse. El público, naturalmente, preguntaba lo que haría el Emperador. El Emperador contestó que un verdadero Hapsburgo no se va á la hora del peligro; pero no dijo para qué hace su equipaje un verdadero Hapsburgo cuando quiere quedarse. El mariscal vió que el nuevo ministerio significaba un cambio de política en sentido más antifrancés que el del ministerio liberal despedido por disposición de los GLORIOSOS ALIADOS cuando todavía no acababa de limpiarse la sangre que le había salpicado el decreto del 3 de octubre. Maximiliano dijo que un ministerio clerical y reaccionario no servía necesariamente para emprender una política clerical y reaccionaria. Con todo, el mariscal pidió que Osmont y Friant saliesen de ese ministerio, por más que, según las declaraciones de Maximiliano, el nuevo Gabinete estuviese destinado á inaugurar una política EN CONSONANCIA CON EL PASADO LIBERAL Y TOLERANTE DEL EMPERADOR.

A principios de octubre, Maximiliano se manifestaba dispuesto á la abdicación. ¿No había dicho poco antes que si fuera viudo se metería á la Trapa? En esto llegaron, á la vez, la orden de suspender el envío del primer destacamento francés, para que saliesen todas las fuerzas en la primavera, y la noticia de la próxima llegada del general Castelnau, con instrucciones secretas de Napoleón. Maximiliano estaba en un grado de irritabilidad extraordinario aun para él que de todo se irritaba, y ese malestar aumentó con la tardanza de Castelnau para llegar á la capital. Tal vez no traía buenas noticias. ¡Aun lo dudaba! No obstante la situación extrema, se ocupaba en la cuestión del concordato y en el arreglo de los bienes de manos muertas, puntos principales del programa ministerial, que parecía dejar como secundarios los asuntos de guerra y hacienda.

El 18 de octubre se había preparado un banquete que debía efectuarse después del consejo de ministros; pero todo vino á cambiar con la llegada de dos mensajes, uno de Bombelles y otro del exministro Castillo. Los mensajes traían la noticia de la espantosa desgracia con que terminó para Carlota la comedia imperial. En la misma noche del día en que se supo la enfermedad de la emperatriz, dice Basch, que paseando con Maximiliano por la azotea del palacio, el Emperador le preguntó qué debería hacer. — Yo creo, le contestó, que V. M. no debe permanecer en el país. — ¿Y creerán todos que vuelvo á Europa sólo por

causa de la enfermedad de la emperatriz?—V. M., respondió Basch, cuenta con mil razones para hacerlo, y Europa comprenderá que V. M. no tenía ya la obligación de permanecer en Méjico desde el momento en que Francia nulificó antes de tiempo el tratado.—¿Cuál cree usted que será la opinión de Herzfeld y de Fischer sobre esto?

¶ El consejero privado Herzfeld y el naturalista Bilimek apoyaron la opinión de Basch, quedó decidida la abdicación y esa misma noche Maximiliano salió de Méjico encerrándose en Chapultepec, de donde debía emprender la fuga para Veracruz á la madrugada del 21. «Logre yo embarcarlo, decía Herzfeld, y una vez á bordo, se disipará todo escrúpulo y se me agradecerá el haber salvado al Emperador.» Ya todo estaba resuelto: una regencia de Lares, Lacunza y Bazaine, para que convocara el Congreso y entregara los poderes del Imperio; la repatriación del cuerpo francoaustrobelga; el mensaje de despedida á la princesa de Iturbide, bien recomendada para que la atendiera el nuevo Gobierno; la entrega de los muebles y alhajas de los palacios imperiales á Pierron y á Schaffer; el regalo de Olindo, la casa de Cuernavaca, al coronel Feliciano Rodríguez, y todo lo de la caballeriza, á los oficiales Ormaechea, Uraga y Pradillo. ¡En esto pensaba Maximiliano el 20 de octubre!

¶ Entretanto, Lares, «trémulo, temeroso de que la República lo cogiese in fraganti», llevaba la renuncia del Gabinete; pero no se le admitía. Fischer, rechazado también de la antesala, entraba en pláticas con los ministros y consejeros. Aquí comienza el gran papel del antiguo luterano y auxiliar entonces del clericalismo. Su pasado, más que turbio, de aventurero en los Estados Unidos y de sacerdote católico disoluto en Méjico, no le había impedido granjearse la confianza del obispo de Durango y la de D. Carlos Sánchez Navarro, con quien vino de la frontera para ser en un día funesto el confidente seductor de Maximiliano y el depositario de las ambiciones del partido clerical. Pero entonces los otros teutones lograron cerrarle la puerta al futuro cura de San Cosme.

¶ ¿Y Bazaine? Bazaine, torpe como un ordenanza, al saber la decisión tomada por Maximiliano, en vez de favorecerla con sus maniobras, la malogró. El padre Fischer, admitido al consejo de los ministros, les hizo ver que si ellos dimitían, cortaban completamente las amarras que aun retenían á Maximiliano en Méjico, quedando la situación á merced de Bazaine, Castelnau y Dano, los cuales, antes que dejar un Gobierno clerical, entregarían la ciudad á Juárez. Era verdad. Bazaine, sin entender su papel, ayudó al padre Fischer, amenazando con cintarear á los ministros si no retiraban la dimisión. Éstos, no tanto por la amenaza de Bazaine, cuanto por la persuasión del padre Fischer, se quedaron en sus puestos, garantizados por las fuerzas del mariscal.

¶ En el camino, Maximiliano encontró á Castelnau y no quiso hablar con él. Todavía iba resuelto á la abdicación, que pretendía hacer en el coche. Rendida la jornada en la hacienda de Zoquiapam, Maximiliano, taciturno, sin hablar una sola palabra, se paseaba con Basch y con el entomologista Bilimek. «Rompió por fin aquel silencio que no le era habitual, y nos comunicó lo que tan profundamente le apenaba. No quiero que por causa mía se derrame más san-

GRE EN EL PAÍS. ¿Qué deberé hacer, nos preguntó con triste y conmovido acento?» Siempre hacía lo mismo: en vez de una decisión, una consulta «—¿Qué haré? —Abdicar, decía Bilimek, irnos de aquí, pasar una temporada en Corfú, y, después, emprender un largo viaje á los países orientales de faunas pintorescas.» El Emperador sonreía al pensar en las expediciones de que hablaba el profesor, y seguía repitiendo para sí y para los que estaban con él: «No debe derramarse más sangre por mi causa.» Ya pensaba en un dulce reposo á la sombra de los olivos de Corfú.

Se tranquilizó al cabo, y en vez de la abdicación mandó que se escribiese al mariscal: «Me propongo depositar mañana en vuestras manos los documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que me encuentro y conmigo todo Méjico.» Entretanto, para calmar su conciencia, deberían suspender su obra las cortes marciales, dejar de aplicarse la ley del 3 de octubre, acabar las persecuciones políticas y toda clase de hostilidades. ¿Era el mismo hombre que pedía el estado de sitio con generales franceses para todo el país pocos meses antes? Jamás fué el mismo hombre tres días consecutivos.

El 24, llegó á Orizaba. Entretanto, Bazaine esperaba inútilmente los documentos anunciados en la carta de Zoquiapam. ¿Qué pasaba? El Emperador había recobrado toda su tranquilidad al salir de Zoquiapam, y como durante el camino recibió manifestaciones de afecto y adhesión en la forma usual de comisiones, de discursos y de flores que le llovían al paso, cuando llegó á Orizaba, ya no era el bulto inerte puesto por Herzfeld en el coche. Un cambio brusco de la inacción á la loca actividad, determinó que, en lugar de dejarse embarcar, embarcara á su conductor, quien recibió el encargo de anunciar en Europa el próximo regreso del archiduque.

Comenzó á vacilar de nuevo. Se comparaba á Cortés en la noche triste. «Siempre me ha conmovido, escribía en su diario, este pasaje de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es que, aun los ánimos férreos y tenaces, llegan á creerse á veces abandonados de su estrella, y caen en la postración.»

Fischer, consejero del día, procediendo hábilmente, no atacó el propósito de abdicación, limitándose á fomentar las vacilaciones del irresoluto. ¿Deberé abdicar? preguntaba Maximiliano. El padre suspiraba. ¿Me iré sin abdicar? El padre se encogía de hombros. Maximiliano estaba resuelto á irse: en eso no había duda. ¿Cuándo? ¿Abdicando, ó sin abdicar? Eso nadie lo sabía. Tenía resuelto no volver á la vida política, no presentarse en Austria antes de su viaje, que duraría dos años. Una carta de su querido Eloin vino á presentarle perspectivas nuevas ú olvidadas y consideraciones que lo atacaban por su lado más vulnerable. Esta carta, por un mal sobrescrito, cayó en poder de los republicanos, y fué publicada antes de que la recibiese Maximiliano. Juzgando como una deslealtad la conducta de Napoleón, decía Eloin «que el Gobierno francés deseaba una abdicación antes de la vuelta del ejército, para proceder por su cuenta á reorganizar un nuevo estado de cosas capaz de asegurar sus intereses y los de sus nacionales. Tengo la íntima convicción, agregaba, de que V. M. no querrá dar esta

satisfacción á una política que tarde ó temprano responderá de la odiosidad de sus actos y de las consecuencias fatales que vendrán con ellos.» Eloin no se equivocaba. Conocía bien á su hombre. Hablándonos del estado de ánimo de Maximiliano en los últimos días de octubre, refiere Basch : «El hecho de abdicar no era para él motivo de lucha por la abdicación en sí misma : éralo porque á su justo amor propio repugnaba declarar ante la nación que no podía sostenerse por más tiempo sin el apoyo francés, y que se había dejado engañar por Luis Napoleón...» Eloin, á cuya carta niega Basch influencia en los acontecimientos que siguieron, había comprendido admirablemente el estado de ánimo descrito por el mismo Basch en el párrafo anterior, pues decía : «Sin embargo, tengo la íntima convicción de que el abandono de la empresa, antes de la vuelta del ejército francés, sería interpretado como un acto de debilidad; y como el Emperador tiene un mandato popular, toca á ese pueblo mejicano, libre de la presión de una intervención extranjera, y convocado de nuevo, prestar al Imperio el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y crecer. Si no se escucha este llamamento, entonces S. M., después de haber cumplido hasta lo último su noble misión, volverá á Europa con todo el prestigio que le acompañó al salir, y al desarrollarse importantes acontecimientos, que no dejarán de surgir, podría desempeñar el papel que le corresponde.» ¿Cuál era ese papel? «Al pasar por Austria, proseguía Eloin, he podido observar el descontento general que reina en el país..... El Emperador está desalentado; el pueblo se impacienta y grita pidiendo su abdicación; las simpatías de que goza V. M. se comunican ostensiblemente á todo el territorio.»

¶ La abdicación, resuelta á la salida de Méjico é inminente en Zoquiapam, había pasado ya al ESTADO DUBITATIVO, como dice Masseras. El 31 de octubre, Maximiliano escribió al mariscal : «En las circunstancias difíciles por que atravieso y que, si las negociaciones que acabo de abrir no llegan á un feliz resultado, me obligarán á devolver los poderes que la nación me ha confiado.....» La partícula condicional sumió en meditaciones á Bazaine, Castelnau y Dano. ¿Cuáles eran esas negociaciones? El jefe del Gabinete clerical, que no se había disuelto por la intervención imbécil de Bazaine, se presentó ante el triunvirato con poderes de Maximiliano, interpelándolo sobre la actitud que tomaría en el caso de que el Emperador decidiera sostenerse apoyado en fuerzas nacionales. Después de contestar como pudo, Castelnau envió al capitán Pierron para que conferenciase con Maximiliano. El 9 de noviembre, Pierron informaba que Maximiliano estaba dispuesto á partir, sin hacer un manifiesto ruidoso contra Napoleón, como se temía, y poniendo por única condición que se atendiese á las tropas austrobelgas, á la familia Iturbide y á los empleados particulares del Emperador, y que se le dijese cómo se arreglaría la cuenta de su lista civil. Ya había mandado que se practicara una liquidación y de ella resultaba que se le debían 180.000 pesos. De este último asunto dependía la fecha de la partida. El dato es de Castelnau, y nos fué transmitido por Niox. Con él se explica el telegrama que puso Maximiliano á Pierron en Riofrío el 22 de Octubre, cuando ya había recobrado «toda su tranquilidad», para que liquidase las cuentas de la lista civil. Quería

dinero para su viaje de recreo, y como no lo había en las cajas del tesoro imperial, urgía darlo de la pagaduría francesa. Esto no fué entendido por los representantes de Napoleón.

℄ Cuando Maximiliano anunciaba su propósito de partir después de que se le liquidase, ya había empezado á trabajar un conciliábulo en Orizaba, compuesto del padre Fischer, el ministro inglés Scarlett, D. Carlos Sánchez Navarro y el ministro Arroyo. «Movióse toda aquella secreta agitación en dos direcciones con especialidad, dice Basch: la una tendiendo á suscitar cierta aparente VOX POPULI; la otra intentando persuadir á Maximiliano de que jamás había tenido el Imperio una oportunidad más brillante para resucitar con esplendor.....» Con todo, «nadie en el mundo hubiera podido, por aquellos días, pronosticar feliz éxito á los esfuerzos del padre Fischer y de sus amigos.» Maximiliano creía que el Imperio no podría sostenerse sin mucha efusión de sangre, y él no quería ser un obstáculo á la conciliación de los partidos. Estas palabras fueron escritas por su orden, anunciando el próximo viaje á Europa.

℄ Los comisionados de Napoleón anduvieron remisos en los arreglos de orden privado que deseaba Maximiliano, y el 16 de noviembre contestaron evasivamente algunos de los puntos de la carta del 12. Si hubieran mandado 45.000 pesos que pedía el archiduque, probablemente se habría marchado; pero como la respuesta no fué satisfactoria, Maximiliano empezó á tener complacencias en sus entrevistas con Márquez y Miramón, quienes habían llegado al país, el primero llamado por el Gobierno imperial, y el segundo atraído por la seducción de una próxima lucha. Cuenta Basch que cuando llegaron Márquez y Miramón, «el ánimo del emperador estaba visiblemente modificado, y recibió á los generales, que por cierto no habrían obtenido audiencia de haber llegado unos días antes». El Emperador se había restablecido de las calenturas, y estaba contento. Por lo demás, ya Scarlett y Eloin habían trabajado en el sentido de los deseos de Lares y Fischer. Efectivamente, el 18 de noviembre decía Maximiliano en una carta á Bazaine: «Aun falta que arreglemos lo principal y definitivo: un Gobierno estable que proteja los intereses comprometidos. Es necesario que hablemos. Yo no puedo ir á Méjico, por mi enfermedad. Os aguardo.» El mariscal no fué á Orizaba: se lo impidieron sus colegas. ¿Por qué no ir? ¿Por qué no hablar? ¿Por qué no sustraer á Maximiliano de la influencia que cautivaba ya su incierta voluntad? Los hombres que manejaban en Méjico los intereses de Napoleón eran muy torpes; los conservadores, muy diestros, secuestraron definitivamente á Maximiliano.

* * *

℄ ¿Qué pensaba hacer Francia luego que se retirase el archiduque? Nada se le dijo á éste, nada se le consultó, como si no hubiese ya que contar con él. Se hablaba de una regencia formada por Castelnau, Lares y Méndez; de negocia-

ciones entabladas por Bazaine con el general Díaz; de pactar con el grupo republicano sobre la manera de separar á Juárez, que era un MANIQUÍ, según Bazaine, y de poner en la presidencia á D. Manuel Ruiz, á Lerdo de Tejada ó á González Ortega. Para esto último había que contar con los Estados Unidos.

℄ A medida que los conservadores se alejaban de los franceses y que éstos se alejaban de Maximiliano, tendía naturalmente el Emperador á gravitar hacia el único centro que lo atraía, desde que, con la desaparición de Herzfeld, nadie lo empujaba á Europa, pues Basch era demasiado torpe ó inexperto para darse cuenta de la situación. Los franceses y los liberales parecían unirse ó entenderse por lo menos. De allí, una situación que el público interpretó como resultado de arreglos entre Napoleón y Seward para organizar el gobierno que debería suceder al de Maximiliano. Esto produjo una «impresión vivísima en el Emperador. Más que nunca se consideró altamente ofendido, y su amor propio no pudo menos de sentirse lastimado profundamente por un acto de tal naturaleza, así como también por aquel completo olvido de las conveniencias diplomáticas. Ya no cabía duda : Napoleón quería disimular la falta cometida al romper el tratado... La abdicación de Maximiliano debía aparecer como el llamamiento de un gobernador que no había dado gusto con su administración. ¡Y por esto fingía Napoleón que, escuchando el grito de dolor que exhalaba Méjico, le daba una República!»

℄ El Emperador convocó los Consejos para que decidieran sobre la conveniencia de la inmediata abdicación. La junta dictaminó el 26, y Maximiliano resolvió quedarse en el país. Antes de la reunión de los consejeros, Lacunza habló con Maximiliano, y atacando al Emperador por su lado flaco, hizo mención del punto de honra. «Le dijo que la nación entera confiaba en él, y le recordó sus palabras del 16 de septiembre : UN VERDADERO HAPSBURGO NO ABANDONA SU PUESTO Á LA HORA DEL PELIGRO. Todavía tengo grabada la impresión, dice Basch, que las palabras de Lacunza produjeron en el Emperador. Comunicóme el tenor de ellas, no bien se hubo retirado Lacunza, confesándome que realmente le habían conmovido. Lacunza, me dijo el Emperador, ha patrocinado admirablemente su causa.»

* * *

℄ El declive por donde rodó Maximiliano á la intermitente y vaga decisión de quedarse, fué la idea de una convocación al pueblo para que sus representantes, y no los franceses y norteamericanos, formasen el gobierno republicano nacional sucesor del Imperio. Ésta era la idea que Maximiliano había sometido al Consejo en Chapultepec, un mes antes de su salida para Orizaba; era la idea antigua, la que él declaraba su constante preocupación. Mas para convocar un congreso, hacía falta un país que le perteneciese, y el país era de los republicanos. Durante el mes de octubre, el general D. Porfirio Díaz ganó dos acciones de guerra y se apoderó de la capital de Oajaca. La evacuación de Mazatlán acabó de poner fuera de la acción imperial el inmenso territorio fronterizo, que

así quedó completamente dominado por los generales D. Mariano Escobedo y D. Ramón Corona. No tardaría en caer bajo la dominación republicana el occidente, en donde Lozada había acordado NEUTRALIZARSE. Escobedo y Corona avanzarían para concentrarse en el interior é incorporarse las fuerzas de Régules; Díaz se presentaría ante Méjico y Puebla. Ya Alatorre ocupaba Jalapa, y con esto el Imperio no tenía ni el camino de Veracruz asegurado.

¶ Maximiliano pensó ante todo en la situación militar, pues Miramón y Márquez no hablaban de congresos sino de batallas. El archiduque volvía á Méjico para conquistar á su pueblo antes de convocarlo ó, según él, para librarlo de los disidentes y darle después un gobierno conforme á su voluntad, no interpretada sino realmente expresada. En todo caso, había que derramar sangre; pero bien podía decir que no por su causa, sino por la pacificación general. Así rodó á la guerra civil hasta ser jefe de facciosos.

¶ Los últimos días de Orizaba fueron de reposo, de idilio, de inconsciencia. Tomada la resolución, que no fué personal, sino del Consejo, parecía como que, por sólo ello, todo se aclaraba en el presente y todo se allanaba para el porvenir. Desde las diez de la mañana y desde las cuatro de la tarde, Maximiliano hacía BATIDAS de insectos bajo la dirección de Bilimek. Gravemente confió á Basch que aquellos paseos tenían un fin político. «Trataba de vigilar á los franceses, y para que no sospechasen su pensamiento, se andaba por los campos en son de naturalista.» No era esto sólo. En el campo conferenciaba con Miramón «libre de los ojos de lince de los franceses». Todavía más aún : «dedicándose á la historia natural, daba á entender el poco caso que hacía de la corona». Pero todavía falta algo en los pensamientos ocultos inspiradores de sus paseos : «sabiendo que los mejicanos eran incapaces de comprender la abnegación de que había dado pruebas al consentir en quedarse, trató de buscar otro arbitrio para convencerlos de que sólo el bien del país le retenía». El arbitrio á que se refiere Basch es la caza de mariposas.

¶ Entretanto, el Gabinete expedía una nota antifrancesa en forma de circular dirigida á las legaciones del Imperio. Abandonado éste por la potencia aliada, la cual había roto sus compromisos, la revolución se extendía, no por la fuerza intrínseca de sus armas, sino por estar indefenso el territorio nacional. En esta situación deplorable, los Estados Unidos, de acuerdo con Francia, trataban de poner un gobierno republicano. El emperador Maximiliano había resuelto abdicar, con abnegación mayor que la que demostró al aceptar la corona; pero advertido por sus ministros y por el Consejo de Estado sobre las consecuencias de ese sacrificio, que serían la ruina del país, la pérdida de su libertad y de su independencia y el aniquilamiento de la raza mejicana, se resolvió á quedarse bajo la condición de que se convocaría un Congreso, el cual decidiría sobre la continuación del Imperio, y si éste era rechazado, sobre la forma de gobierno que adoptaría la nación. Mientras se reorganizaba el ejército imperial mejicano para emprender la campaña electoral, el ejército francés, no obstante lo que se decía de su Gobierno en la circular, continuaría prestando el apoyo de su fuerza.

℄ Los comisarios imperiales tenían instrucciones de Maximiliano para entrar en arreglos con los generales disidentes, garantizándoles la buena fe con que se obraría en el Congreso. Así dislocada su acción por estas irreconciliables tendencias; apoyado en Miramón y Márquez, que eran la guerra estéril como en 1858; apoyado en Bazaine, que se iba; apoyado en Lares, que era el ultrapersonalismo y centralismo de 1854; apoyado en su almohada de nubes, que tomaba la forma imposible del Congreso pacificador, Maximiliano volvió á Méjico, lentamente, fluctuando entre sus planes contradictorios y sus amigos en pugna, engañándose y engañando á todos, ilusionado cinco minutos por una campaña de exterminio llevada hasta Matamoros y Mazatlán, para soñar una hora después con el emocionante espectáculo del Congreso aclamando á Juárez, á quien él daría un abrazo de felicitación por su triunfo. El trípode en que levantaba estos devaneos era un grupo republicano sometido por la persuasión, un ejército disidente vencido por Márquez y Miramón, un ejército imperial de treinta mil hombres y un presupuesto de quince millones que bastaban para los gastos ordinarios del gobierno, tanto más cuanto que Maximiliano decía : Yo QUEBRO EL TRATADO DE ADUANAS, esto es, la última convención. ¿Para qué cumplir lo pactado cuando Francia retiraba sus fuerzas y no podía hacerse respetar? Después de esta confesión, dígase si el hombre que así se negaba á reconocer la fe de su palabra y de su firma para satisfacer un sentimiento de amor propio que Lacunza hábilmente transformaba en punto de honra, iba engañado por los conservadores. Éstos le hacían el ofrecimiento de un erario pletórico desde mediados de enero, y él, seducido por el engaño, no era una víctima : estaba resuelto á sacrificar sus VIEJAS PELUCAS en la primera oportunidad, dándoles de mano si vencía, ó entregándolas en una encrucijada si algún jefe republicano se las pedía á cambio de los medios para que él volviese á Europa con todos los honores y los dineros de una buena transacción.

℄ Los conservadores tenían el deber, la necesidad que obliga á toda facción en agonía á hacer lo posible y lo imposible para no caer : deseaban prolongar un día, una hora, un minuto la claudicante dominación que acababa de crearles la enemistad entre Bazaine y los liberales del Gabinete anterior. ¿Acaso no se engañaban completamente al creer que Márquez y Miramón podían hacer frente á Juárez? Se engañaban al creer que esos dos jefes pudiesen tener una perspectiva dilatada, porque la juventud, con su fuerza y sus aspiraciones, los rechazaba; pero si las viejas pelucas no hubiesen tenido el apego al poder y la ambición de prolongar su ideal caduco, no habrían sido facción : no habría conflictos en la historia. Cada fruto seco caería por sí mismo, sin sacudimientos de la rama que los ha nutrido. Volvemos á decirlo : el partido conservador cumplía una ley de su naturaleza, negándose á ver en la república de Juárez otra cosa que no fuese la maldición de Dios y la ruina de la patria. Pero Maximiliano, liberal, penetrado de hondo desprecio por sus APOLILLADOS MANDARINES, ¿para qué los llamaba, para qué los quería, para qué los creía, sino para unir el último trágico espejismo de ellos á su propia insana pasión contra los franceses? Se le reprocha á Lares que no aceptó la idea del Congreso, y que, no aceptándola, fin-

gió que la aceptaba. No estaba loco para creer en el Congreso, y por otra parte Maximiliano, al hablar de Congreso, hablaba nada más, pues sus actos iban contra el voto de resignación que implicaba su proclama. ¿No había hecho todo lo posible, así lo digno como lo indigno, para que continuase la ocupación francesa? Y el que vencido, abrumado, convencido de impotencia, tutoreado, vilipendiado, pedía más tutela, más vilipendio, jefes franceses, ministros franceses, recrudecimiento del estado de sitio para prolongar una sombra de poder, ¿hubiera resignado una dominación efectiva después de la derrota de tres ejércitos republicanos? Ese día ni Congreso, ni pelucas, ni Márquez, ni Miramón : ese día hubiera sido el de la repudiación de todo lo que sucesivamente le había servido, y si en aquellas circunstancias los Estados Unidos hubiesen tolerado la guerra civil, ésta se habría prolongado el tiempo de duración máxima de los caprichos archiducales.

* * *

C «Este sí que es hombre de bien. Me ha dado la seguridad de que comenzando el año, desaparecerá el déficit.» El hombre de bien, para los seres de imperfecto desarrollo mental, es el que los halaga. Campos, subsecretario de Hacienda, era un hombre de bien, puesto que no le decía : «V. M. debería marcharse hoy mismo, porque mañana será tarde».

C La escena pasaba en Puebla. Allí se detuvo Maximiliano. Caminaba muy lentamente, como dando tiempo á que se fuesen sus enemigos los franceses. Allí se entretenía en creer que el déficit iba á desaparecer y, entretanto, tiraba al blanco, visitaba la pirámide de Cholula, dibujaba, y si no coleccionaba insectos, era porque no los había en aquellos contornos.

C Antes de salir de Puebla recibió la visita de Castelnau y de Dano. Los miembros del triunvirato francés caminaban por muy distintas rutas. Bazaine escribía á su ministro que, según los árabes, cuando viajan solos dos hombres, uno tiene que desconfiar del otro; pero que cuando viajan tres, dos de ellos se someten al tercer compañero. ¿Quién era allí el jefe? Castelnau guardaba sus credenciales y dejaba que el mariscal se las compusiese á su modo. Por otra parte, era inútil un jefe : ninguno de los tres valía para serlo. Tanto daba la discordia como una coordinación de insensateces.

C Lo primero que se necesitaba era convencerse de que no había generales republicanos con quienes pactar, pues ninguno hubiera aceptado la mancha de una perfidia al Gobierno reconocido y la impolítica falta de cargar con todo ó parte de los compromisos de Maximiliano. Excluídos los conservadores, no quedaba sino la resolución valiente de salir, con las fuerzas de Juárez á una jornada de distancia.

C ¿Aceptaba Castelnau este duro extremo? Creía que lo mejor era entenderse con los Estados Unidos y, fracasado este plan, abandonarlo todo resueltamente. Bazaine tuvo menos precisión que su coadjutor. Sólo en un punto no vaciló : todo, menos la influencia norteamericana. Separado así de Castelnau y Dano, igno-

rante de las tentativas hechas en Washington por Montholon hasta que una casualidad vino á revelárselas, buscaba de preferencia la continuación del régimen fundado por Francia. ¿Por qué no agotar los esfuerzos? De allí su actitud cada vez más complaciente para Maximiliano. ¿Obraba únicamente en esto el celo contra Castelnau y el natural deseo de contrariarlo? O tal vez, como dice Douay en sus cartas difamatorias, LA TRIBU DE LOS PEÑAS conspiró para comprometer al mariscal, no ciertamente con el propósito de que siguiese dominando en Méjico, sino por devoción á la causa conservadora que vinculaba el odio á los Estados Unidos. Por último, le dolía la situación de Maximiliano y tuvo un sincero movimiento de piedad.

℄ Castelnau y Dano salieron al encuentro de Maximiliano para intentar otra vez la abdicación. La entrevista en que definitivamente quedó resuelta la separación de intereses, tuvo lugar en Puebla el 22 de diciembre. Agotados los argumentos en pro de la abdicación, los representantes de Napoleón exhibieron la nota del día 8, firmada por ellos y por el mariscal. Maximiliano tenía un documento posterior de Bazaine, un telegrama de la víspera, que lo alentaba para continuar. Era inútil, pues, el empeño de los franceses. Pero Maximiliano vió de pronto que todo cambiaba, que todo se le ponía más negro, pues Castelnau llevaba consigo el telegrama de Napoleón, puesto el 13 y recibido el 18 de ese mes. El telegrama decía : «Evacuación debe estar terminada en marzo. Repatriad la legión extranjera y á todos los franceses, soldados ó paisanos, que deseen volver, así como las legiones austriaca y belga si lo piden. Los transportes saldrán de aquí á fines de diciembre.» Maximiliano, resuelto al parecer, no cambió de posición al ver este corto y explícito documento. Se quedaría. Se quedaría sin franceses ó contra los franceses. El amor propio acababa de anclarlo, á la vista del cablegrama.

℄ Mientras los representantes de Francia se desgarraban en viles intrigas que enviaban salpicaduras de fango hasta París, Maximiliano volvía á la capital; pero se detuvo á las puertas de la ciudad el día 5 de enero, tomando cuarteles en la hacienda de la Teja. El mariscal, llamado por el Emperador, acudió en el acto. Enemigos la víspera, estaban unidos por la acusación de deslealtad que se hacía contra Bazaine á causa de su simpatía por Maximiliano. Bazaine podía defenderse diciendo : «No he faltado á la obediencia. Se me ha dicho que sostuviera á Maximiliano, y lo he sostenido. Se me ha autorizado para que pusiese á su servicio la legión extranjera y los elementos franceses disponibles de acuerdo con la convención de Miramar. Después de recibido el mensaje imperial del 13, todo ha cambiado; pero hasta entonces mi deber no me impedía ser factor para la cimentación del Imperio Mejicano.» El razonamiento era bueno; pero, ¿por qué firmaba una nota colectiva pidiendo la abdicación y dictaba un telegrama particular contra la abdicación? La verdad es que, no habiendo un jefe, ó, á falta de él, un hombre capaz que enhebrase los actos del directorio, todo tenía que ir á la diabla. Y así fué.

℄ Maximiliano pedía nuevas opiniones. Otra vez lo atacaba un acceso de irresolución. Sus antiguos ministros liberales, Ramírez, Robles y Escudero, habían ido á la Teja para despedirse. Como signatarios del decreto marcial del 3 de octubre, comprendían que la República no los perdonaría, y para su sentido de mejicanos, la República no tardaría en ser el gobierno indiscutible y necesario. Se iban, pues, aceptando la lógica de su error. Sirvieron un poder impuesto por fuerzas extranjeras, y al desaparecer el ejército de ocupación, se iban ellos para librarse de las represalias que adivinaban implacables. ¿Por qué no hacía lo mismo Maximiliano? Esos hombres no mentían, no podían mentir; tampoco se engañaban al aconsejarle la abdicación. Su posición les daba lucidez. Sus antecedentes los recomendaban como autorizados para penetrar los secretos de la situación. Maximiliano, conmovido, lloró con ellos : convencido, al parecer, ó por lo menos convencido momentáneamente, les anunció que en breve partiría. El DANDOLO permanecía en Veracruz esperándolo.

℄ Con todo, él no podía irse como un Ramírez, silenciosamente, inadvertido : tenía que salir con el penacho al viento. Un Hapsburgo no abandona su puesto á la hora del peligro... Por otra parte, el DIARIO DEL IMPERIO, al anunciar su regreso á la capital, le llamaba «príncipe de corazón magnánimo, que venía á salvar á la patria de la anarquía, de la disolución y de la muerte, ofreciéndole de nuevo su brazo, su corazón y su vida.» Así se preparaba un patíbulo construído con frases.

℄ Cada vez que Maximiliano tenía un problema, vacilaba, y cada vez que vacilaba, pedía opiniones que no le llevaban jamás una convicción. Al entrar en Méjico, preguntó al Consejo si era procedente y práctico MONTAR Á CABALLO PARA CONQUISTAR SU IMPERIO, como había dicho el mariscal Randon.

℄ En el Consejo señoreó la retórica. No podía faltar en una asamblea de políticos, menos aún en una asamblea de mejicanos, y mucho menos en una asamblea de conservadores, con pocos y ya desanimados liberales. La retórica en este caso se llamó Arango y Escandón. Se presentó admirablemente vestida, admirablemente pensada á retazos, con un discurso de tres partes inconexas, contradictorias, que sólo dejaban la impresión de la resolución sombría tomada por un hombre de espíritu imparcial, superior á las ofuscaciones de partido, pero llevado á la acción por la locura colectiva. Arango no creía que hubiese recursos, que hubiese soldados, como lo anunciaba el ministerio. «A pesar de esto, debemos luchar, y luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en Méjico, base y elemento esencial de la vida, del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria.»

℄ El país, desorganizado, solicitaba la intervención extranjera. Los partidarios de la tradición dirigían la vista á Europa; los liberales, á los Estados Unidos. Ni unos ni otros eran traidores por esto. La influencia europea había resultado nula por la ineficacia de su intervención; la de los Estados Unidos sería peligrosa. Los franceses se iban, diciendo que era imposible dominar un país republicano. ¡Mentira! el país no era republicano ni monárquico. «Lo que el país quiere ante todo es paz : se prescindiría con gusto de los derechos políticos, con

tal de disfrutar por completo de las garantías civiles. Nuestro pueblo se ocupa muy poco de formas y sistemas de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie : aquí, como en todas partes, la cuestión actual es más de policía que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado.....» ¿En dónde estaba ese salvador de la patria, emperador o presidente? No podía ser Juárez : tenía que ser Maximiliano ó Miramón. Sólo las amables condescendencias, la complicidad del poder interventor, podían dar fuerza á la revolución que pretendía derribar el trono. Y acababa su discurso tomando consejo de la ira, como Paulo IV, para decir á Bazaine las palabras del Papa al duque de Guisa : «Idos : nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia : nada, absolutamente nada, por vuestra honra.» Éste era el objeto del discurso : desahogada la ira contra Bazaine, resuelta la permanencia de Maximiliano, á pesar de que el Gobierno imperial no contaba con recursos, nada había que agregar.

℄ Bazaine puso un poco de buen sentido en el debate. ¿A qué venía la reminiscencia histórica del Sr. de Arango y Escandón? El hecho indestructible era que el régimen federal se había restablecido en la mayor parte del territorio. Las operaciones militares no tendrían más resultado que la capitulación ó el pronunciamiento por la República de las guarniciones imperiales aisladas en medio de un territorio hostil. Para restaurar la paz y para impedir la intervención de los Estados Unidos, no quedaba sino la organización federal que se hacía espontáneamente. «En resumen, concluía Bazaine, creo que S. M. no puede seguir gobernando el país en condiciones normales para su soberanía, sin descender al rango de jefe de partido, y por esto es preferible para su seguridad que haga entrega del gobierno á la nación.»

℄ Después de estas palabras y de las altisonantes de Arango y Escandón, Maximiliano se atrincheró en su palacio, negándose á toda comunicación con los franceses y aguardando con impaciencia la próxima salida de sus fuerzas. Los representantes de Europa, unidos á los representantes de Napoleón, hicieron un esfuerzo más para romper la cárcel en que se había metido Maximiliano. Su Gabinete se hizo antipático á todos ellos por la orden ministerial que imponía el pago de dobles derechos á los causantes que ya los tenían cubiertos en la aduana de Veracruz de acuerdo con la convención del 30 de julio. ¿Qué clase de hombres era ésa que se arrojaba como banda de facinerosos contra los comerciantes, en flagrante violación de un pacto internacional? El cuerpo diplomático vió con disgusto esta maniobra indecorosa para el Gobierno, y aprobó las resoluciones enérgicas tomadas por el mariscal, el cual puso la fuerza armada á disposición de los comerciantes para que sacasen sus bultos de la aduana. Los incidentes de este género menudeaban y pusieron las cosas en tal extremo, que el 28 de enero acabó toda relación entre el Gobierno imperial y Bazaine. El mariscal escribió al Emperador una carta que contenía este párrafo : «Creo prestar un servicio más al Emperador, ilustrándolo sobre las tendencias é insinuaciones pérfidas de una facción que cuenta con muy pocas simpatías y cuyos jefes abu-

san del ascendiente que creen tener ó de la confianza que han sabido inspirar, para preparar á Méjico una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones incontables.» La carta fué devuelta. Ocho días después, Bazaine salía de Méjico, las fuerzas francesas desocupaban la capital y Maximiliano se declaraba ¡AL FIN LIBRE!

* * *

Juárez contaba con dos factores para el triunfo de la República: los caudillos y los caciques. Los primeros, hombres admirables por la constancia en el sufrimiento, por el valor demostrado ante un enemigo que contaba con todos los elementos, por la inteligencia con que habían organizado ejércitos y por la pericia con que los habían conducido, rehaciéndolos después de cada derrota y aumentándolos cuando salían victoriosos, han merecido bien de la historia y figuran en primer término, ya lo hemos dicho, como sostenedores del honor nacional. Los caudillos fueron hombres fuertemente auxiliados por su prestigio local, pero no jefes de campanario. Sobre todo, los dos principales, Díaz y Escobedo, eran figuras nacionales; por lo que, si bien tenían como centro el uno á Oajaca y el otro á Nuevo León, extendían sus operaciones y su influencia en zonas dilatadas. Ambos habían comprometido su reputación militar y política en la defensa del Gobierno. En el mismo caso se encontraban Corona y Régules, que seguían á los dos anteriores, aunque por antecedentes y prestigio estaban muy lejos de Escobedo y Díaz. El Gobierno de Juárez podía, en lo absoluto, contar siempre con los caudillos, hasta el fin de la guerra. La aprobación explícita con que habían recibido la prórroga de funciones de Juárez, solidarizaba su acción con el Gobierno.

El otro factor, más oscuro, pero no menos eficaz, la influencia de los caciques, tenía que ser pasivo, egoísta, de ningún modo alto y patriótico. Había, pues, que contar con él tal como era, y utilizarlo sin exigir el valor, la abnegación, la inteligencia y el patriotismo de los caudillos. El cacique, huraño, sólo serviría para presentar obstáculos al enemigo, pero no para combatirlo fuera de sus desiertos ó desfiladeros.

Era natural que, al desaparecer los franceses ó sus auxiliares, el cacique tendiese á oponer iguales obstáculos á la República. Convenía, por lo tanto, ir contando menos con él á medida que se fuese retirando el peligro. ¿Fué un error de Juárez exigir que el cacicazgo en armas pasase á las filas de los grandes caudillos? Cuando todo el nordeste quedó desocupado por franceses, belgas y mejicanos al servicio del Imperio, Canales, cumpliendo con su fin de cacique, se alzó contra Juárez. Se repitieron los escándalos de 1864. Entonces había sido desconocida la autoridad de Ruiz; ahora se desconocía la de Tapia. En el intervalo se había desconocido la de Carvajal. Siempre se desconocería la de cualquiera que no contase con los elementos locales, desconfiados y prontos á la rebelión. Lo mejor era, pues, dejar á los caciques dueños de sus cacicazgos, de-



mostrándoles así las ventajas que para ellos tenía la República sobre el Imperio. Esta conducta se recomendaba aún más para Tamaulipas, por ser un Estado en el que podía neutralizarse la acción cacical, dada la índole bravía de los habitantes, divididos en las banderías de tres ó más ambiciosos que se disputaban la supremacía. Canales, Cortina y Pavón se hostilizarían mutuamente.

℄ Había un peligro. Juárez era odiado como representante del poder unificador, y la reivindicación orteguista encontraba, por ende, francos partidarios en Tamaulipas. González Ortega se dirigía ya á Méjico y tomaba, como era natural, el camino de Matamoros, puerto que le brindaba con los elementos locales para su campaña. Urgía para Juárez tomar determinaciones enérgicas, y así lo hizo. Mientras en los Estados Unidos se obtenía el desconocimiento de González Ortega y la orden para su aprehensión en territorio norteamericano, como efectivamente se hizo á primeros de noviembre en Brownsville; se emprendieron operaciones militares contra Matamoros, dirigidas primero por Tapia y, después de ocurrido el fallecimiento de este distinguido jefe, víctima del cólera, por el general Escobedo. La intervención del general norteamericano Sedwick, cuyas fuerzas ocuparon la plaza de Matamoros, entorpeció las operaciones de Escobedo y aun estuvo á punto de causar serios conflictos entre ambos países.

℄ Canales se sometió nominalmente para volver á su estado de rebelión apenas dió la vuelta Escobedo, y resultó así completamente inútil la inmovilización de las fuerzas del Gobierno en Matamoros durante dos meses; pero como con la prisión de González Ortega se lograba el objeto principal de la expedición, que era impedir una campaña del presidente de la Corte Suprema, la nueva rebelión de Canales quedó inadvertida y sin consecuencias. En realidad, no había peligro con la vuelta de González Ortega, como se vió poco después. El presidente de la Corte Suprema atravesó la frontera y llegó á Zacatecas sin que se le agregase un solo partidario. Él y Patoni, su fiel compañero, fueron aprehendidos por Auza, gobernador de Zacatecas, y conducidos á Monterrey, en donde permanecieron bajo custodia durante mucho tiempo.

* * *

℄ Supuesta la indicación hecha por Napoleón á Maximiliano para que abdicase, los Estados Unidos temían que el mariscal Bazaine se entendiese con algún jefe republicano, dejándole los elementos militares necesarios para constituir un gobierno estable. El candidato de Napoleón era González Ortega, y de allí la fuerza que cobró Juárez ante el Gabinete de Washington, como representante del americanismo puro, tanto más digno de atención y defensa cuanto que resultaba muy barato para los Estados Unidos.

℄ El Gobierno de Washington resolvió, pues, enviar á Méjico una misión diplomática y militar encomendada á Mr. Campbell y al general Sherman para que, al embarcarse Maximiliano, sostuviese á Juárez, impidiendo que el jefe de la expedición se entendiese con algún caudillo mejicano. Sin embargo, Campbell

y Sherman tenían facultades aun para iniciar un arreglo que eliminase al presidente Juárez, si así convenía á los intereses de los Estados Unidos.

Cuando los comisionados llegaron frente á Veracruz, las autoridades del puerto celebraban con repiques la resolución tomada por Maximiliano, en Orizaba, de quedarse y no abdicar. En vista de ese nuevo episodio que se abría en la cuestión mejicana, acordaron retirarse. La obcecación de Maximiliano permitió que la República se restaurase sin la intervención extranjera, como habría sucedido si Sherman y Campbell hubieran encontrado á Bazaine dueño de la situación de Méjico.

* * *

El Gobierno de Juárez se había trasladado en junio del año anterior á Chihuahua, y en el mes de enero de 1867 avanzó de Durango á Zacatecas. La concentración republicana se hacía rápidamente. Corona entraba en Guadalajara el 14 de enero, á la vez que Escobedo ocupaba San Luis, de donde Mejía retrocedió á Querétaro.

Miramón abrió la campaña del interior con la impetuosidad y aturdimiento de 1858. Esto entraba en el programa conservador. Ya lo habían dicho los franceses : el partido que rodeaba á Maximiliano se proponía repetir las luchas de la guerra de tres años.

Todo el plan de Miramón se basaba en la torpeza con que procedieran los jefes republicanos. Al frente de cuatrocientos hombres, armados y equipados de prisa por la intendencia del ejército francés, el joven general salió de Méjico á fines de diciembre. En el camino encontró á Gutiérrez, desalojado de Guadalajara, y con esa fuerza avanzó por Guanajuato, en donde se encontraba Licéaga. D. Severo del Castillo debía amagar á San Luis, mientras Miramón se dirigía á Zacatecas, para que Escobedo, dividiendo sus fuerzas con el fin de sostener la plaza ocupada por el Gobierno, dejase desguarnecida la de San Luis, que atacarían las fuerzas de Miramón unidas á las de Castillo y Licéaga.

Con toda felicidad se realizó la primera parte del plan. Zacatecas fué desocupada sin resistencia por el jefe republicano que debía defenderla. El Presidente y sus ministros escaparon á caballo, librándose difícilmente de la persecución que se les hizo por las fuerzas vencedoras. Tenía razón Márquez en decir, como dijo pocos días antes, que se abría una campaña llena de vicisitudes. La victoria de Miramón era estéril, pues Castillo, con una cortina que le puso al frente Escobedo, se vió incapacitado para proseguir su marcha y tuvo al cabo que retroceder. La combinación fallaba en todos sus puntos esenciales, pues Licéaga, en vez de avanzar para unirse á Castillo, tenía que replegarse á Querétaro y abandonar Guanajuato en poder de Antillón y Rincón Gallardo. Miramón salió de Zacatecas para ponerse en contacto con Castillo, procurando evitar el encuentro de las fuerzas liberales que envió Escobedo á cerrarle la marcha. No pudo lograr su propósito, y, atacado en San Francisco de los Adames, intentó retirarse para dar una batalla defensiva. No se lo permitió Escobedo, y fué completa-

mente derrotado por Treviño y Pedro Martínez, dejando dinero, trenes, artillería y muchos prisioneros en poder de los republicanos. Entre los prisioneros había ciento treinta y nueve franceses, de los cuales treinta estaban heridos y los otros ciento nueve fueron fusilados como filibusteros, carácter que se les dió porque el mariscal Bazaine había ordenado que volviesen á sus banderas y se repatriasen con el ejército expedicionario, bajo la pena de ser tratados como desertores y retirárseles los beneficios de la nacionalidad. Con todo, esa carnicería fué universalmente desaprobada, comenzando la execración del hecho en el mismo campo de los vencedores y por el mismo jefe encargado de ejecutarla.

℄ Los fusilamientos de los prisioneros de San Jacinto hicieron un daño moral incalculable á la causa republicana. En los Estados Unidos, la noticia se comentó con dureza. The Times publicó un artículo sobre los salvajes de Méjico, comentando la orden dada por Escobedo para las ejecuciones. D. Matías Romero decía que la orden no debió haberse publicado. El mal no estaba en la orden, sino en los hechos. Con orden ó sin ella, seguiría llamándose monstruo sanguinario al autor de un hecho calificado como una cobarde carnicería.

℄ El error era tanto más lamentable cuanto que el Gobierno se había distinguido por su generosidad con los vencidos. Sus instrucciones á los jefes habían sido uniformes en el sentido del tratamiento humano á los prisioneros. El general Díaz había canjeado los que hizo en Oajaca; Escobedo envió sanos y salvos los de Santa Isabel. Unos y otros daban testimonio del empeño con que procuraba el Gobierno desmentir las calumnias que lo presentaban como inhumano. ¿Por qué se quiso adoptar otra conducta cuando el contingente extranjero no se amparaba en el pabellón francés? Por más que se dijera, no podían ser enemigos de la humanidad los extranjeros que por engaño ó aun por ambición permaneciesen al servicio de un Gobierno comprometido en una guerra civil. Por lo demás, como medio de terror estas ejecuciones eran inútiles, y sólo podrían interpretarse llamándolas represalias.

℄ El general Escobedo expidió su orden el 3 de febrero. La víspera había estado en Zacatecas conferenciando con el Gobierno. No obró, pues, bajo la influencia de una embriaguez de sangre como la de Miramón y Márquez en Tacubaya el 11 de abril de 1859. Escobedo no era pasional. Se trataba de una resolución meditada, en la que entró sin duda mucho del espíritu seco, sistemáticamente duro del secretario de Guerra, D. Ignacio Mejía, soldado correcto sin historia militar de gran relieve, pero admirablemente apto para disciplinar y castigar por todos los medios con que un jefe de armas cuenta para imponerse.

℄ A pesar de todo lo que se alegó en favor de las ejecuciones, no volvieron á ser tratados como enemigos de la humanidad los extranjeros que cayeron en poder de los jefes republicanos. El principio teórico de la orden de 3 de febrero quedó suprimido en las prácticas de la guerra. Con todo, el hecho consumado no pudo destruirse y se presentó frecuentemente como causa de amenazas ó reproches.

Miramón se incorporó á Castillo en Ojuelos, y ambos emprendieron la marcha retrógrada á Querétaro. Escobedo debía darse prisa para derrotarlos antes de que llegasen á esta ciudad, que, no teniendo manera de resistir, caería en sus manos. Maximiliano debía resolverse á quedar sitiado en Méjico antes de que terminase el mes de febrero, ó alcanzar á Bazaine para embarcarse. La indisciplina del jefe republicano D. Anacleto Herrera y Cairo, encargado de hostilizar á Castillo, dispuso las cosas de otro modo. Desobedeciendo las órdenes de Escobedo, atacó á Castillo en la Quemada el día 4, sin entender una sola palabra de la ventajosa situación militar ocupada por el enemigo. Herrera y Cairo murió en la acción y sus fuerzas quedaron completamente derrotadas. Querétaro se había salvado, y el Imperio pudo concentrar en esta plaza fuerzas bastantes, no sólo para resistir el ataque dado por Carvajal, sino para ponerse en aptitud de marchar contra los republicanos y aniquilar en dos acciones las dos grandes masas que habían podido formar en el norte y en el occidente, prolongando con estas derrotas la guerra civil por un tiempo indefinido.

La noticia de la toma de Zacatecas produjo en Maximiliano uno de sus frecuentes impulsos á la acción. Creyó que ya tocaba con las manos el fin de la contienda, y ordenó á Miramón que hiciera JUZGAR Y CONDENAR á Juárez y á sus ministros Lerdo é Iglesias, de acuerdo con la ley del 4 de noviembre último, transición mitigada de la del 3 de octubre de 1865, á que había llegado por los remordimientos de Zoquiapam. La orden para encausar y condenar á Juárez cayó en poder de los republicanos y llegó á conocimiento del Presidente.

No bien había acabado el archiduque de escribir á SU QUERIDO GENERAL MIRAMÓN dándole esas instrucciones, supo la noticia de San Jacinto. Tenía á mano la pluma, y, sin reflexión, escribió para comunicar á D. Teodosio Lares que si el día 6 todo estaba color de esperanza, el 9 todo estaba negro. «Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que una vez emancipado el Imperio de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable... Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces no sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.» Y seguía, seguía, quejándose, acusando, como siempre injusto, ligero, desleal, golpeando á los que le servían bien por el crimen de no hacer las cosas á gusto del amo. Contaba con tres generales; pero más valía estar solo. Mejía, fingiéndose enfermo, desertaba; Miramón, se dejaba derrotar sin combatir; Márquez, después de hacerse odioso por sus exacciones, había ordenado una expedición mal calculada. Y lo peor no era esto : lo peor era que el Imperio no contaba con dinero, aun procurándolo por los medios más vejatorios. Todavía más : el Imperio estaba irremediable-

mente condenado por la opinión. Aun faltaba un toque : las fuerzas republicanas demostraban cada día más que eran un ejército bien organizado, moralizado, sostenido por la habilidad de sus jefes y lleno de orgullo por la idea grandiosa de seguir la causa de la independencia nacional. El final de todas estas declaraciones tenía que ser la abdicación inmediata y la aceptación de los ofrecimientos que en vista del desastre de San Jacinto le haría el mariscal. Los hizo, en efecto, pues telegrafiaba de Acultzingo : «Todavía puedo tender la mano á S. M. para que se retire. Dentro de algunos días esto será imposible.»

℄ Lejos de adoptar la conducta lógica, Maximiliano terminaba como siempre diciendo : «No sé qué hacer. Haré lo que se me diga.» Tan desesperada veía la situación, que ya no le ilusionaba ni la idea del Congreso : «El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar á él para siempre. Yo he contraído el compromiso solemne de no prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia ante Dios y ante la historia, me imponen que no difiera por un momento la resolución que haga cesar inmediatamente tantos males. Escriba usted, señor Lares, mi abdicación, parecía concluir, poniendo como exposición de motivos lo que llevo dicho.»

℄ Lares y Fischer sabían lo que esto podía significar. El enfermo pedía bromuro para calmarse. Si quería abdicar, ¿por qué no lo hacía? No había voluntad; había nervios. Ya pasaría la crisis.

℄ Pasó, en efecto, pero no sin que el enfermo hiciese antes algo más comprometedor que la carta á Lares. Este hecho merece algún detenimiento.

℄ Parece increíble que un escritor como Masseras dé crédito á la novela de la secuestración de Maximiliano, gracias á la cual el príncipe ignoraba casi completamente las medidas tomadas por sus ministros y la situación del país. En la carta citada vemos que, lejos de eso, tenía conocimiento de todo lo que ocurría, y no así como quiera, sino un conocimiento notablemente lúcido. La novela de la secuestración es obra de Maximiliano, quien para traicionar necesitaba todos los artificios del delito. «Un francés, M. Thièle, á quien el Emperador había confiado secretamente cierta misión, para darle cuenta de ella tuvo que deslizarse por escaleras y corredores á favor de las sombras de la noche y empleando mil precauciones. Encontró el edificio apenas iluminado, en lóbrego silencio y en una soledad que no impedía sentir la presencia de una vigilancia oculta.» Thièle, compadecido de aquel pobre príncipe cautivo, tomaba en serio su papel de salvador, cuando oyó de labios del Emperador estas palabras : «No es posible tener confianza en esta gente; todo se me oculta; hasta se viola mi correspondencia.»

℄ No sabemos cuál haya sido la misión secreta de M. Thièle; pero lo que sí sabemos es que en los momentos de escribir la carta á Lares, EL PRÍNCIPE CAUTIVO confiaba un encargo delicadísimo á otro francés. «M. Burnouf se ha presentado en esta población (Acatlán) como enviado de Maximiliano—decía el jefe de la línea de Oriente, general Porfirio Díaz,—con el objeto de ofrecerme el mando de las fuerzas que se encuentran reconcentradas en Puebla y Méjico; ofréceme, además, que Márquez, Lares y compañía quedarán despojados de todo poder y

que el mismo Maximiliano se retirará muy en breve del país, dejando la situación en manos del partido republicano.» El general Díaz rechazó el ofrecimiento y se negó á entrar en relaciones con el archiduque, pues como jefe de un cuerpo de ejército, no podía dar oídos á proposiciones de arreglo político. Para evitar sospechas, hizo público el hecho en una carta que tradujo al inglés THE HERALD de Nueva York. Como M. Burnouf llegó á Acatlán cuando ya había salido Maximiliano para Querétaro, se ve que sus ofrecimientos al general Díaz fueron notablemente desleales para los conservadores, puesto que emprendía una campaña apoyándose en los mismos á quienes pretendía traicionar.

C La respuesta de Lares á la carta de Maximiliano contenía un consejo que SÓLO PODÍA DARSE POR UN TRAIDOR Y ACEPTARSE POR UN IMBÉCIL. Así lo califica D'Héricault y con él muchos historiadores del malaventurado Imperio. Para nosotros, no hay razón en acusar á los conservadores. Se trataba de impedir que abdicara Maximiliano, poniéndolo al frente de sus tropas y sustrayéndolo á la influencia de los desfallecimientos de aquellos días. Los conservadores sabían sin duda que Maximiliano podía dejar la carga de un momento á otro; pero sabían también que una espada se suelta menos fácilmente que un cetro, y querían solidarizar definitivamente al Emperador con el partido que solicitó la intervención europea. Nada más natural; nada más justo.

C Si hubo algún traidor, ése fué Maximiliano, que aguardaba la respuesta del general Díaz y tenía en proyecto una tentativa semejante para entrar en arreglos con el Presidente, que no podían ser favorables al partido conservador. Los conservadores querían igualmente los arreglos con Juárez, pero públicos, y sobre todo procurando las probabilidades de buen éxito, por lo que no debían emprenderse antes de que se obtuviese alguna ventaja militar. Bien sabían que Juárez no dejaría que se discutiesen sus títulos. Había, pues, que partir de la base de la legalidad republicana. Solicitaban cosas en general muy justas, muy convenientes para el país y salvadoras para ellos : la amnistía; la derogación de las leyes de proscripción en beneficio de los que no quedasen comprendidos en la amnistía; la creación de un Senado; la inamovilidad del poder judicial; la restitución de los derechos de voto al clero; la elección directa de presidente y de diputados; la libertad á las corporaciones para adquirir bienes, con enajenaciones periódicas de los valores muebles; el reconocimiento de la deuda interior y de ciertos actos del Imperio. Había base para discusión : algo podía concederse; algo se negaría. Estos arreglos, en todo caso, no eran las maquinaciones tortuosas de Maximiliano, que ni podían conducir á un resultado serio, ni debieron emprenderse á espaldas de los comprometidos por la intervención.

C Militarmente, no había falta de juicio en el plan de Lares. Concentrar nueve ó diez mil hombres en Querétaro y hacer con ellos una campaña vigorosa, no tenía visos de quimera á mediados de febrero de 1867. Maximiliano llegó el 19 á aquella ciudad y ocho días después podía haber salido contra Corona, podía haberlo derrotado, y, con la refundición de los prisioneros, atacar á Escobedo y derrotarlo también ó retirarse para unir todas las fuerzas del Imperio tomando las de Puebla y Méjico, á fin de presentar batalla cerca de la capital.



₵ El plan de Lares era bueno, siempre que primero se combatiese y luego se abriesen las negociaciones si había lugar á ellas; pero mientras se combatiese no había que pensar en la diplomacia. Esto último fué lo que hizo Maximiliano, permaneciendo en completa inacción militar hasta el día en que, reunidas las fuerzas de Escobedo y Corona, fué ya imposible atacar.

₵ Lares había querido evitar los efectos de las rencillas entre Márquez y Miramón, proponiendo que Maximiliano mandase personalmente el ejército, porque ignoraba que había menos discordias entre dos generales envidiosos que entre los incoherentes puntos de vista de un psicasténico.

₵ Reducido el ejército de Querétaro á una estricta defensiva, todavía pudo salvarse con sus jefes. El 14 de marzo, Escobedo atacó la plaza y fué rechazado. El 20, Márquez propuso la salida con muy buenas razones militares. Su plan, sabiamente concebido como todos los planes de ese hombre en quien es preciso admirar sobresalientes dotes de inteligencia y de carácter, comprendía dos partes : la primera, reparar la falta de no haber atacado á Corona cuando lo separaban más de ciento cincuenta kilómetros de Escobedo, y la manera de reparar esa falta sería una batalla defensiva; la segunda parte del plan consistía en reorganizarse para dar una batalla decisiva cerca de la capital. Para la batalla defensiva, Márquez proponía organizar la marcha en el silencio de la noche, romper el sitio al amanecer por el camino de Celaya—cosa no sólo factible sino muy sencilla para verdaderos militares, como lo demostró el movimiento del 22 de marzo,—y después de esto, posesionarse de la Estancia de las Vacas con el frente á la ciudad, esperando allí al enemigo; derrotarlo si iba, ó seguir, si no iba, por el camino de Celaya, tomando al siguiente día por el de Acámbaro y al tercero por el de Toluca. Segunda parte del plan de Márquez : dar orden para que la guarnición de Puebla se replegase á Méjico y para que la de esta capital marchase al Monte de las Cruces, en donde se reuniría con la de Querétaro. Reforzados con 3,000 reclutas, estos tres contingentes alcanzarían la cifra de 20,000 hombres con 100 piezas de artillería, elementos más que suficientes para una batalla campal.

₵ Los jefes reunidos en Querétaro casi en masa aceptaban la primera parte del plan de Márquez, y sólo hubo discrepancia en el rumbo que se tomaría, pues Vidaurri propuso elegir para centro del Imperio su cacicazgo, ofreciendo que en Monterrey proporcionaría armas, municiones, gente y dinero.

₵ Mejía, que sólo tenía concepciones de guerrillero, desconfiaba de la posibilidad de una salida y propuso que se dejaran la artillería, las municiones, los equipajes y la comisaría, para salir en fuga por el camino de la sierra.

₵ El Emperador lloró al oir que se le proponía el abandono de sus elementos militares : era su primera campaña y le daba vergüenza presentarse en Méjico sin artillería ni trenes. Si, en vez de haber llorado, hubiera tomado en cuenta la formalidad con que Márquez, Miramón y Castillo le garantizaban el buen éxito de la operación que había concebido el primero, esa operación se habría efectuado; pero las palabras de Mejía determinaron una segunda vacilación, que fué la trampa en que perdió la partida, puesto que si á fines de marzo era posible aún

reparar la inacción de los últimos días de febrero, en abril sería ya tarde para reparar la indecisión de marzo.

℄ Resuelta la salida, voces misteriosas hablaron al oído de Maximiliano. El príncipe tenía ya tan bien dibujado en su espíritu el plan de salida, que, esclavo como siempre de los detalles pintorescos, había dado órdenes para que se le pusiese su tienda muy cerca de Méjico. «La fatal retirada fué resuelta, dice Arellano; el Emperador mismo, para asegurar la ejecución, dió conocimiento de ella, entre otras medidas, el 18 de marzo, al ministro de Guerra en Méjico. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues Su Majestad no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad.» Pero la retirada quedó en proyecto; venía de Márquez, y Miramón, que la apoyó cuando ignoraba su procedencia, la combatió después, poniendo en el empeño á su secuaz y adulador, Ramírez de Arellano, jefe de la artillería. Después de dos días de «secretos preparativos y de diversas vacilaciones», prevaleció Miramón. Este general se manifestó en sus diversas campañas carente de toda idea militar. Sus acciones eran brillantes y estériles coroneladas, muy aplaudidas, pero muy pobres de alta y aun de mediana estrategia. Con todo, su fortuna, su audacia, su popularidad y la impopularidad de Márquez, aun en su mismo partido, porque este general no tenía condiciones políticas para ser caudillo, dieron el primer lugar á Miramón. En Querétaro, puestos ambos jefes ante una autoridad que los nivelaba políticamente, tendió necesariamente á prevalecer el de mayor mérito militar, que era Márquez. El amargo despecho de Miramón reobró enérgicamente y determinó la catástrofe. He aquí el plan de coronel imprevisor que se oponía al plan de buen general propuesto por Márquez: quedarse en una plaza doblemente cercada por la cadena de montañas y por un ejército numéricamente muy superior; atacar á este ejército, y, en el caso más que probable, casi seguro, de verse obligados á retirarse, hacerlo precisamente al interior de esa plaza maldita, cerrada, tumba de todos los defensores del Imperio. ¿Había una finalidad de verdadero soldado en ese programa que sólo contenía la presuntuosa certidumbre de aniquilar completamente á 15,000 hombres que diariamente aumentaban hasta pasar pronto de 25,000, con un ejército de 9,000? Sin embargo, éste fué el plan adoptado, cuando ya se sabía de fijo que Juárez no aceptaría ningún acomodo.

℄ Márquez fué enviado á Méjico para que volviese con tropas, dinero, artillería y municiones. Iba con el cargo de lugarteniente del Imperio, y le acompañaba Vidaurri, nombrado Presidente del Consejo de ministros y encargado de la cartera del departamento de Hacienda. Así resolvió Maximiliano la intriga contra Márquez, alejándole de Miramón, cuyo amor propio quedó satisfecho con una especie de dictadura militar en Querétaro, á la vez que se saciaba la cólera imperial contra las VIEJAS PELUCAS del Gabinete.

℄ Desde que Maximiliano rindió su primera jornada en el camino de Querétaro, sus pasiones de calumniador comenzaron á saciarse en los ministros. «Si las cartas se pierden, escribía al padre Fischer, es que INDUDABLEMENTE las han inter-

ceptado nuestros ministros : NO PUEDE SER DE OTRA MANERA.» Ahora bien, podía SUCEDER DE OTRA MANERA, pues se perdían á veces porque las interceptaba el enemigo, como lo prueban las que escribió en San Francisco el 15 de febrero, comunicadas á THE HERALD de Nueva York. Seguía contra sus ministros la campaña en cada renglón de su correspondencia : «Es más que indigno esto de que no se dé ni un centavo á los fieles servidores que dejé, según me escribe Schaffer.» Más adelante : «Sé que tratan de suprimir la secretaría privada. Ésta es una prueba de debilidad de parte de esos señores que ahora manejan el timón de la nave, por cuanto los débiles se espantan de la fiscalización y hacen la guerra á la capacidad de los demás.» Con Schaffer fué más explícito : «Sumamente desagradable fué para mí saber que los viejos pelucones de Méjico tienen tan poca deferencia que no pagan á la escasa servidumbre de la corte que allá se quedó. Ésta es la consecuencia que suele producir la mentira oficial, fundada en un mal entendido amor propio nacional. Si ellos pudieran y supieran decir honradamente que no tienen dinero, yo sabría acomodarme á la necesidad y andaría á pie.» Él sabía QUE LOS VIEJOS PELUCONES no tenían dinero, y era inútil que se llamase á engaño, puesto que en su carta del 10 de febrero se daba por sabedor de la situación hacendaria, diciendo : «El tesoro está agotado, y para hacer frente de una manera miserable á los gastos de algunos ramos de la administración, es necesario imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar, aun por medio de los procedimientos más vejatorios, y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.» ¿En dónde estaba, pues, la mentira oficial? Más culpable era él que los ministros, aceptando falsas promesas, si es que se las hacían, como él dice, y pidiendo fondos tan mal habidos para gastos de corte. ℭ Quejábase además el Emperador de que no se le mandasen las fuerzas austriacas que había en la capital y que consistían en los húsares de Khevenhüller y en el regimiento de Hammerstein. En el camino á Querétaro había pedido esas tropas; «pero los ministros — dice Basch, eco de Maximiliano — no quisieron aprontar dinero ni privarse del apoyo de las tropas extranjeras, que eran las más seguras : las órdenes del Emperador no se comunicaron á los comandantes.» Es verdad que en una carta á Fischer, escrita durante la marcha, habla de Khevenhüller, QUE VIENE CON SU REGIMIENTO; pero cuando, ya en Querétaro, hace acusaciones contra sus ministros, porque desatienden á los criados de la corte y violan el secreto de la correspondencia, no formula una sola reclamación por el envío de los austriacos. Lejos de eso, se expresa así dirigiéndose á SU QUERIDO CAPITÁN DE NAVÍO Schaffer : «La permanencia de usted en Méjico en las presentes anormales circunstancias, y, sobre todo, acabando yo de partir, era de absoluta necesidad; sin Fischer en el Gabinete, sin usted en el palacio y sin Khevenhüller y Hammerstein en el cuartel, todo aquello se hubiera ido á pique en las primeras veinticuatro horas.» Pocos días después, en carta escrita AL ESCLARECIDO PROFESOR BILIMEK, carta que no trataba de política, y cuya parte principal estaba dedicada á las chinches de Querétaro, «dotadas de un formidable aparato perforante y aspirante», habla en estos términos : «Schaffer se ha quedado en Méjico cuidándome la casa. Dejé en el palacio las tropas austriacas para ase-

gurar en cierto modo la marcha de las cosas en la capital.» Esta carta es del 2 de marzo. El 24 ó 25, después de la salida de Márquez para la capital, motivada en parte, según Maximiliano, por no haber llegado los austriacos, escribe el príncipe al prefecto de Miramar : «En esta guerra sólo tengo mejicanos á mi lado, y eso no por casualidad, sino por cálculo mío. Los únicos europeos que han venido conmigo á Querétaro son el doctor Basch, mi médico, y Grill, mi criado. Ni aun en mis tropas hay extranjeros, mientras que en las de Juárez, mi adversario, hay muchos americanos de los Estados Unidos.» Esta misma nota de mejicanismo se repetía en una carta de Basch á Herzfeld, escrita por mandado de Maximiliano el 29 de marzo : «Lleno de confianza, S. M. fió en esta vez su persona únicamente á los mejicanos. No sólo soy el único austriaco : soy el único europeo que está á su lado.» ¿A quién creer? ¿A Maximiliano corresponsal informante de los austriacos ó á Maximiliano calumniador de sus ministros?

Resuelta la salida de Márquez, el día 21 se escribió al padre Fischer y al capitán Schaffer participándoles esa resolución : «Como la gran cuestión para Méjico en este momento es la cuestión puramente militar, y como el actual ministerio residente en la capital no está á la altura de dicha situación, según se echa de ver por sus actos, he resuelto despedirlo y llamar á la presidencia del consejo al general Santiago Vidaurri, quien corresponderá mejor á la gravedad de las circunstancias presentes. Juntamente con la presidencia, Vidaurri tendrá á su cargo la cartera de Hacienda. Envío además á ésa, en calidad de lugarteniente mío é investido de los más amplios poderes, al general Márquez para que reduzca al orden á todas aquellas viejas, levante la moral abatida y sirva de apoyo y protección á mis verdaderos amigos.»

Sería muy largo referir la expedición de Márquez, para hacer una seria y justa apreciación militar de su conducta. Esto no es posible aquí. Nos limitamos á consignar los hechos esenciales, y desde luego á declarar que la tenebrosa maquinación atribuída á Márquez contra los defensores de Querétaro, es un fabulón originado por el prurito calumniador de Maximiliano, amplificado fantásticamente por los aduladores de Miramón y aceptado por la necesidad que tiene el vulgo de explicar con causas maravillosas los hechos más naturales. Tratándose de Márquez, la leyenda encontraba un terreno abonado. ¿De qué misteriosas infamias no es capaz el hombre de los crímenes sombríos?

Basch dice que del 1.º al 11 de abril crecía el vivo deseo de que volviese Márquez, porque andaban escasos los víveres en Querétaro. «Agravábanse cada vez más nuestras circunstancias y la penuria iba sintiéndose de una manera excesiva.» Comenzó á echarse mano de la carne de caballo para comer; el préstamo forzoso se había agotado y se impuso una contribución de capitación y otra de puertas y ventanas; todos los habitantes varones tenían que trabajar en las trincheras ó pagar una multa. «Entretanto, Márquez había desaparecido, no daba

señales de vida. No teníamos de él una sola noticia segura, aunque despachábamos uno tras otro los correos; pero ninguno de ellos volvía.» Se pensó en que fuese Mejía con una buena división de caballería para encontrar á Márquez, si éste ya estaba en camino, ó para llegar hasta la capital en busca de recursos. Mejía estaba enfermo, y se dió esa difícil comisión á un aventurero, á un desconocido, el príncipe Salm Salm. En el camino de Méjico á Querétaro lo había visto Maximiliano por primera vez. Durante un encuentro insignificante, Salm Salm quiso lucirse delante del Emperador, con extravagantes gesticulaciones para retar al enemigo. El Emperador dijo: «¿Quién es ese hombre? ¿Por qué ha venido? Me choca. Parece cirquero.» Ese hombre era á fines de abril el agente confidencial encargado de ir á Méjico para volver con toda la caballería, para pedir la mediación del cuerpo diplomático, para influir en la prensa nacional y extranjera, para exigir doscientos mil pesos de las cajas imperiales y llevarlos á Querétaro con la caja particular de Maximiliano, para decidir sobre la evacuación ó conservación de la capital, para exigir respuesta al general Márquez en un término perentorio, para tratar con los republicanos, y, por último, si hemos de creer al doctor Basch, para poner preso á Márquez en caso necesario.

℄ Esta ilimitada confianza depositada en un hombre que ni la merecía ni podía haberla soñado un mes antes, indica hasta dónde iba ya Maximiliano en el camino de su habitual suspicacia. «Un día, paseando en la plaza que está delante del convento, dice Basch, me dijo terminantemente que comenzaba á creerse traicionado por Márquez y por Vidaurri.» La canción eterna. Márquez y Vidaurri, el lugarteniente y el jefe del Gabinete, traidores porque no estaban cerca, traidores como Lares, traidores como todos los que tuvieron la desgracia de servir á Maximiliano; Salm Salm, el cirquero de la víspera, salvador del Imperio, porque lamía las botas del archiduque.

℄ La expedición de Salm Salm no pudo efectuarse y los defensores de Querétaro se vieron reducidos á seguir esperando indefinidamente un acontecimiento milagroso que salvara la situación.

℄ Después de los infructuosos y sangrientos ataques dados á la plaza el 14 y el 24 de marzo, las operaciones continuaron con calma, pues no había prisa en aguardar á que el ejército sitiado consumiese su última ración de frijoles y tortillas, como decía el corresponsal de un periódico neoyorquino. Escobedo se ocupaba únicamente en reducir el cerco, perfeccionando las obras emprendidas. El resultado fué, como hemos visto, que cada día se hizo menos probable la salida de los sitiados. Miramón emprendía frecuentes operaciones con su habitual vigor, pero también con su habitual impremeditación. El 1.º de abril atacó á los republicanos en San Gregorio; el 11, en la garita de Méjico. Estos choques costaban mucha sangre y exaltaban el entusiasmo de los combatientes; pero no podían ser indefinidamente favorables á la moral del ejército sitiado, pues ya lle-

gaba la certidumbre de la derrota de Márquez, por todos los intersticios que aprovechan las malas noticias, y para nadie era un secreto la situación desesperante. De allí, la salida de Salm Salm, que al frustrarse aumentó la desmoralización.

¶ Con todo, al fijarse en Maximiliano las miradas curiosas de los oficiales y soldados, notan que el Emperador está tranquilo. Se pasea en las trincheras, se mezcla con el pueblo, da y pide la lumbre al presenciar las formaciones en la calle, juega por las noches un partido de boliche, dicta cartas descriptivas y literarias. Miramón repite que no ha sonado para la plaza el momento de capitular, tanto más cuanto que Márquez llega, está á dos jornadas de Querétaro, en Salvatierra, y su vanguardia se ha batido con la caballería republicana. No obstante, Maximiliano, que pasa por fluctuaciones violentas, después de asegurar el 24 de abril que las cosas toman buen aspecto y de mostrarse más satisfecho que nunca, dice el día 25 : «Debo estar dispuesto á todo para el caso peor, y ya me decidí á escribir á Juárez, diciéndole que si quiere sangre tome la mía y se contente con ella.» La frase es hermosa y la repite mentalmente, perfeccionándola, hasta que la burila. En el momento trágico, será su saludo á Escobedo.

¶ El Emperador y sus generales combinan disposiciones atrevidas en los días 25 y 26. Se dará un ataque á San Gregorio para ocupar la posición ó para proteger la posible retirada á la Sierra. El ataque se malogra. No importa : Miramón declara que la ciudad puede sostenerse durante cuatro meses. Hay tiempo para todo, aun para lo peor, que es huir. Entretanto, se da el ataque á la línea del Cimatario. La ciudad sitiada oye decir que Márquez ha llegado, que en la mañana del 27 se presentará frente á los republicanos, para dar la mano á Miramón. Los repiques y las dianas anuncian á la ciudad esta noticia.

¶ A las seis de la mañana del 27 comienza el ataque, del cual se dice que es un movimiento combinado con Márquez. El mismo Méndez lo cree así : sólo Miramón y Salm Salm están enterados de la verdad.

¶ ¿Qué objeto tiene este ataque? La salida, dice Basch. «Desde las cuatro de la mañana estaban ensillados los caballos en el Convento de la Cruz y todo listo para seguir en cualquier momento al Emperador.» Salm dice también que ése era el objeto de aquella operación. Dos oficiales del Imperio, D. Ignacio de la Peza y D. Agustín Pradillo, creen que tamaña villanía no cuadra con el carácter de Maximiliano. Ciertamente hacen bien, como agradecidos, en decir que «no quieren ver manchada la memoria del ídolo con un desengaño.»

¶ Los espléndidos resultados del ataque sobrepujan á todo lo que se esperaba. La vanguardia se posesiona de las paralelas republicanas. El enemigo desaparece y quedan en poder de Miramón 21 piezas de artillería, los bagajes y numerosos prisioneros. Toda la línea del Cimatario está desierta de republicanos. ¿Había allí soldados ó una bandada de codornices?

¶ El Emperador, violentamente llamado, acude al sitio de la gran victoria. ¿No decía bien Miramón? El Imperio no estaba sitiado : estaba falsamente amagado por muchedumbres desorganizadas. Sólo en tal ó cual punto había verdaderos enemigos. Repetíase, por lo mismo, la opinión que se dió cuando Márquez pro-



puso la retirada para la batalla defensiva. No estaban en ese caso : debía darse la batalla ofensiva de exterminio. El Emperador no podía dudar de esas afirmaciones cuando se le hacían comprobándolas con los datos de la salida del 22 de Marzo y sobre las mismas paralelas del enemigo. Creyó todo y no hubo salida, ni tampoco nuevas operaciones para consumar las ventajas alcanzadas. La embriaguez del éxito lo clavó en aquel sitio. «Pásanse dos horas largas sin hacer realmente nada; sin lanzar, como estaba convenido, todas nuestras fuerzas sobre San Gregorio, en donde, aprovechando el susto del enemigo, fácilmente hubiéramos podido establecernos. En vez de eso, se le deja tiempo para que se reorganice, para que se ponga en buen orden y para que guarnezca las paralelas superiores del Cimatario con tropas de refresco tomadas de su centro. Miramón, queriendo quedar airoso delante del Emperador, manda un nuevo ataque; pero en esta vez ya no huye el enemigo : nos recibe con un fuego nutrido de ocho piezas por lo menos, obligando á nuestra caballería á emprender la retirada.» Hans no da á la artillería enemiga la importancia que le atribuye la ignorancia de Basch en asuntos militares. La retirada de Miramón fué obra de los cazadores de Galeana, que formaban lo más selecto de las reservas de Escobedo. Los rifles de 16 dieron la superioridad á aquellos pocos centenares de hombres que, brillantemente conducidos por Hipólito Charles, sembraron la muerte en el campo enemigo. «En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles, dice uno de los sitiados : los hombres caían como moscas.» En pos de los cazadores llegaron otras fuerzas del Norte con Rocha y Naranjo, que recuperaron las posiciones perdidas y el convoy. Miramón emprendió la retirada que se convertía en derrota. El enemigo seguía de cerca á Miramón, y para impedir que penetrara con la retaguardia, fué necesario ametrallar á los rezagados.

ℭ Entretanto, Castillo había fracasado en el ataque por el lado opuesto y no pudo paralizar á Escobedo. A esto se debió que ni se obtuviese el resultado de vencer al enemigo, obligándolo á levantar el sitio, ni se hiciese la retirada. Maximiliano volvió á la ciudad, convencido de que estaba á merced del jefe republicano. Ya no sólo era imposible la retirada : la fuga misma presentaba dificultades acaso invencibles.

* * *

ℭ En los seis días siguientes hubo dos nuevas tentativas. La fe de Miramón se mantenía intacta. Creía poder tomar de nuevo el Cimatario, atacando la hacienda de Callejas para dominar desde allí la línea. El ataque fracasó. Después, quiso apoderarse de San Gregorio, dando un falso ataque á la referida hacienda de Callejas. No se dió el falso ataque y el verdadero se frustró.

ℭ Ya nadie creía en las noticias fraguadas por el Emperador para alimentar la esperanza. El hambre comenzaba á tender sobre la ciudad un crespón de fiebre y de terrores. Moría de gangrena el herido; moría de enfermedad el que salía indemne del combate. La muerte comenzaba á ser artera, y esto enloquecía á los combatientes, que no la temen cuando se presenta con estrépito y embriaguez.

La oficialidad murmuraba; los soldados, en vez de obedecer pasivamente, apenas si acataban las órdenes. Había en el ambiente la desconfianza de los egoísmos que se desencadenan á la hora del peligro supremo.
¶ Los partes fraguados sonaban á matraca y nadie los creía después del 10 de Mayo. Se veía ya muy próximo el momento de la relajación que sucede á una tensión prolongada. Había que pensar en la rendición ó en la fuga. Se pensó en la fuga.

***

¶ Cuarenta y ocho días tenía Márquez de haber salido. ¿Qué había hecho? ¿Por qué no volvía? Márquez ha compuesto una defensa de su conducta, en la que de una manera sobradamente artificiosa combate las inculpaciones que sin razón se le han hecho y las que justamente ha merecido. Una vez más aparece hábil abogado de malas causas. No convence de su lealtad, pero deja la impresión de una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas — la que terminó con el Imperio y la que ha llevado después — podrá negarle la admiración que arranca una energía extraordinaria encauzada por invariables propósitos.
¶ Era imposible que Márquez volviera á Querétaro en los términos que él mismo tal vez había pensado. Cuando llegó á Méjico, encontró la noticia de que Noriega estaba sitiado en Puebla y en situación desesperada, próximo acaso á rendirse, pues declaraba que no tenía elementos con que sostenerse. Márquez hizo lo que debía hacer para reparar la falta del ministro de Guerra, que no había concentrado en Méjico la guarnición de Puebla con sus ricos depósitos de armas y municiones. Al saber la marcha de Márquez — el cual aun podía dar un golpe de audacia, salvador para la plaza sitiada, — el general Díaz apresuró las operaciones y dispuso el asalto que debería efectuarse en la madrugada del 2 de Abril. Con un resultado sorprendente realizó esta empresa temeraria. Pocas horas después de iniciado un falso ataque al Carmen, penetraron las tropas republicanas que habían forzado simultáneamente trece puntos de la plaza. Los defensores de Puebla, después de resistir como pudieron, se retiraron á los fuertes de Loreto y Guadalupe, que conservaron hasta el día 4. El jefe vencedor pudo decir á sus soldados : «Merecéis bien de la patria. La lucha que la desgarra no puede ya prolongarse.» Efectivamente, la campaña estaba decidida. ¿Qué podía hacer Márquez? Desde luego, no contaba con fuerzas suficientes para avanzar contra Díaz. Retroceder á Méjico, tomar la guarnición que allí había dejado y avanzar á Querétaro, era exponerse á ser destruído durante la marcha por las fuerzas vencedoras de Puebla, que engrosarían con las que había diseminadas en torno de la capital.
¶ No obstante, avanzó de la hacienda de Soltepec á la de Guadalupe, pues aun carecía de datos fidedignos sobre la toma de Puebla, y de Guadalupe á San Diego. El día 6 interrumpió su avance á Puebla y tomó el camino de regreso á la capital. Avanzar no tenía objeto; retroceder sin peligro, no era ya posible. Su

marcha fué entorpecida por fuerzas que le salían al paso, hasta el día 8 en que, al llegar á la hacienda de San Lorenzo, se vió amenazado por todo el ejército de Díaz, que aumentó con el contingente de una caballería enviada por Escobedo para que impidiera la aproximación de Márquez á Querétaro.

℄ En San Lorenzo permaneció rodeado el TERRIBLE LUGARTENIENTE DEL IMPERIO durante dos noches y un día. En la madrugada del 10, envió sus municiones por el camino de Otumba para poner en una falsa pista al enemigo, y él tomó el rumbo de Calculálpam con las fuerzas. No le valió la estratagema. Perseguido, acuchillado por la caballería de Guadarrama, abandonó sus trenes en una barranca, y á duras penas pudo salvarse. El 11, llegó solo á la capital; el 12, entró el coronel Arrieta con menos de la mitad de las fuerzas que habían emprendido la marcha en auxilio de Puebla.

℄ Desde ese momento, tanto podía auxiliar Márquez á Maximiliano como Maximiliano á Márquez. ¿Por qué se empeñó el archiduque en creer y en hacer creer que Márquez podía presentarse frente á Querétaro con un ejército temible? Que lo hiciera creer, se explica sólo mientras tuvo la esperanza de infligir una seria derrota á Escobedo; pero que él mismo se enredara en la malla de su difluente fantaseo, hasta decir que Márquez, encerrado por Díaz, traicionó al Imperio y fué el verdadero autor de su ruina, es el extremo de la inconsciencia en la palabra. Sólo un irresponsable puede hablar así.

* * *

℄ Después de una vana tentativa para armar al pueblo de Querétaro é intentar el soñado ataque de exterminio, Maximiliano determinó romper la línea enemiga y salir de la ciudad. Mejía y Méndez opinaban por la capitulación; Maximiliano y Miramón por la salida. Se resolvió ésta; pero antes, Maximiliano quiso que constara en un documento la traición de Márquez. Lo que en él consta es la deslealtad con que procedió el archiduque y su injusticia en acusar á un hombre que ninguna responsabilidad tenía en los males que caían sobre su ejército. En Miramón, la enemistad y la envidia explican la calumnia; en Maximiliano, da cuenta de ella su espontánea perversidad. Quería tener un responsable, un traidor : sólo por traiciones á su sacrosanta persona explicaba los acontecimientos desgraciados.

℄ Resuelta la salida por medio de un ataque vigoroso que podía dar la victoria — según la opinión de Miramón, quien durante la campaña no había tenido una sola idea militar, — se fijó para la operación la noche del 14 y después, á petición de Méndez, la noche del 15.

℄ Entretanto, la plaza fué entregada. López, coronel del regimiento de la Emperatriz y favorito de Maximiliano, fué al campo enemigo, tuvo una conferencia con Escobedo, volvió á la plaza, habló secretamente con el Emperador después de la junta de guerra que terminó á las once de la noche, fué condecorado á esa hora inusitada con la medalla del mérito militar, y salió nuevamente para

guiar á las fuerzas republicanas y entregarles el convento de la Cruz. Ocupado este punto, la plaza estaba perdida.

℄ Maximiliano supo que los republicanos se habían apoderado de la Cruz, y sin perder su sangre fría, se vistió, salió de su alojamiento, cruzó los corredores, bajó las escaleras y, reconocido por dos jefes republicanos, entre ellos Rincón, que dió orden verbal para que se le dejase salir, se dirigió al cerro de las Campanas, acompañado del general Castillo, del príncipe de Salm Salm y del ayudante Pradillo.

℄ Entretanto, los republicanos, guiados por López, iban apoderándose de todos los puntos importantes. El cerro de las Campanas, rodeado de enemigos, pidió parlamento. Maximiliano se rindió, suplicando reiteradamente que si se necesitaba sangre, se tomase la suya.

℄ En los apuntes de Maximiliano hay estas líneas escritas cuando á mediados de Enero se decidió la guerra: «Otra junta de los Consejos en Méjico. Mismo dictamen. Trabajo asiduo para juntar un Congreso; agentes á Juárez y Porfirio Díaz. Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juárez.» Y Basch dice que el envío de García se hizo cuando ya el Emperador estaba en Querétaro. El envío de Burnouf á Díaz no dió resultado, como hemos visto. Para saber lo que hizo García, basta leer con atención la carta del 2 de Marzo escrita por el Emperador á su ministro García Aguirre. Dice: «Me he dirigido, ya personalmente, ya por medio de agentes leales y dignos de confianza, á los diversos jefes que combaten, según dicen, en nombre de la libertad y por el principio del progreso, intentando inclinarles á que se sometiesen, como yo estaba pronto á hacerlo, al voto expresado lealmente por la mayoría de la nación. ¿Cuál fué el éxito de estas tentativas? Los hombres que hablan de progreso, no pudieron ó no quisieron someterse á esa decisión. Respondieron con el fusilamiento de leales y distinguidos ciudadanos; rechazaron la mano fraternal que trataba de poner paz entre los hermanos, ó, para hablar con más exactitud, quisieron como obcecados facciosos dominar únicamente con la espada en la mano... No es posible por tanto contar con ellos; el deber nos obliga á obrar con toda energía, para restituir al pueblo su libertad lo más pronto posible, con el objeto de que pueda expresar libre y francamente su propia voluntad. Éste es el motivo que me ha traído á Querétaro y por el cual me esfuerzo en restituir á nuestra desgraciada patria el orden y la tranquilidad, salvándola por segunda vez de la perjudicial influencia extranjera.» Desde entonces ya no cesó de repetir que de su parte estaba la causa de la independencia nacional, y de parte de Juárez, la traición á la patria, que era entregada al extranjero.

℄ Mientras él se creía salvador de la independencia mejicana, en Europa y en los Estados Unidos la diplomacia y la prensa trataban de salvarlo del patíbulo.

℄ The Herald publicaba en Nueva York el 4 de Abril noticias de San Luis Po-

tosí que alcanzaban hasta el 9 de Marzo. «El Presidente y los ministros, decía el corresponsal de aquel periódico, abrigan las esperanzas más risueñas de que la guerra ya está próxima á su fin y de que el triunfo más completo coronará sus armas... Creo que Maximiliano tiene muy pocas esperanzas de salvar la cabeza si cae en poder de los liberales. Suponiendo que al ser prisionero se le perdone la vida, esto se deberá indudablemente á que el Gobierno de Juárez tiene una idea poco favorable de su escasa ó nula inteligencia... Creo y tengo excelentes razones para creerlo (el corresponsal acompañaba al Gobierno constantemente), que Maximiliano ha estado tratando con Juárez (sobre garantías para los mejicanos que han seguido su bandera). La contestación dada por el Presidente ha sido muy cruel para el aventurero austriaco, pues se le ha dicho que además del crimen de fomentar una guerra civil, pesa sobre sus partidarios la maldición del país por haberse opuesto á la voluntad del pueblo y por haber traído una intervención extranjera en apoyo de sus culpables y funestos designios. Como traidores, merecen un castigo severo; el Gobierno liberal no dejará pasar la primera oportunidad para someterlos á un juicio estricto de acuerdo con sus crímenes. Por ahora no hay esperanzas de que se admita otro término de la lucha que no sea el de una rendición incondicional. A juzgar por lo que veo, parece que continuará la guerra hasta que la joven águila austriaca no tenga una sola pluma para que Maximiliano firme su testamento.»

℄ Estas noticias nos explican las manifestaciones de mejicanismo que hizo Maximiliano durante el sitio. Juárez, no él, es el traidor. Habla de los franceses como de invasores arrojados del país por la voluntad del soberano. «Mi viaje á Orizaba apresuró la partida del cuerpo de ocupación», dice en su carta del 2 de Marzo al ministro García Aguirre. Y más adelante : «Por el rumbo de oriente se retiran ya las bayonetas de la intervención.» Vuelve á la idea abandonada de convocar un congreso, y dice : «Pero si esa asamblea no pudiese reunirse, si nosotros que constantemente hemos tenido esa mira, hubiésemos de sucumbir en la lucha, tendremos la satisfacción de que la opinión pública nos haga justicia declarando que fuimos los verdaderos defensores de la libertad, que no hemos hecho traición á los intereses de la patria, que por dos veces quisimos garantirla y salvarla de la presión que sobre ella ejercía la intervención extranjera, y que en todo hemos obrado con la intención de hacer triunfar el principio de la voluntad nacional.» Por último, en su discurso pronunciado el 10 de Abril, declaró que el día en que los franceses desocuparon el territorio nacional, había logrado uno de sus más vivos deseos.

℄ Esas palabras, inspiradas por la quimérica esperanza que alentaba en Querétaro, parecen ya los descargos de un acusado que trata de evitar el castigo.

℄ Cuatro días antes, el conde Wyndenbruck, ministro de Austria en los Estados Unidos, había obtenido de Mr. Seward la intervención del gabinete norteamericano en favor del archiduque para que no se le fusilase. Wyndenbruck decía que el Gobierno de los Estados Unidos tenía el derecho de pedir á Juárez que los prisioneros fuesen perdonados, toda vez que al apoyo moral de ese Gobierno se debían en gran parte los triunfos del partido liberal de Méjico. Seward, sin rec-

tificar el concepto que fundaba la petición, pidió el perdón de los prisioneros, refiriéndose á las ejecuciones de Zacatecas. Una severidad igual en Querétaro, sería dañosa para la causa nacional y para los intereses del sistema republicano en el mundo entero.

❡ El asunto comenzó á debatirse por la prensa de los Estados Unidos un mes antes de que cayese Querétaro. The Chronicle, de Washington, publicó el 16 de Abril un remitido lleno de amargas reconvenciones contra Francisco José. «¿Quién pretende hablar en nombre de la humanidad?—¡Francisco José!—Curioso filántropo. Y si hay quien abrigue alguna duda sobre el particular, que se le pregunte á Kossuth ó á Garibaldi.» El húngaro anónimo, autor del remitido, recordaba las ejecuciones en masa de Brescia y de Arod. Si Garibaldi hubiese caído en Brescia, ¡cómo se habría burlado Francisco José de una excitativa del Gobierno de los Estados Unidos para que se asegurasen á aquel jefe insigne los derechos de la guerra!

❡ También hubo debate en el Senado. El senador Johnson hizo una proposición para que los Estados Unidos interpusiesen su mediación entre los partidos contendientes. El senador Morton se opuso, fundándose en que después de haberse permitido las ejecuciones del decreto homicida y bárbaro del 3 de Octubre, dictado por los filibusteros contra los patriotas, no era digno intervenir para evitar que los patriotas castigasen á los filibusteros.

❡ Mr. Sumner presentó una resolución en sentido más amplio, no para evitar castigos, sino para poner término á una guerra civil deplorable y favorecer el establecimiento de un gobierno republicano.

❡ Mr. Henderson pidió la intervención en favor de los partidarios de Maximiliano.

❡ Contra estas tentativas se levantó The Evening Post, razonado, enérgico, plenamente justiciero: «Un periódico de la mañana reclama para los Estados Unidos el mérito de haber arrojado de Méjico á los franceses por medio de amenazas y argumentos. No creemos que los franceses abriguen esta opinión. Evidentemente salieron de Méjico porque el pueblo de aquel país no permitió que siguiesen allí por más tiempo. Méjico, ni aun por cortesía, admitirá que hayamos hecho cualquier cosa que nos expusiera á una guerra con la primera potencia militar del mundo... El mismo secretario Seward no recibiría esto como un elogio á su talento diplomático. El país no cree que haya sido una falta por nuestra parte detenernos después de haber acabado con una forma de gobierno sin hacer algo por establecer otra en su lugar. Como no expulsamos á los franceses y como siempre hemos reconocido la existencia de un Gobierno constitucional, que sólo se ha visto entorpecido por la fuerza extranjera y que actualmente se encuentra en todo su vigor y ejerce su influencia sobre casi todo el territorio, la conclusión natural es que no debemos intervenir sino hasta que así nos lo pida el Gobierno legal del país.»

❡ La única intervención salvadora para el archiduque, tenía que ser la del pueblo mejicano. Esta intervención fué imposible por la obcecación con que Márquez mantuvo su resistencia inútil en la capital. El aislamiento de la ciudad de Mé-



jico era la diseminación de todas las voces que hubieran formado un clamor en favor de Maximiliano; era la falta de prensa; era el dominio de la pasión sobre un mundo provincial silencioso. Entregada la ciudad de Méjico al general Díaz en la segunda quincena de Mayo, como se entregó un mes más tarde, se habrían concentrado en la capital todos los viejos periodistas y tribunos del partido liberal para abogar por la causa de una reconciliación que estaba en las conciencias y en las conveniencias de la sociedad. Su intervención habría neutralizado los efectos contraproducentes de la seca y altiva indicación de Seward. Había un deseo de fraternidad en todos los hombres de primera fila que se prometían la adquisición de una paz definitiva. Las palabras de perdón asomaban en todos los labios. Aun considerando criminales á los imperialistas, y una complicidad el perdón, la sociedad entera extendía su protección á los culpables. Cuando cayó Méjico, las mismas familias de los ministros de Juárez amparaban á los regentes del imperio. ¡Hasta Márquez encontraba una piedad que lo acogiera!

❧ ❧ ❧

℄ Se ha juzgado de muy diversos modos la conducta del Gobierno mejicano con el archiduque y sus principales compañeros de armas. Sea cual fuere la opinión á que se llegue en esta cuestión, nadie podrá negar que Juárez y sus ministros procedieron con serenidad y firmeza, comprendiendo la magnitud y, sobre todo, la trascendencia moral de sus resoluciones. El 26 de Abril se contestó á Mr. Campbell su nota inoportuna y un tanto cuanto insolente, diciéndole en sustancia : «El Gobierno, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que puedan exigir los principios de justicia y los deberes para con el pueblo mejicano.» Se trataba de una cuestión interna, por más que estuviera mezclado en ella el hermano de un soberano europeo. El Gobierno de los Estados Unidos tuvo el tino de no insistir.

℄ Al ser ocupada la plaza de Querétaro, corrieron diversas conjeturas acerca de la actitud que tomaría el Gobierno. Maximiliano había solicitado que se aceptase su sangre si se necesitaba sangre; pero á la vez formulaba el deseo de ser conducido á Europa, mediante la promesa de no volver al país. Creía de este modo sencillo dar término á la cuestión vinculada con su permanencia en Méjico después de la salida de los franceses. Por lo que hacía á sus generales, encontraba justo y fácil que se les otorgase la misma franquicia. Ellos estaban persuadidos de que no podían esperar clemencia : habían dicho que LUCHABAN CON UN ENEMIGO SALVAJE, SIN FE Y SIN HONOR; Maximiliano, por el contrario, elogiaba la conducta de Escobedo. Su ilusión tenía un punto de apoyo más para sostenerse.

℄ El día 21 se expidió la orden para que Maximiliano, Miramón y Mejía fuesen juzgados con arreglo á la ley del 25 de Enero de 1862. Juzgarlos por esa ley era condenarlos á muerte. La orden suscrita por el ministro de Guerra, D. Ignacio Mejía, no tiene de éste sino la firma : en el texto está el alma del ministro Lerdo

de Tejada. Él hizo la poderosísima tenaza de hierro puesta en las manos de Escobedo para que sujetase á los prisioneros. Hay en esa orden una frialdad que hiela. Se ve á la vez la resolución inflexible y el manifiesto justificativo. «Antes de dictar ninguna resolución acerca de los presos, el Gobierno ha querido deliberar con la calma y detenimiento que corresponden á la gravedad de las circunstancias. Ha puesto á un lado los sentimientos que pudiera inspirar una guerra prolongada, deseando sólo escuchar la voz de sus altos deberes para con el pueblo mejicano. Ha pensado no sólo en la justicia con que se pudieran aplicar las leyes, sino en la necesidad que haya de aplicarlas. Ha meditado hasta qué grado pueden llegar la clemencia y la magnanimidad, y qué límite no permitan traspasar la justicia y la estrecha necesidad de asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos y afianzar los derechos y el porvenir de la República.» Méjico se había cimentado, dándose una Constitución y un Gobierno; los vencidos apelaron al extranjero y volvieron acompañados de un ejército invasor que interrumpió el renacimiento del orden y de la paz. Comenzaban los cargos : «El archiduque Maximiliano de Hapsburgo se prestó á ser el principal instrumento de esa obra de iniquidad que ha afligido á la República por cinco años con toda clase de crímenes y con todo género de calamidades. Vino para oprimir á un pueblo, pretendiendo destruir su Constitución y sus leyes, sin más títulos que algunos votos destituídos de todo valor, como arrancados por la presencia y la fuerza de las bayonetas extranjeras. Vino á contraer voluntariamente gravísimas responsabilidades. No sólo se prestó á servir de instrumento de una intervención extranjera, sino que para hacer por sí una guerra de filibusteros, trajo otros extranjeros, austriacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban en guerra con la República. Trató de subvertir para siempre las instituciones políticas y el gobierno que libremente se había dado la nación... Dispuso por sólo la violencia de la fuerza, sin ningún título legítimo, de las vidas, los derechos y los intereses de los mejicanos. Promulgó un decreto, con prescripciones de barbarie, para asesinar á los mejicanos que defendían, ó que siquiera no denunciaban á los que defendían la independencia y las instituciones de su patria. Hizo que se perpetrasen numerosísimas ejecuciones sangrientas, conforme á ese bárbaro decreto, y que comenzara su aplicación en distinguidos mejicanos, aun antes de poderse presumir que supieran que se había promulgado. Ordenó que sus propios soldados, ó consintió con el falso título de Jefe de la Nación, que los soldados del invasor extranjero incendiasen ó destruyesen muchas poblaciones enteras en todo el territorio mejicano, especialmente en los Estados de Michoacán, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León. Ordenó que sus propios agentes ó consintió que los agentes del extranjero asesinasen muchos millares de mejicanos, á quienes se imputaba como crimen la defensa de su patria. Y cuando se retiraron los ejércitos de la potencia extranjera y vió levantada en su contra toda la República, quiso todavía rodearse de algunos de los hombres más culpables en la guerra civil, empleando todos los medios de violencias y depredaciones, de muerte y desolación, para sostener hasta el último momento su falso título, de que no ha pretendido despojarse sino

cuando ya no por la voluntad, sino por la fuerza, se ha visto obligado á dejarlo. Entre esos hombres que han querido sostenerlo hasta el último instante pretendiendo consumar todas las consecuencias de la traición á la patria, figuran como unos de los principales cabecillas, los llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía... Los dos tenían desde antes una grave responsabilidad por haber sostenido durante muchos años la guerra civil, sin detenerse ante los actos más culpables, y siendo siempre un obstáculo y una constante amenaza contra la paz y la consolidación de la República.»

¶ La ley del 25 de Enero debía aplicarse á los reos cogidos INFRAGANTI ó en acción de guerra con sólo la identificación de sus personas. Era el caso. ¿Para qué el juicio? Oirles en defensa parecía inútil, á menos que el Gobierno tuviese reservada alguna determinación especial en vista de las alegaciones presentadas, ó lo que es más probable, para responder de sus actos ante la opinión extranjera.

* * *

¶ Fusilado el archiduque, la renuencia de Márquez para rendirse ya no tenía ni un asomo de excusa racional. Márquez desapareció, dejando á otros menos comprometidos el encargo de entregar la plaza al jefe del Ejército de Oriente.

¶ El general Díaz puso la capital á disposición del Gobierno, y Juárez la ocupó con sus fieles ministros Lerdo de Tejada é Iglesias.

¶ Juárez había visto fracasar la empresa de Napoleón, había vencido á Maximiliano, había desbaratado sin esfuerzo las maniobras de González Ortega obteniendo su aprehensión en la misma capital de Zacatecas, había presenciado las inútiles tentativas de Santa Anna para agitar y dominar un país que no era ya el de los caudillos militares.

¶ Con un camino desembarazado de obstáculos, podía esperar tranquilamente la voz del sufragio que le entregara, con el poder supremo, los medios para proceder sin tardanza á la reorganización de un pueblo que suspiraba por la paz.

LA ÚLTIMA TORMENTA

DEFINITIVAMENTE libre de la presión exterior que, iniciada al día siguiente de la Independencia, había de concluir en una intervención resuelta en nuestra vida interior para marcarle é imponerle determinados senderos, la República en el año de 67 había aquistado el derecho indiscutible é indiscutido de llamarse una nación. Fuerte en el exterior, gracias al prestigio que había logrado por su energía en la lucha contra Francia y el Imperio, prestigio que crecía en razón directa del descrédito que había arrojado sobre el gobierno de Napoleón III el triple inmenso error diplomático, político y militar que se llamó «la cuestión de Méjico»; firme con el apoyo de los Estados Unidos, interesado ó no, pero real y seguro, el país no tenía que pensar más que en su problema interior. ¿Cómo se organizaría la República rediviva? Las condiciones políticas parecían inmejorables : el partido reformista, heredero del liberal, era dueño incondicional del país político; tenía su programa en la ley suprema, la Constitución del 57, á la que se incorporarían pronto las leyes de Reforma; tenía por jefe al hombre que había encarnado ante el mundo la causa triunfante, y ese jefe era el Presidente mismo de la República, era Juárez; sus individuos poblaban casi exclusivamente los puestos públicos federales y los gobiernos de los Estados, y no tenía enemigos; el partido contrarrevolucionario, que había identificado su suerte con la invasión francesa y el Imperio, había muerto con ellos y sólo con ellos podía resucitar : no resucitaría jamás. El ejército nacional reducido, pero seleccionado después de la

lucha, se agrupaba, ardiente de admiración por el gran ciudadano que con su incontrastable fe le había permitido rehacerse y triunfar, vibrante de heroísmo y de odio á los enemigos de la patria, en torno del gobierno y de la ley.

€ Factores eran éstos de primera importancia para producir un estado social caracterizado por la entrada definitiva del pueblo mejicano en el período de la disciplina política, del orden, de la paz, si no total, sí predominante y progresiva, y para acercarse así á la solución de los problemas económicos que preceden, condicionan y consolidan la realización de los ideales supremos : la libertad, la patria...

€ Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el DESIDERÁTUM social; se trataba de que la República (gracias principalmente á la acción del Gobierno, porque nuestra educación, nuestro carácter, nuestro estado social así lo exigían) pasase de la era militar á la industrial; y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía á nuestro lado y que cada vez se aproximaba más á nosotros, á consecuencia del auge fabril y agrícola de sus Estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería á absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles.

€ Para poner en vía de realización el DESIDERÁTUM, Juárez y sus ministros concibieron el único programa posible : reforzar á todo trance el poder central dentro del respeto á las formas constitucionales de que Juárez, por su historia y su educación jurídica, era devoto sin llevar esa devoción hasta el fetichismo, como lo demostró siempre que creyó ver en peligro la SALUS POPULI; reforzarlo porque el poder central era el responsable ante el mundo, á quien íbamos á pedir los elementos activos de nuestra transformación económica, del orden, de la paz, de la justicia, es decir, de la solvencia de nuestro erario, del poder del Gobierno en todos los ámbitos del país, del respeto al derecho, de todo cuanto fuese indicio cierto de organización y progreso.

€ Temerosa, inmensurable era la tarea; se trataba de volver á su cauce un río desbordado y poner diques perpetuos á las inundaciones futuras. Toda la gente de acción del país había tomado parte en la lucha, por patriotismo los menos, por espíritu de aventura y de revuelta los más, no pocos por miras interesadas y para explotar, expoliar y defender los abusos á cuya sombra medraban y exprimían al pueblo.

* * *

€ No era ésta labor de un día, y Juárez jamás pensó en poder darle cima, pero estaba decidido á crearla cimientos de granito. Un ejército, un instrumento de hierro, capaz de imponer respeto y miedo, era lo urgente; el ministro de Guerra era el hombre AD HOC : conocedor penetrante de las personalidades importantes en la enorme masa armada que había triunfado, afable y persuasivo, accesible á la adulación, aunque inflexible y duro en el fondo, comenzó inmediatamente su labor de selección, agrupando, casi siempre con acierto, los ele-

mentos de verdadera fuerza en derredor del Gobierno, y disponiéndose, porque era capaz de decisiones, pero no de ilusiones, á combatir y á vencer; sabía que la guerra civil era inevitable y no la temía; lo que deseaba era vencer á la revuelta rápidamente y dar esa prueba de fuerza.

€ Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable : los generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían en toda la extensión del país la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se originaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

€ La habilidad del ministro de Juárez consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los generales de segunda fila, los coroneles, — y entre ellos había magníficos soldados, — eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes : el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

€ El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba, lo mismo entre las legiones del Norte que del Occidente ó del Centro, de gran simpatía y de incontrastable ascendiente en el antiguo ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios, — hemos nombrado al general Porfirio Díaz, — era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto el jefe de la 2.ª división, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.

€ Con él perdió su escudo de acero la resistencia á la acción niveladora del Gobierno, y la transformación fué rápida : el ejército normal de la República, bravo, disciplinado, leal, nació de allí; el ejército no volvió á pronunciarse; pudo dejar caer en el abismo de las revueltas algunos de sus fragmentos, pudo en horas de desorganización del Gobierno quedar sin brújula y diseminarse, siguiendo pasivamente diversas banderas; pero tomar en masa la iniciativa de la guerra civil como los Echávarri, los Bustamante, los Santa Anna, los Paredes, los Zuloaga, ya esto no volvió á ser; ¡no volverá á ser nunca!

¶ La obra gubernamental era, empero, irrealizable sin finanzas, y la creación de ellas parecía más irrealizable aún por la dificultad tremenda de la reorganización del país y nuestra falta absoluta de crédito en el exterior producida no sólo por la inmensa desconfianza y el invencible recelo con que se veía nuestra tentativa de fundar un verdadero gobierno, indiscutido en sus principios, consentido en sus medios y nacionalmente aceptado en sus fines (cosa que puede decirse era insólita en nuestra historia), sino por la entera y legítima actitud que habíamos tomado frente á nuestros acreedores extranjeros, considerando unos créditos como nulos de origen y otros sujetos á revisión y á pactos nuevos. La considerable merma de la riqueza pública, consecuencia de once ó doce años de guerra no interrumpida; la imposibilidad de definir sin estadística, ni incipiente siquiera, el asiento del impuesto; la seguridad de encontrar obstáculos en dondequiera que se intentara reintegrar á la Federación en el aprovechamiento de sus recursos legales, retenidos por las administraciones locales, que necesitaban vivir y que, en realidad, administraban la bancarrota y capitulaban con la anarquía, autorizaban todos los pronósticos pesimistas y mostraban el punto negro que pronto se convertiría en el final desastre de nuestra nacionalidad : nuestro pueblo, que, como decía por entonces un preclaro poeta mexicano, MANDAR NO SABE, OBEDECER NO QUIERE, iba fatalmente á la impotencia y á la absorción norteamericana.

¶ Los ministros de Juárez formularon un programa financiero, que, sin excluir en la práctica (lo que era imposible por la brega cerrada con las necesidades de la vida cotidiana) el expediente premioso y el llamamiento al agio, el cáncer de nuestro erario, el parásito invasor que nos había impedido vivir, y las transacciones ruinosas con las avideces de los partidarios, trazaba el plan racional de las reformas viables de nuestro sistema hacendario, plan que todavía es, en sus líneas directrices, el que nos ha permitido aprovechar y fomentar, cada vez más normalmente, nuestra transformación económica : recoger y concentrar la recaudación y administración de los impuestos; hacer uso de una política de transacciones perennemente revisables en materia de tarifas; crear el TIMBRE con la tendencia de transformar la base de nuestras rentas haciéndola interior principalmente; buscar una nivelación posible del presupuesto (sin lograrlo nunca, aunque en la práctica emparejaba los ingresos con los egresos el implacable nivel de la necesidad), organizar la cuenta del Tesoro y perseguir el peculado y el fraude hasta donde fuera posible; tal fué, substancialmente, el programa. Un hombre dotado de paciente energía, de increíble laboriosidad y de honradez intachable, más bien gran oficinista que gran financiero, D. Matías Romero, tuvo principalmente á su cargo la realización de una obra que sólo profundas modificaciones económicas han podido sacar con el transcurso del tiempo de la órbita de lo ideal.

¶ La situación política facilitaba cada día menos tamaña empresa. Desde la víspera del triunfo, los estadistas que formaban el Consejo oficial de Juárez, todos resueltos á aplicar la Constitución, pero decididos á sobreponer á ella (así lo habían hecho en Paso del Norte) la salud de la República, comprendieron que

urgía modificarla para hacerla viable. Y perfectamente seguros de que estas modificaciones no se obtendrían de los Congresos exaltados que debían preverse, sino muy tarde y muy deficientemente, creyeron que debían, dado el carácter profundamente anormal de aquel momento histórico, llamar al país votante á una manifestación plebiscitaria que reformase la ley fundamental desde los colegios electorales : tratábase de reforzar el poder ejecutivo por medio del veto; de impedir el despotismo neurótico de la Cámara popular obligándola á compartir su poder con un Senado, y, seguros de que el partido liberal triunfante, al encontrarse solo con el cadáver del partido retrógrado á los pies, se dividiría en banderías personalistas, trataron de dar vida legal á un partido conservador sometido á las instituciones, pero aspirando á modificarlas por los medios legales, y para ello creyóse lo más eficaz devolver el voto al clero, excluído por la Constitución.

℄ La idea que informaba este audacísimo plan, menos en lo relativo al clero, era acertada en conjunto; el procedimiento plebiscitario fué un funesto error. Los descontentos, los antiguos adversarios de Juárez, los más ó menos disimuladamente enemigos de Lerdo (á quien se atribuía toda la tentativa), levantaron el guante, lo convirtieron en una bandera constitucional y el plebiscito fracasó lastimosamente; tuvo ya razón de ser una oposición que se reclutó entre lo más florido y elocuente del partido constitucionalista, y hasta la candidatura de Juárez, que era una necesidad de honra nacional, halló opositores en todos los grupos que acababan de obtener la victoria.

℄ En la formación de la Cámara aseguró el Gobierno una mayoría; pero una mayoría poco sumisa y asaz indisciplinada, que hizo gala de repudiar solemnemente la frustránea política plebiscitaria, y que más bien hallaba ocasiones de aplaudir que de combatir la ardiente y algunas veces la grandilocuente y soberbia tribuna de la oposición.

℄ Todo el prestigio de Juárez, toda la influencia que daba á Lerdo su talento, que se comparaba al del gran canciller Bismarck, todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra formidablemente armada de cifras y datos, todo el crédito de la infatigable laboriosidad de Romero y el temor por la acción cada vez más firme de Mejía sobre el elemento armado, se aplicó á disciplinar y á gobernar plenamente la mayoría parlamentaria, y así comenzó á vivir la República en su segunda era.

℄ No la seguiremos paso á paso. Pero sí haremos constar que, á pesar de los obstáculos que hemos apuntado y de la sorda resistencia que oponía á la evolución gubernativa una buena parte de la sociedad mejicana en los grandes centros, sobre todo en Méjico, Puebla, Guadalajara, San Luis, Mérida, — resistencia compuesta de retraimiento de los ricos desconfiados y recelosos, de resentimiento de los grupos conspicuos que habían quedado heridos y ensangrentados á la caída del Imperio, y de miedo de los que veían en la Reforma, encarnada en Juárez, una empresa antirreligiosa, en vez de una arma anticlerical; — á pesar de todo ello, el Gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía superior para el trabajo apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer res-

petar su autoridad y de mantener á todo trance el orden, y el país volvió á la vida normal.

¶ Como por ensalmo, los ánimos comenzaron á serenarse, los capitales á entrar en circulación, y la solvencia del erario y el pago casi siempre regular del ejército de empleados, que constituye importantísimo elemento social y mercantil, dieron cohesión creciente al poder. Este estado de cosas se reflejó en el exterior; los intereses extranjeros aquí radicados, ejercieron su fuerza de atracción sobre los que fuera de aquí estaban en conexión con ellos, y el gran problema de las vías de comunicación tuvo un principio de solución al organizarse definitivamente los trabajos que iban á unir por medio de un gran ferrocarril la capital política y mercantil de la República con el principal de nuestros puertos.

¶ En otro orden de actividades puso el Gobierno la mano con impulsadora energía : Juárez creía de su deber, deber de raza y de creencia, sacar á la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, á un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor, y el principal instrumento de esta regeneración, la escuela, fué su anhelo y su devoción; todo debía basarse allí. Un día dijo al autor de estas líneas, estudiante impaciente de la realización repentina de ideales y ensueños : «Desearía que el protestantismo se mejicanizara conquistando á los indios; éstos necesitan una religión que les obligue á leer y no les obligue á gastar sus ahorros en cirios para los santos.» Y comprendiendo que las burguesías, en que forzosamente se recluta la dirección política y social del país, por la estructura misma de la sociedad moderna, necesitaban realmente una educación preparadora del porvenir, confió á dos eximios hombres de ciencia (uno de los cuales tenía toda la magnitud de un fundador) la reforma de las escuelas superiores; la secundaria, ó PREPARATORIA, resultó una creación imperecedera, animada por el alma de Gabino Barreda.

¶ Flor de aquellas horas de esperanza y de reposo, cuyo perfume era el espíritu mismo de la patria resucitada, la literatura tuvo su epifanía triunfal. Tornó la República á oir las voces amadas de sus grandes oradores, de sus grandes poetas : Ramírez, Altamirano, Prieto, Zamacona, Zarco, y, á su sombra refrigerante y fecunda, las de los dioses menores y del enjambre sonoro de los nuevos, de los que tenían veinte años. A ellos vinieron los vencidos, y parecía que al son de la lira una nueva república de concordia y de amor iba á levantarse en la aurora de la era nueva.

❧ ❧ ❧

¶ Por desgracia, las nubes malas se alzaban en el horizonte; ya lo hemos dicho, jamás había habido en la República, á pesar de haberse sucedido sin interrupción las guerras civiles y los estados anárquicos, una masa de gente armada semejante á la que estaba en pie en todos los ámbitos del país, de Yucatán á Sonora, al día siguiente del triunfo; los Estados, al reabsorber una gran mayoría de esas fuerzas, cuando hubo sido hecha la selección del ejército nacional, se en-

contraron con que aquellos hombres acostumbrados á la aventura, al merodeo, al pillaje, al combate, desdeñaban el trabajo industrial ó agrícola, tan poco remuneratorio que parecía irrisión ofrecérselo; les era más ventajosa la guerrilla por cuenta de cualquier plan político, ó la gavilla por cuenta propia, y no era fácil distinguir los matices que diferenciaban unos grupos de otros. Ésta era la substancia, el plasma que debía aglutinarse en torno de núcleos que á toda prisa se constituían á la vista del Gobierno, cuyos prohombres los vigilaban y se preparaban á deshacerlos. Los oficiales excluídos del ejército, injustamente no pocos, por necesidad muchos, otros por razones claras de dignidad y conveniencia; los que, aunque republicanos, resultaban excomulgados políticos, porque estuvieron á punto de desintegrar en las horas más rudas de la prueba al partido republicano, y los excomulgados de la patria como traidores, que aunque estaban bien penetrados de la imposibilidad de restaurar el Imperio, eran víctimas de la imposibilidad de llevar otra vida que la militar, éstos eran los elementos irreducibles de los focos de la revuelta futura. Y como con ellos confinaba el ejército mismo, resultaba éste accesible á la tentación, al soborno, á la indisciplina y á la rebelión, no en su cuerpo mismo, pero sí en muchos de sus componentes viciados, aquellos, sobre todo, que intentaban, bajo la influencia de las tendencias locales, resistir la acción cada vez más concentradora del Gobierno federal.

¶ A raíz de la elección de Juárez, que fué, como hemos dicho, un gran acto de honra nacional, las manifestaciones esporádicas de la anarquía latente comenzaron; pero á todas se sobreponía un gran esfuerzo del país para vivir en paz y un gran esfuerzo del Gobierno por mantenerla. Desde entonces esta idea entró en lo más hondo del cerebro nacional, fué una obsesión : la paz es nuestra condición primera de vida; sin la paz marchamos al estancamiento definitivo de nuestro desenvolvimiento interior y á una irremediable catástrofe internacional.

¶ Pero el Gobierno agotaba sus recursos á medida que hacía sentir su acción á mayor distancia : ya en Sonora y Sinaloa, en donde las enconosas rencillas locales encendían la lucha; ya en Yucatán, en donde el imperialismo había tenido gran séquito, y en donde, si ya había muerto como programa, vivía como rencor, y ya en el centro mismo, en Puebla, de que estuvo á punto de adueñarse un voluble y quimérico CONDOTIERO de nuestras reyertas fratricidas, aquel que tuvo la suerte de retener un día, en los bordados de su KEPÍ de general, un destello del sol de Mayo de 62, y que fraguó el asalto de una «conducta de caudales» con el mismo desplante con que tramaba un plan político. Todo ello era sintomático de un estado agudo que precisaba transformar á todo trance : las medidas conducentes á precipitar la evolución mental del pueblo mejicano por medio de la escuela, y la evolución económica por medio de la vía férrea, no se descuidaron, sin embargo, un momento; pero eran de resultados muy lentos, y hervían los elementos malos.

El ejército mismo, mal retribuído con frecuencia, resistente á todo trabajo severo de reorganización, minado por las ambiciones de los jefes, tradicionalmente habituados á encontrar el premio del ascenso en la lotería del pronuncia-

miento, y complicado en las contiendas políticas de los Estados, en que había un grupo siempre dispuesto á emplear la violencia para arrancar del poder y de la caja del erario al grupo gobernante, el ejército mismo comenzó á ser una amenaza. Pero esto sirvió para probarlo, rehacerlo y disciplinarlo mejor; por dondequiera el Gobierno se sobreponía y castigaba rudamente á los rebeldes, y eso que alguna vez la asonada fué formidable y envolvió á los Estados más importantes del interior, como San Luis, Zacatecas, Jalisco. La represión solía ser muy sangrienta; mas ella indujo á la masa social á comenzar á creer que el Gobierno se sobrepondría á toda revuelta; era una esperanza.

Pero llegó la época electoral en pleno trabajo de reconstitución, en lo más delicado y difícil de una labor penosísima; ni en la Cámara, ni en la prensa, ni en la opinión aparecía un caudillo capaz de hacer contrapeso á Juárez; Lerdo, á pesar del gran prestigio de su inteligencia y del grupo de hombres importantes que le rodeaba, no era popular y no podía aspirar á la suprema magistratura sin el apoyo de Juárez; el general Porfirio Díaz, que con sus laureles inmarchitos y gloriosos había pasado de la victoria al retraimiento, era el centro de los anhelos, de los despechos, de los resentimientos del elemento militar excluído del presupuesto ó excomulgado de la vida pública; su ascendiente, su entereza, su probidad lo habían transformado de caudillo militar en caudillo político, y era temible, y era popular, como lo son siempre los hombres de espada cuando se les cree capaces de acometer una gran empresa y triunfar; mas había gran desconfianza de sus aptitudes de estadista y su popularidad propia no se transmitía á sus amigos civiles, que todos señalaban y á quienes parecía irremediablemente subalternado.

La brevedad del período presidencial, copiada de la Constitución de los Estados Unidos, pueblo en que los factores de estabilidad tienen incalculable potencia, nos condenaba, ó á obras gubernativas diminutas y fragmentarias, ó á renovar periódicamente, con las reelecciones, el argumento de la violación del sufragio, bastante ridículo en un país cuya inmensa mayoría no votaba, pero que tenía que producir gran efecto, porque precisamente por nuestros hábitos y nuestra educación, será siempre quizás un argumento jurídicamente irrefutable. ¿Cómo probará nunca un gobernante que se hace reelegir, que no ha violado clandestinamente el voto público? Y como las violaciones del sufragio en los pueblos latinos, aun cuando sean sancionadas por el juicio del poder constitucional á ello destinado, no tienen, por corolario, como en los pueblos sajones, un aplazamiento para la nueva lucha electoral, sino la protesta á mano armada y la revuelta, era claro que la decisión de Juárez de hacerse reelegir (decisión acertada, porque, de lo contrario, habría sido irremediable la anarquía) sería el prefacio de la guerra civil.

La actitud del general Díaz, la escisión entre Juárez y Lerdo, cosa tenida por



imposible, tanto así parecían unimismados en propósitos estos hombres, y á consecuencia de esto, la formación de una oposición parlamentaria que se acercaba á la mayoría, sostenida en la prensa con un talento, una pasión y un exceso de lenguaje temibles, señalaron muy á las claras la importancia de la crisis. El Presidente, firme en su propósito, resolvió afrontarlo todo; estimulado por una ambición, perfectamente humana, de conservar el poder, del que creía que podría hacer buen uso en favor de la consolidación de las instituciones y de la paz, á costa ciertamente de una guerra interior, que, lo repetimos, consideraba como la prueba suprema de la fortaleza del poder central; convencido de que su renuncia á la candidatura, único modo acaso de evitar la reelección, parecería una retractación de sus miras ó una deserción de sus deberes, cuando en realidad ninguna de las otras candidaturas podía aspirar al triunfo sino por el peso del grupo juarista yuxtapuesto á ellas, asumió, á la cara de la tormenta deshecha que amenazaba, su ya clásica imperturbabilidad; volvió á mostrarse el bronce que los huracanes llegan á hacer vibrar, pero que no alcanzan á conmover.

❧ ❧ ❧

¶ Y vino la tormenta, y furiosa, mayor sin duda de lo que se creía; en vísperas del período electoral, una asonada militar se hizo dueña de uno de los más importantes puertos del Golfo; el Gobierno pasó sobre la resistencia de la liga parlamentaria á concederle facultades extraordinarias, y ahogó en sangre la asonada. Las elecciones se verificaron; el pueblo, socialmente considerado, se abstuvo, como de costumbre, ú obedeció en pasivos rebaños á los comités políticos que lo encaminaban á las urnas; el país político, el interesado en la gran batalla del presupuesto, mostró inusitada actividad, pero los elementos de sedición y revuelta lo complicaban todo con su levadura de sangre y desolación. En la Cámara, por la voz de elocuentísimos tribunos, con el tono de los grandes días de los conflictos patrios, en los despachos mismos de algunos gobernadores, se anunciaba la apelación indefectible á la revolución. La sociedad burguesa de algunas capitales, á quien era profundamente antipático Juárez, que personificaba la Reforma y el desenlace trágico del Imperio, ó que, en su parte reflexiva, veía con incertidumbre y espanto la guerra civil, era secretamente hostil; y eso fué muy grave, pero estaba hasta cierto punto compensado con la devoción y la fidelidad casi total del elemento burocrático, que, por interés y miedo á la enorme turba de despojantes que militaba en las filas de los contrarios, ó por adhesión real al Presidente, á pesar de la falta frecuentísima de los sueldos, no extremó esta vez, por ventura, el trabajo terrible de disgregación y disolución que opera en los cimientos de todo Gobierno insolvente. Detrás, como formando el telón de fondo de esta escena en que empezaban á desenvolverse anhelosos los episodios primeros del drama fratricida, los viejos cacicazgos tradicionales, á donde no podía llegar aún la acción del Gobierno y que se declaraban neutrales, pero que en realidad servían de reparo á la revuelta, los viejos cacicazgos de las sierras del

Nayarit, de Guerrero, de Querétaro, de Tamaulipas, de Puebla, semejantes á enormes monolitos de granito embadurnados de sangre, que recordaban las piedras de los sacrificios...

❡ El resultado de la elección, en que el elemento oficial tomó parte descaradamente, era ineludible; el Presidente Juárez obtuvo mayoría absoluta, y Díaz y Lerdo compartieron con él, en proporciones distintas, el sufragio. No se había hecho la declaración, cuando estalló en Méjico mismo un motín que, si como fué desacertadamente combinado, hubiera sido dirigido por una cabeza medianamente previsora, habría tenido consecuencias decisivas y terribles. Por fortuna, nada supieron organizar los amotinados, y la represión fué fulminante. Todo era, en suma, un tristísimo pródromo de la lucha encarnizada que se anunciaba.

❡ Después de la elección, la insurrección de todos los elementos militares y políticos de descontento tomó temerosa importancia; de Oajaca á la frontera del Norte todas las sierras se pusieron en pie, todas obedecieron á un plan concertado de antemano; muchos de los hombres más conspicuos de la guerra de Intervención saltaron á la palestra, y, no sin vacilaciones y escisiones, el Estado natal de Juárez vió formarse en su seno el núcleo principal de la protesta armada. Como Oajaca, el general Díaz vaciló mucho en poner en la balanza su autoridad moral sobre sus conciudadanos, sólo inferior á la de Juárez, y el inmaculado prestigio de su vida de soldado y de patriota, al servicio de la revuelta: creyó, sin duda, que el país necesitaba renovaciones profundas que sólo podía obtener por la fuerza; sus desilusiones, sus amargos resentimientos con el receloso Gabinete de Juárez, que había cerrado fría é indefinidamente la puerta al ascendiente á que tenía derecho quien había prestado los servicios que él; la sugestión perenne de las ambiciones y rencores inextinguibles que lo rodeaban premiosos, arrastrándolo á compromisos irreparables; todo ello, probablemente, constituyó el elemento primordial de su decisión, que, una vez tomada, fué irrevocable. Desde entonces, en su conciencia de republicano y de hombre de Gobierno, se incrustó con tenacidad persistente y dolorosa esta idea, que podía parecer un delirio entonces, que ahora vemos bien que no lo era: «Sólo puedo compensar el deservicio inmenso que hago á mi país al arrojarlo á una guerra civil, poniéndolo alguna vez en condiciones que hagan definitivamente imposible la guerra civil.»

❡ Ésta fué empeñadísima; una red roja podía marcar, sobre la carta de la República, los itinerarios de la revuelta en torno de los grandes centros militares, hábilmente escogidos por el Gobierno; en todas partes la resistencia fué desorganizada, yugulada, vencida. Cuando mediaba 1872, no quedaban más que jirones de la tormenta enredados en los picos de las más lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.

❡ La autoridad y la fuerza moral del Gobierno habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, á la paz á todo trance; ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad; empujar la gran mejora material de que dependían las otras; entrar en relaciones diplomá-

ticas con las naciones europeas para dar pábulo y seguridad al comercio internacional; poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico : la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjugar con esto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales : tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política : sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social...

¶ En los primeros capítulos de este grandioso programa, la sorpresa traidora de la muerte truncó la nueva labor... Fué una gran desgracia... Había elementos eternos en su obra, que él ansiaba transformar de pasiva en activa; logró mucho, habría logrado más; cuando Juárez murió, un soplo de clemencia y de concordia oreaba ya todos los campos de batalla, los antiguos, los recientes... Eran las ráfagas precursoras de la primavera, del renacimiento; con él comenzó la Era nueva, la Era actual.

LOS TRES GRANDES HOMBRES DE MÉJICO

A TRES hombres han acertado, en nuestra historia de pueblo libre, á encarnar la Patria en los tres momentos supremos de su evolución. Y los hombres serán discutidos; el servicio, el inmenso servicio, es indiscutible: un iniciador, un reformador, un pacificador. Estos tres hombres no han caído del cielo como estrellas, como seres de un mundo superhumano, venidos de improviso y sin antecedentes necesarios á ejecutar un designio divino; son culminaciones, mas provienen de un levantamiento gigantesco de aspiraciones, de instintos obscuros, de exigencias conscientes de vida y libertad, de preparaciones lentas y premiosas, obra de otros hombres, de otros dolores, de otros heroísmos, de otras voluntades; en esos levantamientos sociales ellos son los vértices, las cimas, los puntos de convergencia, las insuperables alturas; todo en nuestra historia, en lo pasado, los explica y determina; todo en lo futuro los demuestra; ellos son la resultante de una gran labor de la historia; la historia posterior que de ellos recibe forma es una gran labor suya, no sólo suya, pero capitalmente suya.

¶ ¡Un iniciador, un reformador, un pacificador!

¶ El Reformador fué Juárez. Él, lo mismo que los otros, grandes clarividentes, sin duda, pero no creadores intelectuales, ha sido, como se expresa con denominación que nadie define y todos comprenden, un genio; su genio, como en este mismo sitio dijo en grandilocuente oración fúnebre un estudiante de derecho, «fué el genio de la voluntad». Forjóse su mentalidad en la fragua de su carácter;

en esa hoguera iluminó su inteligencia un «querer», del que entra lentamente en conciencia, un querer que se agiganta y crece con los acontecimientos, una inmensa energía psíquica jamás inferior á su obra, una energía inmensa en la que se funden, como en crisol incandescente, mezquindades, egoísmos, ambiciones, debilidades, todo lo que es humano, todo lo que ancla al hombre á la tierra en su aleteo perpetuo hacia un ideal. Tal ha sido la voluntad de esos hombres; por eso dan enseñanza; por eso, grabando bien su efigie moral en el intelecto de los que vienen, de los que suben, de los que aquí están ya y de los que en apretada falange vienen tras ellos, se les proporciona la enseñanza típica, la que acrecienta la fuerza viril del alma.

¶ Juárez nació, puede decirse, de una raza; porque nada había de él que no estuviera física y moralmente en su raza, nada que lo diferenciara de sus congéneres; es un hijo de la familia tzapoteca. Vagar en pos del rebaño, á orillas del lago, entre los naranjales, haciendo resonar pequeñas arpas melancólicas formadas por él mismo, ésta fué su vida; ésa era la de todos los pastorcillos de las sierras oajaqueñas. Su fuga á Oajaca por temor de un castigo, por aspiración á una vida superior, fué el primer acto que le probó que era un hombre, que era una voluntad, que era un rebelde.

¶ La Iglesia lo acogió, lo enquistó en ella, bondadosa, rutinera, sin poesía apenas, sin ensueños; la vaga ansiedad del cielo y el deseo firme de saber qué decían los libros de su protector, era lo que daba á aquel niño cuenta de sí mismo; pero el fondo de su alma, que por la iniciación en una lengua nueva y en formas menos inferiores del culto destacaba ya su individualidad propia de la personalidad colectiva de su raza, permanecía siendo lo que siempre será un indio, un ser religioso. Era un adolescente cuando tuvo su primer contacto íntimo con el idioma español y con los libros; idioma y libros lo unían más y más con el altar. Su protector, del altar vivía y al pie del altar murió; todo un infinito de devoción, de esperanzas, de sumisión y de fe envolvía el alma de aquel niño, como á un átomo la inmensidad de la nébula cósmica.

¶ Juárez fué siempre religioso; cuando llegó á emanciparse, la Patria, el Deber, la lucha por realizar un ideal de justicia y de razón no fueron en él un fanatismo, no; no fué ni un alucinado, ni un profeta, fué un consciente, pero tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior, de la obediencia á un decreto del Altísimo; y así han sido y serán cuantos sirvan de núcleo ó de guía á los hombres. Juárez fué un núcleo; pero puso todos los elementos constitutivos de la psicología de su raza, la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta, pero firme y decisiva, en la realización de la obra que cada vez tomaba ante él aspecto más complicado y grandioso, ensanchando el horizonte del convento hasta convertirlo en el del Seminario, y el horizonte del Seminario hasta esfumarlo y perderlo en el del Instituto, en el del Estado, en el de la Patria, en el de los grandes ideales de libertad, de transformación política y social que dieron á su empeño el alcance de una empresa humanitaria y mundial.

¶ El acto decisivo en esta vida silenciosa y fuerte, nutrida toda de ideas simples y grandes, fué el paso del Seminario al Instituto, que pronto llegó á ser una es-

cuela de «libertad», por sólo la circunstancia de ser una escuela de «derecho»: el Instituto de Oajaca fué una de las cepas del partido del progreso, como la apellidaba el Dr. Mora, y preparóse en él rápidamente la evolución interna de Juárez: las ideas nuevas sugeridas por sus lecturas y sus amigos, entraban dentro del molde secular de su alma, y lo que perdían en amplitud lo ganaban en precisión y solidez; las fórmulas del gobierno libre que desde entonces estudió y defendió como verdades divinas, no oxidaban el inalterable hierro de sus creencias religiosas ciertamente, pero los componentes de la disolución futura se aglomeraban lentos, incontrastables. Si la pérdida de la obediencia á centenares de años de tradición y autoridad ha sido siempre en los hombres de reflexión reñidísima batalla, en la conciencia de un individuo de la raza que la Iglesia había hecho suya, en una de esas conciencias donde, sobre el granito de las sagradas enseñanzas, se había erigido, molécula por molécula, el edificio de la fe, ¡cuán desgarradora y patética tragedia íntima debió de ser esa que precedía al acto de abandonar el templo, de mirar de hito en hito los soberbios muros que cobijaban las leyendas de la infancia, que se enredaban como hiedras de flores luminosas en las ménsulas, en los festones, en las columnillas gráciles de los altares de oro; allí donde habían batido sus alas los primeros éxtasis y en las horas de dolor habían enjugado manos misteriosas las lágrimas primeras! ¡Cómo abandonar todo eso, cómo arrojar sobre todo eso una torva mirada de desafío y de cólera! ¡Cómo atreverse á levantar del suelo la piqueta demoledora y alzar el brazo y descargar el golpe sobre aquel edificio inmenso que vibraba todo, que vivía, que lloraba...!

℄ Para Juárez no hubo, sin duda, en su tragedia esta lucha entre la aspiración á un mundo que se ensueña y la poesía del mundo religioso, que no es más que una infinita cristalización de ensueños, no; para él la lucha fué entre dos deberes; midió, pesó y lentamente se decidió; se decidió una sola vez, sin un suspiro, sin un paso atrás: «¡el gran impasible!»

* * *

℄ Cuando muerto el federalismo que hacía tanto tiempo agonizaba, después de ensayos constitucionales, subrayados con sangre, por la segregación de Tejas y Yucatán, un centralismo que era el paso liberal hacia una situación federalista fué instituído por las «Bases Orgánicas», Juárez creyó necesario aceptar un puesto político importante en su estado natal; la política es el arte de transigir, ha dicho Gambetta, con tal de realizar siempre un punto del ideal perseguido; la primera dictadura de Santa Anna, con la que contemporizaron tantos liberales cegados por sus propias ilusiones respecto de aquel hombre que parecía siempre dispuesto á salvar á su país, que dejaba cada vez más hundido en el abismo, exigió de las conciencias honradas más de lo que éstas, entre ellas la de Juárez, debían haber consentido, y aunque la impureza queda consumida por el fuego en que se acrisoló el bronce definitivo del gran repúblico, basta para

mostrar que no hay dioses ni semidioses : no hay más que Dios — fuera de todo nuestro alcance — y hombres; de un hombre hablamos.

⁂

℄ En los días negros de la invasión americana ese hombre hizo su deber. La Reforma entera se basaba, no sobre el desarme del ejército, sino sobre el desarme del clero, privándolo de sus inmensas propiedades; era ésta no sólo una capitalísima medida económica, sino política; así, la resistencia á los grandes pensamientos de igualdad con la abolición de los fueros, á la supremacía del poder civil por medio de la separación entre la Iglesia y el Estado, y á la conquista de la educación pública suprimiendo las comunidades religiosas, sería fácil de vencer y seguro el triunfo, porque faltaría al enemigo el alma de los combates.

Esto jamás pudo hacerse por simples razones económicas, y eran las fundamentales; por eso fracasó el intento del grupo inteligente y audaz que promovió la reforma en 33 con Gómez Farías. Pero en 47, un interés supremo nacional se complicaba con los propósitos del partido que entonces se llamó «puro» y en el que se afilió Juárez; era necesario proceder como políticos y no como místicos; el reflexivo tzapoteca no fué nunca de la madera de éstos. Altos, altísimos fueron sus ideales, pero para ir á ellos no desdeñó ni las curvas ni los compromisos. El santanismo de los hombres de aquella época se explica por el convencimiento profundo de que para despojar al clero del dinero con que la Patria podía salvar su honra, ya que quizás no su vida, precisaba contar con el ejército, y no había oportunidad mejor que aquella en que el dinero substraído á la Iglesia iría todo al ejército.

Santa Anna era el ejército; ni el pueblo ni el ejército podían sacudir la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ellos; tras de mil veleidades de divorcio volvían á él, lo odiaban un momento y lo adoraban siempre; la República para aquel seductor era una querida; la dejó manchada. Gómez Farías, el ilustre, integérrimo patriarca de los reformadores, era el primer santanista entonces; y lo fué Juárez, pero por la vez postrera. Cuando después de la reacción promovida por la guardia nacional en Méjico en los instantes en que Veracruz sucumbía y Santa Anna, que había querido abrirse paso hacia el Norte á través de Taylor, volvía en tropel de la Angostura vencido, más por la impericia que por el invasor, desconoció sus compromisos y pactó descaradamente con los agentes del clero suprimiendo á Gómez Farías, la suprema revelación se hizo en Juárez; la incógnita quedó despejada de súbito; aquel hombre, que había sido una esperanza porque había sido un enigma, quedó explicado para la conciencia del antiguo secretario del general santanista León; era un ambicioso, un ambicioso capaz de arrastrar en pos de sí á un pueblo, cierto, pero sin una idea, sin un ideal; la Patria, reflejando su luz sobre esa ambición, le dió alguna vez esplendores de oro en Tampico, en Veracruz...; pero fueron fulguraciones momentáneas; el ambicioso era lo solo persistente, lo solo primitivo; no tenía arre-

pentimientos, sino lasitudes; sus accesos de patriotismo se desleían en accesos de sibaritismo. Este tipo ha cruzado frecuentemente la historia : en la decadencia de la república romana se llamó Sila.

Juárez en Oajaca fué un ambicioso también; ni se hace nada grande sin la ambición de hacer algo grande, ni para realizar esto hay medio mejor que el poder. Juárez, en medio de dificultades é intrigas obscuras, se dió bien cuenta de lo que quería con sorda é incontrastable energía; quiso el poder en Oajaca y lo obtuvo. Y fué un gran gobernante en un pequeño gobierno; administró bien, bien en toda la extensión de la palabra. Procuró cuanto pudo por el Estado, llevando por norma el respeto estricto á la ley, y cuanto pudo por su patria, secundando las miras de los buenos gobernantes que tuvo Méjico entonces; una federación no sólo de derecho, sino de hecho, dejando á los Estados toda su libertad, libertad empleada por los Estados en facilitar la tarea del Gobierno central, tal fué el «desiderátum» de los excelentes federalistas de aquella época, que parecía la preparación de una era de paz y que sólo fué el preámbulo de una larga y pavorosa tragedia civil.

¶ La conjuración de todos los malos elementos que los períodos de militarismo y corrupción habían dejado, dió al traste con aquellas bonancibles perspectivas, y el partido conservador, que parecía destronado para siempre con la asonada de pretorianos y de clérigos que hizo pasar por los salones presidenciales al general Paredes, reapareció, organizado para el combate decisivo, por la prócer inteligencia de Alamán. Santa Anna complicó el programa conservador con su desapoderada dictadura, vió al país como cosa suya, se propuso mejorarlo materialmente y despojarlo definitivamente, erigió la fuerza militar en institución suprema, y, dueño de un ejército gigantesco, creyó suyo el porvenir. Ni los mismos que hacen el porvenir pueden conocerlo. ¡Si Santa Anna hubiese entonces conocido el porvenir de Santa Anna! ¡Tan desolado y triste, que se aflojan, al considerarlo, las manos que empuñan la espada de la justicia!

¶ El dictador necesitó desarmar á los partidarios de la ley, cualquiera que fuese; de una Constitución, fuese cual fuere; de una regla, hasta de una regla de conducta política; nada, el silencio, para oir bien las salvas y los TEDÉUM. Y la proscripción : Juárez y Ocampo, aquél personalmente odioso al dictador porque le había negado con mucha cordura la entrada á Oajaca en momentos en que todo el derecho del individuo cede á una magna necesidad precomunal, y á Ocampo por liberal absoluto, porque conocía el odio ingénito en el preclaro michoacano á todo despotismo, en cualquiera de sus formas, religiosa, moral, política, social.

¶ En derredor de Ocampo y Juárez, un grupo de liberales conspicuos se organizó en los Estados Unidos, viviendo de su trabajo personal, de trabajos humildísimos á veces; pobre, pero millonario de esperanza y de fe.

¶ Un historiador, diremos mejor, un censor de Juárez, estupendo de talento y elocuencia, pero que suele ser incapaz de ver nada sino á través de los cristales turbios de la pasión y que ha intentado hacer con Juárez lo mismo que Alamán hizo con Hidalgo, ha marcado bien la influencia decisiva que tuvo en el ánimo de Juárez su contacto personal con Ocampo.

℄ Cuando el gran indígena se reunió al general Álvarez, durante la revolución iniciada en Ayutla, ya era un completo emancipado; del estudiante Méndez, que fué su iniciador en las ideas nuevas, al reformador Ocampo, la evolución había sido lenta, pero constante. ¿Cristiano? Probablemente no dejó de serlo nunca; en su raza, primero vencida, luego forzosamente oprimida, y al fin comprimida en una tutela que la mantuvo en el estado de infancia de que trabajosamente va saliendo y saldrá en la escuela, su redentora suprema; en su raza, era congénita la necesidad de creer en un juez infaliblemente justo que estuviese por encima de los jueces de la tierra, y sólo la religión del Cristo le ofrecía la plena satisfacción de esta necesidad fundamental en el espíritu del indígena después de la conquista : la de que sus explotadores fueran implacablemente castigados.

℄ Cristiano, sí, pero independiente ya de toda sumisión á la Iglesia, que intentaba mantener con la desigualdad ante la ley, es decir con LOS FUEROS, una preponderancia que imposibilitaba el advenimiento del poder civil.

℄ Al día siguiente de la caída de Santa Anna, los triunfadores se encontraron con un caos político y administrativo en torno suyo; para hacer en este caos la luz, se necesitaba recoger con mano firme el gobierno, hacerlo sentir en la República entera y esperar el gran FÍAT del partido liberal, que, organizado en Congreso, promulgaba una Constitución, la Constitución definitiva, la que, efectivamente, por haber precisado nuestros ideales y por su maravillosa plasticidad, ha sido la Constitución definitiva.

℄ Pero era necesario, antes de todo, hacer sonar la campana del triunfo de modo que se escuchara en todos los ámbitos del país y revelar lo que para muchos era el secreto de la revolución, pronunciando las palabras irreparables que anunciaban todo un programa de transformación y de lucha, encerrado en una simple fórmula legal. A Juárez, al Ministro de Justicia de la victoria liberal, tocó decir esa palabra en la ley que suprimió lo que había en los fueros eclesiástico y militar de más interesante, lo que constituía lo positivo y substancial de los privilegios de entrambas clases. Con la ley Juárez, adoptada luego por el Constituyente, el levantamiento popular tomó su carácter propio : fué una revolución, la que con la revolución de la independencia marca y señala la segunda etapa del pueblo mejicano en marcha hacia su destino.

℄ En dos años se complicó aquel magnífico drama con una tremenda lucha civil, con una Constitución lanzada en medio de la tormenta en nombre de Dios, símbolo de la nueva religión cívica izado como una bandera frente á la de los privilegios, á la de la tutela de la Iglesia, á la del pasado y del OBSCURANTISMO, como se acostumbraba decir entonces; se complicó con la vacilación patética del alma de Comonfort y con el golpe de Estado y el plan de Tacubaya,

y la reacción triunfante y la ascensión de Juárez al Calvario en que la ley había sido crucificada.

❧ ❧ ❧

℄ El Vicepresidente de la República había dejado su gobierno de Oajaca en manos de los nobles colaboradores de su obra; pocos gobernantes han merecido al par de él el encomio que su sucesor, el ilustre Díaz Ordaz, hizo de Juárez cuando tuvo que dejar la magistratura de su Estado natal, que no debía volver á ver. La conspiración tramada por el Presidente contra la Constitución misma de que tomaba su origen, era un contrasentido tan manifiesto, que, á pesar de su puesto en el Ministerio, Juárez no pudo creer en ella : en la prisión despertó de su confianza y se preparó simplemente, sin volver una sola vez los ojos atrás, sin dudar un instante en obedecer á su conciencia, se preparó, decimos, á cumplir con su deber. Se había educado en este ejercicio á sí mismo; era un hombre de deber, fué el hombre del deber.

℄ Él, hombre civil por excelencia, al desaparecer Comonfort primero de la ley y luego del país, se vió envuelto en un torrente de bayonetas y cañones, organizando gobiernos en las etapas de un ejército que desconfiaba de sí mismo y de sus generales, perseguido por las columnas audaces de los más bravos y temerarios oficiales de la reacción triunfante, acorralado por las asonadas y las deserciones, desarmado por la derrota y colocado, por un grupo de pretorianos traidores, frente á frente de un pelotón de ejecución.

℄ La historia patria ha repujado en bronce un alto relieve en que aparece la eternamente impasible figura del Presidente, los ministros agrupados junto á él, los soldados tendiendo los fusiles homicidas, y el poeta, el Tirteo de la Revolución de Reforma, el gran rítmico que tendió su lira á todos los soplos de la naturaleza, á todos los gritos de la pasión, á todos los huracanes populares, el impíamente olvidado Guillermo Prieto, conteniendo el crimen con un ademán sublime y acaso con el primer verso de un alejandrino épico :

℄ «Soldados : los valientes, los bravos, no asesinan.»

℄ Pero el episodio de Guadalajara fué un eslabón de una cadena de peligros, de vejaciones, de inquietudes atormentadoras... El caso era éste : los principios, los dogmas, como llamaban á las cláusulas fundamentales del credo reformista aquellos apóstoles y confesores, triunfarían de seguro; en ello tenían fe ciega, la fe que les dió el triunfo. Pero para afrontar la tremenda lucha, era preciso conservar un centro de cohesión á aquella flotante masa de energía liberal, que sólo podía endurecerse en la brega misma y á los golpes severos de la derrota, porque se trataba de aniquilar al antiguo ejército, más deseoso que nunca de pelear, mejor que nunca bien dirigido y que tenía por caja militar el tesoro de la Iglesia. Ese centro no podía ser más que uno, Juárez, Juárez mismo, porque en el naufragio de toda la legalidad constitucional, no había quedado más investidura que la suya, era la única que podía aparecer ante toda la República como bandera, la única semilla del futuro orden constitucional que la Constitución

misma preveía. Poner esa investidura á salvo á todo trance, hacerla inexpugnable, era el deber rudimental del Presidente y sus consejeros. Así lo hicieron, por gran fortuna para la Patria.

℄ Pero antes de emprender su éxodo á Veracruz, Juárez quiso dejar organizada, por decirlo así, la lucha futura en el interior del país y se fijó en Degollado. Fué ese un acierto providencial : Degollado era un invencible; la derrota para él era un incidente pasajero; de sobre un montón de reveses acumulados sobre él por su falta de genio militar, por lo bisoño de sus tropas, por la indisciplina de sus jefes, él surgía con bríos mayores, con fe entera, y con un ejército nuevo (porque parecía que tenía ejércitos de reserva para el día siguiente de la derrota). ¿Á qué se debía esto? Á una de esas soberanas fuerzas morales que en las grandes crisis de la sociedad dejan de ser subterráneas y viven á la superficie en los mares removidos por el feroz conflicto de pasiones, intereses y creencias : esa fuerza, esa virtud, es el amor á una idea. Degollado lo poseía en grado excelso, en el grado del sacrificio, que era la temperatura normal de su alma. Eso explica el milagro de la improvisación de milicias á compás de la derrota, hasta organizar el ejército que otros más afortunados que él llevaron á la victoria.

℄ Cierto, no es posible pensar en este hombre de abnegación y sacrificio, que tuvo, MÁRTIR DE LA REFORMA, EL MONTE DE LAS CRUCES POR CALVARIO, como dijo Juan Mateos, sin lamentar que nuestra generación, la mía, la que ha sabido glorificar á los hombres de la Revolución y absolverlos de sus errores humanos, cuando los ha sorprendido realizando el propósito de darnos la patria que hoy tenemos, sin deplorar que no haya levantado en sus brazos, que empiezan ya á cansarse, el ataúd de Santos Degollado, y lo haya conducido entre palmas y cánticos é inciensos al lugar en que duermen nuestros inmortales, adonde resplandezcan reunidos por la devoción de los mejicanos los lares de la República. Encargamos á la generación que viene subiendo en pos nuestra, que corrija severamente nuestro olvido y desagravie á fuerza de admiración y respeto las grandes sombras que aun no ha cristalizado la patria en bronces ó mármoles imperecederos.

* * *

℄ Juárez en Veracruz se mantuvo á la altura de la misión que se había impuesto; sólo con ser invulnerable desbarató moralmente á la Reacción; como entidad viable, la Reacción había desaparecido ya cuando sus ejércitos fueron aniquilados en Silao y Calpulalpam. Todo el esfuerzo del Presidente, admirablemente secundado por los caudillos liberales, aun á costa de tremendos sacrificios, como el que tuvo por desenlace la tragedia pavorosa de Tacubaya, todo su esfuerzo consistió en ser invulnerable, en permanecer, en durar; su carácter se prestaba admirablemente á esta función vital.

℄ La revolución era reformista, toda ella estaba animada por el aliento de la Reforma; á la cruzada católica que temerariamente predicaba el clero, respondía en las huestes, que suscitaba dondequiera el impulso de los reformistas, un

gran grito de emancipación anticlerical, antirreligiosa casi; el espíritu de Ocampo y Ramírez soplaba sobre aquel caos de sangre y ruina. Faltaban las fórmulas precisas, las que definieran los DESIDERATA del partido progresista en marcha, y Juárez, que no había vacilado un momento sobre esa necesidad, pero que se había reservado el escoger la oportunidad de satisfacerla, á mediados de 59 expidió el código que despojaba al clero de sus bienes, que disolvía las comunidades religiosas, que separaba el Estado de las iglesias, que instituía el matrimonio civil. Juárez, poniendo el sello de su autoridad á aquellas leyes que estudiaban y preparaban sus magnos colaboradores, les daba ser y vida; las hacía andar. ℭ Horrible pareció el atentado en el mundo reactor, y se sintió que en aquel inexplicable fratricidio que se llamó «la guerra de tres años», iba á llegar el momento de jugar el todo por el todo. La situación del Gobierno legítimo era tremenda : las derrotas de las tropas reformistas se sucedían sin tregua; verdad es que eran derrotas educadoras, pero aplazaban la solución indefinidamente, y el peligro de una intervención extranjera se alzaba gigantesco en el horizonte. Precisamente las escuadras de las potencias que dos años después debían firmar la convención en Londres, de que nacieron la Intervención y el Imperio, estaban en Veracruz, llenas, sobre todo la de España, de mala voluntad hacia el Gobierno Constitucional. La intervención europea, pedida sin tregua por el partido reaccionario, podía formalizarse de un momento á otro, y en la Habana se armaba ostensiblemente una expedición que debía contribuir á debelar el inexpugnable asilo liberal. Los americanos también velaban con sus escuadras, y sólo esto contenía á España y Francia; ellos también querían una intervención, pero más rápida, más pronta, organizar un ejército que, aliado ó no con el de los constitucionales, se apoderase de Méjico y restableciese el orden. El problema era formidable : aprovechar, contra todo lo que viniera del exterior, la decidida buena voluntad de los Estados Unidos; pero impidiendo que el Presidente Buchanan llevase á cabo su proyecto de expedición militar, sólo podía hacerse á costa de un enorme sacrificio. Éste consta en el tratado McLane : no era un tratado, porque, como sabían muy bien el Presidente y el Senado americanos, Juárez no tenía facultad para sancionar definitivamente los tratados. Pero era un compromiso : varios de sus artículos, ó prometen lo que á todos se concedía, ó establecen privilegios recíprocos, ó dejan el nacimiento de las condiciones en que los Estados Unidos podían poner en actividad su alianza, á la iniciativa de nuestro Gobierno; lo que significaba una amenaza muy grave para nuestra integridad nacional, era el condominio en Tehuantepec, y lo establecido en los arts. 6.° y 7.° Quienes tal cosa pactaban no nos obligaban legalmente á nada, pero preparaban un formidable conflicto para lo porvenir. Cierto; mas primero era SER; ó el aniquilamiento del corazón de la resistencia constitucionalista, y probablemente la protección europea y la monarquía, ó la preparación de una gravísima situación en nuestras relaciones con los Estados Unidos. Juárez y sus Ministros optaron resueltamente por esto, y los buques americanos desbarataron en la escuadrilla de Marín la última esperanza de los reactores para vencer la resistencia reformista.

Unos con vehementísimos y lógicos análisis, otros con insultos infames, acogieron el pseudo tratado. La prensa, resplandor que todo lo ilumina, sombra que todo lo mancha y ennegrece; de donde parten todos los vuelos, los más altos, y en la que circulan todas las serpientes, las más capaces de envenenar lo más santo y lo más puro; la prensa levantó un inmenso clamor. Resonó la voz de ira del patriotismo, y se oyó en la tiniebla el rumor de la envidia de cascabel. El partido liberal, seguro de sus jefes y confiado en el porvenir, se solidarizó con los firmantes del tratado. Y aun ahora... Todos conocemos que fué un error, que fué una falta, que hubiera podido ser un crimen; todos tendríamos á honor compartir la responsabilidad que de este acto resulta... Y ninguno de nosotros vacilaría en sentarse en el mismo banquillo en que se sentasen acusados de leso patriotismo D. Benito Juárez y D. Melchor Ocampo. Ya lo veis, el instinto popular no se engaña; se pueden apurar los razonamientos y las retóricas y las frases armadas de punta en blanco; nadie creerá, en la nación mejicana, nadie, nunca, que Juárez fué un traidor á la Patria.

* * *

Al otro día del triunfo de la Reforma, la temida intervención apareció. Mientras toda la hez removida por tantos años de lucha flotaba en la superficie y lo obstruía todo, industria, comercio, seguridad, vida; mientras para dispersar para siempre los recursos del clero, se solicitaba el interés individual á fuerza de derroches y prodigalidades que dejaban sin la esperanza de una sola entrada importante las arcas públicas; mientras el ejército liberal, convertido en un gran cuerpo de policía, perseguía á las hordas que enarbolaban la bandera de la guerra civil, parte de la Europa monárquica, prevaliéndose de nuestra incurable debilidad, de la falta de brújula política y financiera de nuestro Gobierno y de la temerosa división entre los Estados de la Unión Americana que iniciaban una guerra íntima de colosales proporciones, tramó una conspiración para explotarnos, para protegernos, para someternos.

Imposibilitados para esperar ayuda de ninguna parte, obligados á contar sólo con nosotros mismos, teniendo en contra la opinión de las clases despojadas de sus privilegios y de la porción social en quien el celo religioso apagaba el amor á la Patria, era imposible librar sólo á la fuerza física nuestra salvación; necesitábamos recurrir á la fuerza del espíritu para ganar tiempo, con el objeto de suscitar el patriotismo; de irrigar hasta por el último canal vivo de nuestra sociedad cansada, la savia de la fe, del coraje, del odio y del amor á la vez; de ganar tiempo para permitir á nuestra sola aliada posible recuperarse, vencer á los desmembradores esclavistas y hacer respetar por nuestros invasores el programa Monroe; y para ganar tiempo, urgía, aun á costa de gravísimas concesiones, nulificar la intervención y, si no se podía, neutralizarla y dividirla en todo caso. Prodigioso fué lo que entonces trabajó el talento nacional, estimulado por Juárez, que luchaba contra todo y contra todos. La disolución de la triple alianza

fué el primer resultado de nuestra diplomacia; el hacer estallar al pie de la confianza del ejército francés la gran mina de gloria del 5 de Mayo, que contuvo por un año la invasión y nos permitió confiar en nosotros mismos, fué el primer resultado de nuestra decisión cívica.

Napoleón III (jamás diremos Francia), obstinado inconscientemente en facilitar, como los personajes de la tragedia antigua, el cumplimiento de su hado, se empeñó en su obra, mucho más nefasta para él que para nosotros, á quienes sirvió para transformar el programa de un partido en el credo de una nación. Gracias á la típica defensa de Puebla en 63, admirada hoy á porfía, se ganó otro año casi. Y cuando llegó nuestro primer gran desastre, el efecto en el país fué casi nulo durante muchos meses. Juárez, lejos de darse por vencido, suscitó la resistencia por doquiera; nuestros caudillos la organizaron, la sangre y el dinero de los invasores corrieron á torrentes; pero la República vivía, Juárez la representaba ante el mundo, el mundo lo veía, y cuando el gran drama imperial mejicano parecía llenarlo todo con su esplendor, bastaba la presencia de Juárez para hacer comprender que todo era efímero, que iba á pasar y á hundirse en no sé qué espantoso naufragio aquella barca de oro de príncipe artista que venía en pos de un poema y se encontraba con la faz de bronce de la tragedia clavada en su horizonte.

Gracias á esta decisión, á este empeño de no ceder, de no aparecer cediendo nunca, cuando llegó la hora fatídica del fin de la guerra de Secesión, el coloso americano, que se irguió ante el gran atentado de Méjico, pudo decir: «la República Mejicana vive, ahí está.» Ahí estaba Juárez.

Y entonces, para impedir la invasión de la inmensa masa armada americana que había quedado inempleada al día siguiente de la toma de Richmond, y para apresurar la retirada de los invasores, hubo necesidad, exangües y desarmados como estábamos, de buscar entre nuestros aliados naturales, armas, dinero y soldados, pero constituyendo todo ello ejércitos mejicanos sometidos á nuestro Gobierno. Por fortuna nada de esto necesitamos al fin.

El programa que se había trazado Juárez desde el primer momento de la intervención, se cumplió entero, y, en sus manos, la espada de la victoria se tornó en la espada de la justicia. La República vencedora lo aprobó y sancionó sus actos con su voto, como en la República combatiente, en lo más tremendo de la lucha, había aprobado su resolución de permanecer en el poder, es decir, en el peligro, pero en la intransigencia y en la firmeza férrea ante el enemigo.

¡Gran Padre de la Patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! Tu vida posterior no fué, no, indigna de tu gran época de luchador; hombre de gobierno, quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabidu-

ría y de justicia; y trataste de levantar al pueblo mejicano, cuya substancia era tu raza, al grado superior á que tú habías ascendido, transformando las condiciones del trabajo nacional, protegiendo las grandes empresas de progreso material; y á la plena conciencia de sí mismo, abriendo de par en par ante su camino las puertas de la escuela.

¶ Los impacientes de realizar ideales que sólo lentamente pueden llegar á la vida, protestaron armados y sañudos contra ti; muchos eran tus colaboradores, tus correligionarios; algunos habían salido de tus manos armados de su fe en la libertad y en la democracia : eran tus hijos.

¶ Ése fué tu destino y en la lucha moriste. Periódicamente se levanta al margen de tu memoria la voz airada de la detracción y del odio, en nombre de la Patria, en nombre de la Historia. Es inútil. Eso sólo sirve para sublimar tu glorificación y aquilatar tu mérito.

¶ El partido liberal, que hoy es la Nación, en manos de ella ha puesto tu gran recuerdo. Y la Nación de mañana, y la de hoy, y la de siempre, oirá en cada conciencia de niño, en cada inteligencia que despierta, las divinas palabras maternales de la escuela laica, de la escuela nacional, que cantará tus alabanzas, que bendecirá tu obra. Es justo que ya que no acertaste á vivir para presenciar la resurrección definitiva de la Patria en la prosperidad y en la paz, asistas á esta gran época, unido al cerebro y al corazón de cada mejicano que ame á su país.

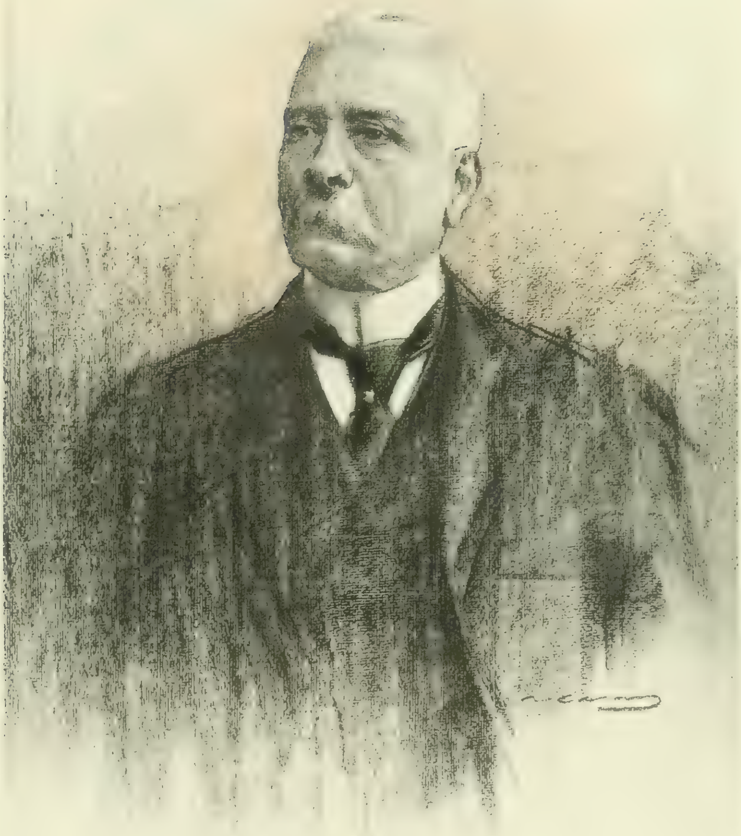
¶ Y nadie lo amó como tú; por eso nadie tiene mayor derecho que tú á que sus errores «le sean perdonados».

¶ Todos estamos contigo, será inútil injuriarte ó rebajarte; la diatriba será un remusgo que hará espuma en torno al arrecife inconmovible, y pasará y morirá.

¶ Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá á la generación que se levanta y llega : «Perseverad como él, quered como él, creed como él!»... Y le entregará la antorcha de inextinguible luz.

¶ Todos estamos contigo; el día que el Pacificador, el gran adversario de tus postreros días de lucha, llevó reverente á tu mausoleo la corona del recuerdo nacional, todo lo pasado quedó en la sombra y surgió definitivamente al sol tu ideal y tu gloria. Sea ella el símbolo de unión y de concordia; sea un ara en que fraternicemos los mejicanos. Todavía será turbada la paz del reposo augusto, que ganaste bien, perenne batallador; pero no podrá nadie arrancar tu nombre del alma del pueblo, ni remover tus huesos en tu sepulcro : para llegar á ellos será necesario antes hacer pedazos la sagrada bandera de la República, que te envuelve y te guarda.

FIN



ÍNDICE DE RETRATOS

ÍNDICE DE CAPITULOS